
EL
CUENTO
DEL
Cazador
y la
Presa
LA BILOGÍA COMPLETA
CUENTOS Y SECRETOS III y IV
NOA XIREAU

El Cuento del Cazador y la Presa

SERIE CUENTOS Y SECRETOS III Y IV



NOA XIREAU

Copyright © 2024 by Noa Xireau

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Corrección: Nina Minina.

Diseño y maquetación: NX

Imágenes de portada: Nightcafe

Índice

Agradecimientos
Nota de la autora
Primera parte

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Segunda parte
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76

Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero de corazón que hayas disfrutado de esta lectura.

Bilogía del Cazador

SERIE CUENTOS Y SECRETOS III Y IV

Ella era la mala del cuento…
O eso es lo que creían los demás.

El cuento del Cazador

Prometió su lealtad al rey, pero nadie le advirtió que eso lo convertiría en el verdugo de la mujer que el destino había elegido para él.



El cuento de la Presa

Ella era la presa, destinada a morir a manos del hombre que debería haberla protegido.

Este libro está dedicado a

Laura Duque Jaenes, Sandra García Pérez, Claudia A. Pérez R, Carmiña, Maripi, Alina, Yolanda E.A., Josune Hormazabal, Claudia, Norlys, Karmela, Nadine Arzola, Elena R.M., Yadira, Isabel Guineton, Yolanda G. Morey, Grisel Becerra Cornejo, María José C., Lauu E.G., Conni Olivares, Fátima, Cary Anzardo, Jésica Navarro Pastor, Elvira Arau, Carolina Avram, Nara Verde, María del Pilar García Fernández, Beatriz de la Fuente, Cristina Suárez Iglesias, Carolina Patiño, Ángeles Casas, Kicha Montano, Natalia SA, JMary Jurado Nieto, Silvia Castellano Florez, Rocío DC, Cristina Iguiño, Trinidad Cepillo Guillamón, Miriam Córdoba, Rocío López Moreno, Marta Delafuente, Ale Osuna, Tina Stuebgen, Ratón de biblioteca, Elizabeth Gómez, Encarna Prieto, Dorys Beltrán, Yera Elorriaga, Ana FreeSoul, Patricia Muñoz Giménez, María Luisa Gómez Yepes, Annedy Ruiz, Msgperez, Alina, Yolanda E.A., Norlys, Yolanda G Morey, Nadine Arzola, Leticia Mancha, Soledad Ramírez Calderón, Jessy Glez, Annedy Ruiz, Carmen María Moreno, Claudia A. Grandchester y Pili Doria.

Gracias por estar a mi lado, por apoyarme, soñar conmigo y compartir historias, por muy locas que sean.

Noa Xireau

Nota de la autora

Lo sé, ha pasado una eternidad hasta que hemos llegado aquí. Una eternidad en la que he recibido tantos ataques y hasta insultos, que me he planteado si valía la pena seguir esta serie o no. Y, si soy honesta, si tuviera la posibilidad de volver atrás, no sé si volvería a publicar el primer libro.

¿Por qué entonces estamos aquí? Porque muchas de vosotras habéis estado a mi lado de forma incondicional, me habéis apoyado, os habéis convertido en parte de mi trayectoria como escritora y cuando me ha dado un bajón, me habéis ayudado a levantarme de nuevo. Soy humana y cometo muchos errores, pero sé valorar las cosas, y os valoro a vosotras y lo que habéis hecho por mí.

Bueno, vamos al meollo de la cuestión, que cuando escribo me enrollo mucho:

¿Por qué la historia de Andrea y Gabriel y no la de Malael? A muchas os bastará leer la historia para comprenderlo y otras lo haréis cuando lleguéis a la de Neva. Este libro es un paso intermedio, una forma de presentar a personajes y sus motivaciones, además de situaciones que serán importantes más adelante.

¿Podría haber escrito una novela corta de veinte mil palabras y haber solventado el asunto? Probablemente, pero espero que cuando lleguéis a la última página coincidáis conmigo en que ha valido la pena darle una oportunidad a estos personajes.

¿Por qué llamar esta historia *El cuento del Cazador* cuando ese debería haber sido el título del libro de Malael? Bien, a pesar de que alguien ha ido proclamando que pretendía engañaros y estafaros, la respuesta es mucho más sencilla. Primero, que escribir es una buena dosis de talento, pero sobre todo de conocimiento, aprendizaje, práctica, palos, lágrimas, comer chocolate, más palos, y noches sin dormir. *El cuento de la Bestia* fue uno de mis primeros libros y, siendo honestas, no tenía ni idea en aquella época de lo que entrañaba escribir una serie o que podría acabar conmigo en un laberinto de callejones sin salida.

A medida que he ido avanzando en las diferentes historias, me he dado cuenta de que el papel de cazador encajaba mejor con Gabriel (al fin y al cabo su misión es la de llevar a Andrea a su condena) y, en consecuencia, preferí asumir mi error y darle a cada cual el rol que le correspondía.

Aclarados estos puntos, espero que disfrutéis con esta historia y que os haga olvidar vuestro día a día mientras soñáis con otros mundos y hombres pelirrojos dispuestos a convertir el mundo en cenizas por vosotras ;)

Noa Xireau

Primera parte

EL CUENTO DEL CAZADOR



Prólogo

ANDREA



A pesar de que mis pies descalzos apenas rozaban el suelo, el crujido de las hojas secas a mi paso resonaba con una nitidez aterradora en la quietud del bosque. Solo el rasgado de mi camisón al engancharse con ramas y espinas lo superaba, mientras los desenfrenados latidos de mi corazón marcaban el ritmo de mi huida. Era un ritmo frenético, dictado por el terror que me oprimía el pecho y que aceleraba mi respiración hasta convertirla en un jadeo ahogado.

Mis sentidos, acentuados por la sangre fresca que corría con urgencia por mis venas, se habían convertido en armas de doble filo que me permitían detectar la presencia de mis rastreadores, pero también incrementaban la angustia con su cercanía. Eran muchos, demasiados como para que pudiera con todos ellos y, si no conseguía despistarlos pronto, acabarían capturándome. Y eso era justo lo que querían: apresarme. De haberme querido muerta, ya lo estaría.

No podía decir que ese pequeño detalle supusiera una gran diferencia en mi actual predicamento. Si mi sospecha era cierta, y los que venían tras de mí eran los cazadores del rey, entonces la muerte seguía formando parte de mi destino, solo que se encontraba al final de una larga agonía, en la que me provocarían mil muertes antes de permitirme un final sin dignidad. Lo irónico era que jamás me creerían si les contaba la verdad, y el único secreto que conservaba no era uno que les interesara o que pudiera servirles para algo más que seguir torturándome.

Como si respondiera a mis pensamientos, un solitario búho desafió el silencio del resto de las criaturas del bosque y soltó un lamento fúnebre que anunciaba mi inevitable derrota. Me obligué a ir más rápido, ignorando el creciente cansancio y el dolor en mis pulmones y los músculos de mis piernas. Aún no me había llegado la hora. No podía haberme llegado. No cuando ni siquiera había tenido la oportunidad de descubrirme a mí misma y de vivir sin que otros me usaran como un títere con las cuerdas rotas.

El susurro del viento entre las ramas trajo consigo la maldición mascullada de uno de mis perseguidores. A pesar de mis esfuerzos, estaban recortando distancias. No iba a poder evitarlos por mucho más, pero ¿qué me quedaba por hacer? ¿Enfrentarme a ellos en una lucha cuando tenía la certeza de que no tenía ninguna oportunidad? ¿Entregarme para que pudieran humillarme y torturarme hasta mi muerte?

Si hubieran sido humanos, al menos habría tenido una oportunidad de librarme de ellos. Les habría costado encontrarme bajo el manto de tinieblas que nos envolvía en aquella helada noche de otoño, donde la luna y las estrellas apenas se asomaban de tanto en tanto entre las copas de los árboles. Por desgracia, no lo eran, e incluso las gotas de sangre que las despiadadas espinas de los arbustos me arrancaban a mi paso se estaban convirtiendo en un traicionero rastro que les señalaba el camino hasta mí.

Mis pulmones ardían como si con cada bocanada inhalara fuego en vez de aire. Hubiera dado cualquier cosa por detenerme, aunque solo fuera unos segundos, pero incluso eso era un lujo que no podía permitirme. No cuando el azul profundo del horizonte estaba comenzando a adquirir una tonalidad grisácea, lanzándome su propia advertencia. Si no me mataban los cazadores, pronto lo haría la luz del amanecer. Y ahí estaba mi última esperanza de sobrevivir: aguantar más que ellos, aguantar hasta que se rindieran y escondieran de una muerte segura, y luego rezarle a la Diosa para que me permitiera encontrar un refugio antes de que el sol me carbonizara viva.

No podía verlos, pero sentía su presencia. Eran como espectros, sombras sin rostro que me acosaban con una determinación implacable. El ruido que hacían al perseguirme era una burla. Querían que oyera sus pisadas porque disfrutaban de mi miedo, porque formaba parte de su juego y su empeño de hacerme sufrir. Si tenía razón, que la Diosa se apiadara de mí si me atrapaban.

Me habría reído si me hubiera quedado aire para hacerlo. ¿Qué irónico era que yo, la cazadora, me hubiera convertido en presa? Creo que eso era lo que a ellos les producía tanta adrenalina, el mismo motivo que me seguía empujando más allá de los límites de mi propio cuerpo.

Maldije cuando la tierra blanda y las hojas húmedas del bosque fueron sustituidas por un suelo duro cubierto de piedras afiladas que se clavaban en mis plantas, obligándome a apretar los labios para acallar los gemidos de dolor que pugnaban por escapar con cada zancada que daba. Una ráfaga de agonía pura me atravesó el pie cuando tropecé con una roca. A duras penas conseguí extender los brazos para amortiguar la caída con las manos y ni siquiera morderme los labios consiguió ahogar el grito que se me escapó por la garganta cuando mis rodillas impactaron contra el suelo.

Por un momento estuve tentada de quedarme allí tendida y permitir que me atraparan. Rendirme se convirtió en una tentación, hasta que me llegó el murmullo que trajo consigo una pequeña esperanza. ¡Agua!

Con el poco vigor que me quedaba, me incorporé y me lancé en la dirección de la que provenía el sonido. Hubo otra maldición a mi espalda. Como una jauría de lobos con un pensamiento coordinado, mis cazadores aceleraron su persecución. Sabían lo que iba a hacer o por lo menos lo sospechaban.

Se produjo un cambio en el aire: la humedad se intensificó y el presagio de algo inminente se hizo evidente. Por instinto, arrastré los talones para frenar cuando el acantilado apareció frente a mí, recortándose ominoso al filo del bosque, pero el aroma a cuero y cítricos que me trajo el viento me recordó que no podía permitirme el lujo de titubear. Y no lo hice. Tirando de mis últimos vestigios de fuerza, corrí. Corrí como nunca antes había corrido, con una mezcla de desesperación y esperanza y un deseo ardiente de sobrevivir.

Justo antes de que mis pies se despegaran de la fría piedra para lanzarme al vacío, una voz oscura y aterciopelada se burló en mi mente:

«¿De verdad crees que saltar te ayudará a escapar de mí, Andrea?».

Capítulo Uno

ANDREA



Con un jadeo ahogado, abrí los párpados y me incorporé en la cama como un resorte. El contraste entre el sueño y la realidad fue tan abrupto que por un instante no supe dónde estaba. Imágenes de la pesadilla y la angustiosa persecución a través del tenebroso bosque se entremezclaban con el reconocimiento de la rústica habitación en la que me encontraba. A pesar de que mi reloj interno me advertía de que aún no había llegado el atardecer, el silencio que provenía del exterior solo se veía roto por el lejano aullido de un lobo, los susurros de las hojas bailando al viento y el latido frenético de mi propio corazón, recordándome que, aunque solo hubiese sido un sueño del que acababa de despertar, mi desesperada huida bien podría convertirse en una terrorífica realidad.

Cerré los ojos y me concentré en la forma en la que el aire pasaba por mi nariz, me recorría la garganta y me llenaba los pulmones. No era más que un intento vano por calmar el ritmo acelerado con el que subía y bajaba mi pecho y, de paso, empujar la sobrecogedora angustia que seguía recorriéndome hacia el fondo de mi mente. El sudor frío que me empapaba la camiseta hacía que la tela se me pegara a la piel y me provocara un escalofrío. Me liberé a patadas de las sábanas enredadas en mis piernas y me deslicé hasta el borde del colchón.

Con manos temblorosas, me aferré a la maltrecha manta de lana que cubría la cama e ignoré los muelles que chirriaban bajo mi peso al bajar los pies al suelo. Fue enfocarme en la áspera superficie de madera bajo las plantas de mis pies y contra mis cicatrices lo que pareció lograr el truco y anclarme a la realidad del momento, a pesar de que tenía la certeza de que el terror del que acababa de despertar no era más que el augurio de lo que estaba por venir.

Me tomó varios minutos apaciguar los desbocados latidos de mi corazón y que mis neuronas volvieran a funcionar con eficiencia. Con una mirada inquisitiva, inspeccioné el interior de la vieja cabaña que había reivindicado tres noches atrás como mía, para confirmar que todo seguía igual que cuando me acosté al amanecer.

Mi mirada pasó por encima del viejo escritorio, tallado y desgastado por el paso del tiempo. Sus cajones desvencijados se mantenían ligeramente entreabiertos debido a la dilatación de la madera, dejando entrever la esquina de una factura amarillenta, vestigio de la vida rutinaria de los anteriores moradores, al igual que lo eran las docenas de tarjetas de felicitación que sabía que contenían, junto a los sobres con direcciones, pero sin sellos ni estampas, como si quien las escribió jamás tuvo la oportunidad, o tal vez el valor, de enviarlas.

Justo enfrente de la mesa, se encontraba un sillón de cuero marrón desgastado por el uso, que solía chirriar irritantemente con el más mínimo movimiento, sobre cuyo respaldo estaban extendidos con cuidado mis pantalones junto a un par de calcetines y los arneses para colocarme las armas. La meticulosidad con la que estaban organizados, justo en el orden con que debía

ponérmelos en caso de urgencia, contrastaba con el resto del espacio.

Limpiar nunca había sido lo mío. Tampoco me había hecho falta, considerando que había crecido en un hogar con sirvientes y esclavos, donde estaba mal visto que una mujer de mi estatus social moviera un solo dedo, ni siquiera para vestirme por mí misma. Lo que explicaba que en la diminuta cocina del rincón siguiera la tetera sobre el hornillo apagado y el cubo de basura con las latas vacías de las conservas que había usado para alimentarme durante esos días. Entre mi lista de tareas pendientes se encontraba el deshacerme de ella, enterrándola en la tierra para que los osos o zorrillos no se hicieran daño si intentaban hurgar entre las latas en busca de comida, pero parecía que mi tiempo allí había llegado a su fin antes de lo previsto. Suponía que podía deshacerme de la basura en algún contenedor que me encontrara por el camino cuando me marchase, aunque solo fuera para sentirme un poco más civilizada y no dejar atrás un rastro que pudieran leer y juzgar los cazadores que me perseguían. Ser una fugitiva no implicaba que no pudiera mantener mi dignidad mientras lo fuera. Prefería que me odiaran y detestaran a que me tuvieran lástima o me consideraran patética.

Seguí con mi exhaustivo escrutinio hasta la cómoda que se encontraba un poco más allá y que seguía manteniendo la misma capa de polvo que tenía a mi llegada. Con un estremecimiento, preferí pasar por alto el enorme bulto tapado por una sábana que había sobre ella y me centré en la fotografía desteñida de una pareja de mediana edad que colgaba en la pared. Al igual que las anteriores veces que la había mirado, las sonrisas enamoradas y los ojos cargados de ternura me provocaron una extraña presión en el pecho, y tuve que obligarme a ignorar la incómoda mezcla de añoranza y vacío que parecía haber tomado residencia allí en el último año.

Casi como si mi mente se negara a obedecerme, mi memoria me jugó una mala pasada, mostrándome unos intensos ojos verdes que me miraban con una mezcla de sorpresa y terror en un rostro masculino adusto, cruzado por una larga cicatriz que, más que afearlo le otorgaba un atractivo peligroso y te hacían desear trazarla con la punta de tus dedos.

¡Maldita fuera! ¡Se acabó! Me levanté de un salto. No podía, ni quería, permitirme el lujo de pensar en el hombre que, sin duda alguna, iba a ser el causante de mi muerte.

Apretando los labios en una firme línea, revisé el resto de aquella habitación en la que todo me era familiar y, al mismo tiempo, extraño. Nada de aquello me pertenecía, excepto la mochila que se encontraba apoyada contra los pies de la cama con algunas mudas de ropa, y lo imprescindible para poder sobrevivir en un lugar perdido de la mano de la Diosa en la dimensión humana.

Se me escapó un gemido mientras me llevaba la mano a la sien, presionándola con suaves movimientos rotatorios, en un intento por aplacar el insistente dolor punzante y la creciente oleada de náuseas. La pesadilla había sido demasiado vívida, demasiado real. Los cazadores, la persecución, el acantilado... Puede que solo fuera una advertencia de mi subconsciente para que no me relajara ante el peligro en el que me encontraba, pero la verdad era que se sentía como un presagio y, por desgracia, fuera cual fuese la causa, me constaba que la amenaza era auténtica e inminente.

No era mi primera pesadilla. Había tenido muchas a lo largo de mi vida. Las que había experimentado en mi infancia, las que me advertían de lo que pasaría conmigo si Azrael perdía su interés por mí, las que me provocó descubrir que mi *shangrile* era el mismo hombre que vendría a poner fin a mi vida, o las que me causaba el poder que la bruja del Este ejercía sobre mí. Sin embargo, en las últimas semanas se había incrementado la frecuencia con la que las experimentaba y, por primera vez, tenía la certidumbre de que no se trataban de un mero reflejo de mis miedos o de mis vivencias pasadas, sino de la amenaza tangible que estaba

aproximándose y que iba a ser imposible de evitar.

Con piernas inestables, me acerqué a la ventana. La madera vencida crujía bajo mis pies, haciéndome rechinar los dientes ante el estruendo con el que rompían el silencio. Con cautela, abrí un hueco entre las opacas cortinas y eché un vistazo al exterior para asegurarme de que mi destino no me hubiera encontrado antes de lo esperado. Estuve tentada de abrir la ventana para que el aire fresco del anochecer diluyera el irritante hedor a moho, polvo y leña quemada que provenía de la chimenea apagada, pero habría sido un capricho imprudente. Tampoco era como si me quedase más tiempo que perder. La única forma de sobrevivir era adelantarme y asegurarme de que mis pesadillas no pudieran hacerse realidad.

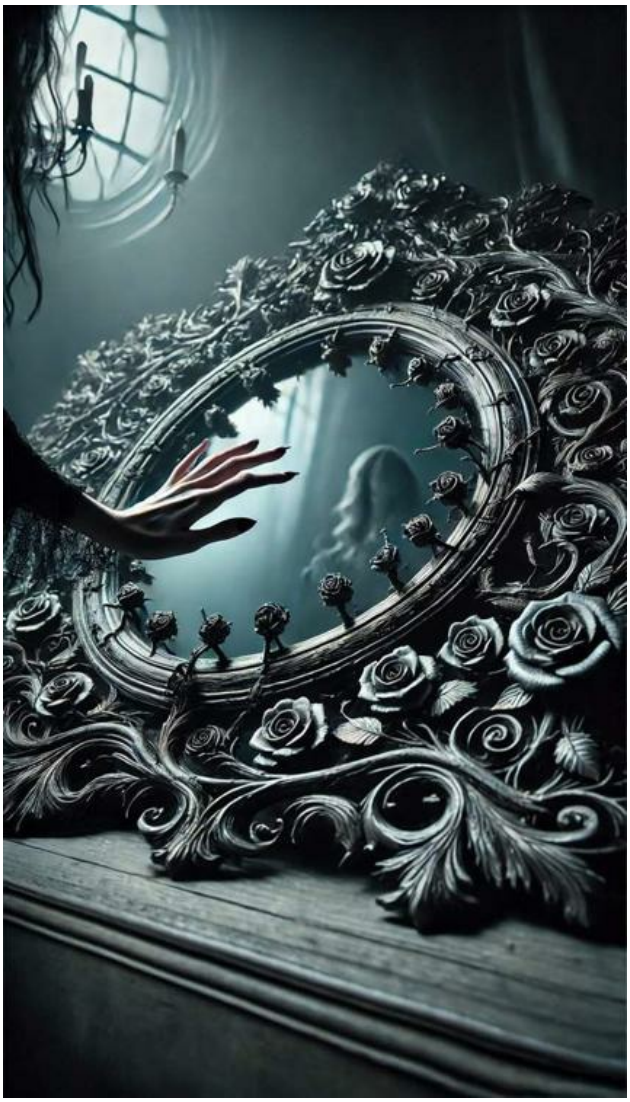
Mis manos seguían temblando cuando me acerqué a uno de los rincones de la pequeña cabaña y mi corazón retomó el ritmo acelerado de sus latidos. Con un tirón a la polvorienta sábana, expuse el espejo ovalado que escondía y la dejé caer sobre la cómoda, envuelta por las pequeñas motas que revolotearon alteradas a su alrededor. Tragué saliva con dificultad, armándome de valor, antes de acercarme al espejo.

El maldito trasto me devolvía el reflejo de una mujer con enfermizas ojeras violáceas que contrastaban con su pálida piel y mirada cansada. Era una imagen familiar con la que, sin embargo, me costaba identificarme. Mi pelo cobrizo, antaño la envidia de la corte y el orgullo de mi madre, se encontraba enmarañado y sin brillo, mis labios resecos carecían de color, mis uñas rotas tenían rebordes negruzcos y mis costillas empezaban a marcarse más de lo que estaba de moda para una dama de alta cuna.

Resultaba irónico que, escondiéndome en la dimensión humana, donde las presas abundaban (al menos en teoría), estuviera muriéndome de sed. Si no encontraba pronto una solución a mi situación, ya no iba a necesitarla porque habría acabado conmigo.

Acercarme al espejo iba en contra de las tropecientas advertencias que me gritaban mis instintos. Era como meter la mano bajo un haz de sol cuando sabía que me quemaría y que iba a pelarme la piel de la carne. Como si mis pies tuvieran voluntad propia y hubieran decidido resistirse, tuve que obligarme a arrastrarlos mientras me acercaba poco a poco al majestuoso espejo. Habría sido un espejo precioso si no hubiera conocido sus oscuros secretos. El marco de ébano estaba tallado con un sinfín de artesanales rosas y espinas que se entrelazaban de una forma tan artística como macabra. Odiaba aquel maldito trasto que me perseguía allá a donde iba, apareciendo de la nada en cada nuevo refugio que encontraba. Habría dado cualquier cosa por deshacerme de él, aunque, por una vez, podía ser la solución que me permitiera encontrar una vía de escape en lugar de la herramienta con la que me habían condenado.

Mi miedo era tan palpable e intenso que prácticamente vibraba en mi interior cuando mi aliento entrecortado empañó la superficie de cristal plateada. Al igual que mis piernas, mis brazos se resistieron a obedecerme cuando los alcé para acercar mis sudorosas palmas a las espinas que sobresalían amenazantes del marco. Era una ironía que fueran la metáfora perfecta para recordarme que la belleza y la magia exigían ambas un precio a quien las codiciara.



Con un débil haz de luz de la luna como único testigo, apoyé mis temblorosas manos sobre el marco hasta que las espinas acuchillaron mi piel y se hundieron en mis palmas en busca de su sacrificio. Era la primera vez que lo hacía de forma voluntaria, sin que ninguna fuerza exterior me hundiera en un trance y me empujara a hacerlo en contra de mis deseos. Solo podía rezar para que, al igual que las anteriores veces, en esta ocasión también funcionara.

Ignorando el agudo dolor, observé cómo mi sangre fue deslizándose por las espinas, coloreando los pétalos de las rosas a su paso, haciendo florecer los capullos y serpenteando hasta la lisa superficie del espejo como si la atrajera una fuerza invisible hasta su centro.

Incluso para una vampiresa como yo, acostumbrada a la sed de sangre, atestiguar cómo el espejo absorbía la rojiza esencia vital con semejante avaricia resultaba chocante. Hubiera sido un espectáculo fascinante de ver, si no fuera porque, con cada gota que reclamaba, una oleada de intenso frío se extendía por mis extremidades, invadiéndome y debilitándome, como si la sangre no fuera lo único que estuviera tomando de mí.

Estuve a punto de soltarlo y apartarme, demasiado aterrada por lo que me hacía y el tiempo que tardaba, cuando el cristal del espejo comenzó a oscurecerse, tornándose tan negro como una

noche sin estrellas, antes de empezar a brillar con un resplandor pálido y etéreo, en cuyo interior se desplazaban figuras apenas compuestas por sombras. Cientos de susurros se fundieron los unos con los otros hasta convertirse en un penetrante zumbido que me obligó a apretar los dientes para resistir la tentación de perderme en él.

Pasó lo que pareció una eternidad hasta que una de aquellas siluetas fantasmales destacó sobre las demás y comenzó a aproximarse, acallando los tétricos murmullos a su paso. Retrocedí sin siquiera pretenderlo y apreté los puños para que no se notara mi temblor a medida que la oscuridad dentro del espejo empezó a disiparse, revelando una figura femenina que se volvía más nítida y tangible a medida que recortaba la distancia, dejando paso a la bruja pelirroja que se había adueñado de mi vida con la misma cortante frialdad que reflejaba en su mirada en aquel instante.

Vacilé, preguntándome si no habría cometido un error al convocarla.

—Más te vale que tengas un buen motivo para hacerme venir —advirtió con gelidez mientras su rostro y figura se alargaban y afinaban hasta convertirse en un reflejo cruel de mí misma.

Odiaba cuando hacía aquello. Era como si se mofara de mí, recordándome que podía jugar conmigo a su antojo, mostrándome una versión de mí misma desprovista de la más mínima humanidad. Lo único que me permitía conservar era mi belleza. Una belleza que, por lo usual, dejaba marchitar justo antes de irse, para recordarme que incluso eso era algo que podía quitarme con un simple chasqueo de su lengua.

A aquellas alturas debería estar acostumbrada a su humillante parodia, pero, cada vez que me obligaba a verme a mí misma en ella, la impotencia que me provocaba su poder se incrementaba y me forzaba a enfrentarme al monstruo en el que me había convertido.

—¿Es necesario que me robes la identidad cada vez que hablamos? —pregunté antes de poder detenerme.

Sus labios, los míos en realidad, se curvaron en una sonrisa llena de desprecio.

—No.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque puedo y porque sé que lo detestas —me cortó con impaciencia—. Y ahora ve al grano y deja de hacerme perder el tiempo. ¿Por qué me has convocado?

Me clavé las uñas en las heridas que me había hecho con las espinas del espejo, reabriendo las que ya habían comenzado a cicatrizar.

—Azrael le ha puesto precio a mi cabeza y ha enviado cazadores a por mí.

La bruja arqueó una ceja.

—¿Y qué hay de nuevo en eso?

Retuve un resoplido. Cierto, ¿qué había de raro en eso después de que ella me hiciera envenenar a la *shangrile del rey de los vampiros* mientras estaba embarazada de su primera heredera? Nada. Nada en absoluto, ¿verdad?

—Que su número ha incrementado y que ahora estoy sola. La secta que usamos para secuestrar a la *shangrile* de Cael ha desaparecido y su cabecilla no contesta a mis mensajes.

El número de enemigos que me había creado a lo largo de los casi dos años que ella llevaba usándome a su antojo, resultaba turbador.

—¿Y? —preguntó con indiferencia.

La presión de mis uñas sobre mis palmas aumentó hasta que un fino hilo de sangre fue resbalándose húmedo y caliente por mis dedos. Con una lenta inspiración me recordé que enfrentarme a ella no me llevaba a ninguna parte.

—Necesito los recursos de la secta y la magia que tienen —la informé con determinación.

—No son más que humanos —bufó con desprecio—. Su magia es tan débil que son poco más que payasos de circo.

Reprimí una carcajada. Sí, sí que eran débiles, y unos tontos avariciosos también y estúpidos, sobre todo estúpidos. Pero eran la única herramienta a mi alcance con la que podía contraatacar y defenderme de los hombres que me había enviado Azrael sin ponerme en peligro.

—Tienen más de la que tengo yo —espeté con sarcasmo—. Y, además, son buenos distrayendo a los cazadores

—No.

—¿No? —repetí, confundida.

—Justo lo que has oído —dictó la bruja con firmeza.

—Pero… —Sacudí la cabeza para aclarar las ideas e ignoré las náuseas que me estaban cerrando la tráquea—. Si no me ayudan… Los cazadores me superan, son demasiados para mí sola. Estaría condenada —susurré en apenas un hilo de voz—. No puedes negarme esa ayuda.

Mi reflejo en el espejo me dedicó una carcajada cruel.

—Aquí la única que decide lo que se hace y lo que no soy yo —sus palabras resonaron con un eco metálico por la habitación.

Como si el estremecimiento que me recorrió me robara mis últimas fuerzas, mis rodillas amenazaron con ceder.

—Piensas abandonarme a mi suerte —murmuré al fijarme en el brillo burlón, casi excitado, en sus ojos. No era una pregunta.

—Eres un poco lenta de entendederas, pero al menos no un caso perdido —se mofó.

—¿Por qué? —Intenté tragar saliva, pero tenía la boca reseca—. Has hecho conmigo lo que te ha dado la gana. He hecho lo que me has pedido hasta el final.

—¿Estás segura? —La chispa de furia en sus ojos me puso el vello como escarpias. Nunca pasaba nada bueno cuando ella se enfadaba—. ¿Ya no recuerdas lo que pasó en las mazmorras? Me traicionaste cuando estaba ayudándote a escapar de la prisión.

Una vez, una sola vez me había rebelado contra ella. No debería haberlo hecho. El mismo hombre por el que lo había arriesgado todo, ahora me perseguía y la bruja iba a hacerme pagar por ello.

—¡Me persiguen porque creen que soy yo quien los ha traicionado y atacado! Tú eres la que me ha hecho… —Parpadeé para retener las lágrimas. No iba a darle el placer de ver que, al fin, después de todo ese tiempo, había conseguido romperme—. Me has obligado a condenarme. ¿Y ahora no me merezco ni siquiera un poco de ayuda para escapar de las consecuencias de lo que *tú* has provocado?

Su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio.

—Sabías lo que te hacías al aceptar el acuerdo. A la única a la que tienes para culpar es a ti misma.

—¡No tenía ni idea de lo que ibas a hacer conmigo!

—En ese caso, deberías haber leído la letra pequeña del contrato —replicó sin la más mínima compasión.

—¡No había letra pequeña!

—¡Por el amor de la Diosa, deja de comportarte como una niña estúpida! —espetó, agitando los brazos irritada—. Eras la diplomática del reino de Azrael. No eres tonta. Sabías más que de sobra que hay que leer entre líneas en un pacto mágico. Estabas desesperada por convertirte en un sacrificio para salvar a tu hermana. Pues bien, tu hermana sigue viva. He cumplido con mi parte del trato, el resto es cosa tuya.

—¿Y eso justifica que ahora me dejes tirada, pagando por las consecuencias de tus acciones? —exigí en un intento por reivindicar un poco de mi dignidad.

—Ese es *tu* problema, no el mío.

Apreté los dientes y alcé la barbilla.

—¿Qué quieres a cambio de ayudarme? —No pude evitar la amargura en mi tono, sabiendo que cualquier cosa que me exigiera sería un precio desorbitado, uno que tal vez no pudiera pagar sin perderme a mí misma.

Sus ojos calculadores me estudiaron por un momento, pero acabó por hacer un aspaviento con la mano descartando mi solicitud.

—Tienes demasiada gente persiguiéndote. Las molestias no compensan los beneficios. Ya no me sirves —decidió con una frialdad despiadada.

Un nudo me cerró la garganta a medida que mi miedo crecía.

—¿Puedes darme al menos alguna pista sobre cómo puedo salir de esta? —Mi voz amenazó con quebrarse—. ¿Un hechizo, una poción o alguna clase de talismán que puedan ayudarme a defenderme u ocultarme?

A aquellas alturas, cualquier ayuda, por poco que fuera, me servía. Ella se encogió de hombros con indiferencia y sus labios se desfiguraron en una mueca de desdén.

—Ve al Inframundo. Ningún sobrenatural se arriesgaría a seguirte allí.

—¿Al Inframundo? —pregunté, incrédula—. Los vampiros no somos bien recibidos allí, a menos que vayamos como esclavos.

Y aquél sería el menor de los peligros que me esperarían en un mundo poblado por demonios, practicantes de magia negra y monstruos.

—Ese, querida mía, es tu problema. Ya tienes edad para cuidarte tú solita. Si consigues deshacerte del precio que le han puesto a tu cabeza, vuelve a mí. Tal vez tenga algún trabajito para ti.

Se me levantó el estómago y la bilis irrumpió en mi garganta. Ella no me consideraba lo bastante importante como para ayudarme, pero sí que estaba dispuesta a explotarme de nuevo en el futuro. Por desgracia, si ella decidía usarme, no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Me costó mis últimas trazas de control no estampar un puño en el espejo y borrarle la sonrisa de su maldito rostro.

—¡Es por tu culpa por la que me están persiguiendo! ¡Fuiste tú la que intentó envenenar a la reina y secuestrar a Cael y su *shangrile*! —grité con más volumen del que había pretendido.

Su expresión no cambió, ni siquiera cuando un temblor líquido recorrió el cristal retorciendo su imagen y mostrándola como el monstruo que era.

—¿Estás segura? —preguntó con una ceja levantada—. Creo que eras perfectamente consciente de lo que estabas haciendo, aun cuando era yo la que te controlaba. Podrías haber tratado de luchar en vez de esconderte en un rincón de tu mente para hacerte la víctima.

—¿Consciente? —Se me escapó una carcajada seca—. ¡Sabes de sobra que lo estaba, al igual que te consta que no tenía forma de resistirme a tus posesiones y órdenes!

En sus manos me había convertido en una marioneta de una forma casi literal.

—Y dime, querida. —La bruja ladeó la cabeza—. ¿Crees que alguien te creerá o te eximirá de tu responsabilidad por ello? Lo único que pasará es que se darán cuenta de la mujer débil, patética y manipulable que eres. Nada más. —Hubo tanto desprecio en su mirada que me entraron ganas de encogerme y esconderme, al igual que solía hacer con mi padre cuando me recordaba lo inútil y cobarde que era—. Y encima, arriesgarás a tu hermana y madre por una simple pataleta infantil. ¿Necesitas a un príncipe azul que te rescate y que te ayude a enfrentarte

a tus malas decisiones? Pues búscate a uno, pero no esperes que lo haga yo por ti.

Me quedé tan petrificada ante los recuerdos de mi padre gritándome acusaciones similares, que ni siquiera conseguí reaccionar cuando mi rostro reflejado en el espejo comenzó a arrugarse y a perder color.

—¡No, espera! —imploré, extendiendo la mano hacia el espejo, justo antes de que mi yo del reflejo se convirtiera en ceniza y la imagen se distorsionara como si estuviera bajo el agua.

El mundo entero pareció detenerse cuando me quedé sola frente a un espejo vacío. ¡Estaba sola! Me dejé deslizar sin fuerzas hasta el suelo. La maldita bruja me había abandonado a mi suerte, y lo había hecho riéndose de mí.

Como si el destino también quisiera unirse a la broma, un búho ululó en la noche. Mi sangre se congeló al reconocer la señal.

Ya era demasiado tarde para lamentarme. Me habían encontrado.

Los cazadores habían llegado a por mí.

Capítulo Dos

GABRIEL



Dejé que el cuerpo del capullo mafioso que tenía entre mis brazos se deslizara hasta el suelo, con el único cuidado de que no se golpeara la cabeza contra el frío granito (al menos no demasiado).

Sus irritantes gemiditos de placer me tentaban a pisarle el cuello para acabar con ellos y, tal vez, también con él. Lo último que quería era que me recordara que el motivo por el que un impresentable como él seguía convulsionando extasiado, se debía a que la toxina de mis colmillos aún corría por sus venas.

Por si el penetrante y agrio olor a semen no fuera suficiente señal de lo que estaba ocurriendo y la clase de alucinaciones que pasaban por su mente intoxicada, la creciente mancha húmeda en sus pantalones lo habría dejado patente. Era un tipo con suerte, porque había decidido que aquel no era un buen día para dejar un cadáver atrás y, sobre todo, porque no me interesaba que nadie sospechara de su repentina desaparición.

Con una mueca de asco, saqué unas toallitas húmedas y me limpié con cuidado los rastros de sangre de los labios y la barbilla. No era como si lo hubiera tocado más de lo estrictamente necesario para mantenerlo quieto mientras me alimentaba de él. Tampoco me importaba que fuera un hombre. Mi rechazo hacia él se debía a que era un desperdicio humano. El amargor de su sangre revelaba que no solo traficaba con drogas sintéticas, sino que también las consumía. Y, por si eso no fuera suficiente motivo para que me desagradara su simple existencia, su penetrante hedor, mezcla de tabaco negro y una especiada colonia barata, me irritaba la nariz y se había quedado impregnado en mi ropa.

Como para confirmar que el capullo se merecía lo que le hiciera, la atractiva rubia que se encontraba inconsciente en el sofá soltó un gemidito vulnerable. Apreté los dientes ante la visión de las oscuras marcas de dedos que destacaban sobre la pálida piel de su pecho.

Arrugué las toallitas en un puño. Estuve tentado de bajarle la falda desgarrada de su vestido y cubrirle los pechos. Podría hacerle olvidar lo que había pasado antes de mi llegada, borrarlo de su memoria y llevarla a la seguridad de su casa, pero si lo hacía, la chica jamás iría a la policía a poner una denuncia. Era más que probable que, la próxima víctima a la que el cabrón pervertido trajera a su despacho para drogarla y aprovecharse de ella, no tuviera a nadie allí para defenderla. ¿Y si no salía viva de allí? No quería ese cargo sobre mi consciencia, por lo que dejé las cosas como estaban.

Mi mirada regresó al hijo de puta tirado en el suelo. Cualquier rastro que pudiera delatar que me había alimentado de él había desaparecido. Mis colmillos volvieron a extenderse. Un litro más de su sangre y su corazón acabaría por rendirse.

Tuve que obligarme a recordar que me interesaba asegurarme su sumisión y predisposición

durante las próximas noches y que siempre podía darle una buena lección antes de marcharme. No había nada que una bonita pesadilla y un buen susto no pudieran lograr cuando se trataba de idiotas como ese.

Me enderecé instantes antes de que la puerta se abriera sin aviso previo y me encontrara con la ceja alzada de Malael, quien recorrió la escena desde el enorme gorila desplomado al lado de la puerta al hombre a mis pies, para luego posar la mirada en el sofá.

—¿Divirtiéndote? —preguntó, cerrando la puerta tras él.

Soltando una maldición en mi interior, me acerqué a la chica para bajarle la falda y cubrirle el pezón con un trozo de tela. No me preocupaba que Malael tratara de aprovecharse de ella, no era de esos tipos, pero el intuir que la chica se sentiría avergonzada de que otro desconocido más la viera en un estado tan vulnerable fue suficiente motivo para hacerlo.

—Si lo hubiera hecho, te habrías encontrado vísceras y materia gris desperdigadas por las paredes —mascullé sin arrepentimientos.

Si por algo era valorado en mi trabajo era por mi meticulosidad y la limpieza de las escenas que dejaba tras de mí, pero eso no significaba que no pudiera hacer una excepción de vez en cuando.

El humor en sus ojos se esfumó y su pecho se infló al inhalar.

—Está drogada —constató con un gruñido bajo.

A pesar de que poca gente en Nocturna podía imaginarse al elegante y sofisticado príncipe en vaqueros rotos, chupa de cuero y tatuajes asomándose por el cuello de la camiseta negra (una imagen que solía reservar para sus visitas a la dimensión humana), su tendencia a proteger a mujeres vulnerables no solo era conocida, sino considerada una debilidad por su parte. Si lo conocieran como lo hacía yo, más de uno de esos imbéciles saldría huyendo despavorido con su sola cercanía. Se mofaban a su espalda y lo comparaban con el cazador del cuento de Blancanieves. Se equivocaban. No era un cazador, sino un depredador, y el monstruo de sus peores pesadillas.

—Ha tenido suerte de que llegara a tiempo —confirmé, acercándome a la amplia pared de cristal que conformaba un lateral completo del despacho.

—¿Por qué no has acabado con él? —Malael me siguió y se colocó junto a mí para contemplar el abarrotado antro nocturno que se desplegaba ante nosotros en la planta baja.

Me froté la barbilla.

—Aún no sé cuántos días me hará falta su cuartel. No me interesa que la policía cierre el local.

—Tal vez deberías terminar el trabajo —sugirió mientras sus ojos escrutaban la actividad de los inconscientes humanos a nuestros pies—. Han pasado meses.

—Tal vez —admití sin comprometerme a nada.

Mis párpados se entrecerraron con un leve gruñido al descubrir a otros tres cazadores desplegados por el local, mientras mi presa servía cócteles y bebidas a una mesa con la elegancia natural que la caracterizaba y la distinguían a simple vista de cualquier humana.

—Esos malditos idiotas nunca aprenderán —mascullé, disgustado.

Malael bufó.

—¿Y qué esperabas? El de la barra es un cambiaforma y la que está bailando en la pista una fey —señaló lo obvio.

—Solo por la rigidez en el cuello de Andrea, ya deberían haber adivinado que es consciente de su presencia. El que está sentado en el rincón es un vampiro; si hubiera hecho sus deberes debería conocer la formación militar que ella posee. ¿De dónde saca tu hermano a semejantes

inútiles?

Maldije para mis adentros. Los muy imbéciles habían estropeado mis planes. Malael se metió las manos en los bolsillos de sus desgastados vaqueros y encogió los hombros con un suspiro.

—¿Para qué iba a enviar a alguien experimentado si ya te ha enviado a ti? El único motivo por el que ha puesto un precio oficial a la cabeza de esa zorra es porque habría resultado sospechoso para ella que no lo hiciera.

Mis garras se extendieron ante el insulto a mi *shangrile*, pero me forcé a mantenerme inmóvil y a dejar mi rostro en blanco. Sabía que ella se había ganado a pulso cualquier insulto que pudieran lanzarle y estaba convencido de que se merecía la caza y el juicio que la esperaba, pero una cosa era reconocerlo y otra que mis instintos no me empujaran a reaccionar cuando alguien la atacaba.

—Me están jodiendo mi trabajo —mascullé—. Andrea no va a conformarse con deshacerse de ellos. Antes del amanecer habrá desaparecido de la ciudad.

Girándose hacia mí, Malael ladeó la cabeza.

—¿Tu trabajo o tu juego del gato y el ratón?

—Tu hermano me ordenó que, antes de atraparla, averiguara qué se traía entre manos y con quién se relacionaba —respondí manteniendo las emociones alejadas de mi voz.

—Gabriel, ¿tengo que preocuparme? —indagó Malael ignorando mi respuesta.

Lo miré a los ojos sin pestañear.

—Que cumpla con mi misión no me impide torturarla en el proceso y hacerle pagar por la humillación por la que me hizo pasar —respondí manteniéndome lo más cerca que podía de la verdad.

Malael había sido testigo de la ira y desconfianza de Azrael cuando descubrió que la vampiresa que había tratado de asesinar a su mujer e hija nonata, se había escapado de sus calabozos mientras se encontraba bajo mi vigilancia y, también, de las burlas y mofas que me han perseguido desde entonces.

Los perspicaces ojos de Malael me estudiaron como si adivinara que no había sido totalmente honesto, pero acabó asintiendo. Tuve que controlar mis músculos para que no se percatara de la forma en que mis hombros se habían relajado.

—Tú más que nadie sabes lo que se hace —dijo, pasándose una mano por la cara—. De cualquier modo, Andrea no es el motivo por el que he venido.

—¿Cuál entonces?

Titubeó antes de contestar:

—Necesito tu visión y tu consejo.

—¿Sobre? —indagué tan sorprendido como curioso. No es que fuera la primera vez que nos ayudábamos el uno al otro, pero si me había seguido a la dimensión humana para interrumpirme en una misión, debía de existir un buen motivo para ello.

Soltó un resoplido exasperado y se rascó el pecho.

—¿Cómo es posible que una simple humana, una cría comparada conmigo, pueda escapar de un vampiro formado como yo sin dejar rastro? Me siento como si estuviera persiguiendo a un fantasma. Nadie la ha visto ni sabe dónde está. ¡Joder! La mayoría de mis cabos acaban sueltos porque ni siquiera saben quién es. Ninguna organización mortal es tan buena como para conseguir borrar a una persona de su dimensión, ni siquiera una de inteligencia militar. Y cada vez que creo que estoy cerca de ella, vuelve a esfumarse. No sé si el destino no quiere que consiga encontrarla o si soy yo quien es un inútil.

No me hizo falta preguntarle de quién estaba hablando. Si Anabel era la *shangrile* de Azrael

y Belén la de Cael, era pura cuestión de lógica que la tercera humana que Neva trajo a la corte fuera la de Malael.

—¿Estás seguro de que la estás buscando en la dimensión correcta? —me aseguré.

—Eso es lo más gracioso de la historia. —Con una fuerte exhalación, sacudió la cabeza—. Es como si estuviera en todas las dimensiones a la vez y, al mismo tiempo, en ninguna. Encuentro pistas por doquier y ni una sola me lleva a ningún lado.

—¿Y te has planteado que las pistas que estás buscando están más relacionados con nuestro mundo que con el suyo? —pregunté—. La *shangrile* de Azrael tiene un don y la de Cael ni siquiera es humana. ¿Qué es lo que tiene la tuya de especial para que Neva la encontrara y decidiera llevártela?

Malael frunció el ceño.

—No tengo ni idea, pensé que era porque su sangre llamaba a la mía, pero lo que dices tiene sentido.

Fue mi turno de vacilar.

—¿Quieres que deje lo que estoy haciendo y te eche una mano para encontrarla?

Con un profundo suspiro, me dio un apretón en el hombro y negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea una buena idea dejar a Andrea sin vigilancia. No cuando podría estar tramando cualquier otro ataque a nuestra familia. —Ambos devolvimos la mirada al club, que seguía igual que antes, solo que, con el cambiaformas, el vampiro, la fey y Andrea ausentes. ¡Malditos fueran! ¡Eso me pasaba por distraerme!—. Además, necesito ser yo quien la encuentre.

Me callé lo que realmente opinaba de su argumento para seguir detrás de Andrea. Dudaba mucho que ella estuviera planificando nada para volver a atacar. Estaba demasiado ocupada tratando de sobrevivir y, además, se encontraba sola y aislada. Pero explicarle eso a Malael significaba tener que admitir no solo que podía sentir lo que ella sentía, sino también acabar con la excusa que me permitía seguir persiguiéndola. Por más que me negaba a admitírselo a Malael, tenía razón en sus sospechas. Yo era el gato y Andrea mi pequeño ratón, y tanto ella como yo, lo sabíamos. Yo me merecía mi resarcimiento y ella su castigo, y la peor de las torturas que podía infligirle era dejarle saber que se le estaban agotando los escondrijos donde podía escapar de mí.

—¿Te importa echarme una mano antes de marcharnos? —le pregunté, cuando se dio cuenta al igual que yo, que Andrea y los cazarecompensas ya se habían largado.

Malael estudió la escena a nuestra espalda.

—Puedo encargarme yo si quieres.

Negué con la cabeza.

—Son dos y hay una chica inconsciente y semidesnuda. Es mejor hacerlo creíble.

Colocándome mis guantes de cuero, Malael me imitó. Esperó a que me acercara al bolso rosa tirado sobre el escritorio, sacara el móvil que contenía y marcara el número de tres cifras que conocía de memoria, antes de dejárselo a la chica en la palma.

—Servicio de emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

Ignoré la voz femenina que se oía por el altavoz y me acuclillé ante el mafioso de pacotilla del que me había alimentado antes. Era una suerte que Malael me conociera tan bien que ni siquiera necesité explicarle lo que quería que hiciera. Mientras le quitaba la pistola al cabrón violador y le retiraba el seguro, Malael hizo lo mismo con el matón que se encontraba tirado junto a la puerta. Un rápido cruce de miradas con Malael y un asentimiento, y ambos les pusimos las pistolas en las manos a nuestras presas. Luego, los cogimos por el cuello para incorporarlos, despertarlos y esperar a que sus ojos se abrieran en horror cuando los obligamos a apuntar a su

compañero y apretamos sus dedos sobre el gatillo.

¡Boom!

Los dos disparos reverberaron por el despacho como uno solo, milésimas de segundos antes de que los cuerpos en nuestras manos se sacudieran y se deslizaran sin vida al suelo. Malael y yo nos levantamos en silencio mientras por el altavoz del móvil la telefonista seguía preguntando ansiosa qué era lo que estaba pasando y si aquello había sido un disparo.

Pasé por encima del desecho humano, con cuidado de no pisar el charco de sangre que se estaba formando a su alrededor, y salí por la puerta que Malael había dejado abierta antes de desaparecer.

Era hora de centrarnos en nuestros respectivos objetivos, y, en mi caso, además, de recordarle a Andrea que no había ningún lugar donde pudiera escapar de mí y del vínculo que nos unía. No hasta el día en que se hincara de rodillas ante mí y me rogase que la dejara morir.

La idea debería haberme dado un nuevo chute de energía para regresar a la persecución, pero lo único que me provocaba era un sabor amargo en el paladar y una extraña sensación de vacío en el estómago.

Capítulo Tres

GABRIEL



El viento gélido recorría el viejo cementerio, arrastrando hojas resecas tras de sí con una tétrica melodía de silbidos y susurros, anunciando la proximidad del invierno, mientras me deslizaba entre las lápidas desmoronadas. Las fechas casi ilegibles sobre las losas grises señalaban que hacía siglos que el lugar había sido abandonado a su suerte, los mismos desde que la peste asoló el diminuto pueblo cercano, del que solo quedaban ruinas y los fantasmas de sus antiguos moradores.

Maldije en silencio cuando una rata chilló asustada, llamando la atención en mi dirección, y aproveché la estatua de un ángel para agazaparme tras su pedestal. Cerrando los ojos, apoyé la cabeza en la fría superficie erosionada y me centré en los olores y sonidos que traía consigo la brisa helada: el insistente aroma terroso de la tierra húmeda en contraste con uno más ligero procedente del océano que se encontraba a unos pocos kilómetros, el moho y la descomposición de las plantas que cubrían el suelo, y el hedor de los cazadores que acechaban a unos veinte metros de mí el lugar donde creían que se escondía Andrea.



Dos demonios, un cambiaformas, un brujo y un vampiro. Casi sonaba como el principio de un chiste. Me habría reído si no fuera porque, una vez más, habían arruinado mis planes de divertirme por mi cuenta. ¡Estúpidos! ¿Es que no iban a aprender nunca? Estaba empezando a perder la cuenta de la cantidad de cazadores que ya habían caído en las trampas de Andrea en los últimos meses. Sin embargo, cada nueva oleada de cazadores volvía a cometer el mismo error una y otra vez, confundiéndola con una presa cuando era una depredadora.

No me extrañaba que en las últimas semanas ella se hubiera cansado de jugar y aniquilara a sus perseguidores sin piedad. Yo habría hecho lo mismo. El mundo estaba mejor sin tantos idiotas sueltos por él. Claro que, yo los habría eliminado desde el principio, en lugar de darles la oportunidad de aprender o de que regresaran a por mí de nuevo. Era algo que me intrigaba del comportamiento de Andrea. ¿Por qué los había dejado vivos al inicio? No es que les hubiera servido de mucho a los desgraciados que lograron escapar de sus garras, no cuando yo me encargaba de hacer limpieza tras ella y eliminaba a la competencia. Tenía una misión y ella era mi objetivo, lo que significaba que no solo no podía permitirme el lujo de tener testigos y de que circularan los rumores, sino que tampoco estaba dispuesto a compartir mi juguete con esos peleles, pero eso era algo que ella desconocía. O al menos debería hacerlo.

Me asomé con cautela por el filo del pedestal. Tendría que estar ciego para no distinguir las oscuras siluetas que se acercaban sigilosas a los restos de la vieja iglesia que se recortaba lúgubre y ominosa contra el cielo nocturno, con las paredes cubiertas de musgo y enredaderas.

Entrecerré los ojos. Dos figuras más se materializaron en las sombras, sus movimientos

furtivos pero decididos mientras convergían hacia la estructura en ruinas. Más brujos, a juzgar por el tufo a hierbas medicinales y mercurio. Instintivamente, me fundí con la oscuridad para recorrer los metros que me permitieran refugiarme en las sombras protectoras de una cripta en ruinas mientras recortaba la distancia con ellos.

Tres brujos… Ese iba a ser un reto incluso para Andrea, al menos si los tres trabajaban juntos, venían preparados y no era una mera coincidencia que estuvieran allí. La presencia de los tres brujos también significaba que existía un aquelarre al que había llamado la atención el precio sobre la cabeza de Andrea. Era una mala noticia. Significaba que el rumor se estaba extendiendo y que estaba llegando a organizaciones y no solo a los lobos solitarios que solían dedicarse a la caza de recompensas. También implicaba que podía interesarles no solo el dinero, sino la información que podían extraerle a la que una vez fue una de las diplomáticas más importantes de nuestro reino o los tratos a los que podrían forzar a Azrael si la cazaban antes que yo, algo que no tenía ni la más mínima intención de consentir.

Una rama se quebró bajo una bota, rompiendo la tensa quietud. Los brujos se petrificaron y giraron sus cabezas con rigidez para observar la zona con las manos alzadas, listos para lanzar sus hechizos. A ninguno de ellos se le ocurrió mirar a su espalda, aunque era dudoso que pudieran verme con su limitada visión humana. Mis labios se estiraron y ni siquiera hice el intento por evitar que mis colmillos se extendieran. ¡Idiotas!

El demonio más corpulento también se detuvo de repente y alzó el brazo con un gesto brusco. El resto de sus compañeros se detuvieron en seco, sus cuerpos tensos como resortes. Con las fosas nasales dilatadas, olfateó el aire y sus ojos se estrecharon con sospecha. Por varios segundos contuve la respiración, preparándome para atacar si me descubrían. Otra rata corrió de una tumba a otra para acabar escondiéndose en un agujero tras la lápida. El demonio se relajó y señaló con su barbilla en dirección a la iglesia, reiniciando su avance justo en el instante en que un destello de movimiento apareció en una de las vidrieras rotas para desaparecer con rapidez.

Mi corazón se aceleró por la forma con que los cazadores siguieron deslizándose de sombra en sombra. Ninguno de ellos se había percatado, pero estaba seguro de que se trataba de Andrea. Sacudí la cabeza, obligándome a concentrarme en lo que estaba pasando. Aún no podía ir a por ella, no hasta que ella se hubiera deshecho de los que la perseguían, solo entonces sería mi turno de jugar con ella.

La mitad de los cazadores flanquearon la maltrecha entrada de la iglesia con las armas desenfundadas. Uno de los demonios sacó despacio una daga delgada, cuya hoja brillaba con un brillo antinatural, mientras el otro empuñaba una ballesta cargada y lista para disparar. El brillo húmedo de las puntas de sus flechas bastó para que la adrenalina recorriera mis venas. Veneno. Probablemente para inmovilizar a Andrea y capturarla viva. Mis músculos se tensaron y a duras penas conseguí reprimir el gruñido que subió por mi garganta.

Mi parte más racional podía comprender que el destino de mi *shangrile* era morir en mis manos por el daño y la traición que había cometido, pero la parte más salvaje y animal de mi interior se negaba a dejar que otros hombres pudieran hacerle daño y, mucho menos, que ella estuviera expuesta a ellos mientras no podía defenderse. Sin importar la situación, ella era mía. Mía para jugar con ella, mía para castigarla y mía para… protegerla.

Ignoré la débil llovizna que cayó sobre mi piel, refugiándose en mi cabello y haciendo que mi camiseta comenzara a pegarse a mi cuerpo, mientras observaba a los tres brujos escurrirse entre las sombras para rodear la iglesia con expresiones sombrías y decididas, confirmando la sospecha de que pertenecían al mismo aquelarre y que habían venido juntos.

En silencio, saqué las pistolas gemelas que le había ganado a Malael en uno de tantos retos

que nos habíamos hecho a lo largo de los años. No iban a serme útiles para cazar a Andrea, pero sí para detener a los brujos antes de que pudieran lanzar un hechizo.

En el instante en que los brujos desaparecieron detrás de las ruinas de la iglesia, el vampiro apoyó la mano sobre el pomo oxidado y empujó la puerta con aparente facilidad, mientras esta crujía como si estuviera despertándose y desperezándose por primera vez en siglos. Si Andrea no hubiera sabido de antemano que venían a por ella, aquello hubiera sido su señal de alarma.

Mis dedos se aferraron con más fuerza al frío metal de las pistolas y tuve que obligarme a respirar hondo para mantenerme en el sitio. Aún no era mi hora de intervenir. Andrea era inteligente e ingeniosa. No iban a pillarla desprevenida, ni siquiera, aunque estuviera cansada tras tantos meses de persecución.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Pronto las gruesas gotas que salpicaban las lápidas derruidas iban a cubrir el suelo con una capa de barro.

El último de los demonios entró en la iglesia, desapareciendo en su interior. Esperé las voces y el silbido de las armas, señalando el inicio del inevitable enfrentamiento, pero… Nada.

Lo único que rompía el silencio era el constante tamborileo de la lluvia contra lo que quedaba del tejado del ruinoso edificio.

Fruncí el ceño y reajusté las pistolas en mis manos. Algo no iba bien. Una sensación incómoda se extendió como ácido por mi estómago. Sin pensármelo, me puse en marcha, indiferente al viento helado, la tormenta que iba acercándose o la forma en que mis botas se hundían en el barro tratando de retenerme.

Entre las ruinas de la iglesia, me pareció ver un movimiento por el rabillo del ojo, pero al girarme no había nada. ¡Maldita fuera! Me estaba dejando llevar por mis emociones. Me habría gustado que fuera Andrea, pero sabía que no podía ser ella. Siempre que me miraba, un cosquilleo se extendía por mi columna vertebral y, en ese momento, lo único que me recorría era un estremecimiento de advertencia.

Un trueno retumbó en la distancia con tal fuerza que su estruendo sacudió la tierra bajo mis pies. O eso fue lo que pensé antes de que otro estruendo ensordecedor, mucho más cercano, sacudiese las paredes de la iglesia y esta estallara en una bola de fuego. El calor abrasador de la onda expansiva me golpeó como un puño gigante, lanzándome varios metros hacia atrás, mientras una lluvia de escombros y astillas ardientes volaron a mi alrededor y el aire se llenó de un zumbido agudo que ahogaba cualquier otro sonido, excepto el de los crujidos de la madera quemada, los truenos y el crepitar de las llamas voraces.

Se me escapó un gemido cuando mi espalda se estampó contra una lápida y esta se desplomó, clavándome la base en los riñones. Tuve que parpadear varias veces para aclarar mi visión. Alcé la mirada justo a tiempo para presenciar cómo el campanario se derrumbaba en una cascada de escombros incendiados. Una columna de fuego estaba elevándose hacia el cielo nocturno igual que una advertencia, y no podía dejar de contemplar la belleza destructiva de las llamaradas anaranjadas y rojas que lamían el firmamento, contrastando con una violencia desafiante contra el manto grisáceo de las nubes que se habían adueñado de él.

Esperaba que, de un momento a otro, Andrea saliera de entre las llamas y el humo como la diosa guerrera que era. Podía imaginármela con las magníficas alas de un ángel vengador viniendo a por mí para acabar su trabajo. Sin embargo, por más que permanecí quieto y con la respiración contenida, lo único que ocurrió fue que los restos de la estructura en llamas se desmoronara sobre sí misma.

Hubo un momento de duda, el más mínimo, que me hizo pensar que jamás volvería a verla, pero entonces la familiar sensación de tensión en mi pecho volvió a invadirme y mis labios se

estiraron en una sonrisa.

La muy arpía había vuelto a hacerlo. Había atraído a los cazadores como abejas a la miel con su trampa y se había deshecho de ellos de un solo zarpazo. Tenía que reconocer que no tenía mucho sentido que lo hiciera, pero me invadió una especie de regocijo retorcido, una secreta admiración por la audacia y el despiadado ingenio de mi *shangrile*. De alguna forma me sentía orgullosa de ella. Habríamos sido una pareja invencible en el campo de batalla si la vida nos hubiera dado una oportunidad.

El doloroso vacío en mi interior me recordó que era mejor no perder el tiempo en algo que jamás pasaría y, cuanto antes me hiciera a la idea, mejor. Mi trabajo era odiarla, no admirarla, y hacerle pagar por lo que hizo.

Levantándome con un gruñido, miré al paisaje apocalíptico que me rodeaba, fijándome en las lápidas y muros destruidos y los restos de escombros de los que seguía manando humo que se desperdigaba por doquier, a pesar del temporal.

Me guardé las pistolas y estiré la espalda y los brazos antes de lanzarme en dirección a los acantilados. Aunque los demás habían caído, yo seguía en pie y Andrea no era la única que había hecho sus deberes. No tenía ni la menor duda sobre la ruta de escape que ella había escogido.

Había llegado mi hora de jugar y, que ella fuera una adversaria digna de un monstruo como, yo lo volvía mucho más interesante. Por desgracia para ella, era su turno de caer en mi trampa.

Capítulo Cuatro

ANDREA



Apenas había conseguido acostumbrarme a la negrura que se extendía por los angostos túneles, cuando un repentino resplandor me dejó prácticamente ciega. A mi espalda retumbó un rugido ensordecedor tan alto que ahogaba buena parte de los gritos aterradores que lo acompañaron. Casi al mismo tiempo, los túneles se sacudieron y una abrasadora onda expansiva me empujó hacia adelante, amenazando con achicharrarme con su intenso calor.

El infierno había estallado y era yo quien lo había provocado.

Fragmentos de roca se desprendieron del techo abovedado y cayeron a mi alrededor, recordándome que no era el momento de detenerme. Con un apresurado vistazo sobre el hombro, me lancé hacia delante forzándome al límite de mis propias fuerzas para escapar de la nube tóxica de humo acre, pólvora y aceites quemados que convertían el aire en un miasma denso y sofocante.

Se me revolvió el estómago cuando, además, me llegó el inconfundible hedor de carne chamuscada. Me cubrí la nariz con el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y me centré en largarme antes de que el techo se desplomara sobre mi cabeza y me sepultara viva bajo los escombros.

Puede que, después de todo, usarme a mí misma como cebo no hubiera sido la estrategia más brillante. Por desgracia, cuando tus cazadores eran sobrenaturales y tenían los sentidos desarrollados al extremo, no te quedaban muchas opciones. En especial, cuando su número aumentaba cada día y mi agotamiento se acrecentaba a un ritmo inclemente. Ninguno de mis perseguidores de aquella noche habría entrado en la iglesia si no hubiera podido captar el aroma reciente de mi esencia, escuchar los latidos de mi corazón o, en el caso de los brujos, detectar mi aura. Puede que, de no estar tan cansada, hubiera encontrado algún otro modo de deshacerme de ellos, pero a ese paso, si no lograba darme un pequeño respiro, pronto iban a acabar conmigo por pura extenuación.

Apreté los labios para acallar una maldición cuando mis botas tropezaron con una hondonada en el suelo. La superficie resbaladiza me hizo patinar lo suficiente como para tener que sujetarme a la áspera pared, cubierta por telarañas, para evitar estamparme de bruces contra el suelo.

¡Mierda! ¡Detestaba los pasadizos viejos y, sobre todo, detestaba los malditos bichos y la mugre que solía acumularse en ellos! Cómo las mentes de los humanos, peculiarmente románticas, podían llegar a idealizar estos lugares y transformarlos en escenarios de misterio y aventuras para sus efervescentes fantasías, era una auténtica incógnita para mí.

La humedad de aquel maldito lugar hacía que la ropa se adhiriera a mi cuerpo como una segunda piel. El penetrante olor acre y el denso aire viciado que se volvía más opresivo a medida que me adentraba en el laberinto subterráneo me irritaban las fosas nasales, y la simple idea del

moho y la cantidad de insectos que solían infestar semejantes lugares húmedos y sombríos conseguía que me hormigueara la piel como si miles de diminutas patitas estuvieran recorriéndome de la cabeza a los pies.

Intenté olvidarme de cómo, en ese instante, alguno de esos insectos podía estar recorriéndome o enredándose en mi cabello y preferí concentrarme en el rítmico golpeteo de mis botas de combate contra el suelo, el ardor en mis gemelos por el esfuerzo y el crepitar de las llamas que rugían furiosas a mi espalda. A lo lejos, en algún recoveco de los pasadizos, resonaba el goteo de agua al caer en un pequeño charco. Era un sonido extrañamente apacible, que contrastaba con la destrucción que había dejado atrás.

La ausencia de pasos persiguiéndome, lejos de tranquilizarme, se convirtió en un nudo en mi estómago difícil de ignorar. Nunca había sido una santa, mi padre no me había educado para ello, pero eso no significaba que me enorgulleciera de asesinar a otras criaturas.

Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos. Mi supervivencia era lo único que importaba ahora. No podía permitirme el lujo de la culpa o el remordimiento, no cuando mi vida pendía de un hilo. Correr y escapar, eso era todo lo que necesitaba hacer, poner un pie delante del otro y mantener mi mente alerta, hasta tener la seguridad de estar a salvo.

Sin poder evitarlo, mi mente regresó a Gabriel. ¿Había estado entre los cazadores atrapados en mi trampa? ¿Había sucumbido a las llamas junto con los demás? Había oído algunos gritos y lamentos, pero ninguno era el suyo. ¿Un hombre como él gritaría cuando tuviera que enfrentarse a la muerte? La imagen no encajaba con el guerrero silencioso y letal que conocía, al que había admirado en secreto desde que era solo una cría. El hombre era prácticamente una leyenda en la corte, o lo había sido hasta la fatídica noche en la que murió el anterior rey, el padre de Azrael. Nadie sabía con certeza qué ocurrió aquella noche, solo que la reina lo desterró durante décadas de nuestro reino, hasta que Azrael lo trajo de vuelta perdonándole cualquier posible ofensa.

Antes de la explosión, había sentido la presencia de Gabriel por los alrededores del cementerio. Su esencia familiar y deliciosa cosquilleaba mis sentidos y me incitaba a buscarlo. Pero, con la adrenalina recorriendo mis venas y el caos de la huida consumiendo mi concentración, ya no podía percibirlo.

Una parte de mí, una que me negaba a reconocer, se estremecía ante la idea de que se hubiera perdido junto a los demás. A pesar de todo lo que había hecho, a pesar de la amenaza que representaba para mi supervivencia, seguía existiendo un vacío en mi pecho que clamaba por él. Era como si un hilo invisible nos uniera, atrayéndome hacia él incluso mientras luchaba por escapar de su alcance.

Mientras avanzaba a toda velocidad, esquivando escombros y serpenteando por los estrechos pasajes, la persistente sensación de pérdida que se había instalado en mi pecho desde el día que escapé de los calabozos revivió con renovada agonía. ¿Gabriel había muerto? ¿O solo se trataba de que me estaba alejando de él?

Tragué saliva, forzando a bajar el nudo en mi garganta. No podía ceder a la emoción, no podía permitir que la confusión y el conflicto interno me abrumaran. Tenía que mantenerme fuerte, enfocada y, sobre todo, en movimiento. Porque, sin importar lo que hubiera pasado con Gabriel, sin importar el extraño vínculo que nos unía, solo existían dos certezas en mi vida. La primera: que yo era una superviviente y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para asegurarme de seguir siéndolo. La segunda: que la existencia de Gabriel era incompatible con la afirmación anterior.

La carrera desesperada por la pesadilla laberíntica que conformaban los sinuosos túneles se me hizo eterna. Cuando comenzó a escucharse el rugido del mar embravecido y los truenos que

retumbaban a lo lejos, aquellos sonidos se convirtieron en música para mis oídos. Estaba cerca, tan tan cerca de mi libertad… Justo cuando creía que estaba a punto de saborear la dulce liberación, una sensación familiar me golpeó como un puñetazo en el estómago. En la salida, iluminada por la luz de la luna, destacó la silueta de una imponente sombra apoyada de espaldas contra la pared con los brazos cruzados.

Me detuve en seco, mi corazón se saltó varios latidos y la adrenalina bombeó por mis venas mientras mi mente registraba la identidad del cazador que me aguardaba allí. El alivio al descubrir que Gabriel seguía vivo se mezcló con el terror de lo que eso significaba.

El silbido melodioso y despreocupado de una antigua canción que los marineros solían cantar mientras trabajaban me llegó alto y claro, anunciándome que Gabriel era consciente de mi presencia y estaba esperando que reaccionara. Ambos sabíamos que estaba bloqueándome el paso, del mismo modo que los dos sabíamos que no tenía ni la más mínima oportunidad de ganarlo en un enfrentamiento directo, y, menos, con lo cansada que estaba. El muy cabrón estaba burlándose de mí, regodeándose con mi desesperación y disfrutando de mi angustia.

Si me enfrentaba a él, ¿iba a poder siquiera hacerle daño? Lo dudaba. Podía apuntarle con una pistola y amenazarlo, pero ¿dispararle? Nunca. No cuando el vínculo con él me exigía protegerlo a toda costa. ¡Maldito fuera él y malditas las fuerzas cósmicas que habían decidido que unirme a él era una buena idea!

Mi cuerpo temblaba con una mezcla de terror y anticipación mientras mis pies parecían haber echado raíces. Sopesé mis opciones. No era como si tuviera muchas: A) Enfrentarme a Gabriel y que, muy probablemente, me capturara y me llevara ante Azrael, suponiendo que siguiera viva al terminar; B) Regresar sobre mis pasos y escoger la opción que desearía no haber tomado. Una que iba a llevarme directamente al infierno.

—¿Piensas hacerme esperar mucho más? —exigió Gabriel con un tono aburrido, uno que ni de casualidad debería haberme penetrado bajo la piel e instalarse en mi bajo vientre.

—¿Importa? —repliqué con más aspereza de la que hubiera deseado. Quería mostrarme indiferente a él, fría como la arpía que él creía que era y no revelar cuánto me afectaba.

—Estoy empezando a cansarme. Quiero ponerme ropa seca y descansar un rato.

Tragué saliva ante la visión de Gabriel en una enorme cama seca y cálida, esperándome desnudo y con un brazo abierto en invitación para acurrucarme junto a él. ¡Aaarghhh! ¿Por qué tenía que jugarme mi imaginación esas jugarretas? Gabriel preferiría acostarse con un nido de serpientes antes que conmigo (dicho por él mismo).

—¡Ainsss…! —exclamé mientras me colocaba una mano sobre el pecho—. ¿Te estás ofreciendo a hacerme un estriptis?

—Claro, si es eso lo que quieres. ¿Quién soy yo para negarme? —Mi corazón se saltó un latido. ¿Estaba ligando conmigo? —. Puedo despellejarte viva —dijo con indiferencia—, centímetro a centímetro hasta que toda tu podredumbre y fealdad queden a la vista.

Intenté tragar saliva a pesar de la sequedad en mi garganta Las lágrimas retenidas me quemaban los ojos y el agotamiento mental comenzaba a superar el físico.

Huir de él ahora solo retrasaría lo inevitable. Tenía la certeza de que nuestro enfrentamiento era inevitable, que todos los caminos, por sinuosos o traicioneros que fueran, nos llevarían eventualmente a enfrentarnos. Pero esa noche, no estaba preparada para hacerlo. Y eso solo me dejaba una salida.

Alcé la barbilla. Puede que, después de lo que iba a hacer, fuera la última vez que lo viera. No iba a dejar que su recuerdo de mí fuera el de una mujer débil y patética. Prefería una muerte mil veces peor que la que él estaba describiendo.

—Deja que lo adivine, esa es una de las fantasías con la que te masturbas por las noches, la idea de poder conseguir mi piel para guardarla para ti solo y poder adorarla en secreto —escupí imitando su tono de burla—. Siento desilusionarte, pero ese es justo el motivo por el que prefiero amantes capaces de darme placer en vez de solo dolor y locura.

Su gruñido resonó por el túnel poniéndome tensa, y una pequeña sonrisa asomó en mis labios. ¡Ahí estaba! Tal vez yo no podía evitar que me afectara, pero si algo me decía su repentina furia era que yo tampoco le era indiferente.

Sin pensármelo ni un segundo más, me giré y me lancé en dirección contraria regresando sobre mis pasos, mientras a mi espalda el nuevo rugido de Gabriel hacía vibrar las paredes y sus zancadas sonaron como las de un búfalo en plena estampida.

Solo me quedaba cruzar los dedos para que pudiera llegar a mi destino antes de que él me atrapara.

Capítulo Cinco

GABRIEL



La adrenalina de la cacería burbujeaba por mis venas y mis labios se curvaron en una sonrisa cruel. Mi gruñido retumbó a través de los estrechos túneles, haciéndola correr más rápido. ¿De verdad creía que podría escapar de mí? ¿Y a dónde pensaba que iba? ¿A la iglesia en llamas? Debía de estar desesperada si estaba dispuesta a cometer semejante estupidez. Los vampiros podíamos ser inmortales, pero incluso nosotros nos quemábamos vivos. Aun si lográbamos escapar de las llamas, experimentar cómo el fuego te devoraba la piel con un apetito voraz e insaciable se sentía como miles de cuchillas calientes desgarrando cada milímetro de tu ser y provocándote una agonía indescriptible.

Di un paso hacia los túneles. Su esencia, una deliciosa mezcla de flores silvestres y miedo, flotaba delicada en el aire cargado de humo. Mi sonrisa se ensanchó. Iba a saborear cada segundo de esa cacería. La seguí a un ritmo pausado que me permitía escuchar su frenética respiración por encima de mis pisadas, mientras recorríamos los laberínticos pasadizos.

Cada bocanada de aire arrastraba su aroma fresco y floral a mis pulmones en una tortura exquisita. Debería haberme repelido, pero, de una forma exasperante, conseguía que mi cuerpo respondiera a ella y me hiciera pensar en todas las posibilidades que existían cuando la atrapara. Posibilidades en las que no debería estar pensando. Posibilidades que iban más allá de mi misión de atraparla. Posibilidades oscuras y retorcidas que me ponían duro y me enfurecían por la debilidad humana que desataban en mí.

Su proximidad despertaba un deseo abrasador en mis venas. Una necesidad tan profunda e innegable como mi propia naturaleza depredadora. Tan letal como la sed misma si me atrevía a ignorarla. Aceleré el paso a regañadientes. Tal vez fuera mejor acabar con el juego del gato y el ratón antes de que sus tóxicos encantos me arrastraran a transgredir mis propios límites. Antes de que su cercanía me tentara a cruzar una línea de la que no habría retorno.

Dejarla escapar no era una opción. No esa noche. Mis sentidos ardían febriles, ávidos por captar el más mínimo rastro de su presencia. El eco distante de sus pisadas apresuradas, rebotaba junto con el jadeo entrecortado de su respiración agitada, en un arrullo tentador en las paredes de piedra, burlándose de mí con recuerdos de nuestro hambriento beso en los calabozos antes de que huyera y me expusiera a la ira del rey y las mofas de la corte. La memoria refrescó la furia y la humillación que sentí ante su traición, pero en lugar de dejarme llevar por ellas, las usé para alimentar mi determinación de dar por finalizada esa misma noche la persecución.

Por más que las migajas físicas que dejaba a modo de rastro tras de sí me facilitaban la persecución, era nuestro vínculo lo que realmente me guiaba hacia ella. El mismo hilo invisible e inquebrantable que nos ataba de un modo primordial, y que le permitió usarme a su antojo y traicionarme en el pasado, en ese momento era un lazo que palpitaba lleno de vida, anunciando

su cercanía y su inminente caída.

Su desesperación fluía a través de nuestro vínculo, su terror empapado en una capa de determinación férrea que me excitaba aún más. Sabía que no se rendiría con facilidad, que lucharía con uñas y dientes para escapar de mí. Y, por desgracia para ella, esa resistencia solo avivaba mi hambre por atraparla.

Andrea siempre había sido una presa formidable, escurridiza, ingeniosa y letal en su belleza. Una parte retorcida de mí admiraba su instinto de supervivencia y la voluntad indomable que la empujaba a aferrarse a la vida sin importar el precio. Era un desafío digno para un cazador como yo.

Era una lástima que mi juramento de lealtad al rey Azrael me obligara a capturarla y entregársela. La parte más oscura de mí me pedía atraparla para mí y conservarla para poseerla por completo. Ansiaba verla sometida y quebrada a mis pies. Quería hacerle pagar todos los pecados que había cometido, pero, sobre todo, por haberme traicionado. Anhelaba ver en sus ojos y en su rostro la misma traición con que me había sacrificado y hacerle vivir la agonía de nuestro vínculo, debilitándose y quebrándose, aunque a mí me tocara sufrir junto a ella.

Esa noche la cacería llegaba a su fin, y con ella nuestro juego. Era hora de que aprendiera quién de los dos era el verdadero depredador, y si eso significaba acorralarla hasta que no le quedase más remedio que rendirse ante mí, entonces que así fuera.

De repente, me detuve en seco y entrecerré los ojos. Algo no iba bien. El aire viciado seguía impregnado con el aroma de Andrea, pero algo había cambiado. Ya no era la esencia fresca y vibrante que había estado siguiendo, sino algo más tan tenue, una huella casi burlona que me desafiaba a encontrarla.

Avancé unos pasos para confirmar mis sospechas. La pista se enfriaba con cada metro que avanzaba por el túnel. La presencia de Andrea, antes tan intensa, se iba desvaneciendo hasta convertirse en un aroma espectral que apenas cosquilleaba mis sentidos. Sus pasos apresurados, su respiración agitada... Todo había quedado atrás, sepultado bajo el crepitar de las llamas y el crujir de las vigas de madera de la iglesia al derrumbarse.

¡La muy arpía me la había jugado! En lugar de ceder a la ira, dejé que la adrenalina me inundara. Estaba seguro de que no había tomado ninguno de los pasadizos laterales que se conectaban al laberinto de túneles, pero, de alguna manera, había logrado despistarme.

Maldije en silencio mi arrogancia anterior, mientras me llenaba una nueva determinación. Dando media vuelta, retomé el camino por el que había venido. Escruté cada grieta, cada saliente de las paredes rocosas, en busca del menor indicio que hubiera pasado por alto con anterioridad. Estaba tan cerca que podía sentirlo en mis huesos.

De repente, mi mirada se clavó en un símbolo antiguo y desgastado grabado en la pared. Fruncí el ceño. ¿Cómo no lo había visto antes? El dibujo me resultaba extrañamente familiar y estaba convencido de haberlo visto antes en alguna otra parte del mundo o, tal vez, en la otra dimensión. Como para confirmarme que no se trataba simplemente de un garabato humano dejado al azar, al acercar los dedos, un leve rastro de energía cosquilleó la punta de mis dedos.

No sabía si estrangular a Andrea por obligarme a enfrentarme a la magia de lo desconocido o darle las gracias por hacer la cacería más interesante. Puede que una mezcla de ambas. Hacía tiempo que no me sentía tan vivo. Con una profunda inspiración, apoyé la palma con cautela sobre el grabado y, casi al instante, en la pared se abrió un oscuro resquicio del que escapaba un sutil resplandor sobrenatural. El aire se cargó de una tensión eléctrica cuando me acerqué, como si la misma roca contuviera la respiración ante mi presencia. Sin plantearme el motivo, agaché la cabeza y di el primer paso al interior, ignorando el estremecimiento helado que me recorrió la

columna vertebral.

Como si estuviera esperándome, el rastro de Andrea explotó con una fuerza arrolladora, invadiendo mis sentidos, haciendo palpitar con renovada fuerza el vínculo y convirtiéndose en un canto de sirena que me empujaba a seguir adelante, aun cuando la entrada a mi espalda volvió a cerrarse y sabía a la perfección que ella se encontraba esperándome al final de aquel camino, preparada para enfrentarse de una vez por todas a mí.

Capítulo Seis

GABRIEL



El estrecho pasaje serpenteaba y se retorcía al bajar hacia las profundidades de la tierra. Al contrario de los pasadizos anteriores, trabajados por la mano humana, aquel era un producto de la naturaleza, lo que, a ratos, me hacía maldecir cuando me obligaba a avanzar de lado o agachado. Andrea probablemente había pasado sin demasiados problemas por allí, pero estaba cada vez más convencido de que aquellos túneles no estaban hechos para alguien de mi envergadura y temía que ella hubiera sabido a la perfección lo que se hacía al tomar aquella ruta y que, pronto, llegaría un tramo por el que no pudiera pasar. La simple idea de que eso sucediera ya me hacía soltar una ristra de profanidades.

Por si no bastara con la estrechez, el aire se tornó más denso, cargado de una humedad casi palpable e impregnado del aroma a tierra y moho. El olor, mustio e irrespirable, me recordaba a los vapores de una vieja tumba milenaria. Una idea que no hacía nada por aliviar la consciencia de que descendía más y más, aumentando los metros de tierra y roca sobre mi cabeza a medida que avanzaba. La idea de que todas aquellas capas podían desplomarse sobre mí, enterrándome vivo, resultaba tan sofocante que incluso mis brazos se habían cubierto de un sudor frío.

¿Sería Andrea capaz de sentir la creciente angustia a través de nuestro vínculo al igual que yo lo hacía con la suya? Estaba convencido de que, si era capaz de diferenciar mis sentimientos de los suyos, a esas alturas debía de estar partiéndose el culo a mi costa. Me daba igual. Si pensaba que tener que enfrentarme a mis miedos iba a detenerme, entonces no me conocía.

Agaché la cabeza para no abrirme el cráneo con uno de los picos que sobresalían del techo y avancé varios metros en esa postura. Una roca afilada me rozó el brazo, rajando mi manga y añadiendo otro arañazo a la colección que había acumulado desde que me adentrara en los malditos túneles. Cuando el techo se alzó de nuevo, me incorporé con un suspiro de alivio, solo para contener un jadeo de asombro.

Entré en la enorme cueva con cautela, mis sentidos en alerta máxima. El aire estaba cargado con un aroma a sulfúrico tan extraño como familiar, que me formó un nudo de inquietud en la boca del estómago y me cosquilleó de un modo desagradable en la nuca. Mi visión no tardó en ajustarse a la tenue luz verdosa que emanaba del musgo o lo que fuera aquello que cubría las paredes, que las hacía brillar con un resplandor fluorescente, revelando un escenario que parecía sacado de una película de ciencia ficción.

Estalactitas y estalagmitas adornaban el suelo y el techo, formando intrincados patrones que desafiaban la imaginación. En el ambiente se sentía un toque de magia oscura, que consiguió ponerme la carne de gallina.

Fue entonces cuando la vi y me quedé petrificado. Solitaria e inmóvil, ajena a mi presencia o al peligro que la acechaba, Andrea se encontraba ante el borde de un precipicio, mirándolo como

si estuviera fascinada por él. Se me secó la boca al observar su figura quieta y, lejos de la excitación que había sentido ante la perspectiva de que fuera a enfrentarse a mí, de repente me encontraba agitado en un sentido muy diferente.

Aunque se encontraba de espaldas a mí, su respiración era lenta y regular, como si estuviera sumida en un sueño profundo, y algo me decía que no estaba allí esperándome y, que su intención principal al llevarme hasta allí, nunca había sido la de enfrentarse a mí.

Me dominó una súbita urgencia por acercarme a ella, cargarla sobre mi hombro y alejarla de aquel precipicio. No lo hice. Me habría gustado justificarlo con el hecho de Andrea era una fugitiva, una amenaza que debía ser neutralizada, ya fuera por lanzarse hacia aquel abismo o por la condena a muerte que Azrael le impondría cuando se la entregara. Pero la pura verdad era que me encontraba paralizado.

Los minutos pasaron y ella siguió sin moverse. Su cabello cobrizo, recogido en una coleta, ondeaba con la brisa cargada de azufre que parecía emanar de las profundidades. ¿Me había equivocado al interpretar la escena? ¿La intención de Andrea no era la de acabar con su vida al tirarse hacia su posible final? Eso solo podía significar una cosa. Mis músculos se relajaron y una sonrisa de satisfacción cruzó mis labios. Después de toda aquella interminable cacería, al fin la tenía acorralada.

—Vaya, vaya, vaya... —mi voz burlona salió más áspera de lo que había pretendido—. Parece que el ratoncito se ha quedado atrapado en su propia madriguera. —Esperé alguna reacción por su parte, una respuesta desafiante o algún comentario mordaz, pero Andrea permaneció inmóvil, de espaldas a mí—. ¿Sin palabras? —me mofé—. No me digas que por fin te has rendido a la evidencia de que no tienes ningún sitio al que huir en el que no te encuentre.

Avancé unos pasos, despacio, cauteloso, preparado para reaccionar si me atacaba de repente. A pesar de su aparente calma, a través del vínculo me llegó una repentina agitación, era insignificante, apenas un aleteo. ¿Cómo era posible cuando antes había estado aterrorizada? ¿Qué estaba planificando? ¿Se me estaba escapando algo?

—Vamos, Andrea... Al menos concédeme el placer de escucharte suplicar por tu vida antes de entregarte al rey.

Nada. Ni un solo movimiento, ni un solo sonido, salvo su respiración lenta y acompasada. Una punzada de inquietud comenzó a formarse en mi estómago. Agucé mis sentidos, analizando cada detalle de la situación. El aire estaba cargado con una energía extraña, casi sobrenatural, que se deslizaba sobre mi piel en una danza electrizante. Había algo más en esa cueva, algo que se me estaba escapando.

—¿Qué estás tramando? —gruñí con la frustración tiñendo mi voz—. Sé que puedes escucharme. Deja de jugar a la muda y enfréntame. Eres una vampiresa. Compórtate con la dignidad de una mujer de tu especie.

Ella permaneció tan impasible como una estatua de mármol a la orilla del precipicio. Su falta de reacción comenzaba a perturbarme. ¿Dónde estaba la trampa?

La cueva pareció estremecerse a nuestro alrededor, como si respondiera a mis pensamientos turbulentos. Un rumor bajo, casi inaudible, reverberó a través de las paredes del abismo, erizándome los vellos de la nuca.

Mi avance se cortó a mitad de camino cuando ella finalmente se giró hacia mí. Por primera vez en meses, los ojos de la mujer que el destino me había elegido como *shangrile* se encontraron con los míos, y su impacto me golpeó con fuerza en el centro del pecho, robándome la capacidad de respirar.

Era una visión en sí misma, una mezcla letal de belleza y peligro. Su piel pálida parecía

brillar con un resplandor etéreo, realzado por el tenue brillo de la cueva. Los mechones cobrizos que se le habían escapado de la coleta le enmarcaban el rostro, pero no fue eso lo que me dejó congelado en el sitio, sino la intensidad en su mirada y la vulnerabilidad llena de angustia que se reflejaba en sus ojos.

¿La había visto alguna vez vulnerable? Andrea era conocida por su frialdad manipuladora, por su fiereza, capacidad y determinación. Jamás había escuchado a nadie afirmar lo contrario. ¿Estaba actuando para atraerme a su trampa? Era la explicación más plausible, pero reconocerlo no impidió que algo dentro de mí flaqueara, agrietando la coraza que había construido para protegerme de sus encantos.

Maldije para mis adentros con una mezcla de frustración y deseo reprimido y me obligué a permanecer quieto, aunque hasta la última célula de mi ser anhelaba acudir a su encuentro para besarla y prometerle que todo saldría bien.

¿Cómo era posible que, después de lo que había pasado, de todo lo que ella había hecho, aún sintiera la necesidad de protegerla? *Porque te llama su sangre y la necesidad de fundirte con ella. Porque quieres hacerla tuya por el resto de la eternidad.* Sacudí la cabeza para acallar los pensamientos indeseados.

Sin pretenderlo, retrocedí un paso cuando me percaté de la dirección que tomaban mis pensamientos. El simple hecho de que pasaran por mi cabeza me convertía en un traidor hacia todo aquello en lo que creía, incluido el juramento de lealtad que le había hecho a Azrael, mi rey.

Ignorando el aroma a sulfúrico, me obligué a respirar de nuevo, despacio y profundo. Como si ella también estuviera recuperándose de algún estupor, Andrea parpadeó y sus hombros se pusieron rígidos.

—Verme suplicar… ¿Es eso lo que quieres? —preguntó con suavidad.

Entrecerré los ojos al no detectar ninguna malicia o sarcasmo en su voz. ¿Estaba drogada?

—Puestos a ser honestos y para ser exactos —repliqué con frialdad—, te quiero de rodillas ante mí, dispuesta a hacer penitencia, mientras me suplicas clemencia.

—¿Me la darías si la pidiera?

—Con la misma certeza con la que me rajaría las venas para alimentarte si lo necesitaras y tu vida dependiera de ello —espeté con sequedad. Esperé a que sus ojos se abrieran con sorpresa para propinarle el golpe final—. O sea, nunca, ya que prefiero verte muerta.

Un sabor a hiel se extendió por mi paladar, aunque no habría sabido decir si se debía a mis palabras o al dolor y la sonrisa triste que me ofreció ella en respuesta. De repente, caí en la cuenta de que su mirada no reflejaba el pavor que había anticipado.

Esperaba descubrir miedo en sus ojos, terror ante la idea de ser entregada al rey Azrael. Pero en su lugar, encontré una calma absoluta, una aceptación serena de lo que estaba por venir y no parecía ser el de convertirse en una presa acorralada.

Observé con cautela cómo las emociones cruzaban su rostro en un caleidoscopio cambiante cuando cuadró los hombros y alzó la barbilla. La sombra de tristeza anterior que había suavizado sus facciones, como si lamentara las circunstancias que nos habían llevado a aquel punto, fue sustituida por una sosegada determinación.

—En ese caso, imagino que no queda nada más que hablar entre nosotros.

¿Esa sonrisa era de aceptación o de rendición ante lo inevitable? La inquietud en mi interior creció. Seguía sin dar señales de querer atacarme, pero, si no era ella, ¿quién o qué iba a intervenir para defenderla de mí?

La explicación me llegó en el mismo instante en que reconocí la procedencia del hedor a sulfuro que inundaba la cueva, en el mismo momento en que los elegantes brazos de Andrea se

extendieron como alas en el aire y su cuerpo se arqueó hacia atrás, entregándose al vacío en un movimiento fluido.

El tiempo se detuvo. La luz fluorescente de la cueva destacó la palidez de su piel y acentuó los ángulos de su rostro, convirtiéndola en una criatura de una belleza trágica y etérea que quedaría por siempre grabada en mi memoria.

—¡Nooo! ¡Andrea! —En algún rincón de mi mente reconocía que aquel grito desfigurado por el horror provenía de mi propia garganta, pero lo único que me importaba en aquel segundo, era llegar a tiempo hasta ella para sujetarla.

Frené en el mismo filo del precipicio y estiré la mano en un intento por atraparla, ignorando las piedras que caían y lo cerca que yo mismo estaba de seguirlas hasta las profundidades.

Llegué demasiado tarde.

El terror me paralizó mientras observaba impotente cómo Andrea caía hacia una negrura sin fondo. Nuestros ojos se encontraron una última vez y lo único que rompía su expresión de serenidad absoluta mientras avanzaba hacia su muerte fue la atormentada mezcla de aceptación y anhelo y su silenciosa súplica por perdón reflejada en sus ojos. Era como si una parte de ella deseara que la salvara, que la arrancara del abismo hacia el que se precipitaba para acogerla en mis brazos y sujetarla contra mi pecho.

Por un instante interminable, pareció flotar en el aire. De alguna forma, su coleta se había soltado y su cabello creó un halo rojizo alrededor de su rostro sereno, recordándome la belleza enigmática y cándida de las pinturas renacentistas.

Cada respiración, cada latido de mi corazón parecían resonar con una intensidad ensordecedora mientras observaba impotente su descenso. Era como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera convertido en una pesadilla, dejándonos atrapados en aquel momento fugaz, suspendidos entre la vida y la muerte.

Mis músculos se negaban a responder, paralizados por el horror de lo que estaba presenciando. Quería gritar, lanzarme tras ella, hacer algo para detener aquella locura. Pero me encontraba encadenado por una fuerza invisible, condenado a observar cómo mi *shangrile* se precipitaba hacia su destino.

Había estado convencido de que sus traiciones del pasado me destrozarían y arruinarían. Me equivocaba. El dolor se intensificaba con cada milímetro que se alejaba de mí, desgarrándome por dentro con una agonía indescriptible. Podía sentir cómo mi corazón se contraía, luchando contra la realidad de lo que estaba ocurriendo mientras una fuerza invisible me estrujaba las entrañas, exprimiendo cada gota de aliento de mis pulmones.

Horrorizado, observé cómo la delicada figura de mi *shangrile* se desvanecía en la oscuridad del abismo. Sus contornos se difuminaron fundiéndose con las sombras hasta que lo único que quedó fue la negrura que la había devorado ante mis ojos.

Y entonces, el vínculo desapareció, quedando solo el vacío.

Andrea se había ido. Solo existían dos explicaciones para la desaparición del vínculo. La primera era que hubiera muerto y la segunda… La segunda era una posibilidad que ni siquiera quería contemplar, porque si era cierta, entonces el destino que la esperaba era mucho peor que morir.

Capítulo Siete

GABRIEL



9 MESES ANTES…

La tensión en el pasadizo secreto que se encontraba detrás del espejo falso, donde montábamos guardia, era tan densa que se podía cortar con una navaja. Los príncipes y yo observábamos al rey desde una distancia prudente. En su furia apenas contenida, parecía dispuesto a hacer añicos el palacio entero, aunque tuviera que destrozarlo piedra a piedra. Estaba decidido a encontrar y exponer al responsable de envenenar a su reina y a su hijo nonato. Alguien iba a pagar por llevarlos al umbral de la muerte y, a pesar de lo que había hecho el traidor, sentía lástima por el o la idiota que cometió la estupidez de provocar a la bestia de Azrael. Lo que le esperara en el más allá no tendría punto de comparación con el infierno que aún le quedaba por atravesar en esta vida.

Si era cierto que Andrea era la culpable, tal y como se sospechaba, entonces acabaría descuartizada antes de que tuviera la oportunidad de pestañear. El único motivo por el que sus fragmentos no estaban ya esparcidos por palacio era por la posibilidad, aunque mínima, de que fuera inocente y de que el verdadero culpable escapara. Azrael no era rey en vano y situaciones como esta demostraban por qué. Cualquier otro habría sucumbido a la locura al ver a su *shangrile* embarazada, retorcerse entre las sábanas de su alcoba en un duermevela intranquilo, consumida por el tóxico en sus venas. Pero él, aunque enloquecido a su manera, mantenía su propia agonía bajo control para poner fin al peligro que acechaba a la humana que se había convertido en parte de su alma.

Belén, la *shangrile* de Cael, roncaba con suavidad en el sillón junto a la cama de nuestra reina, ajena al peligro que las acechaba. Como era de esperar, Cael la estudió preocupado cuando no despertó ni siquiera con el fuerte crujido del hielo que estaba descongelándose y que sonaba como un trueno en el silencio del dormitorio. La reina, por el contrario, se sobresaltó y miró asustada a la puerta antes de echarle un vistazo a la mesita de noche. Mis ojos siguieron su mirada hacia la jarra, cuyo cristal estaba cubierto por pequeñas gotas de condensación. Una fina película amarillenta seguía flotando sobre su superficie, confirmando las alarmantes noticias que Cael le había llevado al rey hacía apenas un par de horas.

Cuando la humana se estremeció, Azrael crispó los puños. La revelación de que la sirvienta de Andrea, Celia, estaba detrás del envenenamiento nos dejó a todos conmocionados. Andrea siempre había sido una figura polémica en la corte, en especial a lo que concernía a su relación íntima con el rey. Los cuchicheos habían volado una vez que Azrael empezó a favorecer a una frágil humana sobre la que todos habían augurado que acabaría siendo la futura reina, pero dudaba mucho que alguien pudiera haberse esperado los niveles a los que había llegado por recuperarlo.

Presentía que el detalle de que la sospechosa fuera una persona tan cercana a él, formaba parte de la desbordada furia de Azrael. La culpabilidad y vergüenza de haber permitido que una mujer así compartiera su cama durante años sin percatarse jamás de su verdadera personalidad, y de lo dispuesta que estaba a traicionar su confianza y amistad, no sentaban nada bien a un hombre caracterizado por su desconfianza natural y su obsesión con las personas a las que les permitía acercarse a su círculo más íntimo.

Por mi parte no lo culpaba en absoluto. Si era honesto, ningún hombre que se hubiera cruzado alguna vez con la vampiresa pelirroja lo condenaría. Sí, era una víbora fría y despiadada y bastaban cinco minutos en su presencia para que a uno se le congelaran las pelotas si no le caías en gracia o te consideraba por debajo de su estatus o indigno de su atención. Sin embargo,

resultaba difícil ignorar el fuego que ardía en lo profundo de sus intensas pupilas, la pasión con la que se entregaba a lo que fuera que hacía, ya fuera una lucha o rellenar un aburrido documento administrativo, o la sensualidad con que impregnaba hasta los gestos más sencillos con los que se movía por el mundo.

¿Era capaz de matar a alguien por interponerse en el camino de sus ambiciones? Era una pregunta ridícula. ¿Cuál de los vampiros que vivían en la corte no eliminaría los obstáculos que le impidieran alcanzar sus objetivos? De hecho, mi trabajo consistía precisamente en cazar a los vampiros que se desmadraban y, por suerte o desgracia, no podía decir que me faltara el trabajo. No, esa parte no me llamaba la atención de Andrea. No podía culparla por seguir los instintos crueles de nuestra raza. Lo que me extrañaba y tanto me llamaba la atención de aquel asunto era que, a pesar de sus ademanes y desplantes, siempre la había considerado una persona fiel hacia los que le importaban, y Azrael le importaba. No porque lo amara. Jamás la había visto mirarlo con la adoración con la que lo hacía la pequeña humana que era su *shangrile*, más bien al contrario. En ocasiones me había parecido detectar en sus ojos algo cercano al miedo cuando la tocaba de forma íntima. Era algo que me inquietaba cuando sucedía. También era algo que no acababa de comprender. Azrael para ella representaba estabilidad, seguridad y estatus y, él y los príncipes, habían sido los únicos con los que la había visto relajarse de verdad y reír con sinceridad, algo que no hacía ni con su propia familia.

Nos pusimos rígidos cuando la puerta se abrió sin hacer ruido y Andrea irrumpió en el dormitorio con una expresión de despiadada determinación. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Cómo una criatura tan exquisitamente hermosa podía albergar un alma tan retorcida y oscura? ¿Cómo alguien tan cercano a la familia real y a Azrael, podía planificar sin pestañear la muerte de un bebé nonato? Era algo que se me escapaba.

Nunca me había relacionado demasiado con ella. Era noble, mujer y la amante del rey. Razones más que suficientes para que un mero guerrero y cazador como yo mantuviera las distancias, por mucho que su belleza etérea, su férrea voluntad y su refinada elegancia me hubieran cautivado, convirtiéndome en uno de sus admiradores secretos. Había algo en ella, una seductora mezcla de delicada fragilidad y firme determinación, que me fascinaba, incluso cuando era consciente de que era un fruto prohibido del que era mejor mantenerse alejado.

Ahora, al verla avanzar con pasos firmes y con una mirada cargada de un amenazante desdén hacia la mujer debilitada y exhausta que la vigilaba con recelo desde su lecho, no podía más que preguntarme qué era lo que me había hecho fijarme alguna vez en Andrea.

Ninguno de nosotros hizo ni el más mínimo ruido en nuestro escondite, conscientes del miedo de la humana y su esfuerzo por mantenerse serena, a pesar del temblor en sus manos y los acelerados latidos de su corazón. Ella, al igual que nosotros, sabía que no tendría ninguna oportunidad si Andrea decidía atacarla.

Azrael dio un paso hacia el espejo, sus hombros tensos como las cuerdas de un violín y sus garras extendidas, mientras su examante se acercaba a la cama, donde su humana intentaba sostenerle la mirada y aparentar calma, a pesar de que desconocía que nos encontrábamos vigilando desde las sombras, dispuestos a intervenir en cualquier momento para protegerla. A pesar de su fragilidad, la reina tenía valor. Todo había que decirlo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Azrael gruñó por lo bajo. La acidez en mi estómago se intensificó. El plan era apresar a Andrea con vida, a ser posible, para interrogarla y hacer un ejemplo de ella ante la corte. Dudaba mucho que esas intenciones se mantuvieran con la bestia interior de Azrael asomando a la superficie, amenazando con hacer honor al apodo que le habían otorgado sus súbditos y enemigos.

Por más que Azrael se esforzaba en mantener el control, sus ojos dorados destellaban con un brillo mortífero, sus colmillos asomaban amenazadores entre sus labios y cada músculo de su cuerpo vibraba con la necesidad de atacar y de proteger a su familia de la traidora que una vez había sido su amante.

—Veo que sigues igual de enfermiza que de costumbre —espetó Andrea, sus palabras impregnadas de desprecio.

Una furia protectora se extendió en mis entrañas. ¿Cómo se atrevía a acusar a nuestra soberana de ser débil cuando era ella la que estaba envenenándola?

—¡Hola, Andrea! Hoy no te esperaba por aquí. —Me encogí por dentro ante el tinte histérico en la voz de la reina. Acaba de desvelarle a una depredadora que la había reconocido como tal. Nada bueno podía venir de eso.

Confirmando mis sospechas, Andrea se detuvo en el centro de la habitación y entrecerró los ojos. Incluso a través del espejo pude oír el dificultoso intento de la humana de tragar saliva. Los ojos de la reina se dirigieron hacia la puerta mientras ofrecía una media sonrisa en un patético intento por disimular cómo estaba calculando la distancia que la separaban de su única vía de escape.

Era un acto inútil. Jamás habría llegado a la puerta, ni siquiera estando sana y sin una pesada barriga distorsionándole el centro de gravedad.

—Apestas a miedo, humana. —Andrea alzó la nariz para inspirar con fuerza—. Cael ha estado aquí. ¿A dónde ha ido?

¡Mierda!

—No… no lo… sé —tartamudeó nuestra reina, escrutando la habitación mientras sus dedos se enredaban ansiosos en el edredón.

Cael tuvo que sujetar a Azrael para contenerlo cuando Andrea se detuvo junto a la mesita de noche. Por la inclinación de su cabeza, estaba reparando en la jarra de agua congelada. Hubo un sutil cambio en los hombros femeninos, confirmando mis sospechas de que comprendió que la habían descubierto.

—Aaah, ahora veo… ¿Cómo se ha congelado el agua?

A pesar de la situación y de estar preparado para intervenir en cualquier momento, no pude evitar admirar la tranquilidad con la que Andrea paseó tranquilamente hacia Belén y le clavó los dedos en los puntos de presión del frágil cuello humano. En cualquier otra situación habría admirado su precisión.

Esa vez fueron Azrael y Rafael los que detuvieron a Cael cuando avanzó con un gruñido bajo hacia el cristal que nos separaba de ellas.

—Si chillas, la mataré —avisó Andrea sin alterarse.

Por un momento, pensé que se dirigía a nosotros, pero entonces reparé en cómo estudiaba a la reina con una calma perturbadora. Sabía que habían descubierto el veneno y sus planes, pero desconocía que nosotros nos encontrábamos apenas a unos metros observándolo todo.

¿Cómo era posible? Debía de haber usado los pasadizos secretos las suficientes veces para sus citas con el rey como para saber que existía la posibilidad de que alguien la viera allí y, sin embargo, actuaba como si solo estuvieran ella y las dos humanas en la habitación.

Entrecerré los ojos. Algo no terminaba de encajar.

Nuestra reina cerró la boca de golpe. Su miedo y desesperación habrían resultado evidentes hasta para un ciego. Belén era su amiga y Andrea una experta en manipulación, educada para jugar con la mente de sus enemigos. Andrea soltó su presa después de cortarle el flujo de oxígeno al cerebro y la dejó caer con indiferencia a un lado.

Me preparé para intervenir. Dudaba que Azrael fuera a esperar mucho más.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Anabel con voz temblorosa.

Andrea se miró las uñas con indiferencia.

—Asegurarme de que no despertará hasta dentro de un buen rato —respondió Andrea usando un tono despectivo.

Cael se relajó lo suficiente como para que sus hermanos pudieran soltarlo, pero sus puños seguían crispados. A ese paso, dudaba que fuera capaz de respetar los deseos de Azrael de mantenerla viva.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó la reina, cansada.

Cael maldijo por lo bajo.

—¿Qué demonios está haciendo, provocando a una loca capaz de matarlas a ambas con una sola mano?

—Está ganando tiempo —masculló Azrael con la mandíbula apretada, poniéndole voz a mis pensamientos—. Está esperando a que alguien entre y se den cuenta de lo que está ocurriendo o que regrese con ayuda.

—Para matarte, por supuesto —dijo Andrea con una sonrisa cruel al coger un cojín de uno de los sillones y acercarse a la cama—. Te avisé de que te deshicieras de ese bastardo, pero no pudiste hacerme caso, ¿verdad?

Con un rugido bajo, Azrael alzó la mano para abrir la entrada secreta al dormitorio. Era una suerte que el espejo tuviera un hechizo que hacía que el sonido fuera unidireccional y que ellas no pudieran oírnos y estropear la sorpresa.

Con los ojos desorbitados, la humana se arrastró con torpeza hacia atrás.

—Déjame escapar, Andrea, déjame regresar a mi mundo —ante el ruego desesperado de su *shangrile*, Azrael se quedó petrificado—. Te juro que jamás regresaré aquí, que jamás volverás a saber de mí.

Andrea se carcajeó.

—¿Y arriesgarme a que un posible heredero al trono ande suelto por ahí y que pueda reclamarlo y vengarse el día de mañana?

Anabel parpadeó confundida, creo que todos lo hicimos. ¿El objetivo de Andrea no era simplemente deshacerse del obstáculo que le impedía convertirse en la reina de Azrael?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? Ya tienes a Azrael, podéis tener vuestros propios hijos. El mío jamás sabrá nada de esta dimensión.

Andrea bufó.

—De verdad que no entiendo qué es lo que vio Azrael en una humana tan estúpida como tú. —Andrea cabeceó considerándola con desprecio—. Es demasiado tarde para Azrael. Tuvo su oportunidad de gobernar ambos mundos a mi lado y lo desperdició. Ahora seré yo sola quien gobierne.

—¿Quieres matar a Azrael para hacerte con su trono? —Anabel dejó de arrastrarse para escapar—. ¿Y piensas invadir mi mundo también?

—Yo iré a por mi *shangrile*, vosotros id a por esa víbora —siseó Azrael, más animal que persona—. Cogedla viva para que yo mismo pueda ocuparme de ella.

Rafael y yo intercambiamos una mirada sorprendida. Supongo que yo no era el único que había esperado que el rey se hiciera cargo él mismo de atrapar a la traidora, y puede que hasta de decapitarla allí mismo. ¿Tanto cambiaban las prioridades de un hombre con *shangrile*?

—Vaya, eres lenta, pero sabes sumar dos más dos. Ahora dejémonos de chácharas. Tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí esperando a que me…

Azrael abrió el espejo con tal sigilo que no me quedó ninguna duda de que solía usar aquellos pasadizos a menudo.

—¿Y esa invasión no estará por casualidad relacionada con los magos humanos? —preguntó con una helada calma que no hacía nada por ocultar su ira.

Andrea se giró sobresaltada hacia él, ignorando el grito de la humana al escuchar su voz. No hubo ningún otro aviso. Azrael irrumpió en la habitación, lanzándose a por su reina para cogerla en brazos y alejarse con ella a un rincón del dormitorio, protegiéndola con su cuerpo. Rafael se situó delante de ellos para protegerlos de cualquier ataque, al igual que hicieron algunos de los guardias que entraron por la otra puerta y formaron un muro frente a la pareja real.

Cael, por su parte, hacía lo mismo con Belén al lado de la ventana. Fuimos Malael y yo los que nos enfrentamos con Andrea, quien aulló como una fiera atrapada cuando nos vio ir a por ella. Sus colmillos se extendieron y sus pupilas se dilataron con una mezcla de furia y adrenalina, pero fue difícil no reparar también en el miedo oculto en sus ojos cuando fui a por ella. Por un instante, su máscara de desprecio se resquebrajó y creí ver a la auténtica mujer que se escondía bajo su capa de traidora, pero la impresión se esfumó con la misma rapidez con la que apareció.

Andrea fue más fuerte y ágil de lo que esperaba. Los movimientos con los que nos mantuvo a raya eran precisos y llenos de una furia salvaje que la hacían aún más peligrosa. Maldije por lo bajo al darme cuenta de que subestimarla había sido un error. Lo que nosotros ganábamos en fuerza, ella lo compensaba con su agilidad. Cada golpe que lanzábamos, ella lo esquivaba o lo desviaba con una velocidad impresionante.

Un guardia intentó inmovilizarla desde un lado, pero Andrea lo derribó con un giro rápido de su cuerpo, enviándolo contra la pared. Malael y yo atacamos simultáneamente, tratando de aprovechar la distracción, pero ella giró sobre sí misma y aprovechó nuestra inercia para marcarnos con sus uñas afiladas como cuchillas. Fue tan rápida que no me di cuenta de que había alcanzado su objetivo, hasta que sentí la quemazón en mi bíceps y percibí el dulce olor ferroso de mi propia sangre.

¡Maldita arpía! ¿Quería sangre? Pues iba a tenerla, aunque no le iba a gustar que la próxima vez fuera la suya.

La mitad de los guardias tuvo que salir de la habitación cuando quedó claro que se estaban convirtiendo más en un obstáculo que en una ayuda. Cael consiguió sacar a su humana inconsciente, evitándonos a duras penas a nosotros y a los muebles que volaban por el aire.

Rafael consiguió inmovilizarla por un total de veinte segundos, o puede que menos. Andrea se revolvió con la ferocidad de una pantera acorralada. Su hermoso rostro se contrajo en una mueca de rabia, mostrándonos sus colmillos y su disposición a despedazarnos con ellos. Habría sido un honor luchar al lado de una guerrera tan fiera en una batalla si no fuera una arpía traicionera con las entrañas podridas y dispuesta a matarnos.

Se retorció y pateó con tal ferocidad que consiguió tomar a Rafael desprevenido. Sus uñas encontraron carne, arrancando jirones de tela y sangre, justo antes de que él la soltara maldiciéndola.

En un intento por evitar que volviera a escapar, me abalancé hacia ella por la espalda y hundí mis colmillos en la aterciopelada piel de su cuello hasta que alcanzaron su torrente sanguíneo. Esperaba un sabor acre, tan malevolente y amargo como la traición que impregnaba su alma. Me equivoqué. Mi boca se inundó con el espeso dulzor de un whisky irlandés, afrutado, misterioso y seductor. Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies cuando su maldita esencia inundó mis sentidos.

Era como si de repente el mundo a nuestro alrededor se ralentizara y mi capacidad de

saciarme desapareció. Podría haberme pasado el resto de mi vida bebiendo de ella, llenándome de su esencia, sin hartarme jamás. Su delicioso aroma a flores silvestres y frutas del bosque hizo que mi cabeza diera vueltas y que mi succión se volviera más intensa. ¡Diosa! ¿Cómo podía aquella criatura saber tan bien? Ni siquiera el delicado roce de su sedosa piel contra mis antebrazos o la forma en la que arqueaba la espalda con un débil gemido de placer, consiguieron bajarme de la algodonosa nube en la que estaba flotando.

De repente, una parte dormida de mi alma despertó, inundándome de una plenitud tan arrasadora que me dejó sin aliento. Una calidez reconfortante floreció en mi pecho, derritiéndose por mis venas como lava fundida. Era... anhelo, hambre, pertenencia. Era el lazo invisible e indestructible que me ataba a ella y que me condenaba por el resto de la eternidad.

Con un gruñido de agonía separé mis colmillos de su cuello. Tuve que apretar los dientes cuando mi alma se resquebrajó y mi pecho se llenó de un desolador vacío que amenazaba con extenderse y consumirme. La fiera salvaje en mi interior aulló lastimera, implorándome que cogiera a su *shangrile* y escapara con ella para ponerla a salvo del peligro que suponía quedarse allí. Tuve que apoyar la frente en su hombro para no desmoronarme y aferrarme con uñas y dientes a los restos de mi cordura.

La mayor traidora al reino era mi *shangrile*. La única mujer a la que no iba a poder tener y mucho menos salvar de su destino. Aquella era la peor de las traiciones que había cometido Andrea, pero su sangre en mi boca era la droga más dulce. La amaba. La odiaba. La necesitaba.

Ya nada tenía sentido.

Capítulo Ocho

ANDREA



La áspera y dura superficie de la roca se clavó en mi mejilla mientras me retorcía entre torturados quejidos sobre mí misma. Si una enfurecida horda de centauros me hubiera arrollado, pasándome por encima sin piedad, no habría podido sentirme peor. No había ni un solo músculo u órgano interno que no estuviera en agonía mientras tenía la sensación de estar abrasándome desde el interior. Y no solo desde dentro. El viento caliente, cargado de cortantes granos de arena, me embestía como si quisiera arrastrarme con él, raspándome la piel de la cara y las manos, al igual que lo habría hecho un papel de lija.

Una repentina punzada me taladró las sienes, arrancándome un alarido. ¿Quién diantres se había puesto a jugar a los dardos y estaba usando mi cerebro de diana? ¡Por la gracia de la Diosa! Si no estaba muerta ya, que alguien se apiadara de mí y me clavara una estaca en el corazón para acabar con mi suplicio.

Debería haberme enfrentado a Gabriel, aunque eso significara dejar que me arrancara la vida. Nada podía ser peor que aquello, y yo no era precisamente de las que se quejaban por nimiedades. Con un sollozo ahogado, me llevé la temblorosa mano a la cabeza. Hasta mis brazos pesaban como si estuvieran hechos de plomo.

¿Qué demonios estaba pasando? Aquello no era un simple golpe o el efecto de mis heridas. Pestañeé contra el molesto resplandor escarlata que se filtraba a través de la fina membrana de mis párpados, irritándome los ojos. Fruncí el ceño, tratando de enfocar mis pensamientos. ¿Rojizo? La noche no era… Mis ojos se abrieron de golpe al caer en la cuenta de que debía de ser el alba. Si no me movía y encontraba un refugio pronto, el sol me calcinaría viva, reduciéndome a cenizas.

En lugar del sol del amanecer, me encontré con un cielo carmesí, teñido por las llamas eternas del Inframundo. ¡Por la Diosa! ¡El Inframundo! ¡Lo había logrado! Parpadeé incrédula. Mis probabilidades de llegar a aquella dimensión al arrojarme al abismo habían sido prácticamente nulas. Era mucho más probable acabar hecha añicos al estamparme contra el fondo del precipicio que poder admirar aquel extraordinario cielo rojo, sin abrasarme.

Las antiguas escrituras que encontré cubiertas de polvo en la biblioteca de mi padre no habían mentido. Justo allí, en aquellas cuevas irlandesas, olvidadas por humanos y seres nocturnos por igual, se encontraba uno de los afluentes subterráneos del río Styx. Tal y como predijeron las instrucciones, era uno de los trece portales que existían hacia esa dimensión. Al lanzarme, me había transportado a la dimensión prohibida, el Inframundo, o el infierno, como les gustaba llamarlo a los dramáticos humanos.

Una leve chispa de esperanza se incendió en mi interior a pesar del fuego interno que me consumía las entrañas. ¿Significaba eso que me había librado de los cazadores? ¿Había dejado

atrás a Gabriel? Busqué el vínculo en mi interior. Nada. La idea de no volver a verlo me creó una presión en el pecho, como siempre ocurría al pensar en él. Pero, por más que el vínculo me jugara una de las suyas, mi parte racional sabía que no cruzarme más con él era la única opción para seguir con la cabeza sobre los hombros y respirando.

Con un esfuerzo hercúleo, giré la cabeza. Mis esperanzas se esfumaron con la misma rapidez con que habían aparecido. Donde a mi izquierda se alzaba una escarpada pared de roca volcánica; a mi derecha, más allá de las aguas turbias y densas del río Styx, se extendía hasta donde alcanzaba la vista un desierto árido y desolado de arena negruzca y esqueletos blanquecinos.

Encogí la nariz ante el nauseabundo hedor a azufre y podredumbre que el viento arrastraba desde el río. Era un olor fétido, a muerte y descomposición, que te asaltaba las fosas nasales y se aferraba a tu piel como una maldición. Las náuseas me revolvieron las entrañas al caer en la cuenta de lo que significaba que mi ropa estuviera empapada y se adhiriera a mi tembloroso cuerpo como una segunda piel. ¡Diosa! Estaba cubierta por esas aguas pestilentes y, con toda seguridad, había tragado algo mientras flotaba a la deriva hasta que la corriente me había llevado hasta la orilla como un despojo más.

Aquella idea fue más de lo que pude soportar y, con apenas tiempo de voltearme hacia un lado, mi cuerpo se vació en tortuosas arcadas. ¡Genial! No me extrañaba encontrarme así de mal. El fuego ácido que me abrasó la garganta fue un recordatorio suficiente de que, aunque era un vampiro, ni siquiera nosotros éramos inmunes a los horrores de aquel lugar.

En cuanto acabé de vomitar, me dejé caer de nuevo exhausta sobre la espalda, cubriéndome la cara con las manos para protegerla de la arena que arañaba mi tez. Estudié fascinada el extraño cielo. Era hipnótica la forma en que se entremezclaban los colores rosados y rojizos, convirtiéndolo en un llamativo lienzo. No se parecía en nada al firmamento estrellado de Nocturna y no podía más que preguntarme si era así como se vería el amanecer en nuestra dimensión. Algunos vampiros, los más viejos, soportaban un rato bajo los primeros rayos del sol, yo, por desgracia, no era uno de ellos.

Sin apartar la mirada del hermoso espectáculo, solté un profundo suspiro. Estaba donde había querido estar, lejos de Gabriel y del resto de los cazadores, quienes dudosamente me seguirían hasta el infierno. Ni siquiera la generosa recompensa que Azrael había ofrecido por mi cabeza compensaba enfrentarse a los peligros del Inframundo. Todos conocíamos las leyendas que se contaban sobre él y los seres infernales que lo habitaban. Aquel había sido mi principal motivo de que acudir allí hubiera sido siempre mi última opción, de hecho, ni siquiera la había considerado hasta que no me quedó más remedio.

Esa realidad me dejaba con otro problema por resolver. ¿Qué iba a hacer ahora sin un lugar al que ir ni una dirección clara que seguir? No tenía fuerzas para trepar por la ladera, y mucho menos para cruzar de nuevo el pestilente río y enfrentarme a un desierto sin las más mínimas provisiones. Por la agudeza de la roca clavándose en mi espalda, mi mochila se había perdido en el trayecto, lo que significaba que no tenía agua, alimentos y, desde luego, ningún mapa.

Como si el universo hubiera leído mis pensamientos, una nueva corriente de viento abrasador me alcanzó desde el desierto, arrastrando consigo un inquietante murmullo de gritos y lamentos, como si miles de almas condenadas estuvieran chillando en un ruego torturado a unas millas de distancia. Se me heló la sangre en las venas. No pensaba ni por casualidad acercarme a ese desierto solo para terminar como esas almas perdidas.

Con un profundo suspiro, hice el intento de sentarme. Gemí ante el calvario y la resistencia de mis músculos a obedecerme. En serio, ¿qué demonios me pasaba? Mi mirada cayó sobre los

pantalones rotos, dejando a la vista profundos cortes ensangrentados, los arañazos en mis brazos, los nudillos raspados y los moretones que me salpicaban la piel en un esperpéntico patrón. Recordaba cómo me había hecho algunos de ellos durante mi frenética huida por los túneles, pero esa no era la verdadera cuestión, sino, ¿por qué no se habían curado ya? ¿Y por qué la sangre fresca seguía manando de las heridas más profundas? No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero a aquellas alturas ya deberían haber sanado y desaparecido por completo.

Mi respiración se aceleró con jadeos entrecortados cuando el pánico me dejó sin aire en los pulmones. ¡No podía ser! ¡No, no, no! ¡No podía permitirme el lujo de que mis sospechas se hicieran realidad! Petrificada, observé cómo la sangre del largo corte en mi muslo caía en una fina línea sobre una mancha húmeda y oscura que se había formado en el suelo, desapareciendo de inmediato como si la roca la absorbiera sedienta.

Quise sollozar, gritar y exigirle al destino que me explicara de una vez por todas por qué se ensañaba tanto conmigo y no podía darme ni una pizca de paz y descanso. Pero tenía la boca demasiado reseca y sabía que no serviría de nada. No era la primera vez que lo intentaba, pero el cabrón de mi destino solo me hacía caso cuando tenía ganas de arruinarme la vida; para todo lo demás, me ignoraba por completo.

¡Diosa! Me tapé la cara con ambas manos y cerré impotente los ojos. ¡Las leyendas eran ciertas! Había perdido mi inmortalidad.

Mis pulmones se constriñeron un poco más. Sin la capacidad de regeneración de mi especie, sin mi fuerza sobrenatural… ¡¿Cómo iba a sobrevivir en el infierno? No solo estaba plagado de demonios y monstruos, que por sí solos ya eran toda una amenaza, sino de brujas que practicaban la magia negra, seres juzgados por sus acciones y expulsados por su propia gente a aquel lugar inhóspito donde la muerte parecía ser una bendición más que una condena. ¿Cómo se suponía que iba a luchar contra esas criaturas si me había convertido en poco más que una frágil humana con colmillos y sed de sangre?

Pensar en sangre bastó para que mi estómago se encogiera de hambre y me hizo salivar. ¿Y de qué iba a alimentarme mientras estaba allí? La simple idea de tener que morder a un repugnante demonio o a un practicante de magia negra ya me hacía querer vomitar de nuevo. ¡Era una locura! ¡Me había dejado llevar por un impulso, todo por evitar enfrentarme a Gabriel! ¡Maldita fuera él y el maldito vínculo que nos unía!

Recuerdos de conversaciones susurradas sobre la maldición de los vampiros en el Inframundo y las ominosas advertencias que nuestros tutores y profesores nos habían hecho durante nuestra juventud inundaron mi mente. Las historias sobre el desprecio de los habitantes del Inframundo hacia los vampiros resonaron en mis oídos. Se nos consideraba inferiores, demasiado humanos para ser verdaderos demonios y demasiado monstruosos para ser aceptados por los mortales.

Aquellas historias nunca me habían parecido demasiado imponentes o creíbles. Siempre las había considerado meras leyendas para asustar a los vampiros más jóvenes. ¿Por qué alguien perdería el tiempo en maldecir a los vampiros por entrar al infierno en lugar de exterminarnos directamente o impedirnos la entrada? ¿Y por qué los vampiros querrían ir de forma voluntaria a un mundo como ese cuando nuestra dimensión era un paraíso y la humana un festín interminable? No tenía ni pies ni cabeza.

Hasta ahora.

La imagen del viejo vampiro que visitó nuestra corte años atrás se materializó en mi mente y sus palabras resonaron con una nueva y terrible claridad. Nos habló de los peligros que

acechaban a los de nuestra especie en el Inframundo, de los demonios despiadados que nos despreciaban y odiaban. «Nos ven como abominaciones», había advertido, con los ojos embrujados por las atrocidades que había presenciado. «Para ellos, no somos más que una presa que cazar y atormentar para su retorcida diversión». Sus ojos, atormentados por los horrores que había presenciado, me perseguían ahora.

Había descartado sus palabras como las divagaciones de un viejo loco. Lo había considerado una bonita historia para distraer a la corte de su eterno aburrimiento. Ahora, habría podido reírme de mi propia estupidez e inocencia si no me dolieran tanto las costillas. ¡Diosa! ¡Qué ingenua había sido! Había sido una maldita y estúpida idiota, e iba a pagar por ello el precio de mi ignorancia.

Estudié mis manos temblorosas, los cortes aún frescos y la suciedad bajo mis uñas. Las apreté en puños, en un intento por reunir la fuerza y la determinación que siempre me habían servido en el pasado. No podía permitir que el miedo me consumiera, no si quería sobrevivir. Tenía que concentrarme justo en eso: mantener la cordura y usarla para mantenerme viva.

Respirando hondo, ignoré el dolor y me arrastré con esfuerzo hacia una roca cercana. Al sentarme y apoyar la espalda contra ella, me obligué a mantener los ojos abiertos para estudiar el entorno. Quedarme allí, a orillas del río Styx quedaba descartado. No solo no podía beber de aquellas aguas podridas, sino que no era un lugar seguro.

Mis hombros se desinflaron al comprobar que no había ni rastro de mi mochila y su contenido. El último recurso que me quedaba eran las dagas que conservaba sujetas a mi cinturón y tobillos. Necesitaba encontrar una cueva, un refugio donde recobrar fuerzas y trazar un plan. Quizás, con un poco de suerte, podría recuperarme algo antes de buscar una población cercana o alguna criatura o bayas silvestres con las que alimentarme. A partir de ahí, intentaría idear otros planes. Esperaba que Gabriel me hubiera dado por muerta, pero, aunque no lo hiciera, un año era tiempo más que suficiente para que se olvidasen de mí y para que el precio que le habían puesto a mi cabeza se desvaneciera.

Podía sobrevivir un año. O eso esperaba. No iba a ser fácil.

Arrancándome un par de tiras de la camiseta, me vendé los cortes más profundos de los muslos. Conté hasta cinco hacia atrás, siguiendo un método que había aprendido de un vídeo de motivación de YouTube durante una de mis visitas a la dimensión humana, inhalé con fuerza y me impulsé hacia arriba para ponerme en pie. Maldije para mis adentros cuando mi visión se tornó negra y solté un grito al caerme de nuevo. O al menos creo que fui yo quien lo soltó.

Cuando volví a abrir los párpados, deseé no haberlo hecho. A solo un palmo de mi nariz me esperaban un par de botas masculinas desgastadas con las puntas dirigidas hacia mí.

¡Estaba jodida!

Capítulo Nueve

ANDREA



Las enormes hebillas doradas de las botas que se alzaban frente a mí, tintinearon cuando su dueño arrastró los pies unos centímetros a la derecha. No eran las únicas. Otro par de botas, algo más pequeñas, pero con la misma pátina grisácea, mezcla de polvo y cenizas, se encontraban situadas justo al lado.

El hedor a sulfuro y muerte me recordó dónde estaba y dejó claro que no estaba soñando. Que mi corazón latiera con fuerza contra las costillas magulladas solo lo confirmaba.

Cerré los párpados con fuerza para tratar de frenar las vueltas que me daba la cabeza. Una voz extrañamente familiar, que parecía provenir de algún rincón de mi mente, me gritaba que me espabilara y abriera de inmediato los ojos y sacase la daga para defenderme. Tenía razón, era lo que debería haber hecho, pero estaba tan cansada y adolorida que no me quedaba voluntad para que me importara.

¿Querían matarme? Que lo hicieran. Si me hubieran quedado fuerzas, probablemente hasta les habría dado las gracias por hacerlo. Solo esperaba que fueran rápidos y no añadieran más dolor a aquella agonía.

«¿Te has vuelto loca? ¡Deja de autocompadecerte! ¡Tienes que defenderte!», insistió la voz en mi mente. Era profunda y aterciopelada. Habría podido gustarme de no estar ladrándome enfadado.

«Eres gracioso. Siento no poder reírme, pero me duelen demasiado las costillas», respondí.

«¡Andrea, ni se te ocurra ponerte a dormir!».

Ignoré la voz masculina que seguía chillándome y gritándome como si quisiera estrangularme y despedazarme por ignorarlo.

Quienes fueran los que me habían encontrado y me observaban, se mantuvieron callados. Puede que me dieran por muerta y me dejaran allí tirada, abandonándome a mi suerte. Eso sí que tenía gracia. Con la suerte que tenía, ¿cómo se me ocurría siquiera semejante estupidez?

Aunque, pensándolo bien, ¿me convenía que me dejaran en aquel páramo abandonado por la mano de la Diosa? Ahora era mortal. Si no conseguía salir de allí, mi muerte estaba garantizada.

Con esfuerzo, volví a entreabrir los párpados para examinar los dos pares de botas. Alguien debería haberle hecho saber al de la piel de escamas de un marrón rojizo que se trataba de un color poco favorecedor y que, además, tampoco causaba una buena impresión si pensaba utilizar su calzado como tarjeta de presentación. Era difícil de adivinar con certeza si aquel ecléctico color se debía al tono natural del animal al que habían pertenecido aquellas escamas, o si estaba teñido con la sangre reseca que las había salpicado con posterioridad.

No sabía si junto a mi inmortalidad también se había esfumado la sensibilidad de mis sentidos, o si la pestilencia que me rodeaba los tenía anestesiados, pero mi olfato tampoco me

ayudó a discernir de cuál de las dos opciones se trataba. Que el otro par de botas pareciera estar hecho de un tipo de piel beige, fina, con algunos pelillos negros sobresaliendo, casi como si fuera vello humano después de un afeitado mal hecho, hizo sonar una alerta completamente diferente en mi mente.

«Tienes que escapar y alejarte de ahí como sea», me urgió de nuevo la voz.

«No me digas», pensé con sarcasmo, esperando que se diera cuenta de que estaba empezando a irritarme.

«Si te enfadas, al menos significa que sigues viva. Ahora usa ese genio para actuar. Sabes lo que tienes que hacer. Estudia a tu enemigo y busca sus puntos débiles».

¡Por el amor de la Diosa! ¿Es que no podía una ni siquiera morir en paz? A pesar de mis pensamientos, subí despacio la mirada. El ritmo de mi corazón se aceleró al ascender por las piernas musculosas, algo torcidas, enfundadas en unos pantalones de cuero negro que habían visto épocas mejores (varias de hecho, a deducir por los roces en las rodillas y los muslos).

«¡Andrea, céntrate!».

Por la eternidad que me llevó llegar al brillo apagado de su cinturón, el tipo que tenía ante mí no solo era fuerte, sino también alto. Muy alto, para ser exacta. Tanto que incluso antes de intentarlo sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de derrotarlo en un enfrentamiento directo.

«Pues no te enfrentes a él de forma directa. Eres una especialista en jugar sucio. ¡Usa tu ingenio!».

«¿De dónde has sacado tanta gracia? ¿Has visto lo armado que va? Debe de llevar una tonelada de metal encima. Con ese machete probablemente podría cortarme por la mitad antes de que me diera tiempo a parpadear».

«Eres rápida y ágil. Salte del camino del machete».

Esa vez se me escapó el aire de la nariz. ¿Rápida y ágil? Un oso perezoso me habría ganado en ese momento. Seguía sintiéndome como si un equipo de ogros me hubiera usado como pelota para jugar al críquet.

«No seas ridícula. Los ogros no juegan al críquet», masculló la voz exasperada.

Que le dieran. Entre los miles de ogros que habitaban Nocturna, seguro que alguno sabía jugar.

«¡Por todo lo que es santo, ¿podrías centrarte de una vez en salvar tu puto cuello?!».

Mis ojos se abrieron al llegar a un torso desnudo cubierto por un intrincado dibujo geométrico de llamativas cicatrices blancas que contrastaban con el ébano del resto de su piel. Aquellos cortes debieron de escocer como ácido y, sin embargo, su perfección milimétrica señalaba que fueron hechas por motivos estéticos más que tratarse del resultado de batallas o castigos. Y por la forma en que el tipo hinchó el pecho al ver mi mirada detenida sobre ellas, debía de estar muy orgulloso de su ornamentación.

En lugar de soltarme otra vez su opinión, la voz en mi mente se limitó a gruñir.

Mi corazón acelerado se frenó de golpe al llegar a los ojos que me contemplaban sin pestañear. Eran tan negros que parecían absorber la luz a su alrededor. No había pupilas ni iris, solo aquella negrura llena de vacío.

«¡Maldita sea, Andrea! ¡Es un demonio! ¡Tienes que largarte de ahí a la de ya!», la urgencia de la voz se incrementó.

Me recorrió un escalofrío. No era que no me hubiera topado con todo tipo de criaturas monstruosas a lo largo de mi existencia, pero podía contar con los dedos de una sola mano las veces que me había encontrado con unos ojos tan muertos como aquellos.

«Andrea, sé que me escuchas. ¡Muévete!».

Parpadeé. Una, dos, tres veces. Los ojos seguían fijos sobre mí. Los vampiros podíamos pasarnos una eternidad sin pestañear, pero incluso nosotros teníamos que hacerlo cuando se nos resecaba la córnea. Hacía un calor de mil infiernos, el viento nos azotaba sin parar, partículas de cortante arena se estrellaban contra nuestra piel y… nada. Los ojos negros seguían sin parpadear. Se encontraban tan fijos sobre mí que no pude más que preguntarme si podrían ver más allá de mi carne y huesos, o tal vez… ¿Querría cortarme para descubrir qué era lo que se encontraba debajo de mi piel o incluso en mi cráneo?

La voz en mi mente gimió como si acabara de encogerse allá de donde provenía.

—Sigue viva —constató el demonio de los ojos negros con un tono tan vacío como la expresión de su rostro, dejándome con la duda de si el hecho de que yo siquiera respirando era algo que lo decepcionaba o alegraba. Dudaba mucho que ninguna de aquellas opciones me beneficiara.

—Mejor. —El demonio apostado a su lado, algo más bajo, con barriga cervecera y los cuernos más retorcidos, llamó mi atención sobre él—. Nos la llevaremos. Estoy seguro de que *Madame* Salomé nos pagará una buena pasta por una chupasangre. Se precia de poder ofrecerle a sus clientes la oferta más exótica y exclusiva de la ciudad.

—Es mortal.

El demonio bajo ignoró la sequedad de su amigo y se frotó las palmas.

—Sí. ¿No es genial? Una piel blanca y perfecta que conservará los moretones. Hay clientes a los que les ponen esas cosas. Deberías saberlo.

«¡Piensan venderte a un burdel!», gritó de nuevo la voz de mi mente, sobresaltándome.

«¡No me des esos sustos! Y no soy tonta, por si no te has dado cuenta».

«¿Estás segura? Sigues ahí sin hacer nada por salvar tu puto culo».

—Para eso están las sanadoras —continuó el demonio de los ojos muertos, ajeno a mi diatriba interior con la voz imaginaria—. Todo el mundo sabe lo fácil que es marcarlas y romperlas.

Aquello debería haberme hecho tragar saliva y encogerme por dentro, pero, mientras resonaba una lista de maldiciones en el recién descubierto rincón de mi mente, la parte más racional de mi cerebro repasaba las posibilidades que aquella situación podía representar.

—Las ninfas están demasiado vistas, una vampiresa, por el contrario, es una fruta exótica en comparación. —Los pequeños ojos brillantes del demonio bajito se posaron sobre mí, recordándome a una rata con un trozo de queso a la vista—. Además, mírala bien. Es una belleza. Seguro que *Madame* nos da un pastón por ella.

El demonio alto frunció el ceño. Creo que era la primera expresión real que había conseguido discernir en su rostro.

—Yo solo veo una masa patética de carne y hueso que apesta. Mírala. Está tan débil que ni siquiera se ha puesto a chillar todavía.

El demonio bajito chasqueó con su lengua.

—Tienes que ver más allá de las capas de mierda. Tú confía en mí, que yo para eso tengo una vista excelente.

Su compañero gruñó en respuesta casi al mismo tiempo que lo hizo la voz en mi mente. Uhmm… ¿Estaban relacionadas de alguna forma?

«Soy muchas cosas, pero un demonio no es una de ellas», masculló el susodicho.

«Suenas como un hombre».

«¿Y?».

«Que has aparecido justo cuando ha aparecido él».

«Pura casualidad. Y ahora deja de centrarte en mí y presta atención. Podrían atacarte de un momento a otro. ¿Tienes tus armas a mano?».

Revisé la colocación de mis dagas, dejando caer mi peso sobre mis caderas. A duras penas, conseguí refrenar un aullido cuando se me clavaron en la carne ya magullada. ¡Mierda! Ni de casualidad iba a servirme de algo tener armas. Hasta el más mínimo movimiento era pura agonía.

Al darme cuenta de que los dos demonios estaban estudiándome en silencio, les mantuve la mirada. ¿Qué era lo último que habían dicho? Ah, sí, que no me había puesto a chillar. ¿Esperaban que por haberlo mencionado fuera a hacerlo ahora?

—¿Y crees que sobrevivirá el camino? —preguntó el más alto de ellos.

El bajo encogió los hombros.

—¿Qué perdemos por intentarlo? Solo tenemos que tirarla en la parte trasera del carro.

—Víveres —señaló su compañero.

El demonio bajito pareció considerarlo antes de encoger un hombro.

—Nadie dijo que tuviéramos que darle de comer.

No estaba segura de que lo que fuera que tuvieran esos demonios realmente era comestible para mí, pero mi estómago se encogió en protesta ante la idea de que lo pusieran a dieta.

—Es mortal, necesitará sustento —insistió el alto.

El bajo rodó los ojos.

—Vale, lo que sea. Lo recuperaremos con creces cuando *Madame* Salomé nos pague.

—Si sobrevive —señaló el lumbreras alto.

—Si sobrevive —coincidió el bajito.

El demonio de los ojos muertos arrastró sus pies tres centímetros hacia mí y se inclinó una cuarta.

—Tienes dos opciones —parpadeé al darme cuenta de que me hablaba a mí—: Cooperar y acompañarnos por voluntad propia y a cambio recibir una ración de agua y un trozo de pan, o causar problemas que nos obliguen a tomar medidas que harán que el viaje no sea demasiado agradable.

El más bajo de ellos lo empujó fuera de su camino, se acuclilló a mi lado y me miró de cerca.

—Zicki realmente no es de los que hacen bromas, cariño. Deberías hacerle caso. Además, no pareces haber llegado aquí con demasiados planes puestos en marcha y, si no tienes las llaves de uno de los portales, te resultará realmente difícil marcharte de esta dimensión. La vida te será más fácil vendiendo tu cuerpo con *Madame* Salomé que quedándote aquí y tener que buscarte la vida como puedas.

«¡Ahora! ¡Ahora es el momento! Clávale la daga en el costado izquierdo, hacia atrás, justo debajo de la tercera costilla. Si le alcanzas uno de sus corazones, lo habrás inmovilizado por un buen rato».

Ignoré las instrucciones de la voz. La oferta de los demonios era buena. Mejor de lo que me había esperado.

«¡No puedes estar hablando en serio!».

«¿Por qué no?».

«¡Pretenden venderte a un burdel como prostituta!».

«Para hacerlo, tienen que llevarme con ellos a una ciudad. Tienen un carro. ¿Sabes lo que significa eso? Civilización, tiempo para recuperarme y comida gratis».

La voz pareció titubear un momento.

«Es peligroso. Son demonios. ¿Y si tratan de atacarte cuando menos te lo esperas? ¿Y si

pretenden aprovecharse de ti antes de venderte?».

Solté un suspiro cansado.

«Puede que para entonces esté lo bastante recuperada como para tener una oportunidad de defenderme».

Su suspiro de rendición pareció un eco del mío.

«No me gusta».

«¿Crees que a mí sí?», me mofé. «Solo trato de hacer lo mejor con las cartas que me han tocado. ¿Qué más puedo hacer?».

Su respuesta tardó en llegar:

«Está bien».

Bufé. ¿Quién coño se creía que era? Podía tener su origen en algún sitio oscuro de mi mente, pero eso no significaba que tuviera la potestad de darme permiso para hacer lo que fuera que decidiera hacer. No hubo comentario esta vez.

—¿Y bien? —preguntó el demonio bajito.

Vacilé. La voz tenía razón. Era un riesgo, pero también era mi ruta de escape. La única que tenía si no quería acabar convirtiéndome en la comida de los buitres que volaban en círculos sobre nosotros.

Una vez que estuviéramos cerca de la ciudad, tendría la oportunidad de escapar. Si eso fallaba, aún podía demostrar mis habilidades de lucha. Puede que para entonces ya me hubiera superado los efectos del viaje,el río y mi reciente fragilidad como mortal.

De modo que me limité a hacer lo único que podía: asentir con debilidad.

—¿Tie… tiene agua, por favor? —grazné con la boca pastosa.

Si mi padre me hubiera visto en ese momento, rogandole a una criatura inmunda como aquella por algo tan simple, cualquiera habría sabido cuál podría ser su reacción. Quizás me hubiera propinado una patada en el estómago mientras me chillaba lo débil y patética que era, o tal vez me hubiera premiado con una palmadita en el hombro por mi excelente interpretación. También era posible que ambas. Cuando de mi padre se trataba, una opción no excluía a la otra. Pocas personas lo sabían mejor que yo.

El demonio alto soltó un resoplido irritado.

—Ya empieza con las exigencias.

Apreté los labios. Puede que recordarle que se lo había pedido por favor no fuese una buena idea. El tipo tenía toda la pinta de que le importaba una mierda lo hecha polvo que estaba. Lo último que necesitaba era que me diera una paliza y me rompiera otra costilla.

Su compañero bajito lo ignoró.

—Sé buena, acompáñanos hasta el carro y te daré unos buches de agua, cariño.

Diosa, esperaba ser capaz de recuperarme pronto para enseñarle a ese imbécil condescendiente dónde podía meterse su «cariño».

—No voy a darle de mi agua —gruñó el otro capullo, Zicki lo había llamado el bajo. ¿Qué clase de madre le ponía a su hijo un nombre tan ridículo, y más a un gigante así? Estropeaba parte de la imagen terrorífica que proyectaba. Bueno, puede que no, decidí cuando rodó los hombros.

—No seas idiota —escupió el demonio bajo empezando a perder la paciencia con él—. ¿Prefieres tocarla con lo que apesta? Huele como un tonel de pescado zombi.

¡Mierda! ¿En el Inframundo existía pescado zombi? Tenía sentido si se consideraba que era la tierra de los demonios, las almas condenadas y la magia negra.

—¿Y qué crees que hará *Madame* Salomé con ella entonces? Sus clientes tampoco querrán

una ramera apestosa. Su local es el más selecto de la ciudad. No creo que a nadie le produzca morbo una cosa así.

Esa vez fue el turno del bajito de soltar un resoplido exasperado.

—No seas idiota. Bastará que le dé un buen baño y que le eche colonia cuando acabe. En el nombre del Devorador de Almas, ¿a ti en qué clase de burdel barato te parieron?

Me eché hacia atrás. ¿Devorador de Almas? Me recorrió un escalofrío. Por la madre de todos los dioses, que alguien me dijera que el Devorador de Almas era un mito, o uno de esos dioses ausentes al que los habitantes del Inframundo solo le rezaban de tanto en tanto y no alguien real.

Por su nombre estaba segura de que no quería llegar a conocerlo en persona, y mucho menos en uno de los burdeles que parecían abundar en aquel lugar, a juzgar por la conversación de esos dos imbéciles.

—Zeze, no te pases, a ti te parieron en un establo. Yo al menos nací en una cama y rodeado de tetas.

¿Zicki y Zeze? ¿Seguía dormida y estaba teniendo uno de esos sueños ridículos de los que iba a reírme cuando despertara? Tenía que ser eso. La conversación… ¡Diablos! La situación entera era demasiado surrealista como para que pudiera ser real.

—Lo sé —suspiró Zeze—. Eso siempre te lo he envidiado. Mira lo grande que eres y lo bajo que he salido yo. O mi madre me mintió sobre padre o a ti te dieron más leche que a mí.

¡Se acabó! Ni de casualidad iba a seguir escuchando esas ridiculeces. Tragándome un gemido de dolor, me senté y usé una roca para equilibrarme y levantarme.

Tan pronto como conseguí ponerme de pie y dar dos pasos, mi visión se volvió oscura y me tambaleé.

«¡Andrea!».

Alguien soltó un ridículo alarido cuando caí en lo que parecía un abismo formado por una negrura absoluta. No había sido yo, ¿verdad? Antes de que pudiera responderme yo misma, la negrura me tragó.

Parecía que después de todo me había quedado sin agua.

Capítulo Diez

ANDREA



Durante el siguiente par de semanas viajé en un estado casi permanente de duermevela, acurrucada en la parte trasera de un viejo carro de madera, en un estrecho espacio entre cajas y sacos de mercancías. Pasé de estar miserable a fingirlo para que los demonios me dejaran en paz.

Zeze se tragaba mi continuo malestar, achacándolo a que era prácticamente humana y prefería mantenerse alejado de una criatura quejumbrosa, apestosa y susceptible de ponerse a llorar o vomitar, cuando podía elegir confundirme con otro bulto más de mercancía.

Zicki, por el contrario, me dedicaba ojeadas entrecerradas llenas de sospecha y, de cuando en cuando, compartía esos recelos sobre mí con su hermano Zeze, algo que el demonio más bajo descartaba de inmediato. Donde el problema de Zeze parecía ser su engreimiento y condescendencia, el de Zicki, por lo que había concluido de sus conversaciones, se debía básicamente a su aversión por el género femenino.

Fuera cual fuera la causa, se olvidaban de mí la mayor parte del tiempo y, en las ocasiones en las que Zeze mostraba el característico brillo de lujuria al mirarme, me bastaba con ponerme a dar arcadas o lloriquear para que huyera despavorido. Podían haberme tocado peores demonios como secuestradores, no podía quejarme.

No es que las cosas fueran fáciles. El perpetuo tono rojizo del cielo, inmutable y sin variación entre el día y la noche, resultaba tan monótono que se volvía opresivo. Era como si el mundo siempre estuviera sumido en la bruma y que los colores estuviesen contaminados y enfermizos. El blanco nunca había sido uno de mis colores favoritos, pero comenzaba a echarlo de menos entre tantos tonos de rojos, rosas y naranjas, que en lugar de levantarme el ánimo y energizarme, me deprimían.

Encontrarme en un sitio donde no deseaba estar, a solas y sin nadie en quien apoyarme, tampoco ayudaba. Mis heridas habían sanado en su mayor parte y las más profundas habían comenzado a cicatrizar. Zeze o Zicki me las cosieron y cubrieron con un apestoso mejunje mientras me encontraba inconsciente y, aunque sospechaba que iban a dejarme mis primeras cicatrices, habían hecho un buen trabajo.

Echaba de menos a mi madre y a mi hermana y hasta al *shangrile* que jamás llegué a tener de verdad. Creo que eso debió de ser el motivo por el que había llegado a tal punto de depresión que me había creado un *shangrile* ficticio con el que conversaba varias veces al día en mi mente.

Su voz se parecía a la de Gabriel, pero con un matiz más oscuro y hasta una pizca de afecto de cuando en cuando. Una pizca, no más, porque la mayor parte del tiempo se encontraba ocupado dándome órdenes y azuzándome, obligándome a seguir respirando y a mantener la guardia. Habría preferido que fuera la voz de mi hermana o de mi madre la que me hablara, pero no, parecía que lo mío era ser masoquista. No contenta con haber perdido la inmortalidad y

encontrarme en la peor dimensión conocida, también me torturaba conversando con un hombre imaginario que me odiaba, o al menos lo hacía en la vida real.

«Deberías dejar de compadecerte tanto de ti misma y pensar más en cómo vas a escaparte de esos dos idiotas».

Y ahí estaba mi martirio autoinfligido. ¿Tanto me había acostumbrado a que me persiguiera que ahora necesitaba tenerlo conmigo a todas horas?

«Y tú deberías estar haciendo algo más productivo que pasarte el día en mi cabeza. ¿No deberías estar trabajando?».

«Lo hago. Mi trabajo es torturarte. Deberías saberlo a estas alturas».

«¡Uuuf!».

«¿Alguna vez piensas dejar de quejarte?».

«Tengo hambre, sed y me duele la espalda. Además, apesto como una mofeta y me pica la piel. Tengo todo el derecho del mundo a quejarme».

«Anoche hicisteis campamento al lado de unas brujas. ¿Por qué no te alimentaste de ellas? Beber sangre te ayudaría a sanar mejor».

Bufé.

«¿De brujas que practican magia negra?». Me estremecí, esperando que no lo captara. Había secretos que aún no estaba preparada para compartir con él, ni siquiera aunque fuera un producto de mi imaginación. «¿Te has vuelto loco? Si me cogen, me convertirían en un sapo lleno de verrugas. Gracias, pero paso».

«¿Qué hay de sus familiares? Incluso las que practican magia negra suelen tener alguno de esos bichos a su lado».

«Estás en mi cabeza. ¿No deberías conocer la respuesta?».

«No puedo estar las veinticuatro horas del día en tu cabeza, yo también necesito descansar de cuando en cuando».

Rodé los ojos. Solo a mí se me ocurría crear un enemigo imaginario que aparecía y desaparecía a su antojo.

«Uno de los familiares era un *hellhound*. ¿Sabías que los perros del infierno pueden rodearse de una capa de fuego y que tienen púas tóxicas en la cola? La gata tenía más garras que yo y me ha dejado el brazo hecho trizas». Para confirmarlo, me estudié los antebrazos, los cuales conservaban las largas marcas ensangrentadas. Había perdido más sangre intentando alimentarme que la que había conseguido probar. Cada día odiaba más ser una mortal y haber perdido mi fuerza y rapidez en el dichoso río. ¡Diosa! Me había vuelto patética. «Y la serpiente era como una anguila que me electrificaba cada vez que trataba de cogerla. ¿Conforme?», espeté.

«No. Nunca te tuve por alguien que se rindiera con tanta facilidad».

Sus palabras se sintieron como una daga en mi autoestima.

«Prueba a pasarte una semana sin apenas comer ni beber», mascullé. «¡Estoy cansada! ¿Tan difícil es de entender?».

«Ese es un lujo que no te puedes permitir. Estarás aún más exhausta si no te alimentas pronto».

«¿*Ainsss*, mi Gabi está preocupado por mí?», me mofé irritada. Si era mi voz y mi imaginación, ¿por qué no podía apoyarme en vez de tirarme por tierra?

«No me llames Gabi, es un nombre ridículo. Y no estoy preocupado, lo único que quiero es que sobrevivas».

«¿Para qué? ¿Qué sentido tiene que siga viva? Todo el mundo me quiere muerta. ¿Para qué seguir viviendo si ni siquiera me queda nada por lo que vivir?».

Era una pataleta infantil, lo sabía. Por mí que me denunciara por ello.

«La falta de alimentos te está afectando», observó manteniendo su maldita calma. Era irritante a más no poder.

«¡Pues claro que me está afectando! ¿A quién no le afectaría? Intenta mantenerte de buen humor comiendo solo un trozo de bacalao reseco en salmuera y un pedazo de pan duro al día».

«He comido cosas peores. Si no te gusta, haz algo para remediarlo».

¿Se creía que no lo había intentado? Hasta le había mordido a Zeze el dedo gordo del pie mientras dormía, solo para acabar escupiéndolo todo. Su sangre no solo era negra, sino que sabía a mejunje de bruja elaborada con cenizas de muertos vivientes.

«¡¿Para qué?!», exigí alterada, negándome a admitir hasta qué punto me había rebajado para poder comer. Yo, la candidata a ser la mujer más importante de la corte de los vampiros, había acabado rebajada a chuparle el sucio pie a un demonio. ¿Podía existir algo más humillante?

«Para vivir».

«¡Quiero morir!».

No, no quería morir, aunque a veces me lo planteaba.

«¡Tienes prohibido morir!».

Su exabrupto era como una pomada para mi alma destrozada. Vivía para momentos así desde que su voz estaba en mi vida. Debería haberlo creado mucho antes. Quizás, de haberlo hecho, no me hallaría atrapada en ese infierno.

«¿Quién me lo prohíbe?» seguí provocándolo.

«Yo».

«¿Y quién te crees que eres para decidir algo así sobre mi vida?».

Hubo una vacilación antes de responder.

«El hombre imaginario que has creado para no sentirte sola».

«¿Y por qué no puedes simplemente cumplir con tu función y limitarte a hacerme compañía mientras me muero?».

Esa vez la pausa fue más larga.

«No puedo hacer eso» murmuró como si fuera una confesión difícil de hacer.

«¿Por qué no?».

«Porque el único con derecho a matarte soy yo».

Tuve que taparme la boca para retener la risa histérica que me brotó de la garganta.

«Genial», dije con sequedad. «Te pareces tanto a tu contraparte real que podríais ser hermanos gemelos».

Su resoplido fue tan real que casi pude sentir su aliento sobre mi piel. En realidad, fue algo que Zeze lanzó a la parte trasera del carro, pero prefería mi fantasía a la realidad.

«No tengo ningún hermano gemelo».

«Gracias a la Diosa. Ya me sobra contigo. Sigo preguntándome cómo el destino pudo emparejarme con alguien como tú. Debió saber desde el principio que nunca acabaríamos juntos. Pretendía partirse el culo a mi costa o, quizá, castigarme por algo».

«¿Me consideras un castigo?». Su tono parecía ofendido. ¿Acababa de ofender el ego de un hombre imaginario?

Me pasé la mano por la cara, procurando no meterme suciedad en los ojos.

«Me has perseguido durante meses, me has prometido torturarme y hasta me has especificado las formas con las que fantaseabas con matarme. Incluso ahora, que solo eres una voz en mi cabeza, sigues martirizándome a pesar de que ya no puedo caer más bajo de lo que estoy. ¿Cómo, exactamente, debería verte?».

El silencio que se produjo fue tan largo que pensé que se había retirado.

«¿Qué habrías esperado de tu *shangrile* si solo pudieras comunicarte con él en tu cabeza?».

Fue mi turno de pensar en qué contestar.

«¿Si te confieso la verdad, me prometes no reírte de mí?».

«Te lo prometo».

Me mordí los labios.

«Me habría gustado que… que me abrazaras, me hicieras sentir protegida y me prometieras que, por una vez en mi vida, todo iba a salir bien».

Me limpié una lágrima antes de que pudiera caer por mi mejilla mientras esperaba su respuesta.

«Sabes que no puedo prometerte eso», dijo al fin con una suavidad que resultaba extraña en él. «Sería mentira y solo haría que bajaras la guardia. Deberías dormir para que, cuando esos demonios imbéciles se acuesten, tengas energía para despertarte y robarles algo de las provisiones».

Con una mueca de dolor, me giré sobre las irregulares lascas de maderas y solté un suspiro cuando me clavé el duro suelo en las caderas.

«¿Puedes al menos fingir por un rato que no me odias?». Dejé de respirar a la espera de su reacción.

«¿Cómo podría hacer eso?».

«Podrías contarme algo sobre ti hasta que me duerma».

Por el silencio que se produjo, debió de pensarse la respuesta.

«Cierra los ojos. ¿Qué te gustaría saber sobre mí?».

«Cualquier cosa», admití con sinceridad. «Algo bonito», me corregí. Si mi *shangrile* imaginario iba a contarme algo sobre su vida, entonces quería que fuera algo que me trajera sueños agradables.

«No tengo muchas historias bonitas que contar».

Probablemente, esa era una de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo.

«Puedes inventártela, no es como si fuera real y me conformo con oír tu voz. Cuando no me estás gritando y ordenando cosas, me relaja», confesé.

«Tengo una pequeña cabaña en el bosque», empezó despacio, como si esperara comprobar si de verdad estaba dispuesta a oírlo o si iba a ridiculizarlo por ello. «Está ubicada en un pequeño claro, junto a un arroyo. La construí yo solo en una época oscura en la que necesitaba empujarme a mí mismo a seguir viviendo». Su confesión me tomó por sorpresa. Sabía que su historia no era real, pero era lo último que habría esperado que me contara. No cuando siempre evitaba hablar de sí mismo y prefería darme respuestas vagas sobre su vida. «Quería estar solo, lejos de la gente, y necesitaba ocuparme en algo que me impidiera pensar demasiado y aferrarme a una ilusión que me permitiera seguir adelante».

¿Tendría el Gabriel verdadero un lado tan humano como su yo de fantasía? Era algo que jamás iba a averiguar.

«Construirte una cabaña parece un proyecto bonito. ¿Conseguiste tu objetivo? ¿Fue la ilusión que necesitabas para seguir adelante?».

Titubeó por un momento, pero cuando habló lo hizo con calma.

«No fue la cabaña lo que me hacía ilusión, sino el crear un pequeño paraíso al que llevar a mi *shangrile* cuando la encontrara».

A pesar del silencio, lo sentí tan cerca que casi podía percibir su pecho pegado a mi espalda y sus brazos rodeándome.

«Si no… Si…». Me detuve y tomé una inspiración profunda antes de preguntar: «¿Me habrías llevado a visitar tu cabaña alguna vez si las cosas entre nosotros hubieran sido diferentes?».

«Sigo soñando con llevarte allí y hacerte el amor bajo la luz de las estrellas, para llevarte a mi cama antes de que llegue el amanecer».

La leve ronquera en su voz baja se combinó con una añoranza que era infecciosa. Me recorrió un estremecimiento que pareció llegarme hasta el alma con su suave vibración.

«Por favor, sigue hablando», supliqué en un susurro.

Si hubiera podido elegir, ese mundo imaginario que había descrito era justo el lugar donde habría elegido vivir con él.

Capítulo Once

ANDREA



Diecisiete días después de despertar en el infierno y de atravesar páramos desiertos de arenas rojizas y cenizas, uno detrás de otro, la primera ciudad se alzó ante nosotros; coronada por la imponente silueta de un castillo, cuyas innumerables torres puntiagudas se recortaban ominosas contra el sempiterno cielo rojo anaranjado que parecía perseguirnos a todas partes. Las torres eran tan puntiagudas y afiladas que me recordaban navajas, y tan altas que parecían ser ellas las que sostenían las nubes.

Sus exquisitas vidrieras, de elaborados motivos vegetales, prometían que sus moradores eran algo más que simples bestias salvajes dominadas por sus instintos. Si podían apreciar el arte y la belleza, para mí era indicio suficiente de que eran civilizados o, al menos, lo más que se podía esperar de alguien que habitaba en esa dimensión infernal.



A pesar del hambre que me había carcomido durante el trayecto y de que los demonios me habían reducido a la categoría de simple mercancía, en especial Zicki, mi decisión de dejarme secuestrar por ellos había sido acertada. Jamás habría llegado tan lejos por mi cuenta sin un mapa para guiarme ni las provisiones básicas con las que mantenerme con vida. No con lo débil y desorientada que había estado durante los primeros días de mi recién adquirida mortalidad y cubierta de heridas.

Me aferré al baúl sobre el que estaba sentada para no salir despedida con el traqueteo de las ruedas de madera sobre los deformes y desiguales adoquines, mientras atravesábamos el portón de entrada a la ciudad amurallada y dejamos atrás los robustos muros cubiertos de musgos venenosos y plantas carnívoras que escalaban amenazantes por sus paredes grises.

Al cruzar la plaza mayor con sus señoriales mansiones de cinco y hasta seis plantas, en cuyos lóbregos tejados se posaban las gárgolas más grotescas y perturbadoras que había visto jamás, no pude evitar compararla con la más elegante y refinada de Nocturna.

Me froté el pecho en un intento de aliviar la repentina presión que trajeron consigo los recuerdos. Era muy probable que jamás volviera a visitar Nocturna, no a menos que fuera para enfrentarme a mi condena por traición y acabara en manos del verdugo. Un sabor amargo se extendió por mi boca. Nocturna albergaba algunos de los escasos momentos felices que atesoraba.

No me importaba demasiado que mi relación con Azrael se hubiera roto. Si era sincera conmigo misma, convertirme en su reina me habría condenado a un futuro de soledad y secreta

humillación, algo que nunca había aguardado con demasiada ilusión. Si eso hubiera sido lo único que perdí cuando la bruja me utilizó para hacer de las suyas, me habría considerado afortunada, pero había dejado atrás algo mucho más importante.

Cuando la presión en mi caja torácica aumentó y las primeras gotas de sangre cayeron de mis palmas debido a la fuerza con la que me había clavado las uñas, sacudí la cabeza. Compadecerme de mí misma no iba a servirme de nada. Era mejor mantenerme en el presente y centrarme en lo que de verdad importaba.

Cubriéndome el rostro con una máscara de indiferencia, estudié con atención el desconocido entorno en busca de pistas que me permitieran comprenderlo mejor. Si pretendía sobrevivir en el infierno, necesitaba hacer algo más que escapar del burdel al que nos dirigíamos, necesitaba adaptarme y aprender cómo funcionaba aquel nuevo mundo, donde la ausencia de leyes parecía ser una ley por sí misma. Fue el sonido arrítmico de los cascos de los caballos zombis, más esqueletos que carne y piel, que Zicki dirigía con experiencia por las aglomeradas calles, lo que me permitió recuperar la calma.

Cada pocos segundos, Zeze, que se encontraba sentado junto a Zicki en la parte delantera del carro, lanzaba miradas furtivas por encima del hombro para asegurarse de que yo seguía allí. No sé qué esperaba exactamente: ¿que me lanzara del carro y que alguien se abalanzara sobre mí para secuestrarme o comerme viva? Si no me hubiera hecho pasar tanta hambre y no me hubiera tratado como poco más que una mascota, le habría confesado que podía tranquilizarse y ahorrarse la preocupación.

No pensaba largarme hasta que no me hubieran dejado disfrutar del baño prometido, a que tuviera ropa limpia que me permitiera mimetizarme con aquella sociedad sin llamar demasiado la atención, y comida decente. Sobre todo, eso último. Estaba hasta las narices de comer raciones enanas de bacalao en salmuera y pan mohoso. A esas alturas, estaba dispuesta a matar por unos huevos pasados por agua, algo de queso o fruta. En especial por fruta, una cuyo jugo dulce me humedeciera la garganta y arrastrara consigo la sequedad, la ceniza y la arenilla del viaje, que mantenían mi boca reseca e irritada.

¡Y sangre! Necesitaba sangre. Mucha sangre. Roja. Al menos dos litros, pero mejor si eran cuatro o cinco. De no haber estado tan deshidratada se me habría hecho la boca agua solo de pensar en ello.

Aquello era justo lo que Zeze no había alcanzado a comprender sobre mí. ¿Por qué iba a complicarme la vida luchando por sobrevivir de mala manera, cuando podía conseguir lo que necesitaba gratis y sin esfuerzo gracias a él? Cuando llegásemos a nuestro destino, todo lo que ansiaba iba a ser mío. ¡Diosa! Esperaba que no faltara demasiado y que en el burdel hubiera clientes humanos a los que hincarles los colmillos. ¿No querían a una vampiresa para su catálogo de rameras? Pues eso era justo lo que iba a darles: una vampiresa hambrienta e irritada.

Al igual que en Nocturna, en el Inframundo el tiempo parecía haberse detenido en algún punto del pasado. La ciudad estaba formada por un laberinto de callejuelas estrechas y edificios sombríos, por cuyas calles transitaban demonios con piel escamosa y cuernos retorcidos, brujas y hechiceros con ropajes oscuros que les llegaban hasta los tobillos y seres tan deformados y monstruosos que desafiaban cualquier clasificación posible. No todos iban vestidos, en especial los demonios y los monstruos, que eran proclives a mostrar los tatuajes y marcas sobre sus torsos como si fueran medallas o símbolos de su estatus. Los atuendos del resto de los ciudadanos que nos cruzábamos me recordaban a los de un viejo libro de cuentos, no de los modernos, sino de aquellos de antes de que se impusiera la estúpida creencia entre los humanos de proteger las delicadas mentes de los jóvenes de la oscuridad, en vez de mostrarles la maldad que los rodeaba

para que estuvieran preparados y pudieran aprender a defenderse.



Llegué a la conclusión de que en Nocturna éramos algo más modernos que en aquella ciudad. Al menos a primera vista. Nos habíamos quedado anclados en algún punto de la Ilustración, una época que nos brindaba ciertos lujos, debates filosóficos, arte, bailes fastuosos y, en general, todo aquello de lo que disfrutábamos los vampiros. Nos habíamos habituado a usar la grandiosidad, la sofisticación y los espectáculos para romper la monotonía y el hastío que solían corrompernos después de nuestro primer centenario de vida.

Como raza, los vampiros nos jactábamos de conocer nuestras debilidades, y la mayor de todas ellas, sin lugar a dudas, era el aburrimiento. Este nos llevaba a cometer locuras y atrocidades con tal de volver a revivir la intensidad de las emociones que experimentábamos durante las primeras décadas de nuestra juventud. Era fácil decirlo, pero recuperar nuestra capacidad de sorprendernos y maravillarnos ante la vida, en ocasiones, resultaba una misión imposible.

Los moradores del Inframundo, al contrario que nosotros, aparentaban encontrar confort en lo simple y lo mundano, a deducir por la sobriedad de las austeras fachadas de piedra gris y la sencillez de sus ropajes. Dudaba que la Edad Media fuera su época predilecta y, sospechaba, que su elección se debía más bien a que no les agradaban los cambios. Estaban demasiado ocupados en satisfacer sus apetitos y placeres más básicos como para aspirar a algo más elevado, algo de lo que, por otro lado, podían prescindir.

Las casas de piedra, con sus tejados a dos aguas y vigas de madera ennegrecidas por el tiempo, me recordaban a algunas de las ciudades europeas que había visitado durante mis incursiones en la dimensión humana durante mi trabajo como diplomática al servicio de Azrael.

El parecido con las poblaciones humanas era alucinante, aunque, al mismo tiempo, el ambiente revelaba un completo contraste entre ambas. En lugar de los coloridos puestos de flores y frutas o los animados mercadillos de ropa, artesanía y abalorios, atestados de personas, aquí las moscas se habían convertido en los principales clientes de los malolientes puestos de pescado y carne, donde zumbaban con un apetito voraz alrededor de las piezas en descomposición.

El entorno era tan desconsolador que afectaba incluso a sus habitantes. Los vendedores que atendían los puestos mostraban en su mayoría figuras encorvadas y demacradas, con delantales manchados de sangre negruzca y restos de vísceras, mientras les lanzaban a los transeúntes miradas llenas de malevolente suspicacia desde sus ojos hundidos.

Una de aquellas miradas cayó sobre mí y me siguió con tanta insistencia que no me atreví ni a moverme. ¿Estaba calculando mi peso y las monedas de oro que podía embolsarse si me vendía a piezas? Me estremecí, pero en vez de ocultarme, alcé la barbilla. No quería aquellos ojos sobre mí, y mucho menos aquellas manos huesudas con sus uñas negras y cubiertas de mugre, pero si se atrevía a acercarse a mí, que se hiciera a la idea de que sería él quien acabaría descuartizado en trocitos de carne, no yo.

En cuanto llegamos a otro tramo del mercadillo y perdimos de vista el de los carniceros, suspiré aliviada. Los nuevos puestos, destartalados y cubiertos de hollín, ofrecían un muestrario de objetos siniestros y perturbadores: amuletos tallados en huesos humanos o de seres mitológicos (aunque sospechaba que seguían siendo huesos humanos), frascos con líquidos burbujeantes, cuyo hedor nauseabundo superaba el del azufre del ambiente, sapos de colores venenosos, llenos de verrugas supurantes, en jaulas oxidadas, toda clase de insectos repugnantes, ya fueran voladores o de los que se arrastraban; y escalofriantes plantas medicinales de aspecto sospechoso, con espinas venenosas y flores que imitaban bocas abiertas dispuestas a devorar a quien se atreviera a acercarse demasiado a ellas.

Aunque, si hubiera tenido que elegir el ganador al puesto más horripilante del lugar, entonces habría escogido sin dudarlo el que exhibía una amplia colección de herramientas de tortura, con nombres tan curiosos como «Abrazo del Demonio», que con sus largos y afilados pinchos auguraba un manantial de sangre al pobre desgraciado que se dejara abrazar, y el «Beso de la Arpía», que no era ni más ni menos que una máscara con púas, que prometía un retoque facial radical e inmediato. Sin embargo, por más que aquellos artilugios me causaban escalofríos con solo echarles un vistazo, lo que de verdad me daba miedo eran aquellos que, además de hacer daño, usaban la magia negra para hacerlo, como el «Susurro del Espectro», consistente en una aguja encantada que se clavaba en el oído de alguien para extraerle sus secretos más oscuros, y el «Desgarrador de Almas», un precioso látigo con garfios que prometía desgarrar la carne y el espíritu y que, por algún motivo, el vendedor lo exhibía manchado de sangre seca.

Era imposible que hubiera algo peor que lo que se exponía en aquel puesto, o eso era lo pensé hasta que giramos por una esquina y descubrí qué otra clase de mercancías se encontraban a la venta allí.

«¿Qué ocurre?». La voz de Gabriel en mi mente sonó preocupada, sobresaltada, casi como si acabara de asustarlo mientras estaba concentrado en otra cosa.

«Yo…». Me froté los brazos para contrarrestar el repentino frío que me invadió a pesar del persistente calor húmedo que apenas me dejaba respirar. «Un mercado de esclavos».

«¿Qué hacéis ahí?». Aunque no podía verle la cara, prácticamente podía imaginarme su ceño fruncido.

«Nada, solo vamos a…». Cualquier pensamiento racional se cortó con brusquedad cuando Zicki frenó los caballos en seco y, para mi horror, se detuvo ante uno de aquellos puestos.

¡Zeze había dicho que me venderían a un burdel! Un burdel tenía habitaciones, sitios en los que esconderme, en los que podía enfrentarme a mis captores de uno en uno o en grupos pequeños, pero aquello… No había forma de que pudiera enfrentarme a tantos demonios a la vez si decidían cazarme por una calle por la que apenas quedaba sitio para moverse.

«¡Andrea! ¿Qué ocurre?».

«¡Aquí no hay burdeles! ¡Son traficantes de esclavos! ¡Van a venderme a un traficante de esclavos!». Mis palabras fueron tan caóticas como mis pensamientos. Gabriel pareció captar la idea de todos modos, aunque solo fuera por la urgencia de su tono.

«¿Tienes tus dagas a mano?».

«Sí».

«Entonces sal de ahí antes de que puedan ponerte los grilletes. Los traficantes del Inframundo usan grilletes que debilitan y ofuscan el cerebro de sus esclavos, dejándolos tan atontados y obedientes como zombis. No quieren que sus cautivos puedan sentir la tentación de desobedecer o huir».

Ni siquiera hice el intento de preguntarle cómo lo sabía. Me limité a tocar mis tobillos, mi espalda y los muslos para palpar el duro metal de mis armas y me preparé para desatarme del carro mientras estudiaba las posibles vías de escape.

Mi única oportunidad de huir era pillar a todo el mundo por sorpresa, correr como una desquiciada y encontrar un sitio en el que esconderme, mientras una horda de demonios y monstruos sin duda me perseguiría.

«¿Andrea?».

«¡Estoy en ello!», espeté alterada, tratando de deshacer el nudo con el que me habían atado las muñecas al travesaño del carro.

Siempre había sido buena liberándome de cuerdas, pero comprobé en ese momento que la vida real no podía compararse con unos simples entrenamientos. O tal vez se debiese a mi reciente condición de mortal lo que hacía que mis dedos fueran inestables y me sudaran las palmas.

«Vamos, sé que puedes hacerlo. Eras famosa en tu época de recluta por cómo conseguías escapar de las situaciones más inverosímiles».

Siseé. ¿En serio quería darme clases de autoestima en un momento así?

Justo en ese instante, el carro volvió a ponerse en marcha.

«Nos estamos moviendo. Creo que nos estamos marchando. Un esclavo viejo se había caído en medio de la calle», añadí aliviada cuando vi a un monstruo empujando sin delicadeza a un duende con las rodillas ensangrentadas, quien apenas podía andar con las pesadas cadenas de hierro que arrastraba tras de sí. Su expresión y su porte eran tan descorazonadores que, a pesar de que se me habían extendido los colmillos ante el aroma metálico de su sangre, no habría sido capaz de morderlo aunque me lo hubieran ofrecido en bandeja. Vale, quizás sí, solo un poquito. Un pequeño sorbito no le hacía daño a nadie, ¿verdad? Aunque puede que fuera una suerte para él que nadie fuera a ofrecérmelo.

No relajé los hombros hasta que nos acercamos al final del mercado. Por más que me hubiera concienciado de la intención de los demonios de venderme, lo último que quería era acabar en medio de una calle en la que los esclavos se encontraban desnudos, con pesados collares de hierro alrededor del cuello, grilletes en las manos y tobillos y un cubo en una esquina del puesto para que pudieran hacer sus necesidades en público como animales.

«¿Te encuentras bien?», preguntó Gabriel.

«¿La verdad? No», admití, demasiado conmocionada como para mentir. «Los tratantes les estaban permitiendo a los clientes examinar y explorar a los esclavos. Tendrías que haber visto lo que les hacían, allí, delante de todos. Había algunos transeúntes que hasta se detenían para presenciarlo y disfrutaban de la humillación y el dolor de esas criaturas. Una de las ancianas debía de ser milenaria y aun así la estaban…». Cerré los ojos en un intento por olvidar lo que había visto, pero resultaba difícil cuando algunos de los clientes habían sido demonios

gigantescos con… No, mejor no ir ahí. Si lo hubieran intentado conmigo les habría arrancado las extremidades y sus genitales (con puyas y protuberancias o sin ellas). No pensaba permitir que uno de esos monstruos se acercara a mí para comprobar si era lo bastante estrecha para su gusto, cuán agudos o graves eran mis gritos si me penetraban por el sitio equivocado o si era verdad que no tenía reflejos en la garganta, tal y como anunciaban los cartelitos que llevaban colgados algunos de los esclavos del cuello.

Mi dimensión no era perfecta, nunca lo había sido. Por algo los vampiros teníamos la fama que teníamos y, la búsqueda de nuevas emociones nos hacía ser un poco extremos a veces. Sin embargo, no todo estaba permitido y, en las últimas décadas, se habían notado los cambios producidos por las políticas que Azrael había implementado poco a poco. Los vampiros podíamos hacer casi cualquier cosa cuando de erótica y sexo se trataba y la mayoría habíamos perfeccionado el arte de la tortura y el placer hasta extremos insospechados, pero había cierta clase de juegos y prácticas que debían de ser consentidas o, como mínimo, remuneradas con generosidad.

Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto tiempo se había pasado mi Gabriel imaginario en silencio hasta que volvió a hablar:

«Pensé que sería algo con lo que disfrutarías», dijo despacio, con cautela.

«¡¿Qué?!». Jadeé. «¿De dónde has sacado semejante estupidez?».

Si lo hubiera tenido delante le habría partido el cráneo con la sartén quemada que se encontraba colgada en una esquina del carro. ¿Cómo se atrevía a acusarme de semejante barbaridad?

«Hay rumores sobre ti», explicó con un tono extraño. «Sobre el morbo que te daba el torturar y castigar a los sirvientes y algunos prisioneros».

«¿De qué…?». Me detuve en seco al comprender de dónde podían haber salido aquellos rumores. Sacudí la cabeza como si con ello pudiera sacar las malditas escenas que de repente inundaron mi cabeza de cuando la bruja... ¡No! ¡Aquella no había sido yo, sino ella! «No tienes ni idea de lo que me da morbo y lo que no», repliqué con aspereza.

Se hizo otra pausa.

«¿Por qué me mientes?».

Habría podido ponerme a reír. Era más fácil conseguir que la gente te creyera cuando mentías que cuando les contabas la verdad.

«No tengo por qué mentirte, eres un simple producto de mi imaginación», afirmé con frialdad mientras trataba de convencer a mi corazón que lo que pensara una voz imaginaria sobre mí no tenía ni la más mínima importancia.

«¿Entonces por qué…?».

«¡Basta ya!», lo corté enfadada. «No quiero hablar de ese tema. Déjame en paz».

Capítulo Doce

ANDREA



Aquella fue la primera vez que el Gabriel imaginario me obedeció desde que me había invadido la mente. Seguía sintiendo su presencia en el fondo de mis pensamientos, pero no hubo más preguntas, insultos, ni presiones. Era extraño que en vez de aliviarme, como debería haber hecho, me resultase incómodo.

Pronto llegamos a una zona donde las calles se estrecharon hasta el punto de que temí que nuestro carro acabara atascándose entre las sucias paredes torcidas, convirtiéndonos en el blanco fácil de los dueños cuyos ojos nos acechaban desde la oscuridad. Por cómo me picaba la piel, habría apostado a que la mayoría de aquellas miradas se encontraban puestas sobre mí. Por fortuna, Zicki era bueno conduciendo y los caballos zombis sabían cuándo obedecer (al menos cuando querían).

Entre las nubes de ceniza gris que parecían perseguirnos por el cielo y las intensas sombras que proyectaban las edificaciones cada vez más angostas por las que pasábamos, los callejones se encontraban tan oscuros que daba la impresión de que estaba anocheciendo, y eso cuando la diferencia entre el día y la noche en aquella dimensión era apenas perceptible y era más una convención social que un verdadero fenómeno natural.

Algunas de las casas de apartamentos estaban tan inclinadas que parecían desafiar la ley de la gravedad de una manera surrealista, lo que me hacía preguntarme si las habitaciones en el interior estarían igual de desniveladas.

Era un silencio opresivo el que reinaba en aquel suburbio, roto solo por el constante goteo de agua desde algún canalón roto y el chillido de alguna rata o bicho, que seguramente tenía más valor que sesos para exponerse a las amenazas que poblaban aquellos tenebrosos rincones y, encima, señalizar su existencia a los hambrientos monstruos.

Los pocos habitantes que se atrevían a aventurarse a la calle se movían con un cauteloso sigilo y mantenían sus rostros ocultos bajo capas sucias y deshilachadas. A veces, resultaba hasta tétrica la forma en que se fundían con los soportales de las casas a nuestro paso.

Zicki y Zeze estaban familiarizados con la barriada, ya que, poco antes de llegar, habían sacado sus armas para tenerlas a mano y estudiaban el entorno con los hombros cuadrados y expresiones adustas. No me extrañaba.

A pesar de las sombras que lo cubrían todo como un manto, el aire rancio y caliente era denso y estaba cargado con la tensión ansiosa que solía anunciar un peligro inminente. Incluso la presencia muda de Gabriel en mi mente se había vuelto más tangible, como si también él estuviera preparándose para algo.

Sin dejar de escrutar los alrededores, copié a mis secuestradores: enderecé la espalda y posé la mano con disimulo sobre las dagas que llevaba ocultas bajo la ropa. Era una suerte que a Zicki

y Zeze nunca se les ocurriera revisarme. Cómo se les pasaron por alto cuando me cosieron las heridas era un misterio, pero estaba segura de que, de haberlas visto, se las habrían quedado. Resultaba dudoso que Zeze pudiera resistirse a unas dagas con aleación de titanio, con los mangos de plata labrada y dos esmeraldas en cada uno, cuando podía haberlas vendido por un buen dinero.

En realidad, más que preocuparme por las posibles amenazas de aquel suburbio, me interesaba su promesa de anonimato. Solo los más fuertes y los que mejor sabían agachar la cabeza solían sobrevivir en sitios como aquel, en los que pasar desapercibidos era un requisito y los secretos una moneda de cambio habitual. En un barrio así, en el que nadie quería que se le encontrara o reconociera, era mucho más fácil volverse invisible y fundirse en el entorno. Y eso era justo lo que yo necesitaba durante los próximos doce meses.

A medida que avanzábamos, el paisaje se tornó cada vez más desolador. Los edificios ennegrecidos se alzaban sombríos a nuestro alrededor, la mayoría con ventanas rotas y algunos con puertas tapiadas con tablones desvencijados. Los escombros se acumulaban por las calles y crujían bajo las ruedas a nuestro paso, haciéndome rechinar los dientes. Hasta los charcos de agua putrefacta rodeados por cucarachas aportaban su granito de arena al macabro paisaje. Al reflejar el cielo rojizo parecían portales dimensionales a otros infiernos dentro de Infierno.

Como para confirmar la existencia de esos infiernos alternativos, de las grietas en el pavimento brotaban pequeñas llamas que lamían el aire con lenguas famélicas e iluminaban los rostros demacrados de mendigos y criaturas monstruosas, acurrucados en los rellanos, mientras trataban de plegarse sobre sí mismos y hacerse más pequeños en un esfuerzo por pasar desapercibidos.

De repente, como si al cruzar de una calle a otra hubiésemos atravesado un umbral y entrado en otra dimensión, la tenebrosa ambientación cambió de un modo drástico. El silencio opresivo dio paso a desafinadas melodías musicales, risas ebrias y alegres gritos soeces. El hedor de cerveza rancia, vino barato, carne chamuscada y orina, se sobreponían al del azufre y las aguas estancadas creando una atmósfera asfixiante pero extrañamente festiva, que me hizo encoger la nariz con una mueca y removerme incómoda en mi asiento.

Fue fácil adivinar el motivo de tanta algarabía al vislumbrar las luces de colores que parpadeaban desde las ventanas de los locales abarrotados, invitando a los incautos a adentrarse en sus fauces.

Por si los grupos de borrachos tambaleándose por las calles y las mujeres vestidas con chillones colores y escotes vertiginosos no hubieran sido suficiente indicio de dónde nos encontrábamos, sobre la puerta de los establecimientos colgaban carteles con nombres tan creativos como La taberna del abismo, El caldero de los condenados, La posada del fuego eterno, El refugio del diablo o El templo de la lujuria. Quien no se daba cuenta de que eran tabernas, burdeles y posadas o las tres a la vez, o era tonto o acababa de salir de un monasterio.

Las rameras que interactuaban con los transeúntes no tenían ningún pudor en exhibir la mercancía que ofertaban, dejando asomar sus pezones por encima de apretados corsés que habían visto tiempos mejores. La mayoría de ellas se habían recogido las largas faldas en la cintura para ofrecerle a su público una generosa vista de sus piernas y el inicio de la ropa interior que les llegaba a las rodillas.

De no ser por lo acostumbrada que estaba al mundo humano y su vestimenta casi inexistente, o al sofisticado exhibicionismo en la corte de Azrael, donde «mostrar sin enseñar» se había convertido en un arte, probablemente me habría escandalizado.

Sonreí para mis adentros al recordar la primera vez que Malael y Cael me habían llevado con

ellos a la dimensión humana como parte de mi entrenamiento de diplomática y espía real. Casi se me salieron los ojos de las órbitas de la conmoción al asistir a una fiesta junto a una piscina, donde las mujeres no solo bailaban prácticamente desnudas, sino que se lanzaban al agua con lo que, en aquel entonces, me había parecido una escandalosa ropa interior (aunque después me explicaran que se llamaban bañadores o bikinis y que estaban diseñados de forma específica para bañarse y tomar el sol). Creo que habría seguido sin poder respirar si Cael no me hubiera dado unas buenas palmadas en la espalda mientras se partía el culo a mi costa, incluso con lágrimas en los ojos. Hasta Malael, que era bastante más cohibido y serio que su hermano, había estado riéndose por lo bajo. ¡Malditos imbéciles! Echaba de menos su presencia en mi vida y el compañerismo que teníamos por aquel entonces. Cuando empezaron a quemarme las córneas, regresé al presente y me obligué a prestar atención.

No importaba que fueran diablesas, enanas, mujeres licántropas con vello en el pecho y más pezones de los que era capaz de contar, cada una de aquellas prostitutas apelaba a su propia clientela con gustos particulares, a deducir por cómo las devoraban con la mirada los hombres desde las tabernas.

Zicki detuvo sus caballos zombis al final de una animada callejuela empedrada, justo debajo de un cartel dorado de madera tallada que anunciaba «La cueva del pecado» y que ondeaba con un inexistente viento sobre la entrada del establecimiento.

Antes de que a Zeze le diera tiempo de saltar al suelo, tres exuberantes rameras se acercaron contoneando sus tentadoras curvas con enormes sonrisas que dejaban entrever puntiagudos dientes tintados de tinto.

—¡Zicki! —Una rubia tetona con una voz ronca y un matiz masculino repartió codazos hasta adelantar a las demás y escaló el carro para lanzarse sobre el grueso cuello del demonio—. ¡Has vuelto! Te había echado de menos. ¿Cómo se te ocurre dejar pasar tanto tiempo sin venir a verme?

¿Eran imaginaciones mías o el gruñón demonio gigante acababa de sonrojarse? Mis ojos se abrieron de par en par cuando descubrí que Zeze no compartía la timidez de su socio y hermano, y saltó al suelo con un guiño, que imagino pretendía ser pícaro, aunque a mí me hizo estremecer de asco.

Antes de que pudiera parpadear, Zeze estaba haciéndole una limpieza de paladar a una ogra de piel verdosa mientras sus manos se incursionaban debajo de la falda de una venus llena de curvas, mitad sirena y mitad demonio como él, que rodaba los ojos al mismo ritmo que sus exagerados gritos abandonaban su garganta.

Aquello… daba miedo. La verdad.

«¿Qué está pasando?», preguntó Gabriel, recordándome que seguía allí conmigo.

«Hemos llegado al burdel», musité. «Creo que voy a potar».

«¿Estás ansiosa?». Gabriel sonaba preocupado.

«¿Qué? ¿Por el burdel?». Parpadeé. ¿De dónde había sacado semejante ridiculez? «No. No creo que el local pueda ser mucho peor que un club de estriptis o uno de intercambio de parejas en la dimensión humana. Además, todavía no hemos entrado, seguimos en la puerta».

¿Desde cuándo las voces en tu cabeza tosían como si se hubieran atragantado con algo? O mi imaginación estaba empezando a desbordarse o tanto tiempo en el inframundo comenzaba a pasarme factura.

«¿Necesitas una palmada imaginaria en la espalda?», le ofrecí con sequedad.

Gabriel me ignoró.

«¿Has estado en un club de sexo? ¿En uno de esos donde la gente practica sexo?».

Uhmmm…

«¿De qué otra clase hay? Creo que el nombre es lo bastante aclaratorio».

Se me escapó una carcajada real antes de que pudiera evitarlo y Zeze me lanzó una mirada ladeada con su lengua grisácea todavía dentro de la boca de la prostituta y un hilillo de baba amarillenta colgándole por la comisura.

¡Ufff! Menos mal que no había intentado nada conmigo mientras viajábamos.

«¿Estás pasando de mí?», gruñó Gabriel.

«¿Qué? Perdón. ¿Qué decías?».

«Te he preguntado para qué fuiste a esos sitios».

«¿En serio?».

«¡Sí, en serio!».

Resoplé.

«Si fuera un hombre, ¿le harías la misma pregunta?».

«¡Sé a lo que van los hombres a ese tipo de lugares!».

No sabía si reírme o enfadarme con la estúpida voz en mi mente.

«Bien, pues las mujeres vamos por casi las mismas razones», espeté. «Ya eres mayorcito, deberías saberlo».

«¿Casi? ¿Qué significa casi?».

«¡Por la madre de la Diosa! Para empezar no necesitas gritarme. Estás metido en mi cabeza, te oigo a la perfección. Y segundo, ¿en serio eres tan obtuso?».

«Andrea, contéstame».

Alguien necesitaba darle a ese hombre una pequeña lección y enseñarle habilidades sociales.

«Vosotros vais a meterla y nosotras a que nos las metan», solté irritada. «¿Necesitas un gráfico explícito de *qué* se mete *dónde*? Si quieres te encargo un manual de instrucciones».

«¿Las?». No tenía muy claro si aquel sonido gutural pretendía ser una pregunta, un gruñido animal o algún tipo de clave secreta, pero sonaba como si Gabriel estuviera a punto de abalanzarse sobre mí para estrangularme. Imagino que era una suerte que no tuviera una forma corpórea.

«Escucha», le advertí empezando a hartarme, «puede que tú no tengas las necesidades de una persona de verdad, porque solo eres una voz que ha creado mi mente enferma y necesitada de compañía. Una voz que, por cierto, se está sobrepasando. La cuestión es que soy una mujer de carne y hueso, tengo mis necesidades y los mismos derechos que cualquier hombre a satisfacerlas. Me importa un pepino si eso te gusta o no. ¿Te ha quedado claro?».

En lugar del griterío enfurecido que me había esperado, me replicó con un tono tan bajo y peligroso que alguien debería haber sacado una ley para prohibirlo.

«Puedes estar absolutamente segura de lo claras que me han quedado tus necesidades y de lo que necesitas para satisfacerlas», ronroneó despacio en algo que sonaba tanto a amenaza como a promesa.

Por puro instinto, posé la mano sobre mi bajo vientre. ¡Diosa! ¿Cómo podía una voz ser tan sexi?

Si no hubiera aparecido Zeze a mi lado, dándole tirones a la cuerda para aflojarla y soltarme del travesaño al que me habían atado, le habría pedido a Gabriel que volviera a ronronearme.

—Vamos, baja del carro —exigió el demonio, tirando con impaciencia de mis cuerdas para arrastrarme tras él. Mis piernas, rígidas por las horas de viaje y las dos semanas en que apenas había andado, temblaron inestables—. Tengo cosas mejores que hacer que cuidar de una chupasangre mortal.

Una de mis rodillas cedió al bajar del carro y por poco no acabé estampada en un charco que olía a pis añejo. ¡Maldito imbécil! Mi irritación solo creció cuando Zicki arrancó el carro, con la prostituta rubia sentada sobre su regazo, y me salpicó el pantalón con algunas gotas del apestoso charco.

¿Por qué demonios no podían terminar mis desgracias de una puta vez?

«Andrea, concéntrate. Tienes que estar alerta», me advirtió Gabriel con una repentina sobriedad.

«Interesante», mascullé. «¿Los hombres no pensáis cuando estáis alerta?».

«Ponte seria o, la próxima vez que te vea, te pongo sobre mi regazo y te doy unas buenas nalgadas».

Maldije para mis adentros cuando me trastabillé.

«Tsss, debo de tener las hormonas alteradas cuando los murmullos en mi cabeza empiezan a hablar sucio. De todos modos, y solo a efectos de que no te hagas ilusiones con respecto a eso, la única de los dos que va a darle azotes al otro soy yo. Si eso te pone, por mí bien, si no, tenlo presente la próxima vez que pretendas amenazarme».

«¡Andrea!».

«Tranquilo grandullón. Lo tengo todo controlado. ¿Por qué crees que estoy tan calmada?», mentí.

Zeze tiró de mí como si fuera un perro amaestrado que le debiera obediencia y se adelantó con una prostituta de cada brazo, morreándose con una y amasándole las tetas con descaro a la otra. Me faltó poco para lanzarme sobre su espalda y usar la misma cuerda con la que me retenía para asfixiarlo.

«¿Qué clase de idiota le da la espalda a su prisionera?», siseé mosqueada en mi mente.

Era insultante lo poco peligrosa y capaz que me consideraba. «Empiezo a plantearme que lo del baño, después de todo, está sobrevalorado. Además, debería matarlo antes de bañarme, no después. Es mucho más limpio».

«Contrólate. Es bueno que te infravalore. Eso te facilitará el escape».

Fruncí el ceño.

«Pensé que querías que me escapara antes de entrar en el burdel».

¿Hubo un titubeo o eran imaginaciones mías?

«Las circunstancias han cambiado».

«¿Qué es lo que ha cambiado?», indagué, poniéndome alerta.

«Que ahora me consta que tienes recursos para salir de ahí antes de que puedan ponerte una mano encima».

Si Zeze no hubiera estado tirando de mí, me habría parado en seco.

«¿Me estás tomando el pelo?».

«¿Por qué iba a hacer eso?».

Me pasé una mano por los ojos.

«Debe de ser el cansancio y el hambre. No tiene lógica que de buenas a primeras seas tan amable y considerado conmigo».

«Puede que yo también esté cansado. O, a lo mejor, simplemente prefiero no alterarte para que no pierdas la cabeza y cometas alguna locura».

«¡¿Ves?! El Gabriel real nunca admitiría una debilidad y tampoco habría perdido la oportunidad de machacarme».

«¿Estás segura de que conoces al Gabriel real?».

Debería haberme puesto a reír de lo ridícula que era aquella conversación.

«El único Gabriel *real* que tú conoces es el que tengo en mi cabeza, deberías saber más que de sobra cómo se comportaría si me viera en esta situación», me mofé. «¿No será que estás empezando a perder el norte y a confundirlo a él contigo?».

No hubo respuesta.

Capítulo Trece

ANDREA



Cinco linternas de cálidas luces rojas flotaban frente a la entrada del burdel en un lento baile, más como un reclamo para los clientes que para iluminar la sucia acera, cubierta de mugre y paja. Tenía que admitir que el toque de magia le daba al establecimiento una pizca de gracia femenina del que carecían el resto de los locales por los que habíamos pasado. Si eso significaba que estaba dirigido a una clientela más distinguida era algo que no sabría afirmar con certeza.

La pesada puerta de madera, sin embargo, era impresionante. Estaba cubierta por intrincados diseños tallados de criaturas fantásticas en toda clase de posturas sexuales, que se movían y contorsionaban con expresiones de concentración, como si fueran ajenos a los visitantes o a quien pudiera estar observándolos.

¡Por la Diosa! ¿Aquello era una sirena con un centauro? Si alguien me hubiera preguntado, hasta ese momento ni siquiera habría podido imaginarme la logística de semejante unión. Y… Un momento… ¿Qué hacían esas gnomos sentadas sobre los dedos del pie del gigant…? ¡Ufff!

Corrí tras Zeze, antes de que la puerta pudiera hacerle un daño irreparable a mi *inocencia* y me causara pesadillas durante las próximas semanas. ¡Y yo que pensaba que tenía experiencia! Estaba claro que, cada día, una aprendía algo nuevo, incluso cosas que preferiría seguir ignorando.

Dos estatuas de piedra de demonios en posturas sugerentes y genitales expuestos con extraordinario detalle flanqueaban la entrada al vestíbulo. Eran tan reales y estaban tan bien hechas que llegué a alzar la mano para rozarle los marcados pectorales a una de ellas.

«¿Qué estás haciendo?».

Gemí para mis adentros. De entre todas las voces que podría haberme imaginado, ¿por qué tenía que elegir la de un Gabriel gruñón y malhumorado? Mi hermana me habría retado a tocar los demonios entre las piernas. Conociéndola, hasta me habría incitado a medirle los atributos y nos habríamos reído juntas. Podía imaginarme su cara si, además, le contaba que no solo tenía un pene, sino dos, uno más largo y fino y otro más corto y ancho. ¡Lo que nos habríamos divertido!

Solté un resoplido de resignación. Lo mío era masoquismo puro y duro. No cabía otra.

«He tocado una estatua de piedra para comprobar que era real».

«¿Y para eso tenías que tocarle los pectorales en lugar del brazo? ¿Qué crees que habría pasado si hubiera sido real?».

«¿Cómo es que unas veces sabes lo que hago o veo y otras me lo tienes que preguntar?».

Gabriel soltó un bufido irritado.

«Porque a veces lo sé y otras no. No cambies de tema».

«¡Por el amor de la Diosa, ¿qué demonios es ese olor?!». Me llevé una mano a la nariz, arrugándola con disgusto cuando el intenso humo a incienso del vestíbulo dio paso de golpe a un

hedor acre a sudor y sexo, que se entremezclaba con el dulzón y empalagoso aroma de los aceites florales y el especiado vapor que desprendían los calientes brebajes alcohólicos que varias camareras, ataviadas solo con joyas, corsés y enaguas, servían en jarras de peltre a los clientes del local.

En un amplio salón oscuro de tonalidades rojas y negras, varias lámparas mágicas flotaban sobre mesas redondas, proyectando una luz anaranjada y cálida sobre ellas, lo que proporcionaba una cierta sensación de intimidad a la gente que se encontraba sentada, reclinada o directamente tendida sobre divanes y enormes cojines.

Mujeres ligeras de ropa reían y flirteaban con hombres y monstruos por igual, haciéndoles creer que eran más importantes de lo que eran en realidad. Los clientes, algunos sin camisa, fumaban opio de sus pipas y se dejaban agasajar por ellas como si no tuvieran nada más importante que hacer con sus vidas.

Al fondo del local, un enano barbudo con un taparrabos tocaba una estridente gaita, mientras una ninfa cubierta por un velo transparente contoneaba las caderas en una sensual danza, tratando de captar la atención de los pocos hombres que no estaban ya ocupados con las otras rameras. Por las risas, murmullos, gemidos, jadeos y gruñidos que llenaban el local, pocos eran los que les prestaban atención, al menos a lo que a la música se refería.

No le había mentido a Gabriel. Había estado en clubs nocturnos y de estriptis, clubs de BDSM en los que miraba más que participaba, e incluso había usado en alguna ocasión una página de contactos para una cita de una sola noche, pero esa era la primera vez que pisaba un burdel de verdad.

Parpadeé despacio cuando un demonio fornido me cogió de la cintura y me sentó sobre su regazo sin hacer ni siquiera el intento de pedirme permiso o tratar de ganarse mi favor.

—Pelirroja y con fuego en la mirada. —Sus ojos se agrandaron cuando mis colmillos se extendieron, y no fue porque quisiera probar su sangre negra y amarga, sino porque tenía toda la intención de desgarrarle la garganta—. ¡Y tienes colmillos! —gritó tan alto que varios de sus compañeros dejaron lo que estaban haciendo y se giraron interesados hacia mí.

—Lástima que no tenga un poco más de tetas —intervino con un farfullo ebrio uno de sus compañeros—, pero lo de los colmillos no me importaría probarlo. ¿Eres una chupasangre de verdad? ¿Es cierto que con la toxina que lleváis en los colmillos podéis hacer que un hombre se corra varias veces seguidas sin perder su erección? ¿Me morderías antes o después de que te folle? Creo que me vendría bien antes. Ya me he corrido y le está costando levantarse otra vez. —El demonio de ojos rojos, señaló a la ramera arrodillada entre sus piernas, la cual me echó una mirada de ruego, no sé si para que le arrancara la cabeza a su cliente, o la ayudara a terminar aquel trabajo y poder largarse.

Mi gruñido se fundió con otro más profundo y masculino que reverberaba en mi mente.

«Sonríe, levántate despacio y lárgate. Hay al menos veinte de ellos con el mismo escudo bordado en su capa. Lleva los dos dragones y el ojo sangrante de la casa dirigente local».

Me tomó toda mi fuerza de voluntad no fruncir el ceño al ver las capas descartadas con descuido sobre el respaldo del sofá. Gabriel tenía razón en que había muchos hombres con el mismo tipo de pantalones y botas, veintidós distribuidos por el local para ser exacta, pero hasta que él no lo había señalado, ni siquiera había reparado en las capas.

«Se merecen que les corte las lenguas y las manos», siseé enfadada de que Gabriel se atreviera a pedirme que me controlara, a pesar de que supiera cómo acababan de denigrarme. Aunque puede que me enfadara más el hecho de que él se hubiera percatado antes que yo de que seguramente se trataban de militares o guardias. Había deslices que eran imperdonables si quería

sobrevivir y aquel era uno de ellos.

«Nadie te está pidiendo que no lo hagas, solo que reserves tu necesidad de venganza para un momento más propicio en el que ellos no cuenten con la ventaja de luchar en grupo y no esté en juego la posibilidad de que la casa dirigente vaya a por ti».

Le lancé otro siseo mental, aunque solo fuera para hacerme oír. Por desgracia, su lógica era impecable. Apenas habían pasado dos semanas desde que escapé de los cazadores de Azrael, y no quería volver a formar parte de otra lista negra en el Inframundo. Si también le ponían precio a mi cabeza allí, ya no me quedaría ningún otro sitio al que huir.

Retuve mis ansias por clavarle una de mis dagas en los ojos al demonio que me había sentado sobre su regazo y me limité a arquear la espalda y echarme atrás cuando me llegó su aliento a vino rancio.

La ramera morena que estaba montando a otro de los amigotes me lanzó una malévola mirada de advertencia a través de sus ojos entrecerrados. La ignoré. Costaba trabajo tomarla en serio cuando sus pechos descubiertos rebotaban como yoyós con sus enérgicos movimientos y su cliente, a pesar de tener gotitas de sudor recorriéndole la frente y el torso, estaba más centrado en mí y en que le rellenaran la copa que en ella.

—¡Por el Señor Devorador de Almas, ¿qué es ese olor a pescado podrido y mierda?! —chilló, olvidándose por un momento de mantener el ritmo de sus exagerados gemidos.

«¿Sabes algo sobre ese Devorador de Almas del que todo el mundo habla?», le pregunté a Gabriel que, a pesar de vivir en mi mente, parecía saber más que yo sobre aquel mundo.

«Que es mejor que no lo conozcas», replicó con aspereza.

«¿Es real?».

«Tan real como nosotros».

Traté de ignorar al tipo que me tenía sentada sobre su regazo cuando me olisqueó el cuello y encogió los hombros.

—Las he tenido peores.

Se me revolvió el estómago. Que estuviera acostumbrada a mi propio hedor no significaba que no pudiera imaginarme lo que debió de ser eso. Alrededor de la mesa, algunos hombres rieron, incluso el tipo que tenía a la morena montándolo como si fuera una pelota de pilates.

«¿Sabes, Gabi?, cada día me resultas más gracioso. ¿Desde cuándo te crees real?».

«Te he dicho que no me llames así», gruñó en lugar de responderme.

—Si conocieras a su mujer, ni te lo plantearías —dijo el demonio de la morena, llevándose su copa a los labios y vaciándola de un solo trago. Había que reconocerlo, se necesitaba mucho arte para poder hacer eso sin derramar una sola gota mientras una amazona te montaba como si fueras un toro mecánico de una feria humana.

«Si fuera la esposa de este capullo, no me lavaría, solo para que mantuviera sus manazas apartadas de mí», le confesé a Gabriel. «Apuesto a que eso es justo lo que esté haciendo la mujer», agregué con sequedad.

«Es un demonio muerto, no necesitas preocuparte de lo que harías si fueras su esposa. Jamás lo serás. Ahora levántate y aléjate antes de que no haya vuelta atrás».

«¿A qué te refieres con eso de que es un demonio muer…?».

—Me gustan las mujeres que huelen a hembra —se defendió el demonio sobre el que me encontraba sentada.

«Vaya, eso hasta habría sido romántico si se hubiera referido solo a su esposa», me mofé.

La carcajada reseca se perdió en mi garganta cuando Zeze me agarró con brusquedad del brazo y tiró con tal fuerza que chillé de dolor cuando mi rodilla impactó contra el suelo.

—Señores, me temo que para probar a esta ramera tendrán que esperar a que nuestra querida *Madame* Salomé la adquiera. —Sin esperar la respuesta de los capullos, Zeze me arrastró tras él murmurando maldiciones—. Nada de hacer dinero por tu cuenta. Voy a darte un consejo. *Madame* Salomé no es de las que se andan con chiquitas. Si te pesca birlando sus ganancias, lo menos que hará será cortarte un dedo. Pregúntale a la Silvana, a la que ya le faltan tres dedos del pie porque no aprendió la lección a la primera.

Tras cruzar un arco de piedra cubierto de intrincados signos arcanos, Zeze se detuvo ante un tipo moreno apoyado con cara de aburrimiento contra una columna.

—Tengo algo que creo que a *Madame* Salomé podría interesarle.

El tipo me repasó sin prisas de arriba abajo.

—Ya tenemos bastantes pelirrojas, y esta es canija. Ni siquiera tiene tetas. ¿Por qué le iba a interesar a *Madame* Salomé?

«¡Maldito cabrón hijo de puta! ¿Has escuchado eso?». No sabía por qué compartía mi indignación con Gabriel. Supongo que necesitaba hacerlo con alguien y él era el único al que no le quedaba más remedio que escucharme.

«Bueno, en eso de que eres canija tiene razón».

«¿Por qué esperaría que fueras a apoyarme?», mascullé irritada ante la diversión en su tono. «Este es justo el Gabriel al que conozco. Solo te falta hacer un comentario despectivo sobre mis pechos. ¡Adelante! No te reprimas».

«Creo que son perfectos».

—¿Qué? —Estaba tan sorprendida por su respuesta que se me escapó en alto, y el tipo del burdel y Zeze me miraron con las cejas alzadas.

«Me caben en las manos, son redondas, turgentes y le pertenecen a mi *shangrile*, y por tanto a mí. ¿Qué más podría desear de unos pechos femeninos?».

Abrí la boca y volví a cerrarla, sin saber qué replicar a eso.

—Es una vampiresa mortal —soltó Zeze apresurado, apartando la atención de mi extraño comportamiento—. No es algo que se pueda encontrar en cualquier parte.

El aburrimiento del tipo fue sustituido por interés cuando volvió a revisarme como si fuera una mercancía a la que estuviera buscándole alguna tara. Preferí centrarme en la presencia de Gabriel en mi mente.

«Gracias».

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el desconocido, del que aún no tenía claro a qué especie pertenecía.

—Mil doscientos años —mintió Zeze.

¿Mil doscientos? Reprimí una carcajada. Ni siquiera había cumplido aún los quinientos.

El tipo se despegó de la columna y se acercó a nosotros. Siseé cuando me alzó los labios para inspeccionarme los colmillos y Zeze reforzó su agarre sobre las cuerdas con las que me tenía atadas las muñecas.

—Se conserva bien, y con tantos años ha tenido que aprender una cosa o dos.

¿Con tantos años? Con cuatrocientos veintiuno era considerada una benjamina por los de mi especie. De hecho, era una de las más jóvenes de la corte. ¡Idiota!

—Ya te digo —replicó entusiasmado Zeze—. Ya sabes lo exigente que soy.

El tipo asintió como si no hubiera nada más que preguntar y se fiara de lo que le había contado el mentiroso de Zeze.

—Veré si *Madame* está disponible.

«¿Desde cuándo necesitas que alguien te reafirme lo hermosa que eres?». La pregunta de

Gabriel me tomó por sorpresa.

«¿No lo necesitamos todos alguna vez?».

«Se te conoce en la corte por lo soberbia y engreída que eres».

Fue difícil no sentirme insultada por su comentario. ¿Era así como me veía? ¿Soberbia y engreída?

«Se me conoce por muchas cosas, lo que no necesariamente significa que sean ciertas», repliqué con frialdad.

—¿Todos los hombres de esta dimensión son tan imbéciles como ese tipo? —le pregunté a Zeze antes de que Gabriel pudiera seguir hablándome.

Los ojos rojos de Zeze se entrecerraron, pero acabó por soltar algunas carcajadas.

—Si eres lista, puedes convertirte en una de las favoritas de este lugar. Las mujeres como tú saben cómo manipular a los hombres.

—¿Y de qué me serviría convertirme en una de las favoritas? —pregunté con sarcasmo.

No tenía ni la más mínima intención de intentarlo, pero no podía decir que no me interesara descubrir el porqué de esa sugerencia, además de que, mientras siguiera conversando con Zeze, Gabriel no podía seguir interrogándome.

—*Madame* Salomé cuida de las chicas que han sabido ganarse sus favores. Mejores habitaciones, camas más grandes, comida suficiente para manteneros sanas y, a veces, hasta os deja conservar los regalos que os hagan los hombres.

La repentina ráfaga de aire apenas fue anuncio suficiente para el estruendo con que se cerró una puerta de golpe. El ambiente cambió al instante.

«Andrea, compórtate. No cometas ninguna locura ahora», me avisó Gabriel alarmado.

Mi espalda se puso rígida. Supe quién había llegado, incluso antes de verla, y no fue por el intenso perfume oriental que la precedía, sino por cómo Zeze se irguió, echando los hombros atrás, y todo rastro de sarcasmo o burla desapareció de su rostro.

Me giré despacio, preparándome para lo que estaba a punto de encontrarme. Para mi sorpresa, en lugar del monstruo deformado y horrendo con el que había esperado toparme, la mujer que se acercaba, con ademanes determinados y postura regia, era una belleza elegante y sofisticada, ataviada con un vestido de terciopelo negro que rozaba el suelo, y tenía el cuello adornado con joyas de pedrería roja que tintineaban con suavidad mientras se deslizaba sobre el suelo de una forma casi etérea. Al fin comprendí qué era lo que inspiraba aquel respeto que rayaba el miedo en la gente que se había cruzado con ella. Eran las gafas negras que ocultaban sus ojos y las decenas de pequeñas serpientes que conformaban su cabello y se retorcían y susurraban como si tuvieran vida propia lo que despertaba el terror en su presencia.

Los demonios de piedra en el vestíbulo adquirieron un sentido completamente diferente. ¿Y no había visto también algunas estatuas de piedra en el salón? Me costó trabajo suprimir el escalofrío que me recorrió la nuca, pero lo último que quería era que ella se percatara de ello.

Sus labios fruncidos en una mueca de desdén auguraban su mal genio y, cuando finalmente posó su mirada sobre mí, incluso sin poder verle los ojos, podía sentirlos inquisitivos y calculadores.

«¿Estás ahí?», llamé en mi mente.

«Sabes que sí». La profunda voz de Gabriel me devolvió de inmediato la calma. «Agacha la mirada. Evita mirarla a los ojos. Salomé es conocida por su temperamento volátil. No aguantará a otra mujer manteniéndole la mirada. Si no la provocas, todo irá bien».

Sospechaba que ni él mismo confiaba al cien por cien en su consejo, pero supongo que tenía razón.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —canturreó Salomé con una tonalidad extrañamente melodiosa a pesar de la cualidad algo áspera de su voz.

Como si las palabras de Gabriel me hubieran condicionado a hacer exactamente lo contrario a lo que me indicaba, mi barbilla permaneció alta y mis ojos fijos en la gorgona.

Zeze se limpió agitado las palmas en su camisa. En las dos semanas que llevaba con él, jamás lo había visto así de ansioso. Tragué saliva cuando *Madame* Salomé se detuvo frente a mí. Ignorando a Zeze, me levantó la barbilla con un dedo frío, largo y delgado que me provocó un escalofrío.

No me moví mientras me inspeccionaba de cerca. No era la primera vez que alguien lo hacía. Odiaba que me evaluaran como si no fuera más que una mercancía. Era como mi padre y sus socios solían mirarme. Como Azrael me había contemplado en más de una ocasión.

«¡Andrea, baja la mirada!».

No lo hice. Tampoco apreté la mandíbula o los puños como solía hacer cuando un hombre me evaluaba como si fuera una yegua o ganado. Por el contrario, me distraje estudiándola a ella. Tenía algunas arrugas finas bajo su capa de maquillaje, revelando que tenía más edad de la que aparentaba a primera vista. Aun así, conservaba su hermosura y no dejaba ninguna duda sobre cuán perfecta debió de ser su piel en el pasado.

Sus dedos repasaron mi rostro, bajando por mi cuello y hombros, en lo que casi podría haberse confundido con una caricia de no ser por su precisión clínica. Era minuciosa hasta un punto incómodo y, para mi bochorno, me arrancó un estremecimiento tras otro bajo su escrutinio, en especial, cuando me abrió la boca para revisar mis colmillos y me dejó saborear una gota de su sangre.

Mis ojos se cerraron por voluntad propia y ni siquiera traté de liberarme cuando dos brazos fuertes me sujetaron desde atrás mientras chupaba el dedo tratando de extraerle más de aquel delicioso y adictivo néctar.

No me di cuenta de que era yo quien estaba gimiendo hasta que me encontré con la curvatura de su sonrisa cruel frente a mí.

—De modo que es verdad —soltó *Madame* Salomé despacio, ladeando la cabeza mientras me estudiaba con renovado interés—. Eres una vampiresa mortal. Lo que solo puede significar que tu presencia aquí se debe a que, eres tonta, o has caído en desgracia en alguna de las otras dimensiones. —Mi estómago gruñó hambriento al observar cómo se limpiaba los dedos con los que me había tocado con un pañuelo de encaje, dejando un rastro rojizo sobre el inmaculado blanco. Gemí para mis adentros ante tanto desperdicio. Su sangre era lo más exquisito que había probado en meses. Una parte de mí quiso rogarle que me dejara chupar de nuevo su dedo, otra me advertía que, si me rebajaba a ello, acabaría atrapada en una red de la que sería difícil escapar —. Y, además, eres una mujer que tiene el valor de mirarme a los ojos. Aunque hay quien diría que eso confirma que eres estúpida.

«¡Andrea, no lo hagas!».

Arqueé una ceja, ignoré a Gabriel y le mantuve la mirada a *Madame* Salomé.

—¿Y usted? ¿Cree que soy estúpida?

Capítulo Catorce

ANDREA



Resulta que, si le mantienes la mirada a una mujer capaz de convertirte en una estatua de piedra con solo bajarse las gafas, no solo eres estúpida, sino también una gema de un extraordinario valor a la que ella está más que dispuesta a sacarle un buen rendimiento económico.

Suspiré feliz cuando una sirvienta le echó otro cubo de agua a la rudimentaria bañera de madera. Si alguien me hubiera arrancado el corazón en ese instante y me hubiera dejado morir, habría sido feliz. Después de elegir una fresa de la bandeja que me habían colocado sobre una mesita cercana, la inspeccioné para comprobar que no estaba mordisqueada y me la metí entera en la boca. No era tonta, sabía que las frutas, quesos y pan que me habían dado solo eran las sobras de los clientes que podía escuchar abajo en el salón principal del burdel, pero, después de mi experiencia con Zicki y Zeze y la dieta diaria a base de pan duro y bacalao, que apenas me llenaba el estómago una vez al día, cualquier remilgo que pudiera tener de mi época en la corte había desaparecido. Además, quien me había elegido las sobras lo había hecho con cuidado, escogiendo solo la comida intacta.

Con el dulzor fresco explotando sobre mi paladar, sumergí la cabeza en el agua caliente con un largo «mmm» y resistí la tentación de seguir respirando bajo el agua para que mis fosas nasales también se limpiaran y se inundaran del delicioso aroma a aceites de lavanda y esencia de miel que flotaba en la superficie de la bañera. Después de aguantar el hedor del río Styx sobre mi piel y ropa durante las últimas dos semanas, los ricos aromas del vapor que me envolvía no parecían ni de lejos suficientes para que arrastraran consigo un olor que parecía haberse estampado en mi memoria de forma indeleble.

Dos veces habían tenido que vaciar la bañera las viejas rameras que me había asignado la *Madame* para que me ayudaran. Aunque sospechaba que el auténtico motivo de su presencia era que Salomé me quería tener vigilada, asegurándose de que la nueva estrella de su negocio saliera a la venta con el brillo que creía haber vislumbrado bajo tanta mugre. Por mi parte no había problema. Si sacarme ese brillo implicaba tener agua limpia y caliente y comida para llenarme el estómago, por mí podía asignarme otras diez rameras más.

Ni siquiera me había quejado cuando había tenido que pasar por la sádica tortura de que me restregaran la piel hasta dejarla irritada y sensible e inmaculadamente limpia, antes de que por fin pudiera sumergirme en una nueva bañera y relajarme de verdad.

Al emerger, una de mis guardianas me echó agua templada sobre la cabeza para arrastrar consigo los aceites esenciales y me envolvió la cabeza con una toalla de lino. Con otra toalla enrollada colocada en el borde de la bañera, eché la cabeza atrás y cerré los ojos. Me daba igual cuáles habían sido las intenciones de *Madame* Salomé al asignarme a aquellas mujeres, una

muda y sin lengua y la otra extranjera e incapaz de entenderme. Aquello era gloria, pura e indescriptible gloria.

No me había dado cuenta de cuánto había echado de menos tener sirvientas a mi alrededor para que me ayudaran y me hicieran la vida más fácil, hasta que las manos arrugadas de la ramera muda me masajearan el cuero cabelludo y me cubrieran las puntas con un espeso mejunje para hidratarlas, mientras la otra me eliminaba las durezas de los pies con una piedra volcánica. Mi mente voló hacia Celia y Pedro, mis sirvientes en el palacio. Esperaba que ambos se encontraran bien y que no los hubieran castigado después de que los dejara atrás. Me sentí culpable. Si alguna vez volvía a verlos, les explicaría la verdad de lo que pasó y les pediría disculpas por haberles fallado. Ojalá pudieran perdonarme. Cerré los ojos con un pesado suspiro.

No quería trabajar en un burdel y someterme a más cabrones misóginos y sedientos de poder que me usaran para sus propios fines y caprichos. Ya había tenido bastantes de esos en mi vida. Y, por si eso no hubiera sido suficiente, durante el rato que había pasado sentada sobre el regazo de aquel demonio gilipollas con manos de pulpo en el salón principal, había tenido oportunidad de sobra de comprobar la clase de clientes imbéciles y guarros que acudían allí. No, no quería ser una ramera, pero con otro tipo de trabajo… Podría estar tentada a quedarme y replantearme mi futuro en el Inframundo incluso más allá del año que necesitaba para que me olvidaran en las otras dimensiones. El empezar de cero y olvidarme de mi pasado resultaba mucho más tentador de lo que nunca antes me había imaginado.

Mi ceño se frunció y, como cada vez que pensaba en la posibilidad de que Gabriel me olvidara, una pesada sensación de vacío me invadió el pecho. ¿Me habría dado ya por muerta? ¿Se lo habría comunicado a Azrael para que cesaran la inútil tarea de buscarme? Y si lo había hecho, ¿sentiría Gabriel el mismo hueco vacío que yo en el lugar donde debería encontrarse nuestro vínculo? O, por el contrario, ¿se habría sentido liberado y estaba rehaciendo su vida en la corte, con otras mujeres… Con otras amantes…? Frotándome el pecho en un intento por deshacer el dolor, abrí los ojos, solo para descubrir que me encontraba a solas en la habitación.

«¿Gabriel?».

«*Shangrile*».

«Me gusta que me llames así», admití.

Mis palabras parecieron tomarlo por sorpresa, porque tardó unos segundos en responder.

«Por extraño que parezca, se siente correcto llamarte así».

«Tsss… Muy romántico», espeté con sequedad ante la sorpresa en su tono. Al menos podría haberla ocultado o haberlo dicho de otro modo.

«¿Habrías preferido que te confesara que me gusta llamarte así para recordarnos a ambos que me perteneces?».

Con un gemido interno, apreté los muslos y resistí la tentación de tocarme. Por qué semejante despliegue de posesividad me provocaba un cosquilleo en el bajo vientre era una incógnita.

«No te pertenezco ni a ti ni a nadie», dije más por no dejar que se le subiera a la cabeza que porque realmente me importara que pensara así.

«Las leyes y la tradición dicen que sí lo haces».

«Si te basas en ellas, tú también me perteneces», le recordé.

«Lo sé».

Retuve la respiración a la espera de su respuesta, pero para mi decepción cambió de tema.

«¿Estás sola?».

«Sí».

«¿Y no estás intentando escapar porque…?».

Tomé un par de profundas inspiraciones mientras me recordaba que el Gabriel con el que hablaba no dejaba de ser un producto de mi imaginación y escogí una uva violeta y un trozo de queso de quimera. Dejé que el suave y ácido sabor de una se mezclara con el especiado y picante del otro sobre mi paladar, y sonreí.

«Porque estoy disfrutando mi baño yyy… porque es una trampa. *Madame* Salomé está poniéndome a prueba».

«Haces honor a tu fama de estratega y a tu inteligencia».

El orgullo se expandió en mi pecho, pero era algo que no iba a confesarle.

«Imagino que algunas de las cosas que dicen sobre mí *sí* que son verdad».

Me habían instruido en las artes de la estrategia y las guerras. Había adivinado, incluso antes de pisar el burdel, que me harían una prueba para comprobar mi complacencia y sumisión, así como para establecer cuáles eran los riesgos de que tratara de escaparme.

Seguí llenándome el estómago mientras estudiaba con tranquilidad las velas que flotaban en el aire.

«¿Sabes algo que me llama la atención de este sitio?», comenté.

«¿Mmm?».

«La cantidad de magia que se desperdicia aquí en el Inframundo».

En el mundo humano estaba prácticamente prohibida; en Nocturna se administraba con cautela y siempre se usaban alternativas naturales como las piedras fuego para iluminar las estancias; pero en aquel lugar, el uso de la magia parecía puro capricho. Incluso las llamas en la chimenea eran mágicas y estaban más enfocadas a crear ambiente que a calentar la habitación, algo que no hacían en realidad, ni era necesario con el bochornoso calor que solía hacer en esa dimensión.

«No es en el Inframundo, sino en esta región. El dirigente es un brujo y la comunidad mágica que lo rodea es fuerte. Que existan tantos brujos y hechiceros hace que el precio de la magia baje».

Aquello tenía sentido.

«¿Crees que el burdel tiene algún tipo de hechizo para conservar las temperaturas agradables y mantener el hedor a azufre fuera de sus puertas?».

«Es posible».

¿Para eso servían las runas que se repetían de habitación en habitación? Me fijé con más atención en las que encontré sobre la chimenea y al lado de la puerta. Los símbolos aquí eran diferentes a los que se usaban en Nocturna: más enrevesados y con más puntas, más agresivos, si podía decirse algo así de un simple dibujo hecho a base de círculos y líneas. Podía ser un recurso útil si debía permanecer en esa dimensión, y, también, algo con lo que entretenerme durante los próximos meses. Me lo apunté en mi lista mental y me sentí un poco más ligera al tener un propósito a la vista.

«Acabo de decidir que voy a aprender a usar las runas del Inframundo», compartí con Gabriel.

Siempre me había gustado aprender, aunque era algo que mi padre rara vez valoraba si no se trataba de entrenamiento militar, estratégico y todas las cosas que una mujer debía saber para convertirse en reina o, lo que era lo mismo, en la puta del rey. Bufé. Imaginaba que eso era algo que podía agradecerle a la bruja del Este; nunca había querido ser reina y los pocos momentos íntimos reales que había compartido con Azrael no compensaban los cientos de veces que me había usado a su antojo, ni el constante miedo a que se cansara de mí, o que su vena psicótica saliera a la luz en mi presencia y que me convirtiera en su chivo expiatorio.

Hubo una vez en que Azrael y yo habíamos sido amigos, al igual que lo habían sido Cael, Malael y Zadquiel, pero aquello se acabó el día en que mi padre me ordenó seducirlo y convertirme en su amante. La actitud de Azrael conmigo cambió y así lo hizo la de sus hermanos. Incluso Rafael, con quien nunca había tenido una cercanía especial, comenzó a tratarme con frialdad. No sé si era porque veían la falsedad en aquella relación o porque yo me sentía demasiado culpable por mentir y fingir algo que no sentía.

Sí, en parte le estaba agradecida a la bruja por haber acabado aquella relación que nunca llegaría a ningún lado, dándome una excusa por la que mi padre no podía culparme. Sin embargo, habría preferido no acabar convirtiéndome durante el proceso en el enemigo número uno de Azrael.

«¿En lugar de planificar lo que harás con tu vida una vez que seas libre, no deberías centrarte más bien en escapar primero?».

Con un bostezo fingido, reajusté la toalla enrollada en mi nuca y entrecerré los ojos hasta que solo quedó una fina ranura entre mis pestañas. Inspeccioné con atención las paredes, revestidas con paneles de madera de roble tallada, que representaban escenas de bosques encantados y criaturas míticas en toda clase de posturas sexuales, algunas de las cuales requerían tanta flexibilidad y equilibrio que me hacían preguntarme si eran físicamente posibles sin partirse las extremidades o el cuello.

Tapices de seda, bordados con hilos de oro y plata, colgaban de los muros, añadiendo una textura rica y cálida al ambiente. Desviaban la atención del cuadro de la esquina, desde donde ojos inquisitivos me espiaban con disimulo, creyendo que no me percataba de su presencia.

«Lo de escapar tendrá que esperar. Me están vigilando».

«¿Ya has localizado al espía?».

«Sí, detrás de un cuadro. Lo que significa que hay pasajes secretos en el edificio».

«¿Necesitas deshacerte de él?».

Con un suspiro de placer, hundí el paño en el agua, lo escurrí y me lo coloqué sobre la frente.

«Para nada. Al menos no por ahora. Los pasadizos me vendrán bien para largarme sin llamar la atención. Prefiero no hacer saltar las alarmas antes de tiempo».

Hacía rato que me había dado cuenta de que las vidrieras emplomadas, que representaban escenas de guerreros demoníacos y doncellas, y bañaban la habitación en un arco iris de colores suaves y cambiantes, no podían dar al exterior. Debían de dar al salón del burdel o alguna otra estancia interior. La luz del Inframundo era demasiado rojiza para que produjera aquella luz tan cálida. Lo cual había sido un inconveniente para mis planes de escape. Me cubrí la cara entera con el paño y sonreí.

«Tengo una pregunta», le dije a Gabriel con una secreta anticipación.

«¿Solo una?».

«Sí, después estaré demasiado ocupada para hacer más».

«Vaya, por fin vas a escapar. Ya era hora».

«Eso no es lo que he dicho».

«Suelta la pregunta de una vez y vamos al grano», masculló Gabriel ignorándome de nuevo. Cada vez que algo no le gustaba o no iba a su ritmo, me hacía lo mismo.

«De acuerdo, ahí va». Hice una pausa para irritarlo un poco más.

«¡Andrea!».

¡Diosa, lo que me gustaba ponerlo de los nervios!

«Verás, me pregunto… Si entablo contigo sexo telepático mientras me toco y el espía sigue ahí mirando… Y yo me corro, aunque no me influya para nada su presencia, sino la tuya en mi

mente, ¿sigue convirtiéndome eso en una exhibicionista?

La sonrisa me llegó prácticamente de oreja a oreja cuando no contestó. Estaba segura de que, si hubiera tenido cuerpo, en ese momento le estaría saliendo vapor por las orejas.

«Tócate mientras ese u otro hombre te observan, y me aseguraré personalmente de que…».

«¡Eh! Nada de azotes, ¿recuerdas?», lo avisé antes de que pudiera terminar su amenaza.

Por el gruñido que resonó, cualquiera lo hubiera confundido con un dragón en vez de tomarlo por un vampiro.

«Créeme, puedo castigarte sin necesidad de tocarte».

«Bueno, eso es justo lo que tendrás que hacer, ya que no tienes manos reales», me mofé de él sin el más mínimo arrepentimiento. «Por cierto, ahora que lo pienso. ¿Por qué ibas a castigarme a mí en lugar de a ese tipo? Es él quien está observándome a escondidas».

«Ese tipo, como lo llamas, estará muerto para entonces».

Abrí la boca y volví a cerrarla.

«Cuando nos hayamos largado, recuérdame que pregunte si hay psicólogos en esta dimensión. Eres entretenido, pero empieza a preocuparme la forma en la que estás perdiendo el contacto con la realidad».

Como había esperado, el silencio se extendió de forma indefinida. Empecé a canturrear por lo bajo. Me gustaba cuando Gabriel perdía los estribos, lo hacía más imperfecto y real. Y sí, era plenamente consciente de que, si él desvariaba, yo también lo hacía.

Capítulo Quince

ANDREA



Mis dedos habían comenzado a arrugarse del tiempo que pasé en el agua cuando al fin la puerta se abrió y las sirvientas regresaron junto a *Madame* Salomé y el tipo al que Zeze se había dirigido a nuestra llegada. Donde las viejas rameras mantuvieron las miradas bajas y soltaron de inmediato la ropa limpia y las toallas que habían traído, el rostro de *Madame* Salomé portaba una débil mueca satisfecha. Su lacayo era el único que no ocultaba lo que pensaba. Me escrutaba sin el más mínimo pudor y ni siquiera trataba de disimular sus hambrientas miradas a mis pechos o el notorio bulto en sus pantalones.

Debió de percatarse de que mi mirada había descendido por debajo de su cintura, porque se pasó la mano sobre del contorno de sus genitales en un gesto burdo y se apretó con la suficiente fuerza como para dejar patente que la silueta que había atisbado no era ningún engaño. Me clavé las uñas en los muslos por debajo del agua, procurando no hacerme sangre. ¿Había sido él quien me había estado vigilando desde detrás de la pared? Sospechaba que sí. ¡Imbécil!

—Espero que hayas disfrutado de tu baño —dijo *Madame*, mirando a su alrededor como si buscara algo y no lo encontrara.

—Lo necesitaba, gracias —admití con sinceridad.

Si algo había aprendido en la corte de Azrael era que no hacía daño ser educada incluso con tus peores enemigos. En el mejor de los casos, les hacía confiarse y relajarse, y en el peor, podía resultar que en el futuro te devolvieran algo de esa cortesía si te cogían desprevenida. Habría estado genial que la maldita bruja no hubiera destrozado en solo unos meses el trabajo de toda una vida ganándome favores tanto de amigos como de enemigos. Con sus caprichosos trapicheos y traiciones, había logrado que incluso la gente más cercana a mí se hubiera puesto en mi contra.

No pude evitar que se me resecara la boca cuando *Ma*dame Salomé se acercó peligrosamente a la extraña alfombra de piel verde ubicada delante de la chimenea. En un despiste de las sirvientas había escondido mis dagas allí. Lo último que quería era que alguien las encontrara antes de que pudiera recuperarlas. Tragué saliva cuando su zapato bordado con hilos de oro se detuvo justo al lado del bulto que indicaba la existencia de una de mis armas. Dos centímetros más a la derecha e iba a pisarla. Si lo hacía, iba a ser imposible que no se diera cuenta de que había algo oculto allí.

—Te tomarán medidas antes de acompañarte a tu habitación. Necesitarás ropa para trabajar. Nuestros clientes, aunque no lo parezcan a primera vista, tienen unos gustos muy refinados. A partir de hoy, formarás parte de la imagen de mi negocio, por lo que, además de la ropa, cuidarás en todo momento de tu apariencia. Incluso el más mínimo detalle es importante. Si hay algo que se pueda mejorar, lo harás antes de que te puedan llamar la atención sobre ello. ¿Entendido?

¡Maldición! Estaba a punto de darle un puntapié a la daga. Carraspeé.

—Por supuesto, Madame. —Solté un suspiro aliviado cuando se acercó al montoncito de tela que habían traído las sirvientas y lo inspeccionó, dejando atrás la chimenea y la alfombra.

El alivio me duró lo que ella tardó en desplegar la ligera tela. Se me hundió el estómago al darme cuenta de que la vestimenta que me habían traído no era más que un camisón transparente.

Fue un reto mantener la serenidad cuando lo que quería hacer era soltar un rugido de batalla y lanzarme sobre sus cuellos hasta vaciarlos y dejarlos hechos unas carcasas. ¡Diosa! Se me estaba acabando la paciencia. Me había pasado una hora esperando en la bañera sin quejarme, con el único fin de que me trajeran algo de ropa que me sirviera para salir a la calle.

«Cálmate», me advirtió Gabriel. «¿Qué esperabas? Estás en un burdel».

«Las prostitutas de abajo llevan más ropa que eso», mascullé.

El gruñido que soltó Gabriel en mi mente fue como un bálsamo. ¡Justo así era como debería actuar cada vez que me encontraba alterada!

—¿Me has oído? —preguntó Madame Salomé con frialdad.

—Por supuesto, Madame —repetí como la buena ramera que se esperaba que fuera, aunque no me había enterado de una sola palabra de lo que había dicho.

Ella me estudió como si no se fiara de mí, pero acabó por asentir y dirigirse al espejo.

—Comenzarás mañana. Esta noche, Riguel te mostrará lo que se espera de ti y evaluará si necesitas algún tipo de… —Madame se giró hacia mí y, aunque no podía verle los ojos tras sus lentes oscuras, el modo en que las serpientes de su cabeza me recorrieron con sus pupilas rasgadas y me mostraron sus afiladas lenguas bífidas y colmillos bastó para ponerme la piel de gallina—, *lección*—finalizó, pronunciando la palabra con un énfasis que dejó claro qué tipo de lección recibiría si no ponía de mi parte para satisfacer a su lacayo o no sabía cómo hacerlo.

—¿Riguel? —pregunté con un gesto interrogante hacia el hombre, quien me mostró una sonrisa peligrosa, confirmando así su nombre.

Lejos de acobardarme, lo escruté de abajo arriba, como él había hecho conmigo a mi llegada al burdel. Al cruzarme con su mirada, le devolví la sonrisa y me relamí los labios. Luego me levanté y salí de la bañera, ignorando el agua que resbalaba por mi piel y mojaba la alfombrilla a mis pies.

Odiaba que se creyera con derecho a mirarme o que por su cabeza ya estuvieran pasando un listado completo de las cosas que pensaba hacerme en cuanto nos quedásemos solos. Por suerte, hacía mucho que había aprendido que el cuerpo de una mujer no era más que una de sus mayores armas y, en este caso, pensaba usar hasta la última de las que tenía a mi disposición.

Dejé que las sirvientas me envolvieran con una toalla mientras le mantenía la vista a Riguel, procurando no mostrar mi mueca cuando se reajustó una segunda vez la entrepierna y prácticamente se puso a babear.

—Pues sí que ha mejorado la cosa con un poco de agua y jabón —murmuró con lo que imagino que pretendía de ser una sonrisa apreciativa, pero no era más que un gesto borde, sin clase ni sensualidad.

Madame Salomé debía de haber llegado a la misma conclusión que él, pues comentó:

—Mmm… Sí, creo que encajarás bien aquí.

Dejé que las sirvientas me ayudasen a ponerme el camisón transparente y, a pesar de mi rechazo a hacerlo y los recuerdos que me traía, me senté obediente en la silla frente al espejo para que pudieran peinarme. Apreté los dientes al contemplar mi reflejo. Si tuviera la potestad, haría que destruyeran hasta el último de ellos y que enterraran las lascas a sesenta metros bajo tierra. Iba a odiar los espejos por el resto de mis días, sin importar los muchos o pocos que me quedaban, porque cada vez que pasaba por delante de uno, tenía la sensación de que la bruja del

Este me seguía espiando, esperando el momento de regresar a mi vida para acabar de destrozar lo poco que me quedaba de ella.

Antes de marcharse, *Madame* Salomé se acercó a mí y se inclinó hasta que nuestros rostros quedaron reflejados el uno junto al otro en el espejo. Tuve que usar los últimos restos de la fuerza de voluntad que me quedaba para no moverme cuando sus serpientes se restregaron contra mi mejilla como si fueran unos cachorrillos cariñosos.

¡Awww! Esperé rígida a que ella soltara lo que tuviera que decir.

—Comprendo que tu naturaleza va a pedirte que satisfagas ciertas… *necesidades* —dijo despacio—. No me interpondré en tus hábitos alimenticios siempre que los clientes consientan o que lo hagas de forma que nadie lo descubra. Pero… —Una de sus serpientes me siseó amenazadora en el oído, poniéndome la piel de gallina, mientras otra me empujaba la barbilla hacia arriba y me rodeaba el cuello con una creciente presión—. No quiero accidentes, ni escándalos.

—Por supuesto, *Madame* —murmuré sin apenas poder respirar mientras la sangre comenzaba a acumularse en mi rostro.

La culebra que me apretaba el cuello aflojó despacio su agarre y se deslizó sin prisas por mis hombros, dejando tras de sí la necesidad de volver a lavarme para quitarme su rastro.

No me moví.

—En cuanto a si consigues sacarle algún provecho a un cliente o encuentras algún objeto o dinero que se le haya quedado atrás a alguno de ellos, en especial si están ebrios —especificó con indiferencia—, deberás saber tres cosas. La primera, que el sesenta por ciento de las ganancias extras son mías; un cinco se lo lleva Riguel por encargarse de la venta; otro cinco, la sirvienta o ramera que te ayude si se da el caso, y el resto te lo puedes quedar tú. La segunda, que no tolero las mentiras ni engaños. No necesitas ni dedos, ni pies, ni orejas para hacer tu trabajo. Tenlo en cuenta antes de tratar de engañarme.

—No se me pasaría por la cabeza robar a un cliente y ocultárselo a usted, *Madame* —musité.

Tres serpientes flotaron alrededor de mi cara durante varios segundos antes de retirarse con un leve siseo. Me alegré de haberme atenido a la verdad. No me habría extrañado ni lo más mínimo que Salomé usara a las serpientes para detectar si alguien le mentía.

Ladeando un poco la cabeza, continuó:

—La tercera cosa que te recomiendo es que no olvides jamás que, si te pescan o el cliente pone una reclamación, tu castigo será público y severo. Probablemente varios dedos cortados, unos latigazos y una humillación ante testigos, muchos testigos. No puedo dejar que el renombre y la reputación de mi local sufran por tu incompetencia.

A duras penas, conseguí retener mi resoplido. Por un lado, me invitaba a robar a sus clientes, prácticamente sobornándome a hacerlo, y por el otro, me advertía de lo que pasaría si me pillaban haciéndolo. Sí, *Madame* sabía cómo manejar sus negocios, de eso no cabía la menor duda.

—Entendido, *Madame*.

Con total nitidez, además. No iba a castigarme por robar, sino por hacerlo mal. Imagino que era algo con lo que podía vivir. Claro que, lo que no sabía Madame, era que mi primera víctima iba a ser ella.

«¿Quiero saber lo que estás planificando?», preguntó Gabriel en mi mente.

Le ofrecí al espejo y a Salomé la mejor y más cándida de mis sonrisas.

«Lo dudo».

Capítulo Dieciséis

ANDREA



Hay una duda que ha sido una constante en mi vida. ¿Por qué todos los hombres dan por supuesto que las mujeres somos más débiles e indefensas que ellos? Es como si existiera una ley universal que determinase que somos criaturas frágiles y carentes de fuerza y, por si eso no bastara, ellos le añaden una cláusula extra que les otorga el derecho a manipularnos y dominarnos a su antojo.

¿Ninguno de ellos llega a plantearse nunca que una mujer pueda haberse entrenado para sicaria o soldado especializado? ¿Es tan difícil entender que la astucia y el conocimiento de la anatomía humana pueden ser armas tan poderosas, o incluso más, que la fuerza bruta? Basta conocer unos simples puntos clave de su cuerpo para dejarlos inconscientes. ¿De verdad les resulta tan inverosímil que una mujer pueda poseer ese conocimiento?

Con los brazos en jarra, estudié al corpulento Riguel desparramado inerte con las piernas y brazos en cruz sobre las sábanas de satén rojo de la cama de dosel, que parecía demasiado delicada para soportar a un tipo tan robusto como él.

Solté un bufido. Imagino que, al igual que con las mujeres, la apariencia de las camas también puede ser engañosa. Dudaba mucho que un burdel pudiera permitirse el lujo de tener lechos que no soportasen el ajetreo diario al que sin duda estaban expuestos.

La suave respiración que escapaba de los labios de Riguel en un débil silbido contrastaba con la tensión que seguía manifiesta en sus facciones. Su piel bronceada lucía rojiza y enfebrecida bajo la luz carmesí que se filtraba por la ventana, y diminutas gotas de sudor perlaban su frente. El muy cabrón probablemente había estado excitado por la perspectiva de poder hacer conmigo lo que quisiera, e incluso habría planificado a qué clase de perversiones y vejaciones someterme. Todo bajo la excusa de ponerme a prueba y entrenarme para su estimada *Madame* Salomé.

¡Idiota! Resultaba mucho más fácil dejar a un tipo como él fuera de combate que desvestirlos cuando pesaban como un muerto y no se movían. La prueba era que seguía vestido. ¡Y ni siquiera había tenido que usar una de mis dagas para dejarlo fuera de comisión!

«¿Lo has matado?». La voz de Gabriel resonó en mi mente con una claridad inquietante.

Estos últimos días, cuando me hablaba, era como si me susurrara directamente al oído. Solo me faltaba sentir su aliento sobre la piel para que fuera más real. Había sido una evolución constante desde mi llegada al inframundo. Cuanto más conversaba con él, más nítida se volvía su voz. Me quedaba por decidir si eso era algo bueno o malo.

Sí, claro que me hacía compañía y me ayudaba a desahogarme, pero ¿por qué no podía ser la voz de mi madre o de mi hermana? ¡Joder, cualquier otra persona, real o imaginaria, habría sido mejor opción! Estaba acostumbrándome a él de una forma que empezaba a preocuparme. Se había vuelto tan familiar, tan cercano, que a veces olvidaba que era un producto de mi

imaginación. Y eso, no solo era peligroso para mi salud mental, sino que podía hacerme bajar la guardia si el verdadero Gabriel llegase a encontrarme.

«Sigue vivo, pero dormirá hasta el próximo milenio a juzgar por cómo ha caído», refunfuñé mientras forcejeaba con las perneras de su pantalón en un intento por hacerme con él.

La maldita prenda no bajó más de un par de centímetros. ¡Genial! De todos los hombres a los que podía robar la ropa, ¿tenía que ser un gigante con la masa muscular de un ogro salvaje? ¡Mierda! ¡Echaba de menos las fuerzas que tenía cuando era una inmortal! Es irónico cómo uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde.

—¡Vamos, imbécil, muévete! —gruñí, dándole un empujón inútil.

Nada. Lo había dejado tan cao que ni se inmutaba.

Por desgracia, no podía huir del burdel y aventurarme en las calles con un camisón que parecía estar tejido de telarañas, por cómo se transparentaban mis pezones y otras partes en las que prefería no pensar.

Después de revisar dos veces los armarios y cajones del dormitorio que me había asignado *Madame* Salomé, mis únicas opciones eran la ropa del capullo que se encontraba inconsciente en la cama, las cortinas de terciopelo que pesaban un quintal y eran demasiado largas, o las sábanas. Dudaba mucho que con su llamativo color y la forma en la que se me ajustaba el fino tejido a las curvas pudiera pasar desapercibida en público. Al menos, no en un lugar donde las mujeres solían llevar cuatro capas de ropa solo debajo de la falda. La única opción real que me quedaba era el atuendo de Riguel.

«No hagas ruido. No puedes permitirte el lujo de despertarlo», advirtió Gabriel, como si realmente pudiera oírme. «El establecimiento está infestado de soldados. Tendrás que esperar a que se despeje. No quieres que te pillen mientras merodean por los alrededores».

Se me escapó un gemido y mi estómago rugió en simpatía. A pesar de lo que había picado durante el baño, la sed me consumía y me nublaba el juicio.

«¿Qué ocurre?». Su voz mental se tensó.

«No aguanto más», mascullé. «La sed me está matando».

«Resistirás», ordenó, como si estuviera teniendo una pataleta infantil y no estuviera dispuesto a permitirlo. «Podrás empacharte cuanto quieras cuando estés lejos de aquí. Un par de horas más o menos no hacen ninguna diferencia».

¡Diosa! ¡Qué ganas tenía de que tuviera un cuerpo físico para poder estrangularlo!

«Claro, para ti es fácil decirlo», lo acusé con amargura. «Tú no estás a punto de convertirte en un monstruo sediento y descontrolado. ¿Qué tal se siente no tener que depender de la sangre para sobrevivir y mantener la cordura? Apuesto a que es genial».

No replicó a mi provocación ni a mi risa forzada. Estaba segura de que podía sospechar lo cerca que me encontraba del precipicio. A ningún vampiro le gustaba llegar a ese punto. No solo dejaba indefensa la bestia que llevábamos en nuestro interior, sino que perdíamos la conciencia de lo que hacíamos. Lo normal era que despertásemos en medio de un baño de destrucción y sangre, pero eso solo ocurría cuando las criaturas que se encontraban en nuestro entorno eran más débiles y desconocían cómo defenderse. Dudaba que fuera el caso en ese mundo tan inhóspito y peligroso, por lo que ceder al impulso de dejar que mi sed me dominara podía equivaler muy bien a entregarme a la muerte.

«¿Y tienes idea de cuánto tiempo llevo sin dormir en una cama decente con colchón y sábanas limpias? ¿Has visto la que tienen aquí? ¡Ni siquiera hay cucarachas ni hadas tocapelotas que tratan de robarte los dientes o usarte como bloc de notas con los suyos!». Traté de aligerar la gravedad del asunto, aunque la burla no bastó para cubrir las señales de agotamiento que había

tratado de ignorar y que se estaban acumulando ahora que había llegado a mi destino, en especial después del relajante baño.

«Andrea…».

«¿Y cuántas semanas llevo sin dormir más de tres horas seguidas mientras trato de sobrevivir a cazadores, demonios y monstruos?». Mis ojos se posaron con anhelo sobre la cama. Podía imaginar el tacto de las sedosas sábanas contra mi piel y el mullido de plumas de las almohadas ajustándose a mi cabeza. ¿Qué probabilidades existían de despertarme a tiempo si cedía a la tentación de echarme una pequeña siesta? Sabía que eran mínimas. El cansancio me pesaba como una losa, y la falta de sangre…

Cerré los ojos y apreté los puños. Riguel seguía durmiendo como un bendito sobre las sábanas rojo sangre que deberían haber sido mías.

Sangre.

La palabra resonó en mi mente como un murmullo lleno de promesas, despertando un ansia que amenazaba con consumirlo todo. Mis colmillos se extendieron, afilados y listos para atacar, y el pulso rítmico de los dos corazones de Riguel retumbó en mis oídos, al son de un tambor de guerra que me azuzaba a acudir a su llamada.

Me tomó un esfuerzo sobrehumano no abalanzarme sobre él, hundir mis dientes en la cálida piel de su cuello y vaciarlo hasta la última gota, sin pensar en las consecuencias. Gabriel debió de percibir mi repentino frenesí.

«Si lo matas, no saldrás viva de la ciudad», advirtió alarmado. «Salomé tiene negocios en las altas esferas y no dudará en tirar de hilos con tal de hacerte pagar por ello. Está muy unida a Riguel».

«¡Tengo sed!».

«Lo sé, pero eres fuerte. Tienes que controlarte».

Mis piernas apenas me sostenían al acercarme temblorosa a la cama. Control. Eso era lo único que necesitaba recordar. Tenía que dominar mis impulsos y la dolorosa agonía que se extendía por mi interior. Con una garra extendida, tracé una inestable línea en la parte interna del codo de Riguel y esperé a que la sangre brotara oscura y viscosa. Mis ojos se llenaron de lágrimas al verla.

Negra.

La sangre de Riguel era tan oscura como el carbón líquido y poseía ese trasfondo de azufre que me hacía encoger la nariz y me cerraba el estómago, al igual que la de Zicki y su amigo Zeze. A pesar de su apariencia humana, debía de ser un demonio como ellos o como mínimo un mestizo.

«¿Andrea?». La suave voz de Gabriel me arrancó de mi estupor, pero solo sirvió para que aumentara la presión en mi pecho.

Me alejé de la cama, frotándome los brazos en un intento inútil de aplacar el repentino frío que parecía estar infiltrándose en mis huesos.

«No puedo alimentarme de él. Su sangre es negra y tóxica como la de los demonios».

No importaba que hiciera el esfuerzo de ignorar el intenso sabor a ceniza que seguro tendría. La imagen de Zeze, con su piel cenicienta y sus ronquidos, me inundó la mente. Recordé el sabor acre de su sangre y la agonía que me retorció el estómago durante horas tras apenas un sorbo. Un escalofrío me atravesó las venas.

Hubo otra pausa por parte de Gabriel. Mejor. No tenía ganas de hablar con él. Ni con él ni con nadie en realidad.

«En una de las reuniones de abajo mencionaron una fiesta. Podrías ir», propuso Gabriel

despacio, dubitativo. «La celebran cerca del castillo, con motivo de Sanheim. Discutían el espectáculo que tenían preparado un grupo de poderosas hechiceras... Seguro que allí encontrarás a criaturas de las que alimentarte». A deducir por su tono controlado y sin emociones, la idea pareció repugnarle tanto como a mí. «Si calmas tu sed con varias…», carraspeó, «te saciarías, y con la borrachera igual ni recordarán al día siguiente lo que les pasó».

Cierto. Con eso último había tocado un buen punto. Después de perder mi inmortalidad, aún no había surgido la oportunidad de comprobar si sería capaz de hacerles olvidar a mis fuentes de alimento que los había usado, o si como mortal mis dones seguían funcionando igual. Lo último que necesitaba era convertirme en la presa de mis víctimas cuando se les pasara el efecto de la toxina en mis colmillos y vinieran a por mí para vengarse. Esta vez no se trataba de simples humanos, sino de criaturas del inframundo, que podían tener toda clase de dones o magia a su disposición.

Sacudí la cabeza, aferrándome a la única parte de la noticia que me interesaba. No importaba si la información o la voz de Gabriel eran reales o no. Necesitaba creerlo, confiar en que lo que me contaba existía en el mundo físico. Una chispa de esperanza, por pequeña que fuera, me bastaba para seguir adelante. Y eso era justo lo que él acababa de ofrecerme. Asentí con determinación, ignorando el nudo de desesperación en mi garganta. Una fiesta. Sí, eso era justo lo que necesitaba.

Sangre para saciar mi sed, para sanar mi cuerpo y mi mente.

Sangre para sobrevivir.

Capítulo Diecisiete

ANDREA



Después de hacerle nuevos agujeros al cinturón y conseguir al fin que los pantalones de Riguel no se me deslizaran por las caderas como un saco de patatas, me reajusté las mangas dobladas de la camisa y exploré la habitación con renovado propósito.

Antes había conseguido distinguir el leve sonido de una rata entre los sonidos de risas, música y otras… *actividades* que se filtraban desde las zonas principales del burdel, confirmando mi sospecha de que también esa habitación daba a un pasadizo secreto. Lo único que necesitaba era encontrar la entrada.

Me llevó un rato revisar las paredes de madera blanca en busca de cualquier clase de irregularidad. Tres veces tuve que lanzarme precipitada a la cama y fingir que dormía, porque alguien había venido a observarme desde el pasadizo o algún curioso se había detenido ante la puerta. Riguel, bendita sea la Diosa, permanecía sumido en el profundo sueño que le había inducido presionándole de tanto en tanto sus puntos vitales. Me sentía mejor ahora que se encontraba atado, desnudo y vulnerable bajo las sábanas. Dormía en una postura tan inocente que cualquiera que entrase lo confundiría con un amante saciado, descansando tras una ajetreada noche de pasión.

¿Se atrevería el muy imbécil a confesar que ni siquiera llegó a bajarse los pantalones antes de que lo dejara fuera de combate?

«Yo no apostaría por ello», intervino Gabriel divertido. «Los tipos como él prefieren inventarse cómplices inexistentes para hacerse las víctimas. No va a arriesgarse a que alguien se ría de él y ponga en duda su fiereza. Y, mucho menos, cuando lo ha vencido lo que aparentaba ser una simple mujer indefensa».

«¿Qué harías tú si estuvieras en su lugar?», pregunté mientras examinaba con mis dedos los intrincados grabados del marco del espejo, el cual había dejado para el final de mi búsqueda.

Una fina, casi imperceptible, corriente de aire contra mi mano me hizo fruncir el ceño y revisar el marco con más atención. ¡Diosa, odiaba los espejos! Dudaba que pudiera volver a mirarme en uno sin imaginarme a esa dichosa bruja del Este observándome.

«Enfurecerme conmigo mismo, destrozar la habitación entera para desahogarme, quitarle la ropa al primer desgraciado que tuviera la mala fortuna de cruzarse en mi camino y luego salir a cazarte», replicó Gabriel con una entonación controlada y práctica.

«Parece que lo tienes claro», ironicé con sequedad mientras presionaba en diferentes puntos del marco, hasta que uno cedió con un satisfactorio clic, revelando una ranura entre este y la pared.

Un suave empujón bastó para abrir el acceso a un estrecho pasadizo sumido en la oscuridad. La anticipación hizo que mi corazón se acelerara al asomarme con cautela al sombrío túnel.

Había llegado el momento que había estado esperando durante las últimas dos semanas. Respiré hondo una última vez y, llenándome los pulmones con aire limpio, me deslicé por la apertura y cerré el espejo con cuidado detrás de mí.

Una vez encerrado en él, el corredor se estrechaba a mi alrededor, húmedo y opresivo. El aire, denso y cargado de polvo, me arañaba la garganta con un persistente hedor a tabaco, como si hubieran estado fumando allí no hacía mucho. La idea de que alguien hubiera pasado recientemente y me hubiera espiado tras las paredes me hizo aligerar el paso. Lo último que quería era tropezarme con otro lacayo de Salomé mientras trataba de huir, en especial cuando, a juzgar por los escandalosos sonidos que me llegaban de las habitaciones, las paredes eran poco más que unos finos tabiques que no harían demasiado por ocultarme si se me ocurría hacer algún ruido.

Después de recuperar mis dagas y una eternidad vagando por lo que empezaba a parecerme un laberinto, los gemidos, jadeos y gritos que resonaban a mi alrededor me tenían de los nervios. ¡Por el amor de la Diosa! ¿En serio se tragaban los clientes que esos exagerados gritos agudos eran el producto de verdaderos orgasmos?

Echar un vistazo por las puertezuelas secretas que servían para espiar lo que ocurría en las habitaciones era aún peor. ¿Qué mujer ponía los ojos en blanco como si estuviera siendo poseída por un espíritu maligno mientras follaba? La única que me pareció auténtica, fue la ramera con los tirabuzones rubios que estaba leyendo con disimulo una novela mientras el viejo hombre lobo detrás de ella movía las caderas como un perro constipado.

Solo cuando el sonido de los gemidos y la música del burdel fue apagándose, supe que iba por el buen camino. Mi intuición se confirmó cuando, a través de una rejilla, descubrí una amplia cámara llena de cajas y barriles que, a deducir por el olor a madera añeja y tela enmohecida, debía de ser algún tipo de almacén bastante olvidado.

Apenas había comenzado a zarandear la rejilla para comprobar si cedía, cuando unas voces me alertaron. Conseguí ocultarme en las sombras justo antes de que la puerta chirriara al abrirse.

—... fiesta en el castillo esta noche —dijo un hombre—. Será la oportunidad perfecta para llevarnos a una de las chicas y divertirnos...

¿Se referían a la misma fiesta que había mencionado Gabriel?

Contuve el aliento cuando dos demonios entraron en el almacén. Sus ropas sencillas sugerían que eran mozos del burdel o ayudantes de cocina, a lo sumo. Uno de ellos levantó lo que parecía un saco de serrín, mientras el otro se limitaba a observarlo desde el umbral.

—¿Entonces, qué? —preguntó el segundo, cruzándose de brazos—. ¿Tú vas a por Lina y yo os espero en el carro?

—Prefiero a Zenaya, no es tan exigente como la otra y bebe menos.

El capullo del umbral se encogió de hombros.

—Un agujero es un agujero y, si sale barato, mejor —soltó con una sonrisa socarrona.

Fue una suerte que eligieran ese instante para marcharse del almacén, cerrando tras ellos con un portazo, porque juro que me rechinaron los dientes con la furia que trataba de contener. ¿Un agujero es un agujero? ¡Malditos capullos!

«Cálmate y céntrate en lo que de verdad importa», me amonestó Gabriel. «No estaban hablando de ti».

Resoplé. ¿Y se suponía que eso lo justificaba todo? Estaba claro que ningún hombre iba a entender jamás lo humillante que resultaba que hablaran de las mujeres de ese modo.

«Me da igual si se referían a mí o no, eso no cambia el hecho de que sean unos gilipollas malnacidos».

Gabriel dejó escapar un suspiro que parecía venirle del fondo del alma.

«Empiezo a preguntarme cómo conseguiste sobrevivir tanto tiempo con la facilidad con la que te alteras».

«¡Ja! Muy gracioso. ¿Quieres que te cuente mi secreto? No pienso con el pito como hacéis los hombres. Una cosa es que me irriten los imbéciles machistas y misóginos, y otra muy diferente que sea imprudente o que haga las cosas a lo loco».

«¿Tratas de convencerme de que tirarte por aquel acantilado y perder tu inmortalidad en el Styx no fue una imprudencia?», se burló.

«No hace falta que seas tan sarcástico conmigo. Y, para tu información, ese fue mi plan C, y solo recurrí a él porque no quería enfrentarme a ti y hacerte daño».

«Vas a tener que disculparme, pero esa versión de los hechos suena cuanto menos increíble», bufó.

«Piensa lo que te dé la gana, pero deja de distraerme. Tengo un plan. No quiero meter la pata por tu culpa».

«¿Y puedo saber en qué consiste ese maravilloso plan?».

«No».

«Andrea…».

«¿Te has propuesto desgastarme el nombre?».

«¿Prefieres que te llame arpía?».

«¿Un apodo cariñoso que mi Gabi ha elegido expresamente para mí? ¡Por supuesto que lo prefiero, tontito! De hecho, lo adoro», le contesté con toda la empalagosa dulzura que fui capaz de reunir.

«¡Ya te he dicho que no me llames Gabi!».

«Y yo te he dicho que no me distraigas, pero parece que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que queremos».

No logré descifrar su siguiente gruñido, pero sonó sospechosamente a: «¡Maldita, arpía!».

«Menos mal que los hombres no os alteráis por pamplinas y sois más racionales que las mujeres. ¿Te imaginas lo que sería del mundo si las cosas fueran al revés?», lo provoqué.

Probablemente, fue una suerte que no pudiera ver mi sonrisa, porque por el ruido que hacía, apostaba a que estaba atragantándose con su propia saliva (de forma figurada, claro está).

Capítulo Dieciocho

ANDREA



A medida que nos alejábamos del burdel y nos acercábamos al origen de la música y el bullicio de la fiesta, debería haber comenzado a relajarme, pero lo cierto es que ocurrió lo contrario. Tenía la persistente sensación de que alguien estaba vigilándome y no tenía ni idea de quién podía ser. Me preocupaban sus posibles motivos para hacerlo.

No eran ni los demonios ni la ramera que los acompañaba. Al menos no lo creía. Su flirteo descarado y risas no dejaban lugar a dudas de que estaban demasiado ocupados entre ellos y absortos en su propio mundo como para prestarles atención a los bultos que llevaban en el carro abierto, la mayoría de ellos tapados.

A pesar de las palabras y comentarios de los demonios en el polvoriento almacén, Zenaya parecía manejarlos con maestría y los tenía a ambos comiendo de la palma de su mano. Tras escucharlos un rato, me quedó claro que ella no iba a ofrecerles nada que no estuviera dispuesta a dar por voluntad propia y, mucho menos, sin que ellos tuviesen que ganárselo. ¡Bien por ella! Solo esperaba que no se le antojara un poco de marcha antes de la fiesta, porque eso iba a ser un problema conmigo escondida en la parte trasera del carro, cubierta únicamente por algunas mantas y sacos viejos.

El bullicio a nuestro alrededor se intensificó a medida que nos adentrábamos en la zona de la celebración, convirtiéndose en un torbellino de caóticas impresiones. El clamor de los cascos de los caballos sobre los adoquines se mezclaba con los gritos agudos de los vendedores, las melodías discordantes que se entrelazaban en el ambiente y el murmullo incesante de conversaciones y risas. El aroma a especias exóticas y carne asada flotaba en el aire haciendo la boca agua, junto con el olor dulzón de las frutas maduras y el penetrante hedor a sudor y cuero que, por una vez, relegaba a un segundo plano el omnipresente tufo a azufre que emanaba de las grietas del suelo.

Cuando el carro se detuvo, me asomé con cautela por un resquicio entre las andrajosas mantas para conseguir un vistazo de la animada escena. Farolillos multicolores adornados con runas y símbolos esotéricos, proyectaban un brillo mágico sobre las calles y plazas abarrotadas. A pesar de la relativa claridad de la noche en el inframundo, antorchas chisporroteaban e iluminaban los rostros jubilosos de los juerguistas, creando sombras fantasmagóricas que bailaban al mismo compás que sus dueños.

Cuando Gabriel y los demonios habían mencionado la fiesta, supuse que hablaban de un modesto grupo, puede que unas veinte o treinta personas reunidas en una plaza o un callejón. La realidad que estaba presenciando era una muy diferente. Era una feria en toda regla. El barrio entero estaba engalanado e inmerso en la celebración. Cientos de criaturas de todas las especies y razas se movían por las calles cantando, bailando y riendo como si la noche fuera eterna, el aire

vibraba con la energía de la multitud y el suelo palpitaba bajo el ritmo incesante de tambores y flautas.

Era lo último que habría esperado encontrarme en el silencioso y opresivo inframundo. Pero, por suerte para mí, era el escenario perfecto para desaparecer entre la multitud y pasar desapercibida. Moviéndome con sigilo, me aseguré de que mis dagas seguían en su lugar antes de lanzarles un último vistazo a los demonios y a la ramera (aún enfrascados en su descarado coqueteo), y me deslicé con disimulo del carro.

Con la cabeza agachada, me sumergí en la marea de criaturas que fluía hacia los puestos de vendedores, cuyos pregones ensordecedores ensalzaban las virtudes de sus mercancías. Baratijas relucientes y talismanes de dudosa procedencia se entremezclaban con chucherías de colores chillones y elixires burbujeantes que prometían poderes arcanos. Un escalofrío me recorrió la espalda al pasar junto a una colección de macabras cabezas reducidas, en especial, cuando una de las más feas me lanzó una mirada acusadora con sus pequeños ojos inyectados en sangre y soltó un largo «mmm» entre sus labios sellados con gruesos hilos negros. Si era una maldición, tal vez fuera una suerte que no pudiera hablar.

A mi alrededor, la fiesta hervía con una energía desenfrenada que resultaba tan fascinante como aterradora. Brujas con sombreros ridículos y variopintos levitaban copas rebosantes de coloridos brebajes con burbujas mientras soltaban carcajadas estridentes. Hechiceros ataviados con tétricas túnicas conjuraban diminutos fuegos artificiales que estallaban en el aire, dibujando figuras fantásticas y a veces obscenas que se desvanecían en la noche. Y, un poco más allá, un par de arpías de plumas iridiscentes discutían a gritos sobre el precio de un amuleto, mientras un cíclope ebrio intentaba seducir a la sirena de escamas plateadas que iba con ellas.

No fue hasta que alcancé el otro lado de la calle y alcé la mirada, que descubrí el castillo ante mí. Poseía una magnificencia siniestra con sus altísimas agujas negras que perforaban el cielo carmesí como elegantes garras afiladas, proyectando sombras alargadas y amenazantes sobre la tierra.

Una elaborada verja de hierro forjado, adornada con calaveras y dragones, separaba la fortaleza del mundo exterior y entre sus huecos se vislumbraba un jardín custodiado por estatuas grotescas que parecían extraídas a la fuerza de una pesadilla. Centenarios árboles se retorcían en posturas imposibles, flores carnívoras acechaban entre la maleza y una verdosa capa de neblina espesa y tóxica se arrastraba a ras de suelo en sinuosos rizos, prometiendo de todo menos una muerte apacible para aquellos incautos que osaran adentrarse sin invitación.

Sin embargo, a juzgar por la larga hilera de lujosos carruajes que aguardaban pacientemente ante la grandiosa entrada principal, sus ocupantes, ataviados con sedas, joyas y ostentosos antifaces, parecían ajenos al aura de muerte que emanaba el castillo.

Mi mirada se detuvo sobre el familiar escudo que destacaba sobre un carruaje dorado: un fondo púrpura con una luna creciente rodeando un ojo dorado y flanqueada de cuervos.



De repente, el mundo a mi alrededor pareció detenerse. Uno de los guardias uniformados se acercó a la puerta del vehículo y esperó a que una mano femenina enguantada le entregara lo que solo podía ser una invitación través de la ventanilla. El centinela le echó una breve ojeada al elegante documento de un profundo color borgoña y, con una inclinación reverente, se apartó indicándole a su compañero apostado ante la cancela que dejara pasar el carruaje.

Lo seguí con la mirada, con la boca reseca y el sabor a hiel asomándose a mi garganta, mientras el conductor arreaba los magníficos sementales negros, dirigiéndolos por la amplia avenida que los llevaría hasta la escalinata del castillo.

Habría reconocido aquel anillo de oro con el llamativo sello púrpura en cualquier sitio. Lo tenía grabado en mis peores recuerdos con la misma claridad con que, en aquel momento, se me había quedado estampado en la retina.

La bruja del Este se encontraba allí, en el Inframundo, en esa misma ciudad, y acababa de entrar en el castillo. Tenía que ser ella. No podía ser nadie más. Mis pies se movieron por voluntad propia hasta las imponentes rejas que me separaban de ella. Tenía que entrar y encontrarla. Era mi oportunidad de hablar con ella y posiblemente fuera la única que tuviera.

Por instinto, extendí la mano hacia el hierro forjado en un intento por sujetarme a él. Fue pura suerte que, antes de alcanzar a rozarlas, llegase a percibir la magia que protegía el metal azulado que parecía hervir desde dentro con un fuego extrañamente helado. Aparté las manos sobresaltada y me las escondí bajo los brazos. ¿Me habría quemado o congelado de haber tocado aquellas malditas rejas?

Volví a echar un vistazo al castillo. La piedra negra de sus muros reflejaba débilmente la luz anaranjada del atardecer eterno, creando un juego de sombras que caía sobre las gárgolas que vigilaban los alrededores desde las cornisas y estudiaban al populacho en la fiesta, como si deseasen que alguien se atreviera a desafiarlas.

El edificio al completo era como una bella trampa que atraía la atención de los ingenuos. Con qué fin, era algo que me quedaba por descubrir. Mi mirada se detuvo sobre las intrincadas vidrieras de las ventanas. Desde donde me encontraba, revelaban una belleza y artesanía excepcional, en especial cuando, iluminadas desde el interior, las figuras reflejadas en ellas cobraban vida, dando la impresión de que estaban danzando al son de la música que escapaba del castillo junto con risas refinadas y el tintineo de copas. Algo me hacía presentir que nada en aquel lugar era tan inocente como parecía a simple vista.

Fruncí el ceño mientras seguía estudiando el entorno. A pesar del contraste entre el jolgorio popular que me rodeaba con respecto a la elegancia del castillo, era evidente que la fiesta en la plaza no era la única en curso. Una procesión de damas y caballeros, ataviados con exquisitos ropajes y elaboradas máscaras adornadas con gemas preciosas y plumas, se movía por los jardines y balcones, entrando y saliendo por las majestuosas puertas.

En otros tiempos, en la corte de Azrael, yo habría sido una de las invitadas a ese baile, compitiendo por ser la más admirada y bella con mi disfraz. Sin embargo, por extraño que pareciera, aquello no era algo que echase de menos. La vida era mucho más sencilla sin tantas apariencias falsas, envidias y amigos dispuestos a apuñalarte por la espalda en cuanto ya no les resultabas útil.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando, por un instante, me pareció vislumbrar una silueta alta y oscura observándome desde una de las torres más elevadas. Parpadeé y la visión se desvaneció, pero no así la inquietante sensación de que era preferible que aquello fuera un producto de mi imaginación.

Estaba a punto de dar otro paso atrás cuando una voz áspera y cascada me hizo dar un respingo:

—Yo que tú me mantendría lejos de ese sitio.

Sobresaltada, me giré con brusquedad hacia la dueña de aquella voz desgastada que sonaba como si los años y el tabaco la hubieran erosionado. La irregular capa blanca que cubría las córneas de la anciana hacía que sus ojos se vieran nublados e irreales, casi fantasmales. Me distancié un paso de ella, y luego otro más. Por el olor a hierbas medicinales y especias, era una bruja, y nunca se podía ser demasiado cuidadosa alrededor de viejas como ella. Esa era una lección que se me había quedado grabada con hierro candente después de lo que me había hecho la del Este.

—¿Disculpe? —logré articular, tratando de recuperar la compostura.

La vieja, ataviada con harapos de colores chillones y un sombrero con un nido de ratas tan torcido que desafiaba la gravedad, haciendo chillar a las pobres criaturas cada vez que movía la cabeza, esbozó una sonrisa retorcida, revelando una dentadura irregular con desgastados dientes oscuros que destacaban irreverentes entre tanto hueco vacío.

—Se ve bonito por fuera, pero no es lugar para mortales curiosos. —Me echó una mirada ladeada como si esperase que la corrigiera.

No lo hice.

—¿El castillo? —me aseguré.

Soltó una carcajada, escupió una flema marrón al suelo y se inclinó hacia mí como si estuviera a punto de confesarme un secreto. Por desgracia, su repentina cercanía iba envuelta de

un potente hedor a tocino rancio, hierbas, metal oxidado y las heces de las ratas. ¿Eran ratas a todo esto? No tenían pelo y sus ojos eran rasgados como los de un gato.

¡Diosa! Esperaba que no formasen parte de mis pesadillas la próxima vez que consiguiera dormir.

—¿A qué iba a referirme si no? —Aunque las pupilas de la bruja prácticamente se fundían con el blanco que las rodeaba, podía sentir cómo me estudiaba—.¿Acaso no es ahí donde mirabas?

—Mirar no significa querer estar allí —repliqué a la defensiva.

La risita que soltó resonó como el crujido de las hojas secas en otoño. Sus ojos se desviaron hacia el castillo y juraría que en ese momento se encogió un poco más y sus hombros se curvaron hacia abajo en un intento de volverse menos visible.

—Hay cosas ahí dentro que harían que tus actuales pesadillas parezcan cuentos de hadas.

Sus palabras me hicieron detenerme. ¿Había sido una simple forma de hablar o sabía realmente lo que decía al mencionar las pesadillas?

—¿A qué…? —comencé a decir en un intento por averiguar a qué jugaba.

—Pero eso no te detendrá, ¿verdad? —Hizo un gesto despectivo con la mano como si ya conociera la respuesta—. Tú allá, pero luego no digas que no te avisé.

Estaba claro que o estaba loca o sabía demasiado.

—¿A quién le pertenece el castillo? —me atreví a preguntar.

La vieja reculó como si le hubiera soltado una bofetada y miró asustada a nuestro alrededor. Luego se acercó a mí y me agarró con tal fuerza por la camisa, que no me quedó más remedio que inclinarme hacia ella.

—Nadie a quien te convenga conocer, en especial, si aún te queda alma —susurró a gritos.

—¿Quién…?

La vieja se apartó de mí y se alisó su estrafalario vestido.

—Mejor me voy, que como mi Cachimbi me vea hablando contigo querrá invitarte a la cena. —Su mirada se detuvo sobre mi clavícula, no sé si porque apenas veía o porque veía demasiado —. Y una ya no está para roer huesos de jóvenes como tú. Además, eres más pellejo y huesos que carne de verdad. Deberías alimentarte un poco mejor. No compensas el tiempo que tardaría en despedazarte y cocinarte.

Se me puso la piel de gallina y tardé varios segundos en recuperar la capacidad de reaccionar.

—¡Espere! —exclamé, dándome cuenta de que reaccionar no iba exactamente emparejado con una actitud racional y prudente.

La vieja se detuvo y me miró como si hubiera llegado a la misma conclusión.

—Te gusta tentar a la suerte, mortal —murmuró, entrecerrando sus ojos nublados.

—¿Vio el carruaje dorado con el escudo púrpura y los cuervos que entró antes al castillo? La bruja con el cabello rojo que iba…

Una mano huesuda, casi tan fría como la de un cadáver, me tapó la boca.

—¡Si quieres morir es cosa tuya, pero yo soy demasiado joven para hacerlo! —siseó alterada, sus ojos recorriendo frenéticos nuestro alrededor.

Resoplé y le aparté la mugrosa mano que olía a mil demonios. Dudaba que su concepto de juventud y el mío coincidieran, porque habría apostado a que ya estaba pudriéndose.

—¿Quién es? —exigí con más firmeza.

Ella entrecerró los ojos, me estudió y acabó por encoger los hombros con un gesto de indiferencia.

—Tu funeral, no el mío. Esa mujer significa malas noticias. Nada bueno ocurre cuando ella

está cerca, pero eso ya lo sabes. —Alzó la mano para detenerme cuando abrí la boca—. ¿Quieres entrar? Tú allá. Ve a los tenderetes rojos que hay al final de la calle. Allí es donde las damas que necesitan hombres de verdad encuentran lo que buscan.

—¡Espere! ¿Qué quiere decir con...? —Extendí una mano hacia ella para tratar de detenerla, pero la vieja se escabulló entre el gentío con la agilidad de una víbora.

Tenderetes rojos… Frotándome los brazos, volví a contemplar el castillo. ¿Eran imaginaciones mías o parecía más amenazante que antes? Volví a atisbar la silueta de un hombre recortada contra uno de los amplios ventanales, pero esa vez no se movió del sitio y, a pesar de la distancia, estaba convencida de que no miraba en mi dirección por mera casualidad.

Capítulo Diecinueve

ANDREA



En cuanto llegué a los *tenderetes rojos*, donde hombres semidesnudos yacían dispersos sobre sillones y divanes con las piernas abiertas y la piel reluciente de aceites aromáticos, quedó claro a qué se refería la vieja bruja con aquello de «Allí es donde las damas que necesitan hombres de verdad encuentran lo que buscan».

Uno de aquellos tipos, un fauno que mostraba sin pudor su fornido cuerpo me escrutó de los pies a la cabeza con una mirada perezosa y me obsequió con una sonrisa cargada de promesas. Fascinada, observé su mano trazar con parsimonia un sinuoso camino sobre sus firmes pectorales, cubiertos por un oscuro vello, para luego desaparecer bajo el escueto taparrabos, donde, con un movimiento lento y rítmico, me mostró el porqué de su arrogante seguridad cuando sus patas eran las de una cabra.

«¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?», irrumpió Gabriel furioso en mis fantasías.

Me tomé un instante para llenar mis pulmones y solté el aire despacio. No es que realmente hubiera considerado aceptar la invitación del fauno, pero eso no significaba que dejara de ser una mujer que, mortal o no, tenía necesidades propias.

«¿Por qué siempre apareces en los momentos menos oportunos?», le espeté en respuesta. ¡Maldita voz! ¡Maldito Gabriel! ¡Y maldita la hora en la que permití que mi subconsciente lo trajera a mi vida!

«Yo diría que aparezco en los más idóneos», respondió con aires de suficiencia.

¡Cabrón!

Algunas de las mujeres que pasaban a mi lado me miraron de lado cuando se me escapó un bufido frustrado.

«Me temo que discrepo», repliqué distraída al percatarme de que las damas mejor vestidas no eran las que se detenían en las tiendas que bordeaban la calle, sino que se dirigían a lo que parecía una enorme carpa de rayas rojas y negras, cuyo llamativo cartel decía: Circo de las Pasiones.

Sin pensármelo, las seguí.

«Quedamos en que ibas a la fiesta a alimentarte», me reprochó Gabriel.

«¿Alguna vez has oído eso de que las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez? Puedo alimentarme y satisfacer otras necesidades de manera simultánea», solté con sequedad. «Y solo para tu información y para que me dejes en paz, no he venido en busca de un revolcón. Una bruja me dijo que aquí podría encontrar lo que buscaba».

«Podrías alimentarte sin necesidad de desnudarte».

«No se refería a eso. Creo», admití.

«¿Entonces a qué?».

«A encontrar la forma de entrar en el castillo».

«¡¿Para qué demonios querrías entrar allí?! ¿Has perdido el juicio?».

Si me hubiera pillado en otro momento, probablemente habría coincidido con él.

«No hace falta ser tan agresivo, no es como si fuera a lanzarme por un precipicio».

«¿Y cómo llamarías a la intención de adentrarte en un castillo repleto de criaturas peligrosas ahora que no eres más que una mortal vulnerable y fugitiva? ¡Eres una vampiresa en un mundo que detesta y desprecia a los de nuestra especie!». Vale, tenía razón, pero no por ello me sentía menos insultada. «¿Crees que es una coincidencia que hubiera tantos soldados en el burdel de *Madame* Salomé? Tiene relaciones en las altas esferas y no es de las que dudan de echar mano de ellas. En cuanto alguien te reconozca, estarás de vuelta en el burdel, y esta vez Salomé no permitirá que vuelvas a escaparte con la misma facilidad».

«Entonces, tendré que asegurarme de que no me reconozcan», mascullé irritada. No sé si con él, conmigo misma o tal vez con el puto destino que seguía poniéndome trabas allá por donde iba. ¿Por quién me tomaba Gabriel? ¿Por Caperucita Roja adentrándose en el bosque prohibido? No tenía derecho de hablarme como si fuera una cría.

«Andrea…».

«¡No! ¡Tú no lo entiendes! ¡Estoy casi segura de que la bruja del Este ha asistido al baile del castillo!».

«¿Y esperas retomar tu amistad con ella para que te salve el pellejo? ¿O estás desesperada por volver a trabajar para ella como su lacayo?». Su voz de repente sonó mucho más dura y fría.

Solté una carcajada áspera, indiferente a las miradas de los transeúntes que se cruzaban conmigo. ¿Pensarían que estaba loca? ¿Qué importaba? Probablemente lo estaba. ¿Por qué si no iba a estar discutiendo con un *shangrile* imaginario que residía en mi cabeza?

«Créeme, nunca fue mi amiga».

«Parecíais uña y carne no hace tanto».

Podía haberle contado que estábamos mucho más unidas que eso, pero dudaba que él fuera capaz de entender la ironía.

«Eso es justo lo que diría Gabriel. A veces me asusta lo mucho que te pareces a ese imbécil. Estás en mi cabeza, deberías conocerme mejor y, sobre todo, deberías reconocer la verdad. ¡Maldita sea! Si hasta sabías que se celebraba una fiesta hoy. ¿Cómo es que cuando se trata de esa dichosa bruja ignoras todos los hechos?».

«¿Con hechos te refieres a que le hacías el trabajo sucio?».

Me detuve en seco.

«¿Lo estás diciendo en serio?».

«Vamos. Ni siquiera tú puedes ser tan ingenua como para no darte cuenta de que estás tratando de culpar a otros de tus propias acciones. ¿Qué pretendes? ¿Engañarme a mí o a ti misma?».

—¡Por la Diosa, esto es increíble! —mascullé entre dientes—. Eres igual de imbécil que él.

«¿Soy imbécil porque no caigo rendido a tus pies ni me dejo engañar por tus cuentos? ¿Crees que eres la primera presa a la que cazo que trata de convencerme de que es inocente?».

—¡No! ¡Lo eres porque deberías haberte percatado de que estaba cautiva! ¡Tú eras el único que tuvo la oportunidad de rescatarme!

Aceleré el paso cuando la gente a mi alrededor se detuvo para mirarme. ¡Mierda!

«¿De qué demonios estás hablando?».

—No tengo tiempo para esto ahora —murmuré al acercarme a la enorme carpa del circo, mientras sacaba con disimulo el saquito de monedas que le había hurtado a un duende tan

concentrado en robar un caldero que no notó cómo lo aligeraba de ese peso.

Creo que en la dimensión humana existía un dicho que decía algo como: «quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón». No me vendría nada mal que eso fuera cierto.

«Andrea, ni se te ocurra entrar ahí».

«¿Por qué no te vas un rato a fastidiar a tu yo real? Seguro que os lleváis de maravilla y podéis tomaros unas copas de sangre juntos mientras me criticáis sin saber de lo que estáis hablando».

«¡Eres una mujer con *shangrile*!».

Solté una carcajada mental, ya que había llegado a las cortinas de terciopelo negro y lo último que quería era que me prohibieran el acceso por discutir con una voz que solo existía en mi mente.

«¿Soy una mujer con un *shangrile* o con un imbécil ciego que lo único que intenta es llevarme al patíbulo? Estamos en el siglo XXI, deberías saber que eso ahora se considera una relación tóxica».

Le ofrecí una sonrisa al enorme cíclope de dos cabezas que guardaba la entrada del Circo de las Pasiones.

—¿Cuánto cuesta la entrada? —pregunté, dejando caer algunas monedas en su palma con un tintineo, esperando que fueran suficiente incentivo para que pasara por alto mi atuendo inapropiado.

Las dos cabezas se giraron la una hacia la otra para compartir una mirada en un gesto que resultaba, cuando menos, perturbador.

—Aquí no aceptamos dinero —dijeron al unísono. ¡Madre de la Diosa! Sí que era espeluznante observarlos—. Ahí está la tabla de precios. —El de la derecha señaló un tablero a mi espalda, mientras el de la izquierda me dedicó una sonrisa depredadora que mostraba sus amarillentos dientes.

Apartándome de ellos, me giré con cuidado de no darles la espalda. Mis ojos se abrieron de par en par al echar un vistazo a la supuesta lista de precios. El portero podría ser un demonio (o dos), pero el dueño o dueña del circo estaba claro que debía de practicar magia negra.

Revisé con atención el listado:

Un recuerdo feliz de tu infancia por un máximo de tres horas.

Me entraron ganas de soltar un bufido. Como si me sobraran de esos.

Un día de tu tiempo vital.

Mmm, eso podría ser una posibilidad. Aunque siendo mortal… ¿Y si no era capaz de recuperar mi inmortalidad y tenía los días contados?

Un sueño no realizado.

Pensé en Gabriel, mi madre y mi hermana… ¿Estaba dispuesta a sacrificarlos por algo que estaba en el aire?

La habilidad para ver el color rojo.

¡Mierda! ¿Y cómo iba a diferenciar el color de la sangre? Ahora que era mortal era más importante que nunca poder diferenciarla.

Un secreto que nunca has revelado.

Vale, con eso sí que existía la posibilidad de arriesgarme sin perder demasiado. Solo era cuestión de pensar un poco y cubrirme las espaldas.

El sabor de tu comida favorita.

Encogí la nariz. ¿Sangre sin sabor o incluso uno que me disgustara? ¡Ughh!

La sensación de tu primer beso.

¡Ajá! ¡Ese era perfecto! No recordaba mucho de él, solo que fue corto, que ni yo ni el chico en cuestión sabíamos lo que hacíamos y, que, además, él tenía un regusto ligeramente amargo en la boca, por lo que di gracias cuando terminó.

Revisé el resto de la lista por si encontraba una opción mejor.

Una octava de tu rango vocal.

Un año de las memorias de tu juventud.

La capacidad de sentir remordimiento.

¡Alto ahí! ¿Eso no implicaba convertirse en un monstruo? Empezaba a plantearme si los sacrificios no serían en realidad una trampa.

Un talento que posees.

La última lágrima que derramaste.

Un vial de tu sangre.

Un mechón de tu cabello.

El sonido de tu risa.

La memoria de tu peor temor.

Esas últimas opciones podía entenderlas. La magia negra operaba con sangre y sacrificios, aunque solo un necio le daría sangre, lágrimas o un mechón de cabello a un practicante sin escrúpulos. Sin embargo… ¿No sería beneficioso para la persona perder la memoria de su peor

temor? A menos que… ¿Y si pensaban usar ese temor para chantajear o manipular a su donante? ¡Malditos sinvergüenzas manipuladores!

Una gota de tu esencia vital.

…

En vez de seguir leyendo, me giré con brusquedad hacia el cíclope de dos cabezas.

—Estoy dispuesta a sacrificar la sensación de mi primer beso.

Sus ojos se entrecerraron.

—De acuerdo, aceptamos tu primer beso de amor.

—Ahí no pone nada de amor —lo interrumpí con firmeza.

El gigante se quedó mirándome con cada uno de sus escalofriantes ojos como si no me viera y, de repente, sonrió. Se me erizó el vello de la nuca.

—Eso es lo que pone en el cartel.

Me volví para señalarle su error, pero justo al lado de «La sensación de tu primer beso», había aparecido en letra cursiva y claramente diferente «de amor».

Crucé los brazos sobre el pecho y lo estudié como él había hecho conmigo mientras mi mente regresaba durante unos segundos al pasado junto a Azrael.

—¿Estáis seguros de que queréis la sensación de mi primer beso *de amor* hasta el día de hoy? —pregunté procurando mantener mi rostro impasible—. El primer beso era mejor.

—Seguros —afirmó la cabeza derecha.

—Y no hay marcha atrás si no os gusta, ¿verdad?

—Somos hombres de palabra —afirmó la cabeza izquierda con bastante más convencimiento del que yo era capaz de creerme.

—De acuerdo entonces. —Les ofrecí la mano y me la aceptaron sin dudarlo. Una leve corriente eléctrica corrió por nuestras palmas sellando el trato. Ambos rostros fruncieron sus ceños, algo un tanto… *inquietante* cuando solo tenía uno de ellos por cada cara. Se miraron entre sí para luego volver a mirarme con una expresión airada.

Retirándoles mi mano, me la limpié en los pantalones.

—Os advertí que el primer beso era una opción mejor.

—¡Era la única opción! —sisearon los dos al unísono.

Encogí los hombros.

—Fue la que elegisteis. No es culpa mía que nunca me haya besado nadie de quien estuviera enamorada o que sintiera por mí algo más que lujuria. Un trato es un trato y yo he cumplido mi parte.

Ambas cabezas refunfuñaron, pero el cíclope acabó por apartar su enorme cuerpo y abrir la cortina de terciopelo negra para dejarme pasar.

—Un último aviso antes de entrar. —Una de sus cabezas se giró hacia mí por encima del hombro en un movimiento que parecía sacado de una película de terror—. Pasar al interior implica la aceptación de las normas, salgas o no con vida.

Antes de que pudiera preguntarle de qué estaban hablando, el maldito cabrón me empujó al interior y cerró las cortinas. Empezaba a tener la sensación de que no era yo la que se la había jugado a ellos, pero no podía permitirme el lujo de regresar si existía alguna posibilidad de encontrar la forma de entrar en el castillo.

Capítulo Veinte

ANDREA



Si por fuera la carpa hacía honor a su nombre de Circo de las Pasiones, una vez dentro, la realidad superaba cualquier posible expectativa que pudiera haberme hecho. Alguien había invertido una ingente cantidad de magia y recursos en aquel lugar. El recinto no solo era enorme, sino inmenso. Era imposible que aquella magnitud se debiera a un simple efecto óptico, porque parecía que hubieran comprimido un barrio entero dedicado al placer y la lujuria en lo que desde el exterior solo se veía como una carpa normal y corriente.

La visión del espacio interior era un espectáculo en sí mismo. Del techo pendían majestuosos telares de seda, en los que criaturas desnudas, transparentes y con un brillo cristalino, se contorsionaban en un estado de éxtasis permanente. Era como si manos y bocas invisibles estuvieran acariciándolas y besándolas, envolviéndolas en puro placer. Era hipnótico observar a aquellos seres flotando como resplandecientes y bellas medusas en el aire. Era etéreo, casi irreal, y no lo era menos el modo en que sus rostros reflejaban una entrega absoluta a quien fuera o lo que fuera que los tuviera así.

Podría haberme quedado contemplando aquellas hermosas criaturas por el resto de la eternidad, puede que incluso lo había estado haciendo sin darme cuenta. Pero el hechizo se rompió cuando sonaron palmadas y exclamaciones de asombro a mi derecha.

—¿Los desea de dolor o de placer?

Me giré hacia el fornido centauro que mostraba a una amazona rubia lo que parecían ser una flecha de oro y otra de ónice.

La mujer, con el inconfundible porte de una guerrera, lanzó una ojeada calculadora al fondo del puesto, donde yacía tendido sobre un diván un hombre lobo. Parpadeé y estudié al chico más de cerca. Sus facciones simétricas, casi femeninas, sus labios llenos, la inocencia en sus ojos azules y su cabello dorado que le caía sobre la cara, lo hacían… ¿hermoso? Era tan lindo que entraban ganas de ir a por él, tomarlo en brazos y esconderlo en un lugar seguro donde estuviera a salvo del mundo.

Con el reverso de la mano, me sequé algunas gotas de sudor de la frente en un repentino sofoco. Había oído rumores de los omegas, pero hasta ese instante, al ver por primera vez uno de cerca, no había comprendido el motivo de su fama y, mucho menos, el efecto que podrían llegar a tener sobre la gente que se encontraba en su entorno.

Debía de encontrarme al menos a veinte o veinticinco metros de él y, aun así, ejercía un magnetismo difícil de resistir. No quería ni pensar en lo que me haría de estar más cerca de él.

—Placer por ahora —replicó la amazona, eligiendo con determinación la flecha dorada mientras el público se aglomeraba a su alrededor, sus cuerpos presionándose unos contra otros en su ansiedad por presenciar el espectáculo.

Cualquiera que hubiera escuchado del disciplinado y, a veces, cruel entrenamiento de una amazona, sabía que no fallaría a menos que quisiera hacerlo. Mis ojos se abrieron al ver cómo la guerrera tensaba el arco con gestos practicados y apuntaba al guapo omega. ¿En serio iban a permitir que le disparara una flecha a una criatura considerada no solo valiosa para los de su especie, sino en peligro de extinción? Me adelanté un paso para ponerle un freno a aquello, hasta que descubrí el brillo ansioso y hambriento en los preciosos ojos azules, que venía acompañado del delicado aroma a miel y lluvia.

¡Madre del amor hermoso! Mis colmillos saltaron como si tuvieran resortes y sobre mi lengua se extendieron varias gotas de mi veneno. Mis ojos se abrieron horrorizados y mi estómago se convulsionó en una queja agónica. Si me acercaba solo un paso más al omega, me lanzaría sobre él antes de que alguien pudiera detenerme. Y si bebía de él…, tal y como olía, dudaba mucho que fuera capaz de parar. ¡Mierda!

El silencio entre los presentes fue tal que se oyó el siseo de la flecha al cruzar el aire. Como era de esperar, la amazona dio en el blanco. En el mismo instante en que la punta dorada alcanzó el liso estómago del joven me encogí, pero, antes de que pudiera atravesar su piel, la flecha se convirtió en humo y, en menos de lo que dura un chasquido, observé boquiabierta cómo el omega arqueaba la espalda sobre el diván, con los dedos enredados en los cojines que lo rodeaban y su boca abierta de par en par en un agónico grito mudo.

Sospechaba que el silencio se debía a algún tipo de encantamiento y no a que la criatura conseguía de verdad retener sus jadeos y gemidos. Era imposible que, por el modo en que se sacudía su delicado cuerpo juvenil, pudiera estar fingiendo un interminable orgasmo, mientras sobre su bajo vientre se formaba un charco blanquecino.

El centauro se acercó al omega, llenó una botellita de cristal con sus fluidos y se la entregó a oler a la amazona antes de cerrarlo. La mujer se estremeció de forma visible y sus pupilas se dilataron hasta lo imposible. En cuanto el centauro dejó la botellita en el mostrador ante ella, la amazona se aferró a ella como si temiera que fueran a robársela.

—El mismo omega, pero esta vez una flecha de doce —exigió la amazona sin despegar la vista de su presa, que al fin cayó exhausto, aparentemente sin esqueleto, por la forma en que se desparramó como un pulpo sobre el diván.

¿Una flecha de doce? ¿Doce orgasmos? Estudié al pobre chico, quien con el primero ya parecía haber alcanzado su límite. Si después de doce más podía sostenerse sobre sus piernas sería un milagro.

Con mis colmillos pulsando y más veneno cayendo sobre mi lengua, me forcé a despegar la vista del espectáculo para seguir explorando. Tenía un objetivo, dos en realidad. No podía permitirme el lujo de dejarme atrapar por el hermoso omega y sus increíbles orgasmos o de arriesgarme a que me apresaran por haberlo dejado seco (de sangre).

Revisé con la vista los puestos y atracciones por los que pasé sin detenerme demasiado. Por más que busqué una pista de cómo entrar en el castillo, no encontré ninguna. ¿La vieja bruja se había equivocado o yo la había interpretado mal y estaba buscando en el lugar equivocado?

El siguiente puesto por el que pasé exhibía juguetes mágicos para adultos de diferentes formas y tamaños (algunos que me hicieron parpadear varias veces y tragar saliva y otros, siendo honesta, no me hubiera importado tenerlos en mi mesita de noche). Para más inri, anunciaban placeres inimaginables y ofrecían la posibilidad de probarlos en la muestra de hombres y mujeres que se encontraban a disposición de los clientes. ¿Por qué nunca me había recomendado nadie venir a pasar unas vacaciones aquí?

En el siguiente puesto, se encontraban expuestas pociones, infusiones, elixires, pomadas y

otros mejunjes que, al parecer, servían para aliviar toda clase de bloqueos y problemas en la cama. Los más exitosos, a juzgar por las tres personas que estaban esperando su turno, eran sin duda los que prometían vigor y fortaleza, pero sobre todo un largo listado de proezas físicas enumeradas de una en una en el largo pergamino pegado en la pared.

Al leerlo (quedarme con la intriga nunca fue mi fuerte), estuve convencida de que mis cejas terminaron de fundirse con las raíces de mis cabellos. ¿Quién querría pasarse cuarenta y ocho horas seguidas dándole a la zambomba sin parar? No me extrañaba que el vendedor ofertara un *pack* que contenía, además, una pomada para el escozor, un par de píldoras vitamínicas que quitaban el hambre y ayudaban a devolver las fuerzas y, como colofón final, un desodorante genital a base de baba de lagartijas preñadas y alas de moscas diabólicas.

Si me paraba a pensarlo, ¡ugggh!, ¿por qué querría alguien echarse algo tan asqueroso ahí abajo?

«Dime la verdad, ¿estarías dispuesto a echarte baba de lagartijas y polvos de alas trituradas de moscas en tu Gabrielito, con tal de convertirte en un semental *non-stop* durante los próximos dos días?», le pregunté a mi eterno acompañante, que ya llevaba un buen rato callado.

«¿De qué estás hablando?», indagó Gabriel como si estuviera en otra parte y no hubiera estado prestando atención.

«De que en ese puesto venden un pack para aprovisionarte de cualquier cosa que te haga falta para echar un megapolvete de cuarenta y ocho horas».

¿El sonido ahogado que se oía al fondo era Gabriel atragantándose con su propia saliva (o lo que fuera con lo que se ahogaban por sí solos los amigos invisibles)?

«Muy graciosa. Soy inmortal, ¿lo recuerdas? No necesito ninguna droga para el vigor o como quieras llamarlo y, desde luego, no tengo un Gabrielito».

Intenté contener una risotada. Con todo lo poderoso y seguro de sí mismo que parecía, ese hombre no se diferenciaba demasiado del resto de su género en lo que a determinados temas se refería.

«Cierto, cierto, he visto cómo te abulta», afirmé con un tono absolutamente serio. «Llamarlo Gabrielito sería un insulto para él y no queremos que coja complejos. ¿Qué tal si a partir de ahora lo llamamos grandullón?».

«Olvídalo», replicó con un resoplido.

«¿Gabi?», insistí, alzando la etiqueta de una vela verde con forma fálica para averiguar sus usos.

«¡No!».

Sonreí y solté la vela. El por qué oír a Gabriel gruñir me provocaba calma era un misterio, pero mientras funcionara, no pensaba renunciar a ese tipo de pequeños placeres.

«¿Qué tal… mmm…? —Me mordí los labios y pasé al siguiente puesto, que básicamente tenía lo mismo que el anterior, aunque las pociones y elixires habían sido sustituidos por talismanes y piedras con propiedades mágicas—. ¿Hermano mayor?».

¡Diosa! Hasta yo tenía que admitir que ese nombre era horrible y que podía llegar a provocarle problemas de disfunción eréctil si lo llamaba así. Tomé una profunda inspiración para retener la risita que amenazaba con escaparse.

«¡Ni de casualidad!», exclamó indignado, ¿o era irritado? Eso de no poder verle la cara era una lata.

«Tienes razón». Encogí los hombros de forma mental, o por lo menos en lo que esperaba que fuera una versión mental de ello. «De todos modos, prefiero grandullón».

Gabriel gruñó, pero no volvió a protestar. Sonreí satisfecha por haberme salido con la mía y

continué mi exploración de lo que ahora eran edificios con atrayentes escaparates, que ofertaban masajes con manos fantasmales, servicios de spa con vapor infernal y jacuzzi de lava, orgasmos a la carta, escapes oníricos y un salón de belleza regentado por diminutas hadas.

Con un suspiro, le lancé una mirada de añoranza a mis uñas rotas bajo las que ya se había acumulado otra vez un reborde negro. ¿Cuándo había sido la última vez que me había dedicado tiempo a mí misma, para cuidarme y concederme un pequeño capricho? Apostaba a que el trabajo de las hadas con las uñas debía de ser una pequeña obra de arte. Habría dado cualquier cosa por ponerlo a prueba, pero mi estómago no había dejado de enviarme avisos desde que perdí de vista al omega y tampoco quería perder la oportunidad de reencontrarme con la bruja del Este antes de que se me escapara de las manos.

Llevaba explorando cerca de media hora aquel mundo contradictorio, donde igual te encontrabas una cafetería cuyos camareros servían deliciosos muffins, desnudos y con pajarita en el cuello y lacitos de color rosa alrededor de sus partes, que una mazmorra que presumía de tener la colección más exclusiva de objetos de tortura, esclavos y objetos de posesión, cuando Gabriel me habló de nuevo:

«Has renunciado a tu primer beso de amor». Su voz sonó extrañamente… Sonó extraña, punto, casi como una sentencia a muerte.

¿Era eso lo que lo había mantenido tan callado?

«Mi primer beso de amor *hasta ahora*», lo corregí mientras trataba de orientarme en aquel laberinto de pecados, placeres y morbo.

«¿Por qué accediste a algo así?». Aunque no pudiera verlo, podía imaginármelo sacudiendo la cabeza agachada para luego mirarme fijamente a los ojos.

Capítulo Veintiuno

ANDREA



Su pregunta se repitió en mi mente como un mal eco. ¿Por qué había accedido a renunciar a mi primer beso de amor?

«Lo sabes. Lo escuchaste», le recordé. «No tenía ninguna memoria al respecto que pudiera perder».

«¿Y… ». Titubeó. «Y qué pasa con el rey?».

«¿Azrael?». Encogí los hombros aunque no pudiera verme. «Fue un buen amigo, casi un hermano mayor, hasta que mi padre me ordenó seducirlo», expliqué distraída al detenerme delante de un centro de belleza metamórfico que ofrecía cambios de imagen integrales. «Después de eso… creo que Azrael lo supo, adivinó el motivo de mi cambio de actitud hacia él y lo usó contra mí».

No podía decir que no lo disfrutara a un nivel físico. Azrael era un amante experto y considerado con sus amantes, sabía lo que se hacía y cómo proporcionar placer. El único problema era que se trataba de simple y puro sexo, nada más y que, cuando dejaba su cama, siempre llevaba conmigo un vacío que me duraba días.

—¿Estos cambios son permanentes? —le pregunté a la criatura de piel turquesa, orejas de gato y ojos como galaxias, que me recibió con una sonrisa al entrar en el elegante vestíbulo del salón del centro de belleza.

No tenía ni idea de lo que era aquella criatura, con esas orejas de gato y la larga cola que se movía como si tuviera vida propia. No era un cambiaformas, al menos no olía a uno, pero… No, no tenía ni idea.

—¿Quieres que lo sean? —la voz de la criatura era tan melodiosa que se me puso la piel de gallina—. Que los cambios sean permanentes —explicó cuando me detuve confundida.

Negué. Cambiarme físicamente podría haber sido una solución a la mayoría de mis problemas, pero me resistía a perder lo poco que me quedaba de mí misma. Sin contar que tampoco tenía el dinero para hacerlo.

«¿Tu padre te ordenó acostarte con él?», irrumpió Gabriel airado en mis pensamientos. «¿El rey te forzó a convertirte en su amante?».

«¡¿Qué?! ¡No! ¡Claro que no! Azrael jamás haría algo así». Obvie los extremos a los que estaba dispuesto a llegar mi padre cuando se trataba de mí.

—También podemos ofrecerle cambios de rostro hasta el amanecer —me explicó la criatura azul—. O de cuerpo entero si quiere disfrutar de la noche sin que puedan reconocerla o si quiere convertirse en la fantasía de alguien a quien conozca. Tenemos una oferta y garantizamos una alternativa si le queda algún efecto secundario después de regresar a su imagen habitual.

Uhmmm… vaaaaleee. ¿Era eso a lo que se había referido la bruja cuando me envió a ese

lugar? ¿A un cambio de rostro y cuerpo temporal? Era una buena opción para que no me reconociera nadie. ¿Sería suficiente para ayudarme a entrar en el castillo? Me mordí los labios. Lo último que quería era acabar con el rostro de otra persona para el resto de mi vida. Ni siquiera me importaba si el resultado me convirtiera en una Miss Universo. Quería seguir siendo yo misma, aunque fuera lo último que hiciera. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Una punzada en el estómago me hizo sujetarme al mostrador y me recordó que tenía ciertas prioridades. Podía dejar las decisiones para más tarde.

—¿Precio? —pregunté sin aliento.

La criatura ladeó la cabeza.

—¿Qué tal esos colmillos, y podríamos acompañar el trato de un anillo que le permita transformarse con glamur durante un total de cuarenta y ocho horas a repartir a su antojo durante un año?

¿Mis colmillos? ¿Por un anillo encantado con fecha de caducidad? ¿Se había vuelto loca? ¿Con qué esperaba que fuera a alimentarme el resto de mi vida? ¿Con cañitas?

—Eh… Me lo pensaré, gracias —solté entre dientes cuando me atravesó otro ramalazo de dolor. Ya casi estaba en la puerta cuando volví a girarme—. ¿Sabe de algún lugar oscuro en el que podría… uh… tener sexo sin que importe mi físico?

Los enormes ojos parpadearon tres, cuatro veces.

—Si lo que se refiere es a un lugar en el que pueda satisfacer su sed sin tener que enfrentarse a las consecuencias, yo probaría las mazmorras o la caja octogonal —propuso como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Y la caja octogonal está…? —Lo último que pensaba hacer era pasar el tiempo en unas mazmorras cuando precisamente estaba tratando de evitar acabar en una.

—Final de la calle, gire a la derecha y verá las indicaciones para llegar al laberinto del Deseo Oscuro. Lo encontrará justo al lado. Se llama la Caja de las Fantasías Secretas y el Olvido.

Ummm… Curioso nombre.

—Gracias.

—Tenga cuidado de no perderse en su olvido. Estaremos abiertos hasta el amanecer si decide aceptar la oferta —gritó a mis espaldas con su melodiosa voz, mientras me marchaba apresurada para seguir la dirección que me había indicado.

«¿Qué pasó entonces, con el rey?», preguntó Gabriel en cuanto estuve de nuevo a solas.

Me detuve en medio de la calle con una repentina sensación de pérdida. Nunca me había detenido realmente a pensar en lo que había pasado entre Azrael y yo. Hacerlo me resultaba demasiado bochornoso.

«Creo que se sintió traicionado y me hizo pagar por ello», confesé despacio, más a mí misma que a él. «No me obligó, pero me usó. Nuestro primer beso…». Tomé una profunda inspiración. «Nuestro primer beso fue él tomando posesión de mí mientras me dejaba claro que, si seguía adelante con él, me convertiría en su juguete».

Tragué saliva. En aquel momento del pasado sus palabras me habían parecido mucho más morbosas, pero ahora que lo recordaba desde la distancia, Azrael me había ofrecido de forma literal la oportunidad de decidir si estaba dispuesta a convertirme en su juguete. Estaba tan excitada y eufórica de que mi seducción hubiera dado resultado (y nada menos que con el mismísimo rey de los vampiros) que no me percaté de que no estaba bromeando y que acababa de convertirme en un objeto de su posesión con el que entretenerse.

La vergüenza que me inundó fue casi dolorosa en su intensidad.

—Me convertí en la puta del rey y ni siquiera me di cuenta de que lo era —murmuré.

Gabriel tardó en responder.

—¿Y con tu *shangrile*? ¿No debería ese haber sido un primer beso de amor? —No me pasó desapercibido que, de repente, hablara de sí mismo y del verdadero Gabriel como dos entidades separadas, a pesar de que últimamente sonaba cada vez más como un clon de él.

Solté una carcajada seca y seguí mi camino.

—¿Te refieres al hombre que me cazó hasta obligarme a saltar al río Styx y perder mi mortalidad? —Me refugié en el cinismo para olvidarme de mi embarazo—. ¿El mismo que estaría dispuesto ahora mismo a llevarme al patíbulo si me atrapara? ¿O debería decir, el mismo que besó a la bruja mientras esta me poseía y no escuchó mis voces, rogándole que me liberara, desde la prisión donde me había encerrado? ¿Sabías que luego me acusó de su propia ceguera y sordera? —Sacudí la cabeza con una sonrisa de autodesprecio—. Te aseguro que aquello no fue ningún beso de amor, no por su parte. Y yo…, si te soy sincera, mientras la maldita bruja me poseía ni siquiera era capaz de sentir el vínculo que compartía con él. Era algo tan lejano, tan irreal, y visto a través del desprecio con el que lo consideraba ella…». Sacudí de nuevo la cabeza. «Desde mi perspectiva, Gabriel y yo tenemos un vínculo, pero no hay amor y, desde luego, jamás nos hemos besado de verdad. Todo lo que hubo lo tuvo con ella mientras yo me moría sin que ni él ni nadie se diera cuenta o le importara».

Su silencio esta vez fue tan largo que acabé teniendo que preguntarle:

«¿Grandullón? ¿Sigues ahí?».

«Intento entender lo que acabas de contar, pero lo cierto es que no consigo hacerlo. Nada de lo que dices tiene sentido».

Con un pesado suspiro, me dirigí al enorme edificio negro sobre cuya puerta había un colorido cartel en el que se leía:

LA CAJA DE LAS FANTASÍAS SECRETAS
(y el Olvido).

Haz realidad tus fantasías más prohibidas y olvida aquello que no quieres recordar.

El nombre era cuanto menos interesante y la descripción, perfecta, casi como si alguien lo hubiera escrito para mí.

«No hay mucho que entender», le contesté a Gabriel. «La bruja del Este hacía negocios con mi padre. El día que se enteró de que era la amante del rey de los vampiros comenzó a fijarse en mí. Usando mis inseguridades en mi contra, encontró la forma de convertirme en su esclava, de poseer mi cuerpo y utilizarlo a su antojo haciéndose pasar por mí, mientras yo me quedaba encerrada en mi propia mente, sin poder comunicarme con nadie y sin poder pedir auxilio. Para cuando me liberó por primera vez y me permitió ser yo misma, no solo me conocía lo suficiente como para amenazarme con mi madre y mi hermana, sino que me había metido en tal lío que ya no tenía forma de sobrevivir sin su ayuda. O al menos eso es lo que creí hasta que no me quedó más remedio que apañármelas por mí misma».

—¿Qué es lo que hay ahí dentro? —le pregunté al duende que guardaba la entrada de la caja.

Sus pequeños y perspicaces ojos me estudiaron con un brillo calculador.

—Oscuridad, sexo, fantasías, lo que tú quieras que haya, y olvido.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó Gabriel alertado. «No puedes estar pensando en arriesgarte

a entrar ahí».

Capítulo Veintidós

ANDREA



Ignoré a Gabriel para centrarme en el pequeño hombrecillo verde que estaba esperando a que le dijera qué era lo que iba a hacer.

—¿Estamos hablando de un olvido temporal o permanente? —pregunté, tratando de no entornar los ojos ante las exigencias con las que Gabriel estaba llenando el fondo de mi mente.

—Temporal, el tiempo que pases en el interior, a menos que quieras que se haga permanente —respondió el duende, haciendo temblar sus peludas cejas como si estuviera proponiéndome algo morboso.

¡Aaaarggh!

—Cuando dices *quieras* —especifiqué entrecomillando la palabra con los dedos—, te refieres a simplemente desearlo de forma subconsciente o a realizar un acto premeditado en el que se exija pedirlo en voz alta o escribirlo y echarlo en algún buzón mágico.

—¿Qué es subconsciente? —Cuando me quedé mirándolo, el duende encogió los hombros. Me había criado con sirvientes como él en la casa de mi padre, sabía cómo les gustaba jugar con las ambigüedades—. Podemos añadirle una cláusula al contrato en la que tengas que expresar en voz alta que dejas tus recuerdos atrás antes de salir.

—¿Y cuál sería la letra pequeña de ese contrato? —inquirí, recelosa.

—Que las fantasías de otros pueden no ser las tuyas —replicó con un brillo malicioso en los ojos.

Genial, justo lo que me faltaba.

«Es demasiado arriesgado. Tal y como lo ha expresado, entrar ahí puede ser más peligroso de lo que parece», insistió Gabriel, y por una vez tuve que darle la razón.

—¿El peligro está solo relacionado con las fantasías de los demás o hay algo más que debería temer? —me dirigí al hombrecillo, a sabiendas de que la única forma de obtener respuestas reales era haciendo las preguntas adecuadas.

—Solo el que pueda suponerte tus propias fantasías —contestó con una sonrisa torcida, claramente divirtiéndose a mi costa. ¡Imbécil!

No es que lo aprobara, pero a veces entendía por qué había tantos accidentes laborales de duendes. Si hubiera tenido un jardín donde ponerlo como decoración y no acabara de escapar del burdel, le habría pedido a *Madame* Salomé que lo convirtiera en una bonita estatua de piedra, preferentemente con los pantalones bajados o con los brazos en alto chillando histérico, o tal vez una combinación de ambas posturas al mismo tiempo.

—De acuerdo, quiero entrar —declaré con determinación.

Manteniendo esa maldita sonrisa que me sacaba de quicio, se sacó un rollo del bolsillo, lo abrió y dejó que el pergamino se desplegara hasta el suelo. ¡Maldito enano cabrón!

«¡Ni se te ocurra firmar eso!», rugió Gabriel.

—Ahí hay muchas más letras pequeñas de lo que has mencionado —señalé con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras.

—Eso depende de lo que consideres pequeño —replicó el hombrecillo sin inmutarse—. Yo lo soy para unos y para otros soy un gigante. El tamaño es subjetivo.

Respiré hondo, formulando cuidadosamente mi siguiente pregunta:

—¿De qué deberías avisarme si realmente te importase mi bienestar y no lo has hecho?

Sus peludas cejas se alzaron con interés.

—Nada que no sepas por ti misma.

¡Maldito…! ¡Argggh!

—Trae para acá la pluma —exigí, extendiendo la mano.

—Mejor con sangre, por favor —sugirió con un brillo de anticipación en sus ojos.

—*Mejor* que no entres si no quieres convertirte en una de mis fantasías —mascullé por lo bajo mientras sacaba una de mis garras para pincharme en el pulgar.

«¡Andrea, no lo hagas!».

—¿Quién sabe? A lo mejor lo hubiera disfrutado —comentó el duende con picardía.

Se me escapó un resoplido. Lo dudaba.

«No entres ahí. No es seguro y no sabes qué clase de seres te esperan ahí dentro».

Haciendo oídos sordos a las advertencias de Gabriel, estampé el dedo sobre el pergamino, el cual se desintegró de inmediato en diminutas partículas de ceniza.

«Demasiado tarde», pensé.

«No quiero que entres ahí», gruñó Gabriel frustrado.

Rodé los ojos ante su tono. ¿Cómo era posible que el personaje imaginario que yo misma había creado fuera tan protector y posesivo e irritante a la vez? Si alguna vez regresaba al mundo humano, de verdad que iba a tener que plantearme una visita a uno de esos psicólogos o terapeutas que tan de moda se habían puesto durante la última década. Puede que hasta consiguiera hacer desaparecer la voz de Gabriel de mi mente si tenía a alguien real con el que desahogarme. Aunque, a decir verdad, estaba empezando a acostumbrarme tanto a él que iba a terminar echándolo de menos.

«Es el sitio donde me será más fácil alimentarme», intenté razonar con él cuando comencé a sentirme culpable por ignorar sus advertencias y súplicas.

«También en el que más probabilidades tienes de resultar herida o muerta», ladró, alterado.

Tragué saliva. Tenía razón. Era una posibilidad, en especial tras las advertencias del cíclope de la entrada y del duende. Pero ya no había vuelta atrás.

«Estoy en las últimas», confesé. «Mis pensamientos son cada vez más confusos».

Gabriel soltó un pesado suspiro.

«Está bien. Si acabas drenando a alguien, mejor que no haya testigos». Hizo una pausa antes de continuar: «Pero cuando entres, tómate un momento para encontrar un rincón tranquilo desde el que puedas estudiar y valorar el ambiente. Si no puedes ver, usa tus otros sentidos. No te lances a lo loco».

«¿Te quedarás conmigo?».

Hubo un silencio.

«Estaré contigo», prometió y, por algún motivo, eso me hizo sentir mejor.

El duende de la entrada se apartó aburrido, como si cualquier rastro de interés por mí se hubiera desvanecido junto con el contrato, y me dejó pasar.

—La ropa se queda en el vestíbulo. Nada de armas o pertenencias personales. Si no se

respetan las reglas, al pasar por el arco final, se desintegrarán.

En cuanto cerró la puerta a mi espalda y me encontré en una pequeña sala de paredes negras, donde solo había una mesa rectangular cubierta por un largo y sencillo paño negro y una caja vacía, mi valor desapareció. No me gustaba la idea de quedarme desnuda en un sitio desconocido sin saber qué era lo que me esperaba, y tener que dejar mis dagas atrás me hacía sentir aún más vulnerable.

Desde que había perdido mi inmortalidad, había pasado por muchas fases y ninguna de ellas era especialmente buena, pero era la primera vez que me sentía tan débil y frágil como una humana y no podía decir que eso fuera un sentimiento agradable. ¡Joder! ¡Lo que habría dado por recuperar la fuerza y resiliencia que caracterizaba a los de mi especie!

Agachándome, saqué las dagas de mis botas y las dos que tenía guardadas en mi espalda. Las contemplé con una enorme presión en el pecho. Eran lo único que me quedaba de mi vida anterior. No eran ni mucho menos las más caras o las más bonitas que había sujetado en mi vida, pero habían sido las que me había comprado con mi primer sueldo. Había sido un momento especial, de los pocos en los que había sido feliz y me había sentido orgullosa de mis logros. La idea de perderlas era como si mis últimas esperanzas de regresar a la normalidad fueran a desaparecer con ellas.

Mi estómago eligió ese instante para recordarme que mi tiempo se estaba acabando. Con un jadeo, me doblé sobre mí misma y mis garras se hundieron en el pesado mantel negro dejando tras de sí cuatro largos rasgados. Como si la tela tuviera vida propia, las largas líneas desgarradas se volvieron a unir sin dejar ningún rastro atrás.

«¿Andrea?», Gabriel sonó alarmado.

«Yo… ¡Diosa! Creo… creo que voy a morir», jadeé.

«¿La sed?».

«Síií… Aaah». Intenté llevar aire a mis pulmones para no desmayarme. «Es como si mi estómago se estuviera volviendo del revés. ¡Duele! ¡Diosa, cómo duele!».

«Tienes que desnudarte y pasar por ese arco antes de que sea demasiado tarde», me presionó con urgencia. «¡Hazlo!».

Por una vez agradecí su manía de darme órdenes, porque consiguió sacarme de mi estupor y empujarme a obedecerlo, a pesar del esfuerzo que me supuso mantenerme en pie. Tan pronto como coloqué las dagas con cuidado sobre el montón de ropa, la caja desapareció junto a la mesa, dejándome solo una opción: seguir y pasar por las cortinas negras que cubrían la puerta al fondo de la estancia.

«No te lo pienses siquiera, pasa al otro lado».

Para darme valor, imaginé que era Gabriel quien me esperaba allí y que, por una vez, no me estaba hablando desde mi cabeza, sino desde la habitación que se encontraba más allá del arco.

En cuanto atravesé el umbral, las cortinas se solidificaron a mi espalda como si acabaran de convertirse en una pared y el mundo pareció transformarse. Me envolvió una oscuridad tal, que ni con mis desarrollados sentidos pude ver a un palmo de mis narices. El silencio fue sustituido por una cacofonía de susurros, ronroneos, gritos, jadeos y ruegos. Se entremezclaban con el olor a sexo y pecado y eran tan intensos que casi podía saborearlos sobre mi paladar.

Pero, sobreponiéndose a todos aquellos estímulos, estaba el sonido de los corazones y la sangre, que corría con tal frenesí por las venas de los que se encontraban allí que era fácil imaginar cómo me salpicaría la boca cuando les mordiera en el cuello… Si lo hacía, porque solo había un aroma que me interesaba en realidad. Uno dulce, suave, con un cierto trasfondo especiado, que prometía derretirse sobre mi lengua, dejando que descubriera sus secretos si solo

me permitía el lujo de recrearme en él.

El delicioso olor predominó sobre los demás y me hizo salivar con un nuevo tipo de hambre, uno que no tenía nada que ver con la sed y sí con una repentina necesidad por bañarme en aquella esencia, haciéndola mía y conservándola para mí para el resto de la eternidad.

«¿Te encuentras bien?». La pregunta de Gabriel apenas penetró en mi consciencia.

Abrí la boca y volví a cerrarla.

«Hay alguien aquí… ». Me pasé la lengua por los colmillos. Me pulsaban de una forma dolorosa debido al veneno que se estaba acumulando en las glándulas situadas tras ellos. «No sé quién es, ni por qué, pero me muero por probarlo, y creo que viene en mi dirección. Puedo sentirlo más cerca».

«Retrocede hasta la pared y deja que venga a ti». La orden ronca de Gabriel se extendió por mi bajo vientre con un cálido cosquilleo.

«¿Y si se va con otra o lo pierdo?». *¡Mío!* La idea hizo saltar mis garras. Aquella criatura era mía y no pensaba compartirla con nadie.

«¿Crees en el destino?». No era una pregunta, sino una exigencia.

«Lo que creo es que el destino es un maldito hijo de puta que la tiene tomada conmigo», mascullé, inspirando con un gemido el aroma que iba nublándome los pensamientos con cada paso que se acercaba.

La carcajada masculina que resonó en mi mente fue baja y peligrosa y solo incrementó más la turbación que ya me había invadido.

«Piensa de él lo que quieras, pero el muy cabrón no te quiere muerta». Algo en la voz de Gabriel no encajaba con su risa, pero estaba tan distraída con la magnética presencia cada vez más próxima que hacía que mi cuerpo entero reaccionase a ella, que no fui capaz de centrarme lo suficiente como para encontrar un motivo que justificara esa impresión.

Capítulo Veintitrés

ANDREA



El origen del delicioso aroma que estaba haciéndome perder la cordura se detuvo a escasos pasos de mí. No podía verlo, pero podía sentirlo con cada célula de mi ser. Era como si su poderosa aura abarcara el espacio que me rodeaba y hacía desaparecer el ruido superfluo.

«¡Diosa!», gemí para mis adentros, sin importar que Gabriel pudiera escucharme.

«Sabes lo que está a punto de ocurrir», me preguntó Gabriel con una extraña ausencia de inflexión en su voz. «¿Es lo que deseas?».

¿Desear? Aquel era un término demasiado débil que apenas rozaba la superficie del ansia que me consumía.

«¡Lo necesito!».

«Ese no es un motivo lo bastante bueno para lo que está a punto de suceder».

¿No lo era? No habría podido confirmarlo. Las manos me temblaban, el veneno de mis colmillos me goteaba sobre la lengua incrementando la sensibilidad de mi piel, y mi cuerpo al completo clamaba por el contacto con aquel ser.

«Él es todo lo que necesito, lo único que necesito», recalqué.

Fue puro instinto lo que me impulsó hacia delante. Me abalancé sobre la presencia desconocida, rodeando su robusta nuca con mis brazos y su estrecha cintura con mis piernas.

—¡Mío! —siseé, más animal que mujer, antes de devorar su boca con la mía, sin importar que mis colmillos chocaran contra los suyos, desprendiendo algunas gotas de mi veneno o que algo en mi interior amenazara con desprenderse de mí para fundirse con él.

Por un instante se congeló. Fue un latido, quizás dos los que ambos perdimos. Pero entonces, sus grandes manos me sujetaron con firmeza por el trasero y avanzó hasta acorralarme contra la pared. El impacto me dejó sin aliento, pero por nada del mundo me habría despegado de él cuando su fiera erección pulsaba contra mi vientre, dejando un rastro húmedo sobre él con la promesa de lo que estaba por llegar.

Iba a llenarme, a fundirse conmigo, mientras yo me alimentaba de él e… Incapaz de esperar un segundo más, le recorrí el cuello con labios y lengua y busqué con ansia la vena que iba a calmar mi desesperada sed. Sin embargo, antes de que pudiera hincarle los colmillos, sus dedos se hundieron con crueldad en mi cabello y me mantuvieron apartada.

—Por favor —gemí con tal desesperación que me costó reconocer mi propia voz. Me embargó un frenesí imposible de dominar. Luché contra el férreo agarre del desconocido, ignorando las punzadas de dolor en mi cuero cabelludo con tal de alcanzar su cuello, una vena… En realidad, cualquier parte de su cuerpo que me permitiera saborear su esencia y reclamarlo como mío.

El olor de la sangre que manaba de los arañazos que iba dejando sobre su piel intensificó la

urgencia y el ingente vacío en mi estómago. La poca racionalidad que conservaba me advirtió que, si me excedía, iba a dejarme y alejarse de mí. La simple idea de que lo hiciera consiguió que un sudor frío me recorriera la piel, pero no fue suficiente para que otra parte de mí, una más salvaje y posesiva, luchara con él para dominarlo y demostrarle que me merecía que fuera mío.

Él no me lo permitió y no había nada que pudiera hacer contra su fuerza inhumana, aunque eso no me impidió seguir intentándolo.

«¡Basta ya!». La voz de Gabriel retumbó en mi mente como un trueno, arrancándome un gemido lastimero. Casi al mismo tiempo, el desconocido rugió y me mordió el labio inferior. Mis garras se clavaron en sus hombros cuando relamió la sangre que me había hecho.

«Vas a hacerte daño si no te sometes», gruñó Gabriel algo más apaciguado.

«¡Tengo hambre! ¡Me muero! ¡Lo necesito!», repliqué entre sollozos, aferrándome a la cabeza del desconocido cuando succionó uno de mis pezones. Jadeé de placer, mientras hacía que mi cuerpo entero vibrara de necesidad por él.

«Entonces, deja que te alimente».

«Él no sabe…».

«Puede sentirlo. Te dará lo que necesitas si le dejas».

«Gabriel…». Lo que iba a decir se evaporó de mi mente cuando sus dientes rozaron mis pezones.

Raspado…

Pinchazo…

Dolor…

«Shhh… confía en mí».

¡Diosa!

La lengua de mi amante sin rostro aleteó alrededor del sensible manojo de nervios hasta que el placer se tornó casi tan agónico como el dolor.

Alcé mis caderas, recorriendo su gruesa erección para situarlo a mi entrada, pero de repente, con sus manos en mi cintura, me desenganchó de él y me colocó sobre el suelo. Me sujetó hasta que conseguí mantenerme de pie, me giró hacia la pared y me prendió ambas manos con una de las suyas, mientras me obligaba a abrir las piernas y arquear la espalda.

«¿Todo bien?». Gabriel empezaba a sonar tan agitado como yo. ¿Estaba contagiándolo con mis emociones?

«Yo… No lo sé». Podía sentir mi humedad recorriéndome la parte interna del muslo y enfriándose al contacto con el aire. Lo último que quería era que el desconocido se diera cuenta de cuánto me afectaba y de lo desesperada que me tenía.

«¿Qué necesitas?», exigió Gabriel en un susurro.

Me estremecí ante la suave caricia de la áspera palma que me recorrió la columna vertebral en un gesto tranquilizador.

«Yo… Yo…». Se me escapó un sollozo tembloroso cuando su mano pasó por mis nalgas y traté de incorporarme antes de que descubriera mi secreto, pero su agarre me mantuvo atrapada y no hubo nada que pudiera hacer por evitar que mi amante anónimo alcanzara mi sexo y la espesa humedad que se había acumulado allí.

Lo último que esperé oír fue un ronco ronroneo cuando hundió uno de sus gruesos dedos en mi interior, haciéndome apretar los muslos, no sé si para evitar que retirase la mano o para que la nueva corriente de calor líquido llegara a gotear el suelo.

Me esperé menos aún que usara ambas manos para separarme las nalgas y que utilizase su lengua para beber de mí como si yo fuera un manantial de agua fresca y él una criatura sedienta

atrapada en el desierto. Mi clítoris vibraba con cada pasada de su lengua y mis músculos internos se encogían alrededor de su grueso pulgar, incrementando las sensaciones.

Mis garras se hundieron en los tableros de la pared y mis pies se pusieron de puntillas, como si se hubieran puesto de acuerdo con mis caderas en facilitarle el acceso.

«¡Gabriel!».

«¿Sí?».

«¡Diosa!».

«¿Qué necesitas?», exigió con un tono oscuro, áspero, casi animal.

«A ti… A… a… él».

«No hay ningún *él* y ninguna Diosa aquí, solo tú y yo, y es mi nombre el que vas a gritar cuando te corras, el mío y el de nadie más, ¿lo entiendes?». Le habría dado el mismísimo infierno en una bandeja de plata si me lo hubiera pedido en ese momento. «¿Lo entiendes, princesa?», exigió.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Gabriel! ¡Así! ¡Sí! —chillé fuera de mí cuando mi amante atrapó mi clítoris en su boca con una fuerte succión y añadió un segundo dedo en mi interior acelerando el ritmo con una exigente persistencia. En cuestión de dos, tres penetraciones, mi cuerpo entero convulsionó y mis piernas flaquearon con la potencia de sus involuntarias sacudidas—. ¡Gabrieeeeellll…!

Por unos tres segundos, el tiempo exacto que el desconocido tardó en apartarse de mí y ponerse de pie, a pesar de que aún me contorsionaba en éxtasis, pensé que había metido la pata gritando el nombre de otro hombre, pero justo en ese instante sus fuertes manos se posaron en mi cintura para mantenerme quieta y mi grito reverberó por la sala cuando me embistió de una sola estocada, obligándome a sujetarme contra la pared para no acabar aplastada contra ella. Con el orgasmo anterior aún en pleno auge, cada uno de sus envites me hizo rezar para que nunca se detuviera.

«¡Gabriel! ¡Gabrieeeeel!».

«¡Ruégame por ello! ¡Ruégame por mi sangre, preciosa!».

Era absurdo que la voz de mi mente me pidiera aquello, una completa locura y, aun así, no hubo dudas ni titubeos cuando abrí la boca.

—Por favor, por favor, Gabriel, te lo suplico. Necesito tu sangre.

El desconocido me tiró del cabello con brusquedad y me obligó a arquear la espalda sin detener sus embestidas. Estaba segura de que al día siguiente tendría marcados sus dedos en mis caderas y agujetas hasta en el cielo de la boca, pero cuando su antebrazo apareció ante mis labios como una ofrenda sagrada, me aferré con ambas manos a él y hundí mis colmillos en su piel especiada. Su esencia, rica y espesa, inundó mi paladar y se deslizó por mi garganta como un elixir reservado en exclusiva para mí.

Lo sentía dentro de mí, a mi alrededor y hasta en lo más profundo de mi alma. Me convertí en un torbellino de sensaciones y necesidades, dispuesta a someterme a él de cualquier forma que deseara o necesitara. Con cada sorbo de su sangre, mi placer se intensificaba, lanzándome una y otra vez al borde de la locura más absoluta.

Tenía que parar, lo sabía, pero era imposible. Deslizó su mano libre por mi entrepierna, aprisionando mi clítoris entre los labios mayores, exprimiéndome un orgasmo tras otro mientras me atravesaba como si pretendiera fundir nuestros cuerpos en uno solo.

«Gabriel, es… es… demasiado… ¡No puedo más!».

Por una vez, tanto la voz de mi mente como el desconocido que me embestía como si se le fuera la vida en ello, me ignoraron. Dientes afilados rasparon la delicada piel de mi cuello, haciéndome pensar que también él iba a morderme. La idea debería haberme llenado de pánico,

haberme hecho escapar o al menos haberme llenado de rechazo, pero no ocurrió. En cambio, ladeé la cabeza y me ofrecí a él.

—¡Mía! —la exclamación ronca y gutural, casi ininteligible junto a mi oído, al mismo tiempo que presionó mi clítoris con sus dedos, fue lo que me llevó a una explosión que pareció desintegrarme en luz, placer y dolor, trasportándome más allá de un horizonte que desconocía que existiera. Eché la cabeza atrás, su sangre cálida y exquisita corriéndome por la barbilla y el nombre de Gabriel convertido en una plegaria que escapaba una y otra vez de mis labios.

Lo último que penetró en mi consciencia fue el rugido animal que sonó a mi espalda, o tal vez fuera en mi mente, mientras un calor líquido me llenaba el vientre y se derramaba por mis muslos, al ritmo en que la contundente erección de mi amante desconocido pulsaba en lo más profundo de mi ser y sus brazos eran lo único que me sostenía en pie.

Su corazón y el mío latían al unísono, casi habría afirmado que nuestros cuerpos enteros lo hacían. Descansé mi rostro contra la fría pared y él apoyó un brazo al lado de mi cabeza para sostenerse, o sostenernos a ambos, dado que seguía manteniéndome. erguida con un brazo alrededor de la cintura, mientras ambos luchábamos por recuperar el aliento.

«¿Te encuentras bien?».

«¿Gabriel?». Incluso en mi mente resonó mi sollozo sin lágrimas.

«Estoy aquí, princesa. Estoy aquí», susurró como si compartiera mi angustia.

«Yo… Yo…».

El desconocido apoyó la cabeza contra mi hombro en un gesto que resultaba extrañamente íntimo.

«Shhhh…».

«Me imaginé que eras tú, todo este tiempo pensé que eras tú el que estaba conmigo y fue tan… tan real», le confesé en un susurro. «Yo quería que fuera real».

A mi espalda, el desconocido se puso rígido y, por un momento, pensé que iba a soltarme. Me tensé, preparada para deslizarme al suelo, porque sabía que sería incapaz de mantenerme de pie sin él. Por suerte, no se movió y me siguió sujetando.

«¡¿Gabriel?!», lo llamé alterada al darme cuenta de que no me había respondido.

«Shhh, estoy aquí».

«¡No me has respondido!».

«Lo siento, solo necesito un momento».

«¿Estás enfadado conmigo?». La idea me hizo separarme del desconocido y apoyarme en la pared hasta resbalarme al suelo.

No quería hacerlo, de hecho, ya sentía la ausencia de su fuerza, su aura y su calor, pero me importaba más Gabriel, aunque solo fuera una voz en mi mente y un producto de mi imaginación.

«No. No», confirmó unos segundos más tarde con más firmeza. «Solo necesito un momento».

Me abracé a mis rodillas y me mecí mientras el desconocido se alejaba por la oscuridad, abandonándome sin una palabra de despedida o reconocimiento. Tuve que morderme el puño para no gritar y pedirle a voces que regresara.

«No me dejes. Por favor, no me dejes», rogué muda, sin saber muy bien si era a Gabriel, al hombre que había construido a mi medida en mi imaginación, o al amante anónimo al que jamás volvería a ver.

Capítulo Veinticuatro

ANDREA



Al salir de la sala oscura, mis emociones y pensamientos eran un caos total, pero físicamente me sentía mejor de lo que había hecho desde la noche en que llegué al Inframundo. En realidad, mejor que mucho antes de llegar allí.

Un cuerpo desnudo tropezó conmigo justo antes de alcanzar la salida señalada con un símbolo luminoso.

—¡Ups! ¡Perdón! —Una morena con el cabello revuelto y un brillo travieso en los ojos, abrió la cortina con una risita, dejando entrar un tenue haz de luz. Reculé sobresaltada y encogí la nariz ante el intenso perfume floral y el algo amargo a sexo que trajo consigo la repentina brisa—. Vale, vale, no hace falta que te pongas así. No tengo ninguna enfermedad venérea y estoy segura de que las dos venimos de hacer lo mismo. Igual hasta nos hemos cruzado y hecho más que solo rozarnos un poco —se burló ofendida, con las manos en alto y una mueca altiva desfigurándole el hermoso rostro.

Abrí la boca para volver a cerrarla. No le debía ninguna explicación y tampoco deseaba dársela. La quería lejos de mí, no porque supusiera ningún peligro o por su desnudez, sino porque mi piel estaba tan sensible que incluso la suave brisa que se colaba por las cortinas resultaba incómoda. Además, algo primario y animal en mi interior se negaba a que el delicioso aroma que mi amante había dejado marcado sobre mí se viera contaminado por ella.

Era una actitud irracional, era consciente de ello, pero no podía evitarla, y confesarle algo tan íntimo a una extraña como ella quedaba descartado.

«¿Gabriel?».

«¿Sí?».

Bastó escuchar su voz para sosegarme.

«Nada. Solo quería confirmar que seguías ahí. Llevas mucho tiempo callado».

«Estoy aquí. Puedes sentirme. No vas a librarte con tanta facilidad de mí».

Mi corazón dio un respingo. Era cierto, no me había dado cuenta hasta que lo mencionó. Ya no se encontraba solo en mi mente. Podía sentirlo dentro de mí como una presencia que llenaba el vacío en mi pecho. Era una sensación cálida y reconfortante, la misma que producía un abrazo de alguien cercano, solo que desde el interior. ¿Cómo era posible? ¿Mi locura estaba progresando?

«Solo… vístete y sal de este sitio», pidió Gabriel en lo que parecía casi un ruego.

Me mordí el labio inferior y gemí cuando el leve dolor y el sabor metálico de la pequeña costra, me recordaron con un estremecimiento cómo me había mordido mi amante sin nombre y el modo en que había lamido mi sangre después.

Intenté no pensar en él ni en lo ocurrido, ni en cómo seguía sintiendo sus manos, su cuerpo

contra el mío, en mi interior, o cómo su esencia aún se deslizaba por mis muslos con cada paso que daba. Necesitaba centrarme en Gabriel. Él era lo único importante ahora, y sonaba cansado, turbado. No mucho mejor que yo. Imagino que tenía su lógica, considerando que residía en mi mente y que, probablemente, también estaba afectado por mis emociones, pero eso no me hacía sentir mejor o menos preocupada.

«¿Me lo prometes?».

«¿El qué?».

«Que no me lo pondrás fácil para librarme de ti», aclaré.

«Eso es de las pocas cosas que te puedo prometer de verdad». Parecía sincero, ¿por qué entonces sonaba tan apagado?

«Gabr…».

«Vístete y sal de aquí, princesa. Me sentiré más tranquilo cuando lo hagas».

Con un suspiro, di un paso hacia la salida, pero me detuve en seco. La morena seguía allí, sujetando el extremo de la cortina, indiferente a cómo la tenue luz realzaba su generosa silueta desnuda. Me miraba como una reina que esperaba que yo, su súbdita, se postrara ante ella.

—¿Piensas apartarte de ahí? —exigí con frialdad—. Tengo prisa.

La morena entrecerró los ojos. Yo rodé los míos. ¿En serio?

—Yo que tú tendría cuidado, no tienes ni idea de quién soy.

Se me escapó un resoplido. Podía no conocer su nombre o donde vivía, pero sabía a la perfección quién era. Nobles, ricos y privilegiados como ella abundaban en la corte de Azrael, y dudaba que las cosas fueran diferentes en el inframundo. No necesitaba su identidad individual. La mujer estaba cortada por el mismo patrón que otras muchas de su clase, quizás hasta como yo misma había sido en el pasado.

—De acuerdo, tendré cuidado —espeté—. ¿Ahora podrías apartarte?

—¡¿A dónde cree que va, mi preciosa dama?! —Dos demonios azulados, gemelos en apariencia, aparecieron junto a la morena. Uno se situó a su espalda besándole el cuello, mientras el otro se colocó frente a ella acallando sus débiles protestas con una ofensiva directa de su boca.

—Tengo que irme —jadeó la morena, sin ofrecer mucha resistencia a la tentación. Creo que hasta se olvidó de mí por completo—. Ya llego tarde a la fiesta.

Ante la mención de la fiesta, me erguí alertada. ¿Se refería al evento popular donde se encontraba el circo o a la que estaban celebrando en el castillo? Tenía que ser la segunda, ¿verdad? No podía llegar tarde a una fiesta en la que ya se encontraba. No tenía sentido.

Se lo habría preguntado para confirmarlo, pero dudaba que pudiera hablar con la lengua grisácea del demonio buscando tesoros ocultos en su boca. ¡Mierda!

Vacilé un instante. ¿Cuánto le llevaría terminar? Un vistazo a cómo el demonio se preparaba para abrirse paso entre sus muslos me confirmó que no sería cuestión de unos pocos minutos.

Con un resoplido exasperado me deslicé por el hueco de la cortina que ella seguía sujetando, a pesar de que ahora sus piernas rodeaban la cintura del demonio que la embestía mientras su hermano sostenía sus redondeados pechos como si la ley de la gravedad fuera una ofensa para ellos.

Solo esperaba que ninguno de ellos me prestara atención mientras recuperaba mi ropa y me vestía. Lo último que deseaba era tener público, y podía imaginarme demasiado bien los aires de superioridad de ella cuando me viera poniéndome la ropa holgada y bien usada de Riguel. No me avergonzaba llevarla (o quizás sí, un poco), pero no me quedaba más remedio que admitir que con uno de mis antiguos vestidos, o al menos con algo más apropiado y de mi talla, me habría sentido más segura de mí misma en semejantes circunstancias sociales.

Los hombres podían pensar lo que quisieran de las mujeres, pero una vestimenta de calidad y un poco de maquillaje, a veces protegían mejor que una armadura de titanio y también la hacían a una más fuerte contra las adversidades.

Me recorrió un escalofrío nervioso al descubrir las dos cajas que esperaban sobre una mesa idéntica a la que me encontré a mi entrada al recinto. Me bastó una mirada furtiva a mi espalda y un vistazo rápido al contenido de las cajas para tomar una decisión precipitada.

Con un movimiento ágil, recuperé mis dagas con una mano, en tanto con la otra vaciaba la segunda caja sobre la mesa, justo antes de que la morena soltara la cortina y que su caja se desvaneciera.

Conteniendo la respiración en anticipación, examiné el botín esparcido ante mí: un vestido de terciopelo verde con intrincados bordados, un antifaz y varios complementos a juego que me permitirían fundirme y pasar desapercibida entre los invitados al castillo. No obstante, lo que hizo que mi corazón se acelerara fue el sobre de color burdeos que había caído a mis pies.

Capítulo Veinticinco

ANDREA



Al cruzar el amplio umbral del salón de baile, dejé de respirar. Era imposible negarlo: en el inframundo sabían cómo organizar una celebración. El vasto y lujoso espacio de mármol veteado, oro bruñido y cristal tallado resplandecía con la luz de cientos de piedras fuego suspendidas en el aire, que iluminaban las mesas repletas de apetitosos manjares. Pirámides de copas de cristal se alzaban como esculturas efímeras, en las que un líquido iridiscente fluía de unas a otras en un perpetuo movimiento, mientras que las vidrieras multicolores proyectaban sombras caleidoscópicas sobre el suelo pulido, creando un efecto hermosamente etéreo y fantasmal, que parecía balancearse al son de la música.

Los bailes en la corte de Azrael habían sido legendarios, pero palidecían en comparación con aquel despliegue de magia y opulencia. La música parecía surgir de la nada, como si el propio aire vibrara con notas invisibles, y los músicos, si los había, debían de ser almas perdidas capaces de ser escuchadas sin ser vistas.

Secándome con disimulo las palmas húmedas en la falda de mi vestido de terciopelo, escogí un aperitivo de aspecto exótico y una copa de una de las bandejas flotantes que pasaron con sigilo a mi lado. Mis ojos recorrieron la multitud de la sala en busca del característico cabello cobrizo de la Bruja del Este.

La diversidad de los invitados era fascinante y muy diferente a lo que estaba acostumbrada de mi vida anterior: demonios con cuernos retorcidos y piel escamosa que reflejaba la luz como joyas vivientes, conversaban animadamente con brujas ataviadas con suntuosos vestidos, en cuyos generosos escotes exhibían sus talismanes protectores que pulsaban con energía elemental. Hechiceros envueltos en túnicas adornadas con runas y misteriosos símbolos arcanos, que se transformaban y movían sin motivo aparente, intercambiaban miradas cómplices con arpías de cabellos de hermosas plumas tornasoladas y rostros tatuados con intrincados diseños; y criaturas más mundanas, como sátiros y centauros, se deslizaban con sorprendente gracia por la pista de baile.

Constaté que todos y cada uno de ellos portaba una elaborada máscara o antifaz que los ocultaba en mayor o menor medida, algunas tan fantásticas que parecían poseer vida propia y me hacían preguntarme cómo alguien querría colocarse algo tan escalofriantemente vivo sobre la cara.

Me abrí paso entre la multitud, esquivando alas y colas, hasta encontrar un rincón tranquilo desde donde pasar desapercibida mientras seguía escrutando el recinto.

Era una suerte que el vestido que le había robado a aquella engreída morena del circo, poseyera un hechizo de adaptación para ajustarse a la anatomía de quien lo vistiera. De otro modo, dudaba mucho que hubiera logrado pasar desapercibida en un lugar como aquel, donde el

lujo y la elegancia eran el pan de cada día. Para ser una dimensión que, a primera vista, parecía desangelada y pobre, el inframundo bien que mimaba a su élite.

Con un largo suspiro, barrí la sala con la mirada una última vez. Ni una sola persona tenía un cabello cobrizo como el mío, ninguna… Excepto una.

Se encontraba en lo alto de la escalinata, observando a los invitados, con las manos apoyadas sobre la barandilla de piedra labrada, como si aquel fuera su reino y el resto de los que nos encontrábamos allí poco más que hormigas sin importancia. Sin apartar la mirada de la gente, la bruja asintió mientras un demonio de piel rojiza y ojos de obsidiana le susurraba algo al oído.

Me congelé en el sitio y tragué saliva, o al menos lo intenté. Era difícil hacerlo con la boca repentinamente reseca. ¡Lo había conseguido! La había encontrado. Tenía a la Bruja del Este a mi alcance. ¿Y ahora qué? No tenía ni la más mínima idea de qué hacer.

Mi plan había sido encontrarla, no me había planteado nada más allá. Me aterraba la idea de que pudiera volver a poseerme y manipularme a su antojo, pero me aterraba aún más tener que pasarme el resto de mi vida huyendo de Gabriel y los cazarrecompensas de Azrael, siempre mirando por encima del hombro y sin un momento de paz.

Tenía que hablar con ella y convencerla de que esta vez me escuchara y me diera una oportunidad. El problema era que no tenía nada que ofrecerle a cambio y, si algo había aprendido de esa mujer, era que no hacía nada que no le trajera algún tipo de beneficio. ¡Mierda! Lo único que me quedaba era yo misma. ¿Estaba dispuesta a entregarle mi vida o mi alma a cambio de sobrevivir?

«¿Qué te ocurre?», preguntó Gabriel, alerta. «Puedo sentir tu ansiedad».

Habría soltado una carcajada histérica de haber podido. ¿Ansiedad? ¡Estaba aterrorizada!

«La he encontrado, a la Bruja del Este».

Hubo un silencio.

«¿Piensas acercarte a ella?», preguntó con cautela.

La sola idea me revolvió el estómago.

«Tengo que hacerlo».

«¿Por qué?».

Tomé una profunda inspiración y solté el aire despacio.

«Porque ahora soy mortal. Mis probabilidades de supervivencia serán mayores si consigo convencerla de que me ayude. En la dimensión humana tendría una oportunidad, pero ¿aquí? Será un milagro si sobrevivo durante un año, y nada me garantiza que, cuando regrese a la dimensión humana, no vuelva a tener a cazadores pisándome los talones para acabar conmigo».

«¿Y crees que la bruja accederá a lo que sea que vayas a pedirle?».

Estudié a la mujer en lo alto de la escalinata. Si hubiese sido humana, le habría echado unos cuarenta años por su apariencia, pero incluso bajo su porte frío y altivo, nadie podría haber negado su belleza.

«No», admití con sinceridad. «Ya lo intenté una vez y se rio en mi cara».

«Entonces, ¿por qué arriesgarte a llamar su atención sobre ti?».

«¿Qué otras opciones tengo? Sé que no me amparará sin más, pero si me dejara servirle a cambio de su protección… Tal vez pueda acercarme lo bastante a ella como para encontrar alguna prueba que demuestre mi inocencia. Incluso si solo consiguiera información que le interesara a alguien como Azrael, me permitiría llegar a un acuerdo para conseguir mi amnistía, o al menos la protección de alguien poderoso».

Otra posibilidad era que la bruja me devolviera mi inmortalidad, pero dudaba que pudiera pagar el precio que eso requeriría.

«Lo estás diciendo en serio», constató Gabriel después de un momento, como si no hubiera creído mis intenciones hasta ahora.

Intenté evitar que me afectara, pero… ¡Caray!

«¡Pues claro que lo digo en serio!».

—Veo que le interesa mi prima —dijo una voz profunda y algo ronca a mis espaldas—. Aunque si me permite una recomendación, yo que usted no me acercaría a ella esta noche.

—¡¿Qué?! —Con una mano en el pecho, me giré precipitada hacia el dueño de la voz.

Incluso con el elegante antifaz plateado que le cubría media cara, podía afirmar sin lugar a dudas de que era uno de los hombres más atractivos y poderosos con los que me había cruzado jamás. Y eso, viniendo de la ex del rey de los vampiros y la actual…, bueno, la actual *no-shangrile* de Gabriel, aquello ya era decir algo.

«Andrea, aléjate de él. Ahora mismo», me llegó la orden urgente de Gabriel.

«Vamos a tener que hablar muy en serio sobre tu tendencia a ponerte celoso y posesivo a la más mínima», lo reñí. «Solo estoy conversando con él».

«¡No son celos, maldita sea! ¡Es peligroso! Mucho más de lo que puedas imaginarte».

Eso me detuvo en seco. Los impresionantes ojos del desconocido, de un azul tan intenso que parecían zafiros líquidos iluminados desde dentro, me estudiaban con una mezcla de curiosidad y diversión. Habría mentido si dijera que no podía detectar la oscuridad que lo rodeaba, pero por el momento no mostraba signos de que fuera a atacarme o hacerme daño. Al menos, todavía no.

Su físico era imponente, atlético, y en lugar del característico aroma a hierbas medicinales que podría haberse esperado de un brujo, olía a cuero, tabaco y miel. Sin embargo, la cantidad de magia pura y poderosa que lo envolvía, y que se manifestaba ocasionalmente como un vapor azulado que emanaba de él, no dejaba lugar a dudas de lo que era. ¿Quizá un mestizo? Había algo animal en él, algo salvaje y primario que no conseguía reconocer o asociar con nada con lo que me hubiera cruzado nunca.

Sus abundantes mechones plateados, contrastaban con su cabello oscuro y corto que llevaba despeinado como si a lo largo de la noche hubiera pasado los dedos en repetidas ocasiones. Le otorgaban una imagen irreverente y enviaban el mensaje de que no le importaban las formalidades de un evento social como aquel.

Señaló con la barbilla hacia la barandilla del primer piso.

—Eleora, o Gilda como la llaman aquellos con permiso para tutearla. —Sus definidos labios se curvaron en una sonrisa ladeada—. La hice enfadar a su llegada. No le recomendaría darle la oportunidad de desahogarse con usted. Puede ser bastante vehemente y extremista cuando se deja llevar por su genio.

—¿Y es su prima? —Se me aceleró el pulso. ¿Tal vez podía ayudarme si conseguía convencerlo de ello? Necesitaba aliados y con que me encontrara un momento oportuno para hablar con ella me bastaba.

—Eso afirman algunos —respondió con un encogimiento de hombros—, aunque ella solo lo hace cuando me necesita para algo.

Mis esperanzas cayeron en picado. Disimulé mi decepción vaciando mi copa. Si no se llevaban bien, no me sería de mucha ayuda.

—Permítame ofrecerle otra copa.

—Por supuesto. —Le ofrecí una débil sonrisa y le entregué la que tenía cuando alargó la mano.

En el instante en que sus dedos rozaron los míos, una chispa de energía recorrió mi piel. Reprimí un escalofrío. Donde el desconocido del circo había sido todo calor, éste poseía una

cualidad helada al tocarlo.

El atractivo desconocido llamó con un chasquido a una de las bandejas flotantes. Sin preguntarme, eligió una elegante copa sobre cuya superficie flotaba una capa de nata congelada, coronada con algunos arándanos y moras de un intenso color púrpura.

Cuando extendí la mano para aceptarla, me detuvo con un dedo alzado y una mirada traviesa. Invocó una pequeña llama azul en su palma y la dejó caer en la copa, haciendo que danzara sobre la superficie mientras el aire se llenaba de un delicioso dulzor acaramelado con un toque frutal.

—Ahora, pruébelo. Es una especialidad de la casa. —Me entregó la bebida con un guiño.

«¡Andrea! Tienes que largarte», me advirtió Gabriel con urgencia. «Lo digo en serio».

Capítulo Veintiséis

ANDREA



Fue imposible ignorar la preocupación y urgencia en la voz de Gabriel. Imaginario o no, yo lo creía. Había algo en ese desconocido de cabello blanco y alucinantes ojos azul hielo que no encajaba. Nadie tan poderoso como él se comportaba de un modo tan sencillo y casual, y nadie ignoraba los convencionalismos sociales a menos que estuviera en la cima o en el fondo de la escala. Por algún motivo, sospechaba que en este caso se trataba de lo segundo.

Alcé la cabeza para comprobar que la bruja permanecía junto a la barandilla de la primera planta y de paso encontrar una ruta de escape por si me hacía falta, pero mi corazón se saltó un latido a la par que por mi columna se deslizaba una sensación helada.

«¡Mierda! Nos está mirando todo el mundo».

Y cuando decía «mirando», no me refería a simples miradas curiosas. Los asistentes habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para estar pendientes de nosotros. Incluso la Bruja del Este me estaba estudiando con los ojos entrecerrados. ¡Genial! No había conseguido acercarme a ella, pero ya me había encontrado.

«¿Por qué crees que te estoy avisando para que te largues?», preguntó Gabriel con exasperación.

«¡Dijiste que era peligroso, no que estábamos llamando la atención de todo el mundo! ¡No puedo permitirme el lujo de que la gente se fije en mí!».

«Demasiado tarde. La única solución es que salgas de ahí cuanto antes».

Muy gracioso. ¿Cómo iba a escaparme cuando nadie me perdía de vista? ¿Y por qué me miraban? ¿Habían descubierto que me había colado? ¿Se habían enterado de la cuantiosa recompensa sobre mi cabeza?

—¿Todo bien? —la voz aterciopelada de mi improvisado y atractivo acompañante me sacó de mis pensamientos.

—¡Oh! ¡Eh…! ¡Sí! ¿Gracias? —Le dediqué una sonrisa que esperaba fuera convincente y contemplé con recelo la llama azul sobre la copa—. ¿No es un contrasentido calentar una bebida que tiene hielo? —pregunté en un intento por ganar tiempo y aclarar mis ideas.

¿Y si Gabriel tenía razón y aquello era una artimaña con la que hechizarme o drogarme para entregarme de nuevo a su prima? Solo de pensarlo se extendió un debilitante frío por mis extremidades. No podía volver a pasar por eso. No sería capaz de resistirlo una segunda vez.

Como si me hubiera leído la mente, el desconocido recuperó la copa y se la llevó a los labios, manteniéndome la mirada en desafío mientras tomaba varios tragos.

—¿Y quién dijo que mis llamas calentaran? —Me devolvió la copa a medias y, aunque llevaba la máscara, intuía que tenía una ceja alzada.

—¿No queman entonces? —Cuando mis dedos temblorosos rodearon el cristal se encontraba

frío, gélido de hecho.

—Calentar y quemar son dos conceptos diferentes. Mantened una mano el tiempo suficiente en un cubo de hielo y entenderéis a qué me refiero.

—Cierto… —admití, llevándome la copa con reticencia a los labios sin dejar de mirarlo, tal y como había hecho él.

En sus ojos chispeó algo oscuro, depredador, que me hizo contener la respiración.

—Pruébalo. —No sabía si era una orden o una advertencia, pero desde luego no era una sugerencia.

Olisqueé el líquido con cautela antes de dar un diminuto sorbo. Tan pronto como el líquido tocó mi lengua, una explosión de sensaciones y sabores explotó sobre mi paladar y mis rodillas flaquearon, obligándome a aferrarme al antebrazo que me ofreció.

—¿Qué tal? —preguntó cuando abrí los párpados, que no me había dado ni cuenta de haber cerrado. Su voz sonaba complacida.

—¡Guau! —exclamé sin poder contenerme.

Su sonrisa se ensanchó, mostrando unos dientes perfectos.

—Supongo que esa es una forma de definirlo —afirmó con diversión.

Estudié la copa. Si un pequeño sorbo había tenido ese efecto, ¿qué no me haría beberla entera? La posibilidad me puso el vello de punta. Estaba claro que contenía algún tipo de encantamiento y, de no ser por las circunstancias, no me habría importado experimentar un poco. Dejé la copa sobre una mesa cercana y me puse seria.

—¿Acabas de drogarme? —pregunté, mirándolo fijamente.

Su sonrisa se desvaneció, aunque no pareció demasiado preocupado.

—Sí, si somos exactos. Es un elixir azul. Aligera el espíritu y aleja por un rato las preocupaciones. El único efecto secundario que tiene es que puede soltarte la lengua si te descuidas. Nada peor que una de las bebidas alcohólicas que estás acostumbrada a tomar en el mundo humano, solo que esta también te afecta a ti. Aunque, con ese pequeño sorbo, no tienes de qué preocuparte.

Entrecerré los ojos, desconfiada.

—¿Y me lo has dado por un motivo en concreto? —Escudriñé su rostro en busca de alguna pista, pero su expresión era indescifrable.

—Siendo una extranjera que visita nuestro reino por primera vez, supuse que disfrutarías de una especialidad local —respondió con naturalidad.

Mi espalda se irguió y mis músculos se pusieron rígidos.

—¿Qué te hace pensar que soy extranjera y que es mi primera vez? —pregunté, forzándome a mantener la calma—. Ni siquiera nos hemos presentado.

El destello burlón en sus ojos consiguió que se me formaran algunas gotas de sudor en la frente. Los dos sabíamos que me había pillado.

—Con eso de que os volvéis mortales al visitarnos, los vampiros no suelen abundar por aquí. —Sus ojos azules parecieron atravesarme—. Si a eso le añadimos que eres mujer y tu color de cabello… Me temo que es difícil que pases desapercibida en mi mundo.

Me sentí como si me hubiera echado un jarro de agua fría. ¿Qué sabía de mí? ¿Aquello era una trampa después de todo? Mi mente se aceleró en busca de una salida, una explicación, cualquier cosa que me permitiera negar lo evidente.

—Yo… —las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Bailamos?

Sin esperar una respuesta, me tomó con determinación por el codo y me guio hacia el centro

de la pista. Con un movimiento fluido, colocó una mano en la parte baja de mi espalda y entrelazó nuestros dedos con la otra.

Mis ojos se posaron en el resto de los bailarines. A pesar de que era un baile de pareja, los demonios se movían con una energía salvaje y desenfrenada, girando con abandono. Las brujas, en cambio, parecían deslizarse en el aire con sus faldas ondeando a su alrededor con una gracia etérea que seguía los acordes de la música, mientras los hechiceros, más contenidos, ejecutaban pasos precisos y elegantes, sus movimientos sincronizados como si formaran parte de un ritual mágico.

—No creo que sea una buena idea que…

Me dio un suave tirón para acercarme a él.

—Frost —murmuró cerca de mi oído—. Relájate. Yo te guiaré.

—¿Qué? —parpadeé confundida mientras me dejaba llevar por él. Con pasos firmes y seguros, nos hizo girar sobre la pista, sus manos guiándome con una mezcla de suavidad y autoridad.

—Mi nombre es Frost, y tú eres Andrea —dijo, tuteándome por primera vez como para confirmarlo—. Creo que esas son todas las presentaciones que necesitamos

—¿Cómo sabes mi nombre? —mi voz salió en un graznido alarmado.

Su expresión adquirió un tinte serio y por un instante su mandíbula se tensó.

—Estás en mi corte. Sé todo lo que ocurre en mi ciudad. Incluido que *Madame* Salomé no está demasiado contenta de que te hayas escapado de sus garras. Aunque, si te soy sincero, no puedo culparte por eso.

Un escalofrío me recorrió la espalda. *Su corte…* Eso explicaba su aura de poder. Pero la ciudad era enorme, debían de vivir al menos un par de cientos de miles de criaturas allí. ¿Cómo podía estar al tanto de mí en tan poco tiempo?

—¿Cómo…? ¿Qué…? —balbuceé, incapaz de articular mis caóticos pensamientos.

Frost me dedicó una sonrisa fría y me hizo girar una vez más, provocando un leve roce de nuestros cuerpos.

—Tranquilízate, no tengo intención de comerte esta noche, a menos que me lo pidas, claro está. —Soltó una risa baja, como si hubiera dicho algo divertido. A mí no me lo pareció—. Tu alma me parece fascinante. Esperaba que fuera negra o al menos de un gris marengo para alguien que ha vivido tantas décadas en una corte de vampiros. Pero, aunque careces de la claridad radiante de la inocencia, tus colores me recuerdan a los de un amanecer tras una noche de tormentas.

Era una afirmación extraña, pero mi instinto me advirtió que interrogarle sobre ello podía traerme respuestas que prefería no conocer.

—¿Por qué estamos bailando si sabes que me he colado en tu castillo y en tu baile? —pregunté, intentando mantener la voz firme a pesar del nerviosismo que, de repente, me provocaba su cercanía.

Su sonrisa se ensanchó, aunque mantuvo la mirada en un punto fijo por encima de mi hombro. No me pasó desapercibido que la gente seguía observándonos. Incluso las parejas que bailaban a nuestro alrededor, con movimientos fluidos y elegantes, estaban pendientes de nosotros.

—¿Has venido a mi baile sin enterarte primero del motivo por el que se celebra? —preguntó con un tono burlón—. Debería sentirme ofendido.

No parecía ofendido, sino más bien divertido a deducir por la chispa en sus ojos.

—¿El baile no es por la fiesta de Samhain que se está celebrando también en la calle? —Le

seguí el juego.

—Esa es la excusa. —Me hizo girar antes de volver a acercarme a él—. La verdadera razón es que Gilda ha convencido a otros miembros de mi familia de que me estoy volviendo demasiado viejo y que necesito una esposa capaz de darme los herederos que continúen mi legado. —Esta vez su sarcasmo poseía un tinte más amargo.

Estudié su rostro con atención. Adivinar la edad de un inmortal siempre era una cuestión peliaguda, ya que las apariencias rara vez coincidían con un paso real del tiempo, no como con los humanos. Con la excepción de una fina línea en su frente y los mechones plateados de su cabello, que parecían más un capricho de la naturaleza que un producto de la edad, la tez de Frost carecía de cualquier indicio que permitiera calcularla.

—¿Qué es *demasiado viejo* para alguien como tú?

Frost soltó una carcajada baja.

—Muchos me considerarían un anciano. Otros irían aún más lejos.

—Uhmm… vaya. —Fruncí el ceño. Eso no me decía mucho. Yo era vieja comparada con una humana, pero joven en los términos por los que se guiaba mi especie. Si siendo un inmortal lo consideraban anciano… Sacudí la cabeza. Había sitios a los que era mejor no ir—. Sigo sin entender qué tiene eso que ver con el hecho de que ni siquiera estés molesto por mi presencia. Otros me habrían detenido o al menos invitado educadamente a marcharme.

—¿Por qué habría de estarlo? Eres una bella distracción en un evento social por lo demás aburrido. Sin contar que me has dado la excusa perfecta que demuestra que estoy cumpliendo con mi cometido de relacionarme con mujeres y mostrar interés por una.

—Espera, yo no…

—¿Te importa si bailo con *mi shangrile*, Frost?

Se me heló la sangre. Fue una suerte que mi anfitrión me estuviera sujetando, porque mis pies dejaron de moverse y mi cuerpo entero se puso rígido. Que Frost estuviera mirando fijamente a la persona que se encontraba a mi espalda me confirmó que aquella voz, por una vez, no había salido de mi mente ni era un producto de mi enfermiza imaginación.

Puede que después de todo sí fuera una trampa.

Continuará…

Segunda parte

EL CUENTO DE LA PRESA



Capítulo Veintisiete



Andrea

—¡Gabriel, querido amigo! Me preguntaba cuándo vendrías a presentarme tus respetos. —Frost dejó de bailar, pero no hizo el intento de soltarme, del mismo modo en que yo no me giré, no porque no quisiera, sino porque no estaba preparada para hacerlo.

—Estoy seguro de que ya te has enterado de que solo llevo unas horas en la ciudad —respondió Gabriel con una calma pasmosa.

¡Maldito cabrón arrogante!

Mis ojos recorrieron la sala de baile en busca de una salida, pero la mano de Frost se estrechó alrededor de la mía, impidiéndome cualquier intento de escape. Desesperada, eché un vistazo hacia lo alto de la escalera, solo para encontrarme con una mueca de profundo desprecio en el rostro de la Bruja del Este, cuyos ojos chispeaban con furia. Por si no lo había sabido antes, en ese momento quedó claro: cualquier súplica acabaría en oídos sordos. No iba a ayudarme a salir de aquella situación, y tampoco iba a tomarse el tiempo de considerar ningún otro tipo de propuesta que pudiera hacerle. Estaba sola. Si quería salir de esa, tendría que hacerlo por mi cuenta.

Con una profunda inspiración, enderecé la espalda y alcé la barbilla, obligándome a mantenerme firme a pesar del temblor de mis manos o la forma en la que mis rodillas amenazaban con ceder.

—Mmm… —La mirada de Frost descendió hasta encontrarse con la mía. En sus ojos no había rastro de la sonrisa que le mostraba a Gabriel y a sus invitados y su expresión seductora de antes había sido reemplazada por una máscara inescrutable—. Supongo que sería hipócrita por mi parte culparte, Cazador. Puedo entender a la perfección la causa. Tu *shangrile* posee una belleza extraordinaria, inteligencia y sentido del humor, además de un temperamento fascinante. A mí también se me olvidarían los convencionalismos sociales si tuviera a una mujer así en mi vida.

—Lástima que Gabriel no me vea de ese modo —intervine con toda la calma y frialdad que pude reunir, aunque estaba segura de que las gotitas de sudor que se estaban formando en mi frente delataban mi ansiedad. Dudaba mucho que a Frost se le escaparan detalles como ese—. Me habría ahorrado un viaje a Inframundo y la pérdida de mi inmortalidad.

—Algo que jamás habría permitido si hubiera adivinado que estabas dispuesta a cometer semejante locura —intervino Gabriel con firmeza.

Se me escapó una carcajada amarga, pero me negué a darle el placer de volverme hacia el maldite imbécil.

—Sin lugar a duda —espeté, forzándome a mantener la cabeza sobre los hombros—. Supongo que es una suerte que tus neuronas se atrofiasen hace un par de siglos. Debe de ser por la edad.

Si no hubiera estado observando a Frost, me habría perdido el sutil tic en la comisura de sus labios.

—Muy graciosa —masculló Gabriel con sequedad.

—Probablemente sea bueno que bailéis juntos. Veo que tenéis algunos problemillas de enamorados que aclarar. —Frost me soltó con suavidad.

Fue mi turno de detenerlo. Me aferré a su brazo y mis dedos se clavaron en la tela de su elegante traje con más desesperación de la que pretendía demostrar.

—¿Serviría de algo pedirte asilo político? —Por la falta de reacción de Frost, fue fácil adivinar que ya conocía el motivo de mi pregunta y también cuál iba a ser su respuesta. Lo solté y di un paso atrás—. Entiendo.

Por un momento me pareció detectar una pizca de admiración en sus ojos azules, pero nada cambió en su postura.

—Fuiste diplomática durante muchos años al servicio de vuestro rey. No necesito aclararte que una rencilla de enamorados no es motivo para conceder asilo político.

—Gabriel no se encuentra aquí porque sea mi *shangrile* y, mucho menos, porque esté enamorado de mí. —Ni siquiera sabía por qué le había revelado aquello. Era evidente que Frost ya conocía mi historia, si no por su prima, entonces por alguno de sus espías y, sin importar lo que le dijera, ya había tomado su decisión al respecto. Estaba humillándome para nada.

—¿Es eso cierto, Gabriel? —inquirió Frost despacio.

—Puedo afirmar con total sinceridad que estoy aquí por mi *shangrile* —afirmó Gabriel a mi espalda.

—Lo que dice es cierto. Sabría si me miente —confirmó Frost.

Se me escapó un bufido. A ninguno de los tres se nos pasó por alto la formulación de sus palabras. ¡Odiaba los politiqueos de las cortes! ¡Malditos cabrones hipócritas los dos!

—Por supuesto —mascullé entre dientes—. ¿Por qué iba a mentirle a alguien tan poderoso como tú?

Frost se quedó mirándome. Si esperaba que yo dijera algo más, o montara una pataleta, se equivocaba conmigo.

—Volveremos a vernos, espero que en mejores circunstancias —dijo finalmente.

—¿Vendrás a devorar mi alma antes de que me linchen o después? —Ni siquiera hice el intento por ocultar mi sarcasmo.

Los labios de Frost se ladearon.

—Nadie va a devorar el alma de nadie, no sin cruzarse conmigo antes —gruñó Gabriel desde mucho más cerca, casi pegado a mi espalda. La amenaza debió escucharse a nuestro alrededor, porque de repente nos rodeaba un tenso silencio.

—Has oído a tu *shangrile* —señaló Frost divertido, como si la actitud de Gabriel no le afectara en lo más mínimo. O al menos eso es lo que pareció antes de que lo mirara por encima de mi hombro—. Nada de escándalos ni problemas aquí —le advirtió a Gabriel con dureza antes de girarse y alejarse, abandonándome a mi suerte.

Al mirar hacia la barandilla de la primera planta, la Bruja del Este también había desaparecido. Permanecí quieta. Si Gabriel quería bailar, que diera él el primer paso.

—Te gusta rodearte de compañías peligrosas —comentó después de unos segundos, su voz baja y ronca tan cerca de mi oído, que sus palabras se convirtieron en casi una caricia contra mi piel.

Me puse rígida.

—¿Qué sería mi vida de mortal si no me la jugara cada día? —solté con amargura, sin apartar la mirada del lugar donde Frost había estado.

El pesado suspiro que soltó Gabriel me rozó el hueco del cuello, haciéndome estremecer y tentándome a cerrar los ojos. ¡Maldito vínculo! Por desgracia, aquello no fue nada comparado con la sensación que me invadió cuando me rodeó y se colocó frente a mí. Mi cuerpo entero reaccionó a su cercanía, traicionándome una vez más.

Gabriel me ofreció la mano.

—¿Bailamos?

Tragué saliva, luchando contra el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Me queda más remedio?

—Concédeme un baile, solo uno. Sin peleas ni ataques, y sin acusaciones —murmuró con suavidad, en lo que casi parecía un ruego.

Incapaz de responder, posé mi mano sobre la suya y esperé a que me colocara la otra en la espalda atrayéndome a él. Debería haberme repelido su cercanía o aterrado su simple presencia, en cambio, me sentí extrañamente en paz. Era como si mi mundo de repente hubiera encajado en su sitio.

Sus ojos verdes me atraparon. No había ninguna otra forma de describir el efecto que tuvo sobre mí. Fui incapaz de apartar la mirada mientras mis pies seguían los pasos que él marcaba. De alguna forma, Gabriel se había adueñado de la gravedad y me hacía flotar sobre nubes imaginarias, como si mi cuerpo y mi mente se hubieran entregado a él, permitiéndole tomar las decisiones por mí. Odiaba que el poder que el vínculo tenía sobre mí, pero me encantaba lo bien que me hacía sentir.

Estaba tan sincronizada con las sensaciones que me producía, que bastó que Gabriel deslizara sus fuertes dedos unos milímetros por mi cintura para que mi respiración se alterara y un delicioso cosquilleo se extendiera a otros puntos de mi anatomía. Hasta la firmeza con la que sujetaba mi mano izquierda, envolviéndola como si la protegiera, conseguía transmitirme cosas que nunca antes había experimentado con otros hombres. Era como si su mano estuviera hecha para sujetar la mía, como si ambas fueran dos piezas de un rompecabezas que encajaban a la perfección.

Quería fundirme con él y sumergirme por completo en aquella extraordinaria sensación de calidez y seguridad que me recordaba a noches heladas bajo las estrellas, envuelta en una manta de lana con una taza de chocolate caliente en las manos. Si tuviera que definirla, solo había una palabra para ello: hogar.

—Pensé que habías muerto —murmuró Gabriel, su aliento sobre mi tez me recordó cuán cerca estábamos y lo poco que faltaba para que nuestros labios se rozaran. Solo necesitaba acercarme un poco más a él, apenas unos centímetros…

¿Cómo no me había dado cuenta antes de las diminutas pepitas doradas que salpicaban el verde profundo y misterioso de sus iris? ¿O de las pálidas pecas que recorrían su nariz y el inicio de sus pómulos?

—Supongo que, de algún modo, lo he hecho —admití con una inesperada aspereza en la garganta—. Ahora soy mortal.

Asintió y apartó la mirada por primera vez, su mandíbula tensa.

—Fue una locura. No deberías haberte lanzado a ese precipicio. No sabías lo que podía haber en el fondo. Ni siguiera como inmortal tenías la certeza de sobrevivir a una caída tan colosal y a la posibilidad de que algo te perforara el corazón o el cerebro.

Tenía razón. En contra de la creencia humana, no necesariamente nos tenían que clavar una estaca de madera en el corazón para acabar con nosotros. El corazón y el cerebro, y en especial este último, eran nuestros órganos vitales. Eran las únicas partes de nuestro cuerpo que no se recuperaban bien. Conocí a algunos vampiros que habían sobrevivido a un cráneo roto, pero aquellos que tuvieron que regenerar parte de sus células cerebrales nunca acabaron bien. Más de uno tuvo que ser encerrado o sacrificado por los monstruos fieros y peligrosos en que se tornaron.

Se me encogió el estómago, pero, más que por el recuerdo del miedo y de los riesgos que asumí, fue por el matiz que detecté en su voz. No pude definirlo con exactitud, pero habría jurado que poseía un deje de angustia y arrepentimiento. Era débil, lejano, pero estaba casi segura de que había estado ahí. Estudié su rostro, pero no encontré ninguna pista que lo confirmara.

—Tú me seguiste.

No hubo respuesta por su parte. No hacía falta. El simple hecho de reconocerlo y decirlo en alto me hizo ver la enormidad de lo que Gabriel había hecho. Me había seguido, había renunciado a su inmortalidad por estar allí conmigo, había arriesgado su vida, su reputación y su trabajo. Había puesto su vida entera en jaque por mí. Mis pies se enredaron, pero sus manos estaban allí para sujetarme.

Una chispa de esperanza se encendió en mi interior. ¿Estaba allí porque la ausencia de nuestro vínculo al fin le había mostrado lo que significaría mi muerte para él? ¿Había venido a por mí, no para apresarme y llevarme ante Azrael, sino para asegurarse de que estaba bien? Eso explicaría por qué estábamos girando por la pista de baile como cualquiera de las otras parejas, en lugar de tenerme apresada y posiblemente encadenada hasta los dientes.

Me aclaré la garganta. ¿Y si era cierto? ¿Y si había venido a por mí para darle una oportunidad a nuestro vínculo? ¿Qué iba a hacer si ese era el caso?

Ni siquiera tuve que planteármelo. Aquellos breves minutos en sus brazos, la sensación de protección y seguridad que me transmitía su calor… No recordaba la última vez que me había sentido tan viva y, a la vez, tan segura. Quería aquello, deseaba mucho más de aquello.

—No me dejaste otra opción —le recordé con suavidad, mi voz apenas un susurro en medio de la música—. Era eso o enfrentarme a ti.

Su mirada regresó a mí, sus ojos inteligentes escudriñaron los míos como si quisieran penetrar en mi alma y encontrar la verdad allí.

—Podrías haber luchado contra mí. Eres buena. Los dos lo sabemos. Con algo de suerte podrías haberme ganado.

Habría necesitado mucho más que suerte con él, pero estaba en lo cierto. Una pelea no consistía solo en fuerza y agilidad, también implicaba oportunidad y estrategia.

—El único modo de ganarte habría sido matándote —incluso decirlo me produjo un ramalazo de angustia en el pecho.

—¿Y? —preguntó con una expresión impasible, como si la posibilidad de su propia muerte no tuviera importancia.

¿Cómo podía hablar así? ¡Era su vida de lo que estábamos discutiendo! ¿O en realidad pensaba que yo jamás habría tenido la oportunidad de ganarle? ¿O acaso…?

—¿Habrías sido capaz de matarme si me hubiera enfrentado a ti? —pregunté conteniendo la

respiración.

La única señal de que me había oído fue un tic en su mandíbula. En lugar de responder, me giró con suavidad, obligándome a centrarme en el baile a menos que quisiera tropezarme de nuevo con mis pies.

Cuando regresé a sus brazos después de pasar por debajo de ellos y girar como la bailarina de una caja de música, la confesión se me escapó antes de que pudiera retenerla:

—No podía enfrentarme a ti. —Fijé mi mirada en su hombro, incapaz de mirarlo a los ojos —. Acabar contigo no era una opción. Ni siquiera sé si habría sido capaz de dañarte. Hay algo dentro de mí, imagino que el inicio del vínculo, que me lo impide.

De nuevo, no hubo ni respuesta ni alteración en su expresión. ¿Por qué tenía que ser tan malditamente controlado y reservado? ¿Por qué no podía sincerarse conmigo por una vez? Si pensó que estaba muerta y que me había perdido, ¿no debería ser capaz de abandonar su dura coraza de guerrero por unos minutos? Yo había llorado durante días por la pérdida del vínculo y hasta me había inventado una voz para mantenerme cuerda. Era imposible que él no sintiera nada. Incluso los vampiros teníamos nuestros momentos de vulnerabilidad, y él y yo éramos unos malditos *shangriles*, por todos los cielos.

—¿Nada que decir al respecto? —exigí, frustrada por su silencio.

Un parpadeo, uno solo, fue su reacción. ¡Maldito tozudo!

—El baile está a punto de acabar —dijo por fin.

Bufé para mis adentros. ¿Qué clase de respuesta era esa?

—Podemos seguir bailando. La fiesta aún no ha acabado —propuse, sorprendiéndome a mí misma.

Me di cuenta de que, después de los primeros pasos, me había olvidado tanto de Frost como de la bruja. Ni siquiera había intentado deshacerme de Gabriel para perseguirla o tratar de escapar de él. Había dejado por completo de lado la misión que me había llevado hasta allí.

¿A quién pretendía engañar? La bruja no iba a ser la solución a mis problemas y no quería que acabase el baile. Me gustaba su cercanía, la forma en la que su mano se ajustaba a la mía y la calma que me transmitía su guía experta a través de la pista.

Podíamos estar rodeados por cientos de ojos curiosos, pero ni una sola de esas personas importaban, ni siquiera la bruja o Frost. El momento no podría haber sido más íntimo, aunque hubiésemos estado dentro de una burbuja que nos aislara del mundo.

No, no quería que acabara. Quería seguir así, en sus brazos, hasta que llegase el amanecer, o quizá el del día siguiente, o incluso más allá.

—Podríamos —confirmó en un murmullo.

Me rendí a la escueta lógica que contenía aquella solitaria palabra. ¿Por qué estropear la ocasión con conversaciones cuando podíamos disfrutar del baile después de… después de todo lo que habíamos pasado?

Sin pensarlo, recorté la corta distancia que nos separaba, acercándome a su calor y a la agradable vibración que me atravesaba allá por donde nuestros cuerpos estaban en contacto. Por una milésima de segundo se puso rígido, puede que por lo poco apropiado que era que una pareja bailara de ese modo en público en una corte extranjera anclada en el tiempo, pero acabó relajándose, y siguió guiándome a través de la sala con una gracia y habilidad que jamás habría esperado de un soldado curtido en la guerra y la caza como él. Gabriel era mucho más de lo que había esperado y me moría por descubrir en qué otras facetas sería capaz de sorprenderme.

No volví a abrir los ojos hasta que sonó el último acorde de la canción, y solo fue porque él se detuvo y permaneció inmóvil incluso cuando se inició la siguiente melodía. Dispuesta a

rogarle por un baile más, alcé la cabeza para mirarlo, pero fue él quien habló primero:

—Me costará trabajo.

Confundida, mi boca se resecó y fruncí el ceño.

—¿Qué?

Él no se inmutó, su mirada clavada en la mía.

—Me habría costado trabajo matarte en las cuevas, pero como no era mi misión en ese momento, no tuve que enfrentarme a ese dilema —explicó con una repentina dureza en sus ojos que hizo que mi corazón se ralentizara alarmado—. Pero será algo inevitable. Tarde o temprano, cuando te lleve ante el rey y él te condene a muerte, solo contemplará dos opciones: matarte él mismo por tu traición y lo que le hiciste a su esposa e hija, o encargarme ese trabajo a mí porque se niegue a ensuciarse las manos con la sangre de una mujer a la que desprecia. —No sé si fue el tiempo o nuestro alrededor lo que se detuvo, o si fue él quien hizo una pausa—. Y, si me lo ordena, entonces la respuesta es sí, soy capaz de hacer mi trabajo y acabar con tu vida —afirmó con una turbadora firmeza.

Antes de que pudiera reaccionar al jarrón de agua helada que acababa de echarme encima, su mano rodeó con firmeza la mía y un objeto frío se cerró alrededor de mi muñeca. El clic metálico resonó con una claridad aterradora, a pesar de la música y los cuchicheos de la gente a nuestro alrededor.

—¿Qué es eso? —pregunté con voz rasposa, mis ojos fijos en la esclava dorada cuyos símbolos grabados me dejaban adivinar lo que necesitaba saber a pesar de que me negara a reconocerlo.

—La garantía de que no volverás a huir hasta que regresemos a nuestra corte y te entregue al rey.

Una punzada aguda me atravesó el pecho. No sé si se debió al miedo a lo que pasaría cuando me entregara a Azrael y su consejo, o a la amarga traición que me inundaba. Era mi *shangrile*, acababa de confesarle que jamás sería capaz de matarlo y él, sin embargo, se había divertido a mi costa. Había planificado apresarme desde el principio. Solo había bailado conmigo para jugar con su presa y poder reírse de mi ingenuidad.

El bochorno me subió a las mejillas. ¿Iba a contarles a sus amigos lo fácil que había caído en sus mentiras? ¿Iba a usarlo para amenizar una de las numerosas fiestas de la corte para que pudieran reírse de mí, de la vampiresa que pensó que iba a ser reina y a la que ni siquiera su *shangrile* quiso?

Parpadeé para evitar que las lágrimas que me quemaban en los ojos tuvieran la oportunidad de escaparse sin mi permiso.

—Si me entregas, me matarán —murmuré como si a mi mente le costara asumir que pudiera hacerme aquello, como si necesitase una última comprobación de que lo que me había dicho era cierto.

—¿Y crees que no te lo mereces? —lo dijo con tanta tersura que ni siquiera habría sabido decir si estaba burlándose de mí o no.

Su revelación me arrolló como una avalancha, ahogándome en su frialdad. Desde el inicio, Gabriel había ido hasta allí exactamente para eso. Para cumplir con su trabajo, nada más. Ni siquiera le importaba que hubiera podido morir al tirarme por aquel precipicio o los riesgos que asumí para no tener que hacerle daño. Era como si el vínculo no existiera para él. No estaba aquí como mi *shangrile*, de hecho, no me consideraba como tal. Era un trabajo. Ni más, ni menos.

Mi claridad mental regresó en el mismo instante en que recuperé mi instinto de supervivencia. En vez de perder el tiempo tratando de expresar lo que pensaba de él y de sus

tácticas, o de intentar derribarlo cuando yo no tenía ni la mitad de su corpulencia o fuerza, jugué tan sucio como lo había hecho él. Empujé un par de bandejas flotantes, cargadas hasta arriba con una pequeña pirámide de copas, hacia Gabriel y recé para que el líquido derramado y el estruendo fueran suficiente distracción como para poder escapar.

Sabía que no iba a ser fácil, era consciente de mi desventaja ahora que no era más que una mortal, pero no podía dejar de intentarlo. Puede que por una vez en mi vida el puto destino estuviera de mi lado, aunque fuera para poder seguir divirtiéndose a mi costa en el futuro. Lo único que tenía que hacer era…

Se me escapó un grito cuando me estampé contra un muro invisible, robándome el aliento y causándome un agudo dolor en la frente. Empezaron a escocerme los ojos al darme cuenta de lo que era y lo que significaba.

—Pensaba que eras más inteligente que eso —se burló una voz profunda a mi espalda—. ¿Qué pensaste exactamente que era ese grillete que te he puesto? ¿Un regalo de compromiso?

Llena de pánico, alargué la mano hacia las dagas que tenía guardadas en los bolsillos de la falda, solo para descubrir que se encontraban vacíos. En cuanto me volví precipitada hacia Gabriel comprendí de inmediato el motivo, al ver cómo usaba una de ellas para limpiarse las uñas con calma, apoyado despreocupado sobre una mesa, como si la situación no fuera ya lo suficientemente humillante.

A nuestro alrededor, la gente nos miraba. Habían dejado de bailar y de cuchichear, encantados con el espectáculo que les estábamos ofreciendo. Cambié de dirección en un intento por encontrar una ruta de escape, pero no importaba hacia donde corría; tarde o temprano, acababa topándome de nuevo con aquel muro invisible.

—Cinco metros a mi alrededor. Eso es todo lo que tienes. ¿Podemos marcharnos ya o quieres seguir avergonzándome con tu patético intento de fuga?

Fue la calma con la que me insultó cuando no le había hecho nada, lo que me hizo coger una copa con cada mano, destrozarlas contra la bandeja y lanzarme sobre él para atacarlo con el afilado cristal. Como era de esperar, consiguió apartarse antes de que lo alcanzara, aunque no tan rápido como para que no le hiciera al menos un corte en el bíceps.

¡Ahí lo tenía! ¿Quién era ahora patética? Mi sonrisa victoriosa desapareció cuando su herida sanó ante mis ojos.

—Sigues siendo inmortal —murmuré incrédula sin apenas voz—. ¿Cómo es posible? Los vampiros perdemos la inmortalidad al cruzar al Inframundo.

Gabriel bufó.

—¿Pensaste que iba a lanzarme tras de ti por aquel abismo? —se burló como si la simple idea fuera una idiotez—. ¿O que es la primera vez que vengo a Inframundo para cazar a una presa que se cree segura aquí? Si no fueras tan estúpidamente impulsiva y hubieras hecho tus deberes, sabrías que existen amuletos de protección con los que pasar por los portales del Inframundo sin verte afectado y te habrías hecho con uno. Aunque supongo que eso es pedirle demasiado a una aristócrata consentida que no puede ver más allá de sus narices.

Capítulo Veintiocho



Andrea

El carruaje puesto a nuestro servicio por un criado de Frost, serpenteaba entre las rocas ennegrecidas del Inframundo, esquivando con habilidad el resplandor rojizo que emanaba de las grietas del suelo.

Me aferré con fuerza a la cinta ubicada sobre la ventanilla, intentando no resbalar en el asiento y acabar aplastada contra Gabriel, quien, como era de esperar, permanecía imperturbable y sin el menor esfuerzo en su sitio.

«¿Quieres hablar de ello?», preguntó mi Gabriel imaginario.

La carcajada que le dediqué debería haber sido amarga, o quizá seca, pero incluso a mí me sonó a un sollozo ahogado.

«He cometido la estupidez de creer en un vínculo que debería haber sido sagrado, y me han demostrado lo tonta y patética que soy. No hay nada más que decir al respecto».

«Tú lo traicionaste primero, es lógico que ahora te lo haya devuelto».

Esta vez, mi bufido fue auténtico. Gabriel, el auténtico, me lanzó una mirada de reojo, pero no hizo ningún comentario. Mejor.

«¡YO-NO-LO-TRAICIONÉ!», grité en mi mente recalcando cada palabra. «Lo único que he estado haciendo todo este tiempo es protegerlo. ¿Cómo pretendes que te haga entender que la Bruja del Este me tenía poseída si no quieres creerme? ¿Tienes idea del esfuerzo sobrehumano que me supuso empujar a Gabriel a la celda y encerrarlo allí, después de que ella lo besara? Ella pretendía matarlo con un talismán y una poción que llevaba preparados. Me hizo arder durante días en un fuego que me consumía por dentro por haberme atrevido a rebelarme contra ella. ¿Y te parece poco el precio que pagué por lanzarme al río Styx con tal de evitar una lucha con él? ¿O eso tampoco lo recuerdas? Estabas ahí cuando te convoqué por primera vez. Presenciaste mi sufrimiento, lo débil y desesperada que estaba. ¿O ahora vas a decirme que eso también fue producto de mis mentiras y mi imaginación?».

«No. Lo recuerdo», admitió con suavidad.

«¡Vaya, menos mal!».

«Pero…».

«¡No! ¡No más! Ya he tenido suficientes traiciones por una noche».

«Yo no pretendía…».

«Por favor», le pedí, agotada. Quizá él no lo entendiera, o tal vez fuera mi mente la que no lo

comprendía, pero ya no podía más. Estaba al límite de lo que era capaz de soportar y algo me decía que, si no me concedían ese pequeño respiro, no tendría otro en mucho tiempo. Necesitaba recuperar fuerzas antes de que eso ocurriera.

Gracias a la Diosa, tanto el Gabriel de mi mente como el real guardaron silencio, permitiéndome revolcarme en mi dolor y humillación durante el resto del trayecto que nos alejaba cada vez más de la ciudad.

El carruaje acabó deteniéndose frente a una posada de lo que parecía ser el centro de un pequeño pueblo. Era un lugar relativamente tranquilo, lo bastante cerca de la protección de la metrópolis, pero ubicado en las proximidades de las rutas que usaban los mercaderes y comerciantes en sus trapicheos, lo que permitía una fácil huida si se hacía necesario. No es que Gabriel lo hubiera elegido para facilitarme la fuga, pero imagino que le gustaba tener la espalda cubierta por si algo salía mal.

En cuanto el vehículo se detuvo, Gabriel me arrastró sin miramientos a la calle con sus dedos clavados en mi brazo. Traté de ignorar el hecho de que probablemente me dejaría las marcas de sus dedos en la piel. ¿No era irónico que fuera el segundo hombre en marcarme en una sola noche? Al menos, el primero lo había hecho mientras me proporcionaba placer y no parecía haber tenido la intención de matarme.

En un intento por olvidar al desconocido que jamás volvería a ver, me dejé distraer por la música y el sonido de risas estridentes y animadas conversaciones que escapaban a través de los cristales turbios de lo que parecía ser la taberna de la posada, tal y como anunciaba un letrero de madera carcomida que se balanceaba sobre la puerta, chirriando con cada ráfaga del viento abrasador que barría la calle.

El insulto que iba a lanzarle a Gabriel cuando me empujó al interior de la posada se me paró en la garganta ante el delicioso aroma a carne asada y el dulzor especiado que emanaba de las jarras de cerveza que sostenían los clientes, demonios y brujos en su mayoría.



Por un momento, olvidé por qué me encontraba allí, que era Gabriel quien me había llevado por la fuerza, y que aquel era el último lugar del mundo en el que quería estar. Todo pasó a un segundo plano ante aquel apetitoso olor que me hacía la boca agua. Incluso las miradas lascivas que me lanzaron algunos de los presentes me parecían un precio asumible con tal de poder probar esa carne.

—Aaah… Mi querido vampiro. —La posadera, una rubia que poseía rasgos de sirena, aunque no de pura raza, se acercó a nosotros con una sonrisa tan amplia como su escote y el generoso canalillo entre sus pechos. Sus ojos se posaron en Gabriel como si yo no existiera—. Ha vuelto.

Habría rodado los ojos de no ver la sonrisa seductora que Gabriel le devolvió.

—¿Habría preferido que no lo hiciera?

Si no hubiera estado tan dolida por su traición, se me habría descolgado la mandíbula. ¿Desde cuándo el austero y serio cazador del rey se tomaba tiempo libre para flirtear con mujeres? Jamás lo había visto hacerlo en la corte y, desde luego, nunca conmigo. Un nueva punzada de rechazo me atravesó el pecho. ¿Es que su traición no iba a acabar nunca?

La mujer soltó una risita coqueta que me hizo apretar los puños y clavarme las uñas en las palmas. ¿No le daba vergüenza insinuarse de esa forma a un hombre que iba acompañado por su *shangrile*?

—¿Por qué habría de ofrecerle un trago si no lo dijera en serio? —Por la significativa mirada que le lanzó mientras ladeaba un poco la cabeza exponiendo su cuello, quedaba patente que no

era una cerveza a lo que iba a invitarlo.

¡Zorra! La ira que me quemaba por dentro se extendió, expandiéndose por mis entrañas y mis colmillos se extendieron.

—¿Y por qué habría de negarme a una oferta tan… encantadora? —respondió Gabriel con un ronroneo bajo y seductor, que me hizo querer sacarle los ojos.

¡¿Cómo se atrevía a seducir a otra mujer en mi presencia?! ¿Es que no tenía ni una pizca de decencia? Me refugié en mi ira y mi orgullo en un intento por mantener la creciente angustia a raya.

—La carne asada huele de maravilla —intervine con fingida indiferencia—. ¿Os importa que me siente a una mesa y coma mientras vosotros… hacéis lo que sea que vayáis a hacer? —Moví la mano en un gesto despectivo señalándolos—. Tengo el estómago delicado, de modo que preferiría no tener que presenciarlo. No me ponen las posaderas que apestan a fritanga y cerveza barata.

La sonrisa de la mujer se esfumó como si le hubiera propinado una bofetada. Gabriel se limitó a arquear una ceja.

—¿Ella viene con usted? —preguntó la posadera con una exigencia que contrastaba con su empalagosa dulzura anterior.

La mandíbula de Gabriel se endureció.

—Sí, es mi prisionera.

—Oh… —La muy zorra recuperó su sonrisa y asintió con entusiasmo—. En ese caso, ¿quiere que le prepare otra habitación? También podría usar una celda que tenemos en el sótano. Solemos emplearla para guardar licores de contrabando cuando nos viene un cargamento y, también, para encerrar a algún ebrio hasta que se le pase la borrachera, pero hoy está vacía.

¡Será cabrona! ¡Y cabrón!, decidí, apretando los dientes cuando Gabriel pareció considerar la oferta.

—Sería genial. —Soltó un suspiro. Además de cabrón era un buen actor—. Pero tengo que mantenerla cerca hasta que pueda entregarla. Tendrá que quedarse conmigo en la habitación.

Fruncí el ceño. ¿Lo había dicho en serio o acababa de usarme para quitársela de encima?

—Ah… Si… Entiendo —El brillo de la sonrisa femenina se desinfló—. Entonces… —Me echó una mirada de soslayo como si yo fuera la culpable de todas sus desdichas—, ¿desea que los acompañe?

¿Estaba ofreciéndose para mostrarnos la habitación o se refería…? Oh… ¡Ah, no! ¡Si Gabriel pensaba que iba a acostarme con los dos o ser testigo de cómo se lo montaba con ella, entonces iba de culo!

«¡Te juro que si se la lleva a la habitación para follársela delante de mí, me encargo de que a él no se le vuelva a empalmar durante los próximos tres siglos y que a ella le salgan sarpullidos de solo pensar en un vampiro».

«¿De qué estás hablando? ¿Qué me he perdido?», preguntó mi Gabriel imaginario, más divertido de lo que tenía derecho a estar.

«Que el muy cerdo pretende llevarse a una posadera a la habitación».

«¿Y está buena?».

«¡Tú eres otro cerdo infiel! Da gracias de que no tienes cuerpo, porque si no, te retorcería las…».

Gabriel carraspeó y se alejó un paso de mí y de la posadera, pero no perdió su endemoniada sonrisa cuando se dirigió a ella con más amabilidad de la que me había dispensado a lo largo de toda la noche a mí.

—Gracias, pero sabré llegar a mi habitación.

Ella me echó otra mirada insegura antes de alzar la barbilla y fruncir sus labios.

—Eso quiere decir que no acepta mi oferta después de todo.

La comisura de los labios del muy cabrón hizo dos tics.

—No, solo que tendré que posponerlo hasta que haya solventado algunos pequeños asuntos.

Se me escapó un gruñido antes de que pudiera retenerlo y mis garras se extendieron. Los ojos de la posadera se abrieron de par en par y, por fin, pareció verme bien, porque retrocedió varios pasos alejándose de mí. Quizá no fuera tan tonta después de todo.

Gabriel soltó otro suspiro y me cogió del codo.

—Vamos, no quiero escándalos aquí —murmuró entre dientes, llevándome con él mientras se despedía de la posadera con un guiño.

¡Mujeriego gilipollas infiel!

—Si no quieres escándalos, tal vez te lo deberías haber pensado antes de casi follarte a esa ramera en la entrada de la taberna con todos los ojos puestos sobre vosotros.

—Estaban mirándote a ti —replicó con calma—. Probablemente podría haberla asesinado y ni uno solo de ellos se habría dado cuenta.

—Follado, querrás decir.

Gabriel me echó una mirada de lado.

—Si tú lo dices.

—¿Si yo lo digo? Es lo que estabas a punto de hacer.

—¿Celosa?

—¿Celosa? ¿Yo? Asqueada, querrás decir. Olía a cerveza rancia y tenía los dedos negros. ¿Te fijaste en el paño que llevaba? Ni siquiera era posible adivinar cuál era su color original. ¡¿De qué te estás riendo?!

—Del hecho de que la gran Andrea, candidata a ser la futura reina de los vampiros, se sienta amenazada por una simple posadera del Inframundo. —Su risita se cortó en seco y la mirada que me echó fue helada—. Es patético como caen los grandes. ¿No te parece?

Abrí la boca para defenderme. La cuestión era: ¿de qué? Me obligué a sonreír con dulzura.

—Tienes razón, de estar con un rey, he acabado siendo la *shangrile* de un simple cazador que no ve la diferencia entre una dama y una fulana de tres al cuarto que, probablemente, saca tanto dinero de sus clientes con las faldas levantadas que con ellas bajadas.

Sus ojos se entrecerraron y el agarre que tenía sobre mi codo se volvió doloroso.

—¿Insinúas que había alguna dama por las cercanías? —escupió con un tono lleno de veneno —. Siempre me he preguntado cómo el rey no fue capaz de darse cuenta antes de lo que eras. ¿O es porque en el fondo le gustaban las rameras?

Se me cerró la garganta. No había nada que pudiera contestar a eso. Era mi *shangrile*. Había pensado que ya no existía nada que pudiera decir que me hiciera más daño. Me equivoqué.

Apartando la mirada de él, me centré en las paredes de piedra negra, iluminadas por antorchas que chisporroteaban y proyectaban sombras ante nosotros.

—¿No te queda nada por decir? —exigió con desprecio.

Apreté los labios. Si lo que quería era insultarme, que lo hiciera. Pensaba conservar la poca dignidad que me quedaba.

«¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?».

Solté una carcajada seca para mis adentros. ¿Cómo de irónico era que mi *shangrile* real no tuviera ni el menor reparo en tirarme por tierra e insultarme, mientras que una voz en mi mente trataba de consolarme?

Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No podía permitirme el lujo de perderme en mis lamentos. Necesitaba mantener la compostura, procesar lo que estaba sucediendo y encontrar una solución que me permitiera alejarme de él durante el resto de mi vida.

Ninguno dijimos nada cuando se detuvo ante una puerta e introdujo una larga llave de hierro en la cerradura. Entré detrás de él en la habitación y esperé a un lado a que él cerrara tras nosotros. El sonido de la música y las voces de los clientes de la taberna se filtraba a través de la puerta, amortiguados, pero persistentes. Dudaba que pudiera pegar ojo hasta que el dichoso local cerrara o los borrachos se desplomaran sobre las mesas. Pero no era el ruido lo que de verdad me preocupaba.

—Tienes que estar tomándome el pelo —mascullé, cruzando los brazos sobre el pecho y forzándome a mantener la vista sobre la única cama de la estancia. Era grande y lo bastante espaciosa para los dos, aunque con la envergadura de Gabriel era imposible que pudiéramos compartirla sin rozarnos o hasta tener que abrazarnos. La idea envió un pequeño estremecimiento hacia mi columna vertebral. Se me escapó una carcajada áspera—. Si crees que me voy a acostar contigo después de haberme traicionado y tras casi follarte a esa posadera en público, entonces es que se te han atrofiado las pocas neuronas que te quedaban.

Gabriel soltó un resoplido mientras se despojaba de los guantes y los arrojaba con descuido sobre el edredón.

—No te preocupes, no tengo ni la más mínima intención de compartir la cama con una arpía traicionera como tú.

Me costó contener el impulso de frotarme el pecho, donde parecía haberse abierto una herida invisible, una más de las muchas que habían comenzado a formarse esa noche y que no paraban de escocer.

—¿Y dónde piensas dormir entonces? Ni de broma me creo que estés dispuesto a darme mi propia habitación.

Gabriel manipuló algo metálico en el rincón, junto a la ventana, aunque, con su espalda de por medio, me fue imposible ver qué era lo que hacía.

—Creo que está claro dónde voy a dormir yo —replicó al sentarse sobre la cama con la espalda contra el cabecero mientras cruzaba los tobillos—. Lo que deberías preguntarte es dónde vas a dormir tú.

Sin esperar mi respuesta, Gabriel tiró una almohada en el rincón que acababa de abandonar e hizo un gesto de invitación con la mano. Mi mirada se movió de la almohada al suelo, luego a Gabriel, quien me observaba con un aura de satisfacción desde la cama.

—¿Estás hablando en serio?

Gabriel arqueó una ceja.

—¿Me ves con ganas de bromear?

Resoplé.

—Si crees que voy a acostarme en el suelo, cuando hay una cama perfectamente cómoda a mi alcance, es que no me conoces. —Para demostrarle que no me intimidaba, me dirigí hacia la cama decidida a darle un empujón y echarlo de allí, pero justo cuando estaba a un paso, me choqué contra un muro invisible—. ¡Aaargh!

Gabriel se limitó a cruzarse de brazos y observar cómo forcejeaba contra la barrera. Ni siquiera dejándome caer sobre ella o empujando con todo mi peso conseguía avanzar siquiera un milímetro. Diez minutos después, lo único que había logrado era quedarme sin aliento, ardiendo de frustración y humillación, mientras me quemaban los ojos.

—Bien, ahora que creo que ha quedado establecido quién va a dormir dónde, y que no tienes forma de escapar de la habitación —dijo, levantándose con tranquilidad de la cama—. Voy a dejarte un rato para comer. Si fuera tú, aprovecharía para hacer lo que sea que tengan que hacer las mujeres antes de acostarse. No me esperes despierta, hace mucho que no venía a Inframundo y hoy tengo motivos para celebrar.

En cuanto se dirigió a la puerta, me lancé hacia él, solo para golpearme la cara contra otro muro invisible.

—¡Maldito cabrón hijo de puta!

—¿Ese es el lenguaje que has aprendido tras décadas de tutores enseñándote modales? Tu padre podría haberse ahorrado una fortuna en criar a una hija desagradecida con la educación de un ogro de pantano.

La mención de mi padre me hizo encogerme por dentro. Estaba segura de que, si hubiera estado allí, le habría dado la razón. Aun así, no podía dejar que me intimidara.

—Deja de esconderte detrás de la magia y enfréntate a mí como un hombre —lo desafié consumida por la rabia.

En vez de contestar, soltó una carcajada burlona y cerró la puerta tras él. Su voz, amortiguada por la madera, me llegó desde el pasillo:

—Te has pasado demasiado tiempo en la dimensión humana. Es el reto más ridículo que he escuchado jamás. Solo un humano sin confianza en sí mismo se dejaría provocar por semejante estupidez. Deberías empezar a recordar lo que es ser un vampiro.

Me mordí el puño en la boca para ahogar el grito que amenazaba con escapar de mi garganta. Lo último que quería era darle la satisfacción de confirmar que me había hecho perder los estribos. ¡Maldito vampiro arrogante!

Sí, sabía que mi madre se habría llevado una mano al pecho si hubiera podido escucharme decir semejantes barbaridades y mi padre me habría soltado una guantada y me habría encerrado con un cubo en un armario durante tres días para darme una lección. Pero ninguno de ellos tenía que soportar a ese insufrible cerdo.

¡¿Cómo demonios me había dejado engañar por él?! Prácticamente le había puesto en bandeja mi captura.

Esperé a que sus pasos se desvanecieran para estudiar mi prisión, buscando el origen del hechizo que me inmovilizaba en aquella maldita esquina del dormitorio.

Comprobé que me había confinado en poco más de dos metros cuadrados, dejándome con nada más que el acceso a una jarra de agua, un cuenco para lavarme, un orinal, una silla y la almohada que me había arrojado antes. Al menos, había jabón y un paño de lino limpio para poder asearme.

—¡Aaaargh! —chillé a todo pulmón, sin importar quién pudiera escucharme.

Ni la música ni las risas provenientes de la taberna se interrumpieron. Dudaba mucho que la posadera estuviera dispuesta a ayudarme a escapar. Por la forma en que la mujer había mirado a Gabriel, bien podría haber sido un dios que hubiera descendido al Inframundo. Era más probable que se alegrara de descubrir que en la cama quedaba sitio para ella a que le preocupase la situación en la que me encontraba yo.

Intenté estirar los brazos para abrir la ventana y poder comprobar si podía saltar por ella. Nada. El muy cabrón sabía bien lo que hacía al dejarme tocar las manijas con la punta de los dedos, pero no lo suficiente como para moverlas.

Capítulo Veintinueve



Gabriel

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

¿En qué demonios me había metido? El día entero había sido una jodida metedura de pata tras otra y, para rematar, la misma mujer que dominaba mis más ardientes fantasías y me causaba las más escalofriantes pesadillas se encontraba en ese momento en mi habitación planificando cómo acabar conmigo. Lo más jodido era que la noche ni siquiera había terminado aún.

¿Cómo demonios iba a sobrevivir los próximos días en su cercanía sin perder la cabeza?

—¿Ya te has deshecho de ella? —La posadera se interpuso en mi camino al final de la escalera y, con una sonrisa seductora, trazó mi pecho con una uña—. No esperaba que fueras a venir tan rápido a por mí. ¿Te invito a una cerveza hasta que acabe? Será rápido y podría procurarte un pequeño… adelanto como aliciente.

Con los dientes apretados, le sujeté la muñeca antes de que descendiera por debajo de mi ombligo. Podría haber aprovechado su oferta para alimentarme y luego quitarme de en medio, pero ya no estaba tan seguro de querer hacerlo. Por más que me irritase admitirlo, Andrea tenía razón, olía a fritanga, sudor y cerveza rancia. Una combinación que no me abría especialmente el apetito y, mucho menos, una que quisiera probar en su piel.

Ignoré la forma en que salivó mi boca al recordar el sabor de la piel de Andrea y de su sangre cuando se la lamí de los labios y cómo su exquisitez se me subió a la cabeza, lanzándome en picado hacia un frenesí que casi me llevó a cometer una locura en aquella sala oscura.

—Me temo que tengo que salir. Negocios —mentí.

Algo que me enseñó mi mentor al inicio de mis entrenamientos fue la importancia de mantener contento al personal de servicio: «Son tus ojos y oídos cuando buscas, los mensajeros de los rumores que quieres difundir y las llaves de cualquier sitio al que quieras acceder o del que necesites salir».

—Ah… oh… claro. —La posadera se limpió las manos en el delantal y miró por encima de su hombro hacia la taberna—. De todos modos…, estaba ocupada.

Mi mentira no parecía haber colado, pero lo cierto era que no me importaba. Después de esa noche, era poco probable que volviera a toparme con ella.

—Comprendo —dije, dándole la espalda para marcharme—. Seguramente regrese tarde —añadí en un intento por evitar que se quedara esperándome.

—Eh… Ocupo la habitación al fondo del pasillo, a la derecha —por su tono algo agudo,

lleno de una insegura esperanza, ambos sabíamos que no iba a aceptar su invitación.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

No me despedí ni tampoco miré hacia atrás. No tenía sentido perder el tiempo con alguien que no me interesaba. Al día siguiente, inevitablemente, estaría enfadada; pero al otro, ya no se acordaría de mí. Si esa noche me fallaba el sueño, no sería por ella.

Crucé la calle y comprobé que nadie me siguiera, antes de dirigirme hacia el callejón de detrás de la posada. Recorrí la fachada con la mirada hasta encontrar la silueta de Andrea recortada contra el cálido resplandor de la habitación, con toda la pinta de estar tirando trastos en un arranque de ira. Probablemente me lo tenía merecido después de cómo la había tratado. Dejándome caer contra la pared, me metí las manos en los bolsillos y crispé los puños.

Observarla encerrada debería haberme calmado. La había capturado y mi misión estaba llegando a su fin, ¿por qué, entonces, quería alejarme pitando de aquel maldito lugar y de ella, y borrar de mi memoria que alguna vez la conocí?

¿Podría olvidarme de ella cuando la dejase en manos de la justicia?

Un torbellino de imágenes y sensaciones caóticas invadió mi mente: sus curvas perfectas esculpidas contra la penumbra, sus gemidos de placer al resonar en mis oídos, la suavidad de su piel bajo mis dedos posesivos, la manera en que se hundieron en sus caderas para sujetarla contra mí...

¡Por los dioses de la guerra y la noche! Me pasé una mano por la cara en un intento por borrar esos recuerdos.

¡Era mi maldita prisionera! ¡Mi misión era llevarla a un juicio donde la condenarían a muerte! No podía permitirme el lujo de fantasear con ella o recordar… ¡Mierda! Había metido la pata al seguirla a ese maldito cuarto oscuro. Una vez había experimentado lo que era tenerla, cómo se sentía bajo mis manos y cómo respondía a mis caricias, iba a costarme trabajo volver a renunciar a ella. El maldito vínculo tampoco ayudaba y la urgencia de completarlo solo se había intensificado durante las horas que habían pasado desde que tomara mi sangre.

De entre todas las mujeres que habitaban las dimensiones, ¿por qué mi *shangrile* tenía que ser la única a la que no podía tener? A cualquier otra la habría protegido con mi vida, sin embargo, a ella tenía que llevarla a su muerte. La idea me provocó náuseas. Jamás iba a confesárselo a nadie, pero, a pesar de que comprendía que entregarla era lo correcto y era lo que debía e iba a hacer, una oscura parte en mi interior se rebelaba ante la idea.

Me froté la creciente tensión en el pecho. Andrea no valía mis quebraderos de cabeza ni mis preocupaciones. No después de los crímenes que había cometido y, aún menos, cuando lo primero que hizo cuando intenté ayudarla fue traicionarme.

Se merecía que la juzgaran y condenaran. «Se lo merece», me recalqué a mí mismo como si eso sirviera para convencerme de ello. No importaba lo que hiciera por ella. Volvería a traicionarme si le surgía la oportunidad. Era algo que no debía olvidar, eso y que era el Cazador Real. Le había jurado lealtad al rey y a nuestro reino. Había pocas cosas que aún conservaba a aquellas alturas, entre ellas, mi dignidad y mi palabra. Ella no se merecía que renunciara a ninguna por su causa.

«¿Gabriel?».

Cerré los ojos y la ignoré. No era un buen momento para hablar con ella. Necesitaba seguirle el juego para que se confiara y me confesara sus secretos, pero en ese instante… No, no era el momento adecuado.

Apenas habían pasado unas horas desde que volviera mi mundo del revés. Se aferró a mí como si hubiera sido su faro en la oscuridad, lo único que podía salvarla de su desesperación.

Hubo un momento, mientras su piel le daba la bienvenida a la mía, su corazón palpitaba frenético y su respiración se tornaba toda jadeos y gemidos, que me lo creí. Había sido el paraíso y el infierno a la vez, más placer del que jamás podría haberme imaginado y la más pura de las torturas. Mis colmillos volvieron a desplegarse. Incluso había estado a punto de morderla e inyectarle mi toxina mientras me encontraba hundido en ella, arriesgándome a cerrar el vínculo que nos convertiría en uno. Había sido una tentación que todavía no tenía idea de cómo había logrado evitar.

¡Por todos los dioses de la guerra y de la noche! ¿Por qué su sangre tenía que ser tan exquisita e irresistible? Solo el recuerdo de su sabor ya conseguía que mis rodillas flaquearan. Era una adicción. Una que iba a matarme si cedía a ella. ¡Maldición!

«¿Gabriel?».

Apreté la mandíbula. ¿Cómo podía sonar tan inocente y tan… humana? Cuando me hablaba así era tan fácil pasar por alto la criatura odiosa, maléfica y manipuladora que era en realidad. Había sido testigo de los crímenes de los que se le acusaba, la había visto cometerlos con mis propios ojos. Había estado al lado del rey y sus hermanos cuando presenciamos su intento de asesinar a la reina embarazada, vi a la humana envenenada en su lecho de muerte, había estado ahí cuando Andrea secuestró a la *shangrile* de Cael y la amenazó con torturarla. Y, por si aquello no fuera bastante, después de meses siguiendo su rastro y vigilándola, no me quedaba ni la menor duda de lo letal que era.

Los mejores cazadores de Nocturna habían sucumbido bajo sus manos. Era una mujer que no se detenía ante nada y tampoco dudaba en usar su cuerpo para salirse con la suya. Conmigo lo había hecho. Incluso siendo su *shangrile*, había usado mi necesidad de protegerla en mi contra, dejándome vulnerable y expuesto en las mazmorras, al lado de los prisioneros que me odiaban a muerte y soñaban con la oportunidad de poder despedazarme y vengarse por haberlos llevado hasta allí. Si el carcelero hubiera tardado un poco más en regresar, dudaba que hubiera quedado algo de mí con lo que identificarme.

A pesar de que jamás se lo había confesado a nadie, lo peor no había sido la humillación a la que me expuso ante la corte, ni la ira del rey al descubrir mi estupidez o las risitas y comentarios jocosos que continuaban persiguiéndome allá a donde fuera. No. Lo peor fue que me usó, me desechó y luego me dejó sin que le importase si moría o no.

¿En qué clase de hombre me convertía el hecho de que, después de lo que había pasado con ella, seguía ansiando creerla cuando me contaba esas historias increíbles, asegurando que no había sido ella quien cometió esas atrocidades o que se tiró por el precipicio para no hacerme daño?

¡Claro que no había querido enfrentarse a mí! Pero no había sido para protegerme, sino porque me temía. Se trataba del mismo miedo que se había reflejado en sus ojos cuando descubrió que la había atrapado.

«¿Dónde te has metido? Sé que hoy ha sido una noche muy larga, pero te necesito, necesito que me hagas un poco de compañía».

Se me escapó un resoplido al escucharla en mi mente. ¿Una noche larga? Eso era la exageración del siglo. ¿Y me necesitaba? ¿Después de dejar que Frost le pusiera las manos encima y de la lista de mentiras que me había soltado en el transcurso de las últimas horas sobre la Bruja del Este?

Eso era algo que no acababa de entender. ¿Por qué querría contarle mentiras a una voz que ella consideraba un producto de su imaginación? Nadie podía ser tan paranoico como para tratar de engañar incluso a las voces en su cabeza, ¿o sí?

La primera vez que escuché su voz y empezó a charlar conmigo como si fuera una criatura imaginaria que acababa de crear, además de sobresaltarme, estaba convencido de que estaba tomándome el pelo. Después de las semanas trascurridas desde entonces, seguía sin comprender muy bien por qué podíamos comunicarnos de ese modo. La telepatía no era algo extraordinario entre *shangriles*, pero los únicos casos que conocía eran parejas cuyo vínculo se había consolidado. La única explicación que tenía era que la pérdida de su inmortalidad al cruzar al Inframundo debía de haber influido de algún modo en derrumbar sus barreras mentales o, que, al dejar de sentirnos, la naturaleza tomó cartas en el asunto para que no pudiéramos escapar de nuestro destino.

Cuando ella no mostró señales de reconocer nuestras conversaciones como lo que realmente eran, decidí seguirle el juego. Al inicio, lo hice por el puro alivio que me invadió de que siguiera viva; luego, porque confiaba en que podría usarlo tanto para cazarla como para conseguir por fin algo de información relevante que me permitiera redimirme ante el rey. Empezaba a preguntarme si, en lugar de manipularla yo a ella, había sido ella quien me había manipulado desde el principio. La idea me hizo soltar un gruñido. ¡Maldita fuera!

Me despegué del muro. ¡Eso era justo lo que había pasado! ¡Andrea me la había vuelto a jugar! Pasándome los dedos por el cabello, tomé varias inhalaciones profundas, soltando el aire despacio, en un intento por calmarme y recuperar mi claridad mental.

«Me ha traicionado y usado como si fuera una maldita estúpida enamorada. ¿Te lo puedes creer?», irrumpió su voz de nuevo en mi cabeza. «Durante nuestro baile Gabriel había sabido desde el inicio que iba a apresarme en cuanto acabara. ¡Lo tenía todo planificado! Solo quería reírse de mí y humillarme».

Se me escapó una carcajada reseca. ¿No era eso lo mismo que ella había intentado conmigo? La idea me detuvo. Puede que Andrea supiera que la voz en su mente era yo, pero seguía pensando que podía manipularme y engañarme con ella. Era algo que podía usar a mi favor. Bastaba con que no descubriera que lo había averiguado… Mis labios se extendieron por voluntad propia en una sonrisa determinada y volví a relajarme de nuevo contra la pared. Cruzando los brazos sobre el pecho, apoyé un pie contra el muro y busqué su perfil a través de la ventana.

«¿No crees que pudiera estar simplemente celoso de que estuvieras bailando con otro hombre?», pregunté con el tono casual que había fingido cientos de veces en la última semana.

Frost no era un hombre cualquiera. Andrea había acabado conversando con uno de los seres más poderosos de Inframundo la primera noche en la ciudad. Era mucha coincidencia como para ser una simple casualidad. ¿Y que la Bruja del Este se encontrara en el mismo lugar y momento que ella, en el Inframundo de todas las dimensiones del universo? Tendría que ser imbécil para creérmelo.

«¿Celoso? ¿El verdadero Gabriel?». Andrea bufó. «¡Venga ya! Ese hombre no sabe lo que es un sentimiento aunque se tropezara de bruces con él y le dejara un chichón del tamaño de una catedral».

Apreté los dientes. Acababa de dar una descripción perfecta de ella misma. Pero lo de «verdadero Gabriel» solo podía significar que seguía tomándome por tonto.

«Tal vez. ¿Vas a decirme que no te sentiste culpable en lo más mínimo por bailar con ese tipo y dejar que flirtease contigo?».

Se produjo un silencio. ¡Mierda! ¿Me había dejado llevar demasiado?

«Ya no», afirmó con firmeza.

Fue mi turno de sentirme culpable. No me enorgullecía la forma en que la había tratado esa

noche ni de la mayoría de las cosas que le había dicho, pero era mejor que me odiara y mantuviera las distancias conmigo a que tratara de seducirme. Lo primero sabía cómo manejarlo; lo segundo, no tanto.

«Ahora que ya te has desahogado destrozando la habitación, deberías asearte antes de que regrese. A menos que quieras que él sea testigo de cómo lo haces y le des la oportunidad para que lo use para humillarte». Mi sonrisa se ensanchó. Podía sentir la forma en que su ira calentaba el débil vínculo que me unía a ella. Una parte de mí se rebelaba ante la idea de que limpiara mi esencia de su piel, pero lo último que necesitaba era presenciar cómo lo hacía. No me quedaba la fortaleza suficiente para no caer en la tentación y tratar de marcarla de nuevo con mi olor. Me gustase o no, era preferible que no descubriera que era yo quien la había alimentado esa noche. Era algo para lo que seguía sin tener una explicación racional. Solo sabía que si ella lo descubría podría usarlo en mi contra, y ese era un poder que no pensaba darle.

«¿Y si no me lavara en absoluto? ¿Y si dejara que oliera que había estado con otro hombre?».

Carcajeé por lo bajo. Iba a ser difícil que consiguiera ponerme celoso de mí mismo.

«¿Crees que es una buena idea provocarlo de ese modo?».

«¿No quieres comprobar tu teoría de que es capaz de sentir celos?», espetó ella de vuelta. A través de la ventana la vi alzando la nariz. ¡Pequeña embaucadora consentida!

Aaah… Tenía la sensación de que los próximos días serían divertidos.

«Tú misma, princesa. La cuestión es: ¿qué harás si, al percatarse de que has estado con otro, no reacciona? ¿Crees que te dará igual?».

«Me importa un pepino lo que haga. Al menos le demostrará que, haga lo que haga, sigo teniendo la libertad de ser yo misma y que eso es algo que no puede arrebatarme».

Por primera vez desde que había salido a la calle, el calor que sentía no se debía a las temperaturas infernales del exterior, ni a la ira y frustración que ella me provocaba con su simple existencia. Acababa de lanzarme un reto, uno que estaba más que dispuesto a aceptar. ¿Pensaba que lo que yo hacía no le afectaba y que, en cambio, era capaz de manipularme a su antojo sin inmutarse?

Iba a ser mi placer demostrarle lo contrario, lo único que necesitaba era alimentarme lo suficiente antes de regresar, para que mi hambre y mis instintos no me traicionaran en su presencia.

—Mirad lo que tenemos aquí, chicas —ronroneó una voz femenina desde la entrada del callejón, casi como si la hubiera conjurado yo mismo—. *Mister Dark and Dangerous*. Me pregunto si le interesará un poco de intercambio de fluidos con tres inocentes hechiceras a las que les gustaría acabar la noche de una forma… especial.

Me despegué de la pared con una lenta sonrisa y estudié a las tres mujeres. Dos de ellas eran rubias, tal vez incluso hermanas. Una de ellas me miraba por el rabillo del ojo, tímida y algo asustadiza; la otra, en cambio, me observaba sin disimular el brillo hambriento en sus pupilas. Ojeé a la tercera, la que me había hablado, directamente a los ojos. Con su cabellera teñida de un rojo anaranjado, era la que más me llamaba la atención. Con los brazos en jarras y los hombros echados hacia atrás, sacaba los generosos pechos que su atrevido escote hacía poco por resguardar. No tenía ni la menor duda de que era la cabecilla del grupo.

—¿Señor oscuro y peligroso? —La recorrí de los pies a la cabeza con una mirada pausada que no hacía ni lo más mínimo por ocultar mi intencionalidad—. ¿Eso para tres hermosas damas no debería ser una señal de advertencia que las incitara a salir huyendo?

La pelirroja ladeó la cabeza.

—Puede que sí o puede que no. A lo mejor quien debería salir huyendo es él.

Mi sonrisa se ensanchó.
—Es muy posible.

Capítulo Treinta



Andrea

Cuando bajamos a la taberna, el nauseabundo hedor a sudor, grasa quemada y cerveza agria que parecía haberse infiltrado en los poros de la madera del suelo, me golpeó de lleno al llegar al pie de la desvencijada escalera. Gemí al descubrir el local atestado de criaturas del Inframundo, quienes devoraban con avidez el contenido de sus platos abollados de estaño. Si la noche anterior el aroma de la carne asada me había hecho salivar, en ese momento, el espectáculo me revolvía las entrañas, y no era porque Gabriel se hubiera preocupado, precisamente, de llevarme algo para cenar cuando regresó.

Apreté los dientes al recordar cómo había vuelto, con la ropa deshecha, marcas de arañazos en su cuello y apestando a perfumes baratos y almizcle. Ni siquiera se había dignado a mirarme cuando lo insulté por ello, se había limitado a despojarse de la camisa, las botas y los calcetines, y se había desplomado sobre la cama, apagando la luz con un chasquido. Me seguía hirviendo la sangre de solo rememorarlo.

Se me escapó un suspiro de resignación al descubrir que la única mesa libre estaba al fondo del antro, y que íbamos a tener que atravesar aquel mar de cuerpos malolientes. Si desde mi distancia el hedor era insoportable, no quería ni imaginar lo que sería al pasar entre ellos. No era de extrañar que el hambre hubiera huido despavorida.

¡Y ese ruido! ¿Es que nadie les había enseñado a esos tipos modales en la mesa? Era grotesco tener que escucharlos masticar con la boca abierta y oír sus eructos y pedos. Si no sabían comportarse, ¿por qué no desayunaban en sus hogares, o en medio del bosque o… del agujero infernal del que habían salido? Lo único que quería era tomarme un café tranquila. ¿Tanto era pedir después de la noche que había pasado? No había pegado ojo hasta cinco minutos antes de que Gabriel me despertara arrojándome agua turbia de un jarro. ¡Capullo!

Cómo el cabrón había logrado dormir a pierna suelta, roncando como un ogro, con aquel penetrante perfume que me había irritado las fosas nasales durante horas, era un misterio. Los vampiros solíamos ser por naturaleza sensibles a los olores, pero Gabriel parecía inmune a ellos. Y, para colmo de males, cada vez que cerraba los párpados, veía imágenes perturbadoras: ya fuera a él en una orgía rodeado de mujeres; o a mí, desnuda en el baile de Frost, con todos los invitados riéndose a mi costa. ¡Aaargh!

Gabriel, imperturbable como siempre, dio un tirón brusco del lazo invisible que me unía a él, obligándome a seguirlo apresurada si no quería acabar rodando por el suelo sucio. Siseé cuando

mis pies se enredaron con los pliegues de mi falda. ¡Maldita fuera! ¿Tanta prisa tenía? Podría tener un mínimo de consideración conmigo, pero ¿qué podía esperar de un cerdo infiel que abandonaba a su *shangrile* en una posada en medio del Inframundo para pasar la noche con otras mujeres?

—¡Maldito cabrón! —mascullé entre dientes, saboreando el insulto en mi lengua. Acabaría por desgastar la palabra antes de que llegar a Nocturna, pero ningún otro término capturaba con tanta precisión el odio y el desprecio que me inspiraba. ¿Cómo había podido el destino elegirme a un *shangrile* tan… tan…? ¡Cabrón! ¡Maldita sea! Claro que el destino había sabido lo que se hacía, era otro gilipollas detestable que la tenía tomada conmigo.

Estaba tan absorta en mi rabia que no vi el pie escamoso que se interpuso en mi camino hasta que ya fue demasiado tarde. Perdí el equilibrio hacía delante hasta que alguien me empujó y caí hacia atrás, aterrizando sin aliento sobre el regazo de un corpulento demonio de color azulado. Apestaba a carne cruda y me ofreció una amplia sonrisa cuando atrapó mi cintura con su musculoso brazo.

—Esto es lo que yo llamo que a uno le caiga la suerte del cielo —se burló con voz áspera y gutural.

Su intento de seducción podría haber funcionado (con otra) si su boca no oliese como si un duende se hubiera echado a dormir debajo de una de sus muelas y allí se hubiera muerto.

Sus amigos, con pieles escamosas de tonos verdosos y rojizos, cubiertos de pies a cabeza con tatuajes marineros y perforaciones metálicas que deformaban aún más sus ya horrendas caras, estallaron en carcajadas alrededor de una mesa atestada de jarras y restos de comida.

—Es tu día de suerte, Kraken —se mofó uno de ellos, mostrando una hilera de dientes afilados como cuchillos—. No ha hecho más que empezar y ya tienes a una pelirroja en tu regazo. ¿La compartirás con nosotros después? —Su mano peluda se estiró hacia mi pecho.

Antes de que pudiera golpearlo y apartarlo de mí, un destello plateado surcó el aire y le atravesó la mano, clavándose con un sonido sordo en la mesa. Parpadeé al reconocer que se trataba de una de las dagas que Gabriel me había robado la noche anterior.

El aullido de dolor del demonio congeló la taberna en un tenso silencio, a excepción del resto de su grupo, que se levantaron de un salto, haciéndome caer con brusquedad en el proceso. Se me escapó un gemido ahogado cuando mi trasero golpeó las mohosas tablas del suelo. ¡Maldita fuera! ¿Es que no podía pasar ni un solo día en aquel maldito lugar sin que algo me lastimara o pusiera en peligro?

Me incorporé con la poca dignidad que me quedaba, luchando contra los pliegues del pesado vestido y el apretado corpiño que apenas me dejaba respirar. Gabriel, por su parte, se posicionó entre los demonios y yo, y alzó ambas manos en un gesto conciliador.

—Mis disculpas, amigos —dijo con voz serena—. Me pagan por llevarla intacta a su destino. Es solo trabajo. Lo comprendéis, ¿verdad?

Cuatro de ellos rugieron, mostrando sus colmillos amarillentos como si fueran trofeos, pero Kraken, el que me había sostenido sobre su regazo, entrecerró sus ojos con un brillo calculador, que me hizo localizar varios tenedores oxidados y cuchillos mellados con la mirada por si las cosas se ponían feas y necesitaba usarlos como armas.

—Tú eres el cazador ese del rey de los vampiros, el de Nocturna, ¿me equivoco? —preguntó Kraken despacio.

El resto de los comensales permanecieron callados. Seguían el altercado con la anticipación de un carroñero aguardando el festín tras una batalla sangrienta.

—¿El mismo? —Gabriel sonrió mostrando sus propios colmillos nacarados, mucho más

largos y afilados, en el proceso.

Los ojos inyectados de sangre del demonio fueron de Gabriel a mí, evaluándome con interés.

—Es una mercancía delicada —gruñó, señalándome con un gesto de su barbilla.

—Demasiado para mi gusto —coincidió Gabriel con un deje de sarcasmo, que me tentó a darle un buen puntapié detrás de las rodillas. ¡Imbécil! ¿Quién le obligaba a soportar mi presencia? ¡Era él quien me había secuestrado! Por lo que a mí respectaba me hacía un favor si decidía largarse y dejarme atrás.

La atención de Kraken regresó a Gabriel, con sus pupilas de reptil contraídas como las de un depredador al acecho.

—¿Y qué tal si te ofrecemos un trato y nos la quedamos? —propuso—. Te ahorrarías el quebradero de cabeza de tener que mantenerla con vida durante el trayecto de regreso. Lo más probable es que ni siquiera llegues al próximo portal. Con suerte, son tres días de travesía, quizá cinco si tienes que cargar con ella. Esta dimensión no está hecha para los débiles.

Me clavé las uñas en las palmas. ¿Qué le hacía pensar a ese idiota que yo era débil? ¿Acaso no estaba allí, vivita y coleando después de dos semanas? Mis ojos se desviaron hacia la daga que seguía clavada en la mano del demonio, su sangre negra formando un charco viscoso sobre la mesa de madera podrida.

«No lo hagas. Solo conseguirás que los demonios reaccionen y nos ataquen y despedacen», me avisó mi Gabriel imaginario, quien, como de costumbre, sabía elegir sus momentos para hacerse notar.

—Mi rey la quiere muerta —replicó el Gabriel auténtico con voz cortante—. No se conformará hasta que tenga su cabeza rodando a sus pies.

Genial. Encima se disputaban el privilegio de acabar con mi vida. ¿Por qué nadie se molestaba nunca en preguntarme mi opinión al respecto? Igual les sorprendía la respuesta.

Los demonios soltaron una carcajada que resonó en las paredes del antro y que se multiplicó cuando otros clientes se unieron, agitando el humo acre que flotaba en el ambiente.

—Podemos enviársela cuando hayamos terminado con ella —sugirió uno de ellos con una sonrisa que me hizo estremecerme por dentro—. Por desgracia, pocas duran más de unos días con nosotros —se mofó, lanzándome una mirada que me hizo sentir sucia y pegajosa, incluso a través de la distancia que nos separaba—, aunque esta podría compensar el esfuerzo de mantenerla con vida un poco más.

El compañero que tenía al lado se reajustó la entrepierna, palmeándose con sus zarpas mugrientas una incipiente erección.

—A lo sumo, tu rey tendrá su preciosa cabecita en un par de lunas, cuando todos hayamos tenido nuestro turno con ella. —Se lamió los labios con su lengua bífida—. E igual se la mandamos con una manzana en la boca para disimular que tiene la mandíbula desencajada.

¡Diosa! Ese bando de degenerados estaba enfermo. Por el rabillo del ojo vi a Gabriel alcanzar otra daga, esa vez una de las suyas.

—¿Se conformaría tu jefe con recibir la cabeza cuando el verdadero premio es verla morir? —preguntó Gabriel con una calmada frialdad.

Kraken volvió a entrecerrar sus ojos de reptil y lo contempló con un gesto pensativo.

—Soy mi propio jefe —comentó con indiferencia—, pero puedo entender lo que dices.

—Entonces entenderás que no puedo venderla, a menos que quiera que sea mi propia cabeza la que ruede —respondió Gabriel.

El demonio volvió a estudiarme con detenimiento. Me encogí por dentro ante la avaricia que se reflejó en sus pupilas rasgadas.

—Entiendo lo valiosa que es —decidió, pasándose el dorso de la mano por la boca como si se limpiara la baba que amenazaba con escapar de entre sus colmillos.

Los hombros de Gabriel se tensaron y otra daga apareció en su mano izquierda, aunque mantenía ambas fuera de la vista de los demonios.

—Gracias —replicó sin dejarles entrever si se tragaba su teatro o no.

Kraken asintió, arrancó mi arma de la mano de su compañero herido y se la devolvió a Gabriel sin molestarse en limpiar la sangre negra que goteaba de su filo. Luego nos dio la espalda y se sentó, seguido por el resto de su grupo, que no dejaban de lanzarnos escalofriantes miradas de soslayo.

Como si no tuviera nada mejor que hacer, Gabriel se sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la daga con extrema meticulosidad antes de guardársela en el cinto. Mis dedos hormigueaban con la necesidad de rescatarla de sus manazas, pero me obligué a tener paciencia. Iba a recuperarla, solo era cuestión de elegir el momento adecuado.

—Vamos. —La mano callosa de Gabriel se cerró sobre mi nuca como una tenaza y me obligó a ir delante de él hasta la solitaria mesa libre junto a la pared.

Antes de que pudiera señalarle la falta de asientos, me empujó con tanta fuerza hacia abajo que acabé golpeándome las rodillas contra el suelo con un grito ahogado.

—¿En serio pretendes que coma en el suelo como un perro sarnoso cuando el local está lleno de taburetes libres? —espeté irritada, la bilis subiéndome amarga por la garganta.

Su mirada fue helada cuando se posó sobre mí.

—Eres una prisionera y una traidora a nuestro reino. Conoces nuestras leyes. Da gracias de que te deje comer.

Reprimí un bufido, negándome a mostrarle las nuevas grietas en mi armadura. Habría funcionado si no me hubiera llegado el delicioso aroma a huevos revueltos y tomates frescos aliñados con aceite de oliva que me llegó de la mesa contigua y mi estómago no hubiera elegido ese momento para traicionarme con un vergonzoso rugido.

Una camarera joven, que no había visto la noche anterior, con el corsé demasiado ajustado y la falda manchada de grasa, se acercó con un contoneo hasta nosotros. Se inclinó sobre Gabriel con un gesto que hacía inevitable captar la forma en que sus pechos parecían escapar de su prisión.

—¿Qué puedo ofrecerle, mi señor? —ronroneó, ignorando mi presencia por completo.

¿Qué demonios tenía Gabriel para que todas estuvieran persiguiéndolo así? No es que yo no pudiera ver que era atractivo o que la cicatriz que le cruzaba el ojo no tuviera un algo que hablaba de misterio y fuerza, pero… ¡uuuf!

—¿Qué me recomienda? —preguntó Gabriel, echándose atrás en su silla.

Apreté los dientes cuando sus ojos se mantuvieron unos segundos más de lo necesario sobre el escote de la chica.

—Las tostadas con la carne asada de ayer están para chuparse los dedos —sugirió ella, lamiéndose los labios—. También tenemos fruta fresca del norte y nuestras migas son famosas en todo Inframundo.

—Bien. Café y tostadas con carne y fruta para mí. Agua y sobras para ella —añadió con un gesto despectivo en mi dirección.

—Por supuesto.

¿Sobras para mí? Mi estómago gruñó en protesta. ¿Qué demonios significaba eso? ¿Se refería a la carne asada de la noche anterior? ¿Y agua en lugar de café?

Abrí la boca, pero lo único que salió fue un grito cuando la camarera me propinó un fuerte

puntapié para apartarme de su camino. ¡Maldita zorra!

—Deberías intentar pasar desapercibida —murmuró Gabriel, su mirada fija en la ventana sucia—. Ya no eres la niña mimada de la corte.

—¿Me culpas a mí de la zancadilla de antes o de que esa puta camarera me haya pateado como a una perra callejera? —siseé furiosa.

—Diría que aquí eres menos que una perra —replicó con frialdad.

Fui a levantarme, pero su mano se posó en mi hombro como un rayo, arrancándome un gemido de dolor cuando sus dedos se clavaron en el hueso.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas —me advirtió—. No estoy de humor para aguantar tus berrinches de princesa mimada. Tú decides.

Me llevó un momento contestar:

—¿Qué ha pasado contigo? Tú no eras así.

Su ceja se arqueó con burla.

—¿Pretendes insinuar que me conocías?

—Sí. No. Me refiero a que no te conocía de cerca, pero te he observado en la corte y en los entrenamientos. Sé lo que decían de ti. Eras callado, pero nunca fuiste cruel.

Gabriel se reclinó en la silla desvencijada y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿No será que tu confusión se debe a que nunca me has visto en mi trabajo fuera de tu refinada corte? ¿O a que nunca has estado al otro lado de la ley? ¿O a lo mejor el problema es que nunca has tenido que enfrentarte a las consecuencias de tus actos? —se burló con acidez—. Quizá ya sea hora de que lo hagas. Eres una traidora. Te mereces que se te trate como tal.

—Aún no he sido juzgada —espeté, a pesar de que ambos sabíamos que eso no era cierto. Podía no haber pasado por un juicio formal, pero todo el mundo ya había decidido mi culpabilidad. Nadie estaba interesado en escucharme o en ver pruebas—. La ley establece que soy inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Gabriel soltó una carcajada áspera, carente de humor.

—Has pasado demasiado tiempo en el mundo humano.

—Azrael estaba estudiando las leyes humanas para aplicar aquellas que pensaba que eran buenas para Nocturna —le recordé, aferrándome a la poca dignidad que me quedaba.

—Bien. —Gabriel se inclinó hacia adelante, su rostro a centímetros del mío—. ¿Quieres un juicio? —preguntó con suavidad—. Aquí lo tienes: culpable.

—¡¿Tú no eres el juez?! —exclamé indignada.

—Lo soy cuando se trata de temas personales. Las antiguas leyes me dan el derecho a juzgar a mi propia *shangrile* si me traiciona y su traición es de conocimiento público.

Abrí la boca para protestar, para hacerle entender que no había sido yo quien lo había traicionado dejándolo en aquella celda, que era todo lo que pude hacer para protegerlo de la bruja que me tenía poseída, pero acabé apretando los labios. Daba igual lo que dijera, al igual que los demás, Gabriel ya tenía sus ideas claras sobre mí. Ni siquiera me había dado la oportunidad de defenderme o la molestia de averiguar por qué había hecho aquello de lo que me culpaba.

—¿Qué? No hay nada que decir —me retó al ver que iba a mantenerme en silencio.

—Es bueno enseñarles pronto su sitio en la relación —comentó el viejo brujo de la mesa contigua. Sus dientes picados asomaban entre sus labios agrietados mientras inhalaba tabaco de una larga pipa hecha con el cráneo de un lagarto—. Si les das demasiada holgura, acaban creyéndose que pueden hacer lo que les dé la gana. —Exhaló el humo en pequeños círculos y me señaló con un dedo nudoso—. Las guapas como ella están acostumbradas a mangonear a los hombres y salirse siempre con la suya. Deberías haberte buscado a una fea como yo, amigo. Esas

caen en línea con mucha más facilidad. Basta que les recuerdes de tanto en tanto que nadie quiere a hembras feas y gordas.



Siseé, mostrándole mis colmillos. ¡¿Quién demonios se había creído que era?! Podía ser mortal y encontrarme arrodillada, pero aún era capaz de arrancarle la nuez de un bocado y romperle el cuello de al menos once maneras diferentes.

Un fuerte tirón de mi cabello me obligó a echar la cabeza atrás con la boca aún abierta y mis colmillos a la vista. La nariz de Gabriel prácticamente rozó la mía cuando se inclinó sobre mí con los ojos llenos de una furia apenas contenida.

—Vuelve a amenazar a alguien por una simple ofensa y te daré una lección en público —gruñó, su aliento caliente contra mi rostro—. Si no sabes comportarte como una adulta, te trataré como la mocosa consentida que eres. Más de uno disfrutará si te pongo sobre mi regazo y te levanto las faldas para darte las nalgadas que te mereces.

Su amenaza me hizo ver rojo. ¿Quién cojones se creía que era?

—No soy ni nunca he sido una mocosa —repliqué entre dientes.

—¿Tú crees? —bufó, soltándome y enderezándose—. La gente ahora te ve como lo que eres. Careces de respeto y no lo ganarás comportándote así. En cuanto lleguemos a Nocturna, la multitud te insultará y escupirá a tu paso. Acostúmbrate. No tengo ni tiempo ni ganas de defenderte cada vez que te metas en problemas, y tú ya no tienes la capacidad de defenderte de

todos ellos siendo una mera mortal.

Las carcajadas que resonaron a nuestro alrededor dejaron claro que el viejo brujo no era el único que había disfrutado de esa humillación. Erguí la espalda y miré al frente a pesar de que me ardían los ojos y tenía un nudo en la garganta.

Iba a matarlo. Iba a matarlos a todos. ¿Gabriel me consideraba débil? No tenía ni idea de lo que era capaz una mujer cuando buscaba venganza.

«Tienes que calmarte. Estás llamando demasiado la atención». Que la voz en mi mente apoyara a Gabriel hizo que el nudo en mi garganta creciera y tuviera que parpadear varias veces para evitar que las lágrimas lograran escapar. «No hablarme no va a servirte de nada», me advirtió.

«Si llamo la atención, mejor; así sabrán quién es la que los ha matado y por qué».

«¿Finalmente vas a admitir que eres un monstruo?», cuestionó la voz sin ocultar su decepción.

«Jamás he sido el monstruo que la gente cree que soy, pero que no lo haya sido no significa que no pueda serlo. Puedo darles justo lo que desean. Espero que luego no se quejen de lo que han creado».

Esta vez fue el turno de mi Gabriel imaginario de permanecer en silencio.

La misma camarera de antes regresó a la mesa para colocarle a Gabriel un plato abollado y una taza delante. El simple olor me hizo salivar y a mi estómago gruñir. Al menos lo hizo hasta que me colocó un cuenco sucio lleno de un líquido turbio en el suelo.

—¿Ha terminado? —le preguntó al brujo, que seguía entretenido fumando—. La perra del suelo necesita algo de comer.

Los ojos pequeños y crueles del viejo se posaron sobre mí antes de mostrarme sus dientes podridos en una sonrisa llena de promesas que prefería no descubrir.

—Un momento. —El muy puerco se tapó un lado de la nariz y expulsó una mezcla de aire y mocos sobre el plato. Luego, con un sonido repulsivo, inspiró con tal fuerza que sonó como un cerdo y escupió un salivazo amarillento veteado de marrón sobre los restos de su comida—. Ya está —declaró, desafiándome con la mirada—. Toda suya.

Se me encogió el estómago al ver cómo la camarera recogió el plato con su delantal y me lo arrojó a los pies.

—Ahí tienes, tus sobras —dijo la camarera con una sonrisa odiosa—. Ñam, ñam. Y el caballero ha sido tan amable de dejarte hasta unos regalitos extras. Deberías darle las gracias, al señor.

Se me levantó el estómago con violencia, pero por suerte no había comido nada desde la tarde anterior. Me eché para atrás cuando también ella escupió en el plato antes de marcharse con un exagerado contoneo, dejando el eco de su risa atrás.

Gabriel, por su parte, no dijo nada y se limitó a devorar su desayuno como si yo no existiera y no hubiera presenciado lo que había pasado.

«Juro que lo mataré despacio, haciéndolo sufrir, aunque eso me mate en el proceso», siseé en mi mente.

«Él no ha tenido la culpa de que te hayas ganado la aversión de ese viejo y la camarera», intervino la voz en mi mente con calma. «Pidió las sobras, no lo que hicieron luego con ellas».

La pizca de compasión en su tono, lejos de sosegarme, me alteró todavía más.

«Es mi *shangrile*, él es quien ha provocado esta situación, no yo. Solo lo han hecho porque él lo ha consentido. Justifícalo como quieras, no cambiará los hechos».

«Tienes que cambiar de actitud. Si sigues enfrentándote a todos, jamás te dejarán comer. ¿Y

cómo crees que podrás matarlo si te vuelves débil por falta de alimento?».

Esa vez, sonreí para mis adentros.

«¿Y quién ha dicho que no comeré? Una no se cría con un padre y en una casa como la mía sin aprender a sobrevivir».

«¿A qué te refieres?».

«¿Importa? Ya me has demostrado de parte de quién estás».

En la periferia de mi visión, noté la mirada de Gabriel sobre mí, pero mantuve la vista al frente y la espalda erguida. Mi padre había sido el único hombre que había conseguido quebrarme y me iba a asegurar de que también fuera el último.

Capítulo Treinta Y Uno



Gabriel

El brebaje que pasaba por café, más negro que el alma de un condenado, me abrasó las entrañas con su amargor. O quizá era la visión de mi *shangrile*, arrodillada a mi lado en el suelo mugriento, rígida como una tabla y la mirada fija en la nada, que ignoraba tanto mi presencia como el vomitivo plato que le habían arrojado delante.

Hasta el último de mis instintos me urgía a levantarla, sentarla sobre mi regazo y alimentarla con mis dedos hasta que el rugido de su estómago, audible incluso sobre el bullicio de la taberna, dejara de atormentarme. No podía hacerlo. Si cedía a mis instintos, solo atraería más atención sobre ella en ese antro repleto de criaturas hostiles: unos quince demonios armados hasta los colmillos y al menos tres magos de nivel cinco.

No habría sabido decir si era la brillante y llamativa melena de Andrea, o su porte orgulloso e inquebrantable, lo que atraía tanta atención, pero mis planes de pasar inadvertido en aquel pueblo de mala muerte se habían ido al garete nada más cruzar el umbral de la maldita taberna.

No necesitaba ser un íncubo para percibir las intenciones de Kraken y su grupo cuando señaló el valor de mi *shangrile*. La codicia en sus ojos había sido tan evidente como lo era la cicatriz que me cruzaba la cara. La reacción de sus compañeros, cuando se sentó con calma después de que yo le clavase una daga a uno de ellos en la mano, me lo confirmó. Los demonios no eran una especie conocida por su compasión o su capacidad de perdonar, y una panda de piratas curtidos como esa no cedía con tanta presteza a menos que tuviera otros planes a la vista. No, estaba convencido de que Kraken, el cabecilla, estaba tramando cómo eliminarme y apoderarse de Andrea.

Primero tendrían que pasar sobre mi cadáver. Jamás permitiría que una mujer fuera sometida a semejante depravación y mucho menos cuando se trataba de la mía. Y, precisamente por lo que estaba en juego, necesitaba dejar de lado la angustia de verla humillada y al borde de las lágrimas, para concentrarme en escuchar la conversación al otro lado de la sala.

Con un movimiento rápido, atrapé la fina muñeca de Andrea y frené su intento de llevarse mi jarra de café a los labios, mientras yo seguía masticando el pan duro y la carne salada con fingida indiferencia. Casi se me escapó una sonrisa cuando entrecerró los ojos y me dedicó una ojeada capaz de intimidar al mismísimo Belcebú.

Anotado: jamás te interpongas entre Andrea y su chute de café. Con gusto me habría hecho el ciego para que pudiera tomárselo, si no fuera por su fijación por desafiarme en público. Si al

menos fingiera algo de sumisión por un rato y… Suspiré. Lo cierto era que dudaba que eso ocurriera en este eón, pero no me quedaba más remedio que mantener la fachada ante las miradas curiosas, que no habían dejado de espiarnos con disimulo.

Podría haber evitado que ella escupiera en mi café si no hubiera estado tan cautivado por el fuego que ardía en sus ojos. Era una maldita arpía, pero por algún motivo incomprensible, eso solo conseguía ponerme duro. Y, además, era *mi* arpía. Quitándole los dedos de uno en uno de mi jarra, la recuperé y, sosteniéndole la mirada, me la llevé con estudiada deliberación a los labios. Sus ojos se abrieron conmocionados, puede que incluso algo intranquilos al ver que tomaba un trago. ¿Qué esperaba? Era mi *shangrile* y, aunque me odiara por ello, no había un centímetro de su cuerpo que no estuviera dispuesto a devorar, lamer y poseer.

Arqueé una ceja para retarla a decir algo, pero ella se limitó a apretar de nuevo los labios y a recuperar su postura con la vista al frente. ¡Maldita cabezota orgullosa! ¿Cómo podía ser tan hermosa incluso en la peor de las situaciones? No me extrañaba la mirada que le había lanzado Frost en el baile, mientras deliberaba si enfrentarse o no a mí por una mujer a la que acababa de conocer. Tuve ganas de matarlo por ello. Podía que aún lo hiciera.

Obligándome a soltar a Andrea y perder el contacto con su sedosa piel, seguí desayunando. Oculté una sonrisa tras la jarra al oírla recitar entre dientes una creativa lista de todas las posibles formas de asesinarme y torturarme. Mi pequeña guerrera era sanguinaria como ella sola. Habría sido una excelente compañera de caza si tan solo… Me froté el pecho, justo sobre el corazón, en un intento por disipar la tensión que se me acumulaba más y más a medida que pasaba el tiempo.

¿Los vampiros podían tener afecciones cardíacas? Iba a tener que consultarlo con uno de los curanderos de la corte en cuanto regresásemos a Nocturna. Jamás había escuchado algo semejante, pero tampoco era como si estuviera acostumbrado a que la gente de mi entorno pereciera por causas naturales.

El chirrido de sillas arrastrándose a mi espalda me alertó. Con un movimiento pausado, empujé el plato vacío al centro de la mesa y dejé la jarra.

—Es hora de regresar a nuestra habitación —le ordené a Andrea, mientras me incorporaba, arrojando unas monedas sobre la mesa.

Ante su falta de reacción, la tomé del codo, obligándola a seguirme. No iba a ponérmelo fácil. Lo entendía, pero en ese momento no tenía tiempo para eso. Agucé el oído, intentando captar las voces de los demonios que se agolpaban en la salida de la taberna.

—¿Sabes? Nunca imaginé que fuera tan afortunada de que el destino me presentara a un *shangrile* tan galante y atento como tú —espetó Andrea con un sarcasmo que podría haber corroído metal, mientras fingía torpeza a la hora de seguirme.

¡Pequeña manipuladora embustera! La mujer no había sido torpe ni un solo día de su vida y, ciertamente, no lo estaba siendo en ese momento mientras tropezaba a cada paso, aferrándose a las mesas como si fueran su única solución para no acabar en el suelo, mientras las estúpidas criaturas sentadas a ellas la insultaban, se mofaban o protestaban, sin percatarse de lo que ocurría en realidad bajo sus narices.

Parte de la tensión en mi pecho se alivió cuando, por el rabillo del ojo, la vi hurtar con destreza un trozo de pan y varios de queso, además de unas monedas de plata que algún incauto había dejado para la camarera, y un cuchillo de carne oxidado.

—Sí, dudo que otro *shangrile* se hubiera molestado en tratarte como te mereces —le seguí el juego, asegurándome de que los comensales estuvieran pendientes de nuestra reyerta y no de sus habilidosas manos mientras se llenaba los bolsillos.

Debía admitir que era una maestra del hurto, usando sus faldas para ocultar sus actividades

ilícitas y siendo sorprendentemente ágil a pesar de que ya no poseía la rapidez sobrenatural que caracterizaba a los inmortales de nuestra raza. Debería haberla frenado, pero prefería que tuviera el estómago lleno considerando lo que se nos avecinaba.

—¡Ay, pero mirad qué atento y generoso es mi adorado *shangrile*! —exclamó Andrea con una empalagosa dulzura.

Si los vampiros pudieran padecer diabetes, habría muerto de una subida de azúcar instantánea de solo oírla. ¡Maldita mujer y su lengua viperina!

—Me alegra que te des cuenta —gruñí de vuelta, haciendo las delicias de los que estaban metiendo el oído—. Estoy seguro de que *alguno* estará tentado de darte una buena tunda en el trasero para que recuerdes tu buena fortuna durante los próximos días.

Cuando abrió su boca, me preparé para recibir otra de sus afiladas puyas, pero las voces a nuestro alrededor se alzaron en un insistente coro:

—¡Yo te cedo mi asiento!

—¡Enséñale su sitio!

—¡Dos monedas de plata si me dejas que sea yo el que me la ponga sobre el regazo!

—¡Tres si me dejas que la azote yo!

Fruncí el ceño cuando Andrea palideció. ¿De verdad pensaba que iba a dejar que otros le pusieran una mano encima? Había clavado su daga en la mano de un demonio solo por intentarlo, arriesgándome a defenderla contra sus amigos armados.

¿No debería haber sido eso prueba suficiente de que, dentro de mis posibilidades y responsabilidades, pensaba protegerla?

Cuando empezó a forcejear para soltarse de mí, mi paciencia se agotó. Sujetándola por el cuello, la empujé contra la pared. Me tomó un momento reaccionar cuando sus enormes ojos se encontraron con los míos en un reto abierto a pesar de su posición vulnerable. ¡Maldita loca!

Con mi mano libre, le aparté el mechón que se había pegado a la piel húmeda de su escote, antes de rozarle los labios con los míos en un estudiado trayecto hasta su oído. No se me pasó por alto que dejó de respirar o cómo el latido de su corazón se aceleraba, del mismo modo que tampoco conseguí obviar la repentina humillación en sus ojos o la forma en que la sangre se me estaba acumulando en la entrepierna. ¿Le avergonzaba la reacción a nuestra cercanía tanto como a mí?

¡Dichoso vínculo y su tendencia a recordarnos que no éramos más que bestias salvajes cuando nos encontrábamos bajo su influjo!

—Escúchame, y escúchame bien —susurré para que solo ella me oyera—. Los demonios de antes son piratas y su capitán ha decidido deshacerse de mí para conseguirte. A menos que quieras averiguar qué le hacen una treintena de piratas a una mujer hermosa y mortal como tú, te sugiero que embotelles tu odio y tu rabia para más adelante y colabores para que podamos largarnos antes de que caigan en la cuenta de que nos hemos adelantado a sus planes. ¿Entendido? —pregunté un poco más alto mientras le acariciaba el cuello con la nariz, disfrutando casi tanto de las palpitaciones de su corazón como de su fragancia a miel y jazmín.

—Sí, señor —replicó en un tono bajo y sin aliento, que pareció navegar en línea recta hacia mi ingle.

La presión en mis pantalones se volvió dolorosa en el instante en que se entreabrieron sus labios rosados y perfectos para respirar por la boca. ¡Por los dioses de la guerra y la noche! ¿Qué me estaba haciendo aquella mujer?

En el repentino silencio de la taberna, me incliné hacia ella y le mordisqueé el labio inferior. Ella se mantuvo quieta.

—Ahora vamos a ir a la habitación, te vas a poner de rodillas y me demostrarás que has entendido quién es el amo y señor de los dos —pronuncié alto y claro, para que el resto de los clientes del local pudieran oírme. En los ojos azules de Andrea saltaron chispas, pero incluso con su muda amenaza de hacerme pagar por aquella humillación, el aroma de su delicada fragancia se volvió más intensa, como si pretendiera envolverme y atraerme con él. ¡Dioses! ¡Aquella mujer iba a ser mi perdición!—. Luego, si eres una buena *shangrile*, dejaré que te corras.

Por la taberna resonaron algunos gemidos ahogados, algún que otro carraspeo y el sonido de jarras chocando contra dientes. Pero nada me distrajo del movimiento hipnótico de su delicada garganta bajo mis dedos al tragar.

Sin perderla de vista, lancé una orden a la barra:

—Que nadie venga a molestarme a la habitación hasta que salga.

La camarera masculló algo que ignoré. Solo había una mujer que importaba a aquellas alturas y la tenía frente a mí.

—Ve por delante —le indiqué a Andrea, rogándole al universo que no se diera cuenta del efecto que tenía sobre mí y lo mucho que me frustraba mi falta de control con ella.

Por una vez, desde que la pillé desprevenida en el baile, obedeció sin rechistar.

Capítulo Treinta Y Dos



Andrea

Llevábamos horas cabalgando en silencio bajo aquel sofocante bochorno que pegaba la áspera tela del pesado vestido de terciopelo a mi piel húmeda, y apenas me dejaba respirar. El horizonte se difuminaba en una bruma rojiza, salpicada de cuando en cuando por lenguas de fuego que se alzaban desde grietas en la tierra ennegrecida. Y el aire, denso y sulfuroso, quemaba mis pulmones con cada inhalación, dejándome un amargo sabor metálico en la boca.

Habría sido incapaz de afirmar con certeza cuánto tiempo llevábamos así. En aquel deprimente y agreste paisaje de tierra negra y ceniza que olía a muerte, y en el que una hora parecía fundirse con otra en un eterno bucle infernal. A lo lejos, se alzaban montañas escarpadas, cuyas cumbres se perdían entre nubes de humo tóxico y, de vez en cuando, el suelo temblaba bajo los cascos del caballo como si una bestia colosal se removiera en las profundidades.

Sentada rígida sobre el gigantesco semental negro que habíamos robado de los establos tras huir por la ventana de la posada, con la espalda tensa y los hombros encogidos, intentaba ignorar el calor del cuerpo de Gabriel contra el mío. Sus brazos a mi alrededor, para sujetar las riendas, me recordaban de forma constante su cercanía y la vergonzosa realidad de los hilos de sudor que me recorrían la espalda y el escote. Un sudor que para una dama de la corte ya habría sido imperdonable, pero que, en ese momento, solo era una cuestión de tiempo para que se convirtiera en otro argumento más para avergonzarme.

—¿A qué te referías cuando dijiste eso de que una no se cría con un padre como el tuyo sin aprender a sobrevivir? —preguntó Gabriel de repente, rompiendo el silencio incómodo que nos había acompañado desde que abandonamos el pueblo a galope. Su voz sonaba ronca, como si el aire tóxico de aquel paraje también le estuviera afectando.

Fruncí el ceño, intentando ignorar el graznido de un buitre que sobrevoló nuestras cabezas. ¿Había mencionado lo de mi padre en voz alta? Creí que solo lo había pensado mientras conversaba con mi Gabriel imaginario en la taberna.

—La verdad, no creo que sea asunto tuyo —contesté tras un corto titubeo con la vista al frente, observando cómo una columna de fuego se alzaba en la distancia para luego desaparecer tan rápido como había surgido, seguida por una atronadora explosión.

Ya me había expuesto demasiado; no necesitaba confesarle algo tan íntimo solo para que volviera a usarlo en mi contra y acabara acusándome de mentirosa.

«Yo también estoy interesado en saber qué querías decir con eso», intervino mi Gabriel

imaginario como si hubiera estado acechando en mi mente, esperando el momento oportuno para sacar el tema.

«¿Para qué? Tú tampoco te crees nada de lo que te cuento».

«¿No he estado a tu lado todo este tiempo? ¿No te he ayudado siempre que he podido?».

«¿Por ayudar te refieres a mangonearme, encelarte, ordenarme lo que puedo y no puedo hacer y ponerte de parte de tu querido tocayo?».

«No es mi querido nada. Los dos somos Gabriel, solo que yo estoy en tu cabeza».

«Entonces, tal vez debería empezar a desconfiar de ti también», bufé. «Después de todo, tu versión de carne y hueso me ha traicionado, engañado, humillado y secuestrado en menos de veinticuatro horas. Ah, y que no se me olvide: ¡en este mismo instante está llevándome al patíbulo!».

No hubo más comentarios después de eso. Vacié el aire de mis pulmones para tomar una profunda inspiración, pero los gritos lejanos y lamentos que parecían surgir de la tierra me hicieron remover inquieta. Odiaba aquellos sonidos casi tanto como las sombras alargadas que se movían por la bruma y se desvanecían en el aire cuando trataba de enfocar la vista en ellas. Como si hubiera contagiado mi ansiedad al semental, resopló nervioso mientras sus cascos levantaban una nube de ceniza a cada paso.

«Mi padre creía que aprender a sobrevivir tenía que formar parte de la educación de sus hijas y que cada cual debía aprender a buscarse su propio sustento», comencé despacio, podía sentir la atención de Gabriel sobre mí. «Imagino que no es algo demasiado extraordinario en nuestra dimensión, pero cuando decidió que era hora de que cuidásemos de nosotras mismas, yo solo tenía siete años y mi hermana, cinco».

Debí de murmurar algo en alto, porque el Gabriel real se tensó detrás de mí.

«¿Siete y cinco años?». Más que palabras su respuesta fueron gruñidos.

«Sí», continué tratando de no regresar al pasado, aunque solo fuera en mi memoria. «Mi madre y las sirvientas tenían prohibido darnos de comer, bajo la amenaza de perder la mano. Tampoco teníamos permitido acercarnos a la cocina o coger algo de allí».

Hubo un momento de silencio, solo interrumpido por el resoplido del caballo y el crujir de la tierra bajo sus cascos.

«Supongo que Gabriel tenía razón cuando me acusó de ser una niña consentida», espeté con amargura. «Diría que fui afortunada por tener dos años más que mi hermana cuando ocurrió, pero eso me convirtió en responsable de cuidar también de ella».

Arqueé la espalda en un intento por aliviar la presión. Pensé que me había acostumbrado a ser prácticamente humana después de un par de semanas viajando por el Inframundo, pero lo cierto era que empezaba a plantearme si tanta tortura valía la pena solo por seguir viviendo. Por si el dolor de espalda no fuera suficiente, hacía rato que había dejado de sentirme el trasero, comenzaba a tener calambres en los muslos, mi garganta se encontraba tan reseca y llena de partículas de ceniza que, cada vez que trataba de tragar, se me quedaba un mazacote espeso anclado en la garganta y mi cabeza se sentía como si alguien me hubiera taladrado el cráneo y estuviera rebuscando sin cuidado en su interior. ¡Diosa! A esas alturas hasta echaba de menos el carro de Zicky y Zeze y su maldito bacalao.

«¿Y lo hiciste?». Y ahí estaba otra vez. La sorpresa de Gabriel de que pudiera preocuparme de alguien más que de mí misma. ¿Qué parte de mi mente era tan retorcida de conjurar a un amigo invisible tan cruel y que me conociera tan poco?

«Era mi hermana», respondí como si eso lo explicara todo. Debería haberlo hecho. «¿Tú habrías dejado que la tuya muriera de hambre?».

Sabía que el Gabriel real no tenía hermanos y que era huérfano desde una temprana edad, por eso los sirvientes de palacio lo acogieron con el permiso de la reina madre, pero esperaba que entendiera a qué me refería.

«¿Tu padre habría permitido que descuidaras esa responsabilidad hacia tu hermana menor?». Hubo una extraña ausencia de emociones en su tono.

Podía entender sus dudas. Mi padre era considerado un ejemplo en la corte, con sus ademanes suaves y educados y su capacidad para generar alianzas políticas. La imagen pública que reflejaba rara vez coincidió con aquella con la que teníamos que convivir los que compartíamos su vida privada.

«Tengo una cicatriz en la planta del pie por cada vez que mi padre descubrió que le estaba ayudando», a pesar del calor infernal me estremecí con mi confesión, al recordar cómo me las hizo.

«No deberían haberte quedado cicatrices de aquella época».

Sonreí con tristeza. Él debía saberlo. Era uno de los motivos por los que la gente que no lo conocía se quedaba mirando su cicatriz, preguntándose cómo y por qué un vampiro tendía una.

«Lo sé, créeme».

Gabriel guardó silencio un momento, como si estuviera digiriendo la información. Cuando habló, su voz se había suavizado.

«¿Tu padre te castigaba por ayudar a tu hermana pequeña de solo cinco años? Erais niñas, debería haberse sentido orgulloso de ti por protegerla».

Me tomé mi tiempo en responder. Nada de lo que hacía mi padre era normal o sencillo y, a veces, incluso entendía sus retorcidas motivaciones.

«Mi padre trataba de enseñarme que, cuando se trata de supervivencia, es necesario ser egoísta. Si compartes lo poco que tienes para comer, te arriesgas a volverte débil y a morir. Si piensas en proteger a otros, descuidas tus propias defensas y, por consiguiente, te arriesgas a que te hieran y mueras. Mi padre podía ser cruel, pero, por lo general, tenía sus razones y una cierta lógica detrás de las cosas que hacía».

«¿Estás defendiéndolo?».

«¡No! No». Sacudí la cabeza. El viejo cabrón se merecía morir por todo lo que nos había hecho a mí, a mi hermana y a mi madre, pero jamás había conseguido obligarme a hacerlo. No cuando mi miedo hacia él seguía superando el odio que me generaba.

«¿Quería que dejaras morir a tu hermana?». Su incredulidad era palpable. Viniendo de alguien que se dedicaba a cazar a criminales…, ¿qué decía eso de mi padre? «¿Cómo puede un padre arriesgar la muerte de su propia hija?».

«Consideraba a mi hermana débil y, por consiguiente, prescindible. Además, quería enseñarme otra lección».

«¿Cuál?».

«Deseaba hacerme sentir culpable de dejarla morir, para luego demostrarme que la culpabilidad es un lujo que no te puedes permitir cuando tu vida está en juego».

Esa vez, el silencio fue mayor. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba extrañamente ahogada.

«¿Y aprendiste la lección?».

«A medias», respondí, frotándome el brazo. «Mi hermana sigue viva».

«Si sigue viva, ¿por qué dices que fue a medias?», sonó confundido.

«Porque la abandoné con él», confesé, sintiendo cómo la admisión me desgarraba por dentro.

«Pero te salvaste a ti misma», dijo Gabriel como si con ello tratara de consolarme.

Mi mirada se perdió en el horizonte. ¿Cómo podía resultar un paisaje tan eterno?

«¿Tú consideras que dirigirme hacia mi muerte es salvarme a mí misma?», me burlé con amargura. «Tal vez debería haberlo hecho. A lo mejor ahora no estaría aquí, muriéndome encima de la grupa de un caballo con mi peor enemigo, solo para que luego me rematen mientras la gente se ríe y se burla de mí».

Aunque no me gustara admitirlo, mi vida habría sido mucho más sencilla si hubiera dejado que mi hermana se enfrentara a su propio destino en lugar de permitir que mi padre la usara para controlarme.

«¿Podrías explicarte?». Gabriel sonaba tenso, como si estuviera luchando por mantener el control.

Mi suspiro quedó a medias cuando el aire caliente quemó mis pulmones.

«¿De qué sirve? Prefiero no pensar en ello».

«Trato de entenderte». Había algo en su tono, una mezcla de desesperación y algo más que no conseguí identificar.

«Genial, la voz en mi mente trata de entender por qué estoy loca y maldita», intenté bromear.

«Eso no es lo que he dicho», protestó Gabriel, su voz más seria de lo que esperaba.

«Es lo que has pensado», insistí, cerrando los ojos para no tener que seguir viendo el maldito paisaje negro y rojo y los espectros que parecían poblarlo.

«Lo que intento entender es cómo hemos acabado los dos aquí», explicó.

Si no hubiera tenido la garganta como papel de lija por la sequedad, me habría reído. En su lugar, solté un sonido áspero, que lo mismo podría haber sido una risa que un sollozo. Los firmes brazos de Gabriel a mi alrededor se tensaron. ¡Maldita sea! Necesitaba controlar mis emociones antes de que se me fueran de la mano.

«Porque después de educarme y perder su tiempo conmigo, moldeándome en lo que él consideraba que iba a ser una herramienta útil para sus planes, mi padre decidió que la mejor forma de sacarme provecho, cuando Azrael decidió que prefería una humana imperfecta sobre su criatura perfecta, fue venderme a la Bruja del Este». Cuando no hubo ningún comentario, seguí, las palabras fluyendo como un torrente: «Él firmó el contrato y se llevó los beneficios, y a mí me obligó a pasar por un ritual por el que la maldita zorra podía usarme a su antojo como una marioneta, a cambio de mantener viva a mi hermana. Y, antes de que preguntes, eso implicaba dejar a mi hermana atrás, porque era su garantía de mi obediencia; lo que no lo hace mejor. Mientras estaba con ella podía llevarme parte de sus castigos y torturas, pero ahora que ya no estoy…».

Intenté tragar saliva incapaz de continuar. El caballo saltó fuera del camino de una serpiente de fuego, arrancándome un gemido de dolor involuntario.

«¿Qué te ocurre? ¿Te has hecho daño?». La preocupación en la voz de mi Gabriel imaginario me habría hecho sentir mejor si no hubiera hecho más evidente el silencio que provenía del Gabriel real. Intenté ignorar sin éxito el resquemor en mis ojos ante su indiferencia. ¿Por qué seguía afectándome cuando ya me había hecho a la idea de que el vínculo que nos unía no era más que otro producto de mi imaginación?

«Soy mortal y estoy convencida de que llevamos más de quince horas a caballo sin descanso. No hay un hueso de mi maldito cuerpo que no me duela».

«¿Por qué no lo has dicho?», exigió con un tinte de frustración.

«¿Y a quién se lo debía haber dicho?», espeté, la rabia y el dolor mezclándose en mi voz. «¿A ti, que no puedes hacer nada? ¿O a él, que solo lo utilizaría para insultarme y humillarme otra vez, enumerándome todos los motivos por los que soy patética y una vergüenza para nuestra especie? Nada de eso me quitaría el dolor, pero tragándomelo me ahorro como mínimo tener que

soportar sus opiniones».

Pasaron al menos otras cuatro millas más en silencio después de eso, interrumpido solo por el resoplido ocasional del caballo y el crujir de la tierra negra bajo sus cascos, antes de que Gabriel se desviara del camino, cambiando de dirección.

—Hay una cueva acondicionada a unas dos millas de aquí —explicó de repente, sobresaltándome—. Pasaremos la noche allí.

Capítulo Treinta Y Tres



Andrea

A medida que nos aproximábamos a la montaña escarpada, rodeada por un paisaje de riscos y barrancos, Gabriel aminoró el paso del caballo. El golpeo rítmico de los cascos sobre la dura piedra negra retumbaba en mi cerebro con una ligera vibración, enviando oleadas de dolor a través de mi cuerpo.

Estaba exhausta. Ya ni siquiera hacía el intento por mantenerme erguida, me limitaba a dejarme caer contra el torso de Gabriel, siguiendo el balanceo del animal como una muñeca de trapo. Si mi peso muerto le molestaba, Gabriel no lo mencionó.

En el instante en que detuvo al semental, ya ni siquiera tenía ganas de moverme y mucho menos de descabalgar. Rechiné los dientes cuando Gabriel me obligó a sostenerme por mí misma y saltó del caballo con su agilidad sobrenatural. Miré al suelo. ¡Santo cielo! ¿Cuántos metros tenía aquella bestia? Si me caía desde esa altura iba a doler, y mucho; de hecho, con mis piernas entumecidas, saltar de la grupa se equiparaba a algo cercano al suicidio cuando ni siquiera estaba convencida de que mis piernas fueran a sostenerme.

Para mi sorpresa, Gabriel se estiró, me tomó por la cintura sin decir una palabra y me bajó del caballo. Tan pronto como mis pies tocaron la tierra, mis rodillas flaquearon y se doblaron como un acordeón. Por puro instinto, me aferré a sus musculosos antebrazos para sostenerme. Él se puso rígido y hubo un momento de incómodo silencio en el que ambos nos miramos mientras yo rezaba para que la circulación regresara pronto a mis extremidades. De improviso, me alzó de nuevo en brazos y me sentó sobre una roca de bordes lisos que se encontraba a poca distancia.

Aturdida, observé cómo regresaba junto al animal y le quitaba con movimientos rápidos y precisos el sillín y las alforjas, que dejó a mi lado. Luego, lo condujo a una pequeña llanura reseca y lo soltó. Fruncí el ceño con preocupación. No había ni rastro de agua o hierba en el desolado lugar. ¿Cómo iba a sobrevivir la criatura en…?

Mis ojos se abrieron de par en par cuando, con un brusco golpe de su casco, el caballo volcó una roca y la lanzó a medio metro de su lugar original. En un repentino frenesí, del espacio que había quedado al descubierto, corrieron decenas de gigantescas garrapatas amarillentas con el vientre tan hinchado que parecían estar a punto de explotar con pus. Con un agudo relincho, el semental abrió la boca, revelando una hilera de relucientes dientes puntiagudos, con los que atrapó varios de los repugnantes insectos a la vez y los devoró sin contemplaciones. Aparté la vista con un gemido de asco.

—Las criaturas del Inframundo están adaptadas para sobrevivir aquí. Estará bien —explicó Gabriel tras ver mi expresión de horror y echar un corto vistazo sobre el hombro para comprobar qué la había provocado—. Vamos. —Me extendió una mano, ofreciéndome su ayuda para levantarme—. Estás colorada como un tomate. Necesitas refrescarte.

Genial. Sudada, apestosa y *colorada como un tomate*. Justo lo que una chica quería escuchar para aumentar su autoestima. Me habría encantado decirle dónde podía meterse la mano, pero aún conservaba un par de neuronas que no se habían derretido con el calor, así que acepté su ayuda para ponerme en pie.

Se me escapó un grito sobresaltado cuando me lanzó sobre su espalda y me colocó los brazos sobre su pecho para que me sujetara a él.

—Rodéame con las piernas y agárrate fuerte —ordenó con firmeza.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Mi voz sonó un par de octavas más aguda de lo que me habría gustado.

Gabriel bufó.

—¿Tú que crees?

—¡No lo sé! ¿Te has vuelto loco?

—¿Después de diecisiete horas pegado a ti? Probablemente.

—¡Muy gracioso! No, en serio, ¿qué haces? —insistí ansiosa.

Su risa profunda y divertida me hizo vibrar a su espalda, pero, aunque jamás se lo admitiría, me contagió una extraña sensación de calma.

—Hay que escalar unos cien pies para llegar a la cueva —explicó, agachándose a recoger la alforja del suelo para colocársela sobre el pecho y sujetársela sobre los hombros y la cintura

Empujó el sillín detrás de una roca y lo ocultó con ramas secas de lo que alguna vez fue un arbusto—. No quiero que te dé flato a mitad de camino, te caigas y acabes hecha un puré. Voy a llevarte a cuestas.

Alcé la cabeza para estudiar la empinada ladera. Ni de casualidad iba a poder escalar más de tres o cuatro metros por mi cuenta cuando mis músculos parecían estar hechos de gelatina.

—¿Estás seguro de que no me soltarás a mitad de camino? —Quería que sonara como una broma, pero la verdad es que no había nada que me garantizara que no lo hiciera.

—¿Por qué arrojarte a cincuenta pies cuando podría hacerlo desde la cima y ver el espectáculo mientras me como unas palomitas? —soltó con tal sequedad que casi podía sentir cómo rodaba los ojos.

Un momento…

«Gabi, ¿los machotes fuertes como tú ruedan los ojos?».

«¿Qué clase de pregunta es esa? Y ya te he dicho que no me llames así. No me gusta».

«¿Y bien?», insistí.

«¿Y bien qué?». Esa vez fue mi turno de rodar los ojos. «¡¿Que si ruedas los ojos?!», exclamé con exasperación.

«*Nop*. Estoy demasiado ocupado estudiando la ladera para calcular cuál es la mejor distancia para dejarte caer al vacío».

«Ja, ja, ja». Dejé una pausa entre cada “ja” para que no se le escapara mi sarcasmo.

—¿Preparada? Sujétate bien.

—¡Espera!

—Ya te he dicho que no te soltaré —gruñó exasperado—, al menos no hasta que lleguemos arriba. No te prometo que no vaya a hacerlo luego, si empiezas a irritarme.

—No, no es eso. ¿Qué hay del caballo? Si huye, no tendremos forma de seguir el trayecto.

Conmigo andando, incluso suponiendo que pudiera aguantar unas horas bajo aquel maldito calor, tardaríamos una eternidad en llegar a la próxima población, aunque preferí no hacer hincapié en mi debilidad ni en el hecho de que sería yo la que nos retrasaría.

—No te preocupes por él. —Gabriel deslizó sus manos por mis piernas para asegurarse de que estaban bien entrelazadas alrededor de su cintura—. ¿Viste los bichos que se está comiendo? Son auténticas delicias para él, y la zona está minada de esos y otra clase de insectos. Esto es como un jardín del Edén para caballos del infierno. No querrá irse ni cuando lo obliguemos a hacerlo, créeme.

En el siguiente instante habíamos ascendido dieciséis pies sobre la empinada roca negra. Mis ganas de preguntar y distraerle se esfumaron en cuanto se desprendió la primera avalancha de guijarros bajo sus botas y se me ocurrió mirar hacia abajo.

Lo que para mí habría sido una escalada imposible dadas mis condiciones físicas, Gabriel lo cubrió con movimientos fluidos y seguros, como si la gravedad no tuviera efectos sobre él. A los cuarenta pies, aproximadamente, me llegó el olor a sangre de los pequeños cortes de su mano y mis colmillos se desplegaron sin que pudiera controlarlo.

—¿Podrías darte prisa? —le rogué en un murmullo y cerré los ojos con fuerza, aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello. Lo cual, en realidad, no era tan descabellado.

—¿La temible villana del reino tiene vértigo? —se burló con la suficiente falta de aliento, como para revelar el esfuerzo que estaba realizando—. ¿O acaso Su Majestad desea aprovechar el momento para darme órdenes, ahora que me tiene como su esclavo?

—Estás sangrando —mascullé entre dientes, procurando mantener la información breve y precisa para mantener mis inspiraciones al mínimo y no avivar mi sed.

Por la forma en que se tensó y aceleró en silencio el ritmo de ascenso, pareció que mi mensaje le había llegado alto y claro.

Aunque para mí se sintió como una eternidad, Gabriel alcanzó en menos de un minuto un estrecho saliente que le permitió ponerse de pie. Sin bajarme de su espalda, apartó los arbustos de bayas blancas que ocultaban la entrada de una cueva y me llevó al interior.

Gemí de alivio ante la relativa frescura que nos recibió al entrar. No es que de repente hiciera frío, ni que el calor y la humedad hubieran desaparecido por completo, pero la bajada de temperatura casi me transportó a un estado de éxtasis. Lo único que se habría sentido mejor que el frescor contra mi piel enfebrecida y sensible habría sido hundir mis colmillos en la suave piel de Gabriel y…

—¡Bájame! —siseé, golpeándole frenética cuando sus manos me sujetaron los muslos con firmeza, manteniéndome sujeta contra su espalda.

—¡Aguanta! —gruñó.

—Yo… Yo no… —Mis pensamientos se detuvieron como si alguien hubiera dejado caer una guillotina en mi cerebro, y hubiera cortado todas mis conexiones neuronales al ver la puerta blanca e inmaculada frente a nosotros.

¿Estaba alucinando? No había ninguna otra explicación para la existencia de una bonita puerta de madera blanca con molduras en el centro de la irregular pared de una cueva, con una colorida maceta de flores a un lado y un felpudo justo delante que rezaba: «Bienvenido si tienes invitación, si no, arde en el infierno».



O estaba soñando o alucinando. Tal vez los gases tóxicos que había inhalado durante el día me estaban afectando o, a lo mejor, me había golpeado la cabeza o estaba muerta. Seguro que Gabriel había roto su promesa y me había dejado caer. Eso era. Tenía que ser eso.

¡El queso! También podía ser el queso que robé en la taberna antes de marcharnos. Seguro que estaba en mal estado y tenía algún tipo de moho. El moho podía provocar alucinaciones, ¿verdad? ¿O eran las setas?

—Toma, mastícalo despacio. —Gabriel me ofreció una flor de un intenso color rosa fucsia que debía de haber arrancado de la maceta.

—¿Crees que es seguro comer…? —Parpadeé al volver a mirar la maceta y descubrir un pequeño cartel de madera con la inscripción «Elige mi color favorito»—, ¿eso?

—No te lo pienses. Hazlo. Es lo único seguro si no quieres desintegrarte nada más cruzar el umbral.

Como si respondiera a su mención, la puerta se abrió con un suave clic y… ¿Un redoble de tambores y trompetas? ¿De dónde había salido eso?

Vale, no me quedaba más remedio que admitirlo. Mi locura ya no se limitaba a inventarme voces imaginarias, en cuestión de horas había avanzado al nivel de: «como una puta cabra».

—Andrea, abre la boca —me ordenó Gabriel, mirándome por encima del hombro.

—¿Esto es lo que se tomó *Alicia en el País de las Maravillas* cuando cayó en la madriguera del conejo?

—Creo que a ella le dejaron una botella, probablemente con un licor de alta graduación con

el que se emborrachó. Pero es posible que el licor se hiciera con estas flores. Puedo preguntar luego para confirmarlo si es lo que quieres —propuso Gabriel con sequedad—. Ahora abre la boca.

—No lo necesito. Ya estoy loca de remate. Acabo de oír al gran Gabriel, cazador de cazadores, bromeando, y esta vez ni siquiera ha sido para meterse conmigo o insultarme.

Lanzando la alforja al interior de la cueva, me desenredó los brazos de su cuello, me cogió por la cintura y me reubicó contra su pecho, como si no fuera más que una mochila. A regañadientes, envolví de nuevo su cintura con las piernas para no caerme.

A pesar de la pequeña sonrisa que curvaba sus labios, sus profundos ojos verdes estaban serios.

—Vamos, princesa —insistió Gabriel con suavidad—. Loca o no, necesito que te tomes esta flor. Es una simple salvaguarda para evitar que entre alguien al apartamento que no haya sido invitado o tenga malas intenciones hacia la dueña o sus huéspedes.

—No he sido invitada —le recordé.

—Yo te estoy invitando al darte esta flor.

Lancé una mirada insegura a la puerta y me mordí el interior del labio.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que no tengo malas intenciones y que no acabaré desintegrándome al entrar?

Su expresión se tornó indescifrable.

—¿Tienes malas intenciones? ¿Pretendes traicionarme o matarme mientras estemos aquí?

Era curioso que delimitara el lugar y el momento exacto de mi traición. Seguía pensando que lo haría, solo que no ahí y mientras él me hiciera falta para protegerme de los piratas.

—Tengo toda la intención de escapar de ti —le revelé.

Gabriel tomó una profunda inspiración y soltó el aire con brusquedad.

—Lo sé.

—Y te odio. —O al menos quería odiarlo. No estaba segura de poder hacerlo cuando se encontraba tan cerca de mí y me sostenía en sus brazos.

—Odiar a alguien no implica actuar con mala fe hacia él. —Sus ojos buscaron en mi rostro, no sé muy bien el qué—. Necesito que seas sincera en esto. Lo de la flor no es ninguna broma. Si no crees que puedas pasar las condiciones de la salvaguarda, es mejor que permanezcas aquí afuera en la cueva. Podría traerte unas mantas y una almohada. Aunque parezca surrealista, este sitio no es ningún chiste y es mucho más peligroso de lo que imaginas.

Fue mi turno de buscar la verdad en sus ojos. ¿Por qué no me había hecho esa advertencia desde el principio? ¿Quería ponerme a prueba o confiaba más en mí de lo que se atrevía a confesarse a sí mismo?

—¿Me prometes que ni la flor ni este sitio son ninguna trampa?

—Te lo juro. —Me sostuvo la mirada sin pestañear—. Solo es un refugio donde podemos descansar sin que nos ataquen demonios u otras criaturas infernales.

Sin decir palabra, me llevé su mano a la boca para comerme la dichosa flor. Hubo un momento de titubeo cuando mis labios rozaron sus dedos y un ligero tintineo eléctrico viajó por mi cuerpo hasta que, de sopetón, mis ojos se abrieron con un inesperado:

—¡Oh!

Capítulo Treinta Y Cuatro



Andrea

—¡Sabe a algodón de azúcar! —Por un breve instante cerré los ojos y dejé que los pétalos se deshicieran sobre mi lengua, resistiéndome a masticarlos para retrasar la posibilidad de que se desintegraran o desaparecieran demasiado deprisa.

Si lo hubiera sabido antes, me habría tomado los pétalos de uno en uno para hacerlos durar. Después de las dos semanas que llevaba allí, eso era lo más orgásmico que me había pasado. Bueno, en un victorioso segundo lugar después de mi apasionado encuentro con el desconocido de la habitación oscura en el circo, por supuesto. Si pudiera haber unido las dos experiencias en una sola, habría hecho temblar las cancelas del paraíso con mi éxtasis.

Para cuando abrí de nuevo los párpados, sus pupilas se encontraban puestas sobre mí con una chispa de diversión y la sujeción de sus manos sobre mi cintura se había relajado. De hecho, parecía que su cuerpo entero lo había hecho, como si un tren de alta velocidad se dirigiera hacia él a toda leche y, en el último segundo, antes de impactar contra él, se hubiera evaporado.

Su cicatriz parecía más notoria, probablemente, debido a la humedad, el sudor y las horas que habíamos estado expuestos al inclemente calor. Alcé la mano para repasarla con la punta de los dedos, pero justo a tiempo me di cuenta de lo que estaba haciendo y volví a bajarla.

—¿A ti… te sabe igual? —farfullé. Le posé la mano sobre el hombro en un ridículo intento por disimular.

La oscuridad en sus ojos dejó patente que no había funcionado.

—La mía suele tener sabor a tarta de manzana, aunque también las he tenido de helado de ron y pasas. —Las finas, casi imperceptibles, patas de gallo alrededor de sus ojos se acentuaron con su media sonrisa—. Que sepa bien es señal de que eres bienvenida y que puedes pasar sin peligro.

¡Diosa! ¿Por qué tenía que ser tan sexi cuando me miraba así? Tenerlo tan cerca me tenía medio borracha, esa era la única explicación para no pensar con claridad. ¿Helado de ron con pasas? Mmm…

—¿Lo dices en serio? ¿Cambia con la flor o con el que se la toma? Me ha quitado todo el resabio pastoso a ceniza de la boca. ¿Me puedo tomar otra? —Un bochornoso calor se extendió hasta mis orejas al percatarme de cómo me había puesto a balbucear sinsentidos. Por desgracia, aunque quería hacerlo, era incapaz de parar—. ¿Cuál habría sido el sabor si no me concediera permiso para entrar?

Su ceja se arqueó.

—Acabas de decir más palabras en treinta segundos que en las diecisiete horas de camino hasta aquí.

Abrí la boca para defenderme. Habíamos estado cabalgando sin parar. La cerré. Tenía razón. Más o menos. Había hablado con su alter ego imaginario durante un buen rato. Me puse seria y lo miré.

—¿Crees que me estoy volviendo loca? Me refiero a en serio, al tipo de locura por el que acabas en un manicomio y con una chaqueta de fuerza puesta. ¿Existe algún tóxico en el Inframundo que pueda hacerme alucinar?

Gabriel se detuvo en seco y sus ojos se movieron por mi rostro con una intensidad que no había estado antes.

—¿Por qué lo dices?

Mi boca se abrió sin mi permiso y antes de que pudiera evitarlo, dije:

—Porque tengo un amigo invisible que se llama como tú, porque acabo de comerme una flor con sabor a algodón de azúcar y quiero besarte para descubrir si la tuya era de tarta de manzana o helado de ron, y porque llevas dos minutos tratándome como una persona. —Tal vez me había pasado con la sinceridad, pero era como si de repente estuviera demasiado cansada para tragármelo todo y fingir lo que no era.

Gabriel volvió a tensarse y siguió andando conmigo encaramada a él como un oso perezoso. Parecía que sí que acababa de pasarme con mi sinceridad. El agotamiento del viaje comenzó a superarme, pero como la buena chica que mi padre me había enseñado a ser, apreté los labios en una fina línea, giré la cabeza al frente, cerré los párpados y le permití que me llevara hacia donde él quisiera.

—No, no estás loca —murmuró, su voz más profunda y ronca que antes.

Abrí los ojos para comprobar su expresión y averiguar si era sincero, pero acabaron por abrirse como platos cuando me dejó con delicadeza sobre un cómodo sofá cubierto por cojines de vivos colores y una manta hecha a ganchillo. ¿Un sofá? ¿Aquí en el Inframundo? Lo toqué solo para confirmar que era real. ¡Era real! Y cómodo, y de color crema, y seguro que yo iba a mancharlo con la ceniza que llevaba pegada al cuerpo. ¡Mierda! ¡Ya lo había hecho! Me coloqué las manos sobre el regazo para no ensuciar nada más.

Gabriel se pasó los dedos por el cabello mientras observaba nuestro alrededor como si esperase que en cualquier momento alguien surgiera de la nada y saltara sobre él.

—Sé que esto… es increíble. Yo también dudé de mi salud mental la primera vez que visité este lugar, pero te garantizo que es auténtico. Disparatado, pero real —se corrigió—. Y si alguien está loco, y de remate, es en todo caso la dueña de este sitio. Y por cierto —Gabriel carraspeó y apartó la mirada—, tengo que advertirte que esas flores que hemos tomado actúan como un suero de la verdad y te sueltan la lengua.

Esooo… explicaba algunas cosas. Me entraron ganas de taparme la cara con ambas manos y hacer como los avestruces cuando escondían la cabeza en un agujero.

—¿Me habrías confesado eso último si no te vieras afectado? —intenté ocultar mi vergüenza bajo un tono de reproche.

—No —replicó con firmeza.

—¿Y hay algo más que debas decirme, advertirme o contarme? —indagué recelosa.

—El efecto suele durar un par de horas, como mucho tres o cuatro.

Tragué saliva. Si después de cinco minutos me quería esconder, ¿qué me esperaba después de dos horas de soltar idioteces y ponerle ojitos?

—¿Eso significa que puedo interrogarte y que no te queda más remedio que contestar la verdad? —salté al comprender de repente las posibilidades.

Sus ojos se entrecerraron y su mandíbula se tensó. Eso de que la mejor defensa es un buen ataque solía ser una técnica infalible en el noventa por ciento de los casos.

—No —espetó adusto—. Significa que aquello que te conteste será sincero y que, tal vez, confiese más de lo que haría en condiciones normales, pero tengo el suficiente entrenamiento como para disminuir el impacto que tiene sobre mí.

¡Uh, oh!

—Entonces ¿lo usarás en mi contra? —Probablemente podía forzarme a dominar mi flujo de palabras y cómo las expresaba, pero dudaba que pudiera hacerlo al mismo nivel en que lo haría él.

—No. —Gabriel se colocó las manos en la cintura y agachó la cabeza—. La dueña no permitiría que usara su magia con malos fines y tampoco tengo intención de decepcionarla.

Su última afirmación hizo que el remanente de dulzor sobre mi paladar se tornara amargo. Parecía que valoraba a la dueña, o como mínimo lo hacía más que a mí.

Una dueña a la que le gustaban los muebles modernos, las comodidades, los tonos beige, rosas y lilas y los cuadros con colores chispeantes. Parecía una personalidad demasiado dulce y vivaz para un cazador curtido como él. La sabiduría popular debía llevar razón cuando afirmaba eso de que las personalidades opuestas se atraen.

Por más que me molestara admitirlo, la mujer tenía buen gusto. Las paredes que nos rodeaban eran rugosas y estaban pintadas de blanco, pero, incluso cuando la forma de la habitación no era geométricamente perfecta, la decoración se había adaptado de tal manera al entorno natural que me hacía olvidar que nos encontrábamos en una cueva. Era… increíble.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —pregunté en un intento por cambiar de tema y, quizá, un poco, para averiguar más acerca de su relación con la dueña (solo quizá, porque no tenía ningún motivo real para hacerlo, ¿de qué iba a servirme?).

La historia debía de ser interesante, porque uno no se tropezaba con lugares como ese por simple casualidad. Incluso reencontrarlo debía de ser difícil. Entrelacé mis dedos para que no pudieran tocar el tejido del sofá sin querer y, en parte, también para controlar mi repentina necesidad de rascar las costras de ceniza que se habían formado sobre el dorso de mi mano y la piel de mi muñeca.

—Fue la dueña de esta cueva la que me trajo aquí la primera vez —explicó Gabriel, guardándose las manos en los bolsillos.

Vaya, tenía razón, sabía cómo controlar lo que decía.

—¿Y a ella no le molestará que entres en su casa sin más con *invitadas*? —insistí.

Me echó una mirada fija, como si supiera lo que estaba haciendo.

—A ella no le importa que lo use cuando visito el Inframundo. Somos… amigos.

Asentí. Mi vientre, sin embargo, se retorció ante lo que significaba su vacilación y su elección de palabras. No era como si los vampiros no supiéramos por experiencia propia que nuestros *shangriles* habían tenido una vida sexual y sentimental plena y abundante a lo largo de su dilatada existencia previa al encuentro. Era lógico considerando nuestra inmortalidad, y yo no era quién para tirar piedras sobre tejados ajenos, pero la idea de que hubiera mantenido una relación permanente con otra mujer hizo que me burbujeara el ácido en el estómago.

Supongo que, parte de mi reacción, se debía al hecho de no haberlo visto nunca con una misma mujer cuando se encontraba en la corte. No sé qué me hizo pensar que fuera de ella sus costumbres serían similares. En ese momento, con lo que había descubierto sobre él en poco más

de veinticuatro horas… Me froté los brazos para espantar un repentino escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura ambiente.

—Al fondo a la izquierda hay un baño para refrescarte y ponerte más cómoda si lo deseas —explicó Gabriel al seguir mi mirada hacia la derecha, donde un pasillo irregular parecía conducir a otras estancias—. Pasaremos la noche aquí.

—¿Un baño? —me aseguré incrédula—. ¿Aquí hay agua? —La idea de agua limpia después de haberme pasado el día viajando a través de paisajes áridos parecía un sueño hecho realidad.

—Entre otras cosas. —Con un gesto de la cabeza señaló los modernos focos de led del techo. ¿Cómo podía tener electricidad en el Inframundo cuando parecía que se habían quedado anclados en la Edad Media? Ni siquiera en Nocturna existían comodidades modernas como esa —. Bruja —se adelantó Gabriel a mi curiosidad, como si aquella única palabra lo explicara todo.

Esa vez el estremecimiento fue auténtico y mi cuerpo se congeló. Aterrada, escruté nuestro alrededor.

—¡¿Está aquí?! —grazné, mis garras y colmillos saltando para defenderme si hacía falta.

—Andrea…

—¡Tenemos que irnos! ¡Vámonos! —Salté del sofá, solo para acabar hincada de rodillas, con una mano en la suave alfombra de pelo sintético y la otra sobre la mesita de café, que se desplazó con un estruendo.

—¡Eh, eh, eh…! —Gabriel se acuclilló frente a mí y me sujetó los hombros—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que irme. Yo no… —De repente, me detuve, una nueva oleada de traición matándome un poco más desde dentro—. ¿Es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Para entregarme a ella?

Eran amantes. Era lógico que quisiera complacerla. ¿Cómo había podido ser tan idiota de caer por segunda vez en su trampa? Ni siquiera era de noche aún.

—¿Para entregarte a quién?

—¡A la bruja! —chillé fuera de mí, enfadada con él por tomarme por tonta y conmigo por serlo—. ¿Queréis volver a poseerme? Es eso, ¿verdad? Se ha corrido la voz de que a la Bruja del Este ya no le intereso y que ahora tienen vía libre conmigo. —Mi cuerpo entero temblaba fuera de control y una nueva capa de sudor irrumpió sobre el que ya se había secado—. ¿O es mi padre? ¿Ha vuelto a venderme?

—Escucha, yo no sé de qué…

—¿Por qué me haces esto? ¿Qué te he hecho para que vuelvas a condenarme a ese infierno?

—Shhh… Escucha…

—Prefiero el patíbulo o que me mates aquí y ahora. Lo que quieras, pero no…

—¡Andrea, basta! —Gabriel me zarandeó hasta que lo miré con la vista desenfocada y muda, y entonces me aplastó contra su pecho y me abrazó con fuerza—. Nadie va a hacerte nada. No lo permitiré. Estás segura aquí. Te lo prometo.

—Entonces vámonos, por favor —susurré contra su pecho, el ritmo constante de su corazón lo único en lo que podía centrarme en ese momento—. Quiero irme lejos de aquí.

Apoyó su mejilla contra mi cabello, indiferente a los pegotes de suciedad en mis mechones.

—Estamos más seguros aquí —dijo como si le doliera hacerlo.

—Es posible que tú sí, pero no yo —susurré.

Gabriel soltó un pesado suspiro.

—De acuerdo, vamos a hacer un trato. ¿Qué tal si nos damos un baño primero y comemos? Luego, si aún quieres irte, podemos hacerlo. Mira a tu alrededor, estamos solos aquí y no hay nada ni nadie en millas a la redonda. Estás segura.

Luego ya podía ser demasiado tarde para mí, pero si la intención al llevarme allí había sido esa, entonces puede que, de todos modos, ya lo fuera. Un baño sonaba a gloria. Un baño y seguir oyendo los latidos de su corazón con su *bum, bum* fuerte y estable.

Capítulo Treinta Y Cinco



Andrea

Gabriel se apartó de mí despacio, estudiándome como si fuera un animal herido que está a punto de atacar o escapar. Tenía motivos para hacerlo. Al tropezarse con la mesa de café a su espalda, algo cerámico tintineó con suavidad. Cuando miramos, una taza de té, de la que emanaba un fino hilo de vapor, había aparecido sobre la superficie de madera reciclada.

—¿De dónde ha salido eso? —susurré, incapaz de hablar más alto. Un cosquilleo en la nuca me advirtió de que alguien o algo nos observaba.

Gabriel encogió un hombro y cogió con cautela el fino platillo.

—Es difícil de decir. Puede haber sido Sammantha, pero también el apartamento. Es un ente vivo, y a veces interactúa con los ocupantes. —Cuando detectó la nueva ansiedad en mis ojos, sacudió la cabeza—. No lo hagas enfadar y estarás bien. A veces es un poco… caprichoso y terco, por llamarlo de alguna forma, pero nunca malintencionado, al menos no lo ha sido en mi presencia.

¡Ja! Él no era el villano de la historia.

—¿Y si lo enfado sin querer?

—Entonces es posible que acabes con sal en tu café en lugar de azúcar, o con una cama sin sábanas ni almohadas. Una vez me cambió la pasta de dientes por otra de afeitar. —Encogió la nariz en una mueca de disgusto que consiguió arrancarme una débil sonrisa—. Me pasé media hora tratando de no ahogarme con la espuma y, cuando más me enjuagaba la boca con agua, más se formaba. Créeme, aprendí mi lección.

Gabriel tomó un par de sorbos de la taza de té, de la que emanaba un apetitoso aroma a hierbas que inundó el aire.

—Es valeriana y tiene azúcar —dijo, ofreciéndome la taza con un guiño.

La acepté con vacilación.

—¿Cómo sabes que es *él* y no *ella*?

—¿La verdad? —Gabriel se frotó la nuca—. Estoy convencido de que es *ella*. Si el apartamento tuviera una personalidad masculina, probablemente me habría atrapado la cabeza en el retrete para bombardearme con agua sucia o lo habría llenado de pirañas.

—¿Estás dándole ideas nuevas? —Arqueé una ceja para ocultarle lo ansiosa que estaba.

—¡Mierda! —La nueva mueca de Gabriel consiguió que sonriera, esta vez con sinceridad.

—Y entonces, ¿por qué has usado el artículo masculino al referirte a ella? —continué.

—No lo sé. —Se tiró de la oreja—. ¿Para que no me juzgues por asumir que es una entidad femenina? No me importa si es él, ello o ella, o una combinación de las tres, pero no quiero molestarte si a ti sí te importa. Y ahora, ¿por qué no te tomas esa infusión? Te prometo que no te hará daño.

Miré el contenido de la taza.

—¿Y si produce más de ese efecto de suero de la verdad que tenían las flores?

Viniendo de una bruja, podría tener ese o mil otros.

—En ese caso, a mí me hará efecto primero, y lo justo es que no sea el único afectado —dijo sin darle demasiada importancia al levantarse.

A regañadientes, tomé un pequeño sorbo.

—Está dulce —murmuré saboreándolo, agradecida por la forma en que arrastró parte de la sequedad que tenía en la garganta—. Pero tiene miel, no azúcar.

Después de un momento en que no pasó nada de nada, volví a llevarme la taza a los labios.

—No está tan mal, ¿verdad? —indagó Gabriel.

Negué, tomé un par de sorbos más y apoyé los pies sobre la mullida alfombra que cubría el suelo, deseando estar descalza para hundir los dedos en el suave pelo rosa pastel. No tenía ni idea de cómo una alfombra de piel sintética había acabado en el Inframundo. Si las leyes aquí eran tan estrictas como en Nocturna, debería haberse desintegrado nada más pasar por el portal. Pero lo que en realidad me llamaba la atención era lo que implicaba. ¿Nuestra anfitriona era una bruja concienciada con el medio ambiente? La situación se volvía más estrambótica por segundos. Esperaba que lo del agua no fuera una broma, porque necesitaba una ducha fría para aclarar las ideas y comprobar si de verdad estaba despierta.

Vacié la taza antes de depositarla con cuidado sobre la mesa.

—¿Te importa que ahora vaya a darme ese baño? —pregunté.

Gabriel llevó la taza a la cocina.

—Adelante. Estaré aquí si me necesitas.

Me pellizqué el antebrazo, sin más resultado que un dolor que prometía convertirse en un nuevo cardenal. Supuse que, si al final aquello resultaba ser un sueño, acabaría descubriéndolo en algún momento. Podía vivir con sueños en los que una podía darse un baño, las flores sabían a algodón de azúcar, las casas te preparaban infusiones y Gabriel te trataba como a una persona normal.

En el instante en que intenté ponerme de pie, mi lumbago protestó con un dolor agudo y mis piernas me fallaron. Gabriel me sostuvo por la cintura antes de que pudiera desplomarme y me bajó al sofá con delicadeza, colocándome un par de cojines tras la espalda cuando seguí gimiendo.

—La espalda —siseé entre dientes apretados a modo de explicación.

Gabriel asintió.

—Ahora vengo —advirtió antes de desaparecer por el pasillo.

Cerré los ojos, mortificada. Seguro que pensaba que era aún más patética que antes. Agotada, me pasé una mano por la cara, sintiendo la aspereza de la suciedad y el sudor acumulados. En realidad tenía razón, era patética. Debería haber tratado de escapar antes de dejar el último pueblo, porque ahora... Dudaba que fuera a recuperarme para el día siguiente cuando reanudáramos la marcha y, mucho menos, que pudiera sobrevivir en aquel desierto árido, lleno de montañas y millas y millas de tierra yerma, por mi cuenta. Ni siquiera podía arrastrarme hasta el cuarto de baño sin ayuda. Gabriel tenía razón. Era una vergüenza para los de nuestra especie. No me extrañaba que no me tuviera ni el más mínimo respeto.

Mientras esperaba su regreso, mi mirada vagó por la habitación, fijándome en los detalles que antes había pasado por alto. Diminutos cristales incrustados en el techo reflejaban la luz de las lámparas, creando un efecto similar a un cielo estrellado. En un rincón, había una coqueta cocina y, al lado, una mesa de desayuno redonda con cuatro sillas. En general, el espacio entero era luminoso, alegre y cómodo.

Gabriel regresó sin camisa y descalzo, y tuve que apartar la vista para que no descubriera mis pupilas dilatadas puestas sobre los tatuajes que le recorrían los definidos pectorales y hombros o la deliciosa V que desaparecía bajo la cintura de sus pantalones. ¡Diosa! Era como ponerle una tarta de cuatro chocolates con nata y helado a alguien que está a dieta o tiene intolerancia a la lactosa.

—¡¿Qué estás haciendo?! —No me quedó más remedio que sujetarme a él cuando me tomó en brazos—. ¡Bájame!

En vez de obedecerme, se dirigió conmigo en brazos hacia el pasillo.

—¿Podrías mantener por un rato el pico cerrado y dejar de quejarte? —respondió con un tono más exasperado que enojado.

Resoplé indignada. ¡Tenía suerte de que apenas pudiera moverme sin dolor!

—Llevo el día entero callada. No he soltado ni una sola queja, y eso que he tenido motivos más que de sobra. ¿O por qué crees que ahora no puedo ni mantenerme en pie? ¡Soy prácticamente humana, so pedazo de borrico!

Sus ojos verdes se posaron sobre mí, intensos y pensativos, pero esta vez no habló. Me llevó hasta un cuarto de baño, en el que una elegante bañera de cobre llena de agua y nubes de espuma ocupaba el centro. Creo que mis ojos se abrieron con corazones, como hacían esos dibujos animados que alguna vez había visto en la tele humana, al inspirar el delicioso vapor con notas a jazmín y miel que había inundado la estancia.

—Le he echado algunas sales que Sammantha tenía en el armario. Te ayudarán a relajar los músculos y con el dolor —mencionó, mientras me sentaba con cuidado sobre la encimera de mármol junto al lavabo de piedra natural.

Al verme en el espejo, me encogí. Era casi como encontrarme de nuevo atrapada en una de mis conversaciones con la Bruja del Este, solo que en esa ocasión no acababa conmigo arrugándome hasta convertirme en ceniza, sino conmigo convertida en un monstruo de ceniza.

Mi cara entera era básicamente una costra espesa de color gris, que solo clareaba en mi frente, por donde debía de haberme pasado las manos para secarme el sudor, y varios surcos formados por mis lágrimas. Incluso mi pelo era de un tono plomizo inidentificable. Aparté la mirada, incapaz de enfrentarme al monstruo en el que me había convertido. Tenía ganas de llorar. Estaba agotada, me dolía cada célula de mi cuerpo, me dirigía de camino al patíbulo, perseguida por piratas que querían hacerme solo la Diosa sabía qué, y el último recuerdo que mi *shangrile* iba a guardar de mí era el de una criatura débil, fea y sucia. ¿Podían empeorar las cosas aún más?

Me puse rígida cuando las mangas de mi vestido cayeron hasta mis hombros.

—¡¿Qué estás haciendo?! —exigí escandalizada, sujetándome el corsé suelto contra el pecho para que no acabara de deslizarse al suelo.

—Ayudarte a meterte en la bañera —replicó Gabriel sin detenerse, como si desnudarme fuera lo más natural del mundo.

—Puedo desvestirme yo sola —protesté, propinándole un puntapié cuando quiso meterme las manos bajo la falda para quitarme las medias.

Enderezándose, Gabriel se colocó las manos en la cintura y me observó mientras yo

zarandeaba la falda con una mano e intentaba mantener mi modestia con la otra.

—¿Podrías darte la vuelta o marcharte o algo por el estilo? —siseé, agitando la mano para que se largara.

Arqueó una ceja.

—¿Y cómo piensas llegar a la bañera y meterte dentro?

Miré con añoranza la bañera. Tenía razón. Aunque me dejara caer al suelo y consiguiera arrastrarme hasta llegar a ella, dudaba poder alzar las piernas lo suficiente como para meterme por mí misma.

Con un bufido, Gabriel me apartó las manos y continuó desvistiéndome.

—Por una vez, simplemente haz lo que te digo. No tengo intención de violarte —dijo con un tono firme, pero no cruel.

Le eché otra ojeada a la bañera. De verdad que quería bañarme, quitarme la capa grisácea y fingir por unos minutos que todo estaba bien y que era un día normal en la vida de una mujer corriente. Cerrando los párpados, dejé caer las manos, permití que el corsé se resbalara al suelo y que él terminara de quitarme la falda, las enaguas y las medias. Con cada prenda de la que me despojaba, el silencio entre nosotros se hizo más notorio. A su favor debo decir que tuvo cuidado de rozarme lo mínimo imprescindible y que, con la excepción de una pequeña parada, al darse cuenta de que no llevaba ropa interior o de las cicatrices que se traslucían bajo la suciedad, su rostro permaneció impasible.

Creo que los dos evitamos mirarnos cuando me llevó desnuda hasta la bañera y me sumergió despacio en el agua caliente. Por extraño que resultara, en mi caso, no era por vergüenza. Era su cercanía lo que me incomodaba, la firme sujeción de sus manos y el roce de mi piel contra su pecho. Debería haberme sentido repelida por él después de todo lo que me había hecho, pero lo cierto era que lo que sentía no tenía nada que ver con el asco, pero sí con una creciente necesidad por él.

Gemí cuando me envolvió el agua limpia, llevándose por arte de magia las partículas de arenilla, sudor y ceniza que se habían acumulado sobre mi piel. ¡Diosa! ¿Cómo era posible que algo tan sencillo como un simple baño fuera tan placentero? ¡Y ni siquiera quedaban rastros de la suciedad en el agua! Cerré los ojos para inspirar el delicioso aroma. Cuando volví a abrirlos, Gabriel me había dejado a solas. Una parte de mí se sintió aliviada; la otra, influenciada por el vínculo, ya lo echaba de menos y anhelaba su presencia. Echando la cabeza atrás, estudié el techo con un suspiro, dejando que el agua aromática me envolviera.

«¿Gabriel?», llamé mentalmente a mi versión imaginaria de él.

«¿Sí? ¿Va todo bien?».

«Vamos a tener que buscarte otro nombre, os estoy empezando a confundir a ambos en mi mente».

Hubo una pausa.

«¿Importa? Después de todo, no soy más que una representación de él».

«Tú eres… soportable. Él no», expliqué, sintiendo la necesidad de justificarme. «No puedo relajarme con él cuando podría volver a traicionarme y, si lo confundo contigo, podría bajar las defensas sin pretenderlo».

«No puede desearte ningún mal mientras estáis aquí, ¿lo recuerdas? Las mismas normas que se aplican a ti al entrar en este sitio, también se aplican a él».

«Eso es más peligroso aún».

Me pareció oír un suspiro desde el salón.

«¿Por qué no me cuentas lo que de verdad te preocupa?».

Me mordí el labio y titubeé. La última vez que había sido sincera con un hombre sobre mis sentimientos y me había forzado a ser más abierta, acabó con mi muñeca rodeada por un grillete dorado que me ataba a él. Vale que un amigo imaginario no pudiera ponerme grilletes, pero… ¡Ufff!

«Cada vez te siento más real», solté antes de que pudiera arrepentirme de ello. «No quiero acabar enamorada de él por confundirlo con una voz en mi mente. La situación ya es lo bastante caótica tal y como está».

«¿Crees que corres el peligro de enamorarte de… *él*?», sonaba incrédulo.

«Sí, no, no lo sé. ¿Puede?», respondí insegura. «No debería, dadas las circunstancias y por cómo me trata».

«¿Por qué ibas a hacerlo entonces?».

«¿Por qué el cielo aquí es rojo y no azul?», contraataqué, evadiendo su pregunta.

«¿Crees que es irremediable que acabes enamorada de él?», adivinó. «¿Por el vínculo?».

«¿Por qué si no iba a sentirme atraída hacia un monstruo al que debería odiarlo? ¡Cuando lo o…! ¡Cuando lo ooo…!». Por más que traté de corregir mi metedura de pata, no había forma de completar la dichosa exclamación. ¡Maldito suero de la verdad! «Ya sabes a lo que me refiero», mascullé.

«Mmm… No puedes decir que lo odias, ¿verdad?».

«¿Es así como funciona el suero?».

«¿No es evidente?».

«Entonces, es una suerte que se haya largado y me esté dejando a solas».

Probablemente, lo había hecho para evitar que yo le sacara información, pero era un camino que iba en dos direcciones. Hundí la cabeza en el agua y permanecí unos segundos sumergida, recreándome en el reconfortante silencio.

«¿Crees que un vínculo puede sentirse incluso antes de que se haga evidente y exista un intercambio de sangre?». Era una cuestión que llevaba meses dándome vueltas por la cabeza. Desde la noche en que descubrí que él era mi *shangrile*.

«¿Por qué lo preguntas?».

Emergí del agua y volví a apoyar la cabeza en el borde de la bañera. Escurriendo el paño de lino que Gabriel, o el apartamento, me había dejado al alcance de la mano, lo mojé, lo escurrí y me lo coloqué sobre los ojos a modo de mascarilla. El aroma a jazmín y miel se intensificó con el calor del paño. Era curioso que, en aquel lugar perdido de la mano de la Diosa, tuvieran justo el tipo de preparado para el baño que solía usar en casa.

«Porque me he sentido atraída por Gabriel desde que tengo uso de razón», confesé. «De pequeña, cuando visitaba el palacio y él estaba allí, lo espiaba como una pequeña obsesa, siguiéndolo a todas partes».

En mi cabeza resonó su risa baja y divertida.

«Estoy convencido de que él hacía lo mismo contigo», comentó como si estuviera compartiendo un secreto conmigo. «Puede que con un poco más de disimulo, dado que estabas fuera de su alcance».

¿Yo fuera de su alcance? Bufé para mis adentros.

«De hecho, no», lo corregí. «Nunca se fijó en mí. Cada vez que me pescaba observándolo, apartaba la mirada y volvía a ignorarme. Bastaba que me encontrase en una habitación para que él se marchase o se alejase de mí. Ahora que lo pienso, no me extraña que me hable del modo en que lo hace. Creo que desde siempre me ha considerado una sanguijuela despreciable de la que prefería mantenerse alejado». Me reí con tristeza. «La aristócrata patética y vacía que solo piensa

en sí misma».

Pude sentir su presencia reconfortante a pesar de que permaneció en silencio. Pasó un rato antes de que me quitara el paño de la cara para volver a mojarlo. Cuando lo hice, el Gabriel real estaba de pie en el umbral, sus ojos verdes fijos en mí con una intensidad que consiguió que mi corazón se acelerara.

Me senté con cuidado, procurando mantener mis pechos cubiertos por el agua, en especial mis pezones, que parecían haberse erguido para saludarlo. ¡Malditos traidores!

—Un segundo, ya salgo, para que puedas refrescarte tú. —Tuve que carraspear cuando mi voz salió demasiado ronca.

En lugar de contestar, Gabriel entró en el baño, dejó lo que parecía una de sus camisas limpias doblada sobre una estantería y se deshizo de los pantalones y ropa interior de un solo tirón, lanzándolos con descuido junto a mi vestido, sin la menor preocupación de que pudiera verlo desnudo.

¡Y vaya si estaba desnudo! Desnudo, perfecto, musculoso, comestible, cubierto por tatuajes, listo para lamer y relamer. Incapaz de controlar el bochornoso calor que me invadió las mejillas, me forcé a apartar la mirada y me apresuré a refregar la pastilla de jabón contra el paño de lino para frotarme con vigor, mientras trataba de no echar una segunda mirada apreciativa a tanta perfección.

Fue la sombra en el otro extremo de la bañera lo que me hizo detenerme en seco y alzar la mirada mientras mi corazón se saltaba un latido.

—¿Qué estás haciendo?

Capítulo Treinta Y Seis



Andrea

Gabriel alzó una ceja en un desafío silencioso, esa fue su única respuesta antes de hundirse en el agua en el otro extremo de la bañera. Como por arte de magia (o tal vez magia de verdad), la bañera se alargó y ensanchó, dándonos espacio a ambos y manteniendo el agua al mismo nivel a pesar de que éramos dos. Encogí las piernas para evitar rozarlo y lo observé atónita cuando emergió del agua, se echó hacia atrás, abrió los brazos y los apoyó en el borde, extendidos, como si fuera el rey del universo y la bañera formara parte de sus dominios.

—Yo… —me pasé la lengua por los labios, sin saber realmente qué decir ni cómo reaccionar.

Bueno, sí que sabía cómo reaccionar. Debería haberme puesto a gritar como una fiera. Acababa de meterse en mi bañera, desnudo, estando yo también… desnuda. ¿Quién demonios se creía que era?

—¿Me pasas el paño y el jabón? —preguntó como si compartir una bañera fuera algo que hiciéramos a diario.

Le dediqué una larga mirada antes de extender el brazo para entregárselos. Era un caradura, ¿pensaba que iba a darle el placer de desequilibrarme? Iba de culo. Ignorando mis ojos entrecerrados, Gabriel se estiró para coger ambos y volvió a recostarse en el agua, enjabonando el trapo sin prisa, con meticulosidad. Me mordí el labio, preguntándome si esperaba que saliera de la bañera para darle intimidad o si el motivo por el que estaba ahí era porque quería hablar.

—No me mordiste —dijo de repente, sin interrumpir los pausados movimientos con los que estaba dejando el trapo embadurnado.

Parpadeé ante la extraña afirmación.

—Perdona, ¿qué?

Alzó la vista para estudiarme.

—Cuando estaba escalando por la ladera —explicó—. Tenías sed, estabas al borde del frenesí oliendo la sangre fresca de mis heridas, pero no me mordiste. Incluso me pediste que me aligerara para poder alejarte y evitar la tentación. Eso requiere de autocontrol. Otro hubiera tomado la oportunidad para saciar su sed.

Jugueteé incómoda con una montaña de espuma, acumulándola delante de mí.

—No habría sido una buena idea. Podrías haber perdido el agarre o haberte mareado y habríamos acabado los dos a los pies de la montaña. Ya no soy inmortal, ¿recuerdas?

Sus ojos no me abandonaron como si quisiera diseccionarme.

—Tampoco me mordiste cuando llegamos arriba, ni cuando entramos en la cueva, y ya no existía peligro de despeñarnos.

Solté un suspiro exasperado. ¿Qué clase de monstruo sin control se pensaba que era?

—Tú no quieres que te muerda. Habría sido una situación violenta si lo hubiera hecho sin tu consentimiento. Además, estabas ayudándome. No habría estado bien que me aprovechara de eso.

—Mmm. —Gabriel me cogió un pie y se petrificó al ver la planta. Intenté retirarlo, pero su agarre sobre mi tobillo se endureció mientras la estudiaba con más atención—. ¿Cómo te has hecho estas cicatrices?

Me estremecí cuando trazó con el pulgar tres de las líneas que se cruzaban unas por encima de otras. Volví a tirar de la pierna, y esta vez lo pillé desprevenido.

—¿Qué significa «Mmm»? —pregunté en un intento por distraerlo.

—Significa que puedo sentirte y que estás evitando darme una respuesta honesta.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Fruncí el ceño cuando soltó el trapo sobre su rodilla doblada y metió ambos brazos en el agua. ¿Qué estaba buscando?

—Dímelo tú, tú eres la que estás tratando de cambiar de tema.

Mis ojos se abrieron cuando me atrapó el tobillo, lo sacó del agua, apoyó mi pie sobre su firme pecho y comenzó a enjabonarme el empeine y la pantorrilla con suaves círculos.

—¿Qué estás haciendo? —exigí alucinada, incapaz de alejare de su alcance.

—¿No es evidente? —Ni siquiera hizo el intento de apartar su atención de la labor de lavarme con movimientos pausados y metódicos.

—¿Por qué? —insistí cuando, tras varios minutos, soltó el paño para usar sus dedos y la lubricación del jabón, para darme un profundo masaje con sus pulgares, relajándome los músculos sin ningún tipo de connotación sexual.

—Porque puedo.

Genial. ¿Por qué solo hablaba cuando le daba la gana?

—¿Se supone que debo entender esa respuesta? —mascullé irritada.

Su mano se detuvo por un momento antes de bajar mi pie con delicadeza al agua y sustituirlo por el otro, para reiniciar su tarea de asearme y masajearme, aunque no sin antes echarle también una oscura mirada a las cicatrices de esa planta.

—No lo sé. —Gabriel enjabonó el paño con una expresión adusta—. ¿Lo haces?

¿Lo haces? ¿De qué estaba habl…? ¡Ah, sí! «Entender la respuesta». ¡Las castañas del tío! ¿Ahora quería volverme loca?

—No, no viniendo de ti. Te has pasado el último día y medio demostrándome lo poco que piensas de mí y cuánto me desprecias y odias. Y ahora me tratas… así —dije con un gesto de mi mano, negándome a decir «como a una princesa».

Gabriel se detuvo y estudió su mano colocada sobre mi pierna, antes de enjuagarla y eliminar los restos blanquecinos del jabón.

—Lo hago —afirmó—. Te odio y desprecio… en parte.

Solté una carcajada.

—¿En parte? Me has tratado como una inmundicia y humillándome sin reparos tanto en público como en privado. ¿Se supone que si me odiaras por completo me tratarías aún peor?

—Ni te lo imaginas. —Gabriel soltó el paño en el filo de la bañera, pero mantuvo mi pie apoyado sobre su pecho—. Jamás he odiado a nadie como a ti —lo dijo con tanta honestidad que ni siquiera parecía que estuviera contradiciéndose.

—¡Vaya, gracias! ¿Creo que nadie me ha echado nunca un piropo de esa magnitud? —espeté, retirando mi pie con un gesto brusco para hundirlo de nuevo en el agua que, por algún motivo, seguía limpia a pesar de que a aquellas alturas debería estar negra.

Gabriel se inclinó y, esa vez, me cogió los dos pies, obligándome a sujetarme al filo de la bañera para no hundirme con el repentino tirón, mientras se los apoyaba sobre el estómago. Fruncí el ceño mientras reajustaba mi postura, advirtiendo el intenso calor que desprendía, uno que me ascendía por las piernas, calentándome desde dentro.

—Nunca me había importado nadie lo suficiente como para perder el tiempo en odiarlo así —explicó con su extraña lógica.

Por unos segundos, mis pulmones se quedaron sin aire.

—¿Y me estás masajeando los gemelos porque me odias como no has odiado a nadie más? —repetí despacio, incrédula. ¿A qué estaba jugando?

Gabriel se estudió las manos que descansaban sobre mis tobillos. Él no estaba moreno, ni mucho menos, pero contra mi piel, blanca como la nieve, se veía bronceado.

—Sí —contestó después de una pausa tan larga que tuve que hacer un esfuerzo para recordar de qué estábamos hablando.

—Sabes que eso no tiene ni pies ni cabeza, ¿verdad? —le señalé.

—Lo sé —su respuesta parecía confundirlo incluso a él—. ¿Lo tiene que tú te dejes tocar por mí cuando deberías querer matarme?

—¡QUIERO - MATARTE! —recalqué cada palabra despacio para que supiera lo en serio que las decía y, en parte, también para recordármelo a mí misma.

—¿Ves? Creo que esa es justo la cuestión. —Asintió despacio sin que le afectara mi amenaza —. Quieres matarme, pero, aun así, sientes la necesidad de estar cerca de mí y de que nos toquemos. A mí me ocurre lo mismo.

—El vínculo —deduje con sequedad.

—El vínculo —confirmó.

Me crucé los brazos sobre el pecho, teniendo cuidado de no deslumbrarlo con mis pezones, pero Gabriel no le echó más que un corto vistazo a la curvatura que sobresalía sobre mis antebrazos. No, no era corto, era más bien… ¿fiero?

El vello de mi antebrazo se erizó, a pesar de que el agua seguía caliente.

—¿Y qué sugieres entonces que hagamos?

Gabriel se echó hacia atrás y metió la cabeza en el agua. Cuando acabó, volvió a colocarse bien mis pies, que se habían resbalado.

—Seguir odiándonos —contestó.

—¿Pero? —pregunté con la sospecha de que había algo más.

—Pero no juzgarnos ni reprocharnos por lo que está fuera de nuestras manos.

Lo decía en serio. Estaba escrito en su rostro y en la forma en que me miraba como si ni siquiera él supiera cómo funcionaba aquello. Había algo que fallaba en toda aquella situación, algo que no terminaba de encajar, pero no era capaz de determinar el qué.

—¿Qué probabilidades hay de que los piratas nos encuentren antes de que podamos alcanzar el portal? —indagué, cayendo de repente en la cuenta del posible origen de su cambio de actitud.

Sus ojos verdes mantuvieron los míos sin pestañear.

—Muchas.

¡Mierda! No estaba diciéndolo para asustarme, sino para que comprendiera el alcance de la situación en la que nos encontrábamos.

—¿Y si lo hacen? —continué—. Si nos encuentran. ¿Qué pasará entonces?

Gabriel parecía tan ausente en ese momento que dudaba que fuera consciente de que había comenzado a acariciarme en pequeñas líneas de ida y vuelta con su pulgar.

—Que te defenderé hasta el final y, si no puedo con ellos, te mataré antes de que te atrapen.

¡Guau! Eso era ser directo y lo demás eran tonterías. Por una vez no me enfrenté a él por sus intenciones de acabar conmigo, porque en la situación que planteaba era justo lo que habría elegido que hiciera. La muerte era preferible a caer en las manos de esos demonios y las promesas que hicieron en la taberna de torturarme y usarme para sus enfermizas perversiones hasta mi muerte.

Tomé una profunda inspiración. Por algún motivo, la posibilidad de fallecer junto a él no me asustaba.

—¿Qué probabilidades existen de que salgamos con vida de este enredo?

Gabriel frunció sus labios en una mueca pensativa ante mi cuestión.

—¿En una situación en la que ambos nos enfrentemos a una cuadrilla de al menos quince o veinte demonios o monstruos, y tú siendo humana? Pocas.

—Soy buena luchando —protesté.

—Lo eres —confirmó para mi sorpresa—. Pero ya no posees la fuerza y aguante que tenías siendo una inmortal. Tampoco tu agilidad. Con suerte podrás acabar con dos o tres, puede que con cinco.

—Supongamos que vamos preparados y no nos dejamos pillar desprevenidos —propuse—. Si yo me encargo de cinco, tú podrías derrotar a los otros diez o quince. He oído las historias sobre ti y te he visto entrenando. No he conocido a ningún otro que luche como tú.

¿Eran imaginaciones mías o sus pupilas acababan de dilatarse?

—Prepararnos ayudaría a incrementar nuestras oportunidades —admitió despacio—, pero hay un par de detalles que has obviado en ese plan.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, que no estamos hablando de demonios normales. Son piratas, están acostumbrados a luchar y a hacerlo sucio.

—Nosotros también podemos luchar sucio si les ponemos una trampa.

—Segundo, estamos en su terreno. Cuentan con ventaja —siguió, ignorando mi sugerencia.

Rodé los ojos.

—Obvio. ¿Algo más que añadir? —pregunté con ironía.

Gabriel entrecerró los párpados.

—Tercero, que no es lo mismo luchar sin preocuparme más que por mí mismo, que estar pendiente de ti y de que no te maten o… atrapen.

Encogí un hombro.

—Lucha sin preocuparte de mí. Ya estoy muerta de todos modos.

Capítulo Treinta Y Siete



Andrea

Gabriel me dedicó una mirada asesina que contradecía su afán por mantenerme viva.

—Lo haría si pudiera —gruñó, irritado—, pero la necesidad de protegerte en una situación semejante me supera.

Abrí la boca, solo para volver a cerrarla. De repente lo comprendí (más o menos).

—Crees que vamos a morir —constaté—, que mi debilidad nos llevará a ambos a nuestro fin. ¿Es por eso por lo que estás dispuesto a hacer las paces de forma temporal?

Él no se inmutó.

—La posibilidad de morir cambia la perspectiva de la gente. ¿Puedes culparme?

Los dos permanecimos un momento en silencio.

—Dijiste que aquí estábamos seguros —le recordé mientras le daba vueltas a nuestras circunstancias. Lo último que quería era acabar en manos de aquellos demonios—. ¿Sería un inconveniente para nuestra anfitriona que nos quedásemos unos días más? Podríamos escondernos hasta que se cansen de buscarnos.

Carraspeé y me eché agua sobre los hombros. ¿Se estaba dando cuenta de que ahora tenía ambas manos ocupadas con mi pie y mi tobillo? Con una, masajeaba en largas líneas mi empeine, mientras que el pulgar de la otra mano había comenzado a trazar relajantes círculos en la sensible piel de detrás de mi tobillo.

Gabriel soltó un pesado suspiro.

—Nada es permanente, en especial si los demonios deciden recurrir a uno de los numerosos aquelarres que habitan en esta parte del Inframundo. Tarde o temprano nos encontrarán.

Me mordí los labios. Si detestaba a las brujas, más aún detestaba a los aquelarres.

—¿Cuántos días estimas que estaremos seguros aquí?

Gabriel echó la cabeza atrás y la descansó en el borde de la bañera con los ojos puestos en el techo curvado.

—Puede que cuatro o cinco, con mucha suerte, seis.

—¿Y no crees que, al desaparecer durante tantos días, tal vez acaben asumiendo que nos hemos adelantado y pasado el portal, o que hayamos escogido otro?

Gabriel frunció el ceño, como si analizase la opción, pero acabó por sacudir la cabeza desanimado.

—Lo dudo. El cabecilla no tiene un pelo de tonto. Sabe que contigo mi ritmo de viaje se

ralentiza y el portal más cercano a este se encuentra a cinco semanas de viaje, a través de territorios que hacen que este sea un paseo por el parque. Es más plausible que envíe alguien de regreso para seguir nuestro rastro desde el punto cero. Si usan *hellhounds*, pueden captar nuestro olor incluso semanas después de que hayamos pasado por algún sitio. Esos bichos son rápidos y certeros y no hay forma de escapar de su radar.

—Por eso has dicho cuatro o cinco días —deduje.

Gabriel asintió.

—Esperará dos o tres días por los alrededores del portal, donde tenga planificado interceptarnos, antes de enviar a alguien a rastrearnos. Un día para regresar al punto cero, medio para encontrarnos y otro medio o un día entero para que todo el grupo se traslade aquí. Probablemente nos asediarán en cuanto comprueben que no pueden entrar y, después de un día o dos más, enviarán a alguien a por una bruja o brujo para romper el escudo protector y las salvaguardas.

Tamborileé con las uñas rotas sobre el filo de la bañera, usando el rítmico sonido metálico para mantener mi ansiedad bajo control mientras por mi mente pasaban las diferentes opciones que teníamos.

—Eso nos daría una oportunidad de ponerles una trampa para cuando lleguen —sugerí.

—¿Sin armas? —Su ceja se arqueó con suavidad.

¿En serio?

—Has sido un guerrero durante la mayor parte de tu vida, estoy segura de que no es la primera vez que has usado armas poco convencionales —espeté con ironía—. Lo mínimo que tenemos a nuestra disposición son las rocas de los alrededores. Igual el apartamento también está dispuesto a ayudarnos si seguimos cayéndole bien.

Me ofreció una pequeña sonrisa.

—Una luchadora hasta el final, ¿no?

Encogí un hombro, incómoda con la admiración que creí reconocer en su mirada.

—Es lo que he sido desde siempre.

Su mirada cayó sobre una de las cicatrices rosadas que cruzaba el inicio de mi muslo, recuerdo de mi salto por el precipicio. Ahora que mi piel ya no se encontraba cubierta de tizne, las marcas que me recorrían el cuerpo eran más visibles. Su rostro recuperó su gravedad.

—Había contemplado la posibilidad de quedarnos y preparar varias trampas para defendernos —admitió con reparo—, pero supondría arriesgar este lugar. No se trata de un simple apartamento, sino del santuario de Sammantha. Aunque consigamos vencer, dejaremos su localización expuesta y, por consiguiente, su seguridad comprometida. No quiero ponerla en peligro por salvarnos a nosotros.

No me gustaba la forma en que anteponía la seguridad de aquella desconocida a la nuestra, pero tenía razón, no era justo. Si era un santuario, tal y como lo había etiquetado, era posible que la bruja lo necesitara para mantenerse a salvo. No podía privar a otra mujer de un recurso tan valioso cuando podía encontrarse en una situación similar a la mía. Tomé una profunda inspiración. Puede que morir estuviera en el horizonte mucho antes de lo que había previsto y, por una vez, escaparme no parecía ser una solución.

—En ese caso, ¿partimos luego o mañana? —Incluso a mí me extrañó la determinación en mi tono, cuando había sido yo la que, apenas un rato antes, había tenido un ataque de pánico ante la simple idea de quedarme en la guarida de una bruja poderosa.

Sus ojos verdes me estudiaron.

—Podríamos quedarnos un par de días para que puedas recuperarte y coger fuerzas —

propuso con cautela.

Titubeé. Lo que decía tenía sentido, pero también suponía prolongar una situación que, en apariencia, no tenía solución, y me dejaba encerrada con un hombre al que, en teoría, odiaba, en la madriguera de su amante que, además, era una bruja y podía… No, ni siquiera quería tirar por ahí. Gabriel me garantizó que estaba segura y seguía bajo los efectos del suero de la verdad.

—¿Si te prometo que no me escaparé y que no trataré de matarte mientras estamos aquí, a menos que sea en defensa propia, me concederías más espacio? —Le mostré el grillete dorado en mi muñeca para dejar claro a qué me refería—. ¿Y me devolverías las dagas? Sé que me consideras débil y frágil —esa vez obvié lo de patética—, y tienes razón. Lo soy en comparación a como era antes, pero sigo siendo capaz de defenderme. Mantenerme anclada a ti en caso de un ataque solo me haría más vulnerable. Piénsalo. No podría esconderme de los demonios o distraerlos si vienen a por nosotros, seguramente nos estorbaríamos el uno al otro durante la lucha y, si me atrapan y tratan de forzar la prisión invisible que me has impuesto, alejándome de ti, no sé qué efectos imprevistos podría tener en mí o, incluso, en ti.

No era una excusa. Si el dolor de alejarme de él me dejaba demasiado debilitada para luchar y defenderme, los dos saldríamos perdiendo.

Era curioso que, cuando Gabriel pensaba, su cuerpo entero y su expresión parecían congelarse. Todo, excepto el dedo con el que me acariciaba el pie y que empezaba a distraerme más de lo que debería. Claro que aún era más extraño el hecho de que ambos, siendo enemigos, estuviéramos compartiendo una bañera desnudos mientras hablábamos de estrategias de supervivencia. Si una vidente hubiera predicho una situación semejante, me habría reído en su cara. Supongo que Gabriel tenía razón en eso de que tener la muerte en el horizonte cambiaba la perspectiva de las cosas.

—Aumentaré los límites por los que puedes moverte —concedió a regañadientes—. Aunque no te recomiendo que te alejes demasiado, existe un motivo por el que esta zona está tan despoblada. No es un lugar seguro, en especial si no lo conoces.

A duras penas conseguí reprimir un grito de victoria.

—¿Y mis dagas?

—Me lo pensaré. —Alzó un dedo para frenarme cuando abrí la boca para protestar y me mantuvo la mirada—. Lo estoy intentando, estoy poniendo de mi parte, pero eso no quiere decir que de repente me fíe de ti.

Solté el aire que tenía retenido en los pulmones.

—Me parece justo —admití. No era como si yo le diera demasiado crédito a lo que él decía tampoco.

—¿Quieres alimentarte aquí en la bañera o prefieres que salgamos y lo hagamos en el salón?

—¿Has traído comida? —Miré confundida a mi alrededor. No lo había visto con ninguna bandeja cuando regresó.

—Sangre de cazador. Servicio a domicilio —recitó con sequedad, como un mal entrenado repartidor de pizza.

Gabriel recuperó el paño y el jabón y comenzó a frotarse con energía los brazos, cuello y pecho. Me tomó un total de quince segundos de absoluto alucine entender a qué se refería con «servicio a domicilio» y, otros treinta más, recuperarme de la impresión y cerrar la boca que parecía haberse descolgado.

—¿Me estás tomando el pelo? —exploté.

Soltó un bufido, se pasó el paño por la cara y luego usó ambas manos para enjuagarse con abundante agua y pasarse los dedos por el cabello húmedo. Aparté mis pies de su estómago para

no tener que sentir sus firmes músculos moviéndose bajo mis plantas, algo que había empezado a convertirse en pura tortura en los últimos diez minutos.

—En absoluto.

—¿Intentas decirme que estás dispuesto a alimentarme? —pregunté despacio, en un intento por confirmar que no me había dejado llevar por mi imaginación cada vez más desbordada.

Su ceja se arqueó.

—¿Necesitas que lo publiquemos en la prensa para que sea oficial?

—¿Por qué? —Sacudí la cabeza como si con eso la situación dejara de ser tan estrambótica —. ¿Dónde está la trampa?

Volvió a colocar mis pies sobre los definidos músculos de su estómago. ¡Diosa! A ese paso iba a consumirme por combustión espontánea.

—No hay ninguna trampa. Te ofrezco mi sangre por voluntad propia y sin esperar nada a cambio.

Me preparé para que, de un momento a otro, rompiera a reír y se burlara de mi inocencia. No lo hizo.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

Encogió un hombro.

—Mi sangre te ayudará a curarte y recuperar fuerzas. Estás así por mi culpa. No quiero que te encuentres en desventaja si… *cuando* nos ataquen —se corrigió.

El tiempo pareció detenerse de repente. Si me concentraba, incluso podía oír los latidos sincronizados de nuestros corazones. Contemplé la posibilidad de que aquel fuera otro efecto de las flores que nos habíamos comido, pero, aunque podía achacar el estado de relajación actual al hecho de que estuviéramos bañándonos juntos y charlando (casi) como amigos, me bastaba analizar mis propios sentimientos para determinar que no había nada que me obligara a hacer algo en contra de mi voluntad, excepto el tener que ser sincera.

—Lo estás diciendo en serio. Estás dispuesto a ofrecerme tu vena —constaté. Mis ojos fueron automáticamente a su cuello y la presteza con la que mis colmillos saltaron de su escondrijo me llenó las mejillas de un bochornoso calor.

—De mi muñeca —advirtió con fingida indiferencia. Fingida, porque noté la forma en que se habían tensado sus músculos.

Tuve que tragar saliva para que no se me acumulara en la boca.

—Me odias. —Podría haberme dado una bofetada a mí misma por soltar algo tan estúpido. ¿Qué estaba tratando de conseguir? ¿Hacer que se retractara? Iba a lanzarme a un frenesí si cambiaba de opinión. Tras haberlo mencionado, ya no podía pensar en otra cosa que no fuera la de saborear su sangre. Con la que había tomado en el circo debería tener suficiente para unos días, pero con mis niveles de estrés por las nubes y él desnudo y dispuesto justo frente a mí…

Tomé una profunda inspiración.

—Tanto, como para no dejar que te mate nadie más que… yo —soltó con una repentina frialdad, recordándome mi posición.

Que pudiera escuchar la mención del rey en su titubeo, aunque no lo pronunciara en voz alta, supuso la estocada final. No importaba el modo en que estuviéramos hablando en ese momento ni la intimidad de nuestra situación en la bañera; yo era su prisionera y él, mi verdugo.

—¿Y tú?, ¿no quieres alimentarte de mí? —pregunté con impasibilidad, como si estuviéramos llegando a un trato comercial y sus palabras no me hubieran afectado.

Su expresión se tornó inescrutable.

—Es posible que me vea obligado a hacerlo.

La idea de sus colmillos hundiéndose en mí cuello consiguió que un escalofrío de placer me recorriera la columna vertebral, anclándose en mi nuca. ¡Diosa! Acababa de usar la palabra «obligar», debería mandarlo a la mierda, no derretirme como un helado al contacto con su lengua. ¿Qué me pasaba? Mi reacción, la situación al completo, estaba tan mal en tantísimos sentidos que ni siquiera tenía lógica.

—¿Pero…? —pregunté, adivinando que le faltaba algo por añadir.

—Es una opción que prefiero dejar como último recurso.

—¿Y el motivo de eso es…? —Lo seguí presionando, en busca de alguna pista que me ayudara a entender lo que no me contaba con palabras.

—Es mi elección personal. Lo haré si es necesario —replicó con una mueca de rechazo que se hundió en mi pecho como una estaca—. ¿Te supondría algún problema darme tu sangre llegado el momento?

Negué. Los dos sabíamos que no necesitaba mi permiso y que podía tomar mi sangre por la fuerza si quería, era su prerrogativa como cazador del rey. Que decidiera pedirme mi consentimiento era un detalle.

—Comprendo que es necesario. Necesitas encontrarte al cien por cien para luchar contra los demonios.

—¿Pero? —me copió mi pregunta—. Tu cara es como un libro abierto, Andrea. Rechazas la idea.

Me abracé y froté los brazos.

—Lo hago. No exactamente. Es más bien… —¿Cómo podía contarle la verdad sin arriesgarme a soltar más de lo que necesitaba saber? Presioné con la uña mi labio inferior antes de morderlo—. No es beber de ti o compartir mi sangre contigo, sino…

—¿Sino?

¡Maldita fuera! ¡El muy cabrón sabía que el suero mágico estaba empujándome a contarle mis verdaderos pensamientos! El brillo en sus pupilas lo confirmaba.

—Eres mi *shangrile* y en nuestra circunstancia… —Sacudí la cabeza en un intento por recuperar el control—. No es tan sencillo —siseé entre dientes.

¡Argh!

—¿Por qué?

¡Maldito cabrón! Se me escapó una carcajada solitaria.

—Sabes por qué —lo acusé—. No sé si puedo separar mi sed de… *otras* necesidades.

Como si acabara de propinarle una patada, soltó mis pies y se aferró con tal fuerza al borde de la bañera que temí que fuera a arrancar un trozo. A pesar de que al fin me había liberado, no aparté mis pies de su estómago.

De repente, la postura entera de Gabriel cambió y relajó despacio los dedos.

—Lo comprendo.

Capítulo Treinta Y Ocho



Andrea

Bufé. Gabriel había dicho «lo sé» como si acabara de aceptar una sentencia, como si se hubiera resignado a sacrificarse y soportar mi hambre y mi reacción a su cercanía, a pesar de que le pareciera una condena.

Un nudo de humillación se apretó en mi garganta, mientras la ira me recorría las venas como lava en ebullición. Era difícil decidir cuál de las dos era más poderosa o cuál ganaría. ¿Cómo podía mi propio *shangrile* tratarme como un desecho pegado a la suela de su zapato?

—Genial. ¿Vas a añadir *vampiresa salida y sin control* a la lista? Ah, espera, ahora que lo recuerdo, ya lo hiciste. Creo que, entre otras muchas cosas, me llamaste ramera —agregué con dulzura al recordar sus palabras—. Vas a tener que disculpar mi mala memoria, pero la lista de insultos que me has lanzado desde ayer tarde, ha sido bastante extensa y mi memoria ya no es lo que era.

Su mandíbula se tensó y destensó varias veces. ¿El suero estaba haciendo de las suyas? Se lo merecía. ¡Capullo!

—No debería haber dicho eso. Fue un insulto innecesario. —Vaciló antes de seguir—. Tu cercanía me hace perder el control y decir cosas que no siempre pienso.

¡Ja! Eso había sido el suero de la dichosa florecita rosa sí o sí.

—Vaya, menos mal que no soy la única —espeté sin tratar de ocultar mi sarcasmo.

¿Se creía que era el único que resentía el vínculo que nos unía? ¡Hola! ¡Soy la mujer que podría estar libre con solo matarte y deshacerme de ti! ¡Maldito imbécil!

—No, no eres la única, y tampoco voy a negar que te deseo. —¡Diosa! Si seguía usando ese tono condescendiente, quizá, después de todo, sería capaz de matarlo. Solo tenía que sumergirle la cabeza bajo del agua hasta que perdiera la consciencia y luego arrancarle el corazón. ¿Tenía corazón? Empezaba a dudar de si era un vampiro o un cíborg—. Pero debes saber que, aunque nos acostásemos, no cambiaría nada el resultado final, ni mi misión. Y tengo el control suficiente para no cerrar el vínculo.

Cíborg, definitivamente, cíborg. Me bastaría desenchufar el cable que conectaba su circuito con la batería y dejarlo fuera de servicio para el resto de la eternidad.

—¿Y eso qué significaría? —pregunté con una sonrisa mientras planeaba la forma más rápida y efectiva de acabar con él.

En el instante en que mis garras se alargaron, un dolor agónico, como si me las hubieran

arrancado y luego electrocutado los dedos, me hizo encogerlas con un alarido. ¡La madre que me parió!

—¿La sed? —preguntó Gabriel con el ceño fruncido.

Me rechinaron los dientes con el esfuerzo de no seguir gritando, pero me escondí las manos bajo los brazos y asentí. No necesitaba saber que el dichoso apartamento acababa de castigarme por querer atacarlo.

—Me has hablado de sangre y ya no puedo dejar de pensar en ella. —No era el motivo por el que había gritado, pero era cierto. Por el cuarto de baño reverberó una risa femenina apagada, como si viniera de lejos, que me arrancó un escalofrío. Me enderecé de golpe con la piel de gallina, derramando agua por el borde de la bañera—. ¡¿Qué ha sido eso?!

—¿El qué? —Gabriel también se incorporó y miró tenso a nuestro alrededor, como si esperara que, de un instante a otro, alguien saltase de las paredes para atacarnos.

—Risas —expliqué—. Alguien riéndose —especifiqué, aunque ya había dejado de oírlas.

Gabriel se puso en pie de un salto, salió de la bañera y se colocó entre mí y la puerta. Se quedó petrificado durante varios segundos, como si se concentrara en percibir algo que no podía ver ni escuchar. Si no hubiera estado tan asustada, mis ojos habrían sido incapaces de despegarse de la forma en que las diminutas gotas de agua recorrían su perfecta musculatura para caer al suelo. Vale, me costó tanto trabajo desviar la mirada que, cuando soltó un bajo «ahora regreso» y desapareció, seguía mirando el espacio que había dejado libre. Tragué saliva, la boca repentinamente reseca. ¡Mierda! La hora de las conversaciones había terminado, necesitaba alejarme de la tentación que me suponía antes de que pudiera darse cuenta.

Gabriel reapareció segundos después, indiferente al rastro húmedo que había dejado tras de sí y volvió a meterse en la bañera para recostarse contra el respaldo. Fruncí el ceño al darme cuenta de que, algo que en condiciones normales me habría preocupado, como la posibilidad de que hubiera llegado alguien más al apartamento, ni siquiera me había empujado a salir de la bañera y cubrirme. ¡No había buscado siquiera un arma para defenderme! ¿Eso también era efecto del suero o se debía a que confiaba en que Gabriel se encargaría de todo? La segunda idea no me agradó demasiado. No podía depender de él. No hasta ese punto.

—No hay ningún peligro. Si has oído algo, debe de ser tu sed. Necesitas alimentarte, estás teniendo alucinaciones.

Abrí la boca para contarle que me había alimentado la noche anterior y que las alucinaciones no aparecían por solo un día de privación, pero lo último que quería era que cambiara de opinión. *Tenía* sed, y su sangre me daría la fuerza necesaria para una posible huida o lucha. Solo me faltaba descubrir el modo de beber de él sin terminar convirtiéndome en una gata en celo.

Además, ¿y si tenía razón con lo de las alucinaciones? Ya tenía una voz en mi mente. ¿Qué me impedía haber creado otra más? ¡Ufff! A ese paso, mi cabeza iba a estar tan poblada que, el día que me la cortaran, Azrael iba a necesitar un ejército para acabar con todos los que la habitaban.

Al notar su mirada curiosa sobre mí, decidí cambiar de tema. Tiempo, necesitaba tiempo para olvidar la forma en que sus músculos habían brillado húmedos bajo la suave iluminación del baño.

—¿Qué estabas diciendo antes del susto? —pregunté con un tono ligero, fingiendo una calma que no sentía.

Gabriel se rascó el pecho.

—Que puedes relajarte y que no te inyectaré la toxina de mis colmillos.

Me mordí el labio. Debería haberme relajado la seguridad con que afirmaba que haría lo

responsable y que no me forzaría al vínculo con él, pero, por algún motivo, lo que sentí no fue alivio, sino rechazo.

—De acuerdo. —Atraje una pequeña nube de espuma y la amontoné con otra que se encontraba frente a mí antes de tomar una profunda inspiración. Podía hacerlo. Era una sobreviviente y su sangre me ayudaría a seguir siéndolo. Podía atormentarme luego con lo capullo que era y en cómo vengarme de él—. Creo que es mejor que salgamos de la bañera y que lo hagamos en el salón.

Secos, vestidos y sin que nuestra piel llegara a rozarse era la mejor opción. Gemí para mis adentros al pensar en cómo se sentiría su piel contra la mía mientras su rico aroma a cuero y cítricos me envolvía y su sangre me inundaba las papilas gustativas. ¡Ufff!

Hice una mueca de dolor al enderezar la espalda y agarrarme al borde de la bañera para levantarme. Me encontraba mucho mejor, no sé si por el calor del agua o por el potingue que Gabriel le había echado, pero aún no me había recuperado por completo.

De repente, Gabriel invadió mi espacio personal y me cogió por la cintura atrayéndome hacia él.

—Ven —murmuró, aprovechando mi sorpresa para girarme y sentarme entre sus piernas abiertas. La bañera se acortó a lo largo y se ensanchó a nuestro alrededor, adaptándose a nuestra nueva posición—. Puedes plantearte hasta dónde quieres llegar mientras lo haces, pero necesitas beber. No tiene sentido que sufras cuando podrías estar curándote.

En contra de mi buen juicio, cedí a su abrazo y me recosté contra su pecho. En el instante en que me ofreció la muñeca, cualquier duda de si aceptar o no su oferta se desvaneció.

—Eso es —susurró junto a mi oído, como el diablo que era, tentándome—. ¿Puedes sentir mi pulso? ¿La forma en que la sangre corre por mis venas? —Acercó la punta de su nariz a mi cuello en una delicada caricia y aspiró en profundidad mientras olfateaba mi carótida—. ¡Por los dioses de la guerra y la noche! Hueles como mi postre favorito.

—¿Cuál es tu postre favorito? —pregunté en un intento por parecer indiferente a su seducción, pero mi voz salió en apenas un murmullo.

—Tú, siempre tú.

Al sujetar su muñeca, descubrí dos diminutas marcas blancas en su antebrazo. Parecían marcas de colmillos y debían de ser recientes cuando aún se veían esas pequeñas manchas blanquecinas. Por lo general, la piel de un vampiro se regeneraba sin dejar rastro de una herida, a menos que el sujeto en cuestión llevase algún tiempo sin alimentarse y que, por consiguiente, el proceso de curación fuera más lento. Por puro instinto y, posiblemente por una buena dosis de posesividad, en lugar de usar su muñeca para alimentarme, ajusté mis colmillos para atravesar aquellas dos marcas y sustituirlas por la mías.

El tiempo pareció detenerse a medida que mis colmillos penetraban su piel húmeda hasta llegar a la deseada vena. Su deliciosa sangre se desparramó sobre mi lengua inundándome la boca. Gruñí extasiada y me aferré con más ansia a él. Era exquisita, como nada que hubiera probado ant… Me congelé y la sangre resbaló por la comisura de mis labios cuando dejé de tragar.

¡No podía ser!

—¿Ya lo has descubierto? —me preguntó con su profunda voz prácticamente convertida en un gruñido.

Capítulo Treinta Y Nueve



Andrea

Un torrente de recuerdos de la noche anterior en la sala oscura del circo inundó mi mente: el hombre sin rostro ni nombre que se acercó a mí sin la más mínima vacilación, a pesar de que el lugar estaba lleno de otros seres; la facilidad con la que aceptó que me lanzara sobre él aunque la negrura que nos rodeaba no le permitía verme; el beso exigente y hambriento, que ya era en sí mismo un castigo; la forma en que su aroma se convirtió en una obsesión desde el mismo instante en que lo detecté… De repente, todo adquirió sentido.

En la parte baja de mi espalda, su glande pulsó duro y hambriento contra mi piel, al igual que lo había hecho la tarde anterior. Me estremecí. Las manos ásperas con las que me había dominado como si mi cuerpo no fuera más que arcilla moldeable a las órdenes de su capricho, al cogerme por los muslos y obligarme a abrirlos, me recordaban que seguía siendo él quien estaba al timón.

Mis labios cosquillearon con la sensación fantasma de la morbosa crueldad con que sus besos me habían robado la cordura en aquel limbo de oscuridad y placer. ¿Y el modo en que…? ¡Diosa! Me embistió como si fuera su derecho, tornándome en una criatura dominada por mis instintos y necesidades.

Lo recordaba todo, cada detalle de lo que ocurrió. Incluso el instante en que me ofreció su antebrazo, tal como acababa de hacer, y me permitió morderle y beber de él, volviéndome loca con su extraordinario sabor. Todo había sucedido de la misma manera, y una pequeña alarma en mi mente me advertía del peligro. Sin embargo, al igual que la vez anterior, fui incapaz de detenerme o frenarlo.

Él lo había sabido. Durante todo el tiempo en que estuvimos juntos, perdiéndonos en nuestros impulsos y mientras me alimentaba, había sabido que era yo.

Mi amante desconocido… No, no desconocido. Gabriel.

¿Cambiaba algo? Debería.

Creo que lo había hecho. No, eso no era cierto, *sabía* que lo había hecho.

Reajustándome sobre su regazo, reanudé mi succión. Si antes su sangre me había parecido exquisita, en ese momento me sabía a pura gloria.

Gabriel soltó un gruñido largo y bajo y me clavó los dedos en la delicada carne de mis caderas. Iba a dejarme cardenales, pero, si era honesta, quería que lo hiciera, ansiaba que me marcara. Era la única forma de comprobar después que no había sido un simple producto de mi

imaginación.

—Puedo sentir cómo tu cuerpo responde a mi cercanía, cómo tu sangre llama a la mía… —Sus dedos amasaron mi muslo interior como si hacerlo le ayudara a reprimirse y evitar que la exploración de sus dedos avanzase un poco más.

No hubo pensamientos por mi parte o al menos quería convencerme de ello cuando atrapé su muñeca y le llevé la mano a donde realmente la necesitaba.

Soltó un gemido ronco contra mi piel. No hubo necesidad de palabras. Entendió a la perfección lo que quería, o puede que fuera lo mismo que deseaba él. Hundió sus dedos entre la espesa humedad que se había acumulado entre mis pliegues y los deslizó sobre mi clítoris hinchado, haciéndome arquear de placer.

Por un momento me olvidé de tragar. ¡Diosa! Creo que incluso dejé de respirar. Lo único que podía hacer era sujetarme a su fuerte brazo como si fuera un salvavidas y alzar las caderas para incrementar el roce.

—Tan sensible y sumisa para mí… —murmuró con algo cercano a un ronroneo.

No era sumisa. No era… ¡Diosa! Sus dedos se abrieron paso en mi interior mientras su pulgar mantuvo el balanceo rítmico sobre mi clítoris. Lo de mi sumisión podíamos discutirlo después, mucho después.

Lo que necesitaba en ese instante era su boca alrededor de mis pezones, mis colmillos en su garganta, o mejor los suyos en la mía, y sentarme sobre su regazo como una amazona para montarlo como se merecía, como los dos merecíamos.

—Shhh… —Me frenó con la amenaza de sus afilados colmillos contra el pulso en mi cuello cuando intenté darme la vuelta—. Aún no.

—Pero… —gimoteé con los labios pegados a su piel, soltándolo a regañadientes.

—Aún no —repitió con más determinación, incrementando la presión de su pulgar—. Primero vas a correrte para mí.

Era como si supiera de un botón en mi cuerpo que solo él conociera, porque en el siguiente instante mi espalda se arqueó, mis caderas se movían en un desquiciado frenesí, totalmente ajeno a mi control, y de mi garganta escaparon gritos quebrados cuando, con cada contracción en mi bajo vientre, el agua enviaba una caricia de olas contra mis erectos pezones.

—Eso es, así, dame esos orgasmos que me debes…

Podría haberle discutido su derecho sobre cualquiera de mis orgasmos. Debería haberlo hecho, pero por la manera en que mis músculos seguían contrayéndose en agónicos espasmos alrededor de sus dedos y él me obligaba a seguir cabalgándolos hacia la siguiente cima, como si estuviera montada en una montaña rusa sin fin, consiguió que el poco dominio que mantenía sobre mi anatomía se esfumara por completo, dejándome a su merced.

En un momento estaba lanzándome con sus diestros dedos hacia el éxtasis y, al siguiente, me encontré sujetándome al borde de la bañera de cobre, con el trasero alzado en el aire y su lengua hundida en mi interior, mientras gotas de su sangre seguían corriendo por mi barbilla y mis jadeos roncos reverberaban contra las paredes de la estancia.

No fue hasta que me había convertido en pura gelatina que me bajó con cuidado a mis temblorosas rodillas, me sujetó el cabello y me obligó a girar la cabeza sobre mi hombro para besarme y relamer los últimos trazos de su propia sangre, mientras se abría paso en mi interior, llenándome a un punto que parecía imposible y confirmándome que era el mismo hombre al que me había entregado ayer. No era de extrañar que anoche no le importase que gritara su nombre mientras me corría. Era el suyo.

—¿Supiste que era yo? —grazné con la garganta reseca de tanto gritar. Necesitaba que me lo

confirmara—. ¡¿Supiste que era yo?! —exigí, sujetándolo a su vez por el pelo para obligarlo a mirarme.

El verde en sus ojos se oscureció.

—Sí.

—Y aun así me follaste —murmuré.

Con una mano en mi pecho y la otra entre mis muslos, me mordisqueó la barbilla sin delicadeza.

—Y volvería a hacerlo —dijo convencido, sin arrepentimiento, casi como si estuviera firmando un contrato con su sangre.

Le solté el cabello. Su erección pulsaba impaciente en mi interior, sin embargo, se mantuvo quieto.

—Demuéstramelo —le pedí, sabiendo que si volviera a la noche anterior y descubriera que era él antes de entregarme, también habría vuelto a hacerlo, del mismo modo en que estaba haciéndolo ahora.

Puede que después, cuando mis neuronas volvieran a funcionar con normalidad y empezara a pensar con claridad, me arrepintiera y los remordimientos acabaran cebándose conmigo, pero eso sería más tarde.

Mucho, mucho después.

El cuarto de baño se llenó del choque húmedo de nuestros cuerpos, mis gemidos y jadeos y sus rugidos guturales, mientras me arrancaba su nombre una y otra vez, hasta que acabó clamando el mío como si fuera una plegaria… o tal vez su condena.

Capítulo Cuarenta



Andrea

Me desperté con un sobresalto, desorientada en la oscuridad de la habitación, y con el corazón latiéndome a mil por hora. Estaba segura de que el sonido que me había despertado no era producto de mi sueño, ni siquiera sabía si había estado soñando. Últimamente, cuando cerraba los párpados, solo me sumergía en un denso vacío en el que flotaba a la deriva y, la verdad, lo prefería así.

No, lo que había escuchado fue más que un ruido, había sido magia. Una ráfaga más concentrada y poderosa que la latente que había aprendido a identificar con el apartamento. Provenía del salón, del rincón de la cocina si no me equivocaba. Me concentré en el silencio. Nada.

Fui a llamar a Gabriel, para preguntarle si había sido él, cuando me llegó el sonido del grifo abierto desde el cuarto de baño. ¡Mierda!

¿Los demonios ya habían llegado a por nosotros? Por puro instinto, busqué mis dagas debajo de la almohada, solo para recordar quién me las había quitado. ¡Maldita sea, Gabriel! Con cuidado de no hacer ruido, me rodé hacia el borde de la cama y abrí el cajón de la mesita de noche con manos temblorosas.

Hubo otra ráfaga de magia. Esa vez estaba convencida de que provenía de la cocina. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Sin perder de vista la puerta, rebusqué precipitada en el cajón, pero debería haber previsto que Gabriel no iba a arriesgarse dejando un arma a mi alcance.

Un vaso de agua, que él debía de haber dejado en la mesita de noche mientras dormía, cayó y se hizo añicos contra el suelo con un estruendo que me hizo chirriar los dientes. Si quienquiera que estuviera acechando afuera aún no se había dado cuenta de dónde estaba, entonces acababa de descubrirlo.

En el instante en que el pomo de mi dormitorio se movió, atrapé a tientas lo único alargado y duro del cajón que podía servirme para defenderme, aunque solo fuera para lanzárselo al intruso a la cabeza o clavárselo en el ojo.

La puerta se abrió de golpe, la luz se encendió deslumbrándome y yo salté de la cama y flexioné las rodillas, posicionándome para luchar y abalanzarme sobre quien fuera, cuando…

—¡¿Qué demonios, Andrea?! —Gabriel recorrió la habitación alarmado con los ojos, deteniéndose sobre la mano que tenía levantada con mi improvisada arma, luego sobre mí y de nuevo sobre mi mano—. ¿Qué estás haciendo?

—Ráfagas de magia en la cocina —siseé todo lo bajo que pude.

En un parpadeo, Gabriel desapareció, solo para regresar un segundo después con una nota adhesiva de color rosa en la mano.

—Sammantha ha dejado un mensaje —explicó Gabriel, alzando el llamativo papelito y mostrándome la irregular letra femenina que había encima, mientras seguía sin apartar la mirada de mi mano.

—¿Sammantha? ¿Tu bruja? —pregunté con una buena dosis de repentinos celos.

Gabriel frunció el ceño.

—No es mi bruja.

—¿No es tu bruja, pero te invita a su casa y te ha dejado una notita con un corazón?

Su mirada bajó a la nota en cuestión, como si no hubiera visto el corazón antes. La arruga entre sus cejas se acentuó.

—No hace falta que seas sarcástica. Es una persona cariñosa y esa es su forma de comunicarse con sus invitados cuando no… está.

Apreté los labios. Había aceptado quedarme allí a sabiendas de que la vivienda le pertenecía a una bruja. También me había hecho a la idea de que el apartamento poseía magia propia y que era un ser con inteligencia propia, pero que la tal Sammantha practicara magia de tal magnitud en su interior, y encima a distancia, me ponía el vello de punta. Ya había tenido bastantes muestras de poder de la Bruja del Este para que me durasen una vida entera, no quería añadir otra tipeja más a mi lista de enemigas.

—¿Qué dice? —inquirí, intentando ocultar mi ansiedad—. ¿Y por qué demonios me miras como si fuera una loca a punto de atacarte?

Gabriel me miró con una expresión indescifrable.

—¿No piensas hacerlo? Tu postura parece bastante… ¿amenazante? —preguntó con sequedad.

—¡Claro que no! —exclamé. Bajé la mano con rapidez y me enderecé—. ¡Creí que eran los demonios que venían a por nosotros!

—¿Y pensabas atacarlos con… *eso*? —Señaló mi mano con un gesto casual.

Seguí la dirección de su mirada, solo para abrir los ojos horrorizada y lanzar el ofensivo objeto sobre la cama.

—¡Eeeg!

Gabriel cruzó los brazos sobre su pecho desnudo y los dos nos quedamos contemplando el alargado objeto, cuyo color lila chillón resaltaba sobre las sábanas rosa pastel.

—A ver si lo adivino —empezó Gabriel despacio—, pensabas usar el vibrador para clavárselo a uno de los demonios y vencerlo a base de orgasmos múltiples. ¿Es eso? —El capullo arqueó una ceja.

¡Arghhh! Me sentí morir de vergüenza. ¿Quién demonios deja sus juguetes sexuales en los cajones de sus invitados?

—Dicen que los ojos son muy sensibles y pueden ser una zona erógena si se sabe cómo estimularlos —mascullé con una mueca, frotándome las manos con vigor contra la larga camisa que me había prestado Gabriel la noche anterior.

Apreté los dientes al detectar el temblor en la curvatura de sus labios. ¡Maldito cabrón! ¿Qué quería? ¡Tenía que defenderme con algo y había sido él quien me había quitado mis dagas!

Gabriel carraspeó.

—Creo que tendré que hablar con el comandante de nuestro ejército —dijo, rascándose la barbilla—. Podría ser una técnica interesante para dejar al enemigo congelado. Tal vez debería

incluirlo en los entrenamientos de nuestros guerreros como táctica ofensiva. La sorpresa siempre es un punto a favor. No creo que nadie se espere que saquemos vibradores cuando los ataquemos en plena batalla. —Esa vez, sus labios se estiraron de oreja a oreja—. Y, por supuesto, les dejaría saber a todos que el mérito de la nueva técnica es completamente tuyo. No soy de los que roban el protagonismo de los demás.

Ja, ja, ja. Debería haberle arrojado el puto vibrador a la cabeza. Igual si le hubiera sacado un ojo, ya no le parecería una forma de defensa tan descabellada.

—Muy gracioso —espeté, lanzándole una almohada a la barriga—. ¿Qué esperabas? No tenía nada con lo que defenderme y fue lo único que encontré en el cajón. Era duro y… y…

—*Sip*, duro sí que parece —admitió Gabriel riéndose por lo bajo—. E imagino que, además de duro, es suave al tacto, ¿no? —se burló sin reparos.

¡Maldita fuera!

—¡¿Y cómo iba a saber yo que en el Inframundo había vibradores modernos?! —exigí con indignación—. ¡Ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser un vibrador! ¿Crees que lo habría tocado si hubiera sabido lo que era y que pertenecía a tu bruja? ¡Diosa, qué asco! Espero que al menos lo limpiara antes de guardarlo.

—Mmm… —Gabriel le echó un vistazo pensativo al colorido papelito que tenía en la mano —. Creo que eso explica lo de la nota.

—¿Qué dice? —pregunté con recelo.

Gabriel me tendió la nota para que pudiera leerla.

Es nuevo y está por estrenar. ¡Disfrútalo!

—¿Cómo…? ¿Por qué…? —¿Cómo era posible que supiera todo lo que iba a ocurrir? ¡Incluso adivinó lo que iba a decir!

Como si me leyera la mente, Gabriel se encogió de hombros.

—Sammantha a veces tiene visiones. Ha debido vernos discutiendo.

—Aaah… —Vale, eso explicaba algunas cosas. La idea de que nos hubiera visto en la bañera o que supiera de qué forma Gabriel se marchó cuando acabamos, dejándome a solas en el agua, sin decir ni una palabra ni mirar atrás, hizo que mis mejillas se llenaran de calor—. Okey. Dale las gracias cuando la veas la próxima vez. Está genial que piense en las… necesidades de sus invitadas. Porque es para mí, imagino.

Su sonrisa se le congeló en la cara.

—No, no es para ti —gruñó, toda risa y broma esfumadas de repente.

—Estaba en mi cajón y te ha enviado esa nota justo antes de que lo encontrara.

—Me ha enviado la nota a *mí*, no a ti. —Cruzó sus brazos sobre el pecho. ¿Por qué esa postura tenía que resaltar tanto sus músculos?—. Eso lo dice todo.

—¿Tu amiga te ha dejado un vibrador? ¿Para ti? —Alcé mis cejas—. ¿Estás insinuando que te gusta que te…? —Señalé al juguete y luego a él—. ¿Eso? ¿Debería de mirar en el cajón y ver si también te ha dejado un arnés para que me lo coloque?

Sus ojos se entrecerraron hasta que apenas consistían en una estrecha ranura.

—No, no me ha enviado ningún vibrador para que me lo meta —masculló irritado— y mucho menos tú.

¿Quién había inventado ese dicho que decía «quien ríe el último ríe mejor»? Alguien debería haberle concedido un premio a la sabiduría.

—Mmm… —Me coloqué un dedo sobre los labios—. Los hombres tenéis la próstata muy

sensible y yo no tengo nada en contra de darte por el culo o joderte de lo lindo. —Le sonreí con inocencia, consciente de que el gran Gabriel estaba tan cegado por su bochorno que no se daba cuenta del doble significado de lo que acababa de decirle—. No hay nada de malo en…

—¡El juguete no es para ti ni para mí! ¿Entendido? —bramó Gabriel, con el rostro rojo como un tomate.

Abrí la boca, lista para replicar, pero acabé soltando un jadeo.

—Oye, ¿la nota está creciendo o son imaginaciones mías? —Me acerqué a él para poder leer la nueva línea que había aparecido sobre el papel.

Cuidado con el botón rojo. No usar para placer.
Lo del arnés es una buena idea, lo incluiré la próxima vez.

Nuestras miradas se encontraron y luego regresaron al vibrador tirado sobre la cama. Sin poder resistirme, lo cogí y pulsé primero la protuberancia lila para encenderlo y después, sin pensarlo dos veces, apreté el botón rojo, que tenía un enorme triángulo de advertencia señalizándolo.

En cuanto lo presioné, el vibrador soltó una serie de pitidos, idénticos a los de una cuenta atrás. Por si las moscas, lo lancé sobre el colchón. Fue una suerte que lo hiciera. Puede. Tal vez. O puede que no.

De lo que parecía un logrado glande ficticio se abrió una gran ranura y salió una enorme hélice de afiladas cuchillas, que comenzó a destrozar las sábanas y el colchón como un pequeño monstruo mecánico. Si no hubiera estado tan alucinada, creo que me habría puesto a llorar. ¡Era el primer colchón decente sobre el que había dormido en eones!

—Ummm… Tienes razón. Puedes quedártelo —decidí cuando Gabriel consiguió atraparlo sin que le cortara el brazo por la mitad. Lo tiró de nuevo sobre el colchón, después de apagarlo, como si temiera que fuera a atacarlo de improviso—. Aunque tienes que admitir que, después de todo, habría sido una excelente arma contra los demonios, sin importar por dónde se lo hubiera metido —señalé complacida.

De hecho, el arnés combinado con ese vicioso monstruo electrónico, hacían una combinación que haría que cualquier hombre, fuese de la especie que fuese, saliera huyendo en cuanto comprobasen lo que era capaz de hacer con él. ¡Y encima me dejaba las manos libres para luchar! A eso lo llamaba yo una situación *win, win*.

Gabriel me lanzó una mirada que me advertía, a las claras, que era mejor que mantuviera el pico cerrado. Lástima para él que aún no hubiera logrado entrenarme como su mascota. ¡Ja!

—Sammantha, ¿en serio? —dijo en voz alta, mirando al techo como si implorara por una explicación divina—. ¿Tienes idea del daño que podrías haberle hecho con ese trasto si lo hubiera usado y presionado el botón erróneo?

La nota rosa volvió a crecer. A ese paso iba a tener que enrollarlo.

Se llama Luka, no trasto.

Se me escapó una risotada.

—Me estáis tomando el pelo. —Gabriel me miró como si hubiera sido yo la que había bautizado el vibrador—. ¿Le has puesto nombre a un juguete sexual?

Mi sonrisa aumentó al colocarme a su lado para leer la respuesta:

El mejor amigo de una chica se merece un nombre propio.

Cuando solté un «mmm», Gabriel se quedó mirándome fijamente. Encogí un hombro.

—¿Qué? La bruja tiene razón. —La tenía, y empezaba a plantearme que quizá debería llamar a mi Gabriel imaginario Luka.

«¡Ni lo sueñes!».

Capítulo Cuarenta Y Uno



Andrea

Se me escapó un jadeo involuntario cuando mi Gabriel imaginario me tomó por sorpresa. Fingí una tosecita tonta para disimular mi metedura de pata al sentir los ojos verdes del Gabriel real sobre mí, estudiándome con los brazos en jarras.

«¡¿Ahora me lees los pensamientos?! ¡Pensé que solo podías conversar conmigo o recibir impresiones difusas de lo que pienso, no leerme como un libro abierto!». Lo normal era que apareciera cuando estaba alarmada o sentía emociones fuertes, pero el noventa y nueve por ciento de las veces me preguntaba por lo que pasaba, no lo *sabía* directamente.

«No es culpa mía que estés gritando», contestó con indiferencia.

«¡No estoy gritando!».

«Lo estás haciendo ahora mismo», insistió.

¡Uuuf! Tenía razón. ¿Por qué siempre tenía razón?

«Ahora no es antes, ahora grito porque estoy enfadada… molesta», me corregí.

«Lo que sea». Aun sin verlo, prácticamente podía sentir sus ganas de soltar un suspiro exasperado.

«Y Luka es un nombre bonito», insistí por pura cabezonería.

«Luka es el nombre de un juguete sexual con forma de pene», siseó. «No vas a llamarme como a un pene de silicona».

«¿Qué tal Lika?», propuse como alternativa.

—No estoy preparado para enfrentarme a esto tan temprano —gruñó Gabriel (el de verdad), dándome la espalda y dirigiéndose al pasillo. ¿Qué le había picado ahora? Ni siquiera estaba hablando con él—. Vístete y ven a la cocina si quieres desayunar. Sammantha dice que te ha dejado ropa en el armario.

—¿Café? —pregunté esperanzada; el susto, el vibrador y la voz en mi mente olvidados por completo.

—Puede, si te portas bien —farfulló irritado sin girarse hacia mí.

—Suenas como uno de esos héroes de novelas románticas —le grité a su espalda mientras se alejaba—. Eres un poco cliché.

Recibí un gruñido por respuesta. Sonreí.

«¿Entonces, qué?», regresé a mi amigo imaginario mientras abría el armario. «¿Lo dejamos en Lika? Luka me sonaba más masculino, pero tampoco estaría mal sacar a relucir tu lado

femenino. Nos llevaríamos mejor si lo haces».

Hubo otro gruñido, esa vez de mi Gabriel imaginario. Debería haberlo esperado. Los dos empezaban a parecerse cada vez más. Eché un vistazo a la ropa que me tenía preparada esa tal Sammantha. Mi corazón dio un vuelco y se me escapó un grito.

—¿Qué ocurre? —Gabriel irrumpió de nuevo en la habitación, mirando tenso a su alrededor en busca de cualquier peligro o monstruo que pudiera haber salido de debajo de la cama.

—¡Diosa! ¿Tienes que darme esos sustos? —lo acusé con una mano sobre el pecho para retener mi corazón en su sitio.

Gabriel echó los hombros atrás y me dedicó una mirada adusta.

—¿Yo a ti? Eres tú la que acaba de gritar.

Lo miré. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… parpadeos.

—¿No sabes diferenciar entre un grito de alegría y uno de terror? ¡Eres un cazador, por el amor de la Diosa! Deberías conocer la diferencia. Y ahora largo, tengo que vestirme.

Él le lanzó una mirada curiosa a la puerta del armario, pero no se movió del sitio por más que lo empujé y apoyé mi peso contra él.

¡La madre que me parió! Vale que fuera un vampiro, pero ¿tenía que tener el pecho tan firme y marcado? ¿Y por qué no se movía ni un milímetro? ¡Estaba clavándole el hombro en la dichosa tableta de chocolate que tenía de estómago y empujando con toda mi fuerza!

—¿Por qué tanta insistencia para que me vaya? —Gabriel escrutó la habitación, esa vez como si buscara alguna pista que se le hubiera pasado por alto al entrar—. No es la primera vez que te veo desnuda. Ayer no te importó cuando te preparé la bañera.

Con un resoplido agotado, me enderecé y me coloqué las manos en las caderas.

—Yo no lo recuerdo así. Además, ayer estaba medio muerta, y tampoco tenía a Luka. Hoy las cosas son diferentes.

Sus ojos se entrecerraron, fue a la cama y cogió a Luka con dos dedos, como si lo hubiera ofendido a un nivel personal.

—Este trasto queda descartado. No pienso arriesgarme a que pulses el botón equivocado y acabes hecha trizas.

Me entraron ganas de rodar los ojos. No tenía pensamiento de meterme algo tan peligroso ahí abajo. Podía estar loca, pero no tanto, y tampoco estaba tan desesperada. Claro que eran detalles que él no necesitaba saber. Como arma, Luka era un sueño hecho realidad.

—Me lo ha regalado tu bruja.

—No es mi bruja —rechinó entre dientes.

—Ya.

—¿Por qué estoy discutiendo contigo? —masculló, frunciendo el ceño.

—Porque quieres llevarte mi vibrador.

—No es tuyo, no es un vibrador y… ¡y punto! —finalizó con una mirada que no tenía nada que envidiarle a la hélice asesina de Luka.

Una mujer inteligente sabe cuándo claudicar. Sobre todo cuando puede ir más tarde al cubo de la basura y recuperar a su nuevo mejor amigo o pedirle al apartamento que se lo devuelva al cajón de la mesita de noche.

—Vale, lo que sea. —Sacudí ambas manos en un gesto de «ve, ve»—. Ahora, largo.

En vez de dirigirse a la puerta, Gabriel se acercó al armario. Frunció el ceño al escuchar el crujido bajo sus botas.

—¿Por qué hay cristales y un charco en el suelo? ¡No te muevas!

¡Mierda! Ni siquiera me había acordado del vaso roto. Debería tener más cuidado siendo

mortal y sin mi capacidad para curarme. Había tenido suerte de no pisar ninguna de las lascas de vidrio. Al fijarme en su tamaño y los afilados filos que brillaban junto a mis pies, me estremecí.

—Se cayó el vaso de agua de la mesita de noche.

Su mirada fue a mis pies descalzos y, a deducir por el ceño fruncido, llegó a la misma conclusión que yo.

—No deberías andar descalza. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? ¿Tienes idea de lo peligroso que es que te cortes o que se te quede uno de esos cristales clavado? —Antes de que pudiera parpadear, me había cogido en brazos y tirado sobre el colchón destrozado. ¡Genial!—. Podrías desangrarte, la herida podría infectarse —recorrió la habitación con una mano en la nuca —, o podrías cortarte un tendón. ¡Eres mortal, maldita sea!

Si, definitivamente compartía mis pensamientos, aunque en mi cabeza no sonaban como la riña a una niñata irresponsable.

—No sé a dónde han ido a parar mis zapatos de ayer —mascullé, a sabiendas de que había sido él quien se había llevado mi ropa del cuarto de baño.

Tampoco me moría precisamente por ponérmelos de nuevo después de las vejigas que me habían dejado en el talón y el juanete.

Gabriel abrió el armario de par en par. No es como si pudiera ver mucho más que el pequeño hatillo, compuesto por un top de tirantes verdes, un sujetador, un tanga y un pantaloncito corto. El resto del interior estaba vacío.

—¿Por qué has gritado? —preguntó, estudiando las prendas como si fueran una grave ofensa a su sensibilidad estética.

—¿Huh? ¿Tienes que preguntarlo? Es ropa limpia, que huele bien, y es cómoda y fresca. —Por la mirada que me echó, no debió de entender nada de nada. Rodé los ojos—. Llevo las últimas dos semanas con ropa sucia, apestosa y de segunda mano. ¿Y tienes idea de lo que es ir por un desierto con un corsé y una falda de tres capas que te llega hasta los tobillos y se te pega a la piel con el sudor?

Gabriel le echó otro vistazo a la ropa y, con las manos en la cintura, sacudió despacio la cabeza.

—Está bien —dijo con una suavidad atípica en él mientras me recogía de la cama y me llevaba al pasillo—. Puedes asearte y vestirte en el baño, yo me encargaré de los cristales rotos.

—Puedo hacerlo yo si me dices dónde hay un escobón y un recogedor. Por mucho que sigas considerándome una princesa, me las apaño bastante bien en tareas tan sencillas como esa —le aseguré, aunque tenía el brazo alrededor de su cuello y, en lugar de zafarme de su agarre para que me bajara al suelo, estaba olisqueándolo con un silencioso gemido de placer.

Su expresión se volvió tensa.

—No lo he ofrecido por ti, sino por mí. Si te cortas, sangras, y si sangras, puedes lanzarme a un frenesí. Llevo demasiado tiempo sin beber.

Fue mi turno de mirarlo confundida.

—Bebiste de la posadera la otra noche —le recordé.

Su mandíbula pareció convertirse en piedra ante mis ojos.

—Olía a fritanga y cerveza rancia, tú misma lo dijiste.

¡Ups! Sí, creo que eso fue justo lo que dije, ¿verdad? Pero no era como si hubiera mentido.

—Regresaste embadurnado en el perfume de otras mujeres, al menos dos o tres cuando regresaste —le eché en cara.

En su ojo derecho se movió un pequeño tic.

—Vamos a dejarlo en que la gente del Inframundo sabe demasiado a ceniza para mi gusto.

—O sea, que te acostaste con ellas, pero no te alimentaste —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho.

Gabriel me miró por un largo rato, pero acabó por sentarme en la encimera del lavabo, al igual que había hecho el día anterior. Me cogió los pies para inspeccionarme las plantas con atención. Con un paño, dio delicados toques, quitándome el polvo y cualquier otro resto de suciedad, antes de darse por satisfecho y soltarme.

Me tomó un momento reaccionar después de aquel despliegue de… de… ¿Qué había sido exactamente? ¿Ternura? ¿Intimidad? No tenía ni idea. Con la excepción de mi madre, nadie había hecho algo así por mí. Hacerme regalos, sí. Flirtear, más hombres de lo que me agradaba, pero ¿cuidar de mí o preocuparse de que me hubiera hecho daño? Nadie.

Gabriel desapareció y regresó al segundo con mi ropa nueva, dejándola a mi lado.

—Date prisa si no quieres que se te enfríe el café —advirtió antes de dejarme boquiabierta y a solas.

¿Acababa de confirmarme que había café? ¡Diosa! Solo eso ya se habría merecido otro grito. Probablemente lo habría dado, si no siguiera conmocionada por su actitud protectora. También seguía enfadada al recordar su traición de la noche en que regresó oliendo a perfumes de mujer. Eran dos comportamientos que contrastaban tanto que era incapaz de comprenderlos.

Sí, era normal que un vampiro cuidara y protegiera a su *shangrile*, pero hablábamos del mismo hombre que estaba llevándome a mi condena de muerte, el mismo que se había acostado con otras mujeres hacía menos de cuarenta y ocho horas mientras me tenía encerrada en su dormitorio y cuando no debería ser capaz de acostarse con ninguna otra persona aparte de mí. Había conservado mis dudas al respecto, con la tonta esperanza de que existía otra explicación sobre el motivo por el que regresó apestando a brujas, pero con su silencio de antes prácticamente lo había confirmado.

¿No había querido admitirlo de forma directa por la supuesta tregua a la que habíamos llegado? Era una explicación plausible. El Gabriel de hacía dos días no habría dudado en usar esa información para insultarme y humillarme.

¿Me hacía sentir mejor que no usara su infidelidad en mi contra? No, no lo hacía en absoluto. Después de aquel gesto protector al atenderme, la traición solo se sentía mayor. Tomé una profunda inspiración. No iba a perder mis pensamientos y energías en alguien que no se lo merecía, y estaba claro que Gabriel no lo hacía. Necesitaba olvidar que el destino nos había emparejado. Solo éramos dos conocidos que se aguantaban mutuamente hasta que pudiera escaparme de él o él consiguiera entregarme al Consejo de Azrael y lavarse las manos de mí y mis problemas.

Al bajarme de la encimera, me tocó la hora de enfrentar mis miedos y, sobre todo, al espejo. Si había previsto que mi mayor pesadilla sería el terror de mirarme en el espejo sin tener la garantía de si iba a verme a mí misma o a la Bruja del Este, entonces, me equivoqué.

Capítulo Cuarenta Y Dos



Andrea

Fue mi propio reflejo lo que me hizo encogerme por dentro mientras me miraba en el espejo con la camisa de Gabriel arrugada en mi mano. La clavícula y las costillas se me marcaban de forma visible, las ojeras eran tan profundas que parecían pozos sin fondo, los roces que me había hecho el corsé después de horas cabalgando a través del árido paisaje del Inframundo destacaban con un furioso tono rojo sobre la blancura de mi piel. Sin embargo, lo que de verdad me paralizó fueron las cicatrices que había traído consigo mi nueva mortalidad.

Era la primera vez que me enfrentaba a mi reflejo, con tiempo y sin un peligro cercano acechándome, desde que había llegado al Inframundo. La primera vez que me había colocado delante de un espejo para *mirarme* realmente.

Con la punta de los dedos, repasé las líneas rosadas de mis nuevas cicatrices. Tenía al menos una docena. Preferí no contarlas. Con excepción de las que llevaba a escondidas en las plantas de mis pies, jamás había tenido cicatrices. Los vampiros no solíamos tenerlas. Casos como el de Gabriel eran raros y mal vistos, porque todo el mundo sabía que ocultaban una historia ligada a un castigo o una debilidad.

En el caso de Gabriel había sido un castigo. Su deber era proteger al anterior rey, el padre de Azrael, y falló en su misión. El Consejo lo exilió en lugar de condenarlo a muerte, marcando su atractivo rostro con una cicatriz como recordatorio de su fracaso y deshonra. Cuando Azrael lo perdonó y lo trajo de regreso a la corte, los rumores contaban que Neva se había ofrecido a eliminar aquella marca de la vergüenza durante el festival de la Luna Azul. Gabriel se negó y, de ese modo, la cicatriz destinada a arruinarlo, acabó convirtiéndose en un símbolo de honor y responsabilidad, temido y admirado a partes iguales.

Yo no era como él. No tenía su honor, valentía o reputación. No iba a ser condenada por fallar en una misión imposible. No, mis cicatrices jamás serían motivo de admiración. Lo único que hacían aquellas horrendas marcas era confirmar al mundo que era el monstruo en el que me habían convertido.

«Son las marcas de una guerrera. Siéntete orgullosa de ellas». El convencimiento en el tono de Gabriel consiguió que me quemaran los ojos.

Aparté la mirada de mi reflejo y comencé a vestirme con manos inestables.

«¿Orgullosa?». Bufé. «¿De tirarme de un precipicio?».

«Eres una superviviente. Tirarse desde aquella altura, sin saber lo que te esperaba, fue un

acto de valentía. Pocos serían capaces de hacerlo».

Superviviente… El ardor en mis ojos se incrementó. Gabriel seguía sin creerme. Seguía pensando que me había lanzado al vacío para salvarme a mí misma y no a él, o al menos a su yo real.

«Andrea…», comenzó a decir.

—Crees que él también me ve así —susurré, interrumpiéndolo antes de que pudiera iniciar una conversación para la que no me sentía preparada en ese momento—. ¿Crees que Gabriel me ve como una guerrera y una superviviente, o como un monstruo?

Hubo un instante de vacilación en su respuesta. Fue ínfimo, pero aunque solo hubiese durado una milésima de segundo, era un silencio que hablaba a voces.

—¿Ves?, ni tú mismo crees tus palabras —lo acusé con una carcajada áspera. Abrí el grifo y me mojé la cara con agua fría.

«Eres una guerrera y una superviviente, no tengo la menor duda de que él también te ve como tal. La cuestión es que has hecho cosas…», volvió a titubear.

«Que me convierten en un monstruo», terminé la frase por él, secándome con brusquedad. «Lo sé».

No importaba quién escuchara la historia, siempre habría alguien que me consideraría un monstruo. No importaba que yo no hubiera sido más que una pasajera cautiva mientras ocurrían los hechos que me condenaban. Me habían juzgado privándome del derecho de defender mi inocencia, me habían concedido la letra escarlata, y esa era la carga con la que moriría.

«Imagino que, en ese caso, las cicatrices solo son un reflejo de mi interior, ¿no crees?». Se me escapó una carcajada triste, amarga. Si hasta la voz en mi cabeza me consideraba un monstruo, ¿por qué iban los demás a verme de otra forma?

«Andrea, yo no…».

«¿Podrías desconectar por un rato?», pedí cansada. «Necesito un momento de intimidad».

«Andrea…».

«Por favor».

Pude sentir su presencia por un instante más, antes de que desapareciera reticente, dejando un vacío tras de sí. Su ausencia era como un enorme agujero negro, tan grande que estuve a punto de llamarlo en voz alta para que regresara. No lo hice. No había mentido, necesitaba un rato a solas y apagar, incluso aunque fuera de mi propia mente.

En un intento por distraerme y dejar de fijarme en mi repulsiva apariencia, abrí el mueble ubicado al lado del lavabo. Si el pequeño apartamento me había parecido un oasis de lujo en medio del infierno, encontrarme de frente con docenas de botes de cremas, perfumes, geles de baño de diferentes aromas, acondicionadores en seco para el cabello y hasta laca de uñas, me hizo sentir como una reina destronada. Puse una mueca ante ese pensamiento. ¿No era justo lo que era? La reina que fue destronada antes de reclamar su título.

Sacudí la cabeza en un intento por alejar esas estúpidas ideas de mi cabeza y me fijé en los recipientes que tenía frente a mí. No eran productos mágicos, solo el tipo de cosmética que podía encontrar durante mis viajes a la dimensión humana y que me encantaban, no porque me sirvieran para retrasar una edad que nunca iba a alcanzarme (hasta entonces), sino por el simple placer de dedicarme unos minutos a mí misma, sin la necesidad de impresionar a nadie, ni de cumplir con expectativas ajenas.

Acaricié los envases, recorriendo las etiquetas y me recreé en la suavidad de sus texturas. Era un acto banal, casi infantil, pero que me aportaba una pizca de paz. Cerré los ojos e inhalé el tenue aroma a coco y piña de una de las cremas corporales antes de colocarla sobre la encimera.

Sensaciones, eso era lo que me aportaban esos potingues. Relajación, satisfacción, amor propio… Todos los lujos de los que me privaban las exigencias de los demás. Ropajes fastuosos, joyas o riquezas nunca habían logrado darme ni una pizca del placer que me proporcionaba envolverme en fragancias apetecibles, vestirme con ropa cómoda y sentarme en el sofá con una novela romántica ligera y una copa de vino.

¿La bruja o el apartamento habían conseguido adivinarlo? Si era así y me habían dejado aquellos cosméticos para que pudiera disfrutar de uno de esos momentos de paz, entonces sería de mala educación aceptar aquellos regalos sin agradecérselo primero.

—Gracias. No sé si puedes oírme o entenderme, pero quiero que sepas que te agradezco estos detalles. No sé si los has puesto ahí expresamente para mí o si es para cualquiera de los invitados que llegue, pero… —Me mordí el labio al darme cuenta de que, tal vez, estaba interpretándolo todo fuera de contexto—. Ummm… ¿Puedo usar las cremas? Acabo de caer en la cuenta de que a lo mejor son tuyas y que no quieres que las coja.

Se me erizó el vello, al mismo tiempo en que por mi espalda se alternaron escalofríos, cuando, de repente, el espejo se llenó de condensación y mi rostro se distorsionó. El mundo entero pareció congelarse a mi alrededor. Con cada letra que se materializaba ante mis ojos en la cada vez más turbia superficie, mi respiración se tornó más pesada. Habría dado cualquier cosa por gritar y llamar a Gabriel o huir, pero mis pies permanecían pegados al suelo y mi garganta atenazada por un nudo.

Puedo ver tu aura, no eres un monstruo.

Las palabras aparecieron escritas en el espejo con la misma letra femenina e irregular que había visto en las notas rosas que Gabriel me había mostrado antes.

—¿Sammantha? —pregunté con inseguridad.

Sí, y los potingues son para ti.

El alivio de comprobar que no se trataba de la Bruja del Este no bastó para relajarme.

—Gracias.

No hay de qué. Las chicas tenemos que ayudarnos.

El comentario me detuvo en seco. Sabía lo que significaba. Desde que era pequeña, cuando alguien me decía eso de «tenemos que ayudarnos», siempre implicaba un precio que prefería no pagar.

—¿En qué quieres que te ayude? —exigí con la voz mucho más firme que antes, tratando de ocultar el temblor que me recorrió por dentro.

Relájate. No quiero nada a cambio. Me basta con tu compañía.

Se me heló la sangre.

—¿Vas a poseerme? —susurré, incapaz de tragar saliva con el nudo en mi garganta.

¿Y convertirme en la obsesión de Gabriel?

Nah, gracias, me sentiría como si estuviera cometiendo incesto.

—Pensé que eras su amante. —No me di cuenta de lo que había soltado hasta que el espejo permaneció empañado sin que apareciera ninguna otra respuesta. ¿Se había ofendido? ¿Ahora llegaba el momento en que se enfadaba y descargaba su furia sobre mí?—. Yo… —Carraspeé—. No pretendía insultarte ni nada de eso.

¿Creíste que era la amante de tu shangrile*?*
Eso explica por qué no te caía bien.

—No te preocupes, no serías la única con la que me ha engañado.

No conoces demasiado bien a Gabriel, ¿verdad?

La espalda se me puso rígida.
—¿Por qué lo dices?

Shangrile o no, Gabriel es una persona demasiado honorable como para engañar a su pareja.
Jamás haría algo así.

—¿Y por eso va a llevarme al patíbulo sin darme siquiera la oportunidad de defenderme? —espeté sin que me importara lo unida que ella estuviera a él.

¿Y tú?
¿Le has dado la oportunidad de conocerte?

Apreté los labios.

Suponía que no tendrías respuestas para eso.
Si quieres que tu shangrile *te crea, vas a tener que darle la oportunidad de que pueda conocer a la verdadera Andrea.*

Solté una risotada carente de humor.
—¿Y quién es la verdadera Andrea?

Eso es algo en lo que no te puedo ayudar.

—¿En qué me puedes ayudar entonces? —insistí con un atisbo de desesperación en mi voz.

Podría quitarte esas cicatrices, pero no me parecería bien.
Te las has ganado a pulso.

Sus palabras fueron un cubo de agua fría. ¿Ganado a pulso? ¿Por ser un monstruo? ¿Cómo se

me había olvidado que esa era la única forma en que la gente me vería a partir de entonces?

Pero podría cubrirlas con tatuajes que te recuerden cómo te las ganaste y por qué.

—¿Crees que las cicatrices no son suficientes para marcarme como un monstruo y espantar a la gente de mí? —me mofé con la poca entereza que me quedaba.

¿Estás tonta?
Ya te he dicho que no eres un monstruo.

—Entonces ¿qué es lo que me he ganado a pulso?

Ser una guerrera, una superviviente y la dueña de tu propio destino.
No importa lo que piensen o digan los demás, tienes derecho a amarte y valorarte, y a sentirte orgullosa de ti misma.
Ámate cuando necesites un descanso.
Aférrate a tu orgullo para seguir adelante.
Eres la única que puede hacer eso por sí misma, nadie más lo hará, ni siquiera yo, pero puedo darte los tatuajes que te lo recuerden.

Junto al sollozo que se escapó por mi garganta, la adrenalina me abandonó de golpe. Estaba tentada a pedirle que me borrara las cicatrices y que me hiciera olvidar todo lo que había hecho hasta llegar allí. Olvidarme de Gabriel, de la Bruja del Este, de mi padre, de Azrael, de la corte y su malicia, de mí misma si hacía falta… De todo.

Capítulo Cuarenta Y Tres



Gabriel

Eché una ojeada hacia el pasillo. Andrea estaba tardando. Debería haber salido del baño hacía al menos diez minutos, quince más bien, teniendo en cuenta que solo tenía que asearse un poco y vestirse. Su ausencia comenzaba a inquietarme.

Estiré los músculos del cuello en un sentido y en el otro, tratando de controlar la creciente tentación de sumergirme de nuevo en su mente. ¿Por qué estaba tardando tanto? Habría sido tan fácil echar un simple vistazo a sus pensamientos para descubrirlo. Apreté los dientes. Si la situación hubiera sido la contraria, me habría gustado que ella respetara mis deseos. ¿En qué clase de hombre me convertiría si no honraba un deseo tan íntimo?

Con un suspiro, apoyé la frente contra el frío altillo de la moderna cocina y tamborileé con los dedos una melodía desacompasada. Las últimas palabras de nuestra conversación seguían repitiéndose en mi cabeza como un bucle.

«¿Crees que él también me ve así? ¿Crees que Gabriel me ve como una guerrera y una superviviente, o como un monstruo?».

¡Maldita fuera! No debería haber dudado al responder, pero ¿qué podía contestar sin mentirle? Ella era la esencia de las tres definiciones, por contradictorio que pareciera. Era mi *shangrile*; admiraba su valor, su fuerza, su determinación y su espíritu indomable. Si era honesto conmigo mismo, hasta sentía orgullo por sus habilidades de lucha y su resiliencia. Pero eso no borraba las crueldades que le había visto cometer. Sus actos eran imposibles de ignorar. Tal vez si no hubiera sido testigo… Pero no, había presenciado en directo las maldades de las que era capaz y eso la calificaba irremediablemente como un monstruo.

No es que yo fuera mucho mejor. Que la ley y los mandatos de mi rey me amparasen, no borraba la sangre de mis manos. Cazaba y ejecutaba por oficio. ¡Por los dioses de la guerra y la noche! Estaba allí porque había capturado a mi propia *shangrile* para arrastrarla a su condena. ¿No me convertía eso en un monstruo incluso peor, aunque solo fuera ante sus ojos y los míos?

«¿Ves? Ni tú mismo te crees tus palabras». Su acusación seguía resonando en mi cabeza. Era como una espina clavada en una herida abierta, mucho más certera de lo que ella misma podía llegar a imaginar. Me consumían las dudas, cuestionando aquello en lo que siempre había creído, y cada vez me confundía más la fe ciega que ella mostraba en su propia inocencia.

Desde nuestro baño juntos, cuando ella había vuelto a beber mi sangre, nuestro vínculo se había intensificado. Podía sentir el hilo dorado que nos unía, tan frágil y opaco como nuestra

relación y, sin embargo, plenamente funcional, como si el destino se negara a permitir que pudiéramos romperlo con nuestras nefastas decisiones.

Desde el instante en que nuestros cuerpos se unieron y sus colmillos se hundieron en mi carne, su mente se abrió ante mí como un estanque de aguas cristalinas, reflejando sus pensamientos e invitándome a sumergirme para descubrir sus profundidades. Si antes había podido leer la mayoría de sus emociones, ver en ocasiones a través de sus ojos o escuchar sus respuestas, ahora podía pasear por los laberintos de su psique a mi antojo y leer hasta la última de sus reflexiones como si fuesen mías. Cualquier pensamiento o sentimiento estaban a mi alcance, con la excepción de sus memorias. Esas se encontraban guardadas a cal y canto tras una gruesa puerta, cuyo frío metal me recordaba las compuertas de un sepulcro subterráneo.

Tragué saliva al recordar el frenesí que me dominó y me empujó a embestirla. Mi cuerpo respondió ante las imágenes y los sonidos que me invadieron. ¡Dioses, solo de recordar su jadeo al abrirme paso en su estrecho interior ya me hacía estar empalmado de nuevo! Andrea era como una droga, una que estaba condenado a desear por el resto de mi vida. Esa sensación fue justo lo que me hizo entrar en pánico cuando anoche nuestro vínculo, de repente, cambió y se fortaleció.

La posibilidad de entrar en su mente a voluntad me aterrorizaba y fascinaba a partes iguales. Me había pasado la madrugada fortaleciendo mis defensas mentales, temiendo que ella pudiera entrar en mi cabeza del mismo modo en que yo podía acceder a la suya. Lo último que necesitaba era que Andrea pudiera leer la tormenta de contradicciones que me atormentaba con respecto a ella, y se aprovechara de ello.

Lo raro era que Andrea no hubiera irrumpido ya en mi mente. Ni siquiera había sentido que lo intentara, y *ese* era uno de los muchos pequeños detalles sin sentido que me confundían. Si ella me permitía entrar en su mente para manipularme con pensamientos falsos, ¿por qué no había tratado de entrar en la mía para asegurarse de que sus engaños funcionaban? ¿Y si no sabía que yo podía entrar en su mente? ¿No significaría eso que sus pensamientos eran auténticos y que sus afirmaciones sobre la Bruja del Este eran verdaderas?

«No importaba quién escuchara la historia, siempre habría alguien que me consideraría un monstruo. No importaba que yo no hubiera sido más que una pasajera cautiva mientras ocurrían los hechos que me condenaban. Me habían juzgado privándome del derecho a defender mi inocencia…». Esos habían sido sus pensamientos más profundos antes de pedirme que saliera de su cabeza por un rato. Pensamientos tristes, solitarios, cargados de un sentimiento de desolación que me dejó sin aliento y me hizo presionar mi pecho ante el repentino ramalazo de dolor.

¿Y si Andrea no estaba fingiendo? ¿Y si sus afirmaciones eran reales y era justo aquello lo que había pasado?

«Por favor». Aquella petición había contenido tanto cansancio y tristeza que se me encogió el corazón.

—¡Se acabó! —mascullé entre dientes, apagando el hornillo y bajando la sartén. Si no podía entrar en su cabeza sin sentirme un traidor, lo único que podía hacer era ir al cuarto de baño y comprobar en persona que estuviera bien.

Di un sobresaltado bote hacia atrás cuando sobre la encimera de la cocina apareció de sopetón, y con un fuerte golpe, una novela de color rosa con un hombre y un gato en la portada.

—¡Maldita sea, Sammantha! ¿Podrías no darme esos sustos? —siseé irritado—. Prefiero que las cosas aparezcan dentro de los armarios. Lo sabes de sobra.

En la nota rosa que había dejado sobre la encimera, apareció un emoticono guiñándome un ojo. ¡Maldita bruja! No tenía ni idea de la edad real que tenía, pero a veces, la dichosa bruja daba

la impresión de ser una quinceañera inmadura.

—¿Qué se supone que es esto? —pregunté al coger el libro.

—¿Eso es *Ocho vidas, el karma y tu perdón* de Noa Xireau? —la voz esperanzada a mi espalda me hizo girarme con el libro en la mano.

Me detuve en seco al descubrir a Andrea en el umbral, enmarcada por la tenue luz que se filtraba desde el pasillo. Tragué saliva. Por si no fuera suficiente el modo en que la escueta camisetita de tirantes verde se ajustaba a sus pechos, dejaba al descubierto la franja de piel cremosa y tersa de sus hombros, además de ofrecer una generosa vista a su tentador ombligo. En la vida me había planteado lo sexi que podía llegar a ser un ombligo hasta ese instante. Por poco gemí cuando mi erección se aplastó contra mis pantalones en un intento por liberarse. ¡Joder!

Claro que sus largas y perfectas piernas no tenían nada que envidiarle a su ombligo. ¿Y eran tatuajes lo que cubría sus cicatrices? Como si fuera consciente de mi escrutinio y se sintiera incómoda con él, se tocó el mayor de ellos, el que tenía en el muslo, y lo ocultó parcialmente de mi escrutinio con su mano. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no moverme de mi sitio para inspeccionar cada uno de aquellos nuevos dibujos de cerca. Solo podía suponer que era cosa de Sammantha, aunque se me escapaba por qué habría hecho eso por Andrea cuando no se conocían.

Terminé de recorrer la perfección de mi diosa pelirroja con la mirada. Si no fuera por la sentencia a muerte que se balanceaba sobre su cabeza, habría jurado que estaba hecha a mi medida, desde los delicados dedos de los pies, con sus uñas pintadas en un llamativo verde, hundidos en la piel sintética, a los enormes ojos que no me perdían de vista, o los rellenos labios rosados que me hacían querer morderlos para saborearla.

Cuando mi mirada volvió a ascender, mis ojos se detuvieron sobre la camiseta.

—¿No todas las brujas son del Este, algunas somos adorables? —leí en voz alta.

Ella encogió un hombro y le echó un vistazo a la suave tela de algodón verde. ¡Joder, joder, joder! ¿Eso eran sus pezones duros asomándose? Gemí para mis adentros al darme cuenta de que no llevaba sujetador. ¿Cómo iba a sobrevivir a otro día encerrado allí con ella?

—Imagino que Sammantha ha notado mi incomodidad al estar en la casa de una bruja ¿y ha decidido enviar otro de sus mensajes? —preguntó, insegura.

—En la mesa tienes el café —murmuré, después de carraspear y situarme detrás de la encimera para que no se percatara de cómo cierta parte de mi anatomía respondía a su cercanía como un pitbull ansioso por saludarla.

Sentir su cuerpo adaptándose al mío, rodeándome y aceptándome en su interior era puro Nirvana, pero era un lujo que no podía permitirme si quería mantener la cabeza sobre los hombros y acabar la misión que el rey me había encomendado.

Mis ojos volvieron a la inscripción de su camiseta y a la forma en que sus deliciosos pezones me llamaban con un canto de sirena. Algo me decía que Sammantha se había posicionado y que no había sido a mi lado. ¡Bruja! Tendría un par de palabras con ella cuando estuviera a solas.

Andrea frunció los labios, se los mordió y le lanzó una mirada hambrienta a la sartén.

—¿Puedo tomar también algo de esos huevos revueltos y tostadas, u hoy tampoco vas a darme de desayunar?

La culpabilidad me formó un nudo en el estómago. Había sido un auténtico capullo con ella en la taberna. Puede que buena parte de mi actitud se debiera a la necesidad de mantener las apariencias cuando todos los ojos habían estado pendientes de nosotros, pero no podía negar que hubo otra buena parte que se debía a mi necesidad de venganza y de hacerle pagar por las humillaciones que me había hecho pasar.

—Siéntate.

—¡No puedo pasarme una eternidad sin comer! Si nos atacan, necesito tener fuerzas para defenderme —su voz, normalmente firme, escondía un ligero temblor.

¡Joder! Sí que había hecho un numerito sobre ella. La idea de que me creyera capaz de hacerle pasar hambre durante los días venideros no me sentó nada bien, pero me había ganado esa imagen a pulso.

—Andrea, siéntate, te llevaré el plato a la mesa —dije con suavidad, forzándome a mantener mi tono bajo control.

—Oh… —Su boca se quedó abierta formando una O perfecta, como si estuviera procesando la información. Pasaron unos segundos antes de que añadiera—: En ese caso… —Miró a su alrededor con desconcierto, hasta que su mirada se posó en el libro—, voy a… —Lo señaló antes de cogerlo y sentarse en la mesa abrazada a él.

—¿Te gusta leer? —pregunté en un intento por aligerar la tensión.

—¡Me encanta! —Cuando vio mi mirada sobre la curiosa portada, rodó los ojos—. Sí, leo comedia romántica. No todo tiene que ser serio en la vida.

Sacudí la cabeza.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado. —En cuanto vio su taza de café, la cogió con ambas manos y la acercó a su nariz, tomando una larga inhalación con los ojos cerrados. Una expresión de absoluto placer se dibujó en su rostro, mostrándome otra versión de ella que desconocía. Aparté la mirada con brusquedad. Si nuestra relación hubiera sido una normal, me habría muerto por lograr que me mirase de ese modo—. ¿Ya le has echado azúcar?

—Ajá —contesté con una repentina carraspera.

—¿No hay por casualidad algo de azúcar avainillado o nata?

Me apunté mentalmente su preferencia por los cafés dulces y con sabores. Repartí los huevos revueltos en dos platos.

—Me temo que para eso vas a tener que levantarte y comprobar ese altillo de ahí por ti misma. Suele aparecer la comida que necesita quien lo abre. Lo que aparece si lo abro yo es diferente a si lo haces tú.

—¿En serio? —El repentino estruendo de su silla y su voz animada me hicieron girar sorprendido, pero me quedé congelado al descubrir el brillo excitado en sus ojos.

¿Aquella era la misma vampiresa que era capaz de pasarse horas en un baile de palacio con una sonrisa helada y una mirada capaz de causar terror en la corte? Me tomó un momento reaccionar. La mujer que tenía frente a mí parecía mucho más… ¿real?

Fui incapaz de reprimir la necesidad de inspeccionar nuestro vínculo, solo para encontrar que la excitación era auténtica y que incluso había un diminuto rastro de felicidad. ¿Felicidad por poder abrir un altillo mágico? Sacudí la cabeza. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Crees que podría haber tarrinas de esas diminutas con crema de sabores como caramelo y vainilla, al igual que en la dimensión humana? —Se acercó a la cocina prácticamente revoloteando como una mariposa, lo que a su vez hacía que sus redondeados pechos se balancearan dejándome sin aliento. ¡Dioses!—. ¿O qué tal un tubo de nata montada? Me encantan esos cafés con cacao y nata y un ligero toque de nueces y vainilla. También me gustan…

Carraspeé, interrumpiendo su enumeración, y cogí los platos para llevarlos a la mesa.

—La alacena de Sammantha no funciona así, solo te da lo que… —Cuando abrió el mueble y soltó un gritito agudo, casi dejé caer los platos.

—¡Son justo los que me gustan! —exclamó, alzando un paquete sin abrir de diminutas tarrinas de leche con sabores, mientras balanceaba en sus brazos un bote de nata montada, otro de cacao negro, nubes, chocolate, leche sin lactosa, una botella de crema de whisky irlandés, bombones, croissants, un sobre de jamón serrano y otros tantos paquetes más que apenas asomaban por los bordes de sus brazos y de los que solo podía distinguir las esquinas del envoltorio.

¡La madre que me parió! ¿Por qué a ella le salía medio supermercado mientras que a mí solo solían aparecerme las cosas más básicas para hacerme la comida?

Si al descubrir la existencia de la alacena sus ojos habían comenzado a brillar, en ese instante, que soltaba su botiquín sobre la mesa, prácticamente irradiaban luz desde dentro.

—¿Tienes idea desde cuándo quiero probar estos bombones? —Con cuidado extrajo una caja dorada de la montaña de provisiones, sus ojos brillando de anticipación—. Los estaban anunciando en mi última visita a la dimensión humana como embajadora y, solo de ver el anuncio, se me hacía la boca agua. No es que no influyera también el modelo morenazo sobre el que se estaba comiendo la modelo femenina sus bombones, pero… ¡Uuuf! ¿Crees que si los pruebo antes del café y los huevos les voy a perder el sabor?

Intenté camuflar la fascinación que me produjo su entusiasmo. Debió de funcionar, porque su expresión de felicidad se desvaneció ante mi mirada.

—Mejor los dejo para luego —murmuró tan bajo, que tuve que morderme los labios para no pedirle que los probara ya y me dejase presenciarlo.

Soltó la caja de bombones al lado de su plato y comenzó a comer en silencio. Me maldije para mis adentros. Quería ver más de aquella Andrea que sonreía con sinceridad por algo tan simple como un bombón de chocolate. Por más que me costara admitirlo, me gustaba verla feliz.

Al percatarme de lo que estaba haciendo, me levanté con brusquedad de la silla.

—Voy a inspeccionar los alrededores. Puede que tarde —le informé con aspereza, evitando su mirada.

Andrea bajó el tenedor y alzó la cabeza con esperanza.

—¿Puedo ir contigo?

—No —contesté sin girarme, temiendo ver la decepción en su rostro si lo hacía.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro



Andrea

Empezó como una suave caricia, una casi inexistente, que subía por el interior de mi muslo arrastrando consigo la tela de algodón de la amplia camiseta. Era tan etérea como un aliento, aterciopelada como solo unos labios pueden ser y, a intervalos, húmeda y caliente como una lengua aleteando sobre mi piel.

Era mejor que cualquier sueño que pudiera recordar, un deseo hecho realidad y un placer tan sosegado e increíble que lo habría embotellado si hubiera podido. Con los ojos aún cerrados, abrí las piernas por voluntad propia cuando el áspero roce de una barba me pidió paso.

Su lengua se incursionó entre mis pliegues, exigente y delicada. ¡Diosa! ¿Cómo había podido vivir durante tanto tiempo sin ese placer? Era como llegar al paraíso y que te sumergieran en una fuente de cálida y vibrante luz cargada de calidez purificadora y algo cercano al éxtasis. No. Calidez no era el término apropiado, porque el calor que iba irradiándose por mi bajo vientre no tenía nada de calmado o suave, sino de abrasador y conquistador, y conllevaba la silenciosa promesa de que tras su paso nada volvería a ser igual.

En el instante en que su boca rodeó mi clítoris, atrapándolo, mientras la punta de su lengua aleteaba sobre él castigándolo con pura delicia, mis dedos se hundieron en su sedoso cabello y mi espalda se arqueó alzándose de la cama en un arco imposible. Por la habitación reverberó un jadeo agonizante y era muy posible que fuera mío.

—¡Diosa!

«Gabriel», me corrigió la voz en mi mente. «A esta parte del Infierno no llega ningún dios, solo estamos tú y yo».

—Gabriel, ¡Dios!

«Mejor, mucho mejor».

Adormilada, alcé la cabeza para mirar mi entrepierna, donde apenas podía distinguir la cabeza cobriza enterrada entre mis muslos. Como si pudiera sentir mi atención, levantó la mirada y sus pupilas dilatadas, rodeadas apenas por un fino círculo verde, colisionaron con las mías.

Tuve que obligarme a seguir respirando.

Era un dios. De eso no me cabía la menor duda. Era *mi* dios. Uno cruel, dominante y posesivo. Uno que tenía todo mi placer en sus manos. Manteniéndome la mirada, abrió la boca un poco más y succionó.

Abrí la boca en un jadeo ahogado, pero fui incapaz de apartar mi atención de él. Con una

sonrisa depredadora, se alzó sobre sus brazos y escaló sobre mi cuerpo, tomándose su tiempo. Era como un león arrinconando a su presa, un monstruo que disfrutaba de cómo se aceleraba el corazón de su víctima, cómo perdía su capacidad de respirar o incluso de pensar a medida que se acercaba a ella, mientras los dos sabían que acabaría por devorarla y destruirla por el resto de la eternidad.

Lo curioso era que, a pesar de saber que ya no había vuelta atrás, ni siquiera la quería.

«Deberías detenerme».

Sus dientes me rasparon el estómago.

«Deberías matarme y acabar con esto de una vez», continuó cuando su nariz alcanzó mi cuello y lo recorrió con un lento ronroneo.

«Deberías huir lo más lejos de mí que puedas y no dejar que vuelva a encontrarte nunca más», me advirtió, subiéndome la camiseta hasta que quedó enredada alrededor de mis brazos y yo expuesta a su mirada.

Sí, eso era justo lo que debería haber hecho: haber seguido su consejo. Y si hubiera tenido aunque solo fuera una pizca de raciocinio, habría prestado atención a la voz en mi mente.

Me estremecí cuando su áspera mano me recorrió el lateral, desde la cintura a la cadera, hasta el muslo para sujetarlo y alzarlo. En lugar de protestar o detenerlo, abrí las piernas un poco más para facilitarle el acceso.

«Quiero hacerte mía, marcarme en tu piel y en tu alma hasta que no puedas diferenciar dónde empiezo yo y dónde lo haces tú, hasta que seas tan mía que no se te olvide jamás».

Me humedecí los labios.

«Hazlo», le respondí, incapaz de pronunciar palabras cuando apenas me quedaba aire en los pulmones.

Cualquier trazo de suavidad en su rostro y sus caricias fue sustituido por una salvaje y fiera lujuria cuando sus dedos se hundieron inclementes en la tierna carne de mi muslo y me embistió de una sola estocada, robándome el aliento.

Se detuvo.

Un momento.

Una eternidad.

Podía sentirlo pulsando en mi interior.

«Mi *shangrile*…», su voz reflejaba la misma tortura que desfiguraba su rostro.

«¡Hazlo!», le grité en mi mente.

Su respuesta fue un rugido, fiero y agónico, puro animal, justo lo que era en ese instante. Sus manos se insertaron bajo mis nalgas, alzándome la pelvis como si no fuera más que una muñeca a la que estuviera usando a su antojo. Me penetró con movimientos firmes y exigentes, manteniéndome quieta mientras taladraba su camino en mi interior, dejándome apenas tiempo para jadear, gemir y gritar su nombre a medida que las olas de placer borraban cualquier pensamiento racional de mi mente.

Un ritmo primitivo y desbocado se adueñó de los dos, convirtiéndonos en poco más que criaturas dominadas por las bestias que nos habitaban. No podría haberlo parado aunque mi vida dependiera de ello, y tampoco deseaba hacerlo.

Liberé mis brazos del cautiverio de la camiseta y la lancé lejos, ansiosa por repasar su cuerpo con mis manos y comprobar que era real. Sus músculos brillaban en la oscuridad con una fina capa de sudor, dejándome apreciar a cámara lenta cada movimiento, cada empuje, cada retirada y cada uno de los instantes de pasión que nos hacían vibrar en un ascenso acelerado por una montaña rusa.

¡Diosa! No importaba cuán profundo estaba en mi interior, lo necesitaba más profundo aún.

—¡Más! —¿Aquel graznido áspero y ahogado se me había escapado a mí?

Con el siguiente rugido de Gabriel, sus colmillos quedaron a la vista. Me recorrió un escalofrío hambriento. Quería aquellos colmillos en mi cuello, quería sentirlos en mi piel, reclamándome como suya, cerrando nuestro vínculo y convirtiéndonos en uno solo ante los dioses y el mundo. ¡Quería ser suya!

—¡Más! —grité, perdiendo el control.

Con un gruñido salió de mí, colocó mis piernas sobre sus hombros, alzándome tanto que solo la parte superior de mi espalda permaneció sobre el colchón, y bajó la boca para devorarme, bebiéndome como si fuera la fuente de la vida, lamiéndome como si mi esencia fuera el último elixir que quedara sobre la tierra y robándome la poca cordura que me quedaba antes de que el placer me dominara, y un orgasmo me hizo convulsionar cegada y sin aire.

En lugar de soltarme, me rodeó con sus brazos por la cintura, presionándome contra él y obligándome a entregarme incluso a esos orgasmos que ni siquiera sabía que aún me quedaban, para convertir el placer en una tortura imposible de aguantar, y dejándome ronca de tanto gritar.

Mis uñas se clavaron en sus muslos, haciéndole sangrar, cuando mis músculos se tensaron una vez más y comencé a temblar fuera de control.

De repente, con las oleadas de placer aún rompiendo con violencia a través de mi cuerpo, Gabriel me dejó sobre el colchón, me sujetó por las piernas y me giró con brusquedad en la cama. No me quedaban fuerzas para protestar, ni siquiera quería hacerlo.

Se tomó el tiempo de colocarme una almohada debajo de las caderas e, instantes después, su peso me apresó. Con una mano apoyada en la cama, sobre mi cabeza y la otra en mi cadera, me embistió de nuevo. Sus dedos se enredaron con los míos mientras me mantenía quieta.

—Eres mía. Siempre serás mía —afirmó con un rugido más bestia e instintos que criatura racional.

¿Esperaba que me quejara? ¡Diosa! Aquello era todo lo que quería. Ser suya del mismo modo en que él era mío.

«¡Siempre tuya!».

«¡Mía!».

Fue como si esas fueran sus últimas palabras conscientes; a partir de ahí, cualquier vestigio de humanidad desapareció. Todo se volvió animal y salvaje. Sin soltarme la mano, llevó su antebrazo al alcance de mi boca, ofreciéndose a mí mientras sus colmillos raspaban la piel del hueco de mi hombro, como si buscara el lugar perfecto para dejar su marca.

Aquello rompió la última de mis barreras. Ladeé la cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello y cerré los ojos a la espera de su boca, mientras mis colmillos se clavaban en su piel y mi paladar se cubría con la espesa dulzura de su sangre.

Un orgasmo más fuerte que cualquiera de los anteriores me atravesó en una onda expansiva que se apoderó de mí, mientras sentía a Gabriel vaciarse en mi interior una y otra vez, como si yo no fuera la única en perder el dominio sobre su propio cuerpo.

«Hazlo, hazme tuya», rogué con la poca consciencia que me quedaba. «¡Muérdeme y hazme tuya!».

Sus colmillos se presionaron contra mi piel. Sentí sus afiladas puntas listas para hundirse en mi cuello y darme lo que quería y… Nada. El peso de Gabriel desapareció de mi espalda, dejando paso a una ligera brisa que enfrió el sudor de mi piel.

Con una repentina frialdad extendiéndose por mis extremidades, me giré despacio. Gabriel me observaba desde los pies de la cama, sus ojos casi negros y los colmillos aún extendidos. Se

pasó las manos por el cabello en un gesto desquiciado, como si quisiera tirar de él o no supiera qué hacer con las manos.

Sacudió la cabeza y apartó la mirada, recogiendo sus pantalones del suelo.

—No puedo controlarlo —dijo con un tono que sonaba a disculpa, pero que también podría ser arrepentimiento.

La puerta se cerró con un portazo tras él, dejándome sola sobre la cama, fría, desnuda, con su semen resbalando como un recordatorio cruel entre mis muslos, perdida y rechazada una vez más. Mis labios se abrieron, pero lo único que atravesó mi garganta fue un grito silencioso mientras me encogía sobre mí misma.

Con un último esfuerzo, me metí las sábanas entre las piernas para detener el recuerdo de su traición, mientras se enfriaba sobre mi piel. Me aferré a la almohada para enterrar mi cara y ahogar todos los gritos y sollozos que había acumulado desde la noche en que descubrí que Gabriel era mi *shangrile* y que jamás podría ser mío.

A través de mis caóticos pensamientos, se abrió paso uno con una creciente y cruel claridad: el hombre que acababa de abandonarme y la voz en mi mente eran la misma persona. El mismo Gabriel que llevaba meses persiguiéndome para llevarme al patíbulo, el que acababa de usarme y rechazarme, también era el que había estado riéndose a mi costa, dejándome pensar que su voz en mi mente era producto de mi imaginación.

Si había pensado que lo peor que podía pasarme era que mi propio *shangrile* me considerara impropia para ser su pareja, entonces me equivoqué.

Capítulo Cuarenta Y Cinco



Andrea

Me desperté con una sensación de pesadez que parecía adherirse a cada músculo de mi cuerpo. La cabeza parecía estar a punto de explotarme, los ojos me escocían y mi nariz estaba atascada. Tardé unos instantes en recordar por qué estaba así: la traición de Gabriel, su rechazo y cómo me había usado a pesar de no quererme… Me negué a seguir dándole vueltas. Gracias a la Diosa, lo peor ya había pasado. Solo quedaba en mi interior una oscura indiferencia hacia todo y todos que había adormecido el dolor.

Después de concentrarme por unos segundos en los sonidos del apartamento y no detectar nada que confirmara la presencia de Gabriel, finalmente me obligué a reunir las fuerzas necesarias para arrastrarme hasta el baño. Me aseé y vestí de forma mecánica, evitando el reflejo del espejo y ni siquiera me molesté en usar las cremas que Sammantha me había dejado. Si mi aspecto era tan lamentable como me sentía, prefería no confirmarlo. Además, como mortal no había mucho que pudiera hacer con respecto a los ojos hinchados y enrojecidos. ¿Para qué preocuparme entonces?

Al llegar a la cocina, me encontré con una taza de café que aún humeaba y un plato cubierto por otro a modo de tapa. Solté un bufido de incredulidad al verlos. ¿Se suponía que eso era mi pago por los *servicios prestados*? ¿La forma que tenía Gabriel de aliviar su conciencia? Por mí podía metérselos donde le cupieran, de todos modos no tenía apetito, solo una necesidad urgente de salir de esas sofocantes cuatro paredes y encontrar un lugar donde poder estar a solas con mis pensamientos, sin tener que enfrentarme a él o al recuerdo de lo que había ocurrido la noche anterior.

Al ver el taco de notas color rosa sobre la encimera, tomé una decisión.

—Sammy, ¿me estás escuchando?

Buenos días, cielo, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Podrías dejarme unas botas? Quiero salir a dar un paseo.

Esa vez la respuesta de Sammantha tardó en llegar:

Sabes que, como mortal, tus posibilidades de escapar son mínimas, ¿verdad? No pretendo convencerte de lo contrario si estás decidida a hacerlo, pero las formas de morir que pueden

esperarte por esta zona son horribles.

Solté un suspiro. Odiaba que me recordara mi fragilidad, por mucho que tuviera razón.

—No quiero escapar, solo quiero estar un rato… a solas.

Estás a solas ahora mismo. Gabriel está haciendo una ronda de seguridad.

—Bien, pues él no es el único que necesita salir —espeté con amargura al recordar la forma en la que ayer me había dejado colgada durante el desayuno para desaparecer prácticamente todo el día—. Yo solo… Yo… necesito un poco de tiempo para mí.

De acuerdo, lo entiendo. En vez de salir por la puerta principal, usa la trasera (fondo del pasillo a la derecha). Da a un valle al que es difícil acceder de otra manera, por lo que es más seguro y las vistas del lago de arena son tranquilas, pero no te acerques demasiado a la orilla ni metas los pies. No querrás descubrir las criaturas que habitan en sus arenas.

¿Lago de arena? La noción de que un lago pudiera estar formado por arena me dejó perpleja. Jamás había escuchado nada semejante.

—Gracias, me sirve. De todos modos no creo que esté demasiado tiempo.

Tienes botas y pantalones de combate en el armario.

Titubeé antes de marcharme.

—¿Sammy? —mi voz sonaba más inestable de lo que me habría gustado.

¿Sí?

—Gracias. Sé que probablemente nunca pueda compensarte por todo lo que estás haciendo por mí, pero quiero que sepas que lo valoro muchísimo.

No espero ninguna compensación. De todos modos, nunca *es mucho tiempo, y la vida da giros inesperados. ¿Quién sabe lo que nos depara el mañana?*

Sonreí con tristeza. No necesitaba ser adivina para intuir lo que me esperaba. Si no era ese día, entonces sería al siguiente, cuando Gabriel me anunciara que había llegado la hora de reanudar nuestro viaje a Nocturna para llevarme ante el rey y su Consejo.

—Sí, supongo que mañana lo descubriremos, ¿no es cierto? —murmuré más para mí que para ella.

Sammy tenía razón. No solo con respecto al lago de arena, sino a las vistas. Eran impresionantes, una obra maestra de la naturaleza en su estado más bruto. Costaba creer que el tiempo seguía avanzando en aquel paraje tan inmutable y eterno. El único inconveniente era que, al estar refugiada en la fresca cueva de Sammy, había olvidado el sofocante y pegajoso calor del exterior y el agotamiento que este me provocaba.



No me extrañaba que Azrael se empeñara tanto en custodiar los portales que conectaban Nocturna con el Inframundo. Si yo fuera una criatura infernal también trataría de escapar de un lugar así. Resoplé ante mi propia hipocresía. Era yo quien había acudido al Inframundo para refugiarme allí.

Me dejé caer sobre un tronco medio podrido y alcé la mirada hacia el cielo escarlata. Incluso eso resultaba exasperante en aquel infierno. ¿Cómo podía alguien soportar un firmamento eternamente ardiente, sin variación alguna entre el día y la noche, salvo por algunas nubes plomizas que jamás traían lluvia? Añoraba la lluvia. El frescor del aire limpio, el aroma del suelo mojado después de que las primeras gotas se estamparan contra él, la sensación sobre rostro y la forma en que me sosegaba en los días en los que me costaba seguir adelante.

Ese día, me habría venido bien un poco de lluvia. Por un instante, me permití el lujo de cerrar los párpados. Casi podía escucharla, el repiqueteo de las gotas sobre el lago cercano al palacio de Azrael, que resplandecía como un espejo de plata bajo la luz de la luna, rodeado de bosques frondosos y prados floridos. Con cada gota, mi imagen sobre la superficie se desfiguraba, convirtiéndome en parte de la magia del lugar.

Echaba de menos Nocturna y la sensación de tener un hogar. Habría aceptado de buen grado el juicio, las acusaciones y la humillación que me suponía regresar, con tal de recuperar un atisbo de normalidad, un fragmento de la vida que solía tener. No añoraba la vida en la corte, ni mucho menos la idea de volver a ser la amante de Azrael. Lo que sí echaba de menos era tener un lugar que me permitiera cerrar los ojos como ahora y sentirme en mi casa. Un lugar donde poder ser

simplemente… yo.

Un prolongado siseo me devolvió con brusquedad a la realidad, recordándome que no me encontraba en Nocturna y que el entorno era demasiado peligroso para bajar la guardia. Como para confirmarlo, a escasos metros de la orilla, la silueta de una criatura se deslizaba con gracia sobre la superficie del lago de arena, solo para ser engullida un instante después por un monstruo, que me erizó la piel cuando me mostró sus fauces descomunales, repletas de varias hileras de dientes afilados como cuchillas.

Me petrifiqué cuando sus ojos de un blanco opaco y turbio miraron en mi dirección y parecieron clavarse en mí. Alarmada, evalué los escasos dos metros que me separaban del lago de arena ardiente. ¿Serían suficientes para mantenerme a salvo de aquella criatura? A pesar de que sospechaba que no, permanecí inmóvil. Era como si el simple hecho de no moverme, de convertirme en una estatua viviente, tuviera algún tipo de propiedad calmante de la que me resistía a desprenderme.

De repente, decidí que, si la criatura quería atacarme, no haría nada por huir. ¿Para qué? ¿Qué importaba si moría devorada por aquellas fauces, violada y maltratada por los piratas, o humillada delante de aquellos que deberían haber intentado averiguar qué me había ocurrido realmente en lugar de juzgarme sin más?

Me asaltaron las imágenes y sensaciones de la noche anterior: Gabriel proporcionándome placer, su aliento caliente al lado de mi oído, sus colmillos raspando la delicada piel de mi cuello en una silenciosa promesa, mientras yo se lo ofrecía suplicándole que me hiciera suya… y luego, la humillación y el rechazo… Incluso después de haberme aseado, podía sentir su semen resbalando frío y acusador por mis muslos.

La monstruosa criatura se sumergió silenciosa, dejando tras de sí un rastro de arena agitada. Mi corazón se aceleró. ¿Vendría a por mí? Tragué saliva. ¿Qué me mataría antes? ¿Sus fauces al destrozarme o el calor de la arena al arrastrarme a sus profundidades? ¿Cuánto tardaría en perder la consciencia una vez que mis pulmones se llenaran de arena? Iba a ser una muerte horrible, pero con toda seguridad la más rápida de las que me deparaba el destino.

Irónicamente, había temido más a la muerte cuando era inmortal que ahora, que se había convertido en una posibilidad real. Recorrí el paisaje con la mirada, abrazándome a mí misma y esforzándome en no pensar en el depredador que, con toda probabilidad, estaba recortando la distancia que nos separaba, acechándome y preparándose para atacar. Más que un lago, aquel sitio parecía un desierto infinito y desolado, casi un reflejo del vacío que me carcomía por dentro. ¿Era eso lo que le hacía el Inframundo a las almas que se perdían por él? ¿Les arrebataba la esperanza y la energía vital para alimentarse de ellas?

¿Me había quedado alguna esperanza cuando desperté en el Inframundo? Si seguía teniéndolas a mi llegada, a aquellas alturas se habían extinguido. Lo único que sabía era que me sentía exhausta, el agotamiento me llegaba hasta los huesos y estaba lista para que mi viaje llegara a su fin. Prefería que todo terminase allí y entonces. El regreso a Nocturna solo prolongaría la espera de lo inevitable. Las imágenes guardadas en mi memoria del lugar donde había presenciado la ejecución de cientos de prisioneros me provocaron un escalofrío.

Percibí la presencia de Gabriel antes de que su voz resonara a mi espalda:

—¿Qué haces aquí fuera? No deberías estar tan cerca del borde del lago, nunca se sabe lo que puede haber en lugares como este del Inframundo.

Podría haberle dicho que sí que lo sabía y que no eran los peores monstruos que había conocido en mi vida ni los más aterradores. Pero ¿qué sentido tenía?

—No quiero morir en el patíbulo —murmuré sin apartar la vista de la lisa superficie de

arena.

Crucé los dedos para que la presencia de Gabriel no ahuyentara a la criatura y lo hiciese cambiar sus planes de atacarme. Hubo un momento de tenso silencio antes de que él soltara un suspiro y se pasara los dedos por el cabello.

—No es seguro que te condenen a muerte —dijo sin demasiada certeza.

Se me escapó una risa amarga. ¿A quién pretendía engañar?

—Ambos sabemos que sí.

Hubo otro silencio.

—Sabes que tengo que entregarte —dijo como si tuviera que convencerse a sí mismo de ello —. Es mi deber hacerlo. No me pidas que renuncie al poco honor que me queda.

No sabía si era un producto de mi imaginación, pero parecía casi un ruego. Evité mirarlo para no descubrir su expresión.

—No me refería a eso —mi tono salió apagado, igual a como me sentía—. No te pido que me libres del castigo.

—Entonces ¿qué?

Recorrí de nuevo el lago con la mirada, esperando en vano que el monstruo reapareciera y me ayudara a tomar una decisión. No lo hizo.

—Tienes la potestad de adelantar una condena —le recordé con voz queda—. Puedes llevarla a cabo antes de que lleguemos a la corte.

—¿De qué estás hablando? —preguntó alarmado.

Aparté la mirada del lago para enfrentarme a sus ojos.

—Te estoy pidiendo que me sometas a juicio aquí y ahora, antes de llevar mi cabeza a la corte.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loca? —rugió con una repentina furia.

Se me escapó una carcajada incrédula que resonó por la llanura.

—¿Loca? —Me levanté de un salto para encararlo—. ¿Por querer morir en paz y con dignidad? —mi voz se alzó clara y fuerte—. ¿Sin tener que soportar insultos y humillaciones mientras me arrastran hacia mi muerte? —exigí con amargura.

Abrió y cerró la boca varias veces en busca de las palabras adecuadas.

—¡No puedo hacer eso y lo sabes! —contestó al fin, su voz más baja, mientras sus puños se apretaban y relajaban una y otra vez.

—¿No puedes o no quieres? —Sacudí la cabeza. ¿Cómo era posible que le importara tan poco? Teníamos un vínculo, el destino nos había elegido para compartir nuestras vidas y se suponía que nuestras almas estaban hechas la una para la otra. ¿Cómo podía no importarle ni siquiera un poco la forma en la que debía morir?—. Eres mi *shangrile*, te guste o no. Debe de haber algo en ti que te impulse a concederme al menos este pequeño favor.

Mi corazón se quebró al presenciar cómo su rostro se endurecía y su mandíbula se apretaba en una expresión gélida.

—Te llevaré a la corte —sentenció con firmeza.

Solté un resoplido, o tal vez fuera un sollozo. Cualquiera sabía a aquellas alturas.

—Por supuesto que lo harás —afirmé despacio, sin fuerzas. Estaba claro que nada de lo que dijera iba a servir para cambiar su decisión. Si quería acabar con mi vida antes de llegar a Nocturna tendría que hacerlo por mi cuenta—. ¿Por qué ibas a concederme aunque solo fuera un momento de respiro antes de morir? ¿Por qué ibas a dejar que algo tan insignificante como el ruego de tu *shangrile* se interpusiera entre tú y tu misión?

Decepcionada, sacudí la cabeza y le di la espalda. Mis hombros cargados de dolor y

resignación, se hundieron.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con voz áspera.

Me giré, la ira hirviendo por mis venas. ¿Primero me regañaba por estar allí y luego enfadaba porque me marchaba?

—¿Sabes qué? —Ignoré el repentino mareo que me asaltó—. Creo que es una suerte que jamás tenga que averiguar lo que es convivir contigo y tener que enfrentar un futuro eterno a tu lado. Que me corten la cabeza es, sin duda, un destino más misericordioso que pasar el resto de mi vida con un hombre como tú, que antepone su trabajo y su imagen pública al bienestar de su pareja y su familia.

Sin esperar una respuesta, y negándome a analizar el dolor que creí vislumbrar en sus ojos, me volví para marcharme. Esa vez, sin embargo, no conseguí ignorar la forma en la que mi visión se tornó negra y mi cabeza comenzaba a dar vueltas. Mis rodillas cedieron y mi rostro impactó contra el suelo. Un dolor agudo se irradió desde mi pómulo justo antes de que el vacío y la oscuridad me engulleran por completo.

Capítulo Cuarenta Y Seis



Gabriel

—¡No! —maldije entre dientes, la sangre pulsándome en las sienes.

Para cuando conseguí reaccionar, Andrea yacía inerte en el suelo. Un torrente de improperios cruzó mi mente al alzarle la cabeza y descubrir, no solo el fuerte golpe que se había dado en el pómulo, que ya comenzaba a amoratarse, sino también el calor anormal que irradiaba su cuerpo y que no tenía nada que ver con el típico bochorno del Inframundo.

—¿Andrea? ¿Andrea, cielo, puedes oírme? —La sacudí con suavidad en un intento por despertarla, pero cuanto más la tocaba, más consciente era del calor que la consumía.

Una sensación ácida se expandió por mi estómago y mis pulmones empezaron a tener dificultades para llenarse. Los vampiros no enfermábamos. Nunca. Pero esa regla se aplicaba a los inmortales como yo. Andrea era… Tragué saliva. Jamás había tenido que cuidar de alguien con fiebre, ni mucho menos de alguien que pudiera… morir. Mi corazón martilleaba en mis oídos anulando los sonidos a mi alrededor. ¿Podía morir Andrea a causa de una fiebre?

Le toqué la frente y habría jurado que la temperatura se había elevado aún más. Con delicadeza, la alcé del suelo y comprobé que no tuviera otras lesiones, antes de colocarla con cuidado sobre mi hombro para escalar precipitado por la ladera hacia la cueva de Sammantha, en busca de un lugar más fresco.

—¡Sammantha! ¡Sammantha! Necesito tu ayuda. Andrea está ardiendo. ¿Puedes darme algo? ¿Puedes ayudarme?

Que ni siquiera me encogiera cuando, de repente, Sammantha apareció a mi lado en una silueta etérea, más transparente que material, ya decía bastante del estado en el que me encontraba. Con su cabello rosado alborotado y una camiseta con el mensaje: «Soy una bruja buena, a menos que me toques los ovarios», el espíritu de Sammantha me miró llena de pánico. Me sentí culpable al verla. Había obviado ese detalle sobre Sammantha. Debería haberle contado que no era simplemente una bruja, sino un espíritu, y que había estado compartiendo el apartamento con nosotros la mayor parte del tiempo. El temblor en mi interior se intensificó.

—La bañera está preparada. —Que Sammantha se dejara ver era mala señal, la gravedad en su expresión era aún peor—. Hay que bajarle la temperatura.

Corrí al baño y deposité a Andrea con delicadeza en el agua helada, sin importar que aún estuviera vestida. La diferencia de temperaturas entre su piel y el agua resultaba chocante, pero no parecía hacer efecto.

—No puedo sentir la temperatura —dijo Sammantha con preocupación—. ¿Podrías darme una estimación de cuánta fiebre tiene?

Me habían pedido muchas cosas a lo largo de los años, pero era la primera vez que alguien me pedía que estimara la temperatura corporal de una persona que siguiera viva. Coloqué mi palma sobre la frente de Andrea y me encogí por dentro. Abrasaba.

—Está ardiendo —respondí, tratando de mantener la calma—. Ardiendo de verdad, como un horno.

—¿Más o menos que la temperatura en el exterior? —insistió Sammantha.

—Igual. Más —me corregí, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de mí.

De repente, Andrea comenzó a convulsionar con tal violencia que tuve que colocar un brazo entre su cabeza y la bañera para que no se golpeara. Su cuerpo entero se sacudía de forma incontrolable y empezó a vomitar.

—¡Sujétale la cabeza hacia un lado! —gritó Sammantha, su voz aguda y alterada—. ¡Que no se ahogue con su propio vómito!

Era más fácil decirlo que hacerlo. Andrea se sacudía como si estuviera recibiendo descargas eléctricas y me aterraba la idea de lastimarla por sujetarla con demasiada fuerza. Aun así, hice lo que pude por mantener su cabeza inclinada, sin importarme que el vómito me salpicara o que mis brazos estuvieran sumergidos en el agua turbia.

—¡Sammantha, haz algo! —supliqué, el pánico asfixiándome más y más—. ¡Esto no puede ser bueno!

Alcé la mirada hacia Sammantha, esperando encontrar ayuda, pero lo que vi me heló la sangre. Estaba de pie junto a la bañera, pálida e inmóvil, mirando a Andrea con una expresión de horror—. ¿Sammantha? —susurré, sintiendo cómo el corazón se me hundía en el pecho.

Sus ojos se encontraron con los míos llenos de pesar.

—No hay nada que pueda hacer, Gabriel —murmuró Sammantha con voz temblorosa y llena de compasión.

—¿Qué? ¿Por qué no? Eres bruja, tienes que saber qué hacer. Tiene que haber algún tipo de remedio, hierbas, o alguna medicina que puedas teletransportar hasta aquí. ¡Algo! ¡Lo que sea! —supliqué desesperado.

Sus ojos se humedecieron mientras seguía contemplando la forma tortuosa en la que Andrea se retorcía en el agua.

—No la avisé —murmuró con la voz quebrada—. No le advertí de que no debía pedir deseos en voz alta junto al lago de arena justo después de ver a una Nínive. No se me ocurrió que pudiera ocurrir. Las probabilidades… —su sollozo se tragó las palabras.

Fue la primera vez en mi vida que entendí lo que significaba que te abandonara la fuerza. De no ser porque no podía soltar a Andrea, me habría desplomado al suelo.

—Nadie ha visto una Nínive en siglos —murmuré, incrédulo, la comprensión empezando a asomar a mi mente.

—Creo que ella sí —respondió Sammantha con suavidad—. ¿Tienes idea de cuál ha podido ser su deseo?

Cada célula de mi cuerpo se convirtió en hielo ante su pregunta. ¡No! ¡NO! ¡NO PODÍA SER!

—No se lo pidió a la Nínive, me lo pidió a mí. ¡Me lo pidió a mí! —exclamé. Incorporando a Andrea en el agua, la aplasté contra mi pecho y la mecí.

No recordaba sus palabras exactas, pero sí lo que me había pedido. Me había suplicado que le concediera una muerte lejos de la corte, de las torturas y humillaciones a las que iban a

someterla. Y yo… se lo negué.

—Gabriel… —Los dedos fantasmales de Sammantha rozaron mi hombro—. ¿Te pidió morir?

Tragué saliva.

—Pidió que adelantara su juicio y que la ejecutara —confesé en un hilo de voz—. Me lo pidió a mí, Sammantha. La Nínive no puede matarla sin más, tengo que ser yo. Esas son las reglas —añadí desesperado.

Como si el destino quisiera burlarse de mí, Andrea comenzó a chillar y a encogerse sobre sí misma, sin dejar de retorcerse. Era un sonido tan desgarrador que me partía el alma.

—No va a matarla —musitó Sammantha con lágrimas en los ojos—. Va a hacer que la mates tú, tal y como ella pidió. Hará su dolor tan insoportable que no te quedará más remedio que acabar con su agonía.

—¡No puedes hacer eso! —grité con todas mis fuerzas para que la Nínive o el destino, o quien quisiera escucharlo, se enteraran—. ¡NO PUEDES!

No iba a matar a Andrea, no así, no en ese momento. No iba a hacerlo por la misma razón por la que le había denegado su deseo junto al lago. Simplemente no podía. La idea de arrebatarle la vida me resultaba insoportable.

El espíritu de Sammantha me miró con una mezcla de compasión y duda.

—Solo existe una posibilidad de salvarla, y no estoy segura de si funcionará.

—¿Cuál? —exigí con dureza cuando ella titubeó.

—Tienes que darle algo que ella desee más que la muerte, algo que anule su deseo anterior. Pero hay algo que tienes que tener en cuenta. —Sammantha se estremeció de forma visible y se abrazó—. Cambiar un deseo por otro requerirá un sacrificio y no eres tú quien va a decidir cuál será.

Capítulo Cuarenta Y Siete



Andrea

Ardía. Mi cuerpo entero era una hoguera que me consumía desde dentro. Era como si un fuego sobrenatural se hubiera apoderado de mí y convirtiera la sangre que recorría mis venas en un magma líquido y ardiente, que arrasaba con todo lo que encontraba a su paso. La piel me hormigueaba con una sensación punzante, como si miles de agujas a fuego vivo me atravesaran sin piedad. Cada vez que trataba de respirar, el aire me quemaba los pulmones. Mi cabeza palpitaba con un dolor sordo y constante, que me recordaba el tambor de guerra con el que nos obligaban a marchar durante los entrenamientos, y mis ojos ardían como si hubieran sido vaciados y rellenados con brasas.

Estaba atrapada en una horrible pesadilla, en la que todo, incluidos mis pensamientos, estaban envueltos por llamas. ¿Cómo era posible que existiera tanto dolor? ¿Y por qué no estaba muerta aún? Diosa, si alguien me hubiera decapitado, habría sido un acto de pura misericordia. Abrí la boca para gritar, para rogar que alguien pusiera fin a tanta agonía, pero incluso mi voz debía haberse perdido en el fuego, porque era incapaz de escucharla.

«Andrea, mi amor, ¿puedes oírme?». Por un instante fugaz, el sonido de aquella voz profunda y angustiada penetró la bruma del dolor. Era familiar, reconfortante, pero algo en mi interior me advertía que no debería estar allí.

«Mi lugar es estar donde estés tú, mi vida, sin importar si es en el cielo o en el infierno», resonó la voz de nuevo, como si me hubiera leído la mente. ¿Cómo era posible?

«¿Estamos en… el infierno?». Era imposible que estuviéramos en el cielo, y la idea de infierno parecía encajar con el tormento que estaba experimentando. Fragmentos de recuerdos, de errores pasados, flotaban en la periferia de mi conciencia. ¿Era ese el castigo por mis pecados?

«Cielo, necesito que te centres en mí, en mi voz», me pidió aquella presencia tranquilizadora, que actuaba como un bálsamo sobre mi fatigada alma.

«¿Tú también estás condenado?», pregunté. Era un pecado en sí mismo que alguien condenara a una voz tan bella a aquel sitio oscuro y horrible. «Deberías irte. Este no es tu lugar».

«¿Condenado por estar contigo? Jamás. Soy afortunado», respondió con ternura, «porque el destino me ha unido a la *shangrile* más valiente y extraordinaria con la que un hombre como yo podría soñar».

A pesar del dolor que ya me consumía, una punzada de algo parecido a los celos me atravesó

el pecho y se instaló en mi estómago. No quería que nadie más escuchase esa voz bella y calmante o que pudiera recrearse en su calidez. Sin embargo, tampoco quería que estuviera en aquel lugar sufriendo conmigo.

«En ese caso, los dos sois afortunados», susurré con debilidad. «Deberías ir con ella. No querrás perderla y tampoco deberías dejarla sola. La soledad es terrible, casi tanto como las llamas de este lugar», musité con las últimas fuerzas que me quedaban.

¿Por qué no se acababa aquel dolor de una vez por todas? ¿No debería haber perdido ya la conciencia?

«*Tú* eres mi *shangrile*, cariño», replicó la voz con una intensidad que me hizo estremecer. «La única que he amado y amaré jamás. Voy a sacarnos a ambos de aquí, pero necesito que te concentres y respondas a mis preguntas».

«¿Qué preguntas?». ¿Me había preguntado algo y no me había enterado? Era posible. El crepitar furioso de las llamas sonaba cada vez más fuerte, como si estuvieran molestas conmigo por no concederles toda mi atención.

«Cielo, escucha», insistió la voz con un deje de desesperación. «¿Qué deseas más que la muerte?».

Ah, esa era una cuestión fácil de responder. Ni siquiera tuve que pensármelo.

«Nada».

Un sonido apagado, similar a un sollozo reprimido, llegó hasta mí, y si mi piel no ardiera como si estuviera en carne viva, habría jurado que alguien me estrechaba contra su pecho.

«No, no, no, cielo. Piensa. Tiene que haber algo que desees más que morir. Tienes que pensar».

«Quiero… que acabe este dolor», logré decir mientras mis pensamientos volvían a dispersarse con la agonía. «Que se apague el fuego. Duele, duele mucho».

«Lo sé, mi vida. Sé que es insoportable», su voz, cada vez más urgente y desolada, se quebró levemente. «Pero necesito que te aferres a algo más. Tienes que concentrarte, dame algo con lo que pueda luchar por ti. Ayúdame a salvarte».

«¿Por qué querrías salvarme?», la pregunta escapó de mis labios, cargada de confusión y dolor. ¡Diosa! ¿Cuánto más iba a tener que aguantar hasta que aquella tortura terminase?

«Porque eres la otra mitad de mi alma», contestó con fervor. «Porque si tú mueres, yo muero contigo, cielo». Si hubiera podido, habría fruncido el ceño ante sus palabras. No tenían sentido alguno, pero me dolían tanto la piel y los músculos que no podía tensarlos y estaba tan agotada que dudaba mucho que siquiera pudiera lograrlo si lo intentaba. «Por favor, dime, ¿qué deseas más que la muerte?».

No había nada que desease más que acabar con aquel dolor y, si la muerte era la forma de lograrlo, entonces eso era lo que más quería. Aunque el hombre sonaba tan triste y desesperado que quería consolarlo. «La otra mitad de mi alma» me había dicho que era. ¿Eso significaba que también él estaba sufriendo aquella agonía conmigo? ¿Era por eso por lo que estaba allí? No quería que él sufriera, deseaba las llamas lejos de él, prefería que estas me consumieran solo a mí y lo dejasen a él tranquilo.

«Andrea, por favor, mi vida. ¿Qué deseas más que morir? Necesito que me lo digas».

Hubo algo en su insistencia, en su desesperación, que me obligó a concentrarme en lo que pedía de mí, ignorando las llamas que seguían consumiéndome.

«Que tú estés bien», musité finalmente. «Que seas feliz».

Hubo un momento de silencio que pareció eterno. Intenté escuchar más allá del ruido de las llamas que me rodeaban, por si me hablaba y no podía oírlo, pero no había nada que escuchar.

Me invadió la duda. ¿Me había hecho caso y se había marchado con su *shangrile*? Su verdadera *shangrile*, no yo. Yo no podía ser su pareja predestinada, ¿cierto? Alguien como él no se merecía estar atado a una pecadora como yo. Me invadió un repentino pánico ante la idea de que me hubiera dejado, amenazando con ahogarme más que el dolor mismo. Estuve a punto de gritar por él y pedirle que regresara, me daba igual quién era la otra mujer, lo quería conmigo.

«Andrea», se me escapó un sollozo de alivio al oírlo de nuevo. «¿Aceptarías ser mi *shangrile* en todos los sentidos?».

«¿Por qué ibas a…?», comencé confundida.

«Cariño, céntrate y responde», me interrumpió con urgencia. «¿Aceptarías unirte a mí completamente?».

«¿Acabarás hartándote de mí y abandonándome?», la pregunta se me escapó antes de que pudiera retenerla.

«Jamás», respondió con una convicción que hizo temblar algo en mi interior.

«¿Me abrazarías?». Por algún motivo, la idea de que alguien quisiera sujetarme en sus brazos parecía una promesa imposible, pero eso era lo que hacían los *shangriles*, ¿verdad? «¿Me dejarías descansar sobre tu pecho siempre que quisiera?».

«Cielo, soy tuyo», su voz se suavizó. «Sería un honor abrazarte y un sueño tenerte a mi lado cada día, y mi pecho es tuyo para usar a tu antojo».

«Y…», comencé, pero me interrumpió de nuevo.

«Por favor, mi amor, responde a mi pregunta. Ayúdame a acabar con esta agonía y traerte de regreso».

¿Traerme de regreso? ¿Acaso me había perdido?

«Por favor, mi pequeña guerrera», suplicó. Lejos de sentirme insultada por el apodo, tiró de algo en mi memoria, algo que no conseguía poner en pie. «Deja que te traiga de vuelta».

«¿Sí?». No estaba muy segura de a qué estaba accediendo con exactitud, pero si era lo que necesitaba para que permaneciera a mi lado, estaba dispuesta a cualquier cosa.

«Gracias, cielo. Gracias», exhaló con un alivio palpable. «Espero que puedas perdonarme».

¿Perdonarle? ¿Por qué necesitaba mi perd…? El aire se congeló en mis pulmones cuando un dolor mucho más intenso que el que me había dominado antes me atravesó. Si las llamas habían sido pura agonía, aquella nueva sensación de estar desgarrándome en millones de diminutas partículas no había forma de calificarla, ya que no tenía nombre.

Capítulo Cuarenta Y Ocho



Gabriel

Pum-pum, veintinueve, pum-pum, treinta, pum-pum… Sesenta y dos pulsaciones, igual que en el minuto anterior y el que lo precedió. Me llené los pulmones con una profunda inspiración y solté el aire despacio. Andrea seguía relajada, sin rastro de dolor en su expresión.

El latido rítmico de su corazón mientras dormía en mi cama era lo único que me permitía mantenerme sentado en el sillón, en vez de meterme en la cama con ella para apresarla contra mi pecho. Ante el apenas perceptible ruido de papel, aparté a regañadientes la mirada de mi *shangrile* para revisar la nota rosa que flotaba al lado de mi cabeza.

Deberías aprovechar para darte una ducha y comer algo. Nuestra chica seguirá durmiendo por un buen rato.

Sabía que Sammantha tenía razón, pero me costaba alejarme de Andrea cuando había estado tan cerca de perderla. La tinta de la nota se borró ante mis ojos, para ser sustituida por un mensaje nuevo:

Te avisaré si algo cambia. Aunque vas a tener que darte prisa, estoy agotada y no estoy segura de cuánto tiempo más podré mantenerme anclada al apartamento.

—Descansa, no necesitas quedarte. Dejaré las puertas abiertas cuando vaya al baño y así puedo seguir vigilándola —mentí con un susurro, consciente de que sería incapaz de salir de la habitación hasta que Andrea se despertara, probablemente para echarme a patadas cuando descubriera lo que había hecho.

No seas tonto. Sé que, si me voy, no te moverás del sillón. No necesito tener olfato para adivinar que a estas alturas apestas.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una bruja tocapelotas? —le pregunté exasperado.

Me lo dices al menos un par de veces en cada visita que me haces.

—Y nunca lo niegas. —Sonreí con una ligera sacudida de cabeza mientras seguía contando los latidos del corazón de la mujer que tenía el mío en sus manos.

¿Para qué? Me gusta tocar pelotas*, en especial, cuando estoy aburrida y solo me visitan muy de vez en cuando.*

Hice una mueca ante el doble sentido de la respuesta. Adoraba a esa dichosa bruja, pero era como una hermana menor y prefería no entrar en ciertos detalles de su existencia.

—Vete a descansar —le indiqué—. No me hagas preocuparme por ti también.

¿Necesitas que te deje algo en el altillo de la cocina antes de irme? He estado tomando prestada energía del apartamento y no sé si le quedará suficiente magia para ayudarte con las provisiones. Tardará en recuperarse, puede que un día o dos.

El hecho de que Sammantha hubiera recurrido a las reservas mágicas del apartamento para mantenerse a nuestro alrededor era prueba de que su presencia semifísica durante lo peor de la crisis le había costado más de lo que resultaba sano para ella. Odiaba aquella situación o que se hubiera puesto en peligro por nosotros, pero le estaba agradecido por lo que había hecho por Andrea y por mí. No estaba seguro de si hubiera podido lograrlo solo.

—Estaré bien, deja de preocuparte por mí. Necesitas irte, por favor.

Primero prométeme que te ducharás.

Resoplé, negándome a contestar.

Le será más difícil mantenerse enojada contigo si se despierta hambrienta y hueles bien. No le des excusas para mandarte a tomar viento fresco.

En eso tenía un punto.

—Lo prometo —accedí entre dientes—. Y ahora lárgate y no vuelvas hasta que te hayas recuperado.

Yo también te quiero, vampiro gruñón.

—No soy gruñón —mascullé. ¿Por qué tenía que recordarme que Andrea solía acusarme de lo mismo? Me froté el pecho cuando la risa de Sammantha me rodeó como un tintineo divertido y lejano—. Bruja tocapelotas —me despedí de ella, haciéndola reír aún más.

Los dioses sabían que si pudiera hacer algo por salvar a Sammantha de su propia prisión habría hecho cualquier cosa por liberarla. ¡Maldita fuera! ¿Por qué carajos tenía que ponernos el destino tantas complicaciones en el camino? En el instante en que un leve aroma a ozono me

inundó la nariz, supe que la dicharachera bruja se había desvanecido. Sacudí la cabeza para no pensar en su situación, ya bastante tenía con enfrentarme a mi futuro más inmediato y al de mi *shangrile*, pero me juré que, cuando todo acabara, si lo hacía, me tomaría un descanso como cazador y me centraría en ayudarla.

Durante varios minutos, volví a concentrarme en el rítmico latido del corazón de Andrea y en sus suaves inhalaciones. Seguía viva. Eso era lo único que importaba por el momento.

Capítulo Cuarenta Y Nueve



Gabriel

Pasaron tres horas y veinticinco minutos más, dos millones trescientas veintiséis mil doscientas setenta y cinco pulsaciones, antes de que Andrea al fin se removiera con un suave gemido bajo las sábanas y su pecho se inflara con una profunda inspiración. Me alegré de haber seguido el consejo de Sammantha de darme una ducha antes de que se despertara.

Mi espalda se tensó y mis puños se crisparon cuando sus preciosos ojos gris azulados parpadearon varias veces antes de abrirse. Se frotó los ojos con un gesto que la hacía parecer una niña adormilada y que me despertó la necesidad de cogerla en brazos y sentarla sobre mi regazo. Estaba convencido de que ella detestaría descubrir que me provocaba ese instinto de protección, del mismo modo en que odiaría la vulnerabilidad que había mostrado durante su estado febril.

Comprendía su necesidad de ofrecer una imagen fría y dura en nuestro mundo. ¡Joder! Admiraba su reputación de guerrera implacable, pero esa faceta más suave y accesible de ella era la que anhelaba conocer más de cerca en nuestra intimidad.

Supe el instante exacto en que la realidad la golpeó y recordó lo que había pasado. Su mano cayó con brusquedad y sus ojos, ahora grandes y alarmados, me buscaron. Me aferré a los brazos del sillón para resistir el impulso de acercarme a ella y tocarla.

—El sueño… —murmuró ronca, con la garganta irritada por los gritos que había dado durante horas.

—Fue real —confirmé, observando cómo las emociones se sucedían en su rostro a medida que hacía memoria—. Tenías fiebre y te encontrabas mal.

Con el pretexto de ofrecerle la taza de infusión que Sammantha había dejado sobre la mesita de noche, me arrodillé junto a la cama. Ninguna poción podría haber tenido el efecto calmante que tenía el suave aroma a jazmín y miel que me envolvió con su cercanía.

Con un gesto inseguro, alzó la mano y rozó con la punta de los dedos las dos pequeñas marcas que mis colmillos habían dejado en su garganta. Una parte de mí, que no me atrevía a reconocer, se sentía satisfecha por esas cicatrices y lo que simbolizaban.

Tragué saliva. Era el momento en que ella iba a gritarme y señalarme la clase de monstruo que era.

—Cerraste el vínculo —dijo despacio, sin apartar la mano de su cuello.

Afirmé con una inclinación de cabeza, pero no la perdí de vista.

—No tenía otra opción para salvarte y acabar con tu dolor. Te pedí permiso, pero sé que no eras consciente de lo que estaba ocurriendo, ni de las implicaciones reales. Lo lamento.

Sus ojos recorrieron mi rostro como si buscara algo, pero no supiera el qué.

—Pudiste haberme dejado morir —murmuró en apenas un susurro.

Fruncí el ceño. ¿En serio pensaba que iba a dejarla morir? Se me formó un nudo en el estómago al recordar su desesperada súplica para que acabara con su vida. Había tanto que necesitábamos aclarar entre nosotros.

—Eso no era una opción —admití con firmeza.

Me maldije por dentro. Si quería que me entendiera, si deseaba una oportunidad de redimirme, iba a tener que ser más abierto y honesto con ella.

—Sabes que ahora ya no podrás matarme y acabar la misión que te encomendó Azrael —siguió despacio como si quisiera hacerme entender bien lo que estaba diciendo.

—Esa tampoco fue nunca una opción real —repliqué, forzándome a seguir hablando—. Fui un idiota, aunque estaba tratando de no admitirlo. Me asustaba tener que enfrentarme al hecho de que pudieras rechazarme como tu *shangrile*. Si en lo único que soy bueno es como cazador, pero no cumplo con mi trabajo, ¿qué me queda por ofrecerle a una mujer de tu rango y valía? No tengo títulos nobiliarios, castillos ni posiciones políticas en la corte, solo mi fama y el respeto… o el terror que inspiro —me corregí.

Y ahí estaba, ya lo había confesado. Era una mierda de excusa, pero era la única que tenía. En retrospectiva, sabía que nunca habría permitido su ejecución y que, probablemente, por eso había dilatado tanto su captura, porque necesitaba tiempo para encontrar una solución.

Andrea aceptó la taza que seguía sujetando entre nosotros y se la llevó a los labios. El temblor de sus dedos fue la única señal de que no estaba tan tranquila y compuesta como trataba de aparentar. Cerró los ojos y soltó un pequeño gemido de placer al tomar el primer sorbo. Al terminar, me devolvió la taza vacía, se recostó de nuevo y reajustó las sábanas alrededor de su pecho.

Usé la excusa de dejar la taza en la mesita de noche para evitar mirarla. Con el calor que había estado desprendiendo debido a la fiebre, me había parecido una buena idea desnudarla, pero al reparar en la manera en que las finas sábanas de algodón se ajustaban a su silueta como una segunda piel, ya no estaba tan convencido de ello. Cuando volví a alzar la cabeza, ella seguía estudiándome.

—¿Y ahora qué? —preguntó con una inesperada suavidad.

Mi mente se quedó en blanco.

—¿No vas a recriminarme por haber cerrado el vínculo y haberte atado a mí sin darte la oportunidad de elegir? —indagué con cautela.

Se tomó su tiempo en responder, pero sus intensos ojos nunca me abandonaron.

—¿Te sentirías mejor si lo hiciera?

Exhalé despacio, considerando mi respuesta.

—Sí, creo que sí —admití con honestidad.

Ella ladeó la cabeza como si mi respuesta la intrigara.

—En ese caso, si quisiera castigarte, ¿no sería mejor que no lo hiciera?

La curvatura de mis comisuras se elevó sin pretenderlo. Esperaba que no se lo tomara como una burla.

—Puedes castigarme del modo que estimes oportuno, no levantaré un dedo para detenerte o defenderme —le ofrecí, dispuesto a aceptar las consecuencias de mis acciones.

Ella arqueó una ceja.

—¿Eso es así?

—Compruébalo por ti misma —la reté, sosteniéndole la mirada.

Me hiciera lo que me hiciera, sabía que me lo merecía.

—Tienes mucho por lo que responder —me advirtió con calma.

—Lo sé.

—Pero no estoy enfadada porque ahora estemos vinculados.

Fruncí el ceño. Decía la verdad, podía sentirlo.

—¿Ni siquiera por cómo lo hice?

—¿Cómo crees que deberías haberlo hecho bien? —preguntó, pasando la mano sobre la sábana como si hubiera visto una pelusa.

¡Dioses de la guerra! Cómo echaba de menos poder leerle la mente, pero ahora que había adivinado que la voz que oía no era un producto de su imaginación, todos sus muros y bloqueos estaban firmemente alzados.

—Como manda la tradición —dije sin pensármelo—. Haciéndote el amor, dándote la posibilidad de elegir si me aceptas como tu *shangrile* y, tras tu consentimiento y tu placer, inyectándote mi toxina para minimizar el dolor.

—¿Por qué no usaste tu toxina antes de morderme?

Aquella era la pregunta más sencilla de todas las que me había hecho hasta entonces.

—Estabas demasiado débil. Apenas seguías respirando y tu corazón… —Apreté los párpados al recordar el momento en que creí que la había perdido—. No podía arriesgarme a que mi veneno pudiera matarte —confesé. —¿Qué ocurre? —pregunté, preocupado cuando ella no contestó.

Se me formó un nudo en la boca del estómago cuando sus preciosos ojos se mantuvieron fijos en el techo en lugar de mirarme. No era una buena señal, del mismo modo que tampoco lo era que no me hubiera gritado, insultado, acusado, ni tirado la taza a la cabeza. No tenía ninguna lógica que permaneciera tan tranquila después de lo que había pasado y tras lo que le había hecho.

—Me engañaste. Me dejaste creer que la voz en mi mente era un producto de mi imaginación. Llevas meses persiguiéndome sin descanso y jugando conmigo al gato y al ratón. Has estado amenazándome con llevarme al patíbulo, me has secuestrado y tratado como a una prisionera, arrastrado por un desierto de fuego enfundada en un corsé y ropa de baile robada, me has acusado y humillado… —a medida que enumeraba mis delitos, su voz se elevaba, mientras a mí se me caía el corazón al suelo. Tenía razón, no había forma de que pudiera perdonarme tantas atrocidades. Ni siquiera yo podía perdonármelo.

¿A qué clase de relación nos había condenado a ambos? ¿Qué clase de *shangrile* se merecía una segunda oportunidad después de eso? Sabía que, si tuviera que volver atrás y elegir entre verla morir en agonía o salvar su vida, la habría elegido a ella sin dudarlo, pero no por ello me sentía mejor ni menos culpable.

—Estás en lo cierto, en todo —admití—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para enmendarlo si me das la oportunidad. Así me lleve el resto de la eternidad.

Andrea se mordió el labio y giró la cabeza hacia mí.

—¿Crees que ahora que se ha cerrado el vínculo vuelvo a ser inmortal? —preguntó como si la idea se le acabase de ocurrir.

Mi corazón dio un salto de esperanza. No lo había considerado, pero era una posibilidad. Lo normal era que, cuando un vampiro encontraba a su pareja en un humano y cerraba el vínculo

con él o ella, sus vidas quedaban entrelazadas. Eso era lo que había pasado con el rey y su *shangrile*. Si yo era inmortal, Andrea también debería de serlo.

—Solo hay una forma de comprobarlo —decidí—. Dame tu mano.

Ella me le ofreció con la palma hacia arriba, adivinando mis intenciones. Con cautela extendí la garra de mi dedo índice. Cuando vacilé, fue ella la que deslizó su mano por mi garra, dejando tras de sí una fina línea roja en su pálida piel.

Ambos observamos la sangre que brotó de su herida abierta, conteniendo el aliento. Mis colmillos saltaron sin pretenderlo ante el exquisito aroma de su sangre y tuve que apretar los puños y congelarme en el sitio para no lanzarme hambriento sobre ella. Pronto, cualquier clase de apetito se desvaneció al ver que comenzaban a gotear sobre las sábanas y que la herida no se curaba.

Antes de que pudiera evitarlo, Andrea me cogió la mano y me hizo un corte idéntico al suyo con su garra. En segundos, la herida desapareció ante nuestros ojos y solo quedaron las tres gotitas rojas que se habían escapado.

Resistí la tentación de dejar caer los hombros e intenté ocultar mi decepción. ¿De qué me servía ser inmortal si ella no lo era? Con un profundo suspiro, Andrea acercó su palma hacia mi boca.

—No deberías dejar que se desperdiciara —murmuró con labios temblorosos.

—Yo no…

—Gabriel, hazlo —soltó, exasperada, a pesar de que sus ojos estaban rojos por las lágrimas que trataba de contener.

Tomando con delicadeza su mano en la mía, me la llevé a los labios y le besé la palma antes de lamerla. Me recorrió un escalofrío de placer cuando su sabor me invadió el paladar, pero en vez de caer en la tentación de beber de ella, me limité a pasar mi lengua por la herida para que mi saliva la cerrara.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? —preguntó con tristeza.

Capítulo Cincuenta



Andrea

Gabriel me miró como si acabara de hacerle una pregunta trampa.

—¿Que me perdonas? —preguntó dubitativo, incrédulo.

Debería haber aprovechado ese momento para aclararle que no estaba segura de poder olvidar lo que me había hecho, ni si alguna vez lograría perdonarlo por completo, aunque no podía dejar de reconocer lo que había sacrificado por mí.

Podría haberme eliminado sin más. Habría sido la solución más rápida, eficiente y menos complicada, justo lo que nos habían entrenado a hacer como soldados. En cambio, se había encadenado a mí, una mujer a la que consideraba una traidora contra todo aquello en lo que creía.

—Que te has condenado a morir conmigo —lo corregí—. Incluso si consiguiera sobrevivir a los cazarrecompensas y al juicio, lo que es altamente improbable, acabaré envejeciendo y muriendo y, cuando lo haga, tú lo harás conmigo.

Para mi sorpresa, Gabriel se sentó en el sillón junto a mi cama, apoyó los brazos sobre sus rodillas y me cogió la mano entre las suyas. La estudió pensativo antes de llevársela a los labios, donde la mantuvo sin soltarla.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos. No importaba si lo odiaba, quería estrangularlo o tratara de huir de él, aquellos ojos intensos, llenos de diminutas motitas doradas, eran el equivalente a un vistazo al paraíso. No había una sola vez en que no lograran cautivarme y hacerme olvidar el resto del mundo.

—Sé que ahora mismo estás confundida —empezó despacio, como si intentara razonar con un animal salvaje o como si él mismo no supiera aún lo que quería comunicarme—. Mis acciones y palabras hasta el momento contradicen lo que te voy a decir ahora. Sé que te costará creerme, pero necesito que hagas el esfuerzo de escucharme hasta el final y que confíes en el vínculo para comprobar la veracidad de lo que digo.

Gabriel esperó a que asintiera y sus pupilas dilatadas se mantuvieron conectadas con las mías, llenas de gravedad.

—Estoy donde quiero estar, con la mujer con la que quiero estar —continuó—. Puede que fuera el destino quien te eligió para mí, pero ahora soy yo quien te elige. —Por la forma trabajosa en la que se movió su nuez, los dos teníamos dificultades para tragar saliva—. Anoche

pensé que te perdía y sabía que, si eso ocurría, te seguiría a donde fuera sin dudarlo.

—¿Planificaste cazarme incluso después de muerta? —intenté bromear con debilidad.

Sus labios se curvaron con suavidad.

—¿Tanto te cuesta creerlo? —se burló—. Eres mi presa favorita, la única que hace que mi corazón se acelere y me obsesione con ella, la única que ha estado a mi altura y ha sido capaz de desafiarme y volverme loco. De modo que ya puedes creerme cuando te advierto que te cazaré y perseguiré allá a donde vayas y hasta el resto de nuestros días.

Sonreí con un repentino escozor en los ojos. Habría sido imposible negar que me gustaba la idea de que me cazara en la intimidad de nuestro hogar o como un juego secreto entre nosotros. Hasta podía vernos retándonos el uno al otro para iniciar la caza y escapar de la rutina.

Se me formó un nudo en la garganta y la gravedad de la realidad regresó.

—Vas a morir, Gabriel. Esa no es ninguna broma.

Por algún motivo, la posibilidad de su muerte me afectaba mucho más que la mía propia. Volvió a besar mi mano antes de contestar.

—Anoche estaba dispuesto a morir y no me importó. He vivido todo lo que tenía que vivir. El tiempo que nos quede, sea mucho o poco, es un regalo, y lo valoro como tal, por lo que no pienso desaprovecharlo.

Me detuve. Decía la verdad, podía sentirlo a través del vínculo, pero no por ello tenía claro que me agradara lo que estaba diciendo.

—No quiero que mueras —admití.

—Entonces, no mueras —espetó con determinación.

Ojalá fuera tan fácil. Ambos sabíamos que no lo era.

—¿Qué pasa con el juicio y la condena? —pregunté.

El músculo de su mandíbula se tensó y el agarre sobre mis manos se volvió más estrecho. Dudo que siquiera se diera cuenta de ello.

—Hablaré con el rey. Le rogaré que me escuche y que nos permita encontrar las pruebas que demuestren que no fuiste tú quien cometió aquellas traiciones —afirmó con firmeza.

Por un momento, se me cortó la respiración. ¿Significaba eso que…?

—¿Me crees respecto a lo que te conté sobre la Bruja del Este y la forma en la que me poseyó?

Por su rostro pasó una sombra de culpabilidad y me preparé para una nueva decepción.

—Tenía mis dudas —soltó un profundo suspiro y negó con la cabeza—, pero tengo que admitir que, desde que estamos en el Inframundo, incluso antes, lo que creía haber presenciado me encajaba cada vez menos. Es por eso por lo que te traje aquí, al refugio de Sammantha, en lugar de intentar llegar al portal lo antes posible. También es la razón por la que he tratado de mantenerme alejado de ti estos últimos días. Necesitaba aclararme las ideas, y tu cercanía… me distrae.

Estaba convencida de que también había influido el temor a que pudiera manipularlo para hacerle creer en mí, pero eso era algo que no podía echarle en cara. Yo habría hecho lo mismo.

—No has contestado a mi pregunta —le recordé—. ¿Me crees cuando te digo que la bruja me poseyó para cometer los actos de los que se me acusan?

Gabriel volvió a besarme la mano.

—No solo te creo, sé que no fuiste tú quien cometió aquellas barbaridades y te ayudaré a encontrar las pruebas que demuestren tu inocencia. —Debería haberme sentido aliviada, pero acabé por morderme la parte interna del labio y por apartar la mirada. Gabriel me cogió por la barbilla y me obligó a mirarlo—. No le des más vueltas, no fuiste tú. La Bruja del Este es

poderosa, no podías haber evitado su magia.

Me pasé la mano libre por el rostro. Había llegado la hora de hacer confesiones.

—Hubo una vez que sí fui yo.

Tal y como había previsto, se tensó, aunque, para mi sorpresa, no me soltó ni se apartó.

—¿Cuándo?

Sacudí la cabeza, liberé mi mano y me senté en la cama, apoyándome contra el cabecero mientras trataba de mantenerme cubierta por la sábana.

—Es imperdonable lo que hice, lo sé —musité sin atreverme a enfrentarme a su penetrante escrutinio—, pero cuando aquella humana pelirroja dijo que tú eras su amante… Yo… no pude controlarlo. —Tragué saliva—. Dolió tanto que conseguí escapar del control de la bruja durante unos minutos. Quería matarla, arrancarle la cabeza allí mismo y hacerla sufrir por haberse atrevido a tocarte.

Se produjo un largo silencio, hasta que lo rompí con mi jadeo, cuando Gabriel me cogió con cuidado y me sentó sobre su regazo. A pesar de la gravedad del momento, mi cuerpo entero parecía hacerse consciente de que lo único que me separaba de él era la fina sábana que me envolvía.

Ni siquiera me atreví a moverme cuando me acarició la mejilla con reverencia.

—¿Te refieres a Belén, la *shangrile* de Cael? —indagó con el ceño fruncido—. Jamás fui su amante

El repentino alivio fue sustituido de inmediato por irritación. No me gustaba que me mintieran para calmarme, prefería la verdad. *Quería* la verdad.

Le aparté la mano y le clavé un dedo en el pecho.

—Escucha y escúchame bien, soy mayorcita —repliqué con frialdad—. No voy a decir que me agrade reconocerlo o hablar de ello, pero es lógico que tuvieras amantes antes de mí.

Al recordar el olor con el que llegó a la posada, apreté los dientes. No me di cuenta de que también me había clavado las uñas en la palma hasta que Gabriel me cogió la mano y me la abrió, mostrándome las medias lunas sanguinolentas con una ceja arqueada.

—¿Sigues estando celosa a pesar de la lógica? —se burló con suavidad.

Gruñí ante la evidente satisfacción en su rostro.

—¿De verdad quieres provocarme con esto? —siseé, entrecerrando los párpados—. Que sea mortal no significa que no pueda sacarte los ojos de las órbitas.

Su pecho vibró con su carcajada baja y me dio un beso en la sien.

—No estoy negando que haya tenido otras mujeres antes de ti, mi hermosa guerrera, solo estoy aclarando que jamás he compartido ninguna intimidad con la duquesa.

—¿Y, entonces, por qué me dijo que eras su amante?

Soltó un suspiro.

—Imagino que estaba protegiendo a Cael, su *shangrile*. No creo que se le pasara por la cabeza que pudieras reaccionar como lo hiciste por mencionarme.

La seguridad con que lo afirmó me hizo enderezar la espalda y estudiarlo con más atención.

—¿Cómo sabes lo que ocurrió?

—Lo presencié. Estaba vigilándote desde el exterior, en la ventana, junto a Cael y algunos soldados.

Me recorrió un escalofrío. No me acordaba demasiado de lo que sucedió aquella noche. En condiciones normales, cuando la bruja me poseía, trataba de no enterarme de lo que pasaba ni lo que hacía con mi cuerpo, pero recordaba lo suficiente como para saber que no me gustaba la idea de que Gabriel o los otros lo hubieran presenciado.

—¿Estuvisteis allí? ¿Observándolo todo?

Gabriel cerró los ojos y tomó una profunda inspiración, pero los ligeros círculos que trazaba con sus dedos sobre mi muslo fueron sosegados.

—Sí, y tengo que admitir que fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Estaba deseando que Cael perdiera los estribos y entrara al asalto para poder separarte de aquella maldita secta de humanos excitados por participar en una orgía.

Sin poder evitarlo, alcé la mano y tracé la profunda línea que había aparecido en su entrecejo.

—Lo siento —murmuré a pesar de que no debería sentirme culpable por una actividad en la que jamás habría participado de manera voluntaria—. Por más que me repugnaba la posibilidad de que la bruja usase mi cuerpo para sus placeres físicos, no había nada que pudiera hacer al respecto en aquel instante. Creo que mi ira cuando la humana mencionó que eras su amante tomó a la bruja por sorpresa y que ese fue el único motivo por el que conseguí escapar por un momento de su control. En cuanto reaccionó, recuperó su poder sobre mí y volvió a encerrarme en mi mente.

Su ceño fruncido se acentuó cuando me ciñó a su pecho y me dio un tierno beso en la frente.

—Lamento haber estado tan ciego y no haber visto lo que ocurría. Debería haber encontrado la manera de estar a tu lado para liberarte, pero te juro que, desde el segundo en que descubrí que eras mi otra mitad, no le he puesto encima el dedo a ninguna otra mujer. ¿Qué ocurre? —preguntó cuando notó mi repentina rigidez.

—La otra noche, en la posada…

—Me pasé horas debajo de tu ventana vigilándote —me interrumpió—. Llegaron tres brujas que querían mi sangre para su magia negra. Se ocultaban bajo un hechizo de glamur y trataron de seducirme. Tengo que admitir que consideré durante una milésima de segundo la posibilidad de alimentarme de ellas, pero la simple idea ya me revolvía las entrañas.

—¿Y cómo llegaste a oler como ellas?

—Brujas malvadas, magia negra y un cazador que necesitaba distraerse del hecho de que su *shangrile* estaba en su dormitorio maldiciéndolo y planificando su venganza. ¿Tú qué crees? —preguntó con sequedad.

Mis ojos se abrieron.

—¿Las cazaste? —pregunté, incrédula.

—*Sip*.

—¿Y las mataste? —insistí.

—Ajá.

Debería haberme sentido mal por ellas, o al menos haber sentido algo, pero lo cierto era que mientras menos magia negra existiera por el mundo y menos brujas practicantes de esa magia maldita hubiera, mejor.

—¿Y estás seguro de que no hubo nada más? —Odiaba mi necesitad de asegurarme de ello, pero era algo que estaba fuera de mi control.

Gabriel me acunó la cara y me obligó a mirarlo.

—Entra en mi mente. No es un lugar bonito para visitar y hay cosas que preferiría que no vieras, pero lo que soy y lo que tengo es tuyo, y eso incluye mis pensamientos y mis memorias.

Toqué su rostro y lo miré a los ojos. Decía la verdad. Por un momento, titubeé ante su ofrecimiento, insegura de si quería descubrir las partes más oscuras de un hombre como él. Fue una duda estúpida. Lo quería todo de él, lo bueno y lo malo, sus sueños y sus pesadillas, pero sobre todo a él.

Capítulo Cincuenta Y Uno



Andrea

No pretendía besarlo, pero una fuerza invisible me arrastró hacia él como si acabara de convertirse en mi nuevo centro de gravedad. Sus labios cálidos y firmes permanecieron quietos mientras yo los rozaba con los míos, despacio, sin apenas tocarlos, recreándome en el leve cosquilleo que creaba el contacto.

Los dedos de Gabriel se hundieron en mi cintura, pero esperó paciente a que fuera yo quien llevara las riendas, o lo fue hasta que lo raspé con delicadeza con los dientes y lo mordí con suavidad, dejando que su deliciosa sangre nos hiciera gemir a ambos.

Con un gruñido me reubicó sobre su regazo, sentándome a horcajadas sobre él. Ninguno hicimos nada por evitar que la sábana cayera envolviéndose alrededor de mis caderas y que me dejara expuesta ante él. Fue como si, por unos segundos, el mundo se detuviera. En el silencio que siguió, solo se oía nuestro aliento desacompasado y el potente latido de nuestros corazones. Latían al unísono, como debía ser.

Sin perder de vista sus ojos, me incliné hacia él, hasta que mis pezones se calentaron al contacto con su pecho descubierto. ¡Por la Diosa! ¿Cómo era posible que aquel hombre pudiera darme tanto placer sin tan siquiera acariciarme?

«¿Crees que, si confieso en voz alta que tú eres mi diosa, la tuya se ofenderá contigo?».

Mi corazón se saltó varios latidos y mi corazón se infló.

«¿Crees que lo harán tus dioses si digo que eres el único dios al que pienso adorar?», pregunté de vuelta.

Su pecho vibró con un gruñido que, en cualquier otro hombre, habría sonado como un ronroneo.

«Yo no ronroneo» —afirmó convencido—. Y me da igual lo que piensen los dioses, a partir de ahora, solo hay un hombre por el que te pondrás de rodillas.

Alcé ambas cejas y solté un bufido.

«¿Qué te hace pensar que me pondré de rodillas por ti?».

Su sonrisa se ensanchó y la vista sus largos colmillos me arrancó un estremecimiento que se instaló en la parte baja de mi columna. Despacio, como el depredador que era, se inclinó hacia mí. Mis pechos quedaron aplastados contra él y su aliento me acarició el oído cuando me susurró:

—Porque, cuando haya acabado contigo y te tenga temblorosa y sudorosa debajo de mí,

demasiado ronca como para seguir gritando mi nombre, no te quedará más remedio que aceptar que soy tu dios; porque, cuando aceptes que eres mía, querrás hacerme tuyo y obligarme a olvidar a cualquier otra mujer u hombre que alguna vez se hayan acercado a mí.

—¿Algún motivo más? —raspé ronca. Ni siquiera pude controlar el temblor cuando me arañó el lóbulo de la oreja con sus ásperos dientes.

—Que, sin importar cuánto me odies y detestes a veces, también me deseas y tú no eres una mujer que se conforme con migajas. Me quieres entero, por completo, en cuerpo y alma, y no te detendrás hasta conseguirlo, ni siquiera cuando eso signifique tener que ponerte de rodillas en el proceso.

No fue hasta que mi jadeo ahogado se extendió entre nosotros que me di cuenta de que había comenzado a balancearme sobre él y que su erección se presionaba dura y exigente contra mí. Fui a llevar mis manos al botón de su pantalón para liberarlo, pero me sujetó por las muñecas colocándomelas a la espalda para retenerlas allí, lo que hizo que mi espalda se arqueara y que mis pechos quedaran expuestos como una ofrenda ante él.

Gabriel bajó la cabeza y dejó que su aliento caliente y húmedo los envolviera, incitando a mis pezones a erguirse y salir en su busca, pero mantuvo la distancia, limitándose a guiar mis movimientos sobre él sin soltar mis muñecas.

—Sabes que esto no cambiará nada, ¿verdad? —le advertí sin aliento—. Seguiré haciéndote pagar por lo que me has hecho.

Sus ojos se mantuvieron fijos sobre mi rostro.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por el resto de la eternidad.

El agarre de sus manos se intensificó y sus pupilas se dilataron hasta dejar solo un fino anillo verde a su alrededor.

—Para poder torturarme tendrás que estar a mi lado. —Su pelvis se alzó, apretándose contra el vértice de mis piernas y obligándome a cerrar los ojos para hacer frente a la intensa ola de placer.

Era consciente del calor líquido que emanaba mi cuerpo y que, probablemente, estaba manchándole los pantalones, también de la forma en que mis pezones dolían de necesidad y cómo mi vientre se contraía, pero el único modo de evitarlo era alejándome de él, y eso era lo último que deseaba hacer. Lo último que iba a querer hacer nunca, me di cuenta.

—Seré tu sombra hasta que me pagues lo que me debes —musité, ajustándome a sus movimientos para incrementar la presión.

—Tendrás que cobrarme intereses —murmuró contra mi areola, justo antes de englobarla en su boca y chupar.

Por la habitación resonaron gemidos roncos, pero la sangre corría con tal fuerza por mis oídos que apenas podía discernir nada más y mi capacidad de pensar con lucidez había dejado de funcionar hacía un buen rato.

—Te mereces los intereses más altos que te puedas imaginar y se duplicarán con cada día que pase —jadeé distraída.

—¿Quieres condenarme a pagar mi deuda contigo durante el resto de mi vida? —Por la forma en que sus dedos se aferraban a mis caderas, la idea no parecía desagradarle.

—Y más allá, si no consigues pagarla en esta.

—Acepto —gruñó, justo antes de que sus colmillos se clavaran en mi pecho y mi cuerpo entero convulsionara sobre él en una avalancha de éxtasis tras otra.

Capítulo Cincuenta Y Dos



Andrea

Exhausta, levanté la cabeza de su hombro y apoyé mis palmas en su firme pecho. Su mano, que había estado trazando calmantes círculos sobre mi espalda, se deslizó hasta mi trasero. Seguíamos sentados en el sillón, yo encima de él, con la sábana enredada alrededor de mis piernas mientras él, por desgracia, seguía con el pantalón puesto. Estudié su semblante.

Cualquier otra persona habría hecho el intento de comentar algo para romper el silencio o se habría sentido incómoda con mi inspección. Pero Gabriel no. Permaneció relajado, recostado contra el respaldo, trazando pequeños patrones sobre la piel desnuda de mi cintura. Imagino que la paciencia era un requisito para un cazador de su nivel.

Mi shangrile… El concepto me resultaba curioso. Hacía meses que descubrimos lo que éramos el uno con respecto al otro. Nos habíamos lanzado aquella palabra durante nuestras trifulcas, usándola como un insulto, pero no fue hasta ese instante, que comenzó a adquirir sentido y convertirse en una realidad. Alcé los dedos para trazar la larga cicatriz que cruzaba el lado derecho de su rostro. Por sus ojos cruzó una sombra, puede que de preocupación o tal vez de vergüenza, pero desapareció tal y como había aparecido. Me alegré de que lo hiciera. Como había dicho Sammy, las cicatrices nos recordaban las batallas que habíamos superado y la fuerza que nos habían regalado. Aquella marca formaba parte de él y me sentía orgullosa de que la portara.

La mirada de Gabriel cayó sobre el tatuaje que me recorría el hombro. Cuando sus ojos oscuros y profundos volvieron a encontrarse con los míos, me cogió por la nuca y me atrajo a él. Nuestros labios se rozaron, despacio, sin prisas, como si la eternidad se condensara en ese beso con una ternura y delicadeza casi efímeras. Sin embargo, en cuanto los suyos se entreabrieron (o tal vez fueran los míos), fue como si cualquier desinhibición o reparo se esfumara. Su lengua profundizó en mi boca con ganas, hambrienta, como si necesitara familiarizarse conmigo desde esta nueva perspectiva, y yo me entregué a él y a esa necesidad de conocernos de nuevo.

Fue como si alguien arrancara la alfombra bajo mis pies y me lanzara a un abismo sin fondo en el que mi cuerpo flotaba en el vacío. Estaba dispuesta a seguir flotando por el resto de la eternidad en aquel limbo, donde lo único que existía era el exquisito placer que me envolvía y él, Gabriel, mi *shangrile*. De repente, fue como si mi conciencia se expandiera, fusionándose con la

suya. Fue una sensación vertiginosa y, sin pretenderlo, me sumergí en su mente.

Evité los momentos oscuros y dolorosos de su larga existencia, dejándolos para un momento en que ambos nos sintiéramos más cómodos en compartirlos, y me detuve en los más recientes: Su soledad, su confusión al descubrir que era su *shangrile*, su angustia al verme actuar de formas que no comprendía, su orgullo al verme capear a los otros cazadores, su fascinación por espiarme desde las sombras, sus intentos fallidos por luchar contra su creciente atracción por mí… Me centré en su determinación de luchar por mí, con su satisfacción de ser mi compañero eterno, y la calidez que le provocaba mi cercanía y nuestras miradas compartidas.

Me inundó placer, aunque no habría sabido confirmar si era el suyo o el mío, o quizá el de ambos combinado mientras nuestros cuerpos se entrelazaban y nuestras lenguas danzaban al ritmo de una melodía compuesta por entrega, sinceridad y… Por un momento titubeé y nuestro beso se interrumpió. Gabriel abrió los ojos, contemplándome con un destello de diversión en sus pupilas dilatadas.

—Amor —completó mi pensamiento por mí y su voz resonó tanto en mi mente como en mis oídos—. Te aseguro que pronunciar o pensar en esa palabra no te causará ningún sarpullido.

Reprimí una sonrisa y entrecerré los ojos.

—¿Me estás leyendo la mente? Creía que era mi turno de explorar la tuya.

Sus labios se curvaron al reclinarse en el respaldo, sin soltarme.

—No es culpa mía que, cuando entras en pánico, te pongas a gritar.

Arqueé una ceja y traté de ignorar la forma en que el calor se me acumulaba en las mejillas.

—¿Quién ha dicho nada de entrar en pánico? Además, ¿no acabas de acusarme de que no me atrevía a pensar en esa palabra? ¿Cómo podría proyectar algo en lo que supuestamente no me atrevo a pensar?

Su ceja se arqueó a imitación de la mía. Juraría que el hombre había practicado ese gesto frente a un espejo; era imposible que alguien fuera tan guapo con una ceja más alta que la otra. ¡Ups! ¿Eso lo había pensado mientras él estaba leyéndome la mente? Lo último que me faltaba era alimentar su engreimiento y su inflado ego.

—¿Esa palabra? —se mofó, antes de soltar una carcajada que reverberó en su pecho, como si hubiera reparado en el resto de mis pensamientos con un pequeño retraso. Sus labios se estiraron de oreja a oreja—. No es culpa mía que sea tan atractivo y que no puedas resistirte a admirarme. Y, solo para que conste, no soy engreído.

«*Nop*, para nada», pensé sin ocultar mi sarcasmo.

«Pequeña arpía», su voz resonó en mi mente con una mezcla de diversión y ternura que me hizo querer achucharlo para comprobar que era real.

«Insúltame y, en lugar de Grandullón, te llamo Gabrielito por el resto de la eternidad».

Gabriel resopló exasperado, aunque el buen humor en sus ojos no desapareció.

—Eres imposib…

Se interrumpió cuando una lenta vibración recorrió el apartamento, incrementándose hasta hacer que temblaran las paredes. Ambos nos congelamos, nuestros colmillos se extendieron y nuestros músculos se tensaron. Asustada, miré al techo por temor a que se desplomase sobre nosotros.

—¿Qué…? —Creo que jamás había visto a Gabriel tan pálido como en ese instante.

—¡Diosa! —exclamé al ver las enormes letras que aparecieron en la pared.

¡CORRED!

—¡Nos están atacando! —rugió Gabriel cuando resonó un estruendo en la entrada del apartamento—. ¡Vístete, rápido!

Apenas me dio tiempo de saltar de su regazo, que se lanzó a por sus armas. Ignoré las sábanas, que acabaron arremolinadas en el suelo, para correr al armario, rezando para que Sammy o el apartamento me hubieran dejado ropa adecuada para luchar. Abrí las puertas con brusquedad y solté un suspiro de alivio al descubrir la equipación negra.

Gabriel y yo intercambiamos una mirada cargada de preocupación cuando oímos voces en el salón. Los piratas nos habían encontrado. Mis manos temblaron mientras me abrochaba el pantalón cargo y no hice ni el intento de ponerme el sujetador deportivo, por falta de tiempo.

Gabriel sacó mis dagas de debajo del colchón y las depositó en mi palma. Sujetó mi rostro con ambas manos, obligándome a mirarlo. Presionó sus labios sobre los míos con rapidez e intensidad y me aferré a sus muñecas al percibir el tinte a despedida que contenía.

«Voy a entretenerlos. Sal por la puerta trasera, rodea el lago de arena por el sur. A unos cinco metros de altura, encontrarás otra cueva que te llevará fuera del valle. Allí está pastando la bestia que nos trajo. Monta en él y dirígete hacia el oeste, hasta la próxima ciudad. Si no llego en los próximos tres días, contacta con el aquelarre que encontrarás allí y negocia con ellos el acceso al portal. Tendrás que entregarles un vial de sangre. No te confíes y no permanezcas en el Inframundo. Es preferible que te enfrentes a los cazadores en la dimensión humana que a los piratas en esta».

«No voy a dejar que los enfrentes tu solo», declaré de inmediato.

«Cielo, sé que eres una luchadora formidable, pero eso no cambia que ahora seas mortal. Caeremos ambos si te quedas. Soy un anciano, puedo regenerarme. Aunque me capturen, encontraré la forma de…».

«Olvídalo, me quedo contigo». Mis ojos se abrieron cuando el sonido de botas resonó en el pasillo. ¡Estaban allí!

Gabriel apretó los labios.

«No dejes que te capturen, pero, si lo hacen, haz lo que sea necesario para sobrevivir». Me presionó algo en la mano antes de desaparecer de mi vista. «Es el único recuerdo que conservo de mi madre. Ahora es tuyo».

Un instante después, el aire se llenó de gritos y golpes a velocidades inhumanas y el sonido había retrocedido de nuevo al salón.

Mi mano se cerró sobre el regalo que me había dejado Gabriel sin atreverme a mirarlo y descubrir lo que era. Recuperándome de la impresión, terminé de ponerme la camiseta negra y cerré el armario, solo para quedarme petrificada al enfrentarme a un par de ojos azul hielo.

Capítulo Cincuenta Y Tres



Andrea

Incrédula, miré al hombre que se encontraba sentado relajado en el sillón que menos de un minuto antes habíamos ocupado Gabriel y yo.

—¿Frost?

—Diría que es un placer volver a verte, Andrea, pero creo que te sentirías insultada si lo hiciera.

Su presencia no tenía ningún sentido en el apartamento de Sammy, a menos que estuviera allí por órdenes de la Bruja del Este. La posibilidad hizo que me recorriera un escalofrío que se instaló en mis extremidades. No podía permitir que ella volviera a capturarme. Ya estaba condenada, me había dejado claro que ya no le interesaba, entonces, ¿qué quería de mí?

—¿Qué haces aquí? Creí que eran los piratas los que nos estaban atacando. —Si me hubiera quedado sangre en la cara, me habría abochornado de la forma tan patética en la que me falló la voz.

—No te equivocas, me temo que son ellos los que acaban de invadir vuestro encantador nidito de amor —respondió Frost con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Con disimulo, tomé una profunda inspiración, enderecé los hombros y mantuve la barbilla alta. Un depredador no se convertía en presa hasta que lo permitía o dejaba que su miedo lo superara.

—¿Estás con ellos? —pregunté, forzando una nueva firmeza en mi voz.

—Supongo que podría decirse que sí —replicó con sencillez.

—¿Por qué? —exigí con frialdad—. Pensé que conocías a Gabriel y que lo respetabas.

Frost encogió un hombro y cruzó las piernas.

—Negocios. Me propusieron un contrato que me interesaba.

¡Maldito cabrón! Debería estar acostumbrada a aquellas alturas a la forma en que las criaturas poderosas solo solían pensar en ellas mismas.

—¿Considerarías una contraoferta? —le ofrecí, manteniéndole la mirada.

Por la forma en que la comisura de sus labios se curvó, mi propuesta pareció hacerle gracia.

—Es posible.

—Entonces ordénales que paren y podremos llegar a un acuerdo.

—Me temo que mis tratos nunca son tan sencillos —contestó sin inmutarse.

—¿Qué quieres? —fui directa al grano.

Frost ladeó la cabeza, sin duda planteándose las condiciones que podían resultarle más ventajosas.

—Un alma por un alma —replicó al fin.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunté con la mandíbula desencajada.

—¿Te parece que lo estoy haciendo?

Me bastó mirarlo a los ojos para comprender que no estaba bromeando.

—En ese caso, ¿lo que me propones es que entregue mi alma por dejar libre a Gabriel?

Frost me estudió con una mirada que delataba que tenía mucha más edad de la que aparentaba.

—Esa es una interpretación interesante de mi oferta. ¿Qué te hace pensar que prefiero tu alma a la de él?

—Nada. —Le mantuve la mirada—. Pero no aceptaré un trato que implique sacrificar su alma por la mía.

El aire pareció cargarse de electricidad estática por la forma en que se me puso el vello de punta, mientras Frost consideraba mis palabras. En el salón, se oyó el estruendo de algún objeto cerámico al estallar y, por puro instinto, revisé las señales que me llegaban a través del vínculo. La preocupación de Gabriel se mezclaba con su fría determinación de vencer y mantenerme a salvo. Debería haber estado luchando a su lado, guardándole las espaldas, pero mi instinto me advertía que mantener a Frost entretenido y alejado de la batalla era lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias.

—¿Ni siquiera, aunque él te haya estado cazando durante meses? —me provocó Frost con inocencia—. No tuvo ningún reparo en apresarte en un baile público, delante de mis numerosos invitados. Incluso se burló de ti.

Tragué saliva e intenté ignorar el bochornoso calor que me ascendió por las orejas.

—Estaba haciendo su trabajo —murmuré ronca.

—Mmm, por la información que me pasaron, en la taberna te humilló aún más. Dicen que eras toda una visión, arrodillada sobre un suelo mugriento y un plato rebosante de restos de escupitajos como desayuno. —Sus labios se estiraron hacia un lado cuando mis labios se retractaron y dejaron mis colmillos a la vista. Juro que no tenía ni idea de qué me había parecido atractivo en Frost cuando lo conocí; estaba podrido por dentro. Disfrutaba clavándoles una estaca a sus víctimas para luego retorcerla y causarles agonía—. Te advertí que nada ocurría en mis territorios sin que yo me enterase —se mofó cuando me clavé las uñas en las manos y un leve aroma a sangre inundó el dormitorio—. Además, diría que fue precisamente esa exhibición de poder de Gabriel lo que provocó que ahora estéis en esta situación —señaló, haciendo referencia a los piratas.

Me tomó toda mi fuerza de voluntad y entrenamiento mantenerme calmada. No porque Frost hubiera mentido o no tuviera razón, sino justo por lo contrario. Los dos lo sabíamos, y eso era lo que tanto le divertía.

—No importa lo que Gabriel haya hecho o dejado de hacer. Detén a tus compinches y llévate mi alma por la de él.

Frost se levantó sin prisas del sillón y se reajustó la ropa con tranquilidad.

—Me temo que ese trato no me interesa. Tengo planes para los que puedes serme de gran utilidad.

Reprimí mi necesidad de abrazarme a mí misma.

—Entonces, úsame a cambio de dejar a Gabriel libre —le ofrecí, temiendo lo que eso podía significar.

Frost soltó una carcajada baja.

—Si lo liberase ahora y descubriera el trato que te he ofrecido, vendría directamente a por mí. No tengo ni la menor duda de que lo vencería, pero no sería fácil, en especial, cuando lo que está en peligro es su *shangrile*. Solo tienes que escuchar cómo está peleando ahí afuera. Diría que ha acabado con al menos nueve de los veinte demonios.

Dejé de respirar cuando mencionó la cantidad de piratas que había. Gabriel necesitaba ayuda. El apartamento era demasiado pequeño para enfrentarse a tantos oponentes a la vez, y él mismo me había advertido que eran hombres acostumbrados a luchar y a jugar sucio. Titubeé entre salir en su ayuda o mantener a Frost ocupado.

—¿Qué quieres de mí? —exigí.

—Nada por ahora, solo que vengas conmigo. En el futuro, me entregarás un alma de mi elección a cambio de haber renunciado a la tuya.

A duras penas, reprimí un gruñido. ¿Me había tomado por idiota? Alcé la barbilla.

—Nadie firmaría semejante barbaridad. Por todo lo que sé, podrías pedirme que te entregara a mi primogénito o a mi *shangrile* si escapamos con vida.

Sus labios se fruncieron como si estuviera empezando a perder la paciencia.

—Si te garantizo que ninguno de tus descendientes o *shangrile* están incluidos en el trato, ¿lo aceptarías?

—Sí, si incluyes a Gabriel bajo tu protección.

El rostro de Frost cambió con una mueca de desprecio.

—Gabriel es un inmortal. Existe la posibilidad de que pueda salvarse por sí mismo si no tiene que preocuparse por ti. —Inclinó la cabeza hacia la puerta, deteniéndose a escuchar—. Aunque puede que sea demasiado tarde.

—¡¿Qué?! —Me lancé hacia la puerta, pero un firme agarre sobre mi brazo casi me hizo caer —. ¡Suéltame si no quieres que acabe contigo! —siseé airada.

Impulsada por la desesperación y la sed de sangre, me lancé contra Frost con los colmillos extendidos, mientras mis garras se dirigían a sus ojos. Frost esquivó el ataque con una velocidad imposible incluso para un vampiro. Su mano se cerró alrededor de mi muñeca y, con un movimiento fluido, me lanzó contra la pared. El impacto resonó por la habitación y me dejó sin aliento.

Antes de que pudiera recuperarme, Frost estaba sobre mí, su mano helada cerrándose alrededor de mi garganta. El crujido de su tibia al propinarle una fuerte patada me arrancó una sonrisa, pero la satisfacción duró lo que él tardó en soltar una carcajada y su pierna en regenerarse. ¡Maldita fuera! ¡Los brujos no se recuperaban así sin más!

—Mmm, empiezo a entender por qué Gabriel ha disfrutado tanto cazándote. Eres la presa perfecta, o lo serás cuando aprendas a controlar ese genio.

—¡Vete a la mierda! —mascullé, rajándole la vena de su antebrazo mientras trataba de propinarle un rodillazo en la entrepierna.

—Ah, ah —rio, evitando el encuentro con mi rodilla en un movimiento fluido—. ¿Te parece bonito insultar al hombre que puede salvarte de algo peor que la muerte? —se burló, antes de lanzarme al otro lado de la habitación.

—Tú no quieres salvarme, lo que quieres es usarme —mascullé, escupiendo sangre mientras trataba de recuperar el aliento.

—Nunca he negado que soy un hombre de negocios —replicó, revisándose con indiferencia la ropa—. Pero dime, vampiresa, ¿quieres que los últimos momentos de tu compañero consistan en presenciar cómo una docena de demonios y monstruos te violan y torturan frente a él?

Me paralicé con el horror que me evocaron sus palabras.

—Yo… Eso…

—Eso es justo lo que sucederá si sales ahí, oliendo a sexo, y con tu hombre herido y superado. Aunque, si somos honestos, no creo que aguante mucho más defendiendo el pasillo y, cuando él caiga, esos demonios vendrán derechos a por ti.

¡Mierda! Ni siquiera me había planteado por qué nadie, excepto Frost, había llegado hasta el dormitorio. Tenía razón, no solo estaba costándole la pelea a Gabriel, sino que no podía dejar que presenciara lo que fuera que quisieran hacerme. Tratar de vencer a Frost tampoco era una opción. Me gustase o no, era hora de admitir que me superaba con creces. Abrí la mano para contemplar el antiguo alfiler, decorado con una preciosa libélula con delicadas alas traslúcidas, que Gabriel me había entregado. Volví a cerrar la mano con una enorme presión en el pecho.

—Acepto, con una condición —declaré entre dientes.

—¿Cuál?

—Necesito despedirme de él.

—No.

—Es mi *shangrile*, el vínculo está recién formado y estoy segura de que me has roto al menos una costilla. Si no me alimento de él antes de marcharme, probablemente muera antes de llegar al portal. Su sangre es la única que mi cuerpo aceptará durante días, quizá semanas —mentí.

Si Gabriel moría, yo lo seguiría. Y si sobrevivía…, a menos que me rechazara, iba a hacer que alimentarme de otros me resultara igual o más repugnante que beber la sangre de un demonio.

Frost apretó la mandíbula.

—Un minuto —advirtió, extendiendo su pálida mano hacia mí para cerrar el trato.

—Dos —traté de negociar, mientras me levantaba con dificultad apoyándome en la pared.

¡Maldita fuera! Me dolía hasta el hueso del dedo meñique del pie.

—Un minuto y ni un segundo más —sentenció con gelidez.

A regañadientes, acepté su mano. En el mismo instante en que nuestras palmas se tocaron, un etéreo hilo azul rodeó nuestras muñecas, uniéndolas hasta desaparecer bajo nuestra piel con una suave vibración que me indicó que el pacto había quedado sellado por magia.

Cuando me soltó, Frost tiró de la cinta de cuero que tenía alrededor del cuello y abrió el pequeño tubo con labrados de plata que colgaba de ella. Extrajo una perla azul que brillaba con luz propia y la estrujó entre sus dedos, dejando caer el polvo resultante al suelo.

—Te sugiero que te apresures si quieres aprovechar tu minuto —masculló entre dientes.

Me tomó un parpadeo entender a qué se refería, pero salí pitando hasta el salón con una daga en la mano y toda la intención de ayudar a Gabriel a acabar con algunos demonios más.

«Gabriel, abre un hueco para que pueda luchar contigo. ¿Gabriel?». El silencio en nuestro vínculo hizo que la sangre se me helara. Mi corazón se aceleró al percatarme de que ya no se escuchaba ningún sonido proveniente del salón.

Lo último que esperaba encontrarme al llegar fue a Gabriel tirado en el suelo, con las muñecas restringidas por grilletes de plata en su espalda y tan inmóvil que parecía estar muerto. En realidad, todo estaba inerte. Desde los demonios que seguían en pie a un jarrón suspendido en el aire a medio caer.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —le exigí a Frost, que examinaba interesado uno de los coloridos cuadros de Sammy.

—Que, mientras para ellos el tiempo se ha detenido, a ti se te agota —contestó sin apartar la

mirada de la pintura, llegando incluso a inclinarse para olisquearla—. Fascinante —murmuró.

Aprovechando su distracción, me arrodillé junto a Gabriel. No sabía qué esperar, pero al tocarle el pulso en la garganta estaba ausente. Supongo que tenía sentido si había entendido bien a Frost y el tiempo estaba paralizado.

La magia del pacto que había cerrado con el brujo seguía vibrando bajo mi piel. Tenía un minuto. ¡Menos de un minuto!

Capítulo Cincuenta Y Cuatro



Andrea

Donde el palacio de Azrael era pura y sofisticada elegancia y el castillo de Frost en el Inframundo representaba la magnificencia oscura en su máxima expresión, el castillo de mi padre era… una pesadilla hecha realidad. Al menos, así lo veía yo.

Bajo la luz de la luna, las paredes de piedra gris parecían estar cubiertas por sombras hambrientas, dispuestas a devorar a cualquiera que osase acercarse a ellas. Que estuviera cubierto de musgo o que el torrente de agua que caía en ese instante del cielo lo volvieran borroso a la vista, no ayudaba. Era como si la falta de humanidad y la ausencia de alma de mi padre se reflejaran en el exterior del edificio. El viejo castillo era su fiel reflejo: adusto, frío y depravado, un monstruo del que era mejor mantenerse alejado.

Me estremecí ante el viento gélido que silbaba entre las almenas y traía consigo el eco distante de gritos ahogados. Odiaba aquel lugar, lo odiaba con todo mi ser. Incluso el Inframundo era un lugar mil veces mejor que ese. Me concedí el lujo de cerrar los ojos por unos segundos. Tomé una profunda inspiración para superar el vértigo que me había provocado el inesperado salto dimensional y, de paso, para armarme de valor. En un momento, estaba arrodillada al lado de Gabriel; al siguiente, Frost había puesto una mano sobre mi hombro e, instantes después, el vórtice que me había engullido prácticamente me había escupido allí, sobre la colina frente al castillo de mi padre. Cómo el maldito brujo había adivinado que era justo ahí donde necesitaba ir, era algo que prefería no analizar.

Busqué en mi interior y seguí el vínculo que me unía a Gabriel, relajándome ante el débil pálpito. Era inmortal, se recuperaría de sus heridas y unos grilletes eran lo último que iban a detenerlo, fueran de plata encantada o no.

Para cuando volví a abrir los ojos y me obligué a andar en dirección a la entrada principal del castillo, había recuperado mi determinación y mis objetivos volvían a estar claros: revisar la biblioteca en busca de respuestas para recuperar mi inmortalidad, asegurarme de que mi madre y mi hermana estuvieran bien y ponerlas a salvo, condenar a mi padre al infierno si hacía falta y librar a Gabriel tanto de su prisión actual como de estar encadenado a mí.

Las miradas de los siervos que se encontraban trabajando bajo el inclemente temporal, me siguieron con disimulo al acercarme al enorme portalón, pero, en el instante en que pasé por su

lado y traté de saludarlos, agacharon la cabeza y evitaron el contacto visual. Me clavé las uñas en las palmas. El dominio de mi padre era asfixiante y bastaba fijarse en el precario estado de sus trabajadores para confirmarlo. Sus ropas andrajosas y cuerpos demacrados revelaban el hambre y las largas jornadas de trabajo extenuante a las que eran sometidos. En realidad, llamarlos siervos era pura hipocresía. Eran sus esclavos. Siempre lo habían sido y no tenían forma de liberarse de sus garras hasta el día en que mi padre soltara su último aliento.

No me extrañaba que evitaran mirarme a los ojos. Pocos eran los que sospechaban que yo era tan esclava como ellos. En el pasado los había tratado con la frialdad y la superioridad que mi padre esperaba de mí, e incluso con crueldad cuando la Bruja del Este me dominaba.

Intenté no encoger la nariz cuando me alcanzó el hedor a miedo, que se había vuelto más potente al mezclarse con la humedad del ambiente. El simple hecho de que trabajasen bajo aquel aguacero ya confirmaba que nada en el territorio de mi padre había cambiado durante mi ausencia.

Antes de que llamar a la pesada puerta de madera, esta se abrió con un chirrido. Una figura esquelética, de piel tan blanca que prácticamente relumbraba en la penumbra, apareció en el umbral. En cuanto me encontré con los compasivos ojos azules, parte de mi tensión se disipó.

—Señorita Andrea. —El anciano mayordomo inclinó la cabeza y me dejó pasar.

—Karavan, es bueno verte respirando aún, viejo cascarrabias —respondí, permitiéndome una pequeña sonrisa.

Las comisuras de los labios del anciano se curvaron de forma apenas perceptible. Si los rumores eran ciertos, era un mestizo, producto de un encuentro desafortunado entre un ogro de hielo y una duende gigante, que lo abandonó al nacer ante los escalones de mi abuela. Lo que explicaba sus orejas redondas y su porruda nariz, pero no el enorme corazón que albergaba en su interior.

—Yo también me alegro de verla, señorita Andreíta.

Mi pecho se llenó de calidez ante el nombre, uno que solo usaba cuando mi padre no se encontraba por los alrededores y que formaba parte de nuestro lenguaje secreto desde la infancia. A ojos ajenos, nuestro saludo podría resultar frío y formal, pero entre Karavan y yo sabíamos que habíamos dicho mucho más de lo que indicaban las apariencias. Él era mi familia, más de lo que mi padre sería nunca, y acababa de confirmarme que nada había cambiado al respecto.

Al pasar por su lado, le cogí con disimulo la desproporcionada mano arrugada. Su tacto me recordaba a un papiro arrugado cubierto de talco. Se la apreté con suavidad. Era apenas un momento, pero el apretón que me devolvió fue casi mejor que un abrazo.

—Su padre se encuentra reunido en este momento, pero lo avisaré de su llegada —me informó Karavan, su voz baja y cautelosa.

—No hay prisas —me apresuré a asegurar con una sonrisa forzada—. Puedo esperarlo en la biblioteca, si no supone ningún inconveniente.

—Por supuesto que no, señorita Andreíta. —Sus ojos recorrieron mi atuendo empapado—. ¿Desea pasar primero por su habitación para ponerse algo de ropa seca?

Sus palabras me recordaron que seguía vestida como un mercenario humano. A mi padre podría no interesarle si enfermaba o me moría de una pulmonía, pero detestaba a los humanos y cualquier cosa asociada a ellos. Sin contar que unos pantalones y botas militares no eran atuendos adecuados para una dama de su familia.

—Lo agradecería, sí.

Con una inclinación de cabeza, Karavan me precedió despacio, como si el tiempo no existiera y careciera de importancia. Por desgracia, ese no era el caso y tuve que morderme los

labios para no pedirle que forzara su enjuto cuerpo a darse más prisa.

—¿Cómo está mi madre?

Sus pasos vacilaron y su espalda se enderezó por varios segundos.

—Llamaré a su cuidadora para comprobar si puede visitarla antes de reunirse con el señor.

—Karavan —insistí, alertada por su respuesta evasiva—. ¿Cómo está mi madre?

El anciano se detuvo y se giró para mirarme. La tristeza en sus ojos hizo que se me encogiera el corazón.

—Sería mejor que la visitara antes de volver a marcharse —dijo con suavidad.

Se me formó un nudo en la garganta y mis ojos comenzaron a escocer, pero asentí en silencio, temiendo que, si hablaba, mi voz me traicionaría.

—¿Y mi hermana?

Una expresión de torturado pesar cruzó el rostro arrugado con tanta rapidez que, de no haber estado observándolo con atención, se me habría pasado por alto.

—Nadie ha escuchado nada de ella en semanas —respondió, su tono cuidadosamente neutral.

Me recorrió un escalofrío ante la noticia. Semanas… Ese era el tiempo que había estado desaparecida en el Inframundo. Tenía que ser una coincidencia. ¿O la había…? Tragué saliva intentando deshacer el nudo en mi garganta.

—¿Sigue viva? —pregunté a pesar de que temía la respuesta.

—Nadie ha oído nada de ella —repitió Karavan, pero su cabeza hizo un breve gesto de asentimiento, tan sutil que podría haber sido un tic involuntario.

Solté despacio el aire que había estado reteniendo y me aferré a la esperanza de lo que podía significar aquel gesto. Al mismo tiempo, la cautela de Karavan me recordó que posiblemente estábamos siendo vigilados. Mi padre era tan obsesivo y desconfiado que no me extrañaba que tuviera a alguien vigilando incluso a su propia sombra.

—De acuerdo —dije forzando un tono frío y desinteresado—. Será mejor que sigamos a mi habitación. Me gustaría vestirme de forma apropiada para cuando mi padre pueda recibirme.

Lo último que deseaba era encontrarme con aquel maldito monstruo, pero, si mentir y fingir obediencia me ayudaba a complacerlo para así lograr mis objetivos, que así fuera.

Capítulo Cincuenta Y Cinco



Andrea

A medida que pasaban las horas en la extensa biblioteca de mi familia sin encontrar ni una sola referencia sobre cómo recuperar mi inmortalidad, mis ánimos fueron decayendo. Tampoco encontré nada demasiado interesante sobre la rotura de vínculos entre parejas predestinadas. Lo que había era superficial y parecían más advertencias que soluciones, en especial, aquellas que se centraban específicamente en los vampiros y no mencionaban otras especies.

Seguía buscando la forma de liberar a Gabriel de las ataduras que nos unían cuando una sirvienta llegó a la biblioteca.

—Señorita Andrea, la dama de compañía de su madre ha pedido que le informe que su madre está lista para recibirla.

—¿Se sabe algo sobre si mi padre me atenderá esta noche? —pregunté, tragándome la amargura que me produjo que llamaran a Alicia *dama de compañía* cuando no era otra cosa que una cuidadora.

La cambiaformas se restregó incómoda las palmas en su uniforme y evitó mirarme a los ojos, no sé si porque le producía ansiedad darme malas noticias o porque me reconocía como la depredadora que era. Considerando que su forma animal era un conejo, su inquietud era comprensible. Lo llamativo era que una criatura que la mayoría de los habitantes en el castillo consideraba una presa se hubiera arriesgado a vivir allí en lugar de refugiarse en zonas más seguras de Nocturna, rodeada por otros cambiaformas presa como ella. Apostaba a que era cosa de mi padre, quien, a pesar de menospreciar la debilidad, gustaba de rodearse de seres que pudiera dominar con facilidad y que aguantaban sus abusos sin resistirse demasiado.

—Al señor se le informó de su llegada, pero tenía otra reunión urgente —respondió con un notorio temblor en la voz.

—Está bien —la tranquilicé cuando no paró de tragar nerviosa—. ¿Has venido a acompañarme o puedo ir sola en busca de mi madre?

Mi pregunta hizo que las diminutas orejas ocultas por su recogido saltaran convirtiéndose en largas orejas de conejo. Abriendo horrorizada los ojos, dio dos pasos atrás y se encogió como si esperase que de un momento a otro fuera a agredirla.

—E… el se… señor m…me ha o…ordenado q…que la acomp… acompañe —farfulló con sus pupilas recorriendo inquietas la estancia como si estuviera buscando una ruta de escape.

—De acuerdo, quieres señalarme el camino —le indiqué con el tono más suave y calmado

que pude reunir a pesar de que me rechinaban los dientes.

¡Maldito hijo de perra malnacido! Se suponía que aquel era mi hogar. El sitio en el que había crecido y que le pertenecía a mi madre y a sus antepasados. ¿Cómo se atrevía a ponerme una escolta y a humillarme así delante de los criados? Crispé los puños y me obligué a controlar mi respiración al seguir a la chica, que no dejaba de lanzarme miedosas miradas sobre el hombro e inundaba el pasillo con el hedor acre de su terror. No iba a castigarla por algo que no era su culpa, pero vaya si tenía ganas de estamparle a alguien la cabeza contra la pared.

—Gracias, Esther, puedes retirarte —le indicó Alicia a la sirvienta al dejarme pasar a la que una vez fue la sala de té donde mi madre recibía a sus amigas, y que en ese momento no era más que una bonita jaula de oro.

Al ver a la mujer sentada encorvada en una mecedora frente la chimenea apagada, mis pies se clavaron al suelo. Reconocí el enorme anillo con el sello que llevaba en su dedo, los largos pendientes de esmeraldas y el característico peinado de su cabello, pero aquello era la extensión de lo que me resultaba familiar de ella.

Su piel, antes luminosa y cálida, se adhería a su cara como una máscara blanquecina surcada por venas de un gris plomizo, que parecían arrastrarse como gusanos bajo su tez. Sus ojos, que en mis recuerdos de la infancia destacaban por su inteligencia y vitalidad, permanecían ausentes, fijos en un punto indeterminado frente a ella. Su vestido le quedaba tan holgado que parecía una niña que hubiera tomado prestada la ropa de su madre y algo me decía que el hermoso cabello cobrizo, tan similar al mío, no era más que una peluca.

—¿Alicia? —murmuré con voz aguda. Mi madre no reaccionó—. ¿Qué ha sucedido? —le exigí a su cuidadora sin apartar los ojos de la desconocida que tenía delante—. No han pasado más de nueve meses desde la última vez que vine de visita. ¿Y por qué está ahí sentada y no en la cama? Ni siquiera puede mantenerse erguida —insistí enfadada cuando no hubo respuesta.

¡Por la Diosa! Le habían puesto cojines en los laterales para mantenerla derecha y, aun así, se había caído un poco hacia la izquierda.

Alicia apartó la mirada con los ojos húmedos.

—He dejado la tetera sobre la mesita. ¿Quiere que les sirva o prefiere quedarse a solas con ella?

A duras penas, refrené un resoplido.

—¿Mi padre me permite estar a solas con mi madre? —espeté con amargura.

—Yo… eh… acabo de recordar que olvidé pedir las pastas, voy a la cocina a por ellas —murmuró Alicia, saliendo precipitada de la habitación.

Me entraron ganas de soltar una carcajada. Eso era lo típico en aquella casa. Todos miraban hacia otro lado, respondiendo solo a cuestiones triviales sobre el tiempo, las cosechas y la comida. No es que Alicia me desagradara. Era una buena mujer, que cuidaba de mi madre sin quejarse de las largas horas que debía permanecer a su lado, o de la paciencia que requería tratar con una paciente en esas condiciones, pero que claramente temía que alguien pudiera escucharle decir una verdad. Las verdades estaban prohibidas en aquel castillo, como en otros lugares lo estaban los asesinatos, y se castigaban como un crimen.

En cuanto se cerró la puerta tras ella, me obligué a poner un pie delante de otro. Al llegar ante mi madre, me dejé caer de rodillas y le tomé una de sus manos. Estaba helada y era puro hueso y pellejo.

—Madre —susurré, buscando en vano algún signo de reconocimiento en su rostro—. Madre, ¿puedes oírme?

Cuando no hubo respuesta, apoyé la cabeza en su regazo y cedí a mi necesidad de permitir

que las lágrimas fluyeran de mis ojos.

—Lo siento, madre —musité agotada. ¿Cómo era posible que la Diosa no se dignase a concederme ni un solo momento de respiro? —. Siento no haber estado aquí cuando me necesitabas. Estaba tan centrada en mí misma y en huir que no pensé en lo que os pasaría a ti y a mi hermana cuando yo me hubiese marchado de aquí.

En el instante en que sus fríos dedos me acariciaron el rostro con suavidad, como solía hacer cuando era pequeña, alcé esperanzada la cabeza, solo para encontrarla con la mirada perdida más allá de mi hombro.

Exhausta, volví a apoyar la cabeza en su regazo, deseando grabar en mi memoria el tacto de sus caricias.

—He estado en la dimensión humana y en el Inframundo —murmuré—. ¿Sabías que allí usan la magia como si fuera lo más normal del mundo? Incluso la usan para refrescar las casas. No te imaginas el bochorno que hace allí. ¿Y sabes lo mejor? No hay día ni noche, y el cielo es eternamente rojo, iluminado por las llamas del fuego eterno…

Le conté sobre Zicki y Zeze, *Madame* Salomé, el circo, el lago de arena y hasta de Frost, los piratas y Sammantha, pero sobre todo le hablé de Gabriel y de cómo habíamos cerrado el vínculo después de tanto tiempo.

Para cuando Alicia regresó con un plato de pastitas y otro de sándwiches, el estómago me gruñía de hambre.

—Gracias, Alicia —dije, acercando una silla para sentarme junto a mi madre.

—De nada, señorita Andrea. ¿Le apetece una taza de té?

Mi mirada se posó sobre el juego de té y el frasco de pastillas a su lado. Se me cerró la garganta.

—No, gracias —murmuré, forzando una sonrisa.

—¿Agua, tal vez? —Esa vez, Alicia no esperó una respuesta y me entregó un vaso. Estaba a punto de soltarlo sin probarlo, cuando ella se sirvió otro y bebió, lanzándome una significativa mirada por encima del borde.

Me tensé, pero permanecí quieta. Despacio, me llevé el vaso a los labios y lo olisqueé con disimulo antes de tomar un par de diminutos sorbos. Por lo que podía discernir, era solo agua. ¿De qué iba todo aquello?

Intentando ignorar la extraña interacción, volví a cogerle la mano a mi madre, quien comenzó a acariciarme la palma con un patrón que parecía mecánico.

—Entonces… ¿cómo han ido las cosas por aquí? —pregunté, buscando un tema de conversación seguro para Alicia y que no hiciera la situación más incómoda de lo que ya era.

Cuando Alicia empezó a relatarme cómo, durante las últimas tormentas, el granero de nuestros vecinos había salido ardiendo, ni siquiera intenté prestar atención a lo que decía y en lugar de ello me centré en las caricias de mi madre, hasta que me di cuenta de que el movimiento de sus caricias no solo era extraño, sino que se repetía en bucle.

Al observarla más de cerca, su semblante seguía sin el más mínimo cambio o indicio de estar presente a un nivel consciente y sus ojos se mantenían fijos sobre la pared. No, no sobre la pared, sobre la esquina de la moldura que coronaba la chimenea, decidí, de repente alerta.

—Ajá… —le repliqué distraída a Alicia, sin tener la más mínima idea de qué era lo que estaba contándome.

Estiré la palma para sentir mejor el trazado del dedo de mi madre.

R M A N A B U S C A A T U H E R M A N A A B U S C A A T U H E R M A N A A B U S C A A T U H E R M A N A A B U S C A A T U H E R M A N A A B U S C A A T U H E R

M A N A A B U S C A A T U H E R M A N A B U S C A A T U H E R M A N A B U S C A A T U H E R M A N…

La sangre se me congeló en las venas cuando al fin entendí lo que decía: «Busca a tu hermana».

—¿Dónde? —raspé antes de darme cuenta de que lo había dicho en alto.

—¿Qué? Aaah… —replicó Alicia confundida—. En la mansión de los marqueses de Afterdark.

—Cierto, lo siento, me he despistado un momento —afirmé con una falsa sonrisa mientras trataba de concentrarme otra vez en la escritura de mi madre.

E N L A S M A Z M O R R A S ->

E N L A S M A Z M O R R A S ->

E N L A S M A Z M O R R A S ->

Giré la cabeza en la dirección en que señalaba su flecha. Apuntaba al mismo lugar al que ella estaba mirando. Con delicadeza, cerré la mano alrededor de la suya para apretarla con suavidad e indicarle que había recibido el mensaje.

Me estremecí al recordar las mazmorras sucias y húmedas, en las que mi padre me había encerrado en más de una ocasión. Lo extraño era que Karavan afirmara que había desaparecido cuando mi madre me señalaba que se encontraba allí. ¡Diosa! Lo que habría deseado tener a Gabriel allí conmigo. Se me extendió el ácido en el estómago al recordar por qué no iba a venir y que me encontraba sola.

Capítulo Cincuenta Y Seis



Gabriel

Fue un chillido agudo e irritante lo que me arrancó de la inconsciencia. Algo me trepaba sobre el pecho arañándome en el proceso, mientras oía el crujido de madera y el rugido de olas mezclándose con risas y voces lejanas que me sonaban familiares, aunque no supiera de qué.

Con un gemido áspero, intenté alzar la mano para masajearme la sien y aliviar el mareo que me revolvía el estómago. ¡Mierda! ¿Qué me había tomado para acabar con aquella resaca? No recordaba la última vez que me hubiera emborrachado tanto como para despertar así. Al menos no en los últimos siglos, desde que se había cerrado la dimensión de los fey y se habían agotado las últimas reservas de su néctar real.

En el mismo instante en que un tirón frenó en seco el movimiento de mi brazo y el dolor se irradió por mi hombro y costillas, los desagradables chillidos se agudizaron, diminutas garras se clavaron frenéticas en mi torso y el chirrido de cadenas se sobrepuso al del mar.

Mis ojos se abrieron de golpe, y me encontré cara a cara con la rata sin pelo más horrenda que había visto en mi vida. El maldito bicho me mostró sus puntiagudos dientes negros, de los que goteaba una baba verdosa, con un gruñido que era más grande de lo que le correspondía a una criatura de ese tamaño.

—¡Fuera! —rugí irritado, alzando la mano para espantarla.

Recordé demasiado tarde el pesado grillete que me rodeaba la muñeca y pagué el precio con un agudo pinchazo de dolor en las costillas. Para más inri, la maldita bestia se lanzó a mi hombro y me mordió. Fuego líquido se extendió por mis venas con su tóxico, haciéndome sisear en agonía. ¡Maldito…! Mi mente se nubló. Fue puro instinto de supervivencia lo que me hizo hundir mis propios colmillos en su pustuloso cuerpo y lanzarlo lejos de mí mientras la criatura chillaba con un sonido tan penetrante que amenazó con perforarme los tímpanos.

Apenas tuve tiempo de volcarme a un lado para no vomitarme encima, con el sabor de mi bilis sustituyendo al de la carne podrida, cuando la rata-bestia se giró hacia mí con sus ojos inyectados de sangre y se encorvó, preparada para atacar de nuevo.

A pesar de mis piernas aletargadas, la negativa de mis músculos a responderme y la visión que comenzaba a fallarme, me levanté a trompicones, ignorando el dolor de mis contusiones. Más que verla, cuando la rata se lanzó en mi dirección, oí sus garras arañando la madera. Fue puro instinto que me sujetara a las cadenas oxidadas con las que me habían sujetado a la pared y que alzara el pie en el mismo instante en que ella saltó para abalanzarse sobre mí. El barco crujió

y el mundo se inclinó con brusquedad, haciéndome perder el equilibrio. Acompañado por el repugnante sonido de huesos al quebrarse, la carne blanda y caliente se machacó bajo mi pie descalzo y el chillido agónico, que segundos antes había perforado el aire, se cortó en seco.

Jadeando, alcé el pie en el que había apoyado mi peso. Sangre negra y vísceras se mezclaban con la mugre. ¡Por los dioses de la guerra! Como pude, me restregué el pie contra el irregular suelo de madera para deshacerme de lo peor. El hedor a metal, cenizas y carne en descomposición se hizo más penetrante y me levantó el estómago, amenazando con hacerme vomitar de nuevo. Exhausto, y con el mundo girando a mi alrededor, me desplomé contra la pared y me deslicé inestable al suelo.

Me forcé a mantenerme consciente, a pesar de que una especie de neblina tóxica parecía avanzar por mi mente devorando cualquier pensamiento que encontrara a su paso. Había algo que debía recordar, pero, por más que miraba a mi alrededor tratando de discernir algo a través de la visión cada vez más borrosa, solo veía paredes de madera putrefacta, toneles y sacos deformes y un par de botes que rodaban por el suelo al compás de las olas. Mis náuseas comenzaron a cobrar sentido. Viajar en barco nunca había sido lo mío. Supongo que, después de todo, los piratas no se habían deshecho de mí. El alivio desapareció tan pronto me di cuenta de qué era lo que echaba en falta: Andrea no estaba.

«¿Andrea? ¿Cielo?». Maldije para mis adentros cuando no hubo respuesta a través del vínculo. Apreté la mandíbula cuando otra ola de mareos amenazó con derrumbarme y robarme la consciencia.

No podía permitirme el lujo de desmayarme, no cuando mi *shangrile* podía estar en peligro y necesitarme.

«¿Andrea?». Nada. No podía sentir el vínculo, ni tampoco a ella. Por todo lo que sabía, podía estar muerta.

Dejé que me embargara la furia para no ceder al pánico. Si aquellos malditos demonios le habían hecho daño a un solo cabello de su preciosa cabecita manipuladora, iba a hacerlos sufrir por los siglos venideros, matándolos y rematándolos de las formas más atroces que se me ocurrieran hasta que me rogaran que les cortara la cabeza y los dejara descansar en paz.

Cerré los ojos y, con mis últimas reservas de fuerza, me concentré en encontrar el vínculo que me unía a ella. Me tomó varios intentos localizar el hilo, ahora grisáceo y carente de brillo. Intenté dominar el creciente terror a lo que eso significaba y lo seguí.

Seguir el vínculo era como estar sumergido en una piscina de líquido espeso, en el que cada milímetro de avance requería un esfuerzo hercúleo. Aunque la amenaza hubiera sido morir ahogado en aquella piscina, lo último que estaba dispuesto a hacer era rendirme y dejar que mi *shangrile* se enfrentara a solas a aquel peligro.

No sé cuánto tiempo me tomó llegar al otro extremo del vínculo, pero se sintió como una eternidad. Lo último que esperaba al llegar al final fue no poder ver a través de sus ojos, ni sumergirme en su mente como solía hacerlo. La única emoción que se filtró a través de la turbia conexión con Andrea fue culpa. ¿Por qué culpa?

El mundo se congeló a mi alrededor y hasta mis pulmones dejaron de funcionar al recordar la voz familiar que no había dejado de irritarme al fondo de mi mente: Frost. No lo había visto en el apartamento de Sammantha, pero al final, cuando me derribaron y todo se volvió oscuro… Mi corazón y mi alma se resquebrajaron en una lenta agonía al relacionar la voz de mi *shangrile* con la de Frost, sabiendo que ambos se habían marchado juntos, dejándome a merced de los piratas.

Andrea me había traicionado.

Otra vez.

Intenté tragar, pero tenía la garganta reseca. Retrocedí de nuestra conexión antes de que ella se diera cuenta de que la había encontrado y descubierto lo que había hecho. De vuelta a mi cuerpo, la náusea me superó. Me doblé sobre mí mismo y vomité, indiferente al hecho de que el movimiento del barco esparcía el contenido por el suelo.

Pasaron minutos, tal vez horas, en que estuve sentado en aquella oscura bodega del barco pirata, donde cualquier capacidad de sentir o reaccionar había quedado anulada. Si la última vez que Andrea me traicionó me invadió la sed de venganza, esta vez fue el vacío. Un oscuro y negro vacío que se lo tragaba todo, incluida mi necesidad de escapar.

La primera vez que volví a despertar (a medias), fue cuando un brusco torrente de agua helada me golpeó en la cara. A través de la bruma que me dominaba, escuché a uno de los demonios rechistar sobre sucios chupasangres y maldecir mientras pasaba una fregona a mi alrededor. Ni siquiera me tomé la molestia de mirarlo o tratar de entender lo que decía. Me limité a sacudir la cabeza para eliminar los goterones que me recorrían el rostro y cerré de nuevo los ojos.

La siguiente vez que recobré la conciencia fue cuando un cuenco de lata oxidada impactó con un estrépito al lado de mi pie. Abrí los párpados el tiempo suficiente para determinar que contenía un pegote de masa deforme de arroz, plagado de fragmentos de cucarachas y gusanos. Lo ignoré, al igual que el tarro de agua turbia que lo acompañaba. Mi apatía me ganó una patada en las costillas, que me arrancó un gruñido de dolor cuando me quebró otro par de ellas.

Que mis huesos no se curaran enseguida me confirmó que los grilletes no solo me aprisionaban, sino que me impedían acceder a mi fuerza y a los dones característicos de mi especie. Eso explicaba, además, por qué el tóxico ácido de la rata seguía corriéndome por las venas y por qué las magulladuras y heridas de la pelea no habían sanado.

No era como si fuera la primera vez que me encontrara en una situación semejante, aprisionado, debilitado y herido, pero sí la primera en la que no me importaba y había sustituido los planes de venganza y de escape por simple resignación.

La idea de que Andrea me hubiera abandonado por Frost para salvarse era dolorosa, pero, paradójicamente, también resultaba reconfortante. Conmigo cautivo, sus oportunidades de seguir viva se incrementaban. ¿Y no era eso lo que tanto había ansiado en mis últimos momentos con ella? ¿Encontrar una solución para que ella escapara de la condena en Nocturna? No debería haberme extrañado que Andrea hubiera encontrado su propia solución, aunque fuera a costa de mi libertad y, tal vez, de mi vida.

Intenté reajustar mi postura para aliviar parte de la presión sobre mis costillas. Quizá ese fuera el destino que me merecía después de todo lo que le había hecho. Mi sacrificio por su futuro. Era el plan perfecto. No me extrañaba que proviniera de ella.

Si el dolor constante me mantenía en un agotador estado de duermevela, el picor persistente en la parte interna de mi bíceps me irritaba y me ponía de los nervios, en especial porque, con las cadenas, no conseguía alcanzar el dichoso punto para rascármelo. Con una maldición, retorcí el cuello y me rasqué como pude con la barbilla. Agradecí a los dioses que, incluso los vampiros, tuviéramos barba cuando no podíamos afeitarnos.

Fruncí el ceño cuando me topé con algo que no debería haber estado en mi piel. Despacio, abrí los ojos para mirar y giré el brazo, separándolo de mi cuerpo todo lo que me permitían las cadenas. Me quedé quieto al descubrir la familiar libélula de plata y piedras preciosas que asomaba por mi piel. Me costó varias maldiciones, dolor y un extraño contoneo extraerme el

alfiler con los dientes y escupirlo en mi palma.

No había la menor duda de que era el alfiler de mi madre, el mismo que le había entregado a Andrea como regalo. ¿Devolvérmelo era su forma de comunicarme que me rechazaba a mí y al vínculo que nos unía? Apreté los dientes ante la agonía que me invadió el pecho y traté de no pensar más allá del pequeño objeto metálico que tenía en mis manos. Que fuera de plata explicaba por qué mi cuerpo no lo había expulsado, así como el maldito picor.

Fruncí el ceño. ¿Por qué Andrea me lo había incrustado debajo de la piel y en un sitio tan poco visible? Habría sido más fácil clavármelo en la carne. Insertarlo justo debajo de la dermis implicaba cuidado y premeditación y… que no había querido hacerme daño. Mi espalda se puso rígida. ¿Y si…?

La chispa de esperanza hizo que mi corazón se saltara un latido. ¿Me había vuelto a equivocar con ella? ¿Había vuelto a juzgarla antes de darle una oportunidad de explicarse y defenderse? Fue mi turno de sentirme culpable. ¿Qué clase de *shangrile* era si siempre cometía el mismo error? ¿Por qué no podía simplemente confiar en que el destino me había elegido a la mejor *shangrile* posible entre todas las mujeres del mundo? Recordé lo convencido estaba de su inocencia antes de que los piratas nos interrumpieran. ¿Cómo había podido caer de nuevo en el mismo error?

Por pura inercia, fui a usar la punta del alfiler para abrir los grilletes, pero me detuve en seco. La situación no había cambiado. Si escapaba, Azrael iba a exigirme de nuevo que le entregara a Andrea. ¿Y si, con la ayuda de Frost, ella podía evitar el radar de los cazarrecompensas? ¿Y si él podía mantenerla a salvo mejor que yo? La idea de que estuviera con él me hizo rechinar los dientes, pero no podía negar que sus probabilidades de vivir una vida normal y mantenerse a salvo eran mayores con él que conmigo. Y si Frost la quería como reina, no iba a encontrar a ninguna candidata mejor que mi pequeña guerrera.

Cerré el puño alrededor del alfiler, apoyé la cabeza contra la pared húmeda y dejé que mi mirada se perdiera en la oscuridad. Aquella iba a ser mi penitencia por haberle fallado: dar mi vida y mi libertad por ella.

Capítulo Cincuenta Y Siete



Andrea

En cuanto Alicia abandonó la habitación, dejándome a solas con mi madre, me levanté de un salto y me acerqué a ella para darle un beso en la frente.

—La encontraré, te lo prometo —le murmuré al oído antes de dirigirme hacia la antigua chimenea.

Con cuidado, revisé y palpé las molduras, buscando el mecanismo oculto que intuía que debía tener. Me tomó unos segundos escuchar un clic, seguido por el raspado de piedra contra piedra, cuando una sección de la pared del fondo se deslizó, revelando un pasadizo estrecho a cuyo fondo se adivinaba una escalera que descendía hacia la oscuridad.

Me estremecí al verla, pero tras echarle un último vistazo a mi madre, quien seguía inerte en su mecedora como si nada estuviera pasando, me armé de valor. Cogí una de las piedras fuego que estaban tiradas en el suelo, la activé y empecé a bajar por los escalones.

Aunque jamás había usado aquella entrada en particular, conocía los laberínticos túneles secretos del castillo como la palma de mi mano. Mi padre los había ido ampliando a lo largo de las décadas, pero por la cuenta que me traía, procuraba mantenerme siempre al tanto de sus innovaciones. Era lo que me había ayudado a sobrevivir a sus crueles pruebas y a mantenernos a mi hermana y a mí alimentadas durante los largos castigos sin comer a los que nos sometía en ocasiones y que, a veces, duraban semanas. Este tramo, de alguna forma, se me debía de haber escapado.

A medida que bajaba hasta el sótano, mi corazón se fue acelerando. No tenía buenos recuerdos de las mazmorras y la simple idea de tener que ir allí me ponía la piel de gallina. Lo que más me preocupaba, sin embargo, era que nadie del castillo parecía conocer el paradero de Kayla. Sospechaba que Karavan sí, porque no solo era uno de los pocos empleados de confianza de mi padre, sino que se conocía aquellos túneles mejor que nosotras mismas, pero esa no era en realidad la cuestión. Si Kayla estaba en los calabozos, ¿por qué nadie más sabía de ella?

Mi padre nunca había tenido reparos en enviar a sus sirvientes a limpiar allí abajo o a llevarles comida y agua a los prisioneros. Sospechaba que lo hacía más para intimidar a sus empleados que por el bienestar de los presos, pero el resultado era el mismo: siempre había personas con acceso a aquella zona del edificio y alguna de ellas debería haber visto a mi hermana y habérselo contado a los demás.

Por más que a mi padre le disgustara, los rumores se extendían con rapidez por el castillo.

Apostaba a que, a aquellas alturas, hasta el último de sus habitantes ya se había enterado de que la *hija pródiga* había vuelto. Que no hubiera chismorreos sobre el paradero de mi hermana… Me froté los brazos ante el repentino escalofrío. La idea de lo que podía significar aquello, me producía terror.

En lugar de pensar en las mazmorras, la suciedad del pasadizo, el cómo estaría Gabriel o el futuro al que tendría que enfrentarme mañana, mientras corría a través de la oscuridad, me puse a darle vueltas al estado de mi madre. Estaba claro que no se encontraba bien, pero todo indicaba que, de alguna forma, a pesar de que su cuerpo no lo aparentaba, su mente seguía activa y funcionando. ¿Quién mejor que yo para saber que una persona podía seguir viva en su mente a pesar de haber perdido cualquier control sobre su anatomía?

No sé cuánto tardé en llegar allí, pero en cuanto entré en la celda, el tiempo perdió importancia.

—¿Kayla?

No sé qué fue lo que me impresionó más, si la pequeña jaula, que no podía tener más de un metro y poco de altura y dos de ancho, o el reconocer la figura familiar que se encontraba sentada sobre un cochambroso futón, encogida sobre sí misma, con los brazos alrededor de sus piernas y la frente apoyada en sus rodillas.

A pesar de que el cabello oscuro le caía en mechones enmarañados sobre su rostro y estaba lejos de su aspecto normalmente brillante y elegantemente recogido en un moño, lo habría reconocido en cualquier sitio. Tenía el mismo tono negro azulado que el de nuestro padre, el mismo que le había envidiado desde nuestra infancia.

Obligándome a ser precavida, inspeccioné la habitación antes de dar otro paso a su interior. No se parecía en nada a los calabozos con barrotes oxidados en los que normalmente nos encerraba mi padre. Era…. espaciosa y moderna… demasiado moderna para Nocturna. Y los muebles… Cualquiera habría pensado que el diseño era obra de un humano. El mobiliario era escueto pero funcional y se componía básicamente por lo que uno podría esperarse encontrar en una clínica o instalaciones médicas de la dimensión humana, incluidas una camilla sanitaria, estanterías y un lavabo.

Lo más inquietante, sin embargo, era el equipo médico ubicado junto a la camilla, compuesto por varios monitores, cuya utilidad era difícil de adivinar porque se encontraban apagados. Ninguno de aquellos aparatos debería haber existido en Nocturna, a menos que la legislación hubiera cambiado más de lo esperado durante mi ausencia y que, de repente, tuviéramos acceso a energía eléctrica.

Recordándome que no podía permitirme el lujo de que me pillaran allí, me giré hacia mi hermana.

—Kayla, soy yo, Andrea —dije con suavidad, tratando de llamar su atención sin asustarla.

No hubo respuesta. Kayla permaneció inmóvil, su cuerpo en una postura que hablaba de dolor y agotamiento. Por un momento dejé de respirar cuando parecía que ella había dejado de hacerlo, pero entonces percibí el débil latido de su corazón y solté el aire aliviada.

Me arrodillé junto a la jaula, extendiendo una mano temblorosa entre los barrotes hacia ella.

—Hermana, soy yo —supliqué—. Dime qué es lo que ha pasado para que pueda ayudarte.

Nunca había visto a mi hermana tan frágil. En contraste con su cabello oscuro, su palidez era aún más notoria que la de mi madre y… Me helé al percatarme de las similitudes de los estados de ambas. Al igual que ella, mi hermana se encontraba en un estado casi anoréxico, y si tampoco respondía, ¿eso significaba que…?

De repente, Kayla dejó caer los brazos. Sus dedos, al igual que el resto de ella, eran puro

hueso. Sus largas garras sucias se encontraban extendidas, y cuando las deslizó con un gesto lento e intencionado sobre el suelo de piedra gris, el sonido rasposo resonó en la habitación.

En un instante, estaba apretando los dientes ante el agudo chirrido que ella parecía estar haciendo a propósito y, al siguiente, con una velocidad sobrenatural incluso para un vampiro, mi hermana se abalanzó sobre mí. Sus ojos, de un rojo intenso, me miraban sin reconocerme. Sus garras se clavaron en mis antebrazos manteniéndome atrapada con una fuerza que no debería haber tenido, dado su estado, y sus colmillos se extendieron, listos para atacar.

—¡Kayla!

No hubo ni el más mínimo reconocimiento en su mirada o en su semblante, solo hambre y locura… y mi muerte escrita en sus pupilas dilatadas.

Capítulo Cincuenta Y Ocho



Andrea

Llegué a la entrada secreta del despacho de mi padre con el corazón latiéndome a mil por hora, y la adrenalina recorriéndome las venas con tanta furia que apenas era consciente de las dolorosas pulsaciones que provenían de los profundos cortes que me cubrían brazos y hombros.

Los retazos de tela con los que me había improvisado vendas para los cortes en mis brazos estaban tan empapados con mi sangre que mi padre probablemente ya había detectado mi presencia. Me daba igual. No pensaba detenerme ahora. Apreté la empuñadura de mis dagas hasta que los nudillos se tornaron blancos. Hacía tiempo que mi padre había perdido el norte, pero ¿convertir a mi hermana en poco más que en un animal salvaje…? La bilis me subió por la garganta al recordar lo que había pasado y cómo había tenido que clavarle varias veces mis dagas para liberarme de su agarre. Si no hubiera sido porque ella sí que seguía siendo inmortal… Tuve que obligarme a seguir respirando y a calmar el temblor en mis manos. Había visto como se curaban sus heridas, incluso las peores. Kayla iba a estar bien, al menos físicamente.

¿Qué demonios le habían hecho? No me quedaba otra opción. Tenía que enfrentarme a mi padre y exigirle respuestas, que me dijera qué clase de experimentos estaba realizando con ella y si el estado de mi madre se debía al mismo motivo. Tuve que tragarme la nueva oleada de náuseas que me provocó la idea. Mi padre se había vuelto loco; no había otra explicación.

Sin anunciarme, activé el mecanismo oculto de la puerta secreta y entré en su despacho. Me mordí la mano para silenciar un rugido frustrado al encontrarlo vacío. Con las piernas aún temblorosas por mi encuentro con Kayla, me desplomé en el sillón de cuero detrás del escritorio, indiferente a cómo iba a reaccionar mi padre si alguna vez se enteraba de que me había atrevido a ocupar su asiento.

Kayla… Aquella criatura feroz y sedienta de sangre que había encontrado en la jaula no era Kayla, sino una aberración más animal que persona, enfocada a asesinar y drenar a quien se cruzara con ella. No tenía ni idea de qué le había hecho mi padre y sus lacayos y aún menos si en el interior de aquel monstruo seguía existiendo mi hermana o si podía recuperarse. Si existía la más mínima oportunidad de que ella regresara, necesitaba encontrar la manera de hacerlo. ¿Cómo era posible que mi padre pudiera haberle hecho algo así a su propia hija?

Desde fuera llegó un murmullo de voces. Me levanté alertada, preparándome para el enfrentamiento inminente. Cuando, tras varios minutos de tensa espera, nadie entró, me acerqué intrigada a la puerta para escuchar mejor.

Lo primero de lo que me percaté fue que las voces no provenían del pasillo; lo segundo, que seguían escuchándose. Deslizándome con cautela por la habitación, evitando hacer ruido, fui apoyando el oído en las paredes, buscando el origen de la conversación. Lo localicé tras la imponente librería que ocupaba una pared entera.

Reprimí una sonrisa de desprecio. La obsesión de mi padre por ocultar sus secretos era tan previsible como carente de originalidad. Aun así, debía admitir que, si se me había pasado desapercibido por tanto tiempo, no era un escondite tan malo después de todo.

En lugar de tratar de abrir la entrada oculta, retiré con cuidado algunos libros para escuchar mejor.

—¿Así que esa estúpida criatura ha regresado aquí en busca de refugio? —preguntó una voz femenina que conocía demasiado bien y que me puso el vello como escarpias.

—Soy su padre. —Tuve que taparme la boca para reprimir un jadeo. ¿Estaban hablando de mí o de mi hermana?—. Supongo que ha pasado demasiado tiempo entre humanos y ha creído que iba a protegerla de su propia debilidad. Debería haberme conocido mejor.

—Justo lo que he dicho: estúpida —murmuró la Bruja del Este imitando el desdén de mi padre.

—Durante meses ha mantenido en jaque a los mejores cazadores de Nocturna. —Se me heló la sangre en las venas al reconocer la nueva voz masculina—. Sobrevivió sola en el Inframundo y ha conseguido regresar a pesar de haber perdido su inmortalidad. No me da la impresión de que sea débil y estúpida —finalizó Frost con un tono que rozaba lo aburrido.

¡Maldito cabrón hijo de puta! ¿Era para eso para lo que me había traído aquí? ¿Para usarme como peón en alguno de sus juegos?

—¿Qué clase de idiota pierde su inmortalidad? —espetó la Bruja del Este, irritada por las palabras de su sobrino.

—Solo por eso debería degollarla y echársela a los perros —masculló mi padre con desprecio —. Puede que lo haga luego, cuando se acueste. No tengo ganas de lidiar con una de sus pataletas rebeldes ni de que cause destrozos. Cuanta menos gente se entere de que me he deshecho de ella, mejor.

Mis garras dejaron una marca en las portadas de los libro que estaba sujetando.

—¿Por qué matarla ahora si puede sernos útil para nuestros planes? —sugirió Frost con calculada indiferencia.

El pánico en mi interior creció.

—¿Cómo? —preguntó la bruja con un renovado interés. Casi podía imaginármela enderezando la espalda.

—Por la información de la que dispongo, su condena a muerte es un hecho seguro —explicó Frost—. ¿Qué mejor distracción para el rey vampiro y su gente que ver rodando la cabeza de su enemiga número uno? ¿Me equivoco al pensar que todo el mundo estará en la plaza principal para presenciarlo?

—Todo el mundo estará allí, eso es seguro —confirmó mi padre con frialdad. Si había puesto en duda si fingía ante sus socios, su indiferencia ante mi muerte dejó claro lo poco que le importaba.

—Debo admitir que tu propuesta tiene su mérito —concedió la Bruja del Este pensativa—. Reunir a la corte de Azrael en un mismo lugar y luego atacar por sorpresa…

—No es solo mérito, tía. Es una idea brillante —se jactó Frost.

—De acuerdo —respondió ella, ignorando su arrogancia—. ¿Cuánto tiempo tardarán en juzgarla y llevar a cabo la ejecución?

—Si envío el mensaje esta noche a la casa real, informando que mi hija se encuentra aquí, mañana al ocaso estarán aquí —declaró mi padre como si estuviera hablando de un negocio cualquiera en vez de enviar a su hija al patíbulo—. Con lo que les gustan las tradiciones, lo más probable es que programen su ejecución para la próxima luna nueva, el sábado que viene.

—¿Tendremos tiempo suficiente de preparar nuestro ejército en cinco días? —inquirió la bruja tan eficiente y organizada como de costumbre.

—Estarán listos —replicaron Frost y mi padre al unísono. El tono de Frost seguía siendo indiferente, pero en el de mi padre había un matiz de anticipación que no había estado antes.

—Entonces hazlo —ordenó la bruja—. Escríbele a tu rey para que vengan a por ella.

Con las manos cubiertas por un sudor frío, coloqué los libros en su lugar y corrí hacia la entrada secreta que daba al pasadizo. Me mordí la lengua con una silenciosa maldición cuando me golpeé la cadera contra la esquina del escritorio, provocando un ruido sordo. Me quedé inmóvil, conteniendo la respiración, temiendo que me hubiesen descubierto.

Tras unos segundos sin que nada ocurriera, me deslicé por el pasadizo de vuelta a la sala de té de mi madre. Con el amanecer acercándose y los planes de mi padre en marcha, no podía arriesgarme a perder el tiempo. Necesitaba encontrar a mi madre y llevármela a un refugio seguro antes de que fuera demasiado tarde.

¡Me había traicionado! ¡Mi propio padre me había vendido! Parpadeé para mantener las lágrimas a raya y seguí corriendo. No podía permitirme el lujo de derrumbarme. No ahora. Luego, cuando estuviera a salvo, podría ceder a la necesidad de dar salida a todas aquellas emociones que amenazaban con debilitarme, pero por el momento lo único en lo que debía pensar era en escapar.

Mientras corría, mi mente trabajaba a toda velocidad. No solo tenía que escapar, sino también encontrar la manera de advertir a los demás sobre la conspiración. Pero ¿quién iba a creerme? Yo era la fugitiva y traidora, mientras que mi padre era un consejero respetado en el reino.

Llegué a la habitación de mi madre sin aliento y con el corazón desbocado. Tras cerciorarme de que estábamos a solas, me acerqué a su mecedora y me arrodillé frente a ella.

—Mamá —susurré con la voz temblorosa—. Tenemos que salir de aquí. Papá… —tragué saliva, intentando deshacer el nudo en mi garganta—. Papá pretende usarme como moneda de cambio para sus planes de hacerse con más poder, si me quedo… —tragué de nuevo—, si me quedo me entregará a Azrael y…

La mano fría que se posó con suavidad sobre la mía me hizo detenerme.

—Huye —musitó mi madre con debilidad, sin dejar de mirar al vacío.

De no ser por la leve presión de su mano, habría pensado que era un producto de mi imaginación.

—No puedo dejarte aquí —insistí, desesperada—. No es seguro para ti.

—Huye —repitió tan bajo que el sonido podría haberse confundido con su aliento.

La cogí con suavidad por los hombros en un intento de que me mirase y entendiera la gravedad de la situación. Teníamos que salir de allí, ambas teníamos que hacerlo, pero al tocar los brazos sin vida de mi madre, tan blandos y delgados que prácticamente palpaba sus huesos a través de su piel, me di cuenta de por qué no hacía siquiera el intento por defenderse. No tenía fuerzas. Lo que quedaba de su cuerpo era apenas una carcasa que la mantenía prisionera. El nudo en mi garganta se intensificó mientras observaba su rostro demacrado. Cuando me fuera, una parte de mí iba a quedarse atrás con ella.

Maldije para mis adentros y me sequé las lágrimas con los puños. Jamás lograría escapar si

trataba de llevármela. Mis fuerzas ya estaban al límite y las heridas que me había infligido Kayla seguían sangrando. Si nos atrapaban, mi padre tendría la excusa perfecta de deshacerse de ella o, peor aún, de encerrarla en el sótano como a mi hermana. Apostaba a que haría justo eso último. Mi padre podría despreciar a su esposa, pero estaba vinculado a ella; si en vida mi madre era una debilidad para él, si la mataba, se arriesgaba a que el vínculo tirara de él hacia la muerte. Dudaba mucho que ese fuera un riesgo que él decidiera asumir sin más.

Mi mirada cayó sobre el frasco de pastillas junto a la taza de té fría en la mesita auxiliar. Era un decorado por si alguien entraba. El servicio sabía que a mi madre no le quedaban fuerzas para beberse su infusión sin ayuda, pero no así los visitantes. Mientras nadie se plantease por qué una vampiresa inmortal, que en teoría no debería enfermar, se encontraba en un estado tan lamentable, mi padre podía seguir manteniendo las apariencias.

Me recorrió un escalofrío al pensar en el sanador, amigo de mi padre desde que podía recordar, y al que trataba de evitar desde mi pubertad por la lascivia en la que solía mirarme los pechos.

¡Maldita fuera! ¿Cómo no lo había visto antes?

Sin otra explicación, corrí a mi antiguo cuarto y crucé los dedos porque siguieran allí las vitaminas que me traje una vez de la dimensión humana. Había sido una tontería, porque mis necesidades diferían de las de una humana, y mi cabello, tez y uñas ya eran tan sanos y brillantes como podían ser. Pero, en fin, digamos que, vampiresa o no, yo también podía sucumbir al pecado de la vanidad y la credulidad al ver los anuncios publicitarios humanos.

Me temblaban las manos mientras rebuscaba frenéticamente en el cajón del tocador, y solté un profundo suspiro al cerrar mis dedos alrededor del frasco que estaba buscando. Cuando regresé a la habitación de mi madre, seguía encontrándose sola. ¿Cuántas horas la dejaban así sin más?

Me incliné sobre ella para situarme frente a sus ojos y le hablé lo más bajo que pude.

—Mamá, necesito que te concentres y que me escuches. Es muy importante que entiendas esto. —Sus ojos se enfocaron en mí a medias, como si le costara trabajo hacerlo. Le mostré el frasco de pastillas que tenía sobre la mesa—. Creo que papá te está envenenando. Es una sospecha, lo siento en mis entrañas, pero no tengo tiempo de demostrarlo. Quiero cambiarte las pastillas que te recetó su amigo por unas vitaminas que tengo de la dimensión humana. Mis pastillas no te harán daño, solo te ayudarán a recuperarte mejor, pero existe la posibilidad de que me equivoque y que realmente necesites lo que estás tomando.

Sus ojos siguieron puestos sobre mí, pero esta vez no hubo respuesta.

—Voy a sustituir las pastillas del sanador por las mías —repetí. Nada. No hubo respuesta, ni siquiera un cambio de expresión en el rostro. ¡Mierda! Se me estaba agotando el tiempo. Necesitaba largarme cuanto antes si quería salir de allí. Si no afirmaba ni negaba, iba a tener que ser yo la que tomara la decisión por ella—. Mamá, ¿puedes darme dos parpadeos seguidos si estás de acuerdo en que te cambie las pastillas?

Hubo un leve movimiento de sus pupilas y, cuando ya estuve a punto de rendirme, parpadeó dos veces seguidas. ¡Diosa, gracias! Con un rápido beso en su frente, vacié su bote de pastillas en el retrete y lo rellené con las vitaminas. A simple vista, parecían idénticas, al menos si uno no se fijaba muy de cerca. Era posible que Alicia lo hiciera, pero esperaba que para entonces mi madre hubiera mejorado lo bastante como para explicárselo.

Al regresar le dejé el frasco de pastillas sobre la mesa y me incliné sobre mi madre.

—Te quiero, mamá. Te juro que volveré a por ti si puedo. Nos buscaré un sitio tranquilo, junto a una playa o un bosque, y nos sentaremos en el porche cada noche para tomarnos un

chocolate caliente juntas mientras miramos las estrellas. Te lo prometo, mamá.

Cuando reparé en las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, las mías amenazaron con aparecer también. Con ternura, le sequé el rostro.

—Volveré, mamá. Te prometo que volveré —repetí, sabiendo que era una promesa que tal vez no pudiera cumplir.

Justo cuando iba a incorporarme, me sujetó la muñeca en un gesto inesperado. Su garganta se movió luchando por formar una palabra que no salía. Me incliné más cerca, esforzándome por escuchar cuando al fin logró abrir sus resecos labios.

—Tu… hermana… —susurró ronca—. Llévatela.

Me detuve por un momento. No podía confesarle que mi hermana ya no era la niña dulce y cariñosa que ella conocía, sino más bestia que persona. Tampoco que rescatarla podría condenarnos a ambas. Sin embargo, fue imposible no sucumbir al ruego que había en sus ojos cuando posiblemente fuera la última vez que los viera.

—Lo intentaré —murmuré, sabiendo que era una locura. Pero ¿qué me quedaba por perder? ¿Qué podía perder mi hermana si nos cogían y nos mataban a ambas?

A pesar de que el cuerpo de mi madre había estado laxo, con el suspiro que soltó, parecía que acababa de relajarse por completo.

—Adiós, mámá —susurré, dándole un último beso de despedida.

«Perdóname si muero antes de poder regresar a por ti».

Obligándome a no mirar atrás, me dirigí a la chimenea para volver a usar el pasadizo que llevaba a la habitación donde se encontraba Kayla. El cómo iba a conseguir llevarme a mi hermana conmigo sin que me arrancara la cabeza de un mordisco era una incógnita. ¿Cómo demonios iba a mantenerla a salvo cuando ni siquiera sabía cómo evitar que me matara?

Apenas había abierto la puerta a la habitación en la que la mantenían retenida, cuando me congelé en el sitio. La puerta de la jaula estaba abierta y no había ni rastro de mi hermana. Se produjo un momento de déjà vu al ver las enormes letras raspadas en el muro de piedra, justo encima de la jaula. Eran más grandes esta vez, más masculinas, pero decían prácticamente lo mismo:

¡CORRE!

Sin pensármelo, me giré para hacer justo eso, solo para encontrarme frente a frente con la mueca de desprecio de mi padre. Antes de que pudiera reaccionar, alzó la mano a la altura de su boca, frunció sus finos labios y sopló, envolviéndome en una nube de polvo verde.

Capítulo Cincuenta Y Nueve



Gabriel

Mi cuerpo se enderezó como un resorte y mis ojos se abrieron con brusquedad, como si algo en la oscura y mohosa bodega me hubiera arrancado de un profundo sueño. Un sudor frío me cubría la piel y el corazón me martilleaba frenético contra las costillas. El aire era pesado y tan denso que apenas conseguía llevarlo a mis pulmones.

Pánico.

Estaba experimentando pánico, pero no era el mío.

Andrea estaba en peligro.

La idea hizo que mis colmillos se desplegaran y que me escapara un gruñido por la garganta. Sin pensármelo, extraje el alfiler de la libélula que llevaba insertado en la piel de mi cintura y forcé la cerradura de los grilletes. En cuanto cayeron al suelo y me levanté, las intensas y caóticas sensaciones que me llegaban desde el vínculo me golpearon como un tsunami y amenazaron con hacerme caer sobre mis rodillas. El único alivio era que, si podía seguir sintiéndola, entonces significaba que Andrea seguía viva.

Apenas había avanzado un par de pasos cuando el impacto de algo metálico contra el suelo me hizo detenerme y mirar abajo. Al ver lo que relumbraba al lado de mis pies, eché la cabeza hacia atrás y le solté un silencioso rugido al universo.

Tuve que obligarme a respirar con los puños crispados para contener la adrenalina que me consumía, antes de acuclillarme a recoger las dos dagas finas y elegantes que se habían resbalado del interior de mi pantalón.

El misterio de cómo no me había dado cuenta de que las llevaba encima se resolvió al revisarme la pernera del pantalón y descubrir el estrecho bolsillo, invisible a simple vista. Saqué la nota rosa cuyo papel había oído crujir y leí la familiar caligrafía.

Andrea quiso dejarte las dagas, pero necesitarás también su sangre.
Mira en el fondo del bolsillo.
Cuídate gruñón.

Mis labios se curvaron al rebuscar y sacar un largo vial, uno que nunca debería haber cabido en aquel bolsillo. Al abrirlo, el aroma metálico se mezclaba con las inconfundibles notas a jazmín y miel, delatándome a quién le pertenecía. Con reverencia, di dos tragos, sintiéndome de inmediato mejor. Después del tercero, mis heridas y huesos comenzaron a sanar y con el cuarto, me sentí invencible.

Debería haberme sorprendido que, al cerrar el tapón del vial, este siguiera lleno de sangre hasta el borde, pero viniendo de Sammantha y Andrea, ¿qué otra cosa podía esperar?

Me incorporé y estiré los músculos de los hombros hasta que me crujió el cuello.

Los piratas estaban muertos y así lo estaría cualquiera que se hubiera atrevido a ponerle un dedo encima a mi mujer.

Capítulo Sesenta



Andrea

Me desperté despacio, como si mi sueño no quisiera soltarme, a pesar de que lo único que contenía era oscuridad, una profunda negrura que lo envolvía todo, incluida mi mente. Cuando al fin conseguí parpadear, el aire se congeló en mis pulmones al darme cuenta de que me encontraba en mi vieja habitación, en el castillo de mi padre.

Los recuerdos regresaron de golpe, y así lo hizo también la sensación de traición que me inundó.

«¿Andrea?».

«¿Gabriel?». Me tapé la boca con la mano para ahogar un sollozo. «¡Diosa! Puedo volver a oírte con claridad». Solo poder sentir la débil pulsación del vínculo sin poder comunicarme con él había sido una tortura.

«He recibido tus regalos, cielo. Gracias».

«¿Has conseguido escapar?».

«Digamos que hay un barco pirata fantasma, navegando sin rumbo en el inframundo. ¿Crees que debería contratar a alguien y convertirlo en una atracción turística como las que suelen tener los humanos en su dimensión?».

Sin poder evitarlo, sonreí ante su humor negro.

«No seas tan arrogante. Has tardado una eternidad en liberarte. ¡Un día completo!», me mofé. «¿Qué te ha detenido tanto tiempo?».

Su suspiro resonó por mi mente y, a través del vínculo, me llegó una sensación de culpabilidad.

«Ha sido mi propia estupidez. Soy un vampiro de costumbres».

«Pensaste que te había traicionado y abandonado a tu suerte, ¿verdad?», indagué.

«Nunca he tenido a nadie que se preocupara por mí. Creo que me llevará algo de tiempo aceptar que ahora te tengo a ti en mi vida».

Su admisión me dolió. ¿Qué iba a pasar con él cuando yo ya no estuviera? Tenía que encontrar la forma de que se rompiera el vínculo antes de mi muerte, pero, aun así, la idea de que fuera a quedarse solo de nuevo me entristeció.

«Cielo, cuéntame. ¿Qué ocurre? ¿Por qué sentí tu pánico antes del amanecer?

Con una sensación de derrota cerré los párpados y conté mis inspiraciones.

«Mi padre sigue compinchado con la bruja y Frost. Van a entregarme a Azrael para usarme como distracción mientras lo atacan».

El rugido de Gabriel vibró con violencia a través del vínculo.

«Lo voy a matar». No sabía muy bien si se refería a mi padre o a Frost, pero la simple amenaza y que estuviera dispuesto a matar por mí me hizo sentir mejor. Cualquiera de los dos se merecía el destino que le esperaba.

«Escucha, necesito que rescates a mi madre en el caso de que me ocurriera algo. Creo que mi padre la está drogando y que lo hace con la ayuda de Athaniel, su amigo. También han estado haciéndole algo a mi hermana. Es… La han convertido en un monstruo, Gabriel». Esta vez se me escapó un sollozo y tuve que apretarme el puente de la nariz para tratar de recuperar el control.

Pude sentir a Gabriel en mi mente, revisando los recuerdos del último día y me abrí a él para que no le costase trabajo.

«Está bien. Necesito que ganes tiempo. Me llevará horas llegar hasta ti, y necesitamos encontrar la manera de que pueda estar presente en el juicio. A ti no te creerán, pero a mí no les quedará más remedio que escucharme. Soy el cazador, y la ley les obliga a ello».

«Está anocheciendo, no creo que la guardia tarde mucho en llegar».

«Intenta negociar con tu padre para que te esconda o que te dé una oportunidad de huir».

Se me escapó una carcajada amarga.

«Probablemente valore más a su semental favorito que a mí».

«No apeles a sus sentimientos paternos, sino al miedo de que puedas delatarlo».

Consideré su respuesta. Podía funcionar, aunque sospechaba que mi padre me mataría antes de dejar un cabo suelto.

«Usará a mi hermana y a mi madre para controlarme».

«No necesitas arriesgarlas de verdad, solo ganar tiempo».

Solté un suspiro. Imaginaba que podía intentarlo al menos. Un sonido en el pasillo me hizo girar la cabeza.

«Creo que la hora del espectáculo ha comenzado», le murmuré a Gabriel.

«Ten cuidado, no te arriesgues a menos que sea necesario», me advirtió, su preocupación envolviéndome como un manto cálido.

Apartando las sábanas que se me habían enredado en los pies, me di cuenta de que seguía con el mismo vestido que me había puesto la noche anterior. No era de extrañar que estuviera sudando y que apenas pudiera respirar con el dichoso corsé.

Ignorando el mareo y la migraña, me levanté para tambalearme hasta el tapiz junto al tocador y lo aparté. Sabía que iba a ser inútil, pero tenía que probarlo al menos. Como era de esperar, no hubo forma de acceder al pasadizo. Mi padre podía ser presuntuoso, pero desde luego no era tonto.

Sujetándome a la pared, me dirigí a la puerta. ¡Diosa! ¿Qué demonios me había dado mi padre? Tenía el cráneo a punto de explotar y mis sesos desparramándose por el suelo. Casi suspiré de alivio cuando mis dedos se cerraron alrededor del frío pomo, pero, en cuanto intenté girarlo, un sonoro crac resonó por la habitación y me quedé con el pomo en la mano. Lo miré incrédula. ¿En serio?

La suave risa de Gabriel resonó al fondo de mi mente.

«¿Te han dicho alguna vez lo linda que eres cuando algo te exaspera?».

«¿Por eso estás tratando de irritarme?», mascullé.

«Sabías que lo más probable es que te tuviera encerrada. No es algo que te coja por

sorpresa», replicó con un tono que pretendía ser reconciliador, pero que solo me enfurecía más.

«Me duele la cabeza». En cuanto lo dije, me arrepentí, pero era imposible echarme atrás. Me preparé para su desdén y sus insultos.

«Cielo, no voy a recriminarte que te duela la cabeza».

«Es de débiles y patéticos quejarse».

«Si lo dices por lo que te dije en el Inframundo, el patético por decir semejante idiotez fui yo. Si es por tu padre…, es un viejo imbécil. Somos una pareja, jamás dudes en decirme si no te sientes bien o si puedo ayudarte con algo».

Con los ojos cerrados, apoyé la frente contra la puerta, agradecida de que su frescor aliviara en algo la migraña.

«Fase uno, exploración del entorno concluida. No hay escape, a menos que quieras que trepe por el exterior del muro hacía otra habitación».

«Dejaremos eso como último recurso, no quiero arriesgarme a que te resbales con esa vestimenta. Estás demasiado mareada para eso».

«Entonces imagino que pasaremos a la fase dos».

«¿Qué es…?», preguntó dejando la cuestión abierta.

«Entretenerte con mis dotes interpretativas», espeté con sequedad.

Prácticamente podía ver sus cejas elevándose.

«¿Por qué tengo la sensación de que esto va a ser interesante?».

«Espera y verás». Con un suspiro despegué mi frente de la puerta y me puse a golpearla.

—¡Karavan! Karavan, ¿estás ahí? —grité, dejando que mis palabras se trabaran como si siguiera con sueño y el mareo no me permitiera pensar con claridad—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Silencio. Golpeé la puerta con los puños, gritando cada vez más fuerte y fingiendo que mi pánico crecía—. ¡Karavan!

—No seas patética y deja de dar voces —la voz de mi padre atravesó la madera, fría y cortante, congelándome en el sitio. Con mi edad, ¿cómo podía seguir teniendo ese efecto sobre mí—. ¿Es que no puedes comportarte? Pensé que tu madre te había educado mejor que esto.

¡Maldito cabrón! Jamás le había permitido a mi madre educarme. Prefería enseñarme él o contratar a tutores para todo lo demás. Podía sentir a Gabriel al fondo de mi mente cuando solté un falso sollozo.

—Padre, lo siento, tienes razón. Estoy encerrada y se me ha caído el pomo. ¿Puedes abrirme para que podamos hablar?

Su bufido me llegó alto y claro desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué crees que nos queda por hablar? La guardia real está a punto de llegar. Lo que tienes que hacer es vestirte y comportarte como te enseñaron a hacer.

Mi estómago se retorció. La última esperanza de que se hubiera arrepentido acababa de desaparecer. Había puesto en marcha su plan y el único motivo por el que me había llevado a mi habitación y no a los calabozos era para guardar las apariencias.

Me mordí la lengua y decidí hacerme la tonta.

—¿Guardia real? Papá, ¿de qué estás hablando?

—¿Que de qué estoy hablando? —escupió con tanto desprecio que estaba convencida de que estaba salpicando la puerta con saliva ácida—. Salvar el poco honor familiar que aún nos queda después del espectáculo que has dado.

Se me escapó un resoplido incrédulo. Aquella era la gota que colmaba el vaso.

—¿Vas a acusarme de algo que hizo esa bruja a la que me vendiste? —le espeté sin pensar en las consecuencias.

—Harás bien en recordar lo que está en juego si no mantienes tu lengua a raya —siseó como la serpiente que era.

—¿Y qué es lo que está en juego? —le exigí enfadada—. ¿Mi hermana? La he visto. Esa criatura ya no es mi hermana. No vas a poder seguir manipulándome con ella

Por un momento se produjo un silencio que me hizo tensarme y prepararme para su veneno.

—No necesito a tu hermana para hacer que mantengas esa impertinente boca cerrada —contestó con una calma que me puso el vello de punta.

Nunca era bueno que mi padre se controlara. Cuando estaba furioso atacaba, cuando se mantenía sosegado planificaba. Con el paso de los años, aprendí que con él eran mejores los castigos físicos a los de otra índole. Necesitaba volver a enfurecerlo de nuevo.

—Deberías haberme matado cuando pudiste hacerlo. ¿Tus teorías son tan patéticas que ya no sigues tus propias lecciones?

En vez de su rugido, me llegó una carcajada fría.

—¿Para qué mancharme las manos? Estarás muerta antes de que acabe la semana y, de paso, me ganaré el favor del rey por mi indudable lealtad.

A duras penas me resistí a preguntarle de qué le serviría ese favor si pensaba destronarlo, pero conseguí morderme la lengua a tiempo.

—No te considerará tan leal cuando se entere de los experimentos que has hecho con mi hermana —evité la mención de mi madre a propósito. No me interesaba llamar la atención sobre ella.

—Será difícil que lo demuestres cuando ya no está aquí.

Me lancé contra la puerta. De repente, el teatro cesó y salió a la luz mi verdadero yo.

—¿Qué has hecho con ella?

—Nada que te importe —replicó tras una pausa—. Pero no olvides que sigo teniendo a tu madre.

—No puedes matarla sin que te afecte.

«Gabriel, tienes que averiguar qué es lo que le ha hecho a mi hermana».

«En cuanto llegue a Nocturna haré que se infiltre alguien para que lo compruebe», me prometió Gabriel. El que no dudara en hacerlo hizo que se me calentara el pecho.

—No necesito matarla para venderla a un burdel y ganar dinero con ella. No es como si pudiera quejarse demasiado, ¿verdad? —se mofó mi padre.

¡Iba a matarlo! ¡Iba a rajarle las entrañas y a hacerme un collar con sus órganos!

«Cielo, cálmate. Eso es justo lo que quiere. Asustarte, para que hagas lo que se propone.

Necesitaba aire, pero nadie me había enseñado nunca a llenarme los pulmones sin hacer ruido. ¡Maldito cabrón! No pensaba darle la satisfacción de saber cuánto había conseguido afectarme.

—Estoy convencido de que, si hay pervertidos a los que le van los cadáveres, también los debe de haber a quienes les van las mujeres que son incapaces de moverse y con las que pueden hacer lo que se les antoje. Yo, personalmente, las prefiero que lloren y chillen, pero ¿quién sabe?

Una cadena con sus entrañas no era suficiente, iba a colgarle con sus propios intestinos desde la torre para que viera desde allí su último amanecer.

—No serás capaz —musité con la mano sobre mi garganta para retener las náuseas.

¿Qué le habíamos hecho mi madre y sus hijas para que nos odiara así?

—¿Quieres ponerme a prueba? —se burló.

—¿Cómo sé que no le harás daño cuando ya no esté?

—No lo sabrás, pero te conozco, no te arriesgarás. Ese fue tu defecto desde siempre. Crees

que sacrificándote por los demás conseguirás que te quieran.

—Papá... —intenté apelar a sus instintos paternos, aunque dudaba que los tuviera.

—Vístete y deja de dar pataletas infantiles —me cortó en seco.

Sabía que aquella conversación ya no tenía sentido y que era mejor no seguir perdiendo el tiempo con ella, pero algo me empujó a seguir intentándolo.

—Papá, no puedes hacerme esto —le rogué con la voz quebrada, y esta vez fue de verdad—. No tengo la culpa de nada de lo que ha pasado y lo sabes. Si me cogen me decapitarán.

—Si tiene que ser así, entonces que así sea —replicó sin consideraciones.

Fue como si acabara de clavarme una daga en el estómago.

—¿Cómo puedes querer que me maten? Soy tu hija —mi voz se fue apagando, convirtiéndose en un susurro roto.

—¿Mi hija? —bufó con desprecio—. Eres una traidora de la corona, una fugitiva y, lo que es aún peor, una mortal.

Y en eso último se resumía el que yo ya no le fuera útil. Era mortal, casi una humana.

—Papá... ¿Papá?

La única respuesta fue el silencio y el latido de cinco corazones que me revelaban que, aunque me hubiera dejado a solas, había dejado apostados guardas para que me vigilaran.

En vez de permitirme el lujo de ceder a la derrota, me dirigí al armario en busca de ropa más adecuada para luchar y, en especial, para poder salir por la ventana y escalar hasta otra habitación desde la que pudiera acceder a los pasadizos.

Se me vino el cuerpo abajo al descubrir que la única prenda que colgaba en el interior era un vestido de terciopelo negro, demasiado pesado para luchar y hermosamente simbólico a cómo debían ver los demás mi alma. Mi padre había pensado en todo.

Al acercarme a la ventana, un grupo de veinte hombres estaban acercándose al castillo a galope y portaban el escudo que los marcaba como guardias reales. Parecía que Azrael también había querido asegurarse de que esta vez no pudiera escapar.

«¿Pequeña guerrera?».

«¿Sí?».

«Te amo».

Estaba convencida de que cualquier manual o instructor de guerra habría opinado que aquel no era el momento de hacer confesiones. Personalmente discrepaba. Era el mejor de todos.

—Pase lo que pase, te amo —le repliqué de vuelta.

Capítulo Sesenta Y Uno



Andrea

Imagino que habría sido pedir demasiado que me llevaran ante Azrael por alguna de las entradas traseras del palacio, como habían hecho cuando nuestra relación aún era un secreto o cuando necesitaba pasarle información confidencial sobre algún aristócrata o peligro en ciernes.

Tampoco me habría quejado si los guardias me hubieran tenido un poco más de respeto y dejaran de empujarme y zarandearme innecesariamente. Muchos de ellos habían sido compañeros durante mi entrenamiento militar, algunos incluso habían estado bajo mi mando o habían sido ascendidos por mi recomendación. Sin embargo, en ese momento, los mismos que se habían peleado por servirme en el pasado, parecían haberse olvidado de ello. La máxima consideración que al parecer me merecía por haber luchado junto a ellos o haberlos apoyado era que me ignorasen con rostros carentes de expresión, mientras sus compañeros me trataban como escoria.

Creo que, si solo se hubiera tratado de los guardias, lo habría llevado mejor. Por desgracia, eso habría sido demasiado sencillo. Los pasillos del palacio estaban llenos de caras conocidas, ojos curiosos que habían venido a presenciar mi caída. Nobles y sirvientes por igual flanqueaban mi camino, acompañando mi marcha con murmullos, abucheos, insultos y hasta de escupitajos. Alguien debería haberles explicado que eso último le daba una mala imagen a su educación.

Los guardias, como era de esperar, no hicieron nada por impedirlo o acallarles, ni siquiera cuando empezaron a lanzarme restos de comida. Estuve tentada de coger una de las frutas y comérmela, solo para demostrarles dónde se podían meter su hipocresía y falsedad, pero con la suerte que tenía, lo único que iba a conseguir era atragantarme durante uno de los empujones que el guardia rubio a mi derecha me daba cada tres pasos, como si tuviera que mantener un ritmo.

¡Maldito imbécil!

«Ya falta menos. Estoy a punto de llegar», me avisó Gabriel. «Siento no estar a tu lado en este momento».

«No es culpa tuya», lo consolé.

Había intentado retrasar el regreso a la corte, pero con los ánimos revueltos y la fama que me había creado con la ayuda de los rumores populares, que me habían convertido en algún tipo de diosa maléfica, los ánimos estaban más exaltados de lo normal y lo único que había conseguido eran algunos cardenales adicionales. Entre ellos, la marca de la palma de mi padre en el pómulo.

Ahora que ya habíamos llegado a palacio, agradecía que Gabriel no me acompañara. Lo

último que deseaba era que todo aquello por lo que había luchado a lo largo de los siglos, quedara destruido porque el destino le había elegido la peor de las *shangriles* posibles.

«Me encargaré de que todos y cada uno de ellos paguen en consonancia a lo que te están haciendo», prometió Gabriel.

«¿Piensas convertirlos en dianas y practicar tu puntería a escupitajos con ellos?», me mofé, tratando de aliviar la tensión.

«Lo haría si tuviera saliva suficiente, pero me conformaré con verlos ahogarse con la suya propia».

«Mmm, si solo se trata de eso…». Mis ganas de bromear se esfumaron cuando se abrieron las dobles puertas de la sala del trono. Frente a mí estaba Azrael, con su reina sentada a su izquierda, ambos flanqueados por Malael y Cael.

Avergonzada aparté la mirada de la humana que ahora ocupaba el asiento que pensé que acabaría siendo mío. Recordaba a la perfección las veces que la había visto beber el agua envenenada y cómo me sentía ante la idea de que aquel tóxico le llegara a la criatura no nata que llevaba en su vientre.

«No tienes nada de lo que avergonzarte, no eras tú», me recordó Gabriel.

Tenía razón en parte, pero ¿no era hasta cierto punto responsabilidad mía que yo no encontrase la forma de recuperar mi voluntad y de haber, al menos, tratado de salvarlas?

Fui consciente de que el conde de Caelia estaba recitando los crímenes de los que se me acusaba, pero me negué a prestarle atención. Lo que sabía que había hecho ya me resultaba sobrecogedor, no quería descubrir nuevas atrocidades para las que no me encontraba preparada.

—¿Cómo te declaras de estos crímenes? —resonó la voz de Azrael, alta y clara, a través de la sala.

Alcé la cabeza para mirarle y me tragué un gemido ante la traición que se reflejaba en sus pupilas.

—¡Contesta! —urgió Cael, con una frialdad que contrastaba con la furia apenas contenida en su mirada y sus colmillos extendidos.

Estaba segura de que, de no estar la sala hasta los topes, se hubiera lanzado sobre mí y hubiera acabado con aquella farsa de juicio al instante.

«¡Cuéntales la verdad!», me instó Gabriel a través del vínculo. «Háblales de lo que te hizo la Bruja del Este y de su intención de atacarlos».

En el mismo instante en el que abrí la boca, escuché un conocido carraspeo a mi derecha. Cuando giré la cabeza hacia el estrado, mi padre estaba mirándome con una mueca de desprecio, luciendo en su chaqueta el alfiler que mi madre había llevado la noche anterior en su cabello.

«Si revelas su implicación, lo arrestarán como precaución y podremos llegar a tu madre antes que él», sugirió Gabriel convencido.

Mi esperanza de que aquella teoría fuera cierta, se desvaneció al ver a Anthael a unos metros de mi padre, con un conocido pendiente sujetado a su corbata. Por si aquello no hubiera sido suficiente para intimidarme, cerca de la puerta lateral, dos sirvientes de mi padre portaban lo que estaba convencida de que eran los pañuelos de mi madre.

Se me escapó un jadeo cuando alguien me empujó desde atrás, haciéndome caer de rodillas.

—¡Contesta! —exigió Cael con un gruñido que señalaba que estaba perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

Alzando la barbilla y los hombros, mantuve la vista al frente.

«Andrea, ni se te ocurra…».

«Lo siento».

«¡No lo hagas!».

—Culpable —repliqué con una repentina calma.

—¡No!

La puerta se abrió de golpe. Los guardias se pusieron en alerta y la atención de todos se dirigió hacia el hombre que irrumpió furioso en la sala.

—¿Qué te crees que estás haciendo al interrumpir de esa forma en un juicio, Gabriel? —Cael avanzó dos pasos, posicionándose frente a su hermano Azrael, mientras Belén, *su shangrile*, se colocaba protectoramente frente a la reina, abriendo sus enormes alas.

—Tengo un informe para el rey que es pertinente para este juicio —declaró Gabriel con firmeza.

—Ella ya se ha declarado culpable, el juicio ha acabado —anunció Cael con frialdad.

—Ha mentido —replicó Gabriel, deteniéndose a mi lado. En la sala se extendieron murmullos de incredulidad.

Cuando posó su mano sobre mi hombro, sentí un breve alivio, pero dos guardias me sujetaron por los brazos y un tercero se interpuso entre nosotros, como si temieran que Gabriel fuera a secuestrarme.

Gabriel desplegó sus colmillos, listo para defenderme, cuando Malael intervino:

—Gabriel, ¿me permites el informe? —preguntó con calma—. Se lo entregaré al rey.

Gabriel vaciló y me echó un vistazo inseguro, antes de entregarle a Malael el tubo de documentos que traía consigo.

La sala se quedó en silencio mientras Azrael examinaba los documentos. De reojo, vi a mi padre intercambiar una mirada inquieta con su amigo, aunque ambos permanecieron inmóviles. Azrael, por su parte, mantuvo una expresión indescifrable mientras sus pupilas recorrían con rapidez los escritos.

Cuando finalmente bajó los documentos, se tomó varios segundos antes de mirar a Gabriel. El simple hecho de que evitara mirarme, ya me advirtió de cuál había sido su decisión.

—Como ha señalado el príncipe Cael, la acusada se ha declarado culpable de sus crímenes —declaró Azrael sin inmutarse—. Un informe elaborado de su *shangrile*, claramente influenciado por su vínculo y sesgado por su necesidad de protegerla, no puede rebatir la admisión de la acusada.

—¡¿Qué?! —exclamó Gabriel incrédulo, su semblante tenso—. Tiene derecho a que se demuestre su inocencia.

—¡No! —grité al ver cómo dos guardias golpearon a Gabriel.

—¡No te atrevas a dirigirte así al rey! —advirtió uno de ellos con dureza.

Gabriel tensó la mandíbula, pero se mantuvo erguido.

—Su majestad, se lo ruego —suplicó Gabriel, bajando la mirada en señal de respeto—. Dadme la posibilidad de demostrar su inocencia. Puedo hacerlo, solo necesito unas semanas, un mes como máximo.

Si en ese instante hubiera caído un alfiler al suelo, se habría oído cómo rebotaba. Se me humedecieron los ojos al ver a mi valiente guerrero luchando por mí, pero sabía que sería en vano, en especial cuando mi padre me tenía a su merced y la bruja podía volver a poseerme y controlarme en cualquier momento.

—Gabriel, eres mi mejor cazador y un hombre valioso para el reino —dijo Azrael con firmeza—. Lamento que la acusada sea tu *shangrile*, pero ya ha escapado antes. No puedo arriesgarme a que vuelva a ocurrir.

Capítulo Sesenta Y Dos



Andrea

Se me deslizó una lágrima por la mejilla al ver la traición y el fracaso dibujarse en el semblante de Gabriel. Nada me hubiera gustado más que poder abrazarlo y decirle que todo saldría bien, a pesar de que ambos supiéramos que no era cierto.

La forma en la que Gabriel se irguió de repente, su rostro llenó de determinación, fue todo el aviso que necesité para adivinar sus planes.

—Por las leyes de Nocturna, y como *shangrile* de la condenada, invoco mi derecho a…

Antes de que pudiera terminar de exigir su derecho a sacrificarse por su *shangrile*, tal y como establecían nuestras leyes, me zafé de los guardias y me lancé sobre él, golpeándolo con precisión en la base del cuello. Gabriel se tambaleó aturdido antes de caer al suelo

La sala irrumpió en un zumbido ajetreado, mientras los guardias me agarraron con tal fuerza que pensé que iban a desencajarme los hombros. Ni siquiera intenté forcejear para liberarme. Mantuve la mirada fija en Azrael, desafiante. Esta vez no iba a achantarme ni ante él ni ante nadie.

—Dicta la sentencia y hazla irrevocable para que tu cazador no pueda sacrificarse por mí —le exigí, sin ocultar el veneno en mi voz.

Estaba harta de él y de todos los que se creían superiores a mí. Si mi vida estaba llegando a su fin, no iba a ser de rodillas ni con la cabeza agachada.

—¡TODO EL MUNDO FUERA! —rugió Azrael de repente, lanzándome una fiera mirada de advertencia, que me clavó en el sitio, mientras le besó la mano a su reina y le susurraba algo al oído. La humana me miró con desconfianza, pero acabó marchándose con el resto de los asistentes—. ¡TODOS! —gritó, poniéndose de pie cuando los guardias permanecieron en su sitio.

Malael y Cael lo miraron preocupados, reticentes a marcharse.

—Hermano…

—¡Malael, por favor! —insistió Azrael, su tono más suave, pero igual de decidido.

Con una mirada de preocupación en mi dirección, Malael soltó un suspiro y se dirigió a la salida.

—No hagas algo de lo que vayas a arrepentirte —avisó a su hermano antes de cerrar tras ellos y dejarnos a solas.

Sentí la mirada de Azrael sobre mí, mientras contemplaba con un nudo en la garganta el

cuerpo inerte de Gabriel. Ahora que todos se habían ido, al menos podía escuchar su respiración, lenta pero constante.

—Ahora eres mortal —murmuró Azrael.

Bufé. ¿Acaso importaba a esas alturas? Iba a morir de todas formas.

—Siempre me ha gustado ser especial y diferenciarme de los demás, ya lo sabes.

Azrael soltó un resoplido que, alguien que no lo conociera, podría haber confundido con una carcajada.

—Estás enamorada de él —constató, dejándose caer en su trono. Su postura, normalmente erguida, ahora reflejaba cansancio.

—Es mi vida —contesté sin pensarlo—. La poca que me queda.

Apoyó los antebrazos sobre las rodillas y, por un momento, dejó caer la cabeza.

—Aun suponiendo que creyera lo que dice ese informe —dijo después de un rato—, nada me garantizaría que alguien no pudiera volver a controlarte.

Esa era una realidad que probablemente ambos temíamos.

—Lo sé.

Azrael alzó la cabeza y me miró a los ojos, dejando caer su usual máscara de frialdad me permitió ver sus emociones. Su arrepentimiento y dolor me golpearon de frente en el pecho.

—No quiero matarte, fierecita. —El oír el apelativo cariñoso con el que me había llamado tantas veces en la intimidad me formó un nudo en la garganta y mis ojos comenzaron a escocer.

Aquel era el Azrael al que había querido, mi amigo y, a veces, mi confidente, aunque jamás hubiera sido totalmente sincera con él.

—No necesitas disculparte, lo entiendo —repliqué con suavidad.

—Tengo que proteger a mi familia —continuó de todos modos—. Porque si las pierdo a ellas, no habrá nada que me impida arrasar esta dimensión. Tú, mejor que nadie, sabes de lo que soy capaz.

Lo sabía. Pocos tenían idea de la fuerza real de la bestia sanguinaria que se escondía en su interior, pero yo había tenido un atisbo de ello. Dudaba que aquel hubiera sido siquiera con su potencial total. En cuestión de segundos, Azrael y yo habíamos estado rodeados de cincuenta cuerpos caídos, y solo uno había sido obra mía. Cuando los rumores se extendieron sobre que el rey había sido atacado por una legión de orcos salvajes, todo el mundo dio por supuesto que había sido su guardia la que acabó con ellos. Ni Azrael, ni yo, ni el comandante de su guardia reveló jamás que los únicos presentes en aquel lago habíamos sido él y yo, en busca de un poco de relax de la estresante vida de la corte.

—No necesitas disculparte por ello, lo entiendo. —Mi mirada volvió a caer sobre Gabriel—. ¿Podrías… podrías desarmarlo y permitirme estar un momento junto a él?

—Acércate —respondió Azrael, cansado—. Sé que no intentarás nada.

Me volví hacia él conmocionada, pero mi asombro creció al descubrir cómo le brillaban los ojos.

—Lo siento —susurré, tapándome la boca para evitar que se me escapara un sollozo—. Siento tanto no haber sido lo bastante fuerte para proteger a tu mujer y a tu hija.

Azrael asintió.

—Y yo siento no haber estado a tu lado cuando me necesitabas. Sé que ya es demasiado tarde para esto, pero, aunque no te amara, te quería. A mi manera, pero te quería.

—A nuestra manera —le corregí con tristeza, sabiendo a qué se refería.

Me arrodillé junto a Gabriel y, con cuidado, coloqué su cabeza sobre mi regazo, apartándole con ternura el cabello del rostro y comprobando que su respiración y sus constantes vitales se

mantuvieran estables.

—Has estado a mi lado en algunos de los momentos más oscuros de mi vida, y me has permitido ver a la verdadera Andrea cuando lo necesitaba —dijo Azrael—. Te lo agradezco.

Sacudí la cabeza con pesar.

—Mi padre me obligó a seducirte. Quería que me convirtiera en tu reina.

—Lo sospechaba. Llegué a considerarlo, ¿sabes? El convertirte en mi esposa —admitió—. Habrías sido una reina magnífica.

—¿Por qué jamás me lo pediste? —le pregunté por curiosidad.

—Por que algo me decía que no querías serlo y que habría arruinado nuestra amistad. Eras brillante en la corte, la dama más elegante y sofisticada de todas, pero convertirte en reina habría acabado con la fierecilla rebelde que llevabas dentro. Sé lo que disfrutabas con tus escapadas a la dimensión humana.

—No eran escapadas —protesté con debilidad, aunque la comisura de mis labios me traicionó—. ¡Tú me enviabas! Eran misiones oficiales.

—Tú me convencías de que eran necesarias. —Rio por lo bajo—. ¿O pensaste que no me daba cuenta de cómo me persuadías cuando te convenía?

Entre lágrimas, solté una carcajada malograda.

—Me conocías mejor de lo que esperaba.

—Sé que creías que no te veía, pero antes de que las cosas se enfriaran entre nosotros…

—¿Podrás perdonarme algún día? —le pregunté, interrumpiéndolo, incapaz de oír lo que sospechaba que iba a decirme.

Azrael bajó la mirada y se estudió las manos.

—Sabes que tengo que dictar sentencia y condenarte.

—Lo sé. —Gabriel se movió inquieto sobre mi regazo, recordándome que se me acababa el tiempo. Sentí una punzada de dolor al darme cuenta de que aquella sería nuestra despedida y que jamás podría confesarle en persona lo mucho que significaban para mí los breves momentos que habíamos compartido—. ¿Puedo pedirte un último favor? —le rogué a Azrael.

Capítulo Sesenta Y Tres



Andrea

Nunca me había gustado visitar los calabozos. Los corredores de piedra gris parecían cerrarse sobre ti a medida que avanzabas. Resultaba demasiado tétrico, y la desesperación y la agonía impregnaban el ambiente hasta el punto de que resultaba imposible ignorarlas. Al menos, yo no podía. La atmósfera estaba tan saturada de sufrimiento que se posaba sobre mi lengua con una textura pastosa y agria, cubriéndola con una presencia opresiva que resultaba insoportable.

«¿Andrea?».

Me clavé las uñas en las palmas de las manos y seguí andando.

¿Cuántas veces había tenido que visitar aquel maldito lugar? Demasiadas, tantas que mi memoria prefería no recordarlas siquiera. Esta era la segunda vez que lo hacía como prisionera. Si la primera ocasión había sido aterradora, ésta solo podía definirla como vacía, que era justo como me sentía, mientras mis escoltas me acompañaban con el rítmico eco que marcaban sus firmes y decididos pasos al avanzar.

Al bajar el último tramo de escaleras, a la pestilencia del moho se unió el del sudor y orina fermentados. ¡Diosa! Solo por eso habría preferido que me ejecutaran sobre la marcha. Incluso estando vacío se me levantó el estómago.

Como si al pisar el último escalón se acabase de activar algún botón de alarma, los lamentos ahogados y los murmullos se convirtieron en desgarradores gritos y ruegos, mientras los prisioneros extendían los brazos a través de los barrotes, sus dedos temblorosos estirándose en nuestra busca, como si el simple contacto con nuestra ropa pudiera trasladarlos a otra dimensión o librarlos de su prisión.

«Andrea, sé que me estás oyendo. Contéstame, cielo».

Tragué saliva. Necesitaba seguir andando y olvidarme de todo lo que iba a dejar atrás.

En algunos ojos se encendió un atisbo de esperanza al verme, aunque se extinguía tan pronto como reconocían el vacío en los míos, y acababan retrayéndose desilusionados a la oscuridad de sus celdas, abrazando de nuevo su soledad.

Los únicos que persistían en su intento por llamarnos la atención eran aquellos arrastrados por la locura, cuyas mentes fracturadas no comprendían el peligro de atraer la atención de los guardias hacia ellos. Fue la agudeza de sus chillidos y el crujido de huesos al romperse lo que me ayudó a seguir andando con los puños crispados y la mirada al frente, mientras ignoraba la voz que seguía resonando en mi mente.

«Cielo, si crees que ignorarme va a hacer que deje de insistir, entonces es que no me conoces. Ya sé que le has pedido al rey que me prohíba pisar los calabozos. ¿Qué estabas pensando al hacerlo?».

Me mordí los labios hasta que el sabor metálico de mi sangre borró el amargor anterior. Necesitaba pensar en algo diferente, algo que me ayudara a olvidarme de la tentación de responder.

Una vez había tenido un minino con un precioso pelaje anaranjado y ojos tan azules que parecían poder llevarme a otros mundos. Adoraba tanto a Grumpy que, cuando mi padre le dio una patada por tener la osadía de cruzarse en su camino, me lancé detrás de él en un estúpido e inútil intento por ayudarlo y protegerlo. Fue el día en el que descubrí que, al contrario que otras criaturas más vulnerables, un vampiro podía sobrevivir a varias costillas rotas y a lo que fuera que pudiera causar que te saliera sangre por la oreja y la boca.

Tuve suerte de que mi padre no decidiera clavarme una estaca en el corazón. Después de tantos años, seguía preguntándome qué habría pasado con Grumpy si lo hubiera dejado enfrentarse solo al castigo de mi padre y si hubiera conseguido escapar vivo en lugar de terminar consumido en el fuego de la chimenea, tal como pasó mientras a mí no me quedaba otra que tragarme mis sollozos mientras lo presenciaba.

¡Mierda! Si seguía eligiendo pensamientos tan deprimentes para olvidarme de Gabriel, iba a acabar perdiendo la cabeza antes de que me la cortaran de cuajo.

«Retrae tu negativa a verme. No puedes hacerme eso. Si solo nos quedan unos días, entonces quiero pasarlos contigo».

Titubeé. Poder pasar mis últimos días con él habría sido un regalo, pero también era egoísta. Necesitaba que creyera que ya no lo quería, tenía que conseguir que se enfadara conmigo y que acabara despreciándome, para que, cuando llegase el día, pudiera rehacer su vida sin mí, y no se le ocurriera la estúpida idea de seguirme a un sitio en el que ni siquiera sabíamos si nos permitirían estar juntos.

Me forcé a desviar mi atención hacia los condenados que permanecían acostados sobre sus maltrechos camastros, resignados a su destino. Me atraparon unos ojos amarillos que chispeaban con hostilidad desde las sombras de una de las celdas. El gruñido bajo y largo del hombre lobo me erizó la piel. Me obligué a ignorar mis instintos naturales de mantenerle la mirada y desvié la mía. ¿De qué me servía entrar en los juegos de poder y dominancia con el resto de los presos cuando apenas me quedaban tres días y dos noches para mi muerte?

«Lo único que tienes que hacer es decirle al carcelero que estás dispuesta a verme. Yo me encargaré del resto».

Un hada, cuyos hombros estaban encorvados por el peso del turbio destino que la envolvía, me observaba con tristeza y comprensión, antes de deslizarse hasta el suelo y apoyar la frente sobre sus rodillas. Ni siquiera a sus alas les quedaba brillo en aquel lugar, y dudaba mucho que tuviera que ver con el hecho de que tenía una de ellas deshilachada como si alguien se hubiera quedado con un trozo de recuerdo.

«No me importa que estemos en los calabozos si es para estar contigo».

El momento en el que los guardas se detuvieron ante lo que iba a ser mi morada en aquel purgatorio llegó demasiado pronto. Manos ásperas me empujaron sin delicadezas al interior de la estrecha celda y el golpe seco de la puerta resonó con la firme declaración de que mi destino se había sellado. El chirrido de la cerradura no fue más que la confirmación.

Inmóvil, esperé a que los pasos rítmicos de mis carceleros se perdieran en la distancia antes de colapsar sobre el maltrecho camastro, que consistía en poco más que una tabla curvada por la

humedad y un colchón tan fino que hasta mi último sándwich había tenido más relleno. Con un suspiro cansado, apoyé la espalda contra la rugosa piedra del muro y me permití el lujo de cerrar por unos segundos los párpados.

«¿No quieres que te abrace y te dé calor?».

En la densa penumbra los susurros de los otros prisioneros se filtraban con más intensidad, convirtiéndose en un coro de voces desgastadas que se mezclaban con mis propios pensamientos. Algunos buscaban consuelo en sus rezos, otros maldecían su destino y, unos cuantos, simplemente lloraban.

Eso era justo lo que yo deseaba hacer al pensar en los cálidos brazos de Gabriel rodeándome.

—¿Así que la gran Andrea ha caído? —escupió alguien desde las sombras, su tono cargado de un tóxico que no necesitaba ver para sentir. No podía decir que supiera quién era su dueño, pero su voz sonaba familiar. ¿Le pertenecería a alguno de los hombres cuyo futuro había sellado con mis informes?—. ¿Cómo se siente estar al otro lado de los barrotes?

Desde algún lugar en la oscuridad, otra voz se elevó, impulsada por la curiosidad y el aburrimiento.

«Cielo, necesito estar contigo, saber que estás segura… Hazlo por mí».

Si Gabriel supiera…

—¿Quién es? ¿La conoces? —preguntó alguien.

La respuesta no se hizo esperar.

—La puta del rey. Se ve que ahora que tiene a su reina y a su heredera se ha cansado de ella.

Uno tras otro, los prisioneros se asomaron por los barrotes y sus rostros se volvían hacia mí, algunos con una curiosidad mordaz, otros con una hostilidad que no necesitaba palabras para hacerse entender. Durante mi época de diplomática y espía para Azrael seguramente había contribuido a la captura de algunos de ellos.

«Cielo, dime que al menos te lo pensarás».

Apreté los labios. Defenderme de los insultos de los prisioneros no iba a hacerme ningún bien. Era una batalla perdida antes incluso de comenzar.

—Mmm… ¿Tu rey te ha abandonado? No te preocupes, pelirroja, yo puedo hacerte chillar más y mejor que él y, si eres buena, hasta te como —intervino una voz diferente, sustituyendo el amargor sobre mi paladar por el de la bilis cuando un ogro asomó su achatada nariz por el hueco de los barrotes y me guiñó un ojo mientras chasqueaba los dientes ennegrecidos en mi dirección.

—Con esa polla de ogro ibas a reventarla —comentó alguien, arrancándoles risas a algunos de sus compañeros.

¡Diosa! En serio iba a tener que aguantar los próximos tres días oyendo semejantes estupideces.

«Está bien. Si no quieres verme o necesitas pensártelo, de acuerdo, pero al menos háblame, déjame hacerte compañía».

Gabriel jamás sabría cuánto me tentaba aquella proposición, ni cuánto lo echaba de menos, a pesar de que acababan de separarnos.

—Le prometí que gritaría, no que fuese de placer —argumentó el ogro sin inmutarse.

—Y a ver si lo adivino, cuando hablabas de comértela, hablabas de forma literal —dijo el primer prisionero con un tono aburrido que apenas ocultaba la pizca de sarcasmo.

—Tengo hambre. ¿Vas a decirme que tú no lo harías si tuvieras la oportunidad?

Por un momento se produjo el silencio. Me habría gustado poder ignorarlos y perderme en mis propios pensamientos, pero eso solo significaba ser más consciente de la voz de Gabriel en mi mente. Al menos aquellos capullos me distraían de eso.

—¡Mierda! —gimió alguien—. Me he puesto a salivar. ¿Os imagináis estar empotrados en ella mientras devoráis sus tetas? ¡Joder! Muero por un poco de carne fresca y ella hasta huele bien.

—Yo seguramente acabaría escupiendo sus pezones —opinó alguien diferente—. Nunca me ha gustado la carne dura y chiclosa.

—Pero las tetas son blanditas. Seguro que están buenas.

Perdí la cuenta de las diferentes voces que hablaban y cerré los ojos. No sabía qué era más difícil, bloquearlos a ellos o a Gabriel. Obviamente era una forma de tratar de engañarme a mí misma. Esos tipos me importaban un comino.

—¿Por qué las tetas? Yo soy más un demonio de culos.

Uno de sus amigos bufó.

—Porque iba a ser difícil empotrártela y comerte su culo al mismo tiempo.

—No si uso su boca.

—¡Por el amor de la Diosa, demonio! ¿En serio meterías tu aparato en la boca de una vampiresa? ¿Alguna vez has visto los colmillos de una?

El demonio soltó una carcajada ridículamente estridente. Si su voz sonaba como la de un enorme guerrero curtido en el campo de batalla, su risa me recordaba al cacareo de una gallina.

—¿Has visto tú alguna vez la polla de un demonio, centauro? Tenemos escamas protectoras en la base. Podría arrancarle sus colmillos antes de usarla, pero no lo necesito.

«Ha venido Malael a presentarme sus respetos. ¿De qué hablasteis tú y Azrael cuando me desmayé y os quedasteis a solas? No te equivoques, no estoy celoso, pero incluso Malael parecía sorprendido de que el rey haya ordenado que la sacerdotisa en persona se haga cargo de tu ritual de purificación y tu funeral y ha solicitado que no se escatime ningún gasto».

Parpadeé en un intento por hacer desaparecer las lágrimas que amenazaban con caer. La sacerdotisa solo intervenía en los rituales de purificación y los funerales de la familia real. Rara vez se hacían excepciones. ¿Azrael trataba de darme el entierro de la reina que nunca fui? No me extrañaba que Gabriel estuviera confundido.

—¿Y es verdad eso de que también tenéis espinas en vuestras pollas?

Mi vecino de la celda de enfrente me sonrió con crueldad mientras escuchaba conmigo la conversación de los otros prisioneros. Me tomó toda mi fuerza de voluntad no reaccionar cuando el demonio le respondió que sí.

—¡Venga ya! Eso es broma, ¿no? —saltó alguien.

—Te he visto meando. No había espinas.

El demonio rio de nuevo. El repentino protagonismo de su aparato reproductor parecía haberlo puesto de buen humor.

—Las espinas se liberan al correrno, para anclarnos a la vagina y aumentar las probabilidades de la fecundación

El ogro que se había ofrecido antes a convertirme en su asado, se estremeció mientras sus ojos seguían puestos sobre la celda enfrente a la suya.

—Pero entonces… —dijo despacio, como si las ruedecillas en su cerebro siguieran dando vueltas—, si te empotras en su garganta…

—Suponiendo que aún siguiera viva para cuando me vaciara, solo le quedarían dos opciones: desgarrarse la garganta en un intento por liberarse de mí o morir asfixiada —replicó el demonio con una tranquilidad que hablaba de experiencia—. Mientras estamos anclados, nuestro semen fluye en abundancia por unos buenos cinco o diez minutos más, dependiendo de lo excitados que estamos.

Mis dedos se crisparon ante la idea de las pobres mujeres que habían tenido que sufrir de una muerte tan horrible a manos de aquel cabrón.

«Si Azrael te da todo eso. ¿Qué se supone que puedo darte yo?», preguntó Gabriel, rompiéndome el corazón.

Estuve a punto de responderle la verdad, que él ya me lo había dado todo y que no necesitaba darme nada más, pero en el último segundo recordé que era preferible que sufriera ahora y siguiera viviendo, a que tratara de acabar con su vida por mi culpa.

—Sois todos unos estúpidos —intervino una voz áspera por la edad con un tono tan helado que me hizo estremecerme. ¿Percival? —Me enderecé. Estuve a punto de pronunciar su nombre para asegurarme de que no me equivocaba, pero me mordí la lengua. Lo último que quería era que nos relacionaran y que le hicieran pagar por ello—. La señorita Andrea acabaría con vosotros antes de que tuvierais tiempo de parpadear. ¿Por qué creéis que ocupaba uno de los puestos más importantes al servicio del rey?

¿Qué hacía Percival allí? Había trabajado en la casa de mi padre desde antes de que yo naciera y, aunque me constaba que era un excelente luchador, el hombre era la tranquilidad y la educación personificada.

—¿El de su ramera? —trató de bromear alguien, aunque había una cierta vacilación en su voz.

—Idiota —replicó Percival disgustado.

—¿Cuál era entonces? —preguntó alguien, lleno de curiosidad.

—Uno tan importante que solo ellos sabían cuál era, pero créeme, la he visto en acción. De niña, entrenaba con el rey y sus hermanos. Ella no lucha, aniquila. Tendréis suerte si mañana llegáis a despertar.

Hubo una vacilación en el ambiente.

—¿Tratas de decirnos que puede matarnos a través de los barrotes? —se burló otro de los prisioneros.

—La última vez que trataron de encerrarla, escapó en menos de tres días. Si permanece en su celda, es porque esa es su elección.

Tras las palabras de Percival, se hizo el silencio. Podía sentir los ojos calculadores puestos sobre mí, incluso cuando los prisioneros se refugiaron en las sombras de sus celdas. ¿Cuántos de ellos estarían preocupados sobre lo que podía hacerles y cuántos ya estaban haciendo planes para congraciarse conmigo? Me habría reído de haber podido. ¿Es que ninguno se había dado cuenta de que ahora era mortal y que, ni en mis mejores épocas, habría sido capaz de enfrentarme a una prisión entera de criaturas malditas, al menos el doble de corpulentos y fuertes que yo?

¿Percival se había inventado esa historia con la intención de protegerme?¿Por qué iba a hacerlo? Si estaba allí, debía de ser porque mi padre lo había traicionado, al igual que a mí. Lo lógico habría sido que, por extensión, me odiara como solían hacerlo el resto de las víctimas de mi progenitor.

«Sé que ahora mismo estás cansada y que necesitas asimilar todo lo que ha pasado, pero por favor, cielo, háblame cuando estés más tranquila. Te necesito».

Capítulo Sesenta Y Cuatro



Andrea

Me despertó el graznido de juntas oxidadas. Mi reacción fue instintiva. Supongo que de algo habían servido los años de adiestramiento bajo la supervisión de mi padre. Nada bueno venía nunca de alguien que entraba en tu dormitorio mientras dormías. Salté de la cama, indiferente al contacto de mis pies con la fría piedra del suelo, y me coloqué en posición de ataque mientras mis colmillos se extendían en anticipación a la amenaza, solo para darme cuenta de que no había nadie conmigo en la celda.

El prisionero que me reconoció la noche anterior, otorgándome el título honorífico de «la puta del rey», me observaba desde la seguridad de su prisión. Arqueó una ceja, su rostro deformándose con una mueca burlona ante mi postura defensiva. A pesar del sobresalto que intentaba ocultar, su actitud condescendiente me hizo abrir los labios para mostrarle mis colmillos.

Un tintineo de campanillas y murmullos bajos se acercaba, haciendo que me olvidara del imbécil que tenía frente a mí para centrarme en discernir el posible peligro. No fue hasta que reconocí algunas de las palabras y me llegó la baja vibración característica de la magia usada por los magos domésticos, que relajé un poco los tensos músculos y enderecé la espalda para asomarme con cautela por los barrotes de mi prisión.

Seis magos enfundados en sus largas túnicas azules se encontraban distribuidos a lo largo del pasillo, cada uno apostado ante una celda, mientras sus manos danzaban en el aire y sus susurros se fundían los unos con los otros en murmullo casi fantasmal. Relajando los hombros, reprimí mis ganas de frotarme los brazos para borrar la piel de gallina y los seguí observando, en tanto que efímeros símbolos luminosos se deshacían ante ellos tal y como aparecían en el frío aire.

Al terminar, avanzaron unos metros como una maquinaria bien engrasada y se detuvieron ante las siguientes celdas. Ignorando a mi vecino de enfrente, regresé a mi camastro y me tiré sobre él con la vista fija en el techo de piedra. Era cerca del ocaso, podía sentirlo en mi interior. Un día menos para soportar aquel infierno y otro en el que mi corazón seguiría quebrándose ante la ausencia de Gabriel y el deber de ignorar sus ruegos. A pesar de que seguía asustándome la muerte, empezaba a desear que llegara de una vez por todas y me permitiera descansar en paz.

Mis pensamientos se detuvieron un momento cuando me pareció detectar un desajuste en el ritmo de los murmullos, pero por más que intenté detectar la causa de la extraña vacilación, lo único que oí fue la carrasposa tos del viejo Percival.

Intenté disimular la rigidez en mi espalda cuando apareció uno de los magos frente a mi celda con el rostro cubierto por la capucha. Los magos de limpieza no eran conocidos por su poder, más bien al contrario, su magia solía ser débil pero resistente, lo que los hacía ideales para entrar al servicio de los que podían permitírselo, porque donde otros magos acababan agotándose a las pocas horas, vaciando sus reservas de magia, ellos podían funcionar doce o catorce horas al día sin casi descanso. Algo que, además, los convertía en los preferidos por los vampiros y otras razas para contratarlos: eran efectivos, de bajo riesgo (por cuanto que no podían competir con la fuerza y la rapidez de otras criaturas supernaturales) y generalmente eran los que más barato cobraban por su trabajo.

Fue por eso que me preparé para lo peor cuando detecté la poderosa magia del tipo que se encontraba ante mi celda. No había nada que yo pudiera hacer encerrada en aquel zulo estrecho para defenderme de él si decidía atacarme. Mi piel se erizó cuando murmuró palabras en el idioma de los antiguos y sus dedos comenzaron a trazar patrones en el aire. Había algo en él que me resultaba familiar, aunque no habría podido poner en pie el qué, o al menos no lo supe hasta que las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada.

Me congelé en el sitio, debatiéndome entre lanzarme contra él y tratar de matarlo con mis manos a través de las rejas, o exigirle respuestas.

La magia se concentró ante él, formando esferas de luz que danzaban con una rapidez mareante entre sus palmas antes de salir disparados hacia el techo y los laterales de mi celda.

¡Mierda! ¿Estaba atacándome? Si lo hacía, debía de ser un ataque con un efecto retardante, porque el resplandor de la magia azul se extendía por la piedra gris con una amenazante lentitud, devorando la suciedad del suelo y el moho de las paredes por igual.

Sin perder de vista a Frost, me apoyé sobre mis codos y me incorporé despacio sobre el camastro, encogiendo las piernas a medida que lo que parecían llamas azules se extendían en mi dirección, recortando las distancias. Sabía que aquello no era normal, no solo porque las llamas fueran heladas en vez de calientes, sino por el modo casi brutal con el que el moho siseaba y hervía como si estuvieran echándole ácido para eliminarlo. No es que hubiera visto nunca a ninguno de los equipos de limpieza quitar el moho de las paredes del calabozo, pero me constaba que había otros métodos de hacerlo, formas más sutiles y menos agresivas que las que estaba usando el capullo que se encontraba ante mi celda, observándome con parsimonia.

El aire, previamente viciado y pesado, se llenó de una repentina frescura que solo me confundía más. ¿Qué demonios pretendía? De repente, las llamas me alcanzaron y el mundo entero se tornó de un azul plateado, consumiéndome por dentro. El fuego desapareció con la misma rapidez con la que me había envuelto, sustituido por un espeso líquido, en el que parecía estar flotando rodeada de vacío.

—Sigues debiéndome un alma —resonó la voz de Frost en el vacío.

Intenté mirar a mi alrededor, pero lo único que había era un iridiscente tono azul que se movía, desfigurándose y transformándose con figuras caprichosas.

—¿Frost? ¿Es de eso de lo que trata todo esto? ¿Has venido a por mi alma?

—Ya te he dicho que no me interesa tu alma.

—Entonces, ¿el alma de quién? Por si no te has dado cuenta, ahora estoy presa gracias a ti. No es como si fuera a tener muchas posibilidades de cumplir con mi parte del trato.

—La tendrás cuando llegue el momento.

—¿Qué momento?

—Lo sabes, no necesitas que te lo diga. Sé que estuviste escuchándonos.

—¿Cómo?

No sé muy bien si llegó a contestarme o qué pasó después. Tan solo que, cuando abrí los ojos de nuevo, mi celda se encontraba de nuevo en penumbra y Frost había desaparecido.

Mis ojos se encontraron con mi némesis en la celda de enfrente, pero, por una vez, el hombre no dijo nada, ni mostró ninguna expresión. Al darme cuenta de que había algo duro bajo mi espalda, metí las manos y me detuve al tocar el frío metal. No necesitaba mirar para ver lo que eran. Reconocería mis dagas con los ojos vendados. Cogiéndolas las arrastré con disimulo para esconderlas en los bolsillos de mi falta, sujetándome a una de ellas y dejando que la sensación de protección que me proporcionaban me inundara.

Girándome sobre la excusa de colchón de mi camastro, me enrollé sobre mí misma y fijé la mirada en la pared de enfrente, solo para detenerme al descubrir las letras que brillaban con un tono iridiscente sobre la rugosa superficie.

«*Sit tibi, blue flammae*».
Deja que las llamas azules te guíen.

Me negué a analizar el significado o la clase de juego en el que Frost pretendía que participara ahora. Lo mejor que podía hacer era dormir y dejar que el tiempo pasara. No había mucho más que pudiera hacer. Solo esperar que la muerte llegara antes de que él regresara con sus demandas.

No sé cuánto tiempo pasé sumida en un estado de duermevela. Imágenes de Gabriel se entremezclaron con las de mi huida a través de los bosques y los murmullos y gemidos de los otros prisioneros. No fue hasta que la puerta al final del corredor se abrió con otro de sus chirridos oxidado y se oyeron las pisadas de botas acompañadas por los chillidos cargados de pánico de animales, que me incorporé de nuevo en el camastro, esperando, con la respiración contenida, a descubrir lo que ocurría.

Pronto se extendieron gruñidos, gritos, maldiciones, pasos frenéticos, crujidos y rugidos en las diferentes celdas anunciando que era la hora de la cena. No conforme con tratarnos como si lo fuéramos, en aquel lugar nos convertían en animales. Era un recordatorio de lo que éramos: monstruos en la oscuridad, alimentándonos de los débiles, perpetuando el ciclo de terror que nos mantenía encadenados a este mundo. Uno de los carceleros se detuvo ante mi celda, cogió por la cola a una de la ratas del cubo con tapadera que portaba y la lanzó al interior de mi diminuto habitáculo.

—Que aproveche —se burló, cerrando el cubo antes de que el resto de los roedores pudieran escapar.

La rata que cayó en mi espacio apenas tuvo tiempo de comprender su cambio de fortuna antes de quedar expuesta bajo la tenue luz de la piedra fuego de mi celda. Su pequeño cuerpo temblaba, envuelto en un pelaje sucio y enmarañado, y arañó el suelo con sus minúsculas patas en un intento desesperado por encontrar un refugio inexistente mientras su diminuto corazón latía desbocado. Sus ojos, que brillaban llenos de terror, se encontraron con los míos y, por un momento, llegué a identificarme con ella. No me moví cuando se dirigió hacia los barrotes en busca de su libertad. No pude más que dejar de respirar mientras trataba de oírla correr por el pasillo en un intento por escapar de su destino. Su chillido aterrado y el repentino silencio acabaron con sus esperanzas al mismo tiempo que lo hacían con las mías.

—¿Comer una rata es caer demasiado bajo para la señora? —se mofó el carcelero que había regresado con el cubo vacío.

Resoplé, pero me negué a responder. Si quería una excusa para poder ponerme una mano

encima, no iba a ser yo quien se la proporcionase.

—Es una lástima que tu estancia aquí vaya a ser tan corta. No me habría importado hacer alguna apuesta con mis compañeros para ver cuánto tiempo ibas a aguantar antes de caer de tu pedestal. —Cuando seguí sin contestar, soltó un pesado suspiro—. Imagino que entonces tu último deseo será tener un banquete, ¿no?

Sus palabras me hicieron erguirme.

—¿Tengo un último deseo?

—Todos los sentenciados a muerte lo tienen, siempre que esté en nuestras manos, sea razonable y no vaya en contra de la pena que se les ha impuesto.

Por el rabillo de mis ojos, vi a los otros prisioneros acercarse a sus barrotes, probablemente atraídos por la interacción y la curiosidad. Cualquier excusa era buena para ofrecerles algo de distracción a su monotonía. Ignorándolos, inspiré con fuerza y repasé mis posibilidades.

—¿Y bien? Tengo cosas mejores que hacer que pasarme aquí toda la noche —exigió el carcelero.

—Quiero una audiencia con la Reina de las Nieves. —Alcé la barbilla, a sabiendas de cuál sería su reacción ante mi atrevimiento.

Como era de prever, la risa estalló a mi alrededor en un cruel coro de incredulidad. El carcelero también soltó una carcajada, pero me negué a apartar la mirada o a agachar la cabeza.

—¿La Reina de las Nieves? ¿En serio crees que alguien como tú puede exigir la presencia de una bruja tan poderosa? —bufó—. He visto a otros prisioneros perder sus tornillos mientras se encontraban aquí, pero ninguno lo ha hecho con tanta rapidez como tú. —Sacudió la cabeza con desprecio.

—No he exigido nada, solo he expresado lo que quiero —corregí sin echarme atrás—. Es mi último deseo. Y todo lo que tienes que hacer es informar al rey Azrael.

—La reina no vendrá a ver a una don nadie en un calabozo. Será desperdiciar tu deseo y no tendrás otro —insistió el hombre, esta vez serio.

El pasillo se sumió en un silencio tenso, la burla dando paso a una curiosidad cautelosa. Incluso los prisioneros parecían contener el aliento a la espera de mi respuesta.

—Que así sea —repliqué sin vacilar.

La duda cruzó su rostro endurecido por años de indiferencia, pero acabó por asentir con lentitud.

—Que así sea entonces —concedió—. Pero no te hagas ilusiones. La Reina de las Nieves tiene cosas mejores que hacer que perder el tiempo viniendo aquí y, aunque aceptara hacerlo, no podrá librarte de tu sentencia, no cuando es el propio rey Azrael quien la ha decidido y ratificado.

Capítulo Sesenta Y Cinco



Andrea

La inusual quietud fue lo primero que me llamó la atención. Era como si, de repente, el tiempo se hubiera congelado. Los sonidos habituales del calabozo, desde el lejano eco de pasos, las voces exigiendo justicia, los lloriqueos y hasta los murmullos del resto de los prisioneros, parecían haberse evaporado, sumiéndome en un silencio absoluto.

Debería haber estado agradecida por aquel inesperado regalo, era algo que había ansiado desde el momento en que mis pies cruzaron el umbral de aquel maldito sitio abandonado de la mano de la Diosa. Pero, lejos de ofrecerme paz, cada músculo de mi cuerpo se tensó, preparándose para el peligro que se percibía en el aire.

Entrecerré los ojos con cautela cuando un frío cortante se infiltró en la ya de por sí húmeda y helada celda, colándose entre los barrotes. Me recorrió un escalofrío. No se trataba de la forma en la que había bajado la temperatura de repente, sino de lo que anunciaba. La oscuridad a mi alrededor se tornó tan opresiva, que las paredes parecían estar cerrándose sobre mí y mis manos comenzaron a sudar a pesar del gélido ambiente.

Incluso antes de que mi aliento se tornara visible dibujando figuras extrañamente definidas en el aire helado, supe quién venía a visitarme. Era imposible no adivinarlo, en especial, cuando la magia y el frío se entrelazaban en una creciente corriente eléctrica que parecía chispear contra mi piel, llenándome el pecho con una mezcla de terror y expectación.

En lugar de mantener la atención sobre la fina niebla que serpenteaba por el suelo de piedra y se acercaba a mí, observé, fascinada, cómo diminutas rosas de escarchas fueron formándose sobre los barrotes. Sus ramas, llenas de espinas y capullos cerrados, ascendían enroscándose alrededor del metal oxidado mientras florecían. Eran hermosamente irreales en un lugar marcado por la oscuridad y desolación, al igual que lo eran los cristales de hielo que se extendieron por las paredes en excéntricos patrones que representaban toda clase de criaturas mitológicas.

Se me detuvo la respiración cuando el frío se convirtió casi en un ente con voluntad propia, que danzaba caprichosamente a mi alrededor, rozándome con invisibles dedos helados y casi consiguió que me perdiera el momento en el que ella apareció al otro lado de los barrotes.

Con una serena majestuosidad que desafiaba su apariencia juvenil, la criatura de cabellos blancos atravesó la barrera de mi prisión como si el duro hierro no fuera más que humo. Mi corazón se saltó un latido cuando sus ojos azul hielo se detuvieron sobre mí. Había sido mi petición que viniera, pero incluso yo había puesto en duda que Neva fuera a concederme mi

deseo. Sin pensármelo me dejé caer de rodillas e incliné la cabeza, ignorando la forma en la que el frío del suelo me mordía a través del tejido de mi vestido.



—Reina de las Nieves, gracias por concederme el honor de su presencia —mis palabras brotaron con mucha menos firmeza de la que me habría gustado.

La niña ladeó la cabeza, estudiándome con curiosidad.

—Un extraño deseo para ser el último —respondió con un timbre musical.

Me mordí los labios y cerré los ojos, reuniendo los fragmentos del poco valor que me quedaba. En realidad, era ridículo, porque ¿qué más me quedaba por perder?

—No el último para ser exactos. Ese es el que quiero pediros a vos —confesé con la vulnerabilidad carcomiéndome por dentro.

Su rostro infantil se mantuvo impasible.

—Sabes que no puedo liberarte de esta prisión ni de tu sentencia a muerte, ¿verdad? Yo no interfiero en el gobierno de los reinos —me advirtió con suavidad, aun cuando en sus ojos se revelaba una contradictoria mezcla de compasión y poderosa dureza.

La neblina que se arremolinaba a mi alrededor envolvió mi cuerpo, pero a pesar del frío, no me atreví a moverme.

—Lo sé, y jamás se me pasaría por la cabeza pedirle semejante favor —repliqué con cautela, temerosa de romper el frágil equilibrio que se respiraba en el aire.

—Dime lo que deseas entonces —insistió con un atisbo de interés.

Alcé la cabeza. A pesar de su baja estatura y fragilidad, Neva llenaba la estancia con su fuerte aura. Reparé en la luz que parecía emanar de su interior y en las diminutas partículas de escarcha plateada que se repartían por sus pestañas. No eran las únicas, porque su vestido al completo parecía estar formado de copos de nieve que aumentaban de tamaño a medida que descendían hasta sus pies descalzos.

A pesar de su aparente fragilidad, cualquiera que conociera su historia, sabía que subestimarla podía convertirse en un error fatal. La criatura frente a mí, no solo era la más poderosa de nuestra dimensión, sino también la más peligrosa y, definitivamente, una a la que nadie querría provocar.

No hice el intento de explicarle mi situación. Si estaba allí conmigo, la conocía de sobras.

—Me gustaría que rompiera el vínculo que me une a Gabriel, el cazador del rey, y que hiciera que me olvide; que borre de su memoria las últimas semanas de nuestra vida juntos y que vuelva a odiarme. —La desesperación se coló en mi ruego.

Sabía que ella no tenía ningún motivo real para concederme ese deseo. Que me lo concediera o no, dependía enteramente de su benevolencia o antojo.

—¿Por qué querrías romper un vínculo sagrado y que el hombre al que amas olvide la parte más hermosa de ti? —preguntó como si mi petición fuera lo más insólito que hubiera oído nunca.

—Conozco a Gabriel y sé que, por mucho que le prohíba que acuda a mi ejecución, estará allí para presenciarla. No quiero que sufra por mí ni por mi muerte, y tampoco quiero que acabe siguiéndome porque el vínculo lo empuje a ello. No quiero que a mi muerte esté condenado a una eternidad de culpa y dolor por los pocos momentos de amor que conseguimos robarle al destino.

Neva se tomó su tiempo en responder.

—¿Y crees que odiarte no será una condena igual o peor para él?

Su pregunta me dejó desconcertada.

—¿Por qué habría de ser una condena? —Sacudí la cabeza—. Si no me recuerda será libre.

Me sonrió con tristeza y fantasmales dedos invisibles me acariciaron la mejilla dejando un rastro helado tras de sí.

—El odio es como un veneno que nos mata poco a poco. Si sustituyes el amor que siente por ti por odio, lo matarás sin el consuelo de las memorias felices.

Sacudí la cabeza, negándome a aceptar su lógica. No tenía sentido. No podía tenerlo.

—En el momento en el que se haya borrado de su memoria lo que compartimos y yo ya no esté, el odio que sentirá por mí carecerá de importancia y acabará olvidándome —insistí con determinación, no sé si para convencerla a ella o a mí.

—¿Es eso lo que crees? —preguntó con lástima en sus preciosos ojos azules.

—Sí, estoy convencida de ello.

—Y, cuando te sentenciaron a muerte, ¿habrías preferido elegir tu propia sentencia o eras feliz de que la decidieran por ti? —Era una cuestión imposible de responder, y ambas lo sabíamos. Su asentimiento fue suave, casi imperceptible—. Eso es lo que suponía. No puedo condenar a un hombre inocente porque alguien me lo pida, ni siquiera porque sea el último deseo de su *shangrile* antes de abandonar este mundo y ella crea que lo está protegiéndo. Sin embargo, te concederé lo que me pides si él lo acepta.

Quería protestar, pedirle que no le comentase nada a Gabriel sobre nuestro encuentro, que simplemente borrara mi existencia de sus recuerdos sin darle la inútil y dolorosa responsabilidad de elegir. Pero, antes de que pudiera formular las palabras, la piel de la niña adquirió un tinte

cristalino y transparente hasta que acabó deshaciéndose en el aire y desapareciendo, dejándome sola con mis pensamientos y temores y, de nuevo, encerrada en la soledad de mi celda.

Capítulo Sesenta Y Seis



Gabriel

De no ser por el hielo que se extendía sobre el suelo, transformando cada baldosa en un espejo, y las delicadas hebras de escarcha que dibujaban constelaciones sobre la moqueta, no me habría percatado de la llegada de Neva. Imagino que, en parte, se debía a que ya sentía el frío calándome en los huesos, a pesar de estar sentado frente a la chimenea. O tal vez era la apatía que había tejido su telaraña alrededor de mi interés por cualquier cosa más allá de mi imposibilidad de salvar a la mujer a la que amaba.

Fue el destello de sus níveos pies descalzos moviéndose con una gracia que desafiaba el frío, lo que desvió mi mirada de la hipnótica danza del fuego para centrarla en ella. Fui a levantarme para saludarla con el respeto que se le debía a la monarca más poderosa de nuestra dimensión, cuando sobre el hielo que cubría las baldosas, las aleatorias siluetas de escarcha comenzaron a tomar forma, convirtiéndose en palabras y símbolos que desfilaban con lentitud por el suelo a mi alrededor. No tenía ni idea de qué significaban o qué clase de magia era la que portaban, pero en un mundo como el mío, uno no llegaba a viejo sin una buena dosis de prudencia y precaución.

—Su Majestad —la saludé con una leve inclinación de cabeza, sin levantarme de mi asiento —. ¿Puedo ofrecerle algo? —pregunté, optando por no indagar sobre el propósito de su visita. Neva era la única que decidía qué decir y cuando, lo que usualmente solo acababa en preguntas sin respuestas cuando alguien trataba de sonsacarle información. Era mejor dejar que el curso de la conversación fluyera según su voluntad.

—Un té de arándanos y miel estaría bien, pero no te preocupes, ya me encargo yo — respondió con su melodiosa voz infantil que contrastaba con su innata autoridad.

Dudo que llegase a darme tiempo a parpadear cuando un suave golpeteo resonó en la puerta. En el instante en el que se abrió, revelando la corpulenta figura que se encontraba detrás, tuve que sujetarme a los mangos del sillón para no saltar de mi asiento. Ni siquiera la tranquilidad de Neva ayudó a relajar mi forzada postura.

Un enorme trol albino, con una piel de un blanco mate tan puro que parecía estar cubierto por harina de la mejor calidad, agachó la voluminosa cabeza para entrar en la habitación. Su calva rozó el marco de la puerta, y sus ojos, del color del cielo nocturno, me lanzaron una corta ojeada recelosa antes de pasar a ignorarme. Sin decir una palabra, cerró la puerta tras de sí.

Con la mano en la empuñadura de mi daga, lo observé con cautela. Las gigantescas manos del trol, desproporcionadas en comparación con su cuerpo, parecían capaces de aplastar piedras

sin esfuerzo. Sin embargo, con una delicadeza inesperada, colocó una bandeja de plata sobre la mesa mientras se extendía el aroma dulce y afrutado de la infusión de Neva por la habitación.

Conocía los rumores sobre el amor de la niña reina por rodearse de las criaturas más inverosímiles. Sospechaba que aquel trol formaba parte de su ejército de sirvientes. Dudaba que un ser semejante fuese siquiera el más extraño de los que se podían encontrar en su corte.



Fascinado y no sin cierta incredulidad, observé cómo las gigantescas manos maniobraban con una fluida exquisitez la vajilla china, sirviendo el té con una precisión y elegancia que desmentía su apariencia bruta y con la que yo, con total honestidad, no habría podido competir. Neva, impasible ante mi asombro, aceptó su taza con una naturalidad que sugería que se encontraba acostumbrada al gigante blanco.

Con un gesto casi reverente, el trol extendió la segunda taza hacia mí. La acepté con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco que pudiera ofenderlo o asustarlo y me relajé cuando el trol asintió con aprobación y se apartó sin palabras, dejándome con el bienvenido calor de la taza, cuyo líquido rojizo calentó mis dedos.

Mientras bebíamos en silencio, observé a Neva con disimulo. No tenía ni idea de qué la había traído allí conmigo. Era con el rey Azrael o alguno de los príncipes con los que solía venir a hablar. Podía haber pasado muy bien un siglo desde la última ocasión en que me encontré a solas con ella. No había cambiado mucho desde entonces, al menos no lo había hecho ella, como era

de esperar con su maldición. Sin embargo, tendría que haber estado ciego para no darme cuenta de las profundas ojeras, la forma en que destacaban los huesos de su clavícula o cómo su tez blanca había adquirido una cualidad casi translúcida desde su última visita al palacio.

Los dedos delgados y pálidos soltaron la taza con una elegante sutileza sobre el platillo. De no ser vampiro, ni siquiera habría percibido el suave clic de la porcelana al chocar entre sí. Preparándome para descubrir el verdadero motivo de su visita, mis hombros se tensaron, mientras ella posaba sus manos sobre su regazo con las yemas de sus dedos rozándose, en una pose sosegada y digna.

A pesar de los siglos en los que la conocía, seguía resultándome extraño, casi perturbador, presenciar la madurez y gravedad que emanaban de un ser que, en apariencia, no debería haber experimentado aún las complejidades y el peso del gobierno o de la existencia eterna.

—He hecho una visita a los calabozos.

Coloqué la taza sobre la mesita antes de que se me derramara el contenido. Fue una suerte que lo hiciera, porque de repente en el hielo pulido que cubría las baldosas comenzaron a aparecer imágenes de Andrea. El corazón se me encogió y mis ojos se llenaron de un repentino resquemor al reconocer la delicada figura de mi mujer. Estaba hecha un ovillo encima de un maltrecho camastro, cuyas ásperas sábanas amarillentas de arpillera no hacían nada por protegerla.

—¿Qué querías de ella? —exigí con un nudo en la garganta, sin apartar la mirada de las imágenes del suelo. Cada baldosa me mostraba una imagen diferente de mi *shangrile*, como si pertenecieran a diferentes momentos repartidos en el tiempo.

—Fue ella quien pidió verme como su último deseo.

—¡¿Qué…?! —mi voz se quebró al ver a Andrea caer de rodillas sobre un suelo cubierto por escarcha mientras una neblina envolvía la parte inferior de su cuerpo en remolinos caprichosos, haciéndola tiritar. De sus enormes ojos, llenos de dolor y ruego, brotaban algunas solitarias lágrimas mientras sus labios se movían con palabras que no podía oír.

—Me pidió que rompiera vuestro vínculo y que te borrara de la memoria los momentos hermosos que compartiste con ella, hasta que el único recuerdo que te quedase de ella fuera el odio que ella te provocaba.

—¡No! —El sillón tronó al deslizarse sobre el suelo cuando me levanté de un salto airado.

El trol, que prácticamente se había fundido con el mobiliario, se situó junto a Neva, como si temiera que fuera a atacarla.

—¿No? —repitió Neva con tranquilidad.

—No permitiré que borres mis recuerdos.

—¿Ni siquiera, aunque ese fuese el último deseo de tu *shangrile*?

Su pregunta cayó como una sentencia sobre mis hombros y por unos segundos titubeé. Mis ojos bajaron de nuevo al suelo, en busca de la criatura que miraba a la pared con la mirada perdida y su cuerpo en una postura fetal.

—Ni siquiera así —repliqué, esta vez con mucha más calma.

—Podría ser una bendición olvidarte del amor que jamás recuperarás —insistió con suavidad, mientras el suelo se llenaba de imágenes que nunca deberían haber salido de mis recuerdos, pero que reflejaban todos los momentos que atesoraba junto a la mujer de mi vida.

Mi corazón se comprimió hasta un punto agónico. No debería haber sentido el calor de su risa, la complicidad en su mirada, ni su sedosa piel al deslizarse por mi cuerpo. No cuando el dolor de su inminente pérdida apenas me dejaba respirar. Pero su presencia estaba marcada en mi interior, y las imágenes que se alternaban sobre el suelo convertían mis recuerdos en algo tan real

y tangible que estuve tentado de alargar la mano y tocar una de aquellas baldosas para comprobar si podía llevarme al pasado y darme una oportunidad de empezar de nuevo con Andrea. Por desgracia, sabía que ya no había vuelta atrás y que la próxima vez que estuviera cerca de ella sería para acompañarla al patíbulo.

La furia en mi interior competía en intensidad con mi agonía. Iba a perder a la mujer que el destino había creado para mí, antes de poder demostrarle que la amaba, antes de poder hacerle entender que los pocos momentos que había compartido con ella lo habían significado todo para mí. Con ella iban a irse mis sueños y mi posibilidad de una familia. Lo único que iba a quedarme era una condena a vivir el resto de mi vida en un infierno de soledad. Los mismos recuerdos que me hacían llorar y sonreír al mismo tiempo eran los que jamás me permitirían rehacer mi vida con otra mujer. Me constaba con la misma certeza con la que sabía que cada día, al amanecer, volvería a salir el sol.

—A veces, el olvido es el mejor remedio para la pérdida y el dolor —siguió presionando Neva con suavidad.

Dejándome caer en el sillón, mis ojos no se despegaron del suelo, como si con ello pudiera ayudar a retener todos y cada uno de aquellos momentos que había compartido con el amor de mi vida y grabarlos de forma indeleble en mi memoria. Tenían que durarme siglos si no aceptaba la oferta de Neva.



Incluso cuando al fin le contesté a la bruja reina, me negué a perder ni un segundo de aquellos recuerdos.

—¿Y qué clase de hombre sería si permito que la única mujer a la que he amado, y que amaré por el resto de la eternidad, se enfrente a la muerte a solas y rodeada de odio?

Capítulo Sesenta Y Siete



Gabriel

A pesar de que el ocaso apenas acababa de empezar, abrí las cortinas y las persianas para dejar que los últimos rayos del sol se colasen en mi dormitorio inundándolo de un rojo sanguinario. Mi piel quemaba al contacto de la débil luz, pero era un dolor que me distraía de la agonía mucho más profunda que constreñía mi pecho y que apenas me dejaba respirar. Mantuve la mirada fija en el horizonte, donde el sol se rendía ante la oscuridad, preguntándome cómo estaría Andrea en su celda y si ella también estaría pensando en nuestro inminente adiós.

Aún no se había ido y ya la echaba de menos. Los últimos días habían sido un infierno sin poder verla ni oír su voz en mi mente. La impotencia de no poder estar a su lado en estos últimos momentos me consumía. Había fantaseado con un final diferente para nosotros, uno en el que pudiéramos elegir nuestra muerte, en paz, en la intimidad de mi lecho, con ella en mis brazos, bebiendo juntos el veneno que nos liberaría de este mundo y nos permitiría empezar una nueva vida en el más allá. No podía evitar el resentimiento hacía el rey por no concederme ese simple deseo. Después de siglos de lealtad, ¿no me había ganado esa pequeña misericordia?

La última línea anaranjada desapareció tras la oscuridad del crepúsculo avisándome de que había llegado la hora. Con pesadez, me giré hacia la cama donde se encontraba extendido el uniforme reglamentario de verdugo de la Casa Real junto a mis armas. Como si fuera una premonición, la tela negra parecía absorber la tenue iluminación de las lámparas de piedra fuego y cada prenda que me ponía se sentía como si añadiera peso a mi alma.

No era la primera vez que me enfundaba en aquel lúgubre atuendo. Estaba habituado a ello. Tampoco sería la primera ocasión que segaría la vida de un ser cercano. Sin embargo, esta vez era diferente. No solo me constaba que la víctima era un alma inocente, sino alguien por quien habría preferido dar mi vida a tener que tomar la suya.

Con dedos entumecidos me cerré la camisa. ¿Habrían comenzado ya los rituales para preparar a Andrea? ¿Seguiría manteniendo su fortaleza a aquellas alturas? ¿Pensaba en mí como yo lo hacía en ella? Mi ser entero me exigía estar con ella y abrazarla para sentirla a mi lado. ¿Le ocurría a ella lo mismo?

Suponía que las sacerdotisas ya debían de estar inmersas en su labor de prepararle el baño purificador con el agua de manantial que brotaba en las profundidades del templo. Puede que hasta estuvieran trazando los símbolos ancestrales sobre su piel con la rara mezcla de aceites esenciales con platino y oro que les había entregado con el permiso del rey, destinados a

facilitarle el viaje al más allá.

Era un detalle que debía agradecerle a Malael, que había intervenido en mi nombre para que me concedieran aquel privilegio, uno habitualmente vedado a los prisioneros sentenciados a muerte.

Apreté los párpados ante el recuerdo de la aterciopelada piel que jamás volvería a sentir bajo la punta de mis dedos y de los enormes ojos, llenos de vulnerabilidad y ternura, con los que ella se había entregado a mí cuando hicimos el amor por última vez. ¡Maldición! ¿Por qué había perdido tanto tiempo cazándola en vez de hablar con ella para aclarar las cosas? Podríamos haber encontrado juntos las pruebas que necesitaba para demostrar su inocencia.

Un suave golpeteo en la puerta precedió al casi inaudible chirrido del pomo. Seguí vistiéndome con movimientos mecánicos, rituales, negándome a girarme o a detenerme para reconocer la presencia de quien había entrado.

—Sabes que aún puedes echarte atrás si es eso lo que quieres —la profunda voz de Malael resonó con suavidad por la habitación—. Hay hombres que se han ofrecido voluntarios para sustituirte. Podría hacerlo yo si lo prefieres. Te juro que la trataré como si fuera mía y no le causaré ningún sufrimiento innecesario.

Nuestros ojos se encontraron a través del espejo, un entendimiento oscuro y profundo brillando en los suyos.

—Nadie más que yo le pondrá la mano encima a mi *shangrile*. Es mi derecho y mi obligación —mi voz fue firme, a pesar del torbellino de emociones que amenazaba con desbordarme.

Existían muchas cosas de las que dudaba en aquel momento, pero el que no permitiría que otros me robaran la última oportunidad que tenía de demostrarle a mi mujer cuánto la amaba no era una de ellas.

Malael inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Estaré afuera esperándote.

—¡Malael!

—¿Sí? —El príncipe me miró por encima del hombro.

—¿Qué hay del posible ataque del que nos avisó Andrea?

—De momento no hay señales por los alrededores, pero nos avisarán si ven algo sospechoso.

Asentí. No me gustaba la idea de que no confiaran en lo que les conté sobre la reunión secreta con la que se había topado Andrea en el despacho de su padre. Ella se lo había confirmado a Malael. ¿Por qué entonces, no habían tomado más precauciones? En cualquier otra circunstancia, Azrael no habría dudado en traer refuerzos de las zonas fronterizas. Decidí no darle más vueltas al asunto. No me importaba morir si finalmente, Andrea tenía razón, y se producía una ofensiva durante la ejecución.

Al abrocharme la sobrecamisa de cuero negro, ajustando las cintas, fui recitando en voz baja los salmos rituales, rogándole a los dioses que le concedieran a mi *shangrile* el reconocimiento a su valor y la acogieran en el páramo de los guerreros. También les recé a los dioses del Inframundo para que me concedieran la fuerza que necesitaba para cumplir sentencia que me había impuesto el destino.

Tomé la espada de la familia, que había heredado de mi padre, y las dagas que me había obsequiado el antiguo rey tras mi primera victoria. Antes de colocármelas, me las llevé a la frente en una muestra de respeto a las armas que formaban parte de mi legado y mi maldición.

La túnica negra con la capucha y el símbolo de la luna bordado sobre el pecho fue lo último que me coloqué, obviando los reglamentarios guantes negros y la máscara que los verdugos

llevaban para preservar su identidad. Si hoy era la última vez que podía sentir el calor de Andrea bajo mis dedos o de permitirle ver el amor que sentía por ella, no pensaba renunciar a ello. No me importaba que la gente me reconociera o lo que pensara de mí. Se equivocaban, todos ellos. Andrea era inocente, su odio hacia ella infundado, y yo me sentía orgulloso y honrado de ser el hombre al que el destino había elegido para ella.

Me concedí un momento de debilidad, un último instante en el que cerré los ojos y le lancé un grito mudo al universo, rogándole que me librara de tener que ejecutar a mi mujer y que me permitiera conservarla a mi lado para protegerla y adorarla como se merecía, o que me dejase morir junto a ella.

Luego, abrí los ojos y convertí mi semblante en la máscara sin sentimientos que el mundo esperaba de mí. Recogí el paquete envuelto en terciopelo del tocador y salí con paso firme de mi dormitorio. Mis pies se detuvieron en seco incluso antes de pisar el pasillo. Fiel a su palabra, Malael se encontraba allí esperándome, tal como me había prometido, pero no era el único. Aaron, la gárgola se encontraba junto a él, y hasta donde podía ver, soldados flanqueaban el pasillo con sus uniformes de gala y un solemne silencio, y sospechaba que, cuando doblase la esquina, encontraría más.

—Puede que hoy sea el peor día de tu vida, pero no vas a afrontarlo solo —afirmó Malael con solemnidad, apretándome el hombro con una mano.

Asentí con un nudo en la garganta. No habría podido responderle aunque hubiera querido, pero no hizo falta. Uno a uno, mis compañeros inclinaron la cabeza a mi paso y con el mismo silencio en el que yo caminé a través del pasillo que habían formado, se incorporaban a la formación que me seguía como mi guardia de honor, acompañándome en el trayecto más duro al que me había enfrentado nunca.

Capítulo Sesenta Y Ocho



Andrea

Tenía que ser mi suerte que me tocase morir de la misma manera que nací, durante una noche de luna nueva en la que el cielo estuviera tan nublado que no podía verse ni una única estrella. Mi madre, en su momento, lo interpretó como una señal porque, según ella, la luna nueva simbolizaba el renacimiento. Supongo que si consideraba la muerte como tal, entonces tenía razón.

—Es la hora —anunció a mi espalda la Gran Sacerdotisa con calmada solemnidad.

Me aparté del pequeño estanque del templo, en cuya superficie lisa y oscura se reflejaba la sencilla túnica blanca con ribetes dorados con las que me habían vestido las sacerdotisas y que se sentía extrañamente ligera sobre mi piel. Mi túnica debería haber sido negra, al igual que la de todos los reos a los que se sentenciaba a muerte. El blanco era un color demasiado puro y el dorado simbolizaba nobleza. Gabriel había tenido razón. Azrael me había encargado una muerte digna de una reina. El motivo verdadero era algo que probablemente jamás descubriría.

El suave tejido de lino revoloteó con suavidad alrededor de mis piernas, mientras me dirigía descalza hacía la puerta. La sala se encontraba vigilada por sacerdotisas guerreras y agradecí en silencio que hubieran respetado mi petición de que no hubiera ni un solo espejo. No necesitaba verme y prefería saber que la Bruja del Este tampoco tenía la posibilidad de hacerlo.

Al llegar junto a ella, la Gran Sacerdotisa me señaló el camino y se colocó a mi lado para acompañarme a través del templo mientras el resto de las sacerdotisas nos flanqueaban en dos largas hileras.

Me invadió una creciente inquietud al ver a la figura femenina vestida completamente de negro, que esperaba de espaldas a mí frente a la entrada principal al templo, pero no fue hasta que se volvió y nuestros ojos se encontraron, que los míos se abrieron de par en par.

Ambas nos miramos. Debería haberme inclinado ante ella y haber pronunciado el saludo tradicional que le correspondía por su título y rango, pero no había forma de que me saliera una sola palabra de la garganta.

—Hubo un momento en el que pensé que, cuando volviera a verte, te arrancaría el corazón del pecho con mis propias manos —su voz sonó alta y clara a través del templo—. Me habría roto el alma, porque prácticamente te has criado en mi casa y hubo una época en la que nada me

habría gustado más que tenerte como mi hija.

Apreté los labios y me tragué el nudo en la garganta. Si había algo a lo que tenía derecho la madre de Azrael, entonces era a decirme a la cara lo que pensaba de mí y mis acciones. Me mantuve quieta cuando se acercó, a sabiendas de que probablemente fuera a darme un bofetón o a desahogar su ira conmigo.

Lo último que esperaba era que me abrazase, achuchándome contra ella.

—He leído el informe. Te creo —me confesó al oído. Su voz se quebró y, cuando me soltó y enderezó, sus ojos mostraban un brillo húmedo—. Sé que tu madre no puede estar aquí, pero ninguna hija mía va a enfrentarse sola a la muerte.

Cuando se situó a mi derecha y me colocó la mano sobre su antebrazo, lo único que podía hacer era mirar. Me habría gustado poder explicarle lo que significaba que me creyera y que alguna vez me viera como su hija, o que lamentaba haberle fallado, pero, por encima de todo, habría deseado darle las gracias por acompañarme y no dejarme a solas. Habría querido decirle todo eso, debería haberlo hecho, porque jamás iba a llegar otra oportunidad de hacerlo en el futuro, pero si abría la boca me derrumbaría.

No podía permitirme el lujo de venirme abajo a esas alturas. Sería como dejar que el destino, mi padre y los demás hipócritas que me habían rodeado a lo largo de mi existencia se salieran con la suya. Peor aún, si Gabriel se encontraba allí afuera o alguna vez se enteraba, eso lo destruiría y le habría fallado.

—Lo sé —murmuró la reina madre con un intento de sonrisa y me apretó la mano.

En el instante en el que el enorme portalón del templo se abrió, la plaza se sumió en silencio. Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, las tres erguimos la espalda y alzamos las barbillas.

Había asistido a muchas ejecuciones. A más de las que me gustaba recordar. Pero ni en una sola de ellas había estado la plaza tan abarrotada como aquella noche. No se me pasó por alto que una buena parte del público venía aprovisionada de huevos, tomates y piedras. Algunos incluso habían alzado el brazo para disponerse a lanzármelos en cuanto pisara el pasillo que me habían dejado abierto hasta el patíbulo, pero en el instante en el que vieron a la reina madre y a la Gran Sacerdotisa escoltándome, hasta el último de ellos dejó caer la mano, retrocedió y bajó la cabeza en señal de respeto.

A pesar del alivio, apreté los dientes.

—¿Por qué hay tanta gente? —murmuré lo más bajo que pude, para que solo la reina madre me escuchara—. Le avisé a Azrael que mi padre y sus socios planificaban atacar.

—Está todo controlado —replicó la reina madre sin apenas mover los labios—. Vamos todos armados. En los bosques hay patrullas vigilando, la plaza está repleta de soldados y, aunque Neva ha venido por ti, se le ha informado de lo que ocurre por si la Bruja del Este aparece tal y como le comentaste a mi hijo.

—Mis sacerdotisas también están preparadas si ocurriera algo —mencionó la Gran Sacerdotisa, manteniendo la vista al frente

Mi mirada fue automáticamente al estrado en el que se encontraban sentados Azrael, su reina y Neva. Cael, Belén y Zadquiel estaban posicionados de pie a su espalda y vigilaban con disimulo los alrededores.

—Si Neva está ocupada con la bruja, no podrá encargarse de Frost —dije revisando distraída la multitud.

—¿Frost? —Los pies de la reina madre se trastabillaron y tuvo que sujetarse a mí para no caer. Dudo que nadie más que yo y la Gran Sacerdotisa nos diésemos cuenta, porque la mujer no movió ni un solo músculo de su cara—. ¿Te refieres al Devorador de Almas? —susurró con una

repentina ansiedad.

Me atraganté con mi propia saliva al escuchar ese nombre. Era el mismo que la gente había mencionado con temor en el Inframundo. De repente, el que Frost me exigiera un alma a cambio de la mía cobró sentido.

—Es posible, sí.

—¡Diosa! —La reina madre y la Sacerdotisa intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Y mi padre? —pregunté—. ¿Sabéis si ha venido?

—Ahí, en las gradas, junto a los otros nobles —replicó la reina madre.

Miré más allá del populacho, que como era costumbre permanecía de pie, y me fijé en las gradas de madera, que se habían instalado con motivo del espectáculo de mi muerte. Efectivamente, allí se encontraba mi padre, sentado justo al lado de su amigo Anthael. Mis ojos se encontraron con los de mi progenitor y me bastó un solo vistazo para reconocer el brillo de anticipación que contenían. Aparté la mirada como si no lo hubiera visto.

—Dile a Azrael que atacarán esta noche. Estoy segura de ello.

La reina madre asintió en un gesto apenas perceptible.

«Eres mi shangrile y siempre te he considerado una de las mujeres más hermosas del reino, pero esta noche eres una diosa». Al oír la voz de Gabriel en mi mente, mis ojos lo buscaron de inmediato entre la multitud, pero, cuando lo localicé encima de la plataforma que habían montado para mi ejecución, se me encogió el corazón.

«No puedes hacerte eso a ti mismo», le rogué en cuanto reconocí su uniforme de verdugo. «Jamás podrás superarlo».

«Si en algún momento pensaste que dejaría que murieras sola, entonces es que no me conoces».

«Gabriel, sé lo que eres y cómo sientes, no quiero que hagas ese sacrificio por mí», le pedí desesperada.

«Si tienes que morir, será conmigo a tu lado», dijo con tanta determinación que cualquier intento por tratar de convencerlo de lo contrario se extinguió.

Además, ¿a quién pretendía engañar? Quería a Gabriel a mi lado. Ya me faltaban mi madre y mi hermana. Agradecía y apreciaba el gesto de la reina madre de actuar en su nombre y mostrarme su cariño acompañándome, pero por más que la apreciara como una segunda madre, nadie más podía sustituir a Gabriel en mi corazón.

«Me alegro», admití. «No querría morir en los brazos de nadie más».

De repente, nuestro vínculo se inundó de una dolorosa sensación de alivio.

«He visto a mi padre», le revelé. «Lo conozco. El ataque será hoy. ¿Sabes algo de mi madre y mi hermana?».

«Han estado vigilando el castillo. Tu hermana sigue desaparecida, pero tu madre está con vida. Ahora que tu padre está aquí, todo está preparado para sacarla y llevarla a un lugar seguro. Azrael ha prometido que enviará a sus mejores sanadores y que le pedirá también a la Bruja del Norte que la visite para darnos su opinión.

«Gracias. ¿Cuidarás de ella?».

«¿Necesitas preguntarlo?», preguntó Gabriel. «Ni a ella, ni a tu hermana cuando la encuentre, les faltará de nada. Ahora son mi familia también».

Me aliviaba que hubiera alguien que se encargara de ellas, pero aún más lo hacía el hecho de que Gabriel pareciera haber encontrado un objetivo para seguir adelante después de mí. Estuve a punto de preguntarle si había aceptado la oferta de la Neva de romper el vínculo que tenía conmigo, pero me asustaba su respuesta. Si me decía que no, no importaba qué planes u

objetivos tenía para el futuro, el vínculo rara vez permitía que un *shangrile* le sobreviviera al otro. Casos como el de la reina madre, quien había sobrevivido a la muerte del suyo, eran infrecuentes y por lo general carecían de una explicación conocida.

Cuando pasamos delante de las gradas, mi mirada fue hacía mi padre casi sin pretenderlo. No se merecía esa última atención y mucho menos mi despedida, del mismo modo en el que yo no me había ganado aquella permanente mueca de desprecio con la que me consideraba incluso ahora. Sin embargo, no fue su expresión lo que me hizo tomar una imprevista inspiración, sino la llama azulada, prácticamente traslúcida, que parecía envolverlo de los pies a la cabeza y que nadie más que yo parecía estar viendo.

«Sit tibi, blue flammae», era la inscripción que se había grabado en la pared de mi celda y que había releído y repetido en mi mente hasta la saciedad en los últimos días.

—Deja que las llamas azules te guíen —susurré su significado.

—¿Perdón? —preguntó la Gran Sacerdotisa, pero me limité a negar con la cabeza.

¿Era a esto a lo que se había referido Frost? ¿Se suponía que mi padre era mi objetivo? Vacilé. Podía cumplir mi parte del trato, podía fingir que iba en su busca para hablar con él. Nadie iba a negarme esa última despedida. Las masas probablemente estaban sedientas de algo más de drama. Podía sacar las dagas de la parte interior de mis muslos justo antes de llegar a él y lanzarme encima sin darle tiempo de reaccionar. Pero… ¿Y si esos habían sido precisamente los planes de Frost? Que distrajera a la gente mientras él y la bruja atacaban. Era capaz de eso. Dudaba mucho que el bienestar de mi padre formara parte de sus preocupaciones.

Capítulo Sesenta Y Nueve



Andrea

Seguí caminando sin detenerme. Aunque la idea de enfrentarme a mi padre y arrancarle la cabeza de cuajo era tentadora, no tenía intención de convertirme en la marioneta de nadie más. El trato al que había llegado con Frost era muy sencillo: un alma a cambio de otra. Nada implicaba que tuviera que dejar usarme de peón en uno de sus juegos. Si quería el alma de mi padre, entonces iba a tener que ocuparse él mismo de ello o a conformarse con la mía.

«¿Ocurre algo?», preguntó Gabriel.

«Nada importante», respondí, evitando mencionarle a Frost. Si le contaba lo que había pasado, iría primero a por mi padre y luego tras Frost. Por algún motivo, estaba cada vez más convencida de que el dichoso brujo era mucho más de lo que aparentaba ser. «La reina madre parecía alterada cuando le mencioné que Frost participaría en el ataque. Preguntó si me refería al Devorador de Almas».

«Así es como se le conoce en el Inframundo, sí», confirmó Gabriel. «No necesita preocuparse de él. Hasta donde sé, Frost está atado al Inframundo. No hay forma de que escape de allí».

«Estuvo aquí el otro día», exclamé, alarmada.

«La conversación con tu padre debió de ser a través de un espejo o algún otro medio de comunicación», trató de tranquilizarme sin éxito.

«No, no me refiero a cuando lo escuché en el despacho de mi padre. Me refiero a aquí, en los calabozos. Estaba aquí, vino a verme».

Se produjo un largo silencio, hasta que al final su «¡Mierda!» reverberó en mi mente.

«¿Qué ocurre?».

«Hay una razón por la que es tan temido en el Inframundo y no es nada bueno. No creo que estemos preparados para él si es cierto que viene esta noche».

«Tienes que avisar al rey. Estoy prácticamente segura de que mi muerte es la señal que están esperando para atacar».

A través del vínculo resonaron varias maldiciones seguidas.

«Si me acerco al rey ahora, con todas las miradas sobre nosotros, todo el mundo se dará cuenta de que ocurre algo».

Observé la distancia que había entre él y los tronos. Tenía razón. Un verdugo nunca se acercaba al rey antes de llevar a cabo una sentencia, de hecho, nunca se movía del escenario. Cualquier movimiento inusual despertaría sospechas y la gente trataría de meter el oído para enterarse de lo que sucedía.

«Avisa a Malael. Yo informaré a la reina», decidí.

Calculé el tiempo que nos quedaba hasta llegar al escenario. Cuarenta segundos, cincuenta a lo más. Tenía que darme prisa.

—Gabriel me ha confirmado que Frost es el devorador del que hablamos. Me consta que ha estado aquí, en Nocturna —susurré, manteniendo la mirada al frente como si estuviera rezando. Tanto la reina como la sacerdotisa se tensaron, pero ninguna interrumpió el paso ni se detuvo—. Mi ejecución probablemente sea la señal. Si no hay señales de los vigilantes en los bosques de los alrededores, entonces es porque deben de haber encontrado otra forma de venir.

Casi fue como si mis palabras hubieran estado cronometradas, porque, con la última de ellas, nos detuvimos frente a los escalones que subían al escenario. Los dos guardias apostados frente a ellos se apartaron para dejarme pasar.

Me giré hacia la reina madre antes de subir.

—Tened cuidado —murmuré.

Ella me estudió, me cogió por los hombros y apretó con suavidad.

—Te he visto crecer. Desde pequeña has demostrado una inteligencia y resiliencia extraordinaria —a pesar de la gravedad en su expresión forzó una sonrisa—, pero esta noche me has demostrado, además, tu valentía. Estoy orgullosa de ti, y sé que tu madre te diría lo mismo si estuviera aquí contigo. Me aseguraré personalmente de contarle la dama de valía en la que te has convertido.

Fue una suerte que me abrazara, porque eso me evitó tener que contestarle. Al soltarme, me volví hacia la Gran Sacerdotisa.

—Gracias por el honor de prepararme para esta noche. Sé que lo habéis hecho por el rey, pero… os lo agradezco.

Para mi sorpresa, también ella me tomó por los hombros y posó su frente sobre la mía en un gesto solemne.

«Niña ingenua», resonó una voz femenina por mi mente, sobresaltándome. «¿En serio crees que consentiría a algo solo porque el rey me lo haya pedido? Fue el deseo de la Diosa que te acompañara esta noche. Que no puedas ver la luna no significa que ella no te esté observando. Naciste bendita porque en las estrellas estaba escrito el sacrificio que tendrás que hacer esta noche. Pronto renacerás y, cuando lo hagas, cosecharás las semillas que sembraste. Ahora ve, y recuerda que tu sacrificio es necesario, aunque no lo comprendas aún».

Cuando la Sacerdotisa se apartó, fue como si mi mente y mi cuerpo se hubieran desconectado. Ni siquiera me planteé porqué el hombre con alas de gárgola, situado al lado de la escalera, me ofreció la mano e inclinó la cabeza en señal de respeto.

Acepté su ayuda por la simple razón de que las piernas me temblaban tanto que dudaba que hubiera podido subir los escalones por mí misma. La confirmación de mi inminente muerte por parte de la sacerdotisa no debería haberme afectado tanto. Era por lo que estaba allí al fin y al cabo, pero la mención de la bendición de la Diosa y mi renacimiento me había desconcertado. Ni siquiera sabía que los vampiros creyéramos en la reencarnación. Resurrección sí, porque eso formaba parte de nuestra naturaleza (a menos que nos decapitaran o nos arrancaran el corazón, claro estaba), pero ¿renacer…?

Los fuertes brazos de Gabriel me envolvieron en cuanto pisé el escenario.

«No deberías mostrarme tu afecto en público», le reñí sin demasiada fuerza, refugiándome en él.

«Que se vayan todos a la mierda», gruñó.

«Yo… la Gran Sacerdotisa…», balbuceé.

«Lo sé, lo he oído. Y si es cierto que renacerás, entonces puedes estar segura de que te encontraré y que estaré esperándote hasta que estés preparada para aceptarme de nuevo como tu *shangrile*».

«Podrían pasar décadas antes de que eso ocurra».

«Así sean siglos, seguiré siendo tuyo».

Probablemente fuera una suerte que Malael apareciera a nuestro lado y que le pusiera una mano sobre el hombro a Gabriel, porque dudaba que pudiera contener las lágrimas por mucho más tiempo.

—Lo lamento, pero el proceso debe continuar —avisó Malael sin ocultar su pesar.

Gabriel asintió, me dio un beso en la sien y se apartó, pero una de sus manos permaneció en mi espalda cuando me acompañó hasta el centro del escenario, frente al estrado.

Vi a la reina madre ubicada junto a Neva, quien se encontraba inusualmente pálida. Por la forma en la que los nudillos de Zadquiel dejaban traslucir el blanco de sus huesos, ya les debían de haber informado sobre las últimas noticias.

Mientras permanecíamos a la espera, alguien anunció al público mi sentencia.

«Neva estaba así de pálida antes de enterarse de lo de Frost?», le pregunté preocupada a Gabriel.

«Últimamente la he visto desmejorada, pero no, al llegar no la vi así».

Mis ojos se cruzaron con los de Azrael, a quien le ofrecí una débil sonrisa. No me pasó por alto que su reina tenía una mano sobre la suya, brindándole su apoyo. Seguía sin poder mirar a la mujer a los ojos, en especial esta noche, pero esperaba que aceptara leer la carta de disculpa que había dejado para ella en el templo.

«Prométeme que, en cuanto ya no esté, te pondrás a cubierto. Quedarte expuesto sobre el escenario te convertirá en un blanco fácil. ¡Gabriel!», le exigí cuando no replicó.

«Tranquila. No pienso abandonar este mundo si no es para encontrarte en el otro».

«Bien».

—El príncipe Malael ha hecho una petición —anunció Azrael con un timbre alto que atravesó la plaza. Juro que todo el mundo había dejado de respirar por temor a interrumpirlo—. Ha solicitado que, considerando la naturaleza mortal de la acusada y la lealtad demostrada por su *shangrile* a lo largo de los siglos a nuestro reino… —a mi espalda, Gabriel se puso tenso—, se sustituya la sentencia de decapitación por una opción más… clemente. Una daga en el corazón, y la posterior incineración de este órgano en el templo por la Gran Sacerdotisa.

Una buena parte de la plaza alzó su voz en protesta, pero la gran mayoría permaneció extrañamente callada. Mi estómago se revolvió al encontrarme con la mirada furiosa de Cael , apostado tras el trono de su hermano, claramente en desacuerdo con la propuesta de Malael.

—La petición ha sido respaldada por la reina madre, vuestra reina Anabel… —Sin poder evitarlo, mi mirada se dirigió a la reina, quien permaneció erguida en su asiento y me mantuvo la mirada sin inmutarse—, por nuestra invitada de honor, la Reina de las Nieves, y por la Gran Sacerdotisa. Por lo tanto, he decidido hacer una excepción y permitir que la acusada elija si acepta esta muestra de misericordia.

«¿Aceptarás?», preguntó Gabriel, ignorando la expectación del público.

«¿Qué te resultará más fácil?».

«Poder tenerte en mis brazos y sostenerte hasta el final. Poder sentirte a mi lado mientras te lloro y poder contemplar tu hermoso rostro hasta que llegue el próximo ocaso y, con él, la hora de entregarte a las sacerdotisas».

Con cada palabra suya, el mundo a mi alrededor se desvanecía, dejándome solo con su voz en mi mente.

«Entonces, que así sea», respondí.

Por encima de la cabeza de la reina, mis ojos se cruzaron con los de la *shangrile* de Cael. Me estudiaba con el ceño fruncido, aunque lejos de la furia con la que me miraba su pareja, ella lo hacía como si yo fuera una incógnita que no alcanzaba a comprender.

Capítulo Setenta



Andrea

Cuando Gabriel se apartó de mí y perdí el contacto de su mano en la espalda, giré alarmada la cabeza en su busca.

«Sigo aquí, cielo. No me iré de tu lado». Su rostro apareció frente a mí y, a pesar de la agonía en sus preciosos ojos verdes, me ofreció una sonrisa y me acunó la mejilla lleno de ternura. «Tengo que prepararte», explicó.

Aturdida, vi cómo se sacaba el alfiler de libélula de debajo de la piel de su brazo, el mismo sitio en el que yo se lo había escondido antes de dejarlo atrás en el Inframundo. Lo detuve cuando fue a ponérmelo en la túnica y le ofrecí mi propio antebrazo.

«No quiero que se pierda si deciden cambiarme de vestimenta para el funeral».

El músculo de su mandíbula se movió con un tic, pero asintió y me clavó el alfiler con tanto cuidado, que apenas brotó una diminuta gota de sangre.

«Deberías alimentarte de mí antes de que me vaya», sugerí, preocupada.

Su mano vaciló de forma apenas perceptible.

«Estoy bien».

«Necesitarás fuerzas por si surgen problemas. Me iré más tranquila si lo haces», insistí.

«Después. Deja que termine de prepararte». Para mi sorpresa, sacó mi otro par de dagas de una bolsa de terciopelo y me las colocó alrededor de la cintura con un cinturón de oro finamente labrado, que se ajustaba como si lo hubieran hecho por encargo para mí. Incluso las fundas para las dagas estaban hechas a la medida. Si no hubiera sido porque varios guardias saltaron a la plataforma con las lanzas apuntadas a nosotros, me habría puesto a llorar por lo feliz que me había hecho aquel regalo.

—¿Gabriel? —preguntó Malael, que hasta ese momento había permanecido en una esquina del escenario.

—Es una guerrera y morirá como tal —masculló Gabriel con los dientes apretados. Ignoró las afiladas lanzas apuntadas hacia él y aseguró las dagas en sus fundas.

Mi pecho se infló de orgullo ante su afirmación pública.

«Cuando esto pase, guárdame el cinturón y las dagas para cuando volvamos a reencontrarnos. Estoy deseando presumir de ellos». Gabriel asintió, pero por una vez no

respondió.

—Está bien —le ordenó Malael a los guardias después de un segundo de titubeo—. El rey ha dado su aprobación.

Su afirmación debió de cogerlos tan de sorpresa como a mí, pero no me tomé el tiempo de comprobarlo, porque Gabriel se irguió y, al mirarme a los ojos, su nuez se movió con dificultad.

«Tengo que cortarte el inicio de la túnica. Querrán ver cómo… cómo cumplo con mi deber».

Mientras esperaba este momento en mi celda, había previsto que, si llegaba el punto en el que me vendía abajo, probablemente sería éste. Supongo que nunca imaginé que estaría tan ocupada sufriendo por el dolor que estaba pasando Gabriel que no tendría tiempo de entrar en pánico por mí misma.

«Hazlo».

Sujetando la túnica por el cuello con ambas manos, rasgó la tela hasta el inicio de mis pechos. Gabriel se congeló con las manos temblorosas aferradas al fino material, como si no pudiera asimilar lo que acababa de hacer.

Cogiendo sus manos entre las mías, me las llevé a los labios y se las besé con suavidad.

«Está bien, grandullón. He estado en bailes de la corte con vestidos más reveladores que esto».

Gabriel sacudió la cabeza.

«No es eso».

«Lo sé».

«Yo…». Incluso en mi mente se quebró su voz.

«Recuerda lo que dijo la Gran Sacerdotisa. Voy a renacer. Estás ayudándome a prepararme para un sacrificio que nos permitirá estar juntos hasta el resto de la eternidad». Su respiración se aceleró, su frente se llenó de sudor y su pecho se elevaba y bajaba a un ritmo cada vez más frenético. «¡Gabriel!». Su mirada se cruzó con la mía. «Te necesito. Si tú te derrumbas, yo lo haré contigo».

Como si acabara de activar un interruptor, su respiración se calmó y su pulso regresó a la normalidad.

«Estoy aquí, cielo», dijo, aunque no sé si estaba hablando conmigo o consigo mismo. «Estoy bien, todo saldrá bien», nos mintió a ambos.

«¿Podrías conseguirme agua?», le pedí, sabiendo que necesitaba un momento para recomponerse.

En cuanto desapareció de mi lado tuve que resistir el impulso de retenerlo. En su lugar, observé a la multitud que nos rodeaba, absorta en el espectáculo que ofrecíamos. Si hubiera estado bien probablemente habría soltado un bufido y hecho algún comentario acusándolos a todos de ser unas cotorras hipócritas o, mejor aún, unos buitres sedientos de sangre. Mis pensamientos se detuvieron en seco al descubrir a Percival entre el gentío.

¿Qué demonios…?

No era el único de los prisioneros del calabozo que estaban mezclándose con la gente. Al fijarme mejor, también descubrí la presencia de varios de los hombres al servicio de mi padre. Incluso Alicia y Karavan se encontraban allí, ambos con expresiones preocupados, jugueteando ansiosos con sus pañuelos verdes. ¿Dónde estaba mi madre?

Al mirar hacia mi padre, el asiento de su amigo Anthael se encontraba vacío. Mi corazón comenzó a acelerarse.

«No reacciones a lo que voy a hacer», avisé a Gabriel antes de girarme hacia Malael.

«¿Qué…?».

—¿Me darías un último abrazo? —le pedí a Malael lo bastante alto como para que los aguzados oídos de los inmortales que se encontraban en la cercanía pudieran oírnos—. Sé que estás enfadado conmigo, pero siempre has sido como un hermano, y… no me gustaría irme sin despedirme de ti.

Por un momento, Malael se puso rígido y pensé que iba a negarse, pero finalmente se acercó a mí con la intriga reflejada en su mirada y me siguió el juego.

—Sabes que eres y siempre serás mi hermana —. Malael me envolvió en uno de sus abrazos de oso y, por unos segundos, me llené de añoranza al recordar años mejores.

—Han liberado a los presos de los calabozos y la plaza está llena de la gente de mi padre —susurré precipitada en su oído—. Hay otros nobles que se han asociado con él, los traidores van señalizados con accesorios verdes. —A pesar de su rigidez, Malael mantuvo su abrazo y me meció con suavidad, como solía hacer cuando era pequeña y tenía que consolarme—. Tenéis que ordenarles a los refuerzos que habéis situado junto al bosque que regresen de inmediato. No vendrán por allí. Usarán portales. ¿Ves el hueco que se ha abierto junto a la escalera del templo? No es natural. Apuesto a que abrirán un portal allí.

Malael me besó la sien.

—Siempre he dicho que naciste para ser general —murmuró de vuelta. Luego, mirándome a los ojos, añadió—: Siempre fuiste mi hermana. No te habría dejado robarme mis galletas favoritas si no lo hubieras sido.

Se me escapó una extraña carcajada, que sonó demasiado a un sollozo para mi gusto. Cuando se separó con un último beso en la frente, sus ojos tenían un brillo rosado. Mientras regresaba de nuevo a la esquina de la plataforma, como si nada hubiera pasado, volví a girarme hacia el público.

«¿Crees que tendrán tiempo de prepararse», le pregunté a Gabriel, a sabiendas de que había escuchado mi conversación con Malael.

«Bebe». Me entregó un vaso de agua y se lo devolvió a un soldado cuando acabé. Por el rabillo del ojo me di cuenta de que Malael había desaparecido de su posición. Mi trabajo estaba hecho. La realización hizo que mis músculos al fin se relajaran.

«Estoy lista», le confesé a Gabriel, quien se situó a mi espalda y me apartó con delicadeza el cabello del cuello antes de abrazarme desde atrás. Con su cuerpo pegado al mío y su aliento acariciándome la nuca, casi podía olvidar que no estábamos a solas.

Con la mano izquierda me tomó la derecha sobre mi estómago, entrelazando nuestros dedos.

«¿Alguna vez te he dicho cuánto me encanta ese olor a jazmín y miel que te caracteriza? Lo reconocería en cualquier parte». Sus labios se deslizaron con suavidad sobre la sensible piel de mi garganta y me estremecí cuando sus colmillos rasparon con ternura mi vena. «Bebe», ordenó ofreciéndome su antebrazo, presionándolo contra mi boca.

«Yo no…».

«O compartimos nuestra sangre juntos o ninguno lo hará», amenazó con firmeza.

Por un instante, creí ver los inconfundibles cabellos rojos de Belén entre el público más cercano al escenario y sus inquisitivos ojos puestos sobre mí, pero, en el instante en que la sangre de Gabriel se esparció sobre mi lengua y sus dientes se hundieron en mi piel, el mundo a nuestro alrededor pasó al olvido. Había cumplido con mi deber y, por una vez en mi vida, estaba convencida de que había hecho lo correcto. Ahora era mi turno de descansar.

«Te amo, mi obstinada guerrera. Estaré esperando impaciente a encontrarte de nuevo», susurró Gabriel en mi mente.

Con un suspiro satisfecho, me relajé en su abrazo. Podía sentir la punta helada de su daga

situada sobre mi corazón, pero si algo quería recordar de esos últimos instantes, entonces era su voz y la calidez que me transmitía.

«¿Sabes qué me reconforta y me permite irme tranquila?», le pregunté. «Que, incluso antes de que supiera que eras mi *shangrile*, algo en mí sabía que eras mío. Sé que te reconoceré cuando vuelva a verte, aunque espero que esta vez no seas tan idiota de rehuirme de nuevo», me burlé con suavidad.

Sentí su sollozo contra mi piel mientras seguía con sus labios pegados a mí cuello.

«Nunca más, mi preciosa *shangrile*. Te lo prometo».

«Te amaré por siempre, mi dulce y gruñón protector».

«Por siempre, mi valiente guerrera», respondió con la voz quebrada, mientras sus lágrimas caían sobre mi piel y su afilada daga se hundía en mi carne.

Capítulo Setenta Y Uno



Andrea

—¡Alto! —exclamó una voz femenina cargada de urgencia—. ¡Sus ojos…! No fue ella.

La daga de Gabriel se detuvo en seco, mientras un fino hilo de sangre se deslizó por mi pecho y un alarmado murmullo se extendió por la plaza.

«¿Qué ocurre?». Abrí los ojos y solté alarmada el antebrazo de Gabriel cuando la pelirroja de Cael descendió sobre la plataforma y plegó las enormes alas negras a su espalda.

Gabriel apartó de inmediato la mano y me presionó la pequeña herida con la tela.

«Creo que…», empezó Gabriel con un titubeo.

—¿Se puede saber qué es lo que ocurre? —exigió Cael, apareciendo junto a su *shangrile*, mirando confundido entre ella y yo.

—Sus ojos, míralos —dijo Belén acercándose y contemplándome como si fuera un insecto bajo una lupa—. Son de un gris azulado. ¿Lo ves?

—¿Y? —Cael hizo la pregunta que nos hacíamos todos.

—No sé cómo es posible, pero la Andrea que nos atacó tenía los ojos verdes. Lo recuerdo a la perfección. Solo una vez me pareció verle los ojos azules y fue tan breve que pensé que había sido un efecto de la luz. —Sus ojos se entrecerraron sin perderme de vista—. Fue cuando le mencioné que mi amante se llamaba Gabriel.

—La Bruja del Este tiene los ojos verdes —murmuré, comprendiendo al fin lo que ocurría—. Cuando mencionaste a Gabriel, los celos me dieron la fuerza de escapar de su control, pero era demasiado débil para mantenerlo.

—Aún con los ojos azules, quisiste matarme —me acusó con los ojos entrecerrados.

Bufé.

—¿Cómo reaccionarías si te confesara que Cael y yo fuimos amantes y que anoche vino a los calabozos a despedirse de mí?

Sus colmillos se extendieron al mismo tiempo en que se lanzaba sobre mí con un siseo y fue un trabajo conjunto de Gabriel (al apartarme de su camino) y de Cael (al sujetarla), lo que me salvó de acabar con la garganta desgarrada.

—Andrea y yo nunca hemos sido amantes, pequeña arpía —le susurró Cael al oído con un tono apaciguador—. Lo más que he compartido con ella son mis juguetes y solo porque era una

exasperante tocapelotas que me echaba encima a mi madre y mis hermanos si no lo hacía.

Poco a poco, la ira desapareció de las pupilas femeninas y terminó por enderezar los hombros.

—¿Nunca te acostaste con ella?

Cael y yo intercambiamos una mirada y no pude evitar una sonrisa ladeada mientras él se sonrojaba.

—Mi madre me obligaba a dormir la siesta con ella —masculló Cael reticente.

—Oh… —Belén parpadeó y miró de él a mí—. ¿Y cuántos años teníais?

—Catorce…

—Cinco…

Belén alzó una ceja.

—Ella cinco, yo catorce —gruñó Cael, con sus orejas cada vez más coloradas.

Nunca le había gustado admitir que accedía a convertirse en lobo para que pudiera abrazarme a él y calmarme. Siempre había sospechado que, en el fondo, le gustaban los arrumacos y la cercanía a otras personas, aunque era algo que jamás admitiría ante sus hermanos o amigos.

—Ah… —Belén también alzó la otra ceja—. Vaaale…

—¿Qué significa…? —Cael se pasó una mano por la cara—. No importa, luego hablamos —decidió antes de girarse hacia mí—. ¿Cómo es posi…? —Cael no pudo terminar la pregunta. De repente, la plaza se llenó gritos y sonidos de pánico. Nos giramos sobresaltados, justo a tiempo de sentir la repentina vibración en el aire. De tres puntos de luz, se fueron formando un trío de círculos de energía, de los que comenzaron a salir guerreros de otras dimensiones y que se lanzaron directamente al ataque.

A deducir por los corpulentos demonios que emergieron de uno de los portales, los humanos armados hasta los dientes con equipos modernos que salían del otro y los brujos y hechiceros vestidos con túnicas oscuras que aparecieron por el tercero, estábamos jodidos. Real y solemnemente jodidos.

Incluso antes de que los hechiceros pudieran alcanzarnos con su magia negra o los humanos con sus metralletas y granadas, los traidores que había reunido mi padre y los prisioneros escapados habían comenzado a cortar cabezas y clavar estacas a los espectadores que habían venido a presenciar mi ejecución. Los soldados de Azrael parecían haber reaccionado con rapidez, pero era evidente que pronto iban a ser superados por el contingente que nos estaba invadiendo a través de los portales. Cuando vi el fuego azul que señalizaba a mi padre desaparecer por uno de los callejones, supe lo que tenía que hacerse.

—¡A cubierto detrás del escenario! Hay que cerrar los portales antes de que lleguén más —grité mientras corríamos y saltamos al suelo—. Malael, Cael y Gabriel, ayudad a vuestros hermanos a llegar hasta aquí y ordenad a los soldados que protejan esta zona. Necesitamos organizarnos y darle tiempo a Neva para que nos diga cómo podemos destruir esos portales.

Por algún motivo me obedecieron sin rechistar. Cuando Belén hizo ademán de seguirlos, la detuve por la muñeca. Ambas reaccionamos por instinto, mostrando los colmillos y siseando antes de recuperar la lógica.

—No te necesitan. Ayúdame a pensar. Mi padre ha escapado por ese callejón, en dirección opuesta al palacio. ¿Qué hay en esa zona?

Por su repentina palidez, supe que no era nada bueno.

—¡Mi hija! —exclamó la esposa de Azrael al llegar a nuestro lado con el rostro desencajado.

Miré por encima de su hombro en dirección a los demás, pero el resto de la familia real y Gabriel se encontraban ocupados protegiendo a Neva, quien parecía haberse convertido en uno

de los objetivos principales. ¡Mierda!

—Y mis hijos adoptivos —explicó Belén sin apenas voz, sus ojos abiertos de horror.

—¡Diosa! Decidme que no los habéis dejado en el pequeño templo del lago. —Me bastó ver sus caras para confirmar que eso era exactamente lo que habían hecho—. ¡Maldita sea! —Me agaché para rasgarme los laterales de la túnica para tener más libertad de movimiento—. Le advertí a Azrael que todo el mundo sabía que estaba unida al palacio por un pasadizo y que el encantamiento solo servía si quien atacaba carecía de magia —mascullé irritada—. ¿Por qué los hombres siempre tienen esa estúpida manía por no escuchar a las mujeres?

—¡Dios mío! —Anabel se tapó la boca con la mano, ahogando un sollozo—. Están solos con la niñera y una docena de guardias. Se suponía que nadie iba a atacarlos allí. Tengo que avisar a Azrael.

—¡Espera! —La cogí por los hombros y la obligué a mirarme—. Si se lo dices, lo dejará todo para irse contigo y llamarás la atención del resto de las tropas sobre los niños. Es mejor si mi padre cree que nadie se ha dado cuenta de sus planes.

—¿Y se supone que debo fiarme de ti?

Retrocedí como si me hubiera dado una bofetada, pero la mano de la reina madre me sujetó por el brazo.

—Ahora eres reina y debes tomar tus propias decisiones —se dirigió a su nuera sin soltarme —. Si no quieres confiar en ella, no lo hagas, y si te traiciona, córtale el cuello, pero entretanto, yo la respaldo. Tendrás más probabilidades de salvar a mis nietos si no llamas la atención sobre ellos.

—Anabel, yo también creo que tienen razón —murmuró Belén.

El instante en el que la reina enderezó su espalda, creo que todas lo hicimos.

—De acuerdo. —La reina asintió como si necesitara convencerse a sí misma de que hacía lo correcto—. ¿Cómo proponéis que lleguemos a los niños? Tratar de cruzar la plaza sería un suicidio si nos reconocen.

La reina madre me dio un pequeño apretón antes de soltarme.

—Si vamos por el pasadizo que sale de la Casa del Consejo, llegaremos antes que él —propuso con una ojeada al edificio que teníamos a nuestras espaldas.

—Es una buena idea. ¿Y bien? —le pregunté impaciente a Anabel.

—Hagámoslo.

—¿Tienes armas? —me aseguré antes de partir. Cuando me mostró dos pistolas doradas que no deberían haber llegado jamás a Nocturna, la sonrisa se me ensanchó de oreja a oreja—. Veo que tienes enchufe con los peces gordos. A mí nunca me dejaban traer esos juguetitos conmigo. —Maldije para mis adentros al darme cuenta de que acababa de hacer referencia a mi relación con Azrael—. Escucha, lo siento, yo no pretendía…

—Si quieres que nos llevemos bien, hay tres normas que tienes que tener claras —me avisó la reina con frialdad—. La primera, deja de tratarme con pañitos calientes, para eso ya tengo a mi marido; la segunda, mantén tus garras alejadas de mi marido y la tercera… —Tragó saliva y apartó la mirada.

—¿La tercera? —insistí con suavidad mientras le robaba una espada a uno de los soldados caídos, adivinando de antemano cuál sería la respuesta.

—Que me ayudes a salvar a mi… a los niños.

—Entonces mejor nos ponemos manos a la obra —propuse, atravesando el pecho de un demonio que acababa de acercarse demasiado. Para asegurarme de que no volvería a levantarse, también le corté la cabeza—. Guarda las balas para el final. Yo mato y desarmo y tú los

decapitas.

—¡¿Qué?! —chilló alterada.

Belén y la reina madre rieron a mi espalda, pero no tardó en oírse el ruido metálico de armas y gruñidos de dolor.

—¡Esperad! —Zadquiel apareció a mi lado y alargó una bola azul en mi dirección—. Neva dice que necesitarás esto. Se activará solo cuando llegue el momento. —Acepté el extraño artilugio, sintiendo la magia que cosquilleaba en mis dedos al tocarlo y usé una de las fundas vacías de mis dagas para guardarla.

—Gracias. —Los dos miramos hacia la bruja que se encontraba extrañamente quieta a unos metros de nosotros—. ¿Qué le ocurre? —indagué alarmada al ver que por primera vez en mi vida parecía una niña asustada de verdad.

El habitualmente tranquilo Zadquiel se pasó inquieto una mano ensangrentada por el cabello.

—No lo sé.

—Si no cierra los portales, Nocturna quedará en manos de la Bruja del Este y de Frost —susurré al verla tan quieta. Ni siquiera estaba haciendo el intento por usar su magia para intervenir en la batalla.

La línea en el entrecejo de Zadquiel se profundizó y ambos miramos hacía donde Gabriel y el resto de la familia real se encontraban enfrentados con los demonios que habían llegado hasta nosotros. Eran auténticas bestias salvajes luchando, pero por el portal seguían llegando guerreros de las otras dimensiones.

Cuando volví a mirar a Neva, sus ojos azul hielo se encontraban puestos sobre mí.

—Marcharos. Querrán usar a la niña para controlar a Azrael. Mi prima y mi hermano se centrarán en mí.

De repente el color azul de sus ojos, el cabello blanco, la poderosa magia… todo empezó a adquirir sentido.

—Frost es tu hermano —murmuré.

Los ojos de la niña se llenaron de tristeza, pero, tras tomar una profunda inspiración, se llenó los pulmones de aire y enderezó los hombros.

—Salvad a los niños. Yo cerraré los portales y me encargaré de Jack.

—¿Estaréis bien? —le preguntó la reina madre a su hijo.

Zadquiel asintió.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó a su madre.

—Proteger a los niños —respondí antes de que a alguna de las otras se les ocurriera meter la pata. El lugar de Azrael y sus hermanos estaba en el campo de batalla.

—Vamos, no podemos seguir perdiendo el tiempo —ordenó la reina madre. Nadie cuestionó que me incluyera en su orden cuando todas salimos corriendo en dirección a la Casa del Consejo con armas en la mano.

«Ten cuidado, acompaño a las reinas a proteger a la princesa», avisé a Gabriel.

«¿Me necesitas?». La preocupación en su voz era tan tierna como irritante.

«Un día de estos vamos a tener que luchar para que pueda demostrarte que sé defenderme».

«Si es un día de estos, entonces seré el hombre más feliz del mundo si consigues clavarme tu daga».

«¿Alguna vez te han dicho que eres un bicho raro?».

«Eres la única que puede decírmelo a la cara y seguir viviendo», replicó arrancándome una sonrisa.

«Entonces concéntrate, te necesito vivo para cuando vuelva a verte».

Capítulo Setenta Y Dos



Andrea

Oímos los gritos de los niños mucho antes de llegar a nuestro destino. Nuestros pasos se aceleraron, en especial, cuando el pasadizo fue invadido por un penetrante hedor a humo. El miedo de mis acompañantes se convirtió en algo prácticamente palpable.

«Cielo, ¿qué ocurre?», preguntó Gabriel, preocupado; su presencia segura y protectora en mi mente.

«Estamos llegando. ¿Vosotros?», cambié de tema.

«Neva ha conseguido destruir uno de los portales, cerrando el acceso de los demonios, y los humanos están retrocediendo al bosque para refugiarse en él. Azrael se ha soltado el pelo en el momento en el que su *shangrile* estaba fuera de la zona. Jamás he visto algo igual. Es como una bestia desbocada. Se está ganando su título a pulso».

«No pareces feliz con los resultados».

«Frost y Neva están enfrentados. Es como presenciar a dos titanes luchando y destruyendo todo lo que hay a su alrededor. Tengo la impresión de que hay algo personal entre ellos. Y me preocupan los traidores de Nocturna. Son más de los que sospechábamos y muchos están desapareciendo. No me fío de lo que vayan a hacer. Ten cuidado por ahí y poned los niños a salvo en cuanto los encontréis. No os fieis de nadie».

«Te avisaré en cuanto sepa algo», respondí, procurando calmar el ritmo frenético de mi corazón.

—Ocupaos de localizar y sacar a los niños —les susurré a Anabel y Belén sin dejar de correr —. Será más fácil que hagan lo que les digáis. Gabriel me ha dicho que no se fía de los traidores locales. Tenemos que esconderlos en otro sitio antes de que los encuentren, pero primero tengo que acabar con mi padre, que es la cabeza visible de la rebelión.

—No creo que vaya a estar a solas —me advirtió la reina madre.

—No lo estará —le confirmé cuando llegamos al cuerpo inerte de un guardia real y tuvimos que pasar por encima. Anabel se tapó la boca para acallar un sollozo, pero nos siguió sin hacer comentarios—. Es demasiado cobarde para luchar sus propias batallas.

—Entonces iré contigo. Puedo mantener ocupados a sus aliados —decidió la reina madre—. Si cortamos la cabeza de la serpiente, igual el resto de la rebelión vuelve a esconderse en su

madriguera.

Mi mortalidad se hizo patente cuando penetramos la nube de humo negra para seguir las voces y los gritos de los niños. Mis pulmones comenzaron a protestar con un fuerte ataque de tos que atrajo a dos vampiros rebeldes que reconocía de mi pasado en la corte. Se me había olvidado lo bien que se sentía perderse en el fulgor de una lucha y en ser el atacante en vez de la presa, que se limitaba a huir y esconderse. En cuanto nos deshicimos de ellos y otros tres vampiros más, la reina madre me ofreció su pañuelo bordado para que pudiera taparme nariz. Le lancé una mirada agradecida a Belén cuando usó sus enormes alas para despejar algo del humo que nos impedía ver más allá de nuestras narices.

—Pablo es un dragón y Tomás un demonio de fuego, pero ambos han estado entrenando para controlarse —explicó Belén por lo bajo. Su tono angustiado me hizo suponer que estaba hablando de sus hijos adoptivos—. Alguien ha debido de asustarlos mucho o atacarlos para que decidieran defenderse con fuego.

—Creo que sé dónde est… —se me cortó la voz en seco al oír la maldición masculina en la habitación de al lado.

Nos miramos alertadas y nos acercamos a la puerta sin hacer ruido.

—¡Son unos malditos críos, por los dioses del Inframundo! —gritó mi padre airado—. ¿Qué clase de inútiles sois que ni siquiera sois capaces de acercaros a ellos?

Me habría reído de quedarme ganas de hacerlo. ¿Cómo se atrevía a ridiculizar a otros mientras él se mantenía en la retaguardia esperando resultados? Era lo que había hecho conmigo durante toda mi vida.

—Creo que es hora de intentarlo por otros medios. —Me bastó oír a Anthael para que me recorriera el familiar estremecimiento de repugnancia que solía producirme su cercanía—. He tomado prestados unos botes de gas de los humanos. Por lo que me han dicho, basta lanzarlo a la habitación para que los que estén dentro se vean obligados a salir.

—¡Hazlo! —ordenó malhumorado el hipócrita de mi padre, cuya aversión a los humanos al parecer no se extendía a sus armas.

Con un ligero toque en sus hombros, les señalé a Anabel y Belén la ventana.

—Rodead el edificio por fuera o por el tejado —susurré lo más bajo que pude—. Creo que los niños están en la habitación que da justo a la estatua de la Diosa. No perdáis el tiempo y romped las ventanas para sacarlos.

La reina madre y yo intercambiamos una mirada y un asentimiento y entramos en la habitación que mi padre y su amigo acababan de abandonar. La cruzamos con cautela para seguirlos. Debería haber esperado que encontraría a mi padre en una de las habitaciones vacías del templo, inspeccionando los objetos situados sobre la chimenea, tirando unos y metiéndose otros en el bolsillo. Lo que no me esperaba era que la llama azul siguiera rodeándolo y que la bola en mi cinturón se pusiera a vibrar con su cercanía. Puede que, después de todo, pudiera matar a dos pájaros de un tiro. Le señalé a la reina madre que fuese en busca de Anthael para interceptarlo y esperé a que se marchara antes de entrar en la estancia.

—¿Buscando un memento para recordar tu derrota, padre? —le pregunté con frialdad. Me invadió una pequeña satisfacción al oír cómo la diminuta figura votiva que se le había escapado de entre las manos se estrellaba contra el suelo.

Era la primera vez en mi vida que conseguía coger a mi padre desprevenido.

Su rostro se transfiguró de inmediato con una mueca de desdén.

—Sigues viva —dijo como si ese hecho lo decepcionara.

Intenté que no me afectara, aunque supongo que nunca es fácil para una hija que su padre le

desee la muerte.

—He venido a cumplir con un contrato. ¿No es gracioso que fuera precisamente con uno de tus socios?

Su ceño se frunció y sus movimientos se volvieron más cautelosos.

—¿Has hecho un trato con la Bruja del Este?

—Mmm… —dije, paseándome despacio por la habitación, procurando conservar la pared a mi espalda para que ninguno de sus hombres pudiera sorprenderme—. Me pregunto si ella también hubiera estado interesada en esa clase de contrato de saber qué consistía. Ninguno de ellos parece tenerte demasiado aprecio.

Aunque no se movió del sitio, mi padre fue girándose conmigo, no perdiéndome nunca de vista.

—¿Por qué iba otro vampiro a querer llegar a acuerdos contigo? —siguió presionando, sus ojos llenos de sospecha.

Apostaba a que en su mente estaba revisando la lista de los vampiros rebeldes que lo apoyaban para encontrar cualquier posible traidor a su causa, o un competidor que deseara quitarlo de en medio para hacerse con su puesto.

—Se me ocurren muchos motivos. Eres un hombre odiado, padre. ¿O creíste lo contrario?

—¡Soy un hombre respetado de nuestra comunidad!

—¿Tú crees? —me burlé, conociéndolo lo suficiente como para saber que ese era uno de sus puntos débiles y que podía servirme para que bajara la guardia.

—¿Ha sido ese malnacido de Roderick? Juro que acabaré con él y con toda su casa si ha intentado negociar contigo para que te enfrentaras a mí.

—Jamás dije que mi contrato fuera con un vampiro, padre.

Su rostro fue adquiriendo un tono cada vez más rojizo cuando se dio cuenta de que estaba jugando con él.

—En ese caso estás mintiendo. Si no es la bruja ni uno de nuestra especie, entonces no hay nadie con el que puedas haber hecho un contrato. Nadie relacionado conmigo —especificó.

Arqueé una ceja.

—No creo que a Frost le guste que le consideres un donnadie.

Resultó hasta ridícula la forma en la que se congeló en el sitio y sus dedos comenzaron a temblar.

—Frost nunca se rebajaría a hacer negocios contigo. —Desechó la idea con un gesto despectivo.

—¿Por qué no? —Ladeé la cabeza—. Durante mi visita al inframundo me preparó un cóctel especial, bailó conmigo delante de su corte y hasta flirteó conmigo. ¿Por qué no iba a estar interesado en llegar a un acuerdo conmigo?

—¡Mientes!

—¿Huelo a mentira, padre?

Dudaba mucho que se atreviera a afirmar que, con la edad, había ido perdiendo su olfato y que, con el fuerte olor acre del humo, era incapaz de detectar una mentira, pero tampoco era como si yo tuviera algo que temer al respecto. Solo estaba diciendo la verdad.

—No necesito olerte para saberlo —masculló con frialdad.

Sin prisas, saqué la bola de Neva de la funda y jugueteé con ella. Sus ojos se contrajeron sin perderla de vista al ver los diferentes tonos de un azul fluorescente moviéndose y entremezclándose en su superficie.

—¿Qué es eso? —exigió.

—¿No vas a preguntarme en qué consistía el contrato? —lo reté a sabiendas de que se moría por saberlo.

—Suéltalo si tan importante crees que es —replicó fingiendo indiferencia.

Arrojándole la bola con la mano derecha y mi daga con la izquierda, me lancé sobre él, sacando la espada que le había robado a uno de los rebeldes derrotados. De repente, el tiempo pareció detenerse. Como si estuviera pasando a cámara lenta, observé cómo trataba de evitar mi daga mientras se hacía con la bola. En el instante preciso en el que cerró sus dedos alrededor de la esfera, me miró y se percató de su error. Sus ojos se abrieron y luego… su cabeza rodó por el suelo.

El resto de su cuerpo se balanceó hasta derrumbarse como un saco. El fuego azul que lo envolvía fue desapareciendo, como si la bola que seguía sujetando lo aspirara. Y, del mismo modo, se desvaneció también la magia de mi contrato con Frost, liberándome con un ligero cosquilleo eléctrico. Retrocedí varios pasos cuando la esfera se elevó con un brillo iridiscente y acabó atravesando la ventana para perderse en la noche.

Debería haber sentido felicidad, victoria o, al menos…, algo. Pero lo cierto era que solo estaba aturdida. Tirando del vínculo, me metí en la mente de Gabriel para asegurarme de que seguía bien y empecé a comprender por qué le gustaba tanto ver a través de mis ojos. Aunque resultaba algo confuso y mareante, podía vislumbrar y oír todo lo que había a su alrededor. Era casi como encontrarse inmerso en uno de esos videojuegos 3D a los que solían jugar los humanos.

La plaza se encontraba cubierta por muertos y heridos de todas las razas, especies y facciones militares. Azrael y sus hermanos seguían en pie, cubiertos de sangre y algunos cortes y Zadquiel estaba atravesándole el corazón con un grito de guerra a un brujo que había tratado de acercarse a Neva desde atrás. Cuando Gabriel se giró, presencié cómo Frost atrapó la esfera azul que segundos antes había estado aquí conmigo y se giró con una mueca de odio hacia Neva. Estaba pálido, partes de su ropa se encontraban achicharradas y sus antebrazos estaban cubiertos por escarcha.

—Esto no se ha acabado aquí, hermanita —dijo mientras retrocedía con cautela—. Por suerte para ti, no es Nocturna lo que me interesa esta noche, pero tu tiempo se está acabando y, cuando eso suceda, recuperaré lo que me corresponde por derecho. —En cuanto cruzó el último portal que quedaba en pie, este se cerró a su espalda.

Hubo un momento en el que pareció que hubiésemos ganado la batalla, hasta que se oyó el grito angustiado de Zadquiel mientras dejaba caer su espada y corría hacia Neva, que se desplomó sobre sí misma.

No tuve tiempo de esperar a comprobar si la niña bruja seguía viva, porque en las afueras del templo se oyeron gritos aterrados y tuve que regresar a mi propia mente.

Tan pronto salí al pequeño jardín que rodeaba al templo, descubrí al humano que apuntaba con una moderna ballesta a la reina, a la que se le cayó la pistola mientras trataba de huir con la princesa en brazos.

Sabía que, si perdía el tiempo en tratar de acabar con el humano, una de ellas moriría. No creo que llegara siquiera a tomar una decisión consciente al respecto, simplemente me lancé hacia la reina, la tiré al suelo y la cubrí a ella y a su hija con mi cuerpo.

La flecha se hundió en mi hombro con una terrible agonía, pero cuando mi mente comenzó a nublarse comprendí de inmediato que no era por el dolor. En la periferia de mi mente seguía oyendo voces que se fusionaban de manera caótica. Alguien hablaba de una flecha con veneno, una voz masculina exigía con ansiosas voces el paradero de la reina madre, una mujer sollozaba

y daba las gracias mientras un bebé lloraba. Todo aquello pasó a un segundo plano cuando unos fuertes y acogedores brazos me rodearon y unos familiares labios se posaron en mi frente.

«Ya estoy aquí, cielo».

Capítulo Setenta Y Tres



Gabriel

Sabía que algo no iba bien. Por si el rugido que dio el rey en medio de la plaza, antes de lanzar lejos de él a un hechicero, literalmente cortado por la mitad, y salir corriendo en dirección al lago, no hubiera sido suficiente señal, lo habría sido el repentino pánico que me invadió. No era el mío, como tampoco lo era la determinación y el agudo dolor en el hombro que le siguieron.

Sin planteármelo ninguna otra opción, corrí tras el rey. Olvidados la batalla, Nocturna o cualquier juramento que pudiera haberle hecho al reino. Lo único que importaba era Andrea. Confiaba en que Malael podría apañárselas sin nosotros, incluso aunque su hermano Zadquiel ahora mismo se encontrase fuera de sí rogándole a Neva que despertara. Esperaba que lo hiciera, no solo porque la niña de alguna manera nos tenía a todos en la palma de su mano, sino porque, si algo le ocurría a ella, no tenía ni idea de lo que podría llegar a ocurrirle a Nocturna.

El rápido aleteo que descendía en picado hacia mí me hizo detenerme en seco y desenvainar la espada que llevaba a la espalda. Me detuve confundido cuando la enorme gárgola cayó del cielo frente a mí y acabó hincada de rodillas y con los hombros encorvados. No fue hasta que me fijé en cómo se sujetaba el pecho, con una mueca de agonía, que me guardé la espada y me acerqué a él con cautela.

—¿Aaron?

—Ha… Ya no puedo sentirla, es como si… —Aaron sacudió la cabeza y la agachó tomando una profunda inspiración.

—Escucha, mi *shangrile*…

—Ve —contestó entre dientes—. Voy detrás.

No me detuve a esperarle. La gárgola me caía bien y lo consideraba un compañero, pero Andrea tenía prioridad, y algo iba jodidamente mal cuando el rey, Aaron y yo corríamos alarmados en la misma dirección. Lo peor era que, cuando trataba de meterme en la mente de Andrea, lo único que conseguía captar era una neblina turbia y pensamientos confusos.

Creo que se me detuvo el corazón en seco cuando irrumpí en el jardín trasero del templo y vi la escena que se encontraba ante mí. Por unos segundos, al ver los ojos de puro oro líquido, pensé que el rey estaba a punto de lanzarse sobre mí para desmembrarme, como había hecho con nuestros enemigos en la plaza y me preparé para morir. Por fortuna, en el último momento, su

shangrile, que lloraba desconsolada, se abrazó a él, y Azrael pareció recobrar parte de su cordura.

—El sanador está en camino —dijo, bajando la mirada al cuerpo inerte que yacía bocabajo en el césped, con una flecha sobresaliendo por la parte trasera de su hombro—. Ha… —Azrael tragó saliva y apretó a la bebé que tenía entre sus brazos contra su pecho—. Se ha sacrificado por mi hija y mi *shangrile*, interponiéndose en la trayectoria de la flecha —murmuró, como si aún no pudiera creérselo—. Si le hubiera dado a mi hija…

Aunque oía lo que me decía e identificaba el cabello cobrizo esparcido alrededor del pálido rostro, mi cerebro se negaba a reconocer que aquello pudiera ser real. No importaba que a unos metros de nosotros se encontrara un humano decapitado o que la reina no dejara de murmurar sin cesar:

—Lo siento, lo siento tanto, ha sido culpa mía.

No, nada de aquello importaba, porque el cuerpo de la mujer inerte, cuya túnica blanca se encontraba cubierta de sangre, no podía ser Andrea. No, no podía ser mi dulce y valiente guerrera. No después de haberse salvado de su sentencia a muerte, y menos aún tras luchar a nuestro lado para proteger a la ciudad de la invasión y de salvar a la familia real. ¿Qué clase de destino sería uno que premiara el valor y la entrega con la muerte y más sacrificios?

—Su corazón sigue latiendo, ve junto a ella, hermano. —Cael me apretó el hombro y me empujó con delicadeza en su dirección.

Mis pies se movieron de forma automática, casi con reticencia, para acercarme a la mujer tendida en el suelo. Al llegar junto a ella me dejé caer de rodillas y con un sollozo la cogí con cuidado en mis brazos para elevar su torso y comprobar si la flecha la había atravesado hasta el otro lado. Le lancé una plegaria de agradecimiento a la Diosa de la Luna, cuya estatua parecía estar observándome desde la otra esquina del jardín, y le rogué por su hija.

Si Andrea hubiera seguido siendo inmortal, aquella herida ya habría sanado. Pero no lo era, y no lo era porque había perdido su inmortalidad por mi culpa. Con un sollozo, le aparté el cabello de su hermosa cara, indiferente a que el resto de los hombres pudieran verme llorar.

«Ya estoy aquí, cielo. Ya estoy, aquí».

Abriéndome la vena de la muñeca, se la coloqué sobre los labios para que bebiera mi sangre. No reaccionó, pero yo insistí, reabriéndome la herida cada vez que se cerraba. Fui consciente de que Aaron y el sanador llegaron, y que el primero gritaba furioso algo sobre la desaparición de la reina madre. También registré la llegada de nuevos guardias reales y de cómo registraron el templo y se encargaron de los últimos rebeldes.

Sin embargo, mi atención se encontraba puesta sobre Andrea. Le hablaba a través de nuestro vínculo, aunque ella no me respondiera, mientras el sanador extraía la flecha y cerraba su herida. Cuando el anciano al fin retrocedió y se sentó en el suelo, su piel estaba pálida y pequeñas gotas de sudor le cubrían la frente.

—Está bien, la flecha tenía una sustancia tranquilizante. Cuando se le pasen los efectos despertará por sí misma. Solo necesita descanso y sangre.

—Gracias —raspé al levantarme con ella en brazos.

No esperé una respuesta. Tampoco me dirigí al rey cuando me lanzó un asentimiento concediéndome el permiso para retirarme. Me lancé al aire para cruzar con ella en brazos el lago, pero en vez de dirigirme al palacio, la llevé al sitio que había construido para ella cuando aún no sabía quién era.

«Descansa, mi valiente guerrera. Yo te protegeré».

Andrea despertó cerca del amanecer. Le tomó varios intentos que sus párpados se abrieran. Con paciencia, esperé a que sus ojos estudiaran el sencillo dormitorio antes de caer sobre mí. Solo por la sonrisa que me regaló le habría vendido mi alma al diablo.

—Hola, grandullón —musitó.

—Hola, mi pequeña guerrera. Estaba esperándote. —Sus ojos volvieron a cerrarse y se acurrucó en mis brazos, restregando su mejilla contra mi pecho—. ¿Quieres que me vaya y te deje descansar un poco más?

—Intenta soltarme y te ato a la cama —murmuró, adormilada.

Mis labios se curvaron y, por primera vez en días, mis músculos se relajaron.

—Dejaremos tus perversiones y tus ganas de corromperme para otra ocasión. Necesitarás fuerzas para tratar de dominarme.

Se le escapó el aire por la nariz en un bufido.

—Si te lo pidiera, te atarías tú mismo sin rechistar.

Mi sonrisa aumentó. En eso tenía razón.

—Tendremos que ponerlo a prueba cuando estés mejor.

«Mhmm», replicó a través de nuestro vínculo como si hablar le tomara demasiada fuerza.

—¿Necesitas algo? ¿Agua, sangre, comida?

«Tengo el sabor de tu sangre en mi boca, ya me has estado alimentando mientras dormía».

—Lo necesitabas.

Su cuerpo se puso rígido de repente y sus ojos se abrieron de golpe.

—¿La princesa y la reina?

—Bien, están bien y el resto de niños también —le conté, obviando el hecho de que la reina madre seguía desaparecida y Neva en coma.

Ella volvió a cerrar los ojos.

«Entonces, si el resto del mundo está bien, lo único que necesito es a ti».

«¿Dormido, roncando, entre tus piernas…?».

Su cuerpo entero vibró con su suave ronroneo mientras, con los ojos cerrados, se restregaba contra mí como una gatita en celos. Con un gemido, intenté no pensar en cómo la había dejado desnuda debajo de mi camisa después de haberla aseado, pero que sus sedosas piernas se deslizaran contra mi piel no ayudaba a ignorar la creciente rigidez en mi entrepierna.

«Cielo, el sanador dijo que necesitabas descansar».

«¿Y quién dijo que no iba a hacerlo?», preguntó con una inocencia que me arrancó un estremecimiento en la parte baja de mi columna. «Yo seré buena, manteniéndome quieta y con los ojos cerrados, mientras tú me demuestras que sabes cómo adorar a tu *shangrile*».

Fue mi turno de ronronear.

«Creo que puedo trabajar con eso», murmuré en su mente, antes de soltarla con suavidad, abrirme paso entre sus piernas y enterrar la cara en el paraíso que se localizaba entre sus muslos.

Si era honesto, ninguno cumplimos con nuestra promesa, porque tuve que mantener mi mano firmemente sobre su vientre para que no se moviera mientras la devoraba con codicia. Y dudo mucho que el sanador considerase *descanso* el modo en el que la hice gritar, jadear y rogar durante las siguientes horas hasta el atardecer.

Capítulo Setenta Y Cuatro



Andrea

Estaba agotada. Las últimas noches había sido una sucesión interminable de tensión y emociones: el tener que enfrentarme a mi muerte, el chute de adrenalina que me provocó la batalla y el rescate de los niños, la traición y el enfrentamiento con mi padre, que mi madre no se encontrara en el castillo cuando fueron a buscarla, que mi hermana siguiera desaparecida, y las horas que había pasado hasta el amanecer ayudando a Gabriel y sus compañeros a cazar a los prisioneros que habían escapado de los calabozos… Lo único bueno de todo ese tiempo fueron los dos días que pasé en los brazos de Gabriel, esperando el ocaso. Un tiempo que solo me había hecho más consciente de lo que no quería volver a perder. Y eso era lo que más pesaba: la idea de que, cuando me reuniera con Azrael, podría acabar de nuevo en el punto de partida y que tantos miedos y esperanzas de por fin reiniciar una vida normal hubieran sido en vano.

—¿Estarás bien? —Gabriel me estudió con intensidad, casi como si quisiera que le rogara quedarse conmigo. No es que me faltaran ganas, pero sabía que nadie me querría en una reunión estratégica en la que tenían que valorar las pérdidas producidas por el ataque, establecer planes de acción y analizar las pistas para encontrar a la reina madre.

Si era sincera, ni siquiera quería estar en esa reunión, en especial, porque otro de los temas que habían quedado en el aire era qué hacer conmigo.

—Ve a la reunión, ya deben de estar esperándote —empujé a Gabriel hacia la puerta de la estancia en la que me habían indicado que esperase al rey.

—Yo…

Poniéndome de puntillas, le di un beso en la mejilla.

—Estaré bien —le aseguré con más convencimiento del que sentía.

Gabriel titubeó, le echó una ojeada a los dos guardas apostados en el pasillo, pero finalmente soltó un pesado suspiro, me cogió por la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Ya sabes dónde estaré. Si pasa algo, llámame o ven a buscarme. —Esperó a que asintiera para soltarme.

Si los guardias intentaban apresarme para devolverme a los calabozos, no había nada que él pudiera hacer, pero preferí callármelo. Bastante trabajo me había costado ya el convencerlo de que podía sobrevivir a una entrevista con el rey a solas, algo de lo que no estaba del todo segura,

en especial con lo estresado que debía de estar después del ataque, la desaparición de su madre y con Neva aún en coma.

En el instante en el que Gabriel cerró la puerta tras de sí y me quedé a solas en la amplia sala, el silencio se hizo sobrecogedor. Quizás por eso, al ver el arpa en el rincón, me sentí tentada a acercarme a él. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que toqué un instrumento musical? Recordaba que lo había hecho para mi madre. En realidad, casi todas las veces que tocaba lo había hecho para ella y por órdenes expresas de mi padre. Aprendí a tocar un instrumento musical porque era lo que se esperaba de la hija de un aristócrata como mi padre, en especial cuando era una de las posibles candidatas para convertirse en reina.

No tenía idea de qué era más irónico, si el hecho de que la actual reina y esposa de Azrael no había recibido ningún tipo de formación que le permitiera ser reina y deslumbrar a su pueblo con sus dotes artísticas o de otro tipo, o el hecho de que, por primera vez desde que podía recordar, me apetecía tocar el arpa por mí misma, sin ningún otro tipo de coacción o necesidad de satisfacer a nadie.

Cada paso que di en dirección al instrumento musical se tornó más firme y decidido, y pronto me encontré sentada ante él, mirándolo con un extraño cosquilleo en los dedos, pero incapaz de alargar la mano para tocarlo.

Un movimiento en la periferia de mi visión me sobresaltó, poniéndome alerta. De forma automática, mi mano fue a mis caderas, donde tener guardada mi daga. Maldije para mis adentros al recordar que me las habían confiscado todas. Incluso el alfiler de la libélula, que había escondido en mi recogido, me lo habían quitado antes de acceder a esa parte del palacio.

Estudié con atención el suave movimiento de las cortinas, que mostraban un extraño bulto en la parte baja. Los cinco ventanales de la sala se encontraban cerrados, por lo que era imposible que hubiera sido un producto del viento. Maldije cuando me di cuenta del latido acompasado del que debería haberme percatado nada más entrar en la estancia. Por su rapidez debía de ser una criatura pequeña la que se escondía tras las cortinas, lo que explicaba que no abultaran. Aunque el tamaño, en las criaturas de Nocturna, no significaba gran cosa. Un enano asesino de la legión de la Rosa Negra podía derrotar a un guerrero orco o dos, sin echarse a sudar. Si a ese dato le añadíamos que yo estaba desarmada…

Obligándome a respirar con tranquilidad, me senté ante el arpa y alcé las manos para acariciar las tensas cuerdas, calculando cómo usar una de ellas para defenderme y si valía la pena arriesgarme a defenderme yo sola frente a un atacante cuando había dos guardias armados apostados ante las puertas.

Por un momento me dejé llevar por el tacto de las cuerdas bajo las yemas de los dedos. La resonancia de cada nota vibraba en el aire y despertaba recuerdos adormecidos de mi infancia hasta el punto de que incluso podía oír la dulce voz de mi madre al corregirme con suavidad. La mezcla de alegría y dolor fue tan sobrecogedora que casi me perdí el borrón que se lanzó de una cortina a otra para volver a esconderse.

Sin dejar de centrarme en los diminutos latidos, seguí tocando. Mi madre decía que tenía magia en las manos cuando tocaba el instrumento, y los humanos tenían ese extraño dicho que afirmaba que la música amansaba a las fieras. Sorprendida, descubrí que debían de tener algo de verdad en ello cuando, por el borde de las cortinas, asomó una linda cabecita llena de oscuros rizos. Los enormes ojos, que me estudiaban con tímido asombro, me recordaban a los de Azrael.

Mis músculos se relajaron y sonreí para mis adentros, dejando que las notas fluyeran con más suavidad.

—¿Hay alguien en especial del que os estéis escondiendo, su alteza? —pregunté mientras

mis dedos seguían deslizándose por las cuerdas como si tuvieran memoria propia.

La pequeñaja miró de la puerta a mí y soltó un resoplido, que me obligó a morderme las mejillas para no romper a reír. Puede que algún día fuera igual o más temida que su padre, pero, en ese momento, la futura reina, con su expresiva carita de ángel, me recordaba más a una muñeca a la que achuchar.

Nunca me habían gustado demasiado los niños. Eran ruidosos, apestosos en la mayoría de las ocasiones y conllevaban una cantidad de responsabilidades a las que no me sentía preparada para enfrentarme. Sin embargo, debía admitir que si la niña no hubiera sido la hija del hombre que tenía mi vida en sus manos, no me habría importado cogerla en brazos para oler más de cerca el tenue aroma a polvos de talco, nubes de azúcar y memorias que me llegaban desde donde estaba.

Las voces apagadas que sonaban a lo lejos me hicieron arquear una ceja y mirar a la niña a los ojos.

—Parece que alguien la está buscando, su alteza. ¿No cree que debería volver con su niñera? Seguro que ella y su madre están preocupadas por usted.

La niña le echó otro vistazo a la puerta, pero en vez de dirigirse a la salida, recorrió los metros que nos distanciaban con la rapidez de una pequeña felina dispuesta a atacar, solo para detenerse, estudiarme con la cabeza ladeada y profundos ojos inteligentes, y volver a acercarse un poco más. Aunque divertida, su extraña actitud me hizo tensarme. Tampoco sabía cuánto me convenía que se aproximara a mí y si mi cercanía a su hija iba a gustarle demasiado a Azrael.

La niña no pareció compartir mis remilgos. Terminó de recortar la distancia entre nosotros y, usando la banqueta sobre la que me encontraba sentada, se puso de pie a mi lado mirándome con expectación. De forma instintiva, le ofrecí mi brazo con la mano y la muñeca hacia arriba. La niña acercó su nariz a mi pulso y pareció satisfecha por cuanto que trepó sobre mi regazo. Alcé sorprendida las cejas cuando me cogió la cara entre sus diminutas manitas y me obligó a mirarla, pero en el instante en el que nuestros ojos se cruzaron mi universo pareció detenerse. Antes de que pudiera detenerla, diminutos y afilados dientes se hundieron en mi cuello, acelerando los latidos de mi corazón mientras mi cuerpo permanecía congelado en horror.

Capítulo Setenta Y Cinco



Andrea

Solo cuando la puerta se abrió de golpe, dando un portazo contra la pared, conseguí reaccionar. Sin pensarlo, cogí a la niña para esconderla detrás de mí, ignorando el dolor del desgarro en mi cuello.

—¿Qué haces aquí con la princesa? —Los ojos de la niñera se entrecerraron llenos de sospecha mientras los guardias que la flanqueaban desenvainaban las espadas y se separaron para atacarme por ambos flancos.

Bufé. Imagino que haberme interpuesto en el trayecto de una flecha por esa misma niña no me libraba de mi fama de traidora. Despacio, alcé ambas manos, mostrándoles que las tenía vacías.

—Tranquilos, la princesa está bien —intenté calmarlos—. No le he hecho nada. Lo juro.

—¡Aléjate de ella! —siseó la mujer con los ojos llenos de furia. Era curioso que fuera la misma marquesa que dos años atrás no perdía ni una sola oportunidad de congraciarse conmigo —. No deberías estar a solas con ella.

Intenté apartarme hacia un lado, con las manos en alto, y sin perder de vista a los dos guardias, quienes seguían acercándose despacio a mí mientras media docena más aparecían en la puerta. Tragué saliva. Todo en mí me pedía frenar su avance, pero si lo hacía, estaba muerta y la niña podía salir herida sin querer. La sola idea de que le ocurriera algo a la criatura hacía que se me encogiera el estómago.

La niña, por su parte, pareció tener su propia opinión al respecto, porque me trepó por la espalda como un pequeño mono, siseó a los soldados sobre mi hombro y me lamió la herida que me había dejado en el cuello, deteniendo el flujo de sangre que estaba empapándome el escote y el corsé.

Oí el jadeo de la niñera y vi el horror en la expresión de la reina que acababa de entrar, mientras los guardas cruzaron una rígida mirada y no supieran como actuar. Por mis adentros se extendió una profunda satisfacción, una que no comprendía, hasta que me di cuenta de que no era mía.

—¡¿Qué ocurre aquí?! —tronó una voz iracunda, que me avisó que mi cabeza estaba a punto de salir rodando, y esta vez sin juicio previo—. ¿Me puede explicar alguien por qué todo el mundo está con las armas en posición de ataque y mi hija enganchada a Andrea y lamiéndole la sangre? —exigió Azrael con mi condena de muerte escrita en los ojos.

Como si sintiera mi impotencia, la niña restregó su diminuta nariz por mi cuello en un intento por calmarme. Casi se me cayó el corazón al suelo al descubrir a Gabriel entrando con los príncipes, la confusión y el temor reflejados en su semblante.

—Escuchad… yo… —Me mojé los labios. No había nada que pudiera decir que no me incriminara aún más de lo que ya lo hacían las apariencias.

—¿La princesa te ha mordido? —preguntó Malael incrédulo.

Las esperanzas de que se impusiera un poco de lógica duraron lo que Anabel tardó en soltar un gruñido exasperado.

—¡Mi hija no ha mordido nunca a nadie y menos de esa forma tan… tan… bestia! —A pesar de su enfado y la desconfianza, Anabel miró lívida el desgarro en mi cuello o al menos lo que quedaba, porque podía sentir mi piel cicatrizando y sanando.

Por el tenso silencio que se produjo, la reina debía de haber dicho la verdad. Vale, podía comprenderlo. A simple vista, la princesa parecía un angelito tranquilo y adorable. Lo último que me había esperado al verla es que se convirtiera en una pequeña fiera salvaje. Tragué saliva y me armé de valor. Con una sentencia de decapitación ya me sobraba para los próximos cinco siglos.

—Juro que no le he hecho nada —aseguré, procurando moverme lo menos posible para que nadie se alarmara—. Solo estaba tocando el arpa cuando se acercó a mí. Ni siquiera fui yo quien la cogió en brazos, fue ella la que trepó sobre mí y me atacó.

No sé a quién le sorprendió más que la niña rompiera en una risita baja, me diera un beso en la mejilla y me abrazara.

—Uhmmm… —Malael se acercó y nos estudió a ambos—. No creo que te haya atacado, al menos no con esa intención me refiero —se corrigió al mirarme el cuello.

Se me escapó un bufido.

—Por supuesto. —No iba a ser yo la que perdiera el tiempo en contradecirlo.

—Siempre podemos hacer una prueba para comprobar si mis sospechas son ciertas o no —propuso Malael.

—Deja de hablar sinsentidos —exigió Azrael—. ¿A qué te refieres?

—A que la ha elegido. La ha marcado como su guardiana —replicó Malael estudiándome con interés.

—No puede ser —murmuró Azrael, de cuyo rostro parecía haber desaparecido hasta la última gota de sangre.

—¡No! —gritó Gabriel en el mismo instante en el que Malael sacó una daga de su manga y se lanzó sobre nosotras con la vista fija en la niña.

Fue tan rápido que apenas conseguí seguirlo con los ojos. Si no hubiera sido por la repentina fuerza que se despertó en mi interior y se extendió por mi cuerpo como un huracán, jamás habría podido alejar a la niña de mí para lanzarme hacia él, derribarlo con la fuerza de la colisión, quitarle la daga y acercarla con un siseo contra su garganta.

Que Malael me sonriera y mantuviera su cuerpo relajado bajo el mío fue lo que le salvó la vida, porque me confundió tanto que, a pesar de mis ganas de matarlo, me hizo detenerme.

—Y por lo que parece, Andrea ha aceptado el vínculo —anunció Malael con una chispa de intriga y diversión en los ojos—. No solo ha recuperado su inmortalidad y es más rápida y fuerte que antes, sino que se ha interpuesto entre mí y la niña a pesar de que podría haberle costado la vida.

—Vamos cariño. —Dos manos fuertes me cogieron por la cintura y me apartaron de mi presa a pesar de que me resistía a soltarla—. Malael jamás le haría daño a la niña. Es su sobrina y la adora.

Si hubiera sido cualquier otro que no fuera Gabriel, habría acabado igual que Malael. Sin embargo, a pesar de que mis ganas de arrancarle el corazón al hermano del rey persistían, dejé que Gabriel me apartara de él (aunque no sin mostrarle una última vez los colmillos y sisearle de nuevo).

—¿Qué significa que la niña la haya elegido como guardiana? —En algún rincón de mi mente conecté la voz aguda con la de la reina. Sabía que era la madre de la niña, pero en cuanto quiso ir en busca de la pequeña princesa, me puse rígida.

Azrael actuó antes de que pudiera hacerlo yo, frenando a su mujer con un brazo alrededor de la cintura.

—Deja que Andrea se calme antes de acercarte a la niña. Ahora mismo es más vampiro que persona y… —titubeó antes de seguir— parece que su necesidad primordial ahora mismo le exige proteger a nuestra hija.

Anabel me miró insegura.

—Pero yo soy su madre.

—Y eso, probablemente, te garantice que en el futuro también te proteja a ti. El problema es que, ahora mismo, está demasiado confundida y sobrepasada por el nuevo vínculo. Su nueva fidelidad a nuestra hija la obliga a protegerla incluso de nosotros —explicó Azrael con una repentina calma—. Lo que ha hecho Malael ha sido estúpido. Podría haberlo matado.

—Pero ha sido efectivo —opinó su hermano levantándose del suelo y limpiándose la ropa como si nada. Por suerte para él, Gabriel seguía rodeándome la cintura con ambos brazos—. Ha demostrado que mi teoría de que es la nueva guardiana es cierta.

Fruncí el ceño. Recordaba algunas historias que mi madre me había contado de pequeña, pero todos los guardianes marcados por vínculos de sangre habían sido hombres. Además, no había habido uno en milenios. A menos que yo estuviera confundida y ellos estuvieran hablando de otra cosa.

—¿Por qué, entre toda la corte, iba a elegir a una traidora como su guardiana? —preguntó la niñera echándome una ojeada llena de desdén y una buena dosis de envidia.

Sacudí la cabeza y dejé que la niña trepara de nuevo a mis brazos. Ver que se encontraba sana y salva, consiguió que los latidos de mi corazón regresaran de nuevo a la normalidad y, aunque seguía confundida con lo que significaba todo aquello, mis pensamientos comenzaron a aclararse. En el instante en el que mi mirada se cruzó con la de la princesa supe que lo que decían los demás era cierto y que entre la niña y yo se había establecido un vínculo que solo la muerte podría romper.

—¿Qué hiciste para que te escogiera? —No aparté la vista de la niña para averiguar quién me había preguntado, demasiado sobrecogida por el hecho de que una criatura a la que apenas conocía me hubiera concedido aquel honor sin más—. Normalmente, los elegidos eran guerreros que destacaban por su nobleza, sus habilidades y su capacidad de sacrificio en la batalla.

Me encogí por dentro ante la constatación de que yo no me merecía ser la guardiana de la princesa.

Capítulo Setenta Y Seis



Andrea

—Yo solo… tocaba el arpa —admití en un murmullo avergonzado.

—Durante el ataque, Andrea nos salvó a mí y a la niña y recibió una flecha por nosotras. —Alcé sorprendida la cabeza al darme cuenta de que era la reina la que estaba hablando. Cuando mi mirada se encontró con la suya, me la mantuvo—. No tengo la más mínima duda, de que al menos una de nosotras ahora estaría muerta de no ser por ella.

La sola idea de que pudiera haberle pasado algo a la niña me hizo apretarla contra mi pecho y rodearla con mis brazos para protegerla.

—Podría haber huido entre la confusión y no lo hizo —añadió Azrael, considerándome pensativo—. Luchó contra su propio padre para ayudar a nuestra gente.

—Shhh, cielo, tu protegida está sana y salva —murmuró Gabriel, manteniéndome contra su torso.

Podía comprender lo que me decía, pero un instinto sobrecogedor me impedía soltar a la niña y a ella no parecía importarle por la forma en la que apoyó su linda cabecita contra mi hombro mientras su respiración se tornó más profunda.

—Creo que sería mejor que fuéramos despejando la sala para que la guardiana pueda tranquilizarse y asimilar que no hay ningún peligro para la princesa —propuso Malael, estudiándome con calma.

Ante el leve asentimiento de Azrael, los guardias se retiraron y se llevaron a los cortesanos con ellos. Cuando cerraron la puerta, solo quedamos la familia real, Gabriel y yo en la sala.

—Sigo sin entender qué es eso de la guardiana y porqué todo el mundo parece tan afectado por ello —dijo la reina con calma.

Fue Zadquiel quien dio un paso al frente. Sus ojos, rodeados por profundos círculos oscuros, puestos en mí.

—El guardián es una figura mitológica que ya hace milenios que no existe. Solo un bebé vampiro destinado a poseer un tremendo poder puede elegir y crear un guardián. El vínculo entre este y su protegido o protegida, en este caso, es indestructible. A partir de ahora, Andrea la protegerá contra viento y marea y la defenderá con su vida si es necesario. —Zadquiel se aproximó con cautela a mí y me consideró con atención—. A menos que me equivoque, serás capaz de sentir las emociones de la niña, especialmente aquellas relacionadas con el peligro y la ansiedad y, además, podrás localizarla en todo momento. Con algunas particularidades propias,

es bastante parecido al vínculo que comparten las parejas predestinadas.

Asentí en silencio cuando esperó una respuesta. Pareció darlo por válido porque siguió hablando:

—En situaciones de peligro, ambas podréis prestaros mutuamente energía y, lo que es más importante aún, podréis sanaros la una a la otra.

—He leído sobre casos en los que el guardián salvaguardaba a su protegido con escudos mágicos durante las batallas. —Había admiración en la voz de Malael.

—Le haré llegar a Gabriel un libro en el que puedes aprender más sobre lo que significa este nuevo vínculo con la princesa —afirmó Zadquiel—. Pero es importante que selléis el vínculo con un intercambio de sangre en la próxima luna llena.

—¿Y si no soy digna de ser la guardiana? —pregunté con un repentino pinchazo en el corazón.

El ceño fruncido de Zadquiel se suavizó.

—Mi sobrina no te ha elegido por capricho, sino por instinto. Un instinto basado en la magia y el destino. Jamás ha existido un caso en la historia en la que el guardián no haya sido digno de su protegido.

Me mordí los labios. Lo que no decía era que tampoco había existido nunca una mujer que ocupara ese puesto. Como si pudiera leerme la mente, Zadquiel sonrió.

—Si no crees en que el destino sabe lo que se hace, deberías confiar al menos en los datos que nos aporta la historia. Sin importar la versión que la gente trate de hacernos ver, el poder más extraordinario de esta dimensión siempre ha estado en manos de mujeres. —Como si de repente recordara a Neva, su sonrisa se convirtió en una mueca de agonía—. Con independencia de lo que ha pasado, los dos hemos crecido juntos. Neva creía en ti y yo también. Y si este era el momento de que la figura del guardián volviera a resurgir y de manos de nuestra futura reina, entonces estoy convencido de que solo había dos seres que podrían ocupar ese puesto y sospecho que la niña te ha elegido a ti porque necesitaba que Gabriel te protegiera. De hecho, no me extrañaría que tu *shangrile* se convierta en su segundo guardián a través de sus lazos contigo. —Como para confirmarlo, bajó la vista al fuerte brazo de Gabriel que nos rodeaba a ambas, a mí y a la niña dormida en mis brazos.

Mi atención se desvió hacia Azrael, que se había acercado despacio a nosotros. Mi espalda se puso rígida cuando estiró los brazos para coger a su hija, pero la presencia de Gabriel a mi espalda me sosegó lo suficiente como para que pudiera entregarle a regañadientes la niña a su padre.

Con la niña a salvo en sus brazos, Azrael me dedicó una mirada fija.

—Voy a confiarte la vida de mi hija. No te confundas, no me va a resultar sencillo y, con toda probabilidad, tampoco vaya a ponértelo fácil. No dudaré en matarte yo mismo si le haces el más mínimo daño o pones su vida en peligro. —Las diminutas líneas alrededor de sus ojos se suavizaron y, por un momento, me dejó ver al viejo Azrael, el que me enseñó a luchar junto a sus hermanos—. Pero coincido con mi hermano en que siempre has mostrado el potencial de ser más de lo que eres. —Su mirada se desvió a Gabriel—. Si ella ha sido la guardiana elegida por mi hija, yo te elijo a ti para acompañarla y compartir sus responsabilidades. Cael, asegúrate de que entre en nómina y que su sueldo y acomodación esté en consonancia con la importancia del puesto que ocupa. Bienvenidos a la familia, Andrea y Gabriel. Hace mucho que formáis parte, pero ahora ya es oficial.

Antes de que pudiera darle las gracias o protestar, Azrael rodeó con su brazo libre a su reina y le dio un beso en la sien, llevándoselas a ambas de allí, seguidos por sus hermanos. Cuando al

fin me quedé a solas con Gabriel, me desplomé en una silla.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —le pregunté atónita.

Gabriel se acuclilló frente a mí y me limpió con ternura las lágrimas de la mejilla, ofreciéndome una sonrisa grave.

—Que acabas de convertirte en la persona más importante al servicio de la familia real y que todos tus cargos y tu sentencia han sido anulados.

—Pero yo no… No sé si seré capaz de ser una guardiana y tampoco me lo merezco. ¡Gabriel, casi maté a esa misma niña cuando aún seguía en la barriga de su madre!

—Y la otra noche la salvaste y volverás a hacerlo en el futuro, no te quepa la menor duda de ello. Podrá ser un honor, pero no es ningún regalo, cielo. El resto de tu vida estarás tan en peligro como lo estará esa niña.

Mi corazón se saltó un latido.

—Y ahora tú también lo estarás, por mi culpa.

De repente, Gabriel rompió a reír y sacudió la cabeza. Cuando fruncí el ceño confundida, su sonrisa se amplió.

—Acabo de darme cuenta de que van a pagarme por ser tu *shangrile*. Mientras tú proteges a la niña, yo os protegeré a ambas.

—¿No te preocupa que te hayan quitado el puesto de cazador sin preguntarte primero?

Gabriel me cogió ambas manos entre las suyas.

—Me criaron como cazador porque mi padre y mi abuelo lo fueron. No puedo dejar de admitir que la caza se encuentra en mi naturaleza y me corre por las venas, pero nunca he disfrutado de la muerte que conlleva y me preocupaba tener que dejarte sola durante largas temporadas sin saber nunca cuándo regresaría. Además, —la comisura de sus labios tembló—, yo diría que te vendrá bien un cazador para mantener a esa cría a raya. Hoy no ha sido la primera vez que se ha escapado de su niñera y todavía no tiene un año. ¿Te imaginas cómo será cuando tenga dieciséis?

Sin poder evitarlo, le devolví la sonrisa, hasta que sentí una presión en el pecho.

—No podré darte hijos siendo su guardiana.

Habría tenido que estar ciega para no ver la ternura en sus ojos cuando se inclinó a besarme con suavidad.

—Cada cosa a su debido tiempo. Anteayer ni siquiera me atrevía a soñar con tenerte a en mi vida. Nos queda toda una eternidad por delante para pensar en tener nuestros propios hijos. La princesa acabará creciendo y estoy convencido de que será la primera en querer que le demos una nueva generación de guardianes y cazadores, si para entonces estás preparada para ello.

Si era honesta, no estaba segura de que ser madre fuera lo mío, pero Gabriel tenía razón, nos quedaban siglos antes de que tuviéramos que tomar una decisión como aquella.

Levantándose, Gabriel me ofreció la mano.

—¿Qué tal si celebramos nuestra libertad y nuestro nuevo cargo?

Fueron sus palabras las que me hicieron darme cuenta de golpe de todo lo que implicaba lo que había ocurrido.

—¡Voy a vivir! ¡Y vuelvo a ser inmortal! —Solo por asegurarme de que era cierto saqué una garra y me corté el antebrazo.

—Mhmm —murmuró Gabriel con una pequeña sonrisa, mientras ambos observábamos cómo volvía a cerrarse mi herida.

—Y ya no hay nada que nos impida estar juntos —finalicé, mirándolo lleno de adoración.

—No.

—¡Diosa, Gabriel! Yo… yo…

Su risa reverberó en la sala cuando me cogió por la cintura y me revoleó en el aire hasta dejar que me deslizara por su pecho.

—Lo sé, cielo. Lo sé. Ahora ya no hay nada que impida que seas mía y yo tuyo.

—Eres mío —susurré, sin saber muy bien si era una pregunta o una afirmación.

—Siempre, mi valiente guerrera —replicó bajando la cabeza para besarme—. Siempre.

Fin.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Espero de corazón que hayas disfrutado de esta lectura.

Los libros de esta serie se publican en exclusiva en Amazon. Si quieres estar al tanto de los próximos libros, recuerda que puedes suscribirte a mi página de autora en Amazon.

Solo tienes que buscar “Noa Xireau” en la plataforma, entrar en mi página de autora y darle clic a seguir. Amazon se encargará de avisarte la próxima vez que se publique uno de mis libros.

Un enorme abrazo,

Noa Xireau